

Capítulo 6: LA PASIÓN DEL SEÑOR.

Semana Santa

587

Sábado anterior a la entrada a Jerusalén el Domingo de Ramos.

El adiós a Lázaro.

Jesús está en Betania. Declina la tarde. Un plácido atardecer de Abril. Por las amplias ventanas de la sala del banquete se ve el jardín de Lázaro, todo florido; más allá, el manzanar, que parece toda una nube de pétalos ligeros. Un perfume de verdor nuevo, de un dulce amargo de flores de fruta, de rosas y otras flores, se mezcla –entrando con la serena brisa del atardecer que hace ondear levemente las cortinas extendidas en los vanos de las puertas, y temblar las luces de la lámpara del centro- con un penetrante perfume de tuberosas, muguets, jazmines mezclados en una esencia singular, recuerdo del bálsamo con que María Magdalena ha perfumado a su Jesús, que tiene todavía el pelo más oscuro a causa de la unción.

En la sala están todavía Simón, Pedro, Mateo y Bartolomé. Los otros faltan, como si ya hubieran salido para distintas gestiones. Jesús se ha levantado de la mesa y, está observando un rollo de pergamino que Lázaro le ha mostrado. María Magdalena va de acá para allá por la sala... parece una mariposa atraída por la luz. Lo único que sabe hacer es girar en torno a su Jesús. Marta tiene cuidado de los criados, que están recogiendo las espléndidas piezas de la preciosa vajilla distribuida sobre la mesa.

Jesús pone el rollo en un alto aparador que tiene incrustaciones de marfil en su negra madera brillante, y dice:

-Lázaro, ven afuera. Necesito hablar contigo.

-Enseguida, Señor – y Lázaro se levanta de su asiento, que está cerca de la ventana, y sigue a Jesús al jardín, donde la última luz del día se mezcla con el primer clarísimo claror de Luna.

Jesús camina, dirigiéndose más allá del jardín al lugar donde está el sepulcro que fue de Lázaro y que ahora exhibe una orladura grande de rosas, todas florecidas, en la boca vacía. Encima de ésta, en la roca levemente inclinada, está esculpido: “¡Lázaro, sal afuera!”

Jesús se para allí. La casa, oculta por árboles y setos, ya no se ve. Hay absoluto silencio y absoluta soledad.

-Lázaro, amigo mío – pregunta Jesús, permaneciendo en pie frente a su amigo, mirándolo fijamente, con un atisbo de sonrisa en su cara, muy enflaquecida y más pálida de lo habitual.

-Lázaro, amigo mío, ¿tú sabes quién soy Yo?

-¿Tú? ¡Pues eres Jesús de Nazaret, mi dulce Jesús, mi santo Jesús, mi poderoso Jesús!

-Estas cosas para ti. Pero, para el mundo, ¿quién soy Yo?

-Eres el Mesías de Israel.

-¿Más...?

-Eres el Prometido, el Esperado... Pero ¿por qué me preguntas esto? ¿Dudas de mi fe?

-No, Lázaro. Pero quiero confiarte una verdad. Nadie, aparte de mi Madre y uno de los míos, la sabe. Mi Madre, porque Ella no ignora nada. Uno, porque es copartípe en esta cosa. A los otros se la he dicho muchísimas veces en estos tres años que llevan Conmigo. Pero su amor ha hecho de bebida olvidadiza y escudo ante la verdad anunciada. No han podido comprender todo... Y es bueno que no hayan comprendido; en caso contrario, para impedir un delito habrían cometido otro inútil. Porque lo que debe suceder sucedería, por encima de cualquier homicidio. Pero a ti quiero decírtela.

-¿Dudas de que te ame como ellos? ¿De qué delito hablas? ¿Qué delito debe suceder? ¡Habla, en nombre de Dios! - Lázaro está agitado.

-Hablo, sí. No dudo de tu amor. Dudo tan poco de él, que a tu amor le confío y desvelo mis deseos...

-¡Oh, mi Jesús! ¡Esto lo hace quien está próximo a la muerte! Lo hice cuando comprendí que no venías y debía morir.

-Y Yo debo morir.

-¡Nooo! – y otro gemido de Lázaro.

-No grites. Que nadie oiga. Necesito hablarte a ti a solas. Lázaro, amigo mío, ¿tú sabes lo que está sucediendo en este momento en que estás Conmigo, en la amistad fiel que me diste desde el primer momento y que nunca por ningún motivo fue alterada? Un hombre, junto con otros hombres, está contratando el precio del Cordero. ¿Sabes qué nombre tiene ese Cordero? Su nombre es Jesús de Nazaret.

-¡No! Hay enemigos, es verdad. ¡Pero no puede uno venderte! ¿Quién? ¿Quién es?

-Es uno de los míos. Sólo podía ser uno de aquellos a quienes más fuertemente he desencantado, y que, cansado de esperar, quiere librarse de Aquel que ya no es más que un peligro personal. Cree, según su pensamiento, reconstruirse una estima ante los grandes del mundo. Sin embargo, será

despreciado por el mundo de los buenos y de los perversos. Ha llegado hasta este cansancio de Mí, de la espera de aquello que, con todos los medios, ha tratado de alcanzar: la grandeza humana. La persiguió primero en el Templo, creyó alcanzarla con el Rey de Israel, y ahora la busca nuevamente, en el Templo y con los romanos... Lo espera... pero Roma, si bien sabe premiar a sus siervos fieles... sabe también pisotear bajo su desprecio a los viles acusadores. Él está cansado de Mí, de la espera, de la carga que significa el ser bueno. Para el malvado, ser, tener que fingir que se es bueno, es una carga de un peso aplastante. Se puede sostener durante un tiempo... pero luego... ya no se puede más... y la persona se libra de ella para volver a ser libre. ¿Libre? Eso creen los malvados. Eso cree él. Pero eso no es libertad. **Ser de Dios es libertad.** Estar contra Dios es una cautividad de grilletes y cadenas, de pesos y azotes, como ningún galeote de remo, como ningún esclavo de construcciones, soporta bajo el azote del cómitre. (*Cómitre: el que vigilaba y dirigía la boga en las galeras*).

-¿Quién es? Dímelo. ¿Quién es?

-No es necesario.

-Sí que es necesario... ¡Ah!... Sólo puede ser él: el hombre que ha sido siempre una mancha en tu grey, el hombre que hace poco ha ofendido a mi hermana. ¡Es Judas de Keriot!

-No. Es Satanás. Dios ha tomado carne en Mí: Jesús. Satanás ha tomado carne en él: Judas de Keriot. (Es decir, se ha encarnado, debe ser entendido aquí no en sentido fisiológico (como en la expresión: Dios- Verbo se encarnó en el seno de la Virgen María), sino en el sentido figurado de concretarse, de personificarse. En este sentido no es errado decir que Dios se encarnó en Jesús y que Satanás se encarnó en Judas de Keriot. El mismo significado tendrán en (cap.600) otras análogas expresiones de Jesús respecto a Judas definido: uno que está anulado en Satanás, el cual se ha encarnado en su carne mortal; mientras el demonio mismo había declarado, en (cap.420), que quería regenerarse en Judas) Un día...muy lejano... aquí, en este jardín tuyo, consolé un llanto y disculpé a un espíritu que había caído en el fango. Dije que la posesión es el contagio de Satanás que inculca sus extractos en el ser y lo desnaturaliza. Dije que es matrimonio de un espíritu con Satanás y con la animalidad. Pero la posesión es todavía poca cosa respecto a la encarnación. Yo seré poseído por mis santos y ellos lo serán por Mí. (Porque los santos, los justos –anota María Valtorta en una copia mecanografiada – teniendo en sí la caridad heroica, tienen a Dios en ellos y, al mismo tiempo, Dios-Jesús los posee porque ellos son enteramente de Él). Pero sólo en Jesucristo está Dios como está en el Cielo, porque Yo Soy el Dios hecho Carne. Única es la encarnación divina. De la misma forma, en uno solo estará Satanás, Lucifer, tal y como está en su reino, porque sólo en el asesino del Hijo de Dios está Satanás encarnado. Él, mientras te hablo aquí, está ante el Sanedrín tratando y comprometiéndose para mi muerte. Pero no es él: es Satanás.

Ahora escucha, Lázaro, amigo fiel: Yo te pido algunos favores. Nunca me has negado nada. Tu amor ha sido tan grande, que, sin sobrepasar nunca el respeto, ha estado siempre activo a mi lado, con mil ayudas, con muchas prudentes y oportunas ayudas y con sabios consejos que Yo siempre he aceptado porque veía en tu corazón un verdadero deseo de mi bien.

-¡Oh, Señor mío! ¡Pero si mi alegría era ocuparme de Ti! ¿Qué voy a hacer en adelante, sin deber de ocuparme de mi Maestro y Señor? ¡Demasiado! ¡Demasiado poco me has permitido hacer! Mi deuda hacia Ti, que has devuelto a María a mi amor y a mi honor, y a mí la vida, es tal, que... ¡oh! ¿Por qué me has llamado de la muerte para hacerme vivir esta hora? Todo el horror de la muerte y toda la angustia del espíritu, tentado por Satanás al miedo en el momento de presentarse ante el Juez eterno, ya los había superado, ¡y había oscuridad!... ¿Qué te pasa, Jesús? ¿Por qué estremeces y te pones más pálido aún de lo que ya de por sí estás? Tu cara está más pálida que esta rosa de nieve que languidece bajo la Luna. ¡Oh, Maestro, parece como si la sangre y la vida te estuvieran abandonando...

-En efecto, **soy como uno que está muriendo con las venas abiertas.** Toda Jerusalén – y quiero decir con ello “todos los enemigos de entre los grandes de Israel” – está pegada a Mí con ávidas bocas; me aspira la vida y la sangre. Quieren silenciar la Voz que durante tres años los ha atormentado, aunque amándolos... porque cada una de mis palabras, aunque fuera palabra de amor, era una sacudida que invitaba a su alma a despertar, y ellos no querían oír a esta alma suya, ellos que la han atado con su triple sensualidad. Y no sólo los grandes... sino toda, toda Jerusalén, muy pronto, va a ensañarse con el INOCENTE y querer su muerte... y con Jerusalén Judea... y con Judea Perea, Idumea, la Decápolis, Galilea, Siro-Fenicia... todo, todo Israel congregado en Sión para el “Paso” del Cristo de vida a muerte... Lázaro, tú que has muerto y has resucitado, dime: ¿Qué es el morir? ¿Qué experimentaste? ¿Qué recuerdas?

-¿El morir?... No recuerdo exactamente lo que fue. Después del intenso sufrimiento, vino un gran desfallecimiento... Me parecía que ya no sufría y que sólo tenía un fuerte sueño... La luz, el ruido,

cada vez se hacían más débiles y lejanos... Dicen mis hermanas y Maximino que daba señales de duro sufrimiento... Pero yo ese sufrimiento no lo recuerdo...

-Ya. La piedad del Padre ofusca a los moribundos la sensibilidad intelectual, de manera que sufren únicamente con la carne, que es la que debe ser purificada por este pre-purgatorio que es la agonía. Pero Yo... ¿Y de la muerte qué recuerdas?

-Nada, Maestro. Tengo un espacio oscuro en el espíritu. Una zona vacía. Tengo una interrupción que no sé cómo llenar, en el curso de mi vida. No tengo recuerdos. Si mirase en el fondo de ese agujero negro que me tuvo durante cuatro días, a pesar de ser ya de noche y de estar en sombra, sentiría – no vería, pero sí sentiría – el hielo húmedo subir desde sus vísceras y sacudir mi cara. Ya es una sensación. Pero yo, si pienso en esos cuatro días, no tengo nada. Nada. Ésa es la palabra.

-Claro. Los que vuelven no pueden contar... El misterio se muestra de una en una vez para quienes en él entran. Pero, Yo, Lázaro, Yo sé lo que voy a sufrir. Yo sé que sufriré en plena consciencia. No habrá ninguna mitigación, de bebidas y de desfallecimiento que me haga menos atroz la agonía. Yo me sentiré morir. **Ya lo siento... Ya muero**, Lázaro. Como un enfermo incurable, durante estos treinta y tres años he ido muriendo; y, a medida que el tiempo me ha ido acercando a esta hora, el morir se ha ido acelerando. Antes era sólo el morir del saber que había nacido para ser Redentor; luego fue el morir de quien se ve atacado, acusado, escarnecido, perseguido, obstaculizado... ¡Qué cansancio! Luego... el morir del tener al lado, cada vez más cerca –hasta llegar a tenerlo estrechado a Mí como un gigantesco pulpo al naufrago – a aquel que es mi Traidor. ¡Qué náusea! Ahora muero en el desgarrar de tener que decir “adiós” a los amigos más queridos, a mi Madre...

-¡Maestro! ¿Estás llorando?! Sé que lloraste también delante de mi sepulcro porque me querías. Pero ahora... Lloras de nuevo. Estás todo de hielo. Tienes las manos ya frías como un cadáver. **Tú sufres... ¡Tú sufres demasiado!...**

-Soy el Hombre, Lázaro. No soy sólo el Dios. Del hombre tengo la sensibilidad y los afectos. Y el alma se me angustia al pensar en mi Madre... Y fíjate, te digo que se ha hecho tan monstruosa esta tortura mía de sufrir la proximidad del Traidor, el odio satánico de todo un mundo, la sordera de aquéllos que no odian pero tampoco saben amar activamente, porque amar activamente es llegar a ser como el Amado quiere y enseña... y, sin embargo, aquí... **sí, muchos me aman, pero han seguido siendo “ellos”; no han tomado otro yo por amor a Mí.** ¿Sabes quién ha sabido entre mis más íntimos desnaturalizarse para ser de Cristo, como Cristo quiere? Una sola: tu hermana María. Empezó desde una animalidad completa y pervertida para llegar a una espiritualidad angélica. Y esto sólo por fuerza de amor.

-Tú la has redimido.

-A todos los he redimido con la palabra. Pero sólo ella se ha transformado totalmente por actividad de amor. Pero estaba diciendo que tan monstruoso es mi sufrimiento por todas estas cosas, que no anhelo sino que todo se consuma. Mis fuerzas se pliegan... Será menos pesada la cruz, que esta tortura del espíritu y del sentimiento...

-¿La cruz?! ¡Noo! ¡Oh, no! ¡Es demasiado atroz! ¡Es demasiado infamante! ¡No!

Lázaro, que ha tenido, en pie frente a su Maestro, desde hace un rato, entre sus manos las manos heladas de Jesús, las suelta y cae sobre el asiento de piedra que está ahí al lado, se tapa la cara con las manos y llora desconsoladamente.

-¿Entonces? ¿Debo ser Yo, que muero, el que te consuele a ti, que vives? Amigo, necesito fuerza y ayuda. Y te la pido. El único que tengo que me la pueda dar eres tú. Los otros conviene que no lo sepan. Porque si lo supieran... correría la sangre. Y no quiero que los corderos se transformen en lobos, ni siquiera por amor al INOCENTE. Mi Madre... ¡oh, qué punzada hablar de Ella!... ¡Mi Madre tiene ya mucha angustia! También Ella es una destinada a próxima muerte y está exhausta... También hace treinta y tres años que viene muriendo, y ahora es toda una llaga como la víctima de un atroz suplicio. Te juro que he combatido entre la mente y el corazón, entre el amor y la razón, para decidir si era oportuno al enviarla a su casa donde Ella siempre sueña con el Amor que la hizo Madre, y paladea el sabor de su beso de fuego, y vibra en el éxtasis de aquel recuerdo y, con ojos de alma, siempre ve soplar levemente el aire impulsado y agitado por un resplandor angélico. A Galilea la noticia de la Muerte llegará casi en el momento en que pueda decirle: “¡Madre, soy el Vencedor!”. Pero no, no, no puedo hacer esto. El pobre Jesús, cargado con los pecados del mundo, necesita una confortación. Y mi Madre me la dará. El aún más pobre mundo tiene necesidad de dos Víctimas. Porque el hombre pecó con la mujer; y la Mujer debe redimir, como el Hombre redime. Pero mientras no suena la hora, Yo le ofrezco a mi Madre una sonrisa segura... Ella tiembla... lo sé. Siente acercarse la TORTURA. Lo sé. Y siente rechazo de ella por natural horror y por santo amor, de la misma forma que Yo siento rechazo de la Muerte, porque soy un “vivo” que debe morir. Pero, ¡ay si supiera que dentro de cinco días...! No llegaría viva a esa hora, y Yo la quiero viva para extraer de

sus labios fuerza como extraje vida de su seno. Y Dios quiere que esté en mi Calvario para mezclar el agua del llanto virginal con el vino de la Sangre divina y celebrar la primera Misa.

¿Sabes qué será la Misa? No lo sabes. No puedes saberlo. **Será mi muerte aplicada perpetuamente al género humano viviente o penante.** No llores, Lázaro. Ella es fuerte. No llora. Ha llorado durante toda su vida de Madre. Ahora ya no llora. Se ha crucificado la sonrisa en el rostro... ¿Has visto qué aspecto ha tomado su rostro en estos últimos tiempos? Se ha crucificado la sonrisa en el rostro para confortarme. Te pido que imites a mi Madre. No podía tener ya en Mí solo mi secreto. He mirado a mi alrededor, buscando a un amigo sincero y seguro, he encontrado tu mirada leal, he dicho: “A Lázaro”. Yo, cuando tenías una losa sobre tu corazón, respeté tu secreto y lo defendí contra la curiosidad incluso natural del corazón. Te pido el mismo respeto por el mío. Después... después de mi muerte, lo dirás. Narrarás esta conversación. Para que se sepa que Jesús fue conscientemente a la muerte, y a las torturas que conocía unió ésta de no haber ignorado nada, ni sobre las personas ni sobre el propio destino. Para que se sepa que, mientras todavía podía salvarse, no quiso, porque su amor infinito por los hombres no anhelaba otra cosa sino consumir el sacrificio por ellos.

-¡Sálvate, Maestro! ¡Sálvate! Yo te puedo procurar la huida. Esta misma noche. ¡Una vez ya huiste a Egipto! Huye también ahora. Ven, vamos. Tomamos a María con nosotros y a mis hermanas y nos marchamos. Tú sabes que ninguna de mis riquezas me atrae. La riqueza mía y de María y de Marta eres Tú. Vamos.

-Lázaro, aquella vez huí porque no era la hora. Ahora es la hora. Y me quedo.

-Entonces yo voy Contigo. No te dejas.

-No. Tú te quedas aquí. Puesto que una licencia concede que quien está dentro de la distancia de un sábado puede consumir el cordero en su casa; así que tú, como siempre, consumirás aquí tu cordero. Pero déjame venir a tus hermanas... Por razón de mi Madre... ¡Oh, qué te ocultaban, oh Mártir, las rosas del amor divino! ¡El abismo! ¡El abismo! ¡Y de él ahora suben, y atacan, las llamas del Odio para morderte el corazón! Tus hermanas, sí; ellas son fuertes y activas... y mi Madre será un ser agonizante, inclinado sobre mi cadáver. Juan no basta. Juan es el amor. Pero todavía no ha alcanzado la madurez. Madurará y se hará hombre en el suplicio de estos próximos días. Pero la Mujer tiene necesidad de las mujeres, que atiendan sus tremendas heridas. ¿Me las concedes?

-¡Todo, siempre te he dado todo con alegría! ¡Lo único que me afligía es que me pidieras tan pocas cosas!...

-Ya lo ves. De nadie he aceptado tanto como de los amigos de Betania. Ésta ha sido una de las acusaciones que el injusto me ha echado en cara más de una vez. Pero Yo, aquí, entre ustedes, encontraba muchas cosas que consolaban al Hombre de todas sus amarguras de hombre. En Nazaret Yo era el Dios que hallaba un consuelo en la Única delicia de Dios. Aquí era el Hombre. Y Yo, antes de subir a la muerte, te doy las gracias, amigo fiel, amoroso, amable, solícito, reservado, docto, discreto y generoso. Por todo te doy las gracias. El Padre mío, después, te premiará...

-Ya he recibido todo con tu amor y con la redención de María.

-¡No! Todavía debes recibir mucho. Y lo recibirás. Escucha. No te desesperes así.

Dame tu inteligencia para que Yo pueda decirte lo que todavía te pido. Te quedarás aquí a esperar...

-No, eso no. ¿Por qué Marta y María, y no yo?

-Porque no quiero que te contamines como todos los varones se van a contaminar. Jerusalén en los próximos días estará contaminada como lo está el aire en torno a una carroña podrida caída de improviso a causa del imprudente golpe de un caminante con el talón. Contaminada y contaminadora. Sus miasmas enajenarán incluso a los menos crueles, incluso a mis propios discípulos, que huirán. ¿Y a dónde irán, aturdidos? Vendrán donde Lázaro. ¡Cuántas veces, durante estos tres años, han venido en busca de pan, de cama, de defensa, de refugio, y del Maestro!... Ahora volverán. Como ovejas desperdigadas por el lobo que ha alejado al pastor, correrán a un redil. Reúnelas. Fortalécelas. Diles que los perdono. Te confío mi perdón para ellos. Les faltará la paz, por haber huido. Diles que no caigan en un pecado mayor desesperando de mi perdón.

-¿Todos huirán?

-Todos menos Juan.

-Maestro. ¡No me pedirás que reciba a Judas! Hazme morir de tortura, pero esto no me lo pidas. En más de una ocasión mi mano, ansiosa de eliminar el oprobio de la familia, se contuvo para no coger la espada. Y nunca lo hice porque no soy violento. Sólo estuve tentado a hacerlo. Pero te juro que si vuelvo a ver a Judas, como a un cabro de delito lo degüello.

-No lo verás nunca más. Te lo juro.

-¿Va a huir? No importa. He dicho: “Si lo veo”. Ahora digo: “Iré donde él, aunque fuera al fin del mundo, y lo mataré”.

-No debes desear eso.

-Lo haré.

-No lo harás porque a donde él estará no podrás ir.

-¿Dentro del Sanedrín? ¿En el Santo? Allí también lo pillaré y lo mataré.

-No estará allí.

-¿Dónde Herodes? Me matarán, pero antes lo mataré.

-Será de Satanás. Y tú no serás nunca de Satanás. Pero deja inmediatamente este pensamiento homicida, porque, si no, te dejo Yo.

-¡Oh! ¡Oh!... Pero... Sí, por Ti... ¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro!

-Sí. Tu Maestro... Acogerás a los discípulos. Los confortarás. Los conducirás de nuevo a la paz. Yo soy la Paz. Y también después... Después los ayudarás. Betania, será siempre Betania, hasta que hurgue el Odio en este lugar de amor creyendo desparramar las llamas, cuando en realidad lo que hará será esparcirlas por el mundo para encenderlo por entero. Yo te bendigo, Lázaro, por todo lo que has hecho y por todo lo que harás...

-Nada, nada. Tú me has sacado de la muerte, y no me consientes defenderte. ¿Qué es lo que he hecho, entonces?

-Has puesto tus casas a mi disposición. ¿Lo ves? Era destino. El primer alojamiento en Sión en una tierra que es tuya (*Getsemaní*). El último también en una de ellas. Era destino que Yo fuera tu Huésped. Pero de la muerte no podrías defenderme. Al principio de esta conversación te he preguntado: “¿Sabes quién soy?”. Ahora respondo: “Soy el Redentor”. El Redentor debe consumir el sacrificio hasta la última inmolación. Por lo demás, créelo, el que subirá a la cruz y será expuesto a las miradas y burlas del mundo no será un vivo, sino un muerto. Yo soy ya un muerto, matado por el no amor, más y antes que por la tortura. Y una cosa más, amigo. Mañana al alba voy a Jerusalén. Y oirás decir que Sión ha aclamado como a un triunfador a su manso Rey, que entrará en ella a lomos de un asno. Que no te desoriente este triunfo y no te haga juzgar que la Sabiduría que te habla fue no sabia en este plácido anochecer. Más veloz que un astro que atraviesa el cielo y desaparece por espacios desconocidos, se desvanecerá el fervor popular, y, para Mí, dentro de cinco atardeceres, a esta misma hora, empezará la tortura con un beso de engaño que abrirá las bocas que mañana gritarán hosanna, para formar un coro de atroces blasfemias y feroces voces de condena.

¡Sí, oh ciudad de Sión, oh pueblo de Israel, por fin tendrás al Cordero pascual! Lo tendrás en este próximo rito. Aquí está. Es la Víctima preparada desde todos los siglos. El Amor la engendró, preparándose como tálamo un seno en que no hubo mancha. Y el Amor la consuma. Así es. Es la Víctima consciente. No como el cordero que mientras el matarife afila el cuchillo para degollarlo todavía roza en el prado, o, ajeno a lo que sucede, choca contra el redondo pezón materno su hocico rosado. Pero Yo Soy el Cordero que consciente dice adiós a la vida, a la Madre, a los amigos, y va al sacrificador y dice: “¡Aquí me tienes!”. Yo Soy el alimento del hombre. Satanás ha puesto un hambre que jamás se ha saciado, que no se puede saciar. Sólo un alimento sacia esa hambre porque la quita. Y aquí está ese Alimento. Aquí está, hombre, tu Pan; aquí, tu Vino. ¡Consume tu Pascua, Humanidad! Pasa tu mar, rojo por las llamas satánicas. Purpurada con mi Sangre pasarás, raza de Hombre, preservada del fuego infernal. Puedes pasar. Los Cielos, presionados por mi deseo, ya entreabren las eternas puertas. ¡Miren, espíritus de los muertos! ¡Miren, hombres vivientes! ¡Miren, almas que serán incorporadas en los futuros! ¡Miren, ángeles del Paraíso! ¡Miren, demonios del Infierno! ¡Mira, oh Padre; mira oh Paráclito! La Víctima sonríe... Ya no llora...

Todo está dicho. Adiós, amigo. A ti tampoco te veré antes de la muerte. Vamos a darnos el beso de adiós. Y no dudes. Te dirán: “¡Era un demente! ¡Era un demonio! ¡Un embustero! Murió y decía que era la Vida”. Respóndeles, y respóndete especialmente a ti mismo: “Era y es la Verdad y la Vida. Es el vencedor de la muerte. Yo lo sé. Y no puede ser el eterno Muerto. Yo lo espero. Y, antes de que se consuma todo el aceite en la lámpara que el amigo, invitado a las bodas del Triunfador, tiene preparada para iluminar al mundo, Él, el Esposo, volverá. Y la luz esta vez ya no podrá, jamás, ser apagada”. Cree esto, Lázaro. Obedece a mi deseo. ¿Oyes a este ruiseñor, cómo canta tras haber callado por la irrupción de tu llanto? Haz tú lo mismo. Que tu alma, después del inevitable llanto ante el Matado cante el himno seguro de tu fe. Recibe la bendición del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo.

Judas llega de noche a la casa que Caifás tiene en el campo. Pero hay Luna, una Luna que hace de cómplice al asesino iluminándole el camino. Debe estar bien seguro de encontrar allí, en aquella casa de fuera de las murallas, a quienes busca, porque, en el caso contrario, pienso que habría tratado de entrar en la ciudad e ir al Templo. Sin embargo, sube seguro entre los olivos del pequeño cerro. Se siente más seguro esta vez que la pasada, porque ahora es de noche, y las sombras y la hora

lo protegen de toda posible sorpresa. Los caminos de los campos ya están desiertos, tras haber sido recorridos todo el día por las muchedumbres de los peregrinos que van a Jerusalén para la Pascua. Hasta los pobres leprosos están en sus grutas y duermen sus sueños de infelices, olvidados durante alguna hora de su destino.

Ya está Judas delante de la puerta de la casa, que blanquea con la luz de la Luna. Llama. Tres golpes, un golpe, tres golpes, dos golpes... ¡Sabe a las mil maravillas hasta la señal convencional! Y debe ser verdaderamente una señal segura, porque la puerta se entreabre sin que previamente el portero mire por la ventanilla practicada en la puerta.

Judas se introduce rápidamente, y, al criado portero que lo saluda con deferencia, le pregunta:

-¿La asamblea está reunida?

-Sí, Judas de Keriot. Podría decir que está completa.

-Llévame a ellos. Tengo que hablar de cosas importantes. ¡Rápido!

El hombre cierra con todos los cerrojos la puerta y precede a Judas por el pasillo semioscuro. Se para ante una pesada puerta y llama. El rumor de las voces cesa en la sala cerrada y es sustituido por el ruido de la cerradura y el chirriar de la puerta, que al abrirse proyecta un cono de luz viva en el pasillo oscuro.

-¿Tú? ¡Entra! – dice el que ha abierto la puerta (no sé quién es). Y Judas entra en la sala mientras el que le ha abierto cierra con llave de nuevo.

Hay una reacción de asombro, o, por lo menos, de inquietud, al ver entrar a Judas. Pero lo saludan en coro:

-La paz a ti, Judas de Simón.

-La paz a ustedes, miembros del sanedrín santo – saluda Judas.

-Acércate. ¿Qué quieres? – le preguntan.

-Decirles algo... Hablarles del Cristo. Ya no es posible continuar así. Yo ya no puedo seguir sirviéndoles de ayuda, si no se deciden a tomar decisiones extremas. Ese hombre ya sospecha.

-¿Te has dejado descubrir, necio? – le interrumpen.

-No. Necios ustedes, ustedes que por una estúpida prisa han dado pasos errados. ¡Bien sabían que les habría servido! No se han fiado de mí.

-¡Tienes memoria frágil, Judas de Simón! ¿No recuerdas cómo nos dejaste la última vez? ¿Quién podía pensar que nos eras fiel, a nosotros, proclamando de esa manera que no podías traicionarlo? – dice Elquías, irónico, más que nunca serpentino (*como serpiente*).

-¿Y creen que es fácil llegar a engañar a un amigo, al único que verdaderamente me ama, al Inocente? ¿Creen que es fácil llegar al delito?

Judas está ya perturbado. Tratan de calmarlo. Emplean la lisonja. Y lo seducen, o, al menos, tratan de seducirlo, haciéndole observar que eso suyo no es un delito, “sino – esto dicen- una obra santa para con la patria, a la que evita represalias de los dominadores, que ya dan señales de intolerancia por esas continuas agitaciones y divisiones de partidos y de la gente en una provincia romana; y para con la Humanidad, si es que – le dicen- está verdaderamente convencido de la naturaleza divina del Mesías y de su misión espiritual”.

-Si es verdad lo que Él dice –lejos de nosotros el creerlo- , ¿no eres tú el colaborador de la Redención? Tu nombre estará asociado al suyo para todos los siglos venideros, y la Patria te contará entre sus hombres de provecho, y te honrará con los más altos cargos. Tienes preparado un sitio entre nosotros. Subirás, Judas. Darás leyes a Israel. ¡No olvidaremos lo que hiciste por el bien del sagrado Templo, del sagrado sacerdocio, por la defensa de la Ley santísima, por el bien de toda la nación! Solamente ayúdanos, y luego –te lo juramos, te lo juro yo en nombre del poderoso padre mío y de Caifás, que lleva el efod (*vestidura sacerdotal*)-, tú serás el hombre más grande de Israel. Más que los tetrarcas, más que mi propio padre, ya relevado como Pontífice. Como un rey serás servido, como un profeta serás escuchado. Y si luego Jesús de Nazaret no fuera más que un falso Mesías –aunque, en realidad, no se le podría condenar a muerte, porque sus acciones no son las de un bandolero sino las de un demente-, te recordamos las palabras inspiradas de Caifás pontífice –tú bien sabes que quien lleva el efod y el racional habla por inspiración divina y profetiza y lo que hay que hacer para el bien-, Caifás, ¿recuerdas?, Caifás dijo: “Conviene que un hombre muera por el pueblo y no perezca toda la nación”. Fueron palabras de profecía.

-En verdad lo fueron. El Altísimo habló por boca del Sumo Sacerdote. ¡Sea obedecido! – dicen en coro- sin duda con teatralidad y como autómatas que deben hacer esos determinados gestos- esas ruines marionetas de los miembros del gran consejo del Sanedrín.

Judas está sugestionado, seducido... pero todavía una pequeña raíz de buen sentido, si no de bondad, queda en él, y le retiene para no pronunciar las palabras fatales.

Rodeándolo con deferencia, con simulado afecto, le apremian:

-¿No nos crees? Mira: somos los jefes de las veinticuatro familias sacerdotales, los Ancianos del pueblo, los escribas, los más encumbrados fariseos de Israel, los sabios rabíes, los magistrados del Templo. Lo más selecto de Israel está aquí, en torno a ti, y estamos dispuestos a aclamarte, y, a una voz te decimos: “Haz esto, que es santo”.

-¿Gamaliel dónde está? ¿José y Nicodemo dónde están? ¿Dónde está Eleazar el amigo de José; dónde, Juan de Gahas? No los veo.

-Gamaliel, haciendo una fuerte penitencia; Juan, con su mujer, que está encinta y está mal esta noche; Eleazar... no sabemos por qué no ha venido, pero cualquiera puede sentirse mal de improviso, ¿no te parece? Respecto a José y Nicodemo, no les hemos avisado de esta sesión secreta, por amor a ti, por cuidado de tu honor... Para que... en el infortunado caso de que la cosa fallara, tu nombre no fuera referido al Maestro... Nosotros tutelamos tu nombre. Nosotros te amamos, Judas, nuevo Macabeo salvador de la patria. (*Cuyas gestas están narradas en: 1 Macabeos 3-9; 2 Macabeos 8-15*)

-Macabeo combatió la buena batalla. Yo... cometo una traición.

-No observes las particularidades del acto, sino la justicia del fin. Habla tú, Sadoq, escriba de oro. De tu boca fluyen valiosísimas palabras. Si Gamaliel es docto, tú eres sabio, porque en tus labios está la sabiduría de Dios. Háblale tú a éste que todavía vacila.

Ese mal bicho de Sadoq se acerca, y con él el decrepito Cananías: un zorro esquelético y moribundo junto a un astuto chacal fuerte y feroz.

-¡Escucha, hombre de Dios! – empieza pomposamente Sadoq tomando una pose inspirada y retórica: el brazo derecho, ciceronariamente (*como Cicerón*), extendido hacia delante; el izquierdo ocupado en sujetar todo ese embarazo de pliegues que constituye su vestimenta de escriba. Y luego levanta también el brazo izquierdo, dejando que su monumento de vestiduras se desarregle y desordene. Y así, cara y brazos alzados hacia el techo de la sala, dice con voz potente:

-¡Yo te lo digo! ¡Te lo digo ante la altísima presencia de Dios!

-¡Maran-Athá!-(Expresión que significa “Así sea” o “El Señor viene”) - hacen coro todos, inclinándose como si un soplo supremo los plegara, para enderezarse luego con los brazos recogidos sobre el pecho.

-Yo te lo digo: ¡Está escrito en las páginas de nuestra historia y de nuestro destino! ¡Está escrito en los signos y en las figuras transmitidos por los siglos! ¡Está escrito en el rito que no conoce interrupción desde aquella noche fatal para los egipcios! ¡Está escrito en la figura de Isaac! ¡Está escrito en la figura de Abel. Y... lo que está escrito cúmplase.

-¡Maran-Athá! – dicen los otros haciendo coro, un coro bajo y lúgubre, sugestionador, con los gestos de antes, iluminadas caprichosamente sus caras por la luz de las dos lámparas encendidas en los extremos de la sala, unas lámparas de mica pálidamente violácea que emanan una luz fantasmagórica. Y verdaderamente esta reunión de hombres, casi todos vestidos de blanco, con las coloraciones pálidas trigüeñas de su raza, ahora aún más pálidos y trigüeños por la luz difusa, parece realmente una reunión de espectros.

-La palabra de Dios ha descendido a los labios de los profetas para signar este decreto. ¡Debe morir! ¡Está escrito!

-¡Está escrito! ¡Maran-Athá!

-¡Debe morir, su suerte está signada!

-¡Debe morir! ¡Maran-Athá!

-Su destino fatal está descrito hasta en sus más pequeños detalles. ¡Y el sino no se quebranta!

-¡Maran-Athá!

-Hasta está establecido el precio simbólico que se entregará al que se haga instrumento de Dios para el cumplimiento de la promesa.

-¡Está establecido! ¡Maran-Athá!

-¡Como Redentor o como falso profeta, Él debe morir!

-¡Debe morir! ¡Maran-Athá!

-¡La hora ha llegado! ¡Yeohveh lo quiere! ¡Yo oigo su voz! Esa voz grita: “¡Cúmplase esto!”

-¡El Altísimo ha hablado! ¡Cúmplase! ¡Cúmplase! ¡Maran-Athá!

-Que el Cielo te fortalezca como fortaleció a Yael y Judit, que siendo mujeres supieron ser heroínas; como fortaleció a Jefté, que siendo padre supo sacrificar a su hija a la patria; como fortaleció a David contra Goliath. ¡Y cumple el gesto que hará eterno a Israel en la memoria de los pueblos!

-Que el Cielo te fortalezca. ¡Maran-Athá!

-¡Sal vencedor!

-¡Sal vencedor! ¡Maran-Athá!

Se eleva la ronca voz senil de Cananías:

-¡El que titubea ante la orden sagrada queda condenado al deshonor y a la muerte!

-Queda condenado. ¡Maran-Athá!

-Si no quieres escuchar la voz del Señor Dios tuyo, y no llevas a cabo su mandato y lo que Él por boca nuestra te ordena, ¡vengante todas las maldiciones!

-**¡Todas las maldiciones!** ¡Maran-Athá!

-Que el Señor te castigue con todas las maldiciones mosaicas, y te disgregue entre las gentes.

-¡Te castigue y te disgregue! ¡Maran-Athá!

Un silencio de muerte sigue a esta escena sugestionadora... Todo queda suspendido en una inmovilidad terrorífica. Y al fin se oye alzarse la voz de Judas, y casi, de tan transformada como está, me cuesta reconocerla:

-Sí. Yo lo haré. Lo debo hacer. Y lo haré. Ya **la última parte de las maldiciones mosaicas es mi parte y debo salir de ellas** (*Deuteronomio 28,65-66: “En aquellas naciones no encontrarás paz ni descanso para la planta de tus pies. Yavé te dará allí un corazón cobarde, atemorizado e inquieto de día y de noche. Tu vida estará ante ti como pendiente de un hilo y andarás asustado de noche y de día”*) porque ya demasiada demora he tenido. Estoy volviéndome loco y no tengo tregua ni descanso; mi corazón está atemorizado; mi mirada, perdida; mi alma, consumida por la tristeza. Temiendo ser descubierto en mi doble juego y fulminado por Él- yo no sé, yo no sé hasta qué punto conoce Él mi pensamiento-, veo mi vida pendiente de un hilo, y mañana, tarde y noche invoco que termine este momento por el terror que amedrenta mi corazón. Por el horror que debo llevar a cabo. ¡Oh, aceleren este momento! ¡Sáquenme de estas angustias mías! Cúmplase todo. ¡Enseguida! ¡Ahora! ¡Y yo sea liberado! ¡Vamos!

La voz de Judas, a medida que ha ido hablando, se ha ido afirmando y haciendo fuerte. El gesto, antes automático e inseguro, como de sonámbulo, se ha hecho libre, voluntario. Se yergue en toda su altura, satánicamente bello, y grita:

-¡Suéltense los lazos del demencial terror! Libre estoy de la sujeción aterradora. ¡Cristo, ya no te temo y te entrego a tus enemigos! ¡Vamos!

Un grito de demonio victorioso. Y verdaderamente se encamina con arrogancia hacia la puerta. Pero lo paran:

-¡Calma! Respóndenlos: ¿Dónde está Jesús de Nazaret?

-En la casa de Lázaro. En Betania.

-No podemos entrar en esa casa que cuenta con siervos fieles. Es la casa de un favorito de Roma. Nos buscaríamos complicaciones seguras.

-Al amanecer vendremos a la ciudad. Pongan la guardia en el camino de Betfagé, creen tumulto y aprésenlo.

-¿Cómo sabes que viene por ese camino? Podría tomar otro...

-No. Ha dicho a sus seguidores que entrará por ese camino a la ciudad, por la puerta de Efraím, y que estuvieran esperándolo en En Rogel (*al Sur de Jerusalén*). Si lo capturan antes...

-No podemos. Deberíamos entrar en la ciudad con Él entre la guardia, y todos los caminos que conducen a las puertas y todas las calles de la ciudad están llenos de gente desde el alba hasta la noche. Se produciría tumulto, y eso no debe suceder.

-Subirá al Templo. Llámenlo para interrogarlo en una sala. Llámenlo en nombre del Sumo Sacerdote. Él irá porque tiene más respeto hacia ustedes que hacia su vida. Una vez que esté solo con ustedes... no les faltará la manera de llevarlo a lugar seguro y condenarlo en la hora propicia.

-Igualmente se produciría tumulto. Habrías debido darte cuenta de que la multitud está fanática por Él. Y no sólo el pueblo, sino también los grandes y los que son las esperanzas de Israel. Gamaliel pierde sus discípulos. Lo mismo Jonatán ben Uziel. Y otros de entre nosotros. Todos, seducidos por Él, nos dejan. Hasta los gentiles lo veneran, o le temen- lo cual es ya veneración-, y están dispuestos a alzarse contra nosotros si lo maltratamos. Entre otras cosas, algunos bandoleros, a los que pagábamos para ser falsos discípulos y suscitar disputas, han sido arrestados y han hablado. Esperan clemencia por la delación. Y el Pretor está al corriente... Todo el mundo lo sigue mientras nosotros no concluimos nada. No. Hay que actuar con sutileza, para que no se den cuenta las turbas.

-Sí. ¡Así hay que actuar! Anás también da esta advertencia. Dice: “Que no suceda durante la fiesta y no se cree tumulto entre el pueblo fanático”. Esto ha ordenado, y ha dado disposiciones también para que sea tratado con respeto en el Templo y en otros lugares y que no sea molestado y así poder llevarlo a una encerrona.

-¿Y entonces qué quieren hacer? Yo estaba ya bien decidido para esta noche, pero ustedes titubean...- dice Judas.

-Mira: deberías llevarnos donde Él a una hora en que esté solo. Tú conoces sus costumbres. Nos has escrito que a ti, de todos, es al que más cerca tiene. Por tanto, sabrás lo que Él quiere hacer. Estaremos siempre preparados. Cuando juzgues propicia la hora y el lugar, vienes y nosotros vamos.

-Así quedamos. ¿Cuál será mi retribución?

Ya Judas habla fríamente, como si se tratara de un trato comercial cualquiera.

-Lo que dicen los profetas, para ser fieles a la palabra inspirada: treinta monedas... (*Zacarías 11, 12-13*).

-¿Treinta monedas por matar a un hombre, y además a ese Hombre? ¡El precio que tiene un cordero común en estos días de fiesta? ¡Están locos! No es que yo tenga necesidad de dinero. Tengo buenas reservas. Así que no piensen que me convencen por ansia de dinero. Pero es demasiado poco para pagar mi dolor de traicionar a Aquel que me ha amado siempre.

-¡Pero si ya te hemos dicho que recibirás de nosotros gloria y honores! Lo que esperabas de Él y no has recibido. Nosotros medicaremos tu desilusión. ¡Pero el precio está fijado por los profetas! ¡Es una formalidad! Es un símbolo, nada más. El resto vendrá después...

-¿Y el dinero cuándo?

-En el momento en que nos digas: “Vengan”. No antes. Nadie paga antes de tener en sus manos la mercancía. ¿Es que no te parece justo?

-Es justo. Pero, al menos, tripliquen la suma...

-No. Así está dicho por los profetas. Así se debe hacer. ¡Oh, sí que sabremos obedecer a los profetas! No omitiremos ni una iota (i) de lo que han escrito acerca de Él. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Nosotros somos fieles a la palabra inspirada! ¡Je! ¡Je! ¡Je! – se ríe ese nauseabundo esqueleto que es Cananías.

Y muchos le hacen coro con risas lúgubres, bajas, insinceras, verdaderas risas de demonios que no saben sino reírse burlonamente. Porque la sonrisa es propia del corazón sereno y amante; la risa burlona, de los corazones turbados y saturados de malignidad.

-Todo está dicho. Puedes marcharte. Esperaremos al alba para regresar a la ciudad por distintos caminos. Adiós. La paz sea contigo, oveja perdida que vuelves al rebaño de Abraham. ¡La paz a ti! ¡Y el reconocimiento de todo Israel! ¡Cuenta con nosotros! Tus deseos son leyes para nosotros. ¡Que Dios te acompañe, como acompañó a todos sus siervos más fieles! ¡Que descendan sobre ti todas las bendiciones!

Le acompañan, con abrazos y manifestaciones de amor, hasta la puerta... lo miran mientras se aleja por el pasillo semioscuro... oyen el ruido de hierros de los cerrojos del portón que se abre y después se cierra. Vuelven a la sala con gran contento. Sólo dos o tres voces se alzan. Son las de los menos demoníacos:

-¿Y ahora? ¿Qué haremos con respecto a Judas de Simón? ¡Bien sabemos que no podemos darle lo que le hemos prometido, aparte de esas pobres treinta monedas!... ¿Qué va a decir cuando se vea traicionado? ¿No habremos hecho un daño mayor? ¿No irá diciendo al pueblo lo que hicimos? Sabemos que es un hombre de pensamiento no firme.

-¡Bien ingenuos y necios son teniendo estos pensamientos y creándose estas angustias! Ya está determinado lo que haremos con Judas. Determinado desde la otra vez. ¿No se acuerdan? Y nosotros no cambiamos nuestro pensamiento. Cuando todo haya terminado con el Cristo, Judas morirá. Está dicho.

-¿Pero y si hablara antes?

-¿A quién? ¿A los discípulos y al pueblo, para que lo apedreen? No hablará. El horror de su acción lo amordaza...

-Pero podría arrepentirse en el futuro, tener remordimientos, incluso perder el juicio... Porque su remordimiento, si se despertara, lo volvería loco; no puede ser de otra manera...

-No tendrá tiempo. Tomaremos antes las medidas oportunas. Cada cosa a su tiempo. Primero el Nazareno y luego el que lo ha traicionado – dice lentamente, terriblemente, Elquías.

-Sí. ¡Y atentos! Ni una palabra a los ausentes. Ya demasiado han sabido de nuestro pensamiento. No me fío de José ni de Nicodemo. Y poco de los otros.

-¿Dudas de Gamaliel?

-Gamaliel se ha segregado de nosotros ya hace muchos meses. Sin una expresa orden pontifical, no asistirá a nuestras reuniones. Dice que está escribiendo su obra con la ayuda de su hijo. Pero me refiero a Eleazar y a Juan.

-¡Nunca se han opuesto a nosotros! – responde al momento un anciano que he visto otras veces con José de Arimatea, pero cuyo nombre no recuerdo.

-No. Es que se han opuesto demasiado poco. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Y habrá que vigilarlos! Muchas serpientes se han anidado en el Sanedrín, yo creo... ¡Je! ¡Je! ¡Je! Pero serán desanidadas... ¡Je! ¡Je! – dice Cananías mientras va encorvado y tembloroso, apoyado en su bastón, a buscarse un cómodo lugar en uno de los anchos y bajos asientos de gruesos tapetes, que hay a lo largo de las paredes de la sala, y, satisfecho, se tumba y pronto se queda dormido: abierta la boca, afeado por su mala vejez.

Lo observan. Y Doras, hijo de Doras, dice:

-Está satisfecho por ver este día. Mi padre lo soñó; pero no lo tuvo. Llevaré en el corazón su espíritu, para que esté presente en el día de la venganza contra el Nazareno y reciba su alegría...

Recuerden que tendremos que turnarnos. Un turno nutrido. Estar constantemente en el Templo.

-Estaremos.

-Tendremos que ordenar que, a cualquier hora, Judas de Simón sea conducido ante el Sumo Sacerdote.

-Lo haremos.

-Y ahora preparemos nuestro corazón para la tarea final.

-¡Ya está preparado! ¡Ya está preparado

-Con astucia.

-Con astucia.

-Con finura.

-Con finura.

-Para aquietar toda sospecha.

-Para engatusar a todos los corazones.

-Diga lo que diga o haga lo que haga, ninguna reacción. Nos vengaremos de todo de una sola vez.

-Así lo haremos. Y será una venganza despiadada.

-¡Completa!

-¡Terrible!

Y se sientan buscando descanso en espera del alba.

589

DOMINGO DE RAMOS

De Betania a Jerusalén, predisponiendo a los apóstoles en orden a la Pasión inminente.

Jesús camina entre manzanares y olivares plenamente florecidos. Hasta las plateadas hojas de los olivos, adornadas de rocío, que brillan heridas por el primer rayo de la aurora y movidas por un ligero viento perfumado, parecen flores. Las frondas de cada uno de los árboles son un trabajo de orfebre. La mirada observa maravillada su belleza. Los almendros, ya todos vestidos de su verdor, sobresalen de entre las masas blanco-rosadas de los otros árboles frutales, y, abajo, las vides muestran los festones de las primeras hojas tiernas, tan brillantes y sedosas que parecen una escama delgadísima de esmeralda o un jirón de seda preciosa. Arriba, un cielo de un color turquesa oscura, uniforme, plácido, solemne. Por todas partes, cantos de pájaros y perfumes de flores. Un aire fresco entona y alegra. Verdaderamente la alegría abrileña sonríe por todas partes.

Jesús está en medio de sus apóstoles. Los doce. Y está hablando:

-He dicho a las mujeres que se adelanten porque quiero hablar a ustedes solos. Al principio les dije a los que estaban Conmigo: “No inquieten a mi Madre hablándole de malas acciones contra su Hijo” Aquéllas parecían acciones muy graves... Ahora ustedes tres, testigos de las que supusieron el comienzo de la cadena con que será conducido a la muerte el Hijo del hombre – tú, Juan, tú, Simón, y tú, Judas de Keriot-, bien pueden ver que aquéllas eran comparables a un granito de arena que cae de arriba, respecto a la roca, a las rocas que son las acciones de ahora. Pero entonces ni ustedes, ni Yo ni mi Madre, estábamos preparados en orden a la maldad humana. Miren: tanto en el bien como en el mal el hombre no alcanza de improviso el máximo, sino que sube, o se hunde, por grados. Y lo mismo en el dolor. Ahora, ustedes los buenos, han subido en el bien y pueden constatar –sin el escándalo que antes habrían sufrido- hasta qué punto de perversión puede bajar el hombre que se hace demonio, de la misma forma que Yo y mi Madre podemos soportar, sin morir por ello, todo el dolor que viene del hombre. Hemos robustecido nuestra alma. Todos. En el Bien, en el Mal o en el Dolor. Y todavía no hemos tocado la cima. Todavía no hemos tocado la cima... ¡Oh, si supieran cuál es la cima del Bien, del Mal, del Dolor, y lo altas que son! Pero les repito las palabras de entonces. No refieran a mi Madre lo que el Hijo del hombre va a decirles ahora. Le causaría demasiado dolor. Los que están para ser ejecutados beben el compasivo preparado que aturde para poder esperar, sin temblar en todo instante, la hora del suplicio... ¡El silencio de ustedes será como el preparado compasivo para Ella, Madre del Redentor! Ahora Yo quiero, para que nada les quede oscuro, abrirles el sentido de las profecías. (Éxodo 12, 1-14; 21-22; Isaías 42,1-9; Zacarías 9, 9-10) Y les pido que estén Conmigo, mucho, mucho. Durante el día seré de todos. Por la noche les ruego que estén Conmigo porque Yo quiero estar con ustedes. **Tengo necesidad de no sentirme solo.**

Jesús está tristísimo. Los apóstoles lo ven y están angustiados. Se arriman alrededor de Él. También Judas sabe arrimarse al Maestro como si fuera el más afectuoso de los discípulos. Jesús los acaricia y prosigue:

-Quiero, en esta hora que todavía se me concede, terminar el conocimiento del Cristo en ustedes. Al principio, con Juan, Simón y Judas, di a conocer la verdad de las profecías sobre mi nacimiento. Las profecías me han pintado, como no hubiera podido hacerlo el más excelso pintor, desde mi alba hasta mi ocaso. Es más, el alba y el ocaso son las dos fases más ilustradas por los profetas. Ahora el

Cristo bajado del Cielo, el Justo que las nubes han dejado llover sobre la Tierra, el Retoño sublime, **muy pronto va a ser muerto**, quebrantado como un cedro por el rayo. Vamos a hablar, pues, de su muerte. No suspiren, no meneen la cabeza. No murmuren en sus corazones, no maldigan a los hombres. No es de ningún provecho. Subimos a Jerusalén. La Pascua está ya cercana.

“Este mes será para ustedes el primero de los meses del año” (Éxodo 12,1-2). Este mes será para el mundo el principio de un nuevo tiempo, que jamás cesará. Inútilmente, de tanto en tanto, el hombre tratará de introducir en él otros nuevos. Aquellos que quieran introducir un tiempo nuevo que lleve su nombre idolátrico, serán fulminados y castigados. **No hay más que un Dios en el Cielo y un Mesías en la Tierra: el Hijo de Dios: Jesús de Nazaret.** Él, dando todo de sí, todo lo puede querer, y pone su regio sello no sobre aquello que es carne y fango, sino sobre lo que es tiempo y espíritu.

“El décimo día de este mes tomen todos un cordero, por familia y casa. Y, si no basta el número de las personas de la casa para consumir el cordero, tome a su vecino con los suyos hasta poderlo consumir entero” (Éxodo 12,3-10). Porque el sacrificio y la víctima han de ser completos y deben ser consumidos. Ni una miga debe quedar de ellos. No quedará. Demasiados son los que van a nutrirse del Cordero. Un número sin número, para un banquete sin límite de tiempo; y no es necesario nuevo fuego para consumir los restos porque no hay restos. Aquellas partes que serán ofrecidas pero que serán rechazadas por el odio serán consumidas por el fuego mismo de la víctima, por su amor.

Hombres, los amo. Ustedes, doce amigos míos elegidos por mí mismo, ustedes en quienes están las doce tribus de Israel y las trece venas de la Humanidad. Todo lo he reunido en ustedes y todo en ustedes veo reunido... Todo.

-Pero en las venas del cuerpo de Adán está también la de Caín. Ninguno de nosotros ha alzado la mano contra su compañero. ¿Dónde está entonces Abel? –pregunta Judas Iscariote.

-Tú lo has dicho. En las venas del cuerpo de Adán está también la de Caín. Y el Abel soy Yo. El dulce Abel pastor de rebaños, grato al Señor porque ofrecía sus primicias y lo que no tenía imperfección, y la primera de sus ofrendas: él mismo. Los amo, hombres. Aunque no me aman, los amo. El amor acelera y cumple la obra de los sacrificadores.

“Que el cordero sea sin mancha, macho, de un año”. (Éxodo 12,5) No hay tiempo para el Cordero de Dios. Él Es. Igual en el último día que como era en el primero de esta Tierra. Aquel que Es como el Padre no conoce en su divina naturaleza envejecimiento. Y su Persona conoce una sola vejez, un solo cansancio: la desilusión de haber venido en vano para demasiados.

Cuando sepan cómo fui matado – y los ojos que verán a su Señor convertido en leproso cubierto de llagas ahora brillan de llanto a mi lado, y ya no ven esta risueña colina porque el llanto los ciega con su líquida visera- digan, sí, digan: “No de esto murió, sino de haber sido ignorado por aquellos a quienes más quería y de haber sido rechazado por demasiada humanidad”.

Pero si no tiene tiempo el Hijo de Dios y, por tanto, difiere del cordero del rito, es como él por carecer de mancha y ser varón consagrado al Señor. Sí. Inútilmente los verdugos, los que me maten con las armas, o con la voluntad, o con la traición, intentarán justificarse a sí mismos diciendo: “Era culpable”. Ninguno que sea sincero puede acusarme de pecado. ¿Pueden hacerlo ustedes?

Estamos frente a la muerte. Yo lo estoy. Otros también lo están. ¿Quiénes? ¿Quieres saber quiénes, Pedro? Todos. La muerte avanza hora a hora y aferra a quien menos se lo espera. Pero es que incluso aquellos que tienen todavía mucha vida que tejer, hora a hora están frente a la muerte, pues que el tiempo es un relámpago respecto a la eternidad y en la hora de la muerte hasta la vida más larga se reduce a nada, y las acciones de lejanos decenios, hasta los de la primera edad, vuelven en masa para decir: “Mira, ayer hacías esto”. ¡Ayer! ¡Siempre es ayer cuando uno se muere! ¡Y siempre es polvo el honor y el oro que tanto anheló la criatura! ¡Pierde todo sabor el fruto por el que se perdió el juicio! ¿La mujer? ¿La bolsa (*dinero*)? ¿El poder? ¿La ciencia? ¿Qué queda? ¡Nada! Sólo la conciencia y el juicio de Dios, juicio al que la conciencia va pobre de riquezas, desnuda de humanas protecciones, cargada sólo de sus obras.

“Tomen su sangre y tiñan con ella postes y dintel de la puerta y el Ángel no arremeterá, a su paso, contra las casas en que esté el signo de la sangre”. (Éxodo 12,7. 12-13) Tomen mi Sangre. Ponganla, no en las piedras muertas, sino en el corazón muerto. Es la nueva circuncisión. Y Yo me circuncidé por todo el mundo. No sacrifico la parte inútil, sino que quebranto mi magnífica, sana, pura virilidad, completamente la sacrifico, y de los miembros mutilados, de las venas abiertas, tomo mi Sangre, y trazo sobre la Humanidad anillos de salvación, anillos de eternos desposorios con el Dios que está en los Cielos, con el Padre que espera, y digo: “Mira, ahora no puedes rechazarlos porque rechazarías tu Sangre”.

“Y Moisés dijo: “... y luego sumerjan un manojo de hisopo en la sangre y asperjen con sangre los postes” (Éxodo 12,22) ¿No basta entonces la sangre? No basta. A mi Sangre debe unirse el

arrepentimiento de ustedes. Sin el arrepentimiento, amargo y saludable, inútilmente Yo para ustedes moriré”.

Ésta es la primera palabra que en el Libro habla del Cordero redentor. Pero están presentes estas palabras en todo el Libro. De la misma manera que, con cada vez que el Sol nace, más espeso se hace el florecimiento en estas ramas, así, a medida que un año va sucediendo al otro, y se aproxima el tiempo de la redención, el florecimiento de palabras se hace más tupido.

Y ahora Yo, con Zacarías, les digo, a ustedes por Jerusalén: (*Zacarías 9,9-10*)

“Vean al Rey que viene lleno de mansedumbre cabalgando una asna y un pollino. Él es pobre”. Pero dispersará a los poderosos que oprimen al hombre. Es manso, y, no obstante, su brazo alzado para bendecir vencerá sobre el demonio y la muerte.

“Él anunciará la paz, porque es el Rey, de la paz”. Estando clavado, extenderá su dominio de mar a mar. (*Zacarías 9,10: “Destruirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén. Desaparecerá el arco con flechas y dictará la paz a las naciones. Extenderá su dominio desde el Mediterráneo hasta el mar Rojo y desde el Éufrates hasta el fin del mundo.”*)

“Él, que no grita, que no quebranta, que no extingue al que no es luz sino humo, al que no es fuerza sino debilidad, al que merece toda reprensión, Él, hará justicia según la verdad”. (*Isaías 42,2-4*) Tu Mesías, oh ciudad de Sión, tu Mesías, oh pueblo del Señor, tu Mesías, oh pueblo de la Tierra.

“Sin tristeza ni mostrarse turbulento”. Y ustedes ven que no tengo la tristeza apesadumbrada del vencido, ni la rencorosa del perverso, sino solamente la seriedad de quien ve hasta qué punto puede llegar la posesión de Satanás en el hombre; y ven cómo, pudiendo reducir a cenizas y desbaratar con una sola pulsación de Mi Voluntad, he tendido las manos como invitación de amor, a todos, sin descanso. ¡Y otra vez las alargaré, y serán heridas! “Sin tristeza ni turbulencia, conseguiré establecer mi Reino”. Ese Reino de Cristo en que reside la salvación del mundo.

Me dice el Padre, Señor eterno: “Te he llamado, te he tomado de la mano, te he establecido como alianza entre los pueblos y Dios, te he hecho luz de las naciones”. (*Isaías 42,6-7*). Y Luz he sido. Luz para abrir los ojos a los ciegos, palabra para dar el habla a los sordos, llave para abrir las mazmorras subterráneas de los que estaban en las tinieblas del error.

Y ahora, Yo, que soy todo esto, voy a la muerte. Entro en la oscuridad de la muerte. La muerte, ¿comprenden?... estas primeras cosas anunciadas, que se están cumpliendo, las digo Yo también con el profeta; las otras se las diré antes de que nos separe el Demonio. Allí en el fondo está Sión. Vayan por la asna y el pollino. Díganle al hombre: “Son necesarios para el Rabí Jesús”. Y digan a mi Madre que estoy llegando. Ella está allá, en aquel rellano, con las Marías; me está esperando. Es mi triunfo humano... Que sea también su triunfo. Unidos siempre. ¡Oh, unidos!...

¿Y quién es ese corazón de hiena que con un golpe de su pata armada de uñas separa el corazón del corazón materno: a Mí, su Hijo? ¿Un hombre? No. Todo hombre nace de una mujer. Por reflejo instintivo y por reflejo moral, no puede arremeter contra una madre porque piensa en la “suya”. Un hombre, pues, no es. ¿Quién, entonces? Un demonio. ¿Pero puede un demonio agredir a la Vencedora? Para agredirla debe tocarla. Y Satanás no soporta la luz virginal de la Rosa de Dios. ¿Y entonces? ¿Quién creen que es? ¿No hablan? Yo entonces lo digo. El demonio más astuto se ha fundido con el hombre más degenerado y, como el veneno en los dientes del áspid, así está cerrado dentro de él, que puede acercarse a la Mujer, y así, traídamamente, morderla.

¡Maldito sea el híbrido monstruo que es Satanás y que es hombre! ¿Lo maldigo? No. No es propia del Redentor esta palabra. Entonces digo al alma de este híbrido monstruo lo que dije a Jerusalén, monstruosa ciudad de Dios y de Satanás: “¡Oh, si en esta hora que todavía se te concede supieras venir a tu Salvador! ¡No hay amor mayor que el mío!! Ni tampoco mayor poder. También el Padre consiente, si Yo digo: “Quiero”, y Yo no sé pronunciar sino palabras de piedad para los que han caído y me tienden los brazos desde su abismo.

Alma del mayor pecador, tu Salvador, ante el umbral de la muerte, se inclina hacia tu abismo y te invita a tomar su mano. No será impedida mi muerte... Pero tú... pero tú, a quien amo aún... te salvarías. Y el alma de tu Amigo no se estremecería de horror al pensar que por obra de su amigo conoce el horror de morir, y de éste morir...

Jesús calla... agobiado... Los apóstoles hablan en voz baja y se preguntan:

-¿Pero de quién habla? ¿Quién es? Y Judas, descarado en el mentir:

-Sin duda es uno de los falsos fariseos... Yo creo que José o Nicodemo, o Cusa o Manahén... A todos les preocupan los primeros puestos y las riquezas... Sé que Herodes... Y sé que el Sanedrín. ¡Él se ha fiado de ellos demasiado! ¡Fíjense como ayer tampoco estaban presentes! No tienen el valor de hacerle frente...

Jesús no oye. Ha ido adelante y ha llegado donde su Madre, que está con las Marías y con Marta y Susana. Sólo falta Juana de Cusa en el grupo de las piadosas mujeres.

El llanto ante Jerusalén y la entrada triunfal en la Ciudad Santa.

Jesús pasa su brazo sobre los hombros de su Madre, que se había levantado cuando Juan y Santiago de Alfeo habían llegado donde Ella para decirle: “Tu Hijo viene”. Luego éstos habían regresado para reunirse con sus compañeros, que caminan lentamente, y van hablando. Mientras, Tomás y Andrés han ido ligeros hacia Betfagé para buscar a la asna y el pollino y llevarlos a Jesús.

Jesús, entretanto, habla a las mujeres:

-Hemos llegado a la ciudad. Les aconsejo que se marchen y vayan seguras. Entren antes que Yo en la ciudad. En “En Rogel” están todos los pastores y los discípulos más leales. Tienen la orden de escoltarlas y protegerlas.

-Es que... Hemos hablado con Aser de Nazaret y Abel de Belén de Galilea, y también con Salomón. Habían venido hasta aquí para observar tu llegada. La muchedumbre prepara una gran fiesta. Y queríamos ver... ¿Ves cómo se agitan las copas de los árboles? No es el viento el que las agita de ese modo. Es la gente, que coge ramas para sembrar de ellas el camino y para resguardarte del sol. ¡¿Y allá?! Mira, allá están quitando a las palmas sus abanicos. Parecen racimos, pero son hombres que han trepado a los troncos para coger y coger... Y en las laderas puedes ver cómo los niños, agachados, recogen flores. Y las mujeres, sin duda, están despojando huertos y jardines de corolas y hierbas olorosas para sembrarte el camino de flores. Nosotras queríamos ver... e imitar el gesto de María de Lázaro, que recogió todas las flores pisadas por tu pie cuando entraste en el jardín de Lázaro – ruega, por todas, María de Cleofás.

Jesús acaricia en la mejilla a su anciana pariente, que parece una niña deseosa de ver un espectáculo, y le dice:

-En medio de la masa de gente no verían nada. Vayan adelante. A la casa de Lázaro. La que está custodiada por Matías. Pasaré por allí y me verán desde arriba.

-Hijo mío... ¿y vas solo? ¿No puedo estar a tu lado? – dice María alzando una cara muy triste y fijando sus ojos de cielo en su dulce Hijo.

-Quisiera rogarte que estuvieras oculta. Como la paloma en la hendidura de la roca. ¡Más que tu presencia me es necesaria tu oración, Mamá amada!

-Sí es así, Hijo mío, nosotras oraremos. Todas. Por Ti.

-Sí. Después de verlo pasar, vendrán con nosotras a mi palacio de Sión. Y mandaré servidores al Templo y siempre detrás del Maestro, para que nos traigan sus órdenes y sus noticias- decide María Magdalena, siempre rápida en captar lo que es mejor hacer y hacerlo sin vacilación.

Marta dice: -Tienes razón, hermana. Aunque me duela no seguirlo, comprendo la justicia de la orden. Y, además, Lázaro nos ha dicho que no contradigamos al Maestro en nada, sino que lo obedezcamos hasta en las cosas menos importantes. Y lo haremos.

-Pues entonces márchense. ¿Ven? Las calles se animan. Están llegando los apóstoles. Márchense. La paz sea con ustedes. Las mandaré llamar en las horas que juzgue buenas. Mamá, adiós. Ten paz. Dios está con nosotros.

La besa y se despidе de ella. Y las obedientes discípulas se marchan diligentes. Los diez apóstoles llegan donde Jesús.

-¿Las has mandado adelante?

-Sí. Verán desde una casa mi entrada.

-¿Desde qué casa? – pregunta Judas de Keriot.

-¡Son ya muchas las casas amigas! –dice Felipe.

-¿No la de Analía? – insiste Judas Iscariote.

Jesús responde negativamente y se encamina hacia Betfagé, que está poco lejos. Cercana ya la tiene cuando vuelven los dos que habían sido enviados por la asna y el pollino. Gritan:

-Hemos encontrado las cosas como habías dicho. Y te habríamos traído los animales. Pero el dueño quiere cepillarlos y adornarlos con los mejores jaeces, para honrarte. Y los discípulos, unidos a los que han pasado la noche en las calles de Betania, para honrarte, quieren tener el honor de traértelos. Nosotros hemos aceptado. Nos ha parecido que su amor merecía un premio.

-Han hecho bien. Entretanto, vamos adelante.

-¿Son muchos los discípulos? – pregunta Bartolomé.

-¡Oh, una multitud! No se logra entrar por las calles de Betfagé. Por eso le he dicho a Isaac que lleve el asno a casa de Cleante el quesero – responde Tomás.

-Has hecho bien. Vamos hasta aquel rellano de la colina. Vamos a esperar a la sombra de aquellos árboles un poco.

Van a donde Jesús señala.

-¡Pero nos alejamos! ¡Pasas Betfagé rodeándola por detrás! – exclama Judas Iscariote.

-Y si quiero hacerlo, ¿quién me lo puede prohibir? ¿Acaso estoy ya prisionero, de forma que no me sea lícito ir a donde quiera? ¿Es que hay prisa en que lo esté y se teme que pueda evadirme de la captura? Y, si juzgara oportuno alejarme por lugares más seguros, ¿alguien podría impedírmelo?

Jesús asaetea con sus ojos al Traidor, que ya no abre la boca y se encoge de hombros como diciendo: haz lo que te parezca. En efecto, dan la vuelta por detrás del pueblecito, que yo diría es un suburbio de la propia ciudad, porque por el lado oeste está verdaderamente muy poco separado de la ciudad, formando parte ya de las laderas del Monte de los Olivos, que corona a Jerusalén por el lado oriental. Abajo, entre las laderas y la ciudad, el río Cedrón brilla bajo el sol de Abril.

Jesús se sienta en aquel silencio verde y se concentra en sus pensamientos. Jesús mira a la ciudad, que se extiende a sus pies. No es un cerro muy alto: como mucho, como puede ser la plaza de San Miniato del monte, en Florencia. Pero basta para que la vista domine la extensión de todas las casas y valles que suben y bajan por las pequeñas elevaciones de terreno que constituyen Jerusalén. Este cerro, eso sí, respecto al Calvario, es mucho más alto, si se toma el nivel más bajo de la ciudad; y está más cerca de la muralla. Comienza verdaderamente a dos pasos de ésta. Por esta parte de las murallas, se eleva con pronunciado desnivel, mientras que, por la otra, desciende suavemente hacia una campiña toda verde que se extiende hacia el este (al menos me parece el oriente, si juzgo bien la luz solar).

Jesús y los suyos están bajo un grupo de árboles, a la sombra, sentados. Descansan del camino recorrido. Luego Jesús se levanta, deja el espacio arbolado donde estaban sentados y se llega justo hasta el borde del rellano. Su alto físico –así, erguido y solo, parece todavía más alto- destaca neto en el vacío que lo rodea. Tiene las manos recogidas sobre el pecho, sobre el manto azul, y mira serio, serio.

Los apóstoles lo observan. Pero no le estorban, no moviéndose ni hablando. Deben pensar que se ha separado para orar. Pero Jesús no está rezando. Primero mira durante un tiempo largo a la ciudad, mira a todos sus barrios y a todas sus elevaciones y todos sus detalles, a veces fijando su mirada largamente en éste o aquel punto, otras veces con menos insistencia; luego se echa a llorar, sin convulsiones ni ruido. Las lágrimas llenan las órbitas, luego salen y ruedan por las mejillas y caen... Lagrimones silenciosos y llenos de tristeza, como de una persona que sabe que debe llorar solo, sin esperar consuelo y comprensión de alguien, por un dolor que no puede ser anulado y que, sin remisión, debe ser sufrido.

El hermano de Juan, por su posición, es el primero que ve ese llanto y se lo dice a los otros, los cuales, asombrados, se miran.

-Ninguno de nosotros ha hecho alguna cosa mal- dice uno.

-Tampoco ha habido insultos de la gente, ni estaba entre ella ninguno de sus enemigos – dice otro.

-¿Por qué llora entonces? – pregunta el más anciano de todos.

Pedro y Juan se levantan al mismo tiempo y se acercan al Maestro. Piensan que lo único que debe hacerse es hacerle sentir que lo quieren y preguntarle qué le sucede.

-Maestro, ¿estás llorando? – dice Juan mientras apoya su cabeza rubia en el hombro de Jesús, que le supera en altura todo el cuello y la cabeza. Y Pedro, poniéndole una mano en la cintura, ciñéndole casi con un abrazo para arrimarle hacia sí, le dice:

-¿Qué te aflige, Jesús? Dínoslo a nosotros, que te queremos.

Jesús apoya la mejilla en la cabeza rubia de Juan, y, abriendo los brazos, pasa a su vez el brazo por el hombro de Pedro. Permanecen en este abrazo los tres, en una postura de mucho amor. Pero el llanto sigue goteando.

Juan, que siente que desciende entre sus cabellos, le pregunta de nuevo:

-¿Por qué lloras, Maestro mío? ¿Es que te hemos apenado nosotros?

Los otros apóstoles se han añadido al grupo amoroso y ansiosamente esperan una respuesta.

-No – dice Jesús- No ustedes. Ustedes son amigos míos, y la amistad, cuando es sincera, es bálsamo y sonrisa, nunca llanto. Quisiera que permanecieran siempre en esta amistad Conmigo, incluso ahora, que vamos a entrar en la corrupción que fermenta y que pudre a quien no tiene decidida voluntad de conservarse honesto.

-¿A dónde vamos, Maestro? ¿No a Jerusalén? La gente ya te ha saludado con alegría. ¿Quieres defraudarla? ¿Es que vamos a Samaria para algún prodigio? ¿Justo ahora, que la Pascua está cercana?

Varios al mismo tiempo hacen las preguntas.

Jesús levanta las manos e impone silencio. Luego, con la derecha, señala a la ciudad. Un gesto amplio, como de una persona que fuera sembrando delante de sí. Y dice:

-Ésa es la Corrupción. Entramos en Jerusalén. Entramos en ella. Y sólo el Altísimo sabe cómo quisiera santificarla llevando a ella la Santidad que viene de los Cielos. Santificar de nuevo, a ésta que debería ser la ciudad santa. Pero no podré hacerle nada. Corrompida está y corrompida se

queda. Y los ríos de santidad que brotan del Templo vivo, y que más aún brotarán dentro de pocos días hasta dejarlo vacío de vida, no serán suficientes para redimirla. Vendrá al Santo la Samaria y el mundo pagano. Sobre los templos falsos se alzarán los templos del Dios verdadero. Los corazones de los gentiles adorarán al Cristo. Pero este pueblo, esta ciudad le será siempre adversa y su odio la llevará al mayor de los pecados. Ello debe suceder. ¡Pero, ay de aquéllos que sean instrumentos de este delito! ¡Ay de ellos!...

Jesús mira fijamente a Judas, que está casi enfrente de Él.

-Eso a nosotros no nos sucederá nunca. Somos tus apóstoles y creemos en ti, dispuestos a morir por ti.

Judas miente desvergonzadamente y resiste la mirada de Jesús sin turbación. Los otros unen a ello sus declaraciones en la misma línea.

Jesús responde a todos, evitando responder a Judas directamente:

-Quiera el Cielo que así sean. Pero en ustedes hay todavía mucha debilidad y la tentación podría hacerlos semejantes a los que me odian. Oren mucho y velen mucho por ustedes mismos. Satanás sabe que está para ser derrotado y quiere vengarse arrebatándolos de mis manos. Satanás está alrededor de todos nosotros: de Mí, para impedirme hacer la voluntad del Padre y cumplir mi misión; de ustedes, para reducirlos a siervos suyos. Velen (*no duerman*). Dentro de esas murallas, Satanás se apoderará de aquel que no sepa ser fuerte. Aquel para quien el haber sido elegido será maldición, porque hizo de su elección una finalidad humana (*Judas Iscariote*). Los he elegido para el Reino de los Cielos y no para el del mundo. Recuerden esto. Y tú, ciudad que quieres tu destrucción, ciudad por la que lloro: que sepas que tu Cristo ora por tu redención. ¡Ah, si al menos en esta hora que te queda supieras venir a quien sería tu paz! ¡Si al menos comprendieras en esta hora al Amor que pasa por ti, y te despojaras del odio que te ciega y te enloquece, que te hace cruel respecto a ti misma y a tu bien! ¡Pero llegará el día en que recordarás esta hora! ¡Demasiado tarde, entonces para llorar y arrepentirte! El Amor habrá pasado y habrá desaparecido de tus calles. Quedará el Odio que has preferido. Y el Odio se volverá contra ti, contra tus hijos. Porque se tiene lo que se ha querido y el odio se paga con el odio. Y no será, entonces, un odio de fuertes contra inermes (*desarmados*), sino odio contra odio, y, por tanto, guerra y muerte. Acorralada por trincheras y soldados, languidecerás antes de ser destruída y verás caer a tus hijos por armas y hambre y a los supervivientes ir como prisioneros, y los verás escarnecidos, y pedirás misericordia, mas no la hallarás porque no has querido conocer tu Salud. (*Destrucción y exilio de siglos, ocurrida en el año 70 por los romanos*). Lloro, amigos, porque tengo corazón de hombre y las ruinas de la patria le sacan lágrimas. Pero es justo que esto se cumpla, porque la corrupción supera entre estas murallas todo límite y atrae el castigo de Dios. ¡Ay de los ciudadanos que sean causa del mal de la patria! ¡Ay de los dirigentes, que son la causa principal de ello! ¡Ay de aquellos que deberían ser santos para conducir a los demás a la honestidad, y que, al contrario, profanan la Casa de su ministerio y se profanan a sí mismos! Vengan. De nada servirá mi acción. Pero ¡hagamos que la Luz resplandezca una vez más en las Tinieblas!

Y Jesús desciende, seguido por los suyos. Va rápido por el camino, el rostro serio, yo diría: casi enojado. Y ya no habla. Entra en una casita que está al pie del cerro. Y ya no veo más.

DICE JESÚS

La escena narrada por Lucas parece sin conexión, casi ilógica. ¿Lamento las desdichas de una ciudad culpable y no tengo conmiseración de sus hábitos? No, no tengo, no puedo tener conmiseración con ellos, porque son precisamente estos hábitos los que engendran las desdichas; y verlos agudiza mi dolor. Mi ira contra los profanadores del Templo es la lógica consecuencia de mi meditación sobre las ya cercanas desdichas de Jerusalén.

Los castigos del Cielo están siempre provocados por las profanaciones del culto de Dios y de la Ley de Dios. Haciendo de la Casa de Dios una cueva de ladrones, aquellos sacerdotes indignos y aquellos indignos creyentes (de nombre solamente) atraían para todo el pueblo maldición y muerte. Es inútil dar uno u otro nombre al mal que hace sufrir a un pueblo; busquen su justo nombre en esto: “Castigo por una vida de animales”. Dios se retira y el mal avanza. Éste es el fruto de una vida nacional indigna del nombre de cristiana.

Como entonces, tampoco ahora, en esta fracción de siglo (*en plena Segunda Guerra Mundial*), he dejado de aguijar y llamar; pero, como entonces, lo único que he obtenido para Mí y para los instrumentos por Mí usados ha sido **burla, indiferencia y odio**. Recuerden, no obstante, las personas en particular y las naciones, recuerden que inútilmente lloran cuando antes no quisieron conocer su salvación. Inútilmente me invocan cuando en la hora en que me hallaba con ellos me expulsaron con una guerra sacrílega que, partiendo de las conciencias particulares, devotas del Mal,

se extendió por toda la nación. Las patrias no se salvan tanto con las armas, cuanto con una forma de vida que atraiga las protecciones del Cielo.

Casi no ha tenido tiempo Jesús de entrar en la casa bendiciendo a los que en ella moran, y ya se oye el sonido alegre de cascabeles y voces festivas. Un instante después, la cara enjuta y pálida de Isaac aparece en la abertura de la puerta y el fiel pastor entra y se postra ante su Señor Jesús.

En el marco de la puerta, abierta de par en par, se apiñan muchas caras (y detrás se ven todavía más). Gente que choca, que se apretuja, que quiere abrirse paso... Algún grito de mujer, algún llanto de niño atrapado en medio del gentío, y gritos de saludo y exclamaciones festivas:

-¡Dichoso este día que te trae de nuevo a nosotros! ¡La paz a ti, Señor! Bien vuelves, Maestro, a premiar nuestra fidelidad.

Jesús se pone en pie y hace ademán de hablar. Todos callan. La voz de Jesús se oye con nitidez.

-¡Paz a ustedes! No se apretujen. Vamos a subir juntos al Templo. He venido para estar con ustedes. ¡Paz! ¡Paz! No se hagan daño. ¡Dejen pasar, amados míos! Déjenme salir, y síganme, porque entraremos juntos en la Ciudad santa.

La gente, bien o mal, obedece. Y se abre un poco de camino. Lo suficiente como para que Jesús pueda salir y montar en el pollino (porque Jesús señala como cabalgadura para Él el pollino que hasta ahora nunca ha sido montado). Entonces, unos ricos peregrinos comprimidos entre el gentío extienden sobre la grupa sus suntuosos mantos, y uno de ellos hinca una rodilla en tierra mientras con la otra hace de escalón para el Señor, que se sienta en la grupa del pollino de asna. El viaje empieza. Pedro va a un lado del Maestro e Isaac al otro, teniendo las bridas del animal, que aunque no esté domado camina tranquilo, como si estuviera acostumbrado a ese oficio, sin inquietarse o asustarse de las flores que a menudo –dado que las arrojan hacia Jesús– le dan al animalito en los ojos o en el blando hocico; ni tampoco de las ramas de olivo y de las hojas de palma que la gente agita delante y alrededor de él, arrojadas al suelo para que hagan de alfombra junto con las flores; ni de los gritos, cada vez más fuertes, de: “¡Hosanna, Hijo de David!” que se elevan al cielo sereno mientras la muchedumbre se va apretando cada vez más y aumenta por otros que han llegado nuevos.

Pasar por Betfagé, por entre las callejuelas estrechas y tortuosas no es cosa fácil. Las madres deben coger en brazos a los niños, y los hombres deben proteger de golpes demasiado violentos a las mujeres. Y algún padre monta a su hijito a caballo de sus hombros y lo lleva así alto, más alto que la gente, mientras las vocecitas de los niños parecen balidos de corderos o chillidos de golondrinas y sus manitas echan las flores y hojas de olivo que le dan sus madres, y también besos, al manso Jesús...

Una vez fuera del pequeño arrabal, el cortejo se ordena y se extiende. Muchos, diligentemente, se adelantan para ir abriendo la marcha liberando el camino. Otros los siguen, esparciendo ramos en el suelo. Uno tiene la iniciativa de arrojar su manto como alfombra, y otro, y cuatro, y diez, y cien y mil lo imitan. La calle presenta en su centro una faja multicolor de ropas extendidas en el suelo. Una vez que Jesús pasa, recogen los mantos y los llevan más adelante, con otros, con otros, y más flores, ramos, hojas de palma, que la gente agita y arroja; y se elevan gritos más fuertes en torno al Rey de Israel, al Hijo de David, a su Reino, en torno a Él y en honor de Él.

Los soldados que están de guardia en la puerta salen a ver qué sucede. Pero como no se trata de una sedición, apoyados en sus lanzas se hacen a un lado y observan admirados o irónicos el extraño cortejo de ese Rey que cabalga un pollino de asna, hermoso Él como un dios, humilde como el más pobre de los hombres, manso, bendecidor... rodeado de mujeres y niños y hombres desarmados que gritan: “¡Paz! ¡Paz!”; de este Rey que antes de entrar en la ciudad se detiene un momento a la altura de los sepulcros de Hinnón y de Siloán (creo que refiero bien estos lugares donde he visto milagros de leprosos otras veces), y apoyándose en el único estribo en que descansa su pie –pues está sentado en el asno, no a caballo de él–, se yergue y abre los brazos mientras eleva su voz en dirección a aquellas laderas horribles (donde se asoman caras y cuerpos horrorosos mirando hacia Jesús y alzando el grito quejumbroso de los leprosos: “¡Estamos infectados!”, para alejar a algunos imprudentes que, con tal de ver a Jesús, subirían incluso a esos corrompidos e infectados rellanos):

-¡El que tenga fe en Mí que invoque mi Nombre y reciba por ello la salud! – y bendice para reanudar luego la marcha, ordenando a Judas de Keriot:

-Comprarás alimentos para los leprosos y, con Simón, se los llevarás antes de que anochezca.

Cuando el cortejo entra por debajo de la bóveda de la puerta de Siloán y luego, como un torrente, irrumpe dentro de la ciudad, al pasar por el barrio de Ofel –donde todas las terrazas se han transformado en una pequeña, aérea plaza colmada de gente jubilosa que arroja a la calle flores y perfumes, tratando de que caigan sobre el Maestro, y el aire está saturado del olor de las flores que mueren bajo los pasos de las turbas y de la esencia que se esparce en el aire antes de caer al polvo

del camino-, al pasar por el barrio de Ofel, el grito de la multitud parece aumentar y hacerse fuerte como si cada uno lo gritara con una bocina, porque los espacios abovedados de que está llena Jerusalén lo amplifican con resonancias continuas.

Oigo gritar, y creo que quiere decir lo que escriben los evangelistas:

-¡Salem, Salem melquil! – (o malquit: trato de representar el sonido de las palabras, pero es difícil porque tienen aspiraciones que nosotros no tenemos). Es un grito continuo, semejante al bramido de un mar en tempestad en que antes de que cese el fragor del golpe que azota playas y escolleras ya otro golpe lo recoge y lo alza de nuevo formando un nuevo fragor, sin tregua alguna. ¡Estoy ensordecida...!

Perfumes, olores, gritos, agitación de ramos y de vestimentas, colores, chillidos... Es una visión que aturde. Veo mezclarse continuamente a la muchedumbre, aparecer y desaparecer caras conocidas: todos los discípulos de todos los lugares de Palestina, todos los seguidores... Veo a Jairo, a Yaia –me parece, el jovencito de Pel.la que era ciego como su madre y al que Jesús curó. Veo a Joaquín de Bosra y a aquel campesino de la llanura de Sarón con sus hermanos; veo al anciano y solitario Matías en cuya casa, -de aquel lugar del Jordán (orilla oriental)- Jesús se refugió mientras todo estaba inundado; y a Zaqueo con sus amigos convertidos; veo al anciano Juan de Nob con casi todos los habitantes de esta ciudad; veo al marido de Sara de Yuttá... Pero ¿quién puede llevar la cuenta de caras y nombres, si es un calidoscopio de caras conocidas y desconocidas, vistas varias veces o una vez solamente?... Y ahora la cara del pastorcito de Enón, y junto a él el discípulo de Corazín que dejó de sepultar a su padre por seguir a Jesús; y, al lado de él, un instante, al padre y a la madre de Benjamín de Cafarnaúm con su hijito, que por poco si se cae debajo de las patas del asno por echarse hacia adelante y recibir una caricia de Jesús.

Y –por desgracia – caras de fariseos y escribas (lívidos (*morados*) de rabia por este triunfo) que hienden atropelladores el círculo de amor apiñado en torno a Jesús, y gritan:

-¡Manda callar a estos locos! ¡Hazles entrar en razón! ¡Los hosannas son sólo para Dios! ¡Di que se callen!

A lo cual Jesús responde dulcemente:

-¡Aunque les dijera que se callasen y me obedecieran, las piedras gritarían los prodigios del Verbo de Dios!

Y es que, en efecto, la gente, además de gritar: “¡Hosanna, Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna a Él y a su Reino! ¡Dios está con nosotros! ¡El Emmanuel ha venido! ¡Ha venido el Reino del Cristo del Señor! ¡Hosanna desde la Tierra hasta lo alto del Cielo! ¡Paz! ¡Paz, mi Rey! ¡Paz y bendición a ti, Rey santo! ¡Paz y gloria en los Cielos y en la Tierra! ¡Gloria a Dios por su Cristo! ¡Paz a los hombres que lo saben acoger! ¡Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad y gloria en los Cielos Altísimos porque la hora del Señor ha venido!” (y quien grita esto último es el grupo compacto de los pastores, que repiten el grito natalicio); además de estas exclamaciones continuas, la gente de Palestina narra a los peregrinos de la Diáspora los milagros que han visto, y, a quienes no saben lo que está sucediendo – por ser extranjeros, de paso fortuitamente por la ciudad- y que preguntan: “¿Pero quién es éste?, ¿qué sucede?” –les explican:

-¡Es Jesús!, ¡Jesús, el Maestro de Nazaret de Galilea! ¡El Profeta! ¡El Mesías del Señor! ¡El Prometido! ¡El Santo!

De una casa –sobrepasada su puerta poco antes porque la marcha es lentísima en medio de tanta confusión – sale un grupo de robustos jóvenes llevando en alto recipientes de cobre llenos de carbones encendidos, y de incienso que arde y esparce nubes de humo oloroso. Y otros recogen este gesto y lo repiten, de forma que muchos corren adelante o vuelven hacia atrás, a sus casas, para proveerse de fuego y resinas olorosas para quemarlas en honor del Cristo.

Aparece la casa de Analía; la terraza, enguirnaldada con vid de hojas nuevas, temblorosas por un leve viento abrilero; presenta en el lado de la calle toda una fila de jovencitas vestidas y veladas de blanco – en cuyo centro está Analía-, con cestos de pétalos de rosas deshojadas y de muguets, que ya revolotean en el aire.

-¡Las vírgenes de Israel te saludan, Señor! – dice Juan, que se ha abierto paso y ahora está al lado de Jesús, atrayendo su atención hacia la guirnalda de pureza que se asoma sonriendo tras el pretil para sembrar la calle de pétalos rojos como la sangre y muguets blancos como perlas.

Jesús sujeta un instante las riendas y para al pollino. Levanta la cara y la mano para bendecir a esa virginidad, enamorada de Él hasta el punto de renunciar a todo amor terreno.

Y Analía se echa hacia delante y grita:

-¡He visto tu triunfo, Señor! ¡Toma mi vida para tu glorificación universal!- y, mientras Jesús pasa por debajo de su casa y prosigue, lo saluda con un grito altísimo:

-¡Jesús!

Y otro, un grito distinto, sobrepuja el clamor de la muchedumbre. Pero la gente, a pesar de oírlo, no se detiene. Es un río de entusiasmo, un río irrefrenable de pueblo en delirio. Y, mientras las últimas ondas de este río están todavía fuera de las puertas, las primeras ya acometen las subidas que conducen al Templo.

-¡Ahí está tu Madre! – grita Pedro señalando a una casa situada casi en la esquina de una calle que sube al Moria y por la que el cortejo se encamina. Y Jesús alza su cara para sonreír a su Madre, que está allí arriba entre las mujeres fieles.

Un taco producido por una nutrida caravana detiene al cortejo pocos metros después de haber sobrepasado la casa. Mientras Jesús y los otros se detienen y Él acaricia a los niños que las madres le presentan, acude un hombre y se abre paso gritando:

-¡Déjenme pasar! Una mujer ha muerto. Una niña. De repente. La madre pide la presencia del Maestro. ¡Déjenme pasar! ¡Ya la salvó una vez!

La gente abre paso y el hombre se apresura a ir hasta Jesús:

-Maestro, la hija de Elisa ha muerto. Te ha saludado con aquel grito. Luego ha caído hacia atrás diciendo: “¡Soy feliz!” y ha expirado. Su corazón, con el gran júbilo de verte triunfador, se ha quebrantado. Su madre me ha visto en la terraza que está al lado de su casa y me ha dicho que viniera a llamarte. ¡Ven, Maestro!

-¡Muerta! ¡Muerta Analía! ¡Pero si estaba sana, lozana, feliz ayer mismo!

Los apóstoles se juntan inquietos, los pastores también. Todos la han visto el día anterior en perfecto estado de salud. Poco antes la han visto rosada, sonriente... No comprenden esta desventura... Quieren saber, preguntan los pormenores...

-No lo sé. Todos han oído sus palabras. Hablaba fuerte, segura. Luego la vi ceder hacia atrás, más blanca que sus vestidos, y oí a su madre que gritaba... No sé nada más.

-No se inquieten. No está muerta. Ha caído una flor y los ángeles de Dios la han recogido para llevarla al seno de Abraham. Pronto la azucena de la Tierra se abrirá feliz en el Paraíso, e ignorará para siempre el horror del mundo. Hombre, di a Elisa que no llore por el destino de su criatura. Dile que Dios ha otorgado una especial gracia a Analía, y que dentro de seis días comprenderá qué gracia ha concedido Dios a su hija. No lloren. Que no llore nadie. Su exaltación es aún mayor que la Mía, porque cortejo de la virgen son los ángeles para llevarla a la paz de los justos. Y es una exaltación eterna, que aumentará de grado y no conocerá nunca merma. En verdad les digo que tienen motivo de llanto en todos ustedes y no en Analía. Vamos.

Y repite a los apóstoles y a quienes están alrededor de Él:

-Ha caído una flor. Se ha echado en paz y los ángeles la han recogido. Dichosa la pura de carne y corazón, porque pronto verá a Dios.

-¿Pero cómo? ¿De qué ha muerto, Señor? – pregunta Pedro, que no logra comprender.

-De amor, de éxtasis, de gozo infinito. ¡Una muerte feliz!

Los que están muy adelante no saben lo que está sucediendo; los que están muy atrás, tampoco. Por tanto, los gritos de hosanna continúan, aunque aquí, junto a Jesús, se haya creado un círculo de pensativo silencio. Juan lo rompe:

-¡Quisiera seguir su misma suerte antes de los momentos que van a venir!

-Yo también – dice Isaac – Quisiera ver el rostro de la jovencita muerta de amor por Ti...

-Les ruego que me sacrifiquen su deseo. Necesito tenerlos a mi lado...

-No te dejaremos, Señor. ¿Pero, para la madre, ningún consuelo? – pregunta Natanael.

-Me ocuparé de que lo tenga.

Están ya ante las puertas de las murallas del Templo. Jesús baja del burrito. Uno de Betfagé se encarga de cuidar del pollino. Hay que tener en cuenta que Jesús no se ha parado en la primera puerta del Templo, sino que ha orillado la muralla y no se ha detenido antes de llegar al lado norte de ésta, cerca de la Antonia. Ahí baja y entra en el Templo, como para mostrar que, sintiendo inocentes todas sus acciones, no se esconde del poder dominante. El primer patio del Templo presenta el habitual jaleo de cambistas y vendedores de palomas, gorriónes y corderos; sólo que ahora toda la gente deja plantados a los vendedores para ir a ver a Jesús. Jesús entra, majestuoso con su túnica purpúrea. Pasa su mirada por ese mercado. Mira a un grupo de fariseos y escribas, que bajo un corredor, observan.

Le centellea de indignación el rostro. En un instante se pone en el centro del patio. Una reacción imprevista que ha parecido un vuelo, el vuelo de una llama (de llama es su túnica, en efecto, bajo el sol que inunda el patio):

-¡Fuera de la Casa de mi Padre! Éste no es lugar de usura ni de mercado. Está escrito (*Isaías 56,7; Jeremías 7,11*): “Mi casa será llamada Casa de oración”. ¿Por qué han transformado en cueva de ladrones esta casa en que se invoca el Nombre del Señor? ¡Fuera! Limpien mi Casa: no les vaya a suceder que en vez de correas descargue sobre ustedes los rayos de la ira celeste. ¡Fuera! Fuera de

aquí los ladrones, los estafadores, los deshonestos, los homicidas, los sacrílegos, los idólatras que tienen **la peor idolatría: la del propio yo soberbio**, los corruptores y los embusteros. ¡Fuera! ¡Fuera! Si no, Yo les digo que **el Dios altísimo arrasará para siempre este lugar y tomará venganza contra todo un pueblo.**

No repite la agresión de la otra vez, con el azote, pero, viendo que mercaderes y cambistas vacilan en obedecer, va al banco más cercano y lo vuelca, esparciendo por el suelo balanzas y monedas.

Los vendedores y cambistas, visto este primer ejemplo, sin demora, ponen por obra la orden de Jesús, seguidos por el grito de Él:

-¡Y cuántas veces voy a tener que decir que éste no debe ser lugar de inmundicia, sino de oración?

Mira a los del Templo, los cuales, obedientes a la orden del Pontífice, no emprenden gesto alguno de represalia.

Limpio ya el patio, Jesús se dirige hacia los corredores, bajo los cuales hay ciegos, paralíticos, mudos, lisiados y otros enfermos que le invocan con fuerte voz:

-¿Qué quieren de Mí?

-¡La vista, Señor!

-Los miembros!

-¡Que mi hijo hable!

-¡Que mi mujer se cure!

-¡Nosotros creemos en Ti, Hijo de Dios!

-Que Dios los escuche. ¡Álcense y alaben al Señor!

No cura uno a uno a los enfermos, sino que hace un amplio gesto con la mano, y de ella manan gracia y salud para estos pobrecillos que ahora se yerguen sanos y emiten gritos de júbilo que se mezclan con los de muchos niños que se arriman a Jesús repitiendo:

-¡Gloria, gloria al Hijo de David! ¡Hosanna a Jesús Nazareno, Rey de reyes y Señor de señores!

Algunos fariseos, con fingida deferencia y voz alta dicen:

-¡Maestro! , ¿Oyes lo que dicen? Estos niños dicen algo que no debe decirse. ¡Repréndelos! ¡Que callen!

-¿Por qué? ¿No dijo, acaso, el rey profeta, el rey de mi linaje: “De la boca de los niños y de los lactantes has hecho brotar la alabanza perfecta para confusión de tus enemigos?” (*Salmo 8, 3*) ¿No han leído esas palabras del salmista? Dejen que los niños expresen mis alabanzas. Se las inspiran sus ángeles, que ven constantemente a mi Padre y conocen sus secretos y se los transmiten a éstos inocentes. Ahora déjenme todos que vaya a orar al Señor -, y pasando por delante de la gente, se introduce en el patio de los israelitas para orar...

Luego, saliendo por otra puerta, pasando muy cerca de la piscina Probática, sale de la ciudad para volver hacia las lomas del Monte de los Olivos.

Se ve entusiasta a los apóstoles... Esta exaltación los hace sentirse seguros, hace que olviden completamente todo el terror que las palabras del Maestro había suscitado... Hablan de todo... Ansían tener noticias acerca de Analía. No sin dificultad, Jesús los retiene – quieren ir -, asegurando que va a poner los medios que Él conoce... Sordos, sordos, sordos a toda voz divina de aviso... hombres, hombres, hombres a los que un grito de hosanna hace olvidar todo...

Jesús habla con los domésticos de María Magdalena, que se habían unido a Él en el Templo; luego se despiden de ellos...

-¿Y ahora a dónde vamos?- pregunta Felipe.

-¿A casa de Marcos de Jonás? – dice Juan.

-No. Al campo de los Galileos. Quizás hayan venido mis hermanos. Quisiera saludarlos –dice Jesús.

-Podrás hacerlo mañana – le señala Judas Tadeo.

-Bueno es obrar mientras se puede obrar. Vamos donde los galileos. Se alegrarán de vernos. Ustedes tendrán noticias de las familias y Yo veré a los niños...

-¿Y esta noche? ¿Dónde vamos a dormir? ¿En la ciudad? ¿En qué lugar? ¿Dónde está tu Madre? ¿En casa de Juana? – pregunta Judas Iscariote.

-No lo sé. Desde luego, en la ciudad no. Quizás todavía en alguna tienda galilea...

-¿Pero por qué?

-Porque soy galileo y amo a mi patria. Vamos.

Se ponen en marcha subiendo hacia el campo de los Galileos – todo un blanquear de tiendas bajo el alegre sol abrilero-, que está arriba en el Monte de los Olivos, orientado hacia Betania.

Por la noche en Getsemaní. Los apóstoles llamados de nuevo a la realidad
después de la embriaguez del triunfo.

Jesús está con los suyos en la paz del Huerto de los Olivos. Se viene la noche, una templada noche de luna llena. Están sentados en esos asientos naturales que son los desniveles del Huerto, los primeros que se asoman a la placita natural formada por el espacio vacío de árboles que está al principio del Getsemaní.

Jesús está hablando:

-Después de la exaltación de esta mañana, muy distinto tienen el corazón. ¿Qué deberé decir? ¿Que lo sienten aliviado? ¡Sí, según lo humano, aliviado! Han entrado en la ciudad temblando a causa de mis palabras. Cada uno en particular parecía temer a los esbirros, tras las murallas, preparados para caer sobre ustedes y apresarlos.

En todo hombre hay otro hombre, que se revela en las horas más graves. **Existe el héroe**, que en las horas de peligro se manifiesta en el hombre que el mundo siempre vio manso, en ese hombre al que el mundo juzgó insignificante; el héroe que dice ante la lucha: “Aquí estoy”, que dice al enemigo, al avasallador: “Mídete conmigo”. **Existe el santo**, que, mientras que todos huyen aterrorizados ante los sanguinarios deseos de víctimas, dice: “Tómenme a mí como rehén y como víctima. Pago yo por todos”. **Existe el cínico**, que ante las desventuras generalizadas saca beneficio propio, y que se ríe ante los cuerpos de las víctimas. **Existe el traidor**, que es una amalgama del cínico y el cobarde (que es también una categoría que se manifiesta en los momentos más graves), porque cínicamente saca provecho de una desdicha y cobardemente se pasa al grupo más fuerte, atreviéndose, con tal de sacar provecho de ello, a hacer frente al desprecio de los enemigos y a las maldiciones de aquéllos a quienes ha abandonado. En fin, **existe** –y es la categoría más difundida – **el cobarde**, que en el momento grave sólo es capaz de dolerse por haber sido reconocido como partidario de un grupo o de un hombre que ahora sufren condenación, y de huír... La culpa del cobarde no alcanza el grado de la del cínico, ni repugna como el traidor, pero muestra, eso sí, la imperfección de su estructura espiritual. Ustedes... esto son. No digan que no. Yo leo en las conciencias.

Esta mañana íntimamente pensaban: “¿Qué nos va a suceder? ¿Iremos a la muerte también nosotros?” y la parte más baja gemía: “¡No teníamos que haberlo seguido!...”. Sí. Pero ¿los he engañado alguna vez? Ya desde mis primeras palabras les hablaba de persecución y muerte. Y cuando uno de ustedes, por exceso de admiración quiso verme y presentarme como un rey – uno de los pobres reyes de la Tierra, pobre aunque fuera restaurador del reino de Israel-, inmediatamente corregí el error y dije: “Soy Rey del espíritu. Ofrezco privaciones, sacrificio, dolor. No tengo otra cosa. Aquí, en la Tierra no tengo otra cosa. Pero después de mi muerte, y de la muerte de ustedes en mi fe, les daré un Reino eterno: el de los Cielos”. ¿Acaso les hablé de otra manera? No. Ustedes mismos dicen que no.

Y ustedes, entonces, decían: “Sólo ésto queremos: estar Contigo, ser tratados como Tú y padecer por Ti”. Sí, ésas eran sus palabras. Y eran sinceros. Pero era porque razonaban sólo como niños; como niños distraídos. Pensaban que seguirme era fácil y estaban tan cargados de la triple concupiscencia, que no podían admitir que fuera verdad lo que Yo les señalaba. Pensaban: “Es el Hijo de Dios. Lo dice para probar nuestro amor. Pero el hombre no podrá agredirle. ¡Él, que obra milagros, bien sabrá hacer un gran milagro a favor propio!”. Y cada uno de ustedes añadía: “No puedo creer que lo traicionen, que lo apresen y le den muerte”. Tan fuerte era esta humana fe de ustedes en mi poder, que llegaban a no tener fe en mis palabras, la Fe verdadera, espiritual, santa y santificante.

“Él, que obra milagros, hará también uno a favor propio!” decían. No sólo uno. Haré todavía muchos. Y dos serán como ninguna mente de hombre puede pensar; serán como sólo los que crean en el Señor podrán admitir. Todos los demás, durante todos los siglos, dirán: “¡Imposible!”. Y después de la muerte seguiré siendo objeto de contradicción para muchos.

Una dulce mañana de primavera, desde lo alto de un monte, anuncié las distintas bienaventuranzas. Hay todavía una: “Bienaventurados los que saben creer sin ver”. Ya he dicho yendo por Palestina: “Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”, también: “Bienaventurados los que hacen la voluntad de Dios”. Y otras más, otras he dicho, porque en la Casa del Padre mío son numerosas las alegrías que esperan a los santos. Pero también existe ésta: ¡Oh, bienaventurados los que creen sin haber visto con los ojos corporales! Serán tan santos, que, estando en la Tierra, verán ya a Dios, Dios escondido en el Misterio de amor. (*Dios escondido en la Hostia consagrada*).

Pero ustedes, después de tres años de estar Conmigo, a esta fe no han llegado todavía. Y creen sólo en lo que ven. Por eso, desde esta mañana, después de la exaltación, están diciendo: “Es lo que

decíamos nosotros. Él triunfa. Y nosotros con Él”. Y, como aves a las que les nacen las plumas que un hombre cruel haya arrancado, alzan su vuelo ebrios de alegría, seguros, libres de ese sentido de opresión que mis palabras habían puesto en sus corazones. Entonces, ¿están más aliviados también en sus espíritus? No. En él están aún menos aliviados. Porque están aún menos preparados para la hora que amenaza. Han bebido los gritos de hosanna como un vino fuerte y agradable y están ebrios de él. ¿Un hombre embriagado es, acaso, fuerte?: basta una manita de niño para hacerlos tambalear y caer. Así están ustedes. Y será suficiente la presencia de los esbirros para ponerlos en fuga, cual temerosas gacelas que, en cuanto ven asomarse tras una roca el hocico puntiagudo del chacal, se dispersan, rápidas como el viento, por las soledades del desierto.

¡Cuiden de no morir de horrible sed en esa quemada arena que es el mundo sin Dios! No digan, no digan, amigos queridos, lo que dice Isaías (8, 12-16) aludiendo a este estado de espíritu de ustedes, falso y peligroso; no digan: “Éste sólo habla de conjuras, pero no hay motivo de temor, no hay motivos para sentir espanto. No debemos temer lo que nos profetiza. Israel lo ama y nosotros éso lo hemos visto”. ¿Cuántas veces el tierno pie desnudo de un niño pisa la hierbecillas florecidas de un prado mientras arranca corolas para llevárselas a su madre, y cree que sólo va a encontrar tallitos y flores y, sin embargo, pone el talón sobre la cabeza de una culebra y ésta le muerde y el niño muere! Las flores ocultaban la serpiente. ¡Y esta mañana... también ha sido así! Yo soy el Condenado coronado de rosas. ¡Las rosas!... ¿Cuánto duran las rosas? ¿Qué queda de ellas cuando su corola se ha deshojado para formar nieve de perfumados pétalos? Espinas.

Yo – Isaías lo dijo – seré para ustedes – y, con ustedes, les digo que lo seré para el mundo – santificación; pero también piedra de tropiezo, piedra de escándalo, y lazo y ruina para Israel y para la Tierra. **Santificaré a los que tengan buena voluntad, seré causa de caída y de quebranto para los que tengan mala voluntad.** Los ángeles no pronuncian palabras engañosas ni palabras que duren poco. Ellos vienen de Dios, que es Verdad y que es Eterno, y lo que dicen es verdad y constituye palabra inmutable. Los ángeles dijeron: “Paz a los hombres de buena voluntad”. Entonces nacía, ioh, Tierra!, tu Salvador. Ahora va a la muerte tu Redentor. Pero para recibir paz de Dios, o sea, santificación y gloria, es necesario tener “buena voluntad”. Inútil mi nacimiento, inútil mi muerte, para aquellos que no tienen esta voluntad buena. Mi vagido y mi estertor, el primer paso y el último, la herida de la circuncisión y la de la consumación, se habrán producido en vano si en ustedes, si en los hombres, no existe la buena voluntad de redimirse y de santificarse. Y les digo que muchísimos tropezarán en Mí, que he sido puesto como columna de soporte y no como trampa para el hombre; **y caerán porque estarán ebrios de soberbia, de lujuria, de avaricia, y se verán dentro de la red de sus pecados, atrapados y entregados a Satanás.** Pongan estas palabras en sus corazones, grábenlas para los futuros discípulos.

Vamos. La Piedra se alza. Otro paso hacia delante, hacia la cima del monte. Debe resplandecer en la cima porque Él es Sol, Luz, Oriente. Y el Sol resplandece en las cimas. Debe ser en el monte porque el mundo entero debe ver el Templo verdadero. Y Yo mismo lo edifico con la Piedra viva de mi Carne inmoluta. Y uno sus distintas partes con la argamasa hecha de sudor y sangre. Estaré en mi trono cubierto con un manto de púrpura viva, coronado con una corona nueva, y los que están lejos vendrán a Mí, trabajarán en mi Templo, para mi Templo. Yo soy la base y la cúspide. Pero todo alrededor, cada vez mayor, se irá extendiendo la morada. Yo mismo labraré mis piedras y a mis artesanos. De la misma manera que Yo he sido labrado con cincel por el Padre, por el Amor, por el hombre y por el Odio, así los labraré. Y cuando en un sólo día haya sido arrancada de la Tierra la iniquidad, a la piedra del Sacerdocio eterno se acercarán los siete ojos para ver a Dios y de ella manarán las siete fuentes para vencer el fuego de Satanás.

Satanás... Judas, vamos; y recuerda que el tiempo es ya poco y que para el anochecer del Jueves debe ser entregado el Cordero.

(Jueves es de inmediata comprensión para el lector de hoy, a quien se adapta el lenguaje de la Obra valtortiana. También en otros lugares y en los títulos de los capítulos que siguen, se nombran los días de la semana, los cuales, en realidad, excepciones hechas de Sábado y Parasceve, no tenían un nombre para los hebreos de ese tiempo).

Jesús, allí, en el rellano elevado del Monte de los Olivos donde muchos galileos se congregan con ocasión de las solemnidades, sale pronto de una de las tiendas. Todo el campamento duerme bajo la claridad de una Luna que se pone lentamente, envolviendo de candor de plata tiendas, árboles y

laderas, y a la ciudad durmiente abajo... Jesús pasa entre las tiendas seguro y sin hacer ruido. Una vez fuera del campamento, baja rápido hacia el Getsemaní por pronunciados senderos; lo atraviesa, sale de él, cruza el puentecito del Cedrón –cinta de plata que arpegia a la Luna-, llega a la puerta vigilada por los legionarios. Quizás es una medida de precaución del Procónsul esta vigilancia de las puertas cerradas. Son cuatro soldados, que hablan sentados en voluminosas piedras colocadas contra el fuerte muro como asientos; y se están calentando junto a una pequeña hoguera de zarzas secas que proyectan una luz rojiza en las corazas brillantes y en los austeros yelmos, bajo los cuales sobresalen unos rostros muy distintos de los de los hebreos, por la fisonomía itálica.

–¿Quién va ahí? –dice el primero que ve aparecer la alta figura de Jesús de detrás del ángulo de una casucha cercana a la puerta, y toma el asta terminada en puntiaguda lanza que tenía apoyada al lado, contra el muro, poniéndose en la postura reglamentaria. Los otros hacen lo mismo. Aquél, sin dar tiempo a Jesús para responder, dice:

-No se entra. ¿No sabes que estamos aún en la segunda vigilia?

-Soy Jesús de Nazaret. Mi Madre está en la ciudad y voy donde Ella.

-¡Oh, el Hombre que ha resucitado al muerto de Betania! ¡Por Júpiter! ¡Por fin voy a verlo!

Y se acerca mirándolo curioso; se mueve en torno a Él, como para asegurarse de que no es una cosa irreal, extraña, sino que es un hombre exactamente como todos los demás. Y lo dice:

-¡Oh! ¡Númes! ¡Es hermoso como Apolo. Pero hecho en todo como nosotros! ¡Y no tiene ni bastón ni gorro, ni ninguna señal de su poder!

Está perplejo. Jesús lo mira pacientemente, sonriéndole con dulzura.

Los otros, que son menos curiosos – quizás han visto ya a Jesús otras veces- dicen:

-Habría sido bueno que hubiera estado aquí a mitad de la primera vigilia, cuando han llevado al sepulcro a la niña bonita que ha muerto por la mañana. Habríamos visto resucitar...

Jesús, dulcemente, repite:

-¿Puedo ir donde mi Madre?

Los cuatro soldados se desperezan. El más viejo habla:

-Verdaderamente la orden sería no dejarte pasar. Pero Tú pasarías de todas formas. Quien fuerza las puertas del Hades (*lugar de los muertos*) bien puede forzar las puertas de una ciudad cerrada... Y, además, no eres hombre que suscite amotinamientos. Por tanto, la prohibición cae para Ti. Procura que no te vean las patrullas de dentro. Abre, Marco Grato. Y pasa sin hacer ruido. Somos soldados y debemos obedecer...

-No temas. Su bondad no se transformará en castigo.

Un legionario abre cautelosamente el portillo practicado en la puerta colosal, y dice:

-Pasa pronto. Dentro de poco termina la vigilia y seremos cambiados por los siguientes.

-La paz a ustedes.

-Somos hombres de guerra...

-La paz que Yo doy permanece incluso en la guerra, porque es paz del alma.

Y Jesús se sume en la oscuridad del arco abierto en el espesor de las murallas. Pasa silencioso ante el cuerpo de guardia, de donde la puerta abierta, sale la luz temblorosa de una lámpara de aceite, una lámpara corriente, colgada de un gancho del bajo techo, que permite ver algunos cuerpos de soldados durmiendo en esteras puestas en el suelo, bien arrebujaos en sus mantos, con las armas al lado.

Jesús ya está en la ciudad... Lo pierdo de vista mientras observo cómo dos de los soldados de antes entran a despertar a los que duermen, para ser sustituidos; pero primero observan si Él se ha alejado.

-Ya no se le ve... ¿Qué habrá querido decir con esas palabras? Me habría gustado saberlo –dice el más joven.

-Habrías debido preguntársela. No nos desprecia. Es el único hebreo que no nos desprecia y que no nos saca el dinero de una u otra forma – le responde el otro (ya en su plena madurez viril).

-No me he atrevido. ¿Yo, campesino beneventano, hablar con uno que dicen es Dios?

-¿Un dios en un burro? ¡Ja! ¡Ja! Si estuviera borracho como Baco, quizá; pero no es un borracho. Creo que no bebe siquiera el mulsum (*vinos con miel*). ¿No ves lo pálido y delgado que está?

-Y, sin embargo, los hebreos...

-¡Ellos sí que beben, aunque aparenten no hacerlo! Y, borrachos por haber bebido los vinos fuertes de estas tierras, y también su sidra, han visto a un dios en un hombre. Créeme: los dioses son patrañas. El Olimpo está vacío y la Tierra carece de dioses.

-¡Si te oyeran!...

-¿Eres todavía tan niño, como para no poder vestir la toga cándida y no sabes que el mismo César no cree en los dioses? Ni tampoco creen en ellos los pontífices, los augures (*adivinos*), los arúspices

(*adivinos del porvenir analizando entrañas de animales*), los arvales (*sacerdotes*), las vestales (*doncellas consagradas a la diosa Vesta*), ni nadie.

-¿Y entonces, por qué...?

-¿Por qué los ritos? Porque gustan al pueblo y son útiles para los sacerdotes, y le sirven a César para hacerse obedecer como si fuera un dios terreno sujetado de la mano por los dioses olímpicos. Pero los primeros que no creen son aquéllos a los que veneramos como ministros de los dioses. Yo soy pirroniano (*escéptico*). He recorrido el mundo. He vivido muchas experiencias. Ya tengo pelo blanco en las sienes y mi pensamiento ha madurado. Tengo como código personal tres sentencias: Amor a Roma, única diosa y única certidumbre, hasta el sacrificio de mi vida; no creer en nada, porque todo lo que nos rodea es ilusión, excepto la Patria sagrada e inmortal (también de nosotros mismos debemos dudar, porque es inseguro el hecho de que vivamos); el sentido y la razón no son suficientes para dar la certidumbre de llegar a conocer la Verdad, y el vivir y el morir tienen el mismo valor porque no sabemos qué es vivir ni qué es morir – dice, haciendo alarde de un escepticismo filosófico de criatura superior...

El otro lo mira titubeante. Luego dice:

-Pues yo, sin embargo, creo. Y me gusta saber... saber acerca de ese hombre que ha pasado hace poco. Él, sin duda, conoce la Verdad. Una cosa extraña se desprende de Él. ¡Es como una luz que entra dentro!

-¡Esculapio (*dios griego de la Medicina*) te salve! ¡Estás enfermo! Hace poco has subido del valle a la ciudad, y las fiebres aparecen fácilmente en los que realizan este viaje y no se han aclimatado todavía a esta región. Estás delirando. Ven. Para hacer salir en forma de sudor el veneno de la fiebre jordánica lo único es vino caliente y drogas... - y le impele hacia el cuerpo de guardia.

Pero el otro se libera y dice:

-No estoy enfermo. No quiero vino caliente con drogas. Quiero vigilar allí, fuera de las murallas (señala al lado interno del bastión) y esperar al hombre que ha dicho que se llama Jesús.

-Si esperar no te desagrada... Yo entro a despertar a éstos para el cambio. Adiós...

Y entra ruidosamente en el cuerpo de guardia, despertando a sus compañeros y gritando:

-¡Ha sonado la hora! ¡Arriba, holgazanes perezosos! ¡Que estoy cansado...!

Bosteza ruidosamente, y profiere maldiciones porque han dejado apagar el fuego y se han bebido todo el vino caliente “tan necesario para secar el aguazo palestino...”.

El otro, el joven legionario, apoyado en el muro que la Luna ponentina acaricia, espera a que Jesús vuelva sobre sus pasos. Las estrellas velan su esperanza...

Jesús, entretanto, ha llegado a la casa que Lázaro tiene en el monte Sión. Llama. Leví le abre.

-¡Tú, Maestro! Las amas duermen. ¿Por qué no has mandado a un sirviente, si necesitabas algo?

-No le habrían dejado pasar.

-¡Ah, es verdad! ¿Y Tú cómo has pasado?

-Soy Jesús de Nazaret. Y los legionarios me han dejado pasar. Pero esto no hay que decirlo, Leví.

-No lo diré... ¡Mejores ellos que muchos de nosotros!

-Llévame a donde duerme mi Madre y no despiertes a ningún otro de la casa.

-Como quieras, Señor. La orden de Lázaro a todos sus encargados domésticos es obedecerte en todo sin replicar y sin dilación. Poco después del alba llevó la orden un criado, muchos criados, a todas las casas. Obedecer y callar. Lo haremos. Nos has concedido de nuevo a nuestro señor...

El hombre va con paso ligero por los pasillos, amplios como galerías, del espléndido palacio de Lázaro del monte Sión, y la lámpara que lleva entre sus manos ilumina fantásticamente los objetos y los tapices que adornan estos anchos pasillos. El hombre se detiene ante una puerta cerrada:

-Ahí está tu Madre.

-Puedes marcharte.

-¿Y la lámpara? ¿No la quieres? Yo puedo volver a oscuras. Conozco bien la casa. Nací aquí.

-Déjamela. Y no quites la llave de la puerta. Salgo enseguida.

-Sabes dónde encontrarme. Cierro por precaución. Pero estaré preparado para abrirte la puerta cuando vengas.

Jesús se queda solo. Llama con suavidad: un toque tan ligero que sólo una persona que esté bien despierta puede oírlo. Ruido leve dentro de la habitación, como de correr una silla y un ligero rumor de pasos, y una voz suave:

-¿Quién llama?

-Yo, Mamá. Ábreme.

La puerta se abre enseguida. La luz de la Luna es la única que ilumina la serena habitación, y extiende sus rayos sobre el lecho intacto. Hay una silla junto a la ventana abierta de par en par frente al misterio de la noche.

-¿No dormías todavía? ¡Es tarde!

-Oraba... Ven, Hijo mío. Siéntate aquí donde estaba yo – y señala a la silla que está junto a la ventana.

-No puedo detenerme. He venido por ti, para ir a Ofel, a casa de Elisa. Analía ha muerto. ¿No lo sabías todavía?

-No. Ninguno... ¿Cuándo, Jesús?

-Después de pasar Yo.

-¡Después de pasar Tú! ¡Has sido, entonces, para ella el Ángel libertador! ¡Tan severas rejas le eran esta Tierra...! ¡Dichosa ella! ¡Quisiera estar yo en su lugar! ¿Ha sido una muerte... natural? Quiero decir... ¿no por un infortunio?...

-Ha muerto de alegría de amor. Lo he sabido cuando estaba ya en la subida del Templo. Ven Conmigo, Mamá. Nosotros no tememos profanarnos por consolar a una madre que ha tenido entre sus brazos a su hija muerta **de alegría sobrenatural**... ¡Nuestra primera virgen! La que fue a Nazaret, a ti, para encontrarme a Mí y pedirme esta alegría... Días lejanos y serenos.

-Anteayer cantaba como una curruca enamorada y me besaba diciendo: “¡Soy feliz!”, y estaba ávida de oír todo acerca de Ti. Cómo te formó Dios, cómo me eligió, y mis primeros latidos de virgen consagrada... Ahora comprendo... Estoy preparada, Hijo.

María, mientras hablaba, se ha fijado el pelo, que le caía por los hombros y tan niña le hacía parecer, y se ha puesto el velo y el manto.

Salen, haciendo el menor ruido posible. Leví está ya al lado del portón. Explica:

-He preferido... por mi mujer... Las mujeres son curiosas. Me habría hecho cien preguntas. Así no lo sabe...

Abre. Hace ademán de cerrar. Jesús dice:

-Dentro de esta misma vigilia traeré a mi Madre.

-Velaré aquí. Pierde cuidado.

-La paz a ti.

Caminan por las calles silenciosas, vacías, de las que la Luna va retirándose lentamente para permanecer en lo alto de las casas altas de la colina de Sión. Más luminoso se ve el barrio de Ofel, de casitas más humildes y bajas. Y se ve la casa de Analía. Cerrada, oscura, silenciosa. Algunas flores, mustias, hay todavía en los peldaños de la casa: quizás las que arrojó la virgen antes de morir, o flores caídas de su lecho fúnebre... Jesús llama a la puerta. Llama de nuevo...

Ruido de una ventana que se abre arriba. Una voz desmayada:

-¿Quién llama?

-María y Jesús de Nazaret – responde María.

-¡Oh! ¡Voy!...

Breve espera. Luego, ruido de descorrer cerrojos. La puerta se abre y permite ver la cara desencajada de Elisa, que a duras penas se tiene en pie apoyada en el marco de la puerta. Y, cuando María, entrando, le abre los brazos, ella se deja caer sobre su pecho, llorando con débiles sollozos, propios de quien ha llorado ya tanto, que carece de voz para llanto. Jesús cierra la puerta y espera paciente a que su Madre calme esa congoja.

Cerca de la puerta hay una habitación. Entran en ella. Jesús lleva la lámpara que Elisa había dejado en el suelo de la entrada antes de abrir la puerta. El llanto de la madre parece no poder tener fin. Habla entre roncacos sollozos a María: habla la madre a la Madre. Jesús, en pie junto a una pared, calla...

Elisa no encuentra razón de esa muerte acaecida así... Y, en medio de su dolor, hace recaer la causa de ella sobre Samuel, el prometido perjuró:

-¡Ese maldito le ha roto el corazón! Ella no lo decía, pero está claro que sufría, ¡quién sabe desde hace cuánto tiempo! Y con el júbilo, con el grito, se le ha abierto el corazón. Maldito sea eternamente.

-No, querida mía, no. No maldigas. No es así. Dios la ha amado tanto, que ha querido que estuviera en la paz. Pero, aunque hubiera muerto por causa de Samuel – no es así, pero supongámoslo por un instante- piensa en qué muerte de júbilo ha tenido, y dí que la malvada acción le procuró una muerte feliz.

-¡Yo ya no la tengo! ¡Se me ha muerto! ¡Tú no sabes lo que es perder a una hija! Yo he experimentado dos veces este dolor. Porque yo la lloraba como muerta cuando tu Hijo la curó. Pero ahora... pero ahora... ¡Él no ha vuelto! No se ha compadecido... ¡Yo la he perdido! ¡Perdida! ¡Mi criatura está ya en la tumba! ¿Sabes lo que es ver agonizar a un hijo? , ¿Saber que tiene que morirse?, ¿verlo muerto cuando se pensaba que había recuperado la salud y que estaba fuerte? No lo sabes. No puedes hablar... Era bonita como una rosa que se hubiera abierto en ese momento, con los primeros rayos del Sol, esta mañana mientras se arreglaba. Había querido adornarse con el vestido que le había hecho para la boda. Quería también coronarse como esposa. Luego prefirió deshacer la

guirnalda, ya preparada, y deshojar las flores para echárselas a tu Hijo, ¡y cantaba!, ¡cantaba! Su voz llenaba la casa. Estaba hermosa como la primavera. La alegría le ponía brillantes como estrellas los ojos; del color de la púrpura, como pulpa de granada, los labios abiertos sobre la blancura de los dientes. Tenía las mejillas rosadas y frescas como rosas nuevas decoradas de rocío. Y se puso blanca como una azucena poco antes abierta. Y se plegó para caer sobre mi pecho como un tallito quebrado... ¡Ya ninguna palabra!, ¡ya ningún suspiro! ¡Ya ausencia de color! ¡Ya sin mirada! Plácida, bonita, como un ángel de Dios, pero sin vida. ¡Tú no sabes, tú que gozas de la exaltación de tu Hijo y que lo tienes sano y fuerte, no sabes cuál es mi dolor! ¿Por qué no ha regresado? ¿En qué le había herido, y yo con ella, para no tener piedad de mi oración?

-¡Elisa! ¡Elisa! No digas eso... El dolor te ciega y te hace ser sorda... Elisa, no conoces mi dolor. Y no sabes cuán profundo va a ser el mar de mi dolor. Tú la has visto tranquila y hermosa entumecerse en paz. En tus brazos. Yo... Yo hace más de seis lustros (*30 años*) que contemplo a mi Hijo, y, detrás de su carne lisa y limpia que contemplo y acaricio, veo las llagas del Varón de dolores en que se convertirá. ¿Sabes, tú que dices que no sé lo que es ver a un hijo ir dos veces a la muerte y una entrar y ya quedarse en paz en ella, sabes lo que es para una madre tener durante tantos años esta visión? ¡Mi Hijo! Ahí está. Está ya vestido de rojo, como si saliera de un baño de sangre. Y pronto, dentro de poco, antes de que la cara de tu hija se haya puesto oscura en el sepulcro, lo veré vestido con la púrpura de su Sangre inocente. De esa Sangre que le he dado. Tú has recogido a tu hija en tu corazón, pero yo, ¿sabes cuál será mi dolor al ver morir a mi Hijo como un malhechor en el madero? ¡Míralo, mira al Salvador de todos! ¡Mira a esta Madre que hora a hora acompaña y conduce –no le retendría ni un paso - a su Hijo al Sacrificio! Te puedo comprender, pobre mamá. ¡Pero tú comprende mi corazón! No aborrezcas a mi Hijo. Analía no habría soportado la agonía de su Señor, y su Señor la ha hecho feliz en un momento de júbilo.

Elisa, al oír esta revelación, ha dejado de llorar. Mira fijamente a María, cuyo rostro está pálido, un rostro de mártir lavado por lágrimas silenciosas; mira a Jesús, que a su vez la mira con compasión... y se derrumba a los pies de Él gimiendo:

-¡Pero ella se me ha muerto! ¡Se me ha muerto, Señor! Como una azucena, una azucena rota. ¡De Ti dicen los poetas que eres Aquel que se complace en estar entre las azucenas! ¡Oh, verdaderamente, Tú, nacido de la azucena- María. Bajas a menudo a los jardines florecidos, y haces de las rosas florecidas cándidas azucenas, y arrebatándoselas al mundo las recoges. ¿Por qué? ¿Por qué, Señor? ¿No es justo que una madre goce de la rosa que nació de ella? ¿Por qué apagar el color purpurino en la fría blancura de muerte de la azucena?

-¡Las azucenas! Serán el símbolo de las que me amen como mi Madre amó a Dios. El cándido jardín del Rey divino.

-Pero nosotras, las madres, lloraremos; nosotras tenemos derecho a nuestras hijas. ¿Por qué arrebatarnos la vida?

-No quiero decir eso, mujer. Seguirán viviendo las hijas, pero consagradas al Rey como las vírgenes en los palacios de Salomón. Recuerda el Cantar (6, 8-9; 8,4)... Y serán esposas, las predilectas, en la Tierra y en el Cielo.

-¡Pero mi hija ha muerto! ¡Ha muerto! - De nuevo llanto desgarrador.

-Yo soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en Mí, aunque muera, vive; y en verdad te digo que no muere para siempre. Tu hija vive. Tiene vida eterna porque creyó en la Vida. Mi Muerte será para ella Vida completa. Ha conocido la alegría de vivir en Mí antes de conocer el dolor de ver que me arrancan la vida. Tu dolor te ciega y te hace ser sorda. Bien lo ha dicho mi Madre. Pero pronto estará en tus labios lo que he encargado que te transmitieran: “Verdaderamente su muerte fue una gracia de Dios”. Créelo, mujer. El horror espera a este lugar. Y vendrá un día en que las madres que hayan sufrido el mismo golpe que tú, dirán: “Alabado sea Dios, que libró de estos días a nuestros hijos”. Y las otras madres gritarán hacia el Cielo: “¿Por qué, oh Dios, no has quitado la vida a nuestros hijos antes de esta hora?”. Créelo, mujer. Cree en mis palabras. No levantes entre ti y Analía el verdadero muro que separa: el de una fe distinta. ¿Ves? Yo hubiera podido no venir. Sabes cuánto me odian. ¡No te engañe la exaltación de una hora!... En cada rincón puede esconderse una asechanza contra Mí. Y he venido solo, de noche, para consolarte y decirte estas palabras. Yo me hago solidario del dolor de una madre. Para que tu alma tenga paz, he venido a decirte estas palabras. ¡Ten paz! ¡Paz!

-¡Dámela Tú, Señor! Yo no puedo. No puedo con este sufrimiento conseguir la paz. Pero Tú, que das nueva vida a los muertos y nueva salud a los moribundos, da la paz al corazón de una madre consumida por la aflicción.

-Así sea, mujer. A ti la paz.

Le impone las manos bendiciéndola y orando por ella en silencio. María, por su parte, se ha arrodillado al lado de Elisa y la ciñe con un brazo.

-Adiós, Elisa. Me marchó...

-¿No nos vamos a volver a ver, Señor? No voy a salir de casa durante muchos días y Tú te vas a marchar pasadas las fiestas pascuales. Tú... eres todavía un poco parte de mi hija... porque Analía..., porque Analía vivía en Ti y para Ti.

Llora. Más serena, pero... ¡cuánto llora!

Jesús la mira... Acaricia su cabeza cana. Le dice:

-Me verás todavía.

-¿Cuándo?

-A partir de esta noche, dentro de ocho.

-¿Y me vas a consolar entonces? ¿Me vas a bendecir para darme fuerzas?

-Mi corazón te bendecirá con toda la plenitud del amor mío hacia los que me aman. Ven, Madre mía.

-Hijo mío, si me lo permites, quisiera estar todavía un tiempo con esta madre. El dolor es una impetuosa ola que vuelve cuando se aleja Aquel que infunde paz... Volveré a casa a primera hora. No tengo miedo de ir sola. Tú lo sabes; como también sabes que pasaría a través de todo un ejército de enemigos con tal de consolar a un hermano mío en Dios.

-Sea como quieras. Yo me marchó. Dios esté con ustedes.

Sale sin hacer ruido, cerrando tras sí la puerta de la habitación y de la casa. Vuelve hacia las murallas, hacia la puerta de Efraím o hacia la Puerta del Estiércol (porque muchas veces he oído nombrar estas dos puertas cercanas con estos tres nombres, quizás porque una da al camino de Jericó, que está en el fondo, y que lleva a Efraím; y la otra, porque está cerca del Valle de Hinnón, donde se quema la basura de la ciudad; y son tan iguales que las confundo).

El cielo, a pesar de estar todavía tachonado de estrellas, empieza a clarearse en la parte oriental del horizonte. Las calles están envueltas en una penumbra más densa que la oscuridad nocturna atenuada por la blancura de la Luna. Pero el soldado romano tiene buenos ojos. En cuanto ve a Jesús ir hacia la puerta, le sale al paso.

-¡Salve! Te he estado esperando... - se detiene inseguro.

-Habla sin miedo. ¿Qué quieres de Mí?

-Saber. Has dicho: "La paz que Yo doy permanece incluso en la guerra porque es paz de alma". Yo quisiera saber qué paz es y qué es alma. ¿Cómo puede un hombre que está en la guerra estar en paz? Cuando se abre el templo de Jano (*dios de los inicios de las actividades*) se cierra el de la Paz. No pueden estas dos cosas darse juntas en el mundo.

Habla apoyado en el murito verdoso de un huertecito, en una callejuela estrecha como un sendero entre campos, flanqueada por pobres casas, húmeda, tétrica, oscura. Aparte de un leve reflejo que señala el yelmo bruñido, no se advierte nada más de los dos que hablan: la sombra confunde las caras y los cuerpos en una única negrura.

La voz de Jesús resuena pausada, y luminosa, por la alegría que siente de sembrar una semilla de luz en el pagano.

-En el mundo, en verdad, no pueden darse juntas paz y guerra. La una excluye a la otra. Pero en el hombre de guerra puede haber paz aún llevando a cabo esa guerra que le ha sido ordenada; puede estar en mi paz. Porque mi paz viene del Cielo y no la lesiona el fragor de la guerra ni la brutalidad de las matanzas. Esa paz es cosa divina e invade a la cosa divina que el hombre tiene dentro de sí y que se llama alma.

-¿Divina? ¿En mí? César es divino. Yo soy hijo de agricultores. Ahora soy un legionario sin ninguna graduación. Si soy valiente, quizás llegue a centurión. Pero, divino, no.

-Hay una parte divina en ti. Es el alma. Viene de Dios. Del verdadero Dios. Por eso es divina, gema viva en el hombre, y se alimenta y vive de cosas divinas: la fe, la paz, la verdad. La guerra no la turba, **la persecución no la lesiona, la muerte no la mata**; sólo el mal, hacer lo feo, la hiere o la mata, y también la priva de la paz que Yo doy. **Porque el mal separa de Dios al hombre.**

-¿Y qué es el mal?

-Estar en el paganismo y adorar a los ídolos cuando la bondad del verdadero Dios ha dado el conocimiento de que existe el verdadero Dios. No amar al padre, a la madre, a los hermanos y al prójimo. Robar, matar, ser rebeldes, lujuriosos, ser falsos. Esto es el mal.

-¡Ah, entonces no puedo tener tu paz! Soy soldado con órdenes de matar. ¡Para nosotros, entonces, no hay salvación!

-Sé justo en la guerra y en la paz. Cumple con tu deber sin crueldad ni avaricia. Mientras combates y conquistas, piensa que el enemigo es como tú, y que en todas las ciudades hay madres y jóvenes como tu madre y tus hermanas, y sé valiente sin ser brutal: no saldrás de la justicia ni de la paz y mi paz permanecerá en ti.

-¿Y luego?

-¿Y luego? ¿Qué quieres decir?

-¿Después de la muerte? ¿Qué es del bien que he hecho y de esa alma que dices que no muere si no se hace el mal?

-Vive. Vive adornada del bien que ha hecho, en una paz gozosa mayor que la que se goza en la Tierra.

-¡Entonces en Palestina sólo uno había hecho el bien! Comprendo.

-¿Quién?

-Lázaro de Betania. ¡No murió su alma!

-Él, en verdad, es un justo. De todas formas, muchos son como él y mueren sin resucitar; pero sus almas viven en el Dios verdadero. Porque el alma tiene otra morada, en el Reino de Dios. Y quien cree en Mí entrará en ese Reino.

-¿También yo que soy romano?

-También tú, si crees en la Verdad.

-¿Qué es la Verdad?

-Yo soy la Verdad, y el Camino para ir a la Verdad; y soy la Vida y doy la Vida, porque quien acoge la Verdad acoge la Vida.

El joven soldado piensa..., calla... Luego levanta la cara. Una cara todavía pura de joven, y con una sonrisa límpida y serena. Dice:

-Trataré de recordar esto y de saber más aún. Me gusta...

-¿Cómo te llamas?

-Vital. De Benevento. De las campiñas de la ciudad.

-Recordaré tu nombre. Haz verdaderamente vital tu espíritu alimentándolo con la Verdad. Adiós. Se abre la puerta. Salgo de la ciudad.

-¡Ave!

Jesús va con paso ligero a la puerta y se apresura por el camino que lleva al Cedrón y al Getsemaní, y desde allí al campo de los Galileos. Entre los olivos del monte, se encuentra con Judas Iscariote. También él sube ligero hacia el Campo, que ya se despierta. Judas, al encontrarse a Jesús de frente, hace un ademán que expresa casi espanto. Jesús lo mira fijamente, sin decir nada.

-He ido a llevar los alimentos a los leprosos. Pero... he encontrado dos en Hinnón, cinco en Siloán. Los otros: sanados. Todavía estaban allí, pero sanados; tanto que me han rogado que se lo diga al sacerdote. He bajado con las primeras luces del día para estar libre después. Dará que hablar la cosa. ¡Un número tan grande de leprosos curados juntos, después de tu bendición en presencia de tanta gente!

Jesús no habla. Lo deja hablar... No dice ni “has hecho bien” ni da referente a la acción de Judas, ni referente al milagro. No. Lo que hace es que, de improviso, se para, y, mirando fijamente al apóstol, le pregunta:

-¿Entonces? ¿Qué ha cambiado el que te haya dejado libertad y dinero?

-¿Qué quieres decir?

-Esto: te pregunto si te has santificado desde que te he dado libertad y dinero. Y tú me comprendes... ¡Ah, Judas! ¡Recuerda, recuerda siempre que a ti te he amado más que a todos los demás, habiendo recibido de ti menos amor del que ellos me han dado; recibiendo, al contrario, un odio mayor que el más ensañado odio del más ensañado fariseo, porque era odio de uno al que traté como amigo. Y recuerda también esto: que ni siquiera ahora te aborrezco, sino que, por lo que depende del Hijo del hombre, te perdono. Ve ahora. No tenemos ya nada que decirnos. Todo está hecho...

Judas quisiera decir algo, pero Jesús, con un gesto imperioso, le indica que vaya adelante... Y Judas, cabizbajo como un vencido, va delante...

En el límite del Campo de los Galileos, los once apóstoles y los dos servidores de Lázaro están ya preparados.

-¿Dónde has estado, Maestro? ¿Y tú, Judas? ¿Estaban juntos?

Jesús interviene antes de la respuesta de Judas:

-Yo tenía que decir algo a unos corazones. Judas ha ido donde los leprosos. Están sanados todos menos siete.

-¿Por qué has ido? ¡Quería ir yo también! – dice el Zelote

-Para estar libre y poder venir con nosotros. Vamos. Entraremos en la ciudad por la puerta del Rebaño. Vamos, sin demora – dice Jesús, que es el primero en echar a andar.

Pasa por entre los olivos que llevan desde el Campo, casi a mitad de camino entre Betania y Jerusalén, hasta el otro puentecito que salva el Cedrón cerca de la puerta del Rebaño.

Algunas casas de campesinos están diseminadas por las laderas, y, casi abajo, rayana a las aguas del río, una higuera mece sus desordenadas ramas por encima de éste. Jesús se dirige a ella y busca

entre el ramaje amplio y abundante alguna flor de higo maduro. Pero la higuera es toda hojas. Tiene muchas hojas, inútiles; pero, ni un solo fruto en sus ramas.

-Eres como muchos corazones de Israel. Que jamás pueda nacer de ti fruto alguno y que nadie coma de ti en el futuro – dice Jesús.

Los apóstoles se miran. La ira de Jesús hacia el árbol estéril – quizás agreste- los asombra. Pero no dicen nada. Sólo más tarde –pasado el Cedrón-, Pedro le pregunta:

-¿Dónde has comido?

-En ningún lugar.

-¡Entonces tienes hambre! Allí hay un pastor con alguna cabra que está pastando. Voy a pedir leche para Ti. Vuelvo enseguida – y va dando zancadas para volver cuidadoso con una taza vieja colmada de leche.

Jesús bebe y da, acompañada de una caricia, la taza al pastorcito, que ha acompañado a Pedro.

Entran en la ciudad y suben al Templo. Adorado el Señor, Jesús vuelve al patio donde los rabíes exponen sus lecciones.

La gente se arremolina en torno a Él. Una madre, que viene de Cintium, (*en Chipre*) presenta a su hijo, al que una enfermedad ha dejado ciego, creo. Tiene los ojos blancos, como quien tuviera una catarata grande en la pupila, o mancha blanca. Jesús lo cura tocando levemente las órbitas con sus dedos. Inmediatamente después, empieza a hablar:

(Parábola de los viñadores asesinos) (Mateo 21,33-46; Mc 12,1-12)

-Un hombre compró un terreno y lo plantó de vides. Construyó allí la casa para los colonos, y una casa para los guardas; también bodegas y lugares para prensar las uvas. Dejó el cultivo del campo a aquellos colonos en que confiaba. Luego se marchó lejos. Cuando les llegó a las vides- ya crecidas suficientemente como para ser fructíferas- el tiempo de poder dar fruto, el amo de la viña mandó a sus servidores donde los colonos para que retirasen el beneficio de la cosecha. Pero los colonos rodearon a los servidores del amo y a una parte de ellos los apalearon, contra otros lanzaron gruesas piedras, de modo que los hirieron mucho, a otros los mataron del todo. Los que pudieron volver vivos donde el señor contaron lo que les había sucedido. El señor los curó y consoló, y mandó a otros servidores, aún más numerosos. Los colonos trataron a éstos como habían tratado a los primeros. Entonces el amo de la viña dijo: “Les enviaré a mi hijo. Ciertamente respetarán a mi heredero”. Pero los colonos, al verlo venir y sabiendo que era el heredero, se convocaron recíprocamente diciendo: “Vengan. Vamos a agruparnos para ser muchos. Lo llevamos por la fuerza afuera, a un lugar lejano, y lo matamos. Nos quedaremos con su herencia”. Y, recibéndolo con hipócritas honores, lo rodearon como festejándolo, pero luego, tras haberlo besado, lo ataron, le dieron fuertes golpes y, en medio de mil burlas, lo llevaron al lugar del suplicio y lo mataron.

Ahora díganme ustedes. Ese padre y amo, que un día verá que su hijo y heredero de los bienes no vuelve, y que descubrirá que sus siervos-colonos, aquellos a quienes había dado la tierra feraz para que la cultivaran en su nombre, gozando de ella lo justo y dando de ella a su señor lo justo, han sido asesinos de su hijo, ¿qué hará?

Y Jesús lanza flechas con sus ojos azules, encendidos como un sol, a los presentes, y especialmente a los grupos de los más influyentes judíos, fariseos y escribas que están entremezclados con la gente.

Ninguno dice nada.

-¡Hablen, pues! Al menos ustedes, rabíes de Israel. Pronuncien palabras de justicia que convenzan al pueblo en orden a la justicia. Yo podría decir palabras no buenas, según su pensamiento. Hablen ustedes entonces, para que el pueblo no sea inducido a error.

Los escribas, obligados, responden así:

-Castigaré a esos canallas haciéndolos morir de manera atroz, y dará la viña a otros colonos que se la vayan a cultivar con honradez y le den el fruto de la tierra recibida.

-Bien han respondido. Así está en la Escritura: “La piedra desechada por los constructores ha venido a ser piedra angular. Es una obra realizada por el Señor y es admirable ante nuestros ojos” (Salmo 118, 22-23) Pues porque así está escrito y ustedes lo saben y juzgan justo que reciban atroz castigo los colonos asesinos del hijo heredero del amo de la viña, y que ésta sea entregada a otros colonos que honradamente la cultiven, por eso, les digo: “Les será arrebatado el Reino de Dios para ser entregado a otros que lo cultiven con fruto. Y el que caiga contra esta Piedra quedará destrozado, y aquel sobre el que ella cayere quedará triturado”.

Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y escribas, con un acto verdaderamente... heroico, no reaccionan, ¡Tanto puede la voluntad de alcanzar un objetivo! Por mucho menos, otras veces, han arremetido contra Él, y hoy, que abiertamente el Señor Jesús les dice que serán privados del poder,

no empiezan a echar improperios, no ponen actos violentos, no amenazan: falsos corderos pacientes, que bajo una hipócrita apariencia de mansedumbre ocultan un inmutable corazón de lobo.

Se limitan a acercarse a Él, que ahora pasea yendo y viniendo, escuchando a unos o a otros de los muchos peregrinos que están congregados en el vasto patio (y muchos de ellos piden consejo en orden a casos de alma o de circunstancias familiares o sociales). Se acercan a él en espera de poder decirle algo después de escuchar el juicio que da a un hombre acerca de una intrincada cuestión de herencia. Una cuestión de herencia que ha producido división y rencor entre los distintos herederos, a causa de un hijo –adoptado luego –que su padre tuvo con una criada de la casa y al que los hijos legítimos, no queriendo tener nada que ver con el bastardo, no lo admiten a su lado, ni quieren que sea coheredero en la repartición de las casas y terrenos; y no saben cómo solucionar la cuestión, porque el padre, antes de morir, hizo jurar que, de la misma manera que él había compartido el pan tanto con el ilegítimo como con los legítimos, y en igual medida ellos debían compartir la herencia con él también en igual medida.

Jesús, al que pregunta en nombre de los otros tres hermanos, le dice:

-Sacrifiquen todos un pedazo de tierra, y véndanlo, de forma que al reunir el valor de dinero equivalente a un quinto del total, y dénsele al ilegítimo diciendo: “Ésta es tu parte. No se te despoja de lo tuyo y no se ha traicionado la voluntad de nuestro padre. Ve y que Dios te acompañe”. Y den con abundancia, incluso más del estricto valor de su parte. Háganlo ante testigos justos, y nadie podrá, ni en este mundo ni más allá de él, alzar voces de censura ni de escándalo. Así tendrán paz entre ustedes y en ustedes, no teniendo el remordimiento de haber desobedecido a su padre y no estando al lado de ustedes aquel que, verdaderamente inocente, les es causa de turbación más que si fuera un bandolero colado entre ustedes.

El hombre dice:

-Es verdad. El bastardo ha robado paz a nuestra familia, un lugar no suyo y salud a nuestra madre, que murió de dolor.

-Hombre, no es él el culpable, sino el que lo engendró. Él no solicitó nacer para llevar la marca de bastardo. Fue la pasión de su padre la que lo engendró para entregarlo al dolor y darles dolor. Sean pues, justos con el inocente que paga ya duramente por una culpa no suya. Y no reprueben el espíritu de su padre. Dios lo ha juzgado. No se requieren los rayos de sus maldiciones. Honren a su padre, siempre, aunque sea culpable, no por sí mismo sino porque representó en la Tierra al Dios de ustedes, habiéndolos creado por decreto de Dios y siendo el señor de su casa. Los padres vienen inmediatamente después de Dios. Recuerda el Decálogo. Y no peques. Ve en paz.

Entonces los sacerdotes y escribas se le acercan para interrogarle:

-Te hemos oído. Has hablado con ecuanimidad. Un consejo que ni Salomón lo hubiera dado más sabio. Pero ahora dinos, Tú que obras prodigios y das sentencias como sólo el rey sabio podía dar, ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿De dónde te viene ese poder? (*Mc 11,27-33*)

Jesús los mira fijamente. No se muestra agresivo ni desdenoso, sino majestuoso; mucho. Dice:

-Yo también tengo una pregunta que hacerles. Si me responden, les diré con qué autoridad Yo, hombre sin autoridad de cargos y pobre –porque esto es lo que quieren decir –, hago estas cosas. Digan: ¿El bautismo de Juan de dónde venía?, ¿del Cielo o del hombre que lo impartía? Respóndanme. ¿Con qué autoridad Juan lo impartía como rito purificador para prepararlos a la venida del Mesías, si Juan era todavía más pobre y menos versado que Yo, y carecía de todo cargo, pues que había vivido en el desierto desde su juventud temprana?

Los escribas y sacerdotes se consultan unos a otros. La gente se cierra en torno, bien abiertos sus ojos y oídos, preparada para la protesta si los escribas descalifican a Juan Bautista y ofenden al Maestro, y a la aclamación si aquéllos se ven vencidos por la pregunta del Rabí de Nazaret, divinamente sabio. Impresiona el silencio absoluto de esta multitud que espera la respuesta. Es tan profundo, que se oyen las aspiraciones y los bisbiseos de los sacerdotes o escribas, que hablan entre sí casi sin usar la voz, mientras miran de reojo al pueblo, cuyos sentimientos, ya preparados para estallar, intuyen.

Al fin se deciden a responder. Se vuelven hacia Cristo, que está apoyado en una columna, con los brazos recogidos sobre el pecho, y que los escudriña sin perderlos un momento de vista. Dicen:

-Maestro, no sabemos por qué autoridad Juan hacía esto ni de dónde venía su bautismo. Ninguno pensó en preguntárselo a Juan Bautista mientras vivía, y él, espontáneamente nunca lo dijo.

-Y Yo tampoco les diré con qué autoridad hago estas cosas.

Les vuelve las espaldas, convoca a los doce y, abriéndose paso entre la gente que aclama, sale del Templo.

Una vez afuera, pasada la Probática – han salido por esa parte – Bartolomé le dice:

-Ahora son muy prudentes tus adversarios. Quizás están convirtiéndose al Señor, que te ha enviado, y empezando a reconocerte como Mesías santo.

-Es verdad. No han alegado nada ni contra tu pregunta ni contra tu respuesta...-dice Mateo.

-Pues que así sea. Es hermoso que Jerusalén se convierta al Señor Dios suyo – dice Bartolomé

-¡No se hagan ilusiones! Esa parte de Jerusalén no se convertirá jamás. No han respondido de otra manera porque han tenido miedo de la multitud. Yo leía sus pensamientos, aunque no oía sus palabras; dichas en voz baja.

-¿Y qué decían? – pregunta Pedro.

-Decían esto. Deseo que lo sepan para que los conozcan a fondo y puedan dar a los que vengan una exacta descripción de los corazones de los hombres de mi tiempo. No me han respondido por conversión al Señor, sino porque entre sí han dicho: “Si contestamos: “El bautismo de Juan venía del Cielo”, el Rabí nos va a responder: “¿Y entonces por qué no han creído en lo que venía del Cielo e indicaba una preparación para el tiempo mesiánico?”; y si decimos: “Del hombre”, será la multitud la que se rebelará diciendo: “¿Y entonces por qué no creen en lo que Juan, nuestro profeta, dijo de Jesús de Nazaret?” . Así que es mejor decir: “No sabemos”. Esto decían. No por conversión hacia Dios, sino por cálculo ruin y para no tener que confesar con sus bocas que Yo soy el Cristo y hago lo que hago porque soy el Cordero de Dios del que habló el Precursor. Y yo tampoco he querido decir con qué autoridad hago lo que hago. Ya lo he dicho muchas veces dentro de esas murallas y en toda Palestina, y mis prodigios hablan aún más que mis palabras. Ahora ya no lo voy a decir con mis palabras. Dejaré que hablen los profetas y mi Padre, y las señales del Cielo. Porque ha llegado el tiempo en que todas las señales serán dadas. Las que expresaron los profetas y fueron signadas por los símbolos de nuestra historia, y la que Yo he expresado: la señal de Jonás; ¿se acuerdan de aquel día de Quedes? Y la señal que espera Gamaliel. Tú, Esteban, y tú, Bernabé, que has dejado a tus compañeros, hoy, para seguirme, muchas veces, sin duda, han oído al rabí hablar de esa señal. Pues bien: pronto será dada esa señal.

Se aleja, cuesta arriba, por los olivos del monte, seguido de los suyos y de muchos discípulos (de aquellos setenta y dos), además de otros, como José Bernabé, que lo sigue para oírlo hablar todavía.

593

El Lunes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

Jesús está todavía en el Huerto de los Olivos, con sus apóstoles; de nuevo habla:

-Y otro día ha pasado. Ahora la noche, y luego mañana, y luego otro mañana, y después la cena pascual.

-¿Dónde vamos a cenar, Señor mío? Este año estarán también las mujeres – pregunta Felipe.

-Todavía no tenemos previsto nada y la ciudad está saturada de gente. Parece que este año todo Israel, hasta el más lejano prosélito, ha venido al rito – dice Bartolomé.

Jesús lo mira, y, como si recitara un salmo, dice:

-Reúnanse, apresúrense, acérquense de todos los lugares a mi Víctima, que inmolo por ustedes, a la gran Víctima inmolada en los montes de Israel; a comer su Carne, a beber su Sangre. (*Ezequiel 39, 17; “Esto te dice el Señor a ti, hijo de hombre: Diles a todas las aves y a todas las bestias del campo: Reúnanse, apúrense y surjan de todas partes a mi sacrificio y banquete. Los invito a mi gran Sacrificio que celebraré en los cerros de Israel: para que coman carne y beban sangre.”*)

-¿Pero qué Víctima? ¿Qué Víctima? Pareces como uno del que se hubiera apoderado una demencia obsesiva. Hablas sólo de muerte... nos afliges... - dice vehemente Bartolomé.

Jesús lo mira de nuevo, dejando con la mirada a Simón, que se inclina hacia Santiago de Alfeo y Pedro y habla sigiloso con ellos, y dice:

-¿Cómo? ¿Tú me lo preguntas? Tú no eres uno de estos pequeños que para ser doctos deben recibir la heptamorfa (*siete formas*) luz. Ya estabas versado en la Escritura antes de que Yo te llamara a través de Felipe. Aquella dulce mañana de primavera. De mi primavera. ¿Y tú me preguntas todavía que cuál es la víctima inmolada en los montes, la víctima a la que todos acudirán para nutrirse? ¿Y dices que estoy a merced de una demencia obsesiva porque hablo de muerte? ¡Bartolmái! Como el grito de los escoltas, Yo, en medio de la tiniebla de ustedes, que nunca se ha abierto a la luz, he lanzado una vez, dos veces, tres veces... el grito anunciador. Pero ustedes no han querido entenderlo. En ese momento han sufrido por ello; luego... como niños, han olvidado pronto las palabras de muerte y han vuelto festivos a su trabajo, seguros de ustedes y llenos de esperanza respecto a que mis palabras y las de ustedes convencerían cada vez más al mundo a seguir y amar a su Redentor.

No. Sólo después de que esta Tierra haya pecado contra Mí – y recuerden que son palabras del Señor a su profeta-, sólo después, el pueblo – y no solo este pueblo concreto, sino el gran pueblo de Adán – empezará a gemir: “Acerquémonos al Señor. Él, que nos ha herido, nos curará”. Y dirá el

mundo de los redimidos: “Después de dos días, o sea, dos tiempos de la eternidad, durante los cuales nos dejará a merced del Enemigo, que con todo tipo de armas nos golpeará y matará, como nosotros hemos golpeado al Santo y lo hemos matado y le seguimos golpeando y matando, porque siempre existirá la raza de los Caínes que maten con la blasfemia y las malas obras al Hijo de Dios, al Redentor, lanzando flechas mortales no contra su eterna, glorificada Persona, sino contra sus almas propias, las rescatadas por Él de forma que las matarán, matándolo, por tanto, a Él a través de sus propias almas -, sólo después de estos dos tiempos, verán el tercer día, y resucitaremos en su presencia en el Reino de Cristo en la Tierra y viviremos en su presencia en el triunfo del espíritu. Lo conoceremos, aprenderemos a conocer al Señor para estar preparados a combatir, mediante este conocimiento verdadero de Dios, la extrema batalla que Lucifer presentará al Hombre antes del sonido del ángel de la séptima trompeta, que abrirá el coro bienaventurado de los santos de Dios – coro de un número eternamente perfecto, al que jamás podrá ser añadido ni el más pequeño infante, ni el más anciano de los ancianos- el coro que cantará: “Ha terminado sus días el pobre reino de la Tierra. El mundo ha pasado con todos sus habitantes ante la revista del Juez victorioso. Y los elegidos están ahora en las manos del Señor Dios nuestro y de su Cristo, y Él es nuestro Rey para siempre. Alabado sea el Señor Dios Omnipotente, que es, que era, que será, porque ha asumido su gran poder y ha tomado posesión de su Reino”.

¡Oh! , ¿quién de ustedes sabrá recordar las palabras de esta profecía, que ya sonó en las palabras de Daniel con velado sonido y que ahora grita por boca del Sabio ante el mundo atónito y ante ustedes más atónitos que el mundo?: “La venida del Rey – continuará gimiendo el mundo herido y cerrado en el sepulcro, el que ha vivido mal y ha muerto mal, cerrado por su septenario vicio y sus infinitas herejías, el agonizante espíritu del mundo, cerrado, con sus extremos estertores, dentro del organismo, muerto leproso por todos sus errores-, la venida del Rey está preparada como la de la aurora, y vendrá a nosotros como la lluvia de primavera y otoño”. A la aurora la precede y prepara la noche. Ésta es la noche. Ésta de ahora. ¿Y qué debo hacer contigo, Efraím? ¿Qué debo hacer contigo, Judá?...

Simón, Bartolmái, Judas, los primos, ustedes que son los más versados en el Libro, ¿reconocen estas palabras? Vienen no de un espíritu desatinado, sino de Quien posee la Sabiduría y la Ciencia. Como rey que abre seguro sus arcas, porque sabe dónde está la gema concreta que busca, pues la ha puesto ahí con sus propias manos, Yo cito a los profetas. Soy la Palabra. **Durante siglos he hablado por labios humanos, durante siglos seguiré haciéndolo.** Pero todo lo que de sobrenatural se ha dicho es palabra Mía. El hombre no podría, ni siquiera el más docto y santo, subir, águila de alma, más allá de los límites del ciego mundo, para comprender y manifestar los misterios eternos.

Sólo en la mente divina el futuro es “presente”. Necedad es en aquellos que, no elevados por nuestra Voluntad, pretenden hacer profecías y revelaciones. Y Dios pronto los desmiente y castiga, porque sólo Uno puede decir: “**Yo soy**” y decir: “**Yo veo**” y decir: “**Yo sé**”. Mas cuando una Voluntad no sujeta a medida ni a juicio, una Voluntad que debe ser aceptada agachando la cabeza y diciendo sin discusión: “Aquí estoy”, dice: “Ven, sube, oye, ve, repite”, entonces, zambullida en el eterno presente de su Dios, el alma, llamada por el Señor para ser “voz”, ve y tiembla, ve y llora, ve y exulta; entonces el alma llamada por el Señor para ser “palabra” oye y, llegando a éxtasis o a agónico sudor, expresa las tremendas palabras del Dios eterno. Porque toda palabra de Dios es tremenda, pues viene de Aquel cuyo veredicto es inmutable y cuya Justicia es inexorable, y porque está dirigida a los hombres, de los cuales demasiado pocos merecen amor y bendición, sino rayo y condena. Ahora bien, esta palabra, pronunciada y vilipendiada, ¿no es causa de tremenda culpa y tremendo castigo para los que, habiéndola oído, la rechazan? Lo es.

¿Y qué debía hacer con ustedes, Efraím, Judá, mundo?; ¿qué, que no haya hecho ya? Amándote, he venido, oh Tierra mía, y mi palabra ha sido para ti espada mortal porque la has aborrecido. ¡Oh, mundo que matas a tu Salvador creyendo hacer algo justo, ¿tan identificado con el demonio estás, que no comprendes ya siquiera cuál es el sacrificio que Dios exige, sacrificio del propio pecado, no de un animal inmolado y comido con el alma sucia? ¿Qué te he dicho, entonces, en estos tres años? ¿Qué he predicado? He dicho: “Conozcan a Dios en sus leyes y en su Naturaleza”. Y me he secado como vaso de arcilla porosa puesto al sol, predicando el conocimiento vital de la Ley de Dios. Y has seguido cumpliendo holocaustos sin cumplir nunca el único necesario: **¡La inmolación de tu mala voluntad al Dios verdadero!**

Ahora el Dios eterno te dice, ciudad de pecado, pueblo apóstata – y en la hora del Juicio contigo se usará un azote que no será usado con Roma y Atenas, que son débiles mentales y no conocen ni saber ni palabra, pero que, cuando, de ser eternos niños mal cuidados por su nodriza; niños cuyas capacidades han quedado a nivel animal, pasen a estar en los brazos santos de mi Iglesia, mi única, sublime Esposa que dará a luz innumerables hijos dignos de Cristo, entonces se harán adultos y

capaces, y me darán palacios y soldados, templos y santos que poblarán el Cielo como de estrellas-, ahora el Dios eterno te dice: “No me son gratos ya y no aceptaré don venido de tu mano, que me es como estiércol y Yo se los arrojé de nuevo a la cara y se les quedará prendido. Sus solemnidades, todas ellas exteriores, me dan asco. Rescindo el pacto con la estirpe de Aarón y se lo paso a los hijos de Leví, porque Éste es mi Leví y con Él, eternamente, he hecho un pacto de vida y paz y Él me fue siempre fiel, hasta el sacrificio. Tuvo el santo temor del Padre y tembló por el enojo del Padre, si ofendido, con sólo oír herido mi Nombre. La ley de la verdad estuvo en su boca y en sus labios no hubo iniquidad; caminó Conmigo en la paz y la equidad y a muchos apartó del pecado. Ha llegado el tiempo en que en todo lugar – ya no en el que fue único altar de Sión, no siendo merecedores ustedes de ofrecerlo – será sacrificada y ofrecida en mi Nombre la Hostia pura, inmaculada, grata al Señor”.

¿Reconocen estas palabras?

-Las reconocemos, Señor nuestro. Y créenos que nos sentimos abatidos como bajo un duro golpe. Pero ¿no es posible desviar el destino?

-¿Destino lo llamas, Bartolmái?

-No sabría qué otro nombre...

-**Reparación.** Ése es el nombre. **No se ofende al Señor sin que la ofensa deba ser reparada. Y Dios Creador fue ofendido por la primera criatura.** Desde entonces, la ofensa ha ido siendo cada vez mayor. Y no valió ni la gran masa de agua del Diluvio, ni la lluvia de fuego sobre Sodoma y Gomorra, para hacer santo al hombre. Ni el agua ni el fuego. La Tierra es una Sodoma sin fronteras, por donde se pasea, libre como rey, Lucifer. Venga, pues, una trina realidad para lavarla: **el fuego del amor, el agua del dolor, la Sangre de la Víctima.** Éste es, Tierra, mi don. **He venido para dártelo.** ¿Y ahora habría de huir ante su cumplimiento? Es Pascua. No se puede huir.

-¿Por qué no vas donde Lázaro? No sería huir. Pero en su casa no te tocarían.

-Tiene razón Simón. ¡Te lo suplico, Señor, hazlo! –grita Judas Iscariote arrojándose a los pies de Jesús.

A su gesto responde un llanto desconsolado de Juan. Aunque más controlados en su dolor, también lloran los primos (*Judas Tadeo y Santiago*) y Santiago (*hermano de Juan*) y Andrés.

-¿Me crees el “Señor”? ¡Mírame! – y Jesús perfora con sus ojos la cara angustiada de Judas Iscariote; porque no finge, está realmente angustiado (quizás es la última lucha de su alma con Satanás y no sabe vencerla).

Jesús lo estudia y sigue su lucha como un científico podría estudiar una crisis en un enfermo. Luego se alza bruscamente, con tanta vehemencia, que Judas, que estaba apoyado en sus rodillas, impulsado hacia atrás, cae al suelo sentado. Jesús retrocede incluso y, visiblemente turbado su rostro, dice:

-¿Y así prenden también a Lázaro? Doble presa y, por tanto, doble alegría. No. Lázaro está reservado para el Cristo futuro, para el Cristo triunfante. Sólo uno será arrojado fuera de la vida y no volverá. Yo volveré. Él no volverá. Pero Lázaro se queda. Tú, tú que sabes tantas cosas, sabes también ésta. Mas los que esperan obtener una doble ganancia capturando al águila y al aguilucho, en el nido y sin esfuerzo, pueden estar seguros de que el águila tiene ojo para todos, y que por amor hacia su pequeñuelo se aleja del nido, para que sólo a ella la prendan, salvándolo así a él. **Me da muerte el odio, pero sigo amando.** Váyanse. Yo me quedo a orar. Nunca como en esta hora que vivo he tenido necesidad de llevar el alma al Cielo.

-Déjame que me quede aquí Contigo, Señor – suplica Juan.

-No. Todos necesitan descansar. Ve.

-¿Te quedas solo? ¿Y si te hacen algún mal? Pareces incluso enfermo... Yo me quedo- dice Pedro.

-Tú ve con los otros. ¡Déjenme olvidar durante una hora a los hombres! ¡Déjenme en contacto con los ángeles de mi Padre! Me suplirán a mi Madre, que pena en el llanto y la oración, y a la que no puedo cargar más con mi acongojado dolor. Váyanse.

-¿No nos das la paz? –le pregunta su primo Judas.

-Tienes razón. La paz del Señor descienda sobre aquellos que no son oprobio ante sus ojos. Adiós- y Jesús se interna, subiendo un escalón del terreno, en la espesura de los olivos.

-¡Pues la verdad es que... lo que dice está en la escritura! Y, oyéndolo a Él, se comprende por qué y para quién fue dicho – susurra Bartolomé.

-Esto se lo dije yo a Pedro en el otoño del primer año...-dice Simón.

-Es verdad... Pero... ¡no! Yo, estando yo vivo, no dejaré que lo prendan. Mañana... -dice Pedro

-¿Qué vas a hacer mañana? – pregunta Judas Iscariote.

-¿Que qué voy a hacer? Hablo conmigo mismo. Éstos son tiempos de conjura. No confío mi pensamiento ni al aire. Y tú, que tienes influencia –muchas veces lo has dicho- ¿por qué no buscas protección para Jesús?

-Lo haré, Pedro. Lo haré. No se extrañen si me ausento alguna vez. Es que estoy trabajando para Él. ¡Pero no se lo digan, eh!

-Puedes estar seguro. Bendito seas. Alguna vez he desconfiado de ti, pero te pido que me disculpes por ello. Veo que en los momentos claves eres mejor que nosotros. Tú actúas... yo lo único que sé hacer es echar palabras al viento- dice Pedro, humilde y sincero. Y Judas ríe como contento de la alabanza.

Se ponen en marcha para salir del Getsemaní e ir hacia el camino que lleva a Jerusalén.

594

MARTES SANTO

Lecciones sacadas de la higuera estéril. El tributo al César y la resurrección de los cuerpos.

Están para entrar de nuevo en la ciudad. Vienen por el camino lejano que tomaron la mañana anterior. Es como si Jesús no quisiera, antes de llegar al Templo- al que se accede pronto entrando en la ciudad por la Puerta del Rebaño, que está cerca de la Probática-, verse rodeado de la gente que aguarda. Pero hoy muchos de los setenta y dos lo esperan ya del otro lado del Cedrón, antes del puente, y en cuanto lo ven aparecer de entre los olivos verde-grises, con su túnica purpúrea, se mueven en dirección a Él. Se reúnen y siguen hacia la ciudad.

Pedro, que mira adelante, cuesta abajo, siempre sospechando ver aparecer a algún malintencionado, observa entre el verde fresco de las últimas pendientes una masa de hojas mustias, colgantes, que pende sobre las aguas del Cedrón. Las hojas, acartonadas y lánguidas, con manchas como de óxido distribuidas en su superficie, asemeja a las de un árbol seco por el fuego; de vez en cuando, la brisa arranca una hoja para sepultarla en las aguas del torrente.

-¡Pero si es la higuera de ayer! ¡La higuera que maldijiste!- grita Pedro señalando con una mano hacia el árbol seco, vuelta su cabeza para hablar con el Maestro.

Acuden todos presurosos, menos Jesús, que sigue adelante con el paso que llevaba. Los apóstoles refieren a los discípulos los precedentes del hecho que observan, y todos juntos hacen comentarios mirando estupefactos a Jesús. Han visto miles de milagros realizados en hombres y elementos. Pero éste los impresiona más que muchos otros.

Jesús, que ha llegado donde ellos, sonríe al observar esas caras asombradas y temerosas. Dice:

-¿Y bien? ¿Tanto los maravilla el que por mi palabra se haya secado una higuera? ¿No me han visto, acaso, resucitar muertos, curar a leprosos, dar la vista a los ciegos, multiplicar los panes, calmar las tempestades, apagar el fuego? ¿Y les asombra el que una higuera se seque?

-No es por la higuera. Es que ayer estaba lozana cuando la maldijiste, y ahora está seca. ¡Mira! Quebradiza como arcilla seca. Sus ramas ya no tienen médula. Mira. Se pulverizan –y Bartolomé desmenuza entre sus dedos unas ramas que con facilidad han partido.

-Ya no tienen médula. Tú lo has dicho. Y, cuando ya no hay médula, se produce la muerte, bien sea en un árbol o en una nación o en una religión; queda sólo dura corteza e inútil vegetación: crueldad e hipócrita exterioridad. La médula, blanca, interior, llena de savia, corresponde a la santidad, a la espiritualidad; la corteza dura y la vegetación inútil, a la humanidad carente de vida espiritual y de vida justa. ¡Ay de aquellas religiones que se hacen humanas porque sus sacerdotes y fieles han dejado de tener vital el espíritu! ¡Ay de aquellas naciones cuyos jefes son sólo crueldad y ruidoso clamor carente de ideas fructíferas! ¡Ay de aquellos hombres en que falta la vida del espíritu!

-Pero si esto se lo dijeras a los grandes de Israel, aun siendo verdad lo que dices, no te comportarías inteligentemente. No te hagas ilusiones por el hecho de que hasta ahora te hayan dejado hablar. Tú mismo dices que no es por conversión del corazón, sino por cálculo. Sabe, pues, Tú también calcular el valor y las consecuencias de tus palabras. Porque existe también la sabiduría del mundo, además de la sabiduría del espíritu. Y hay que saber usarla en beneficio nuestro. Porque, en fin, por ahora estamos en el mundo, no todavía en el Reino de Dios – dice Judas Iscariote, sin mordacidad pero en tono doctoral.

-El verdadero sabio es el que sabe ver las cosas sin que las sombras de la propia sensualidad y las reflexiones del cálculo las alteren. **Yo diré siempre la verdad de lo que veo.**

-Bueno, pero ¿esta higuera ha muerto por haberla maldecido Tú?, o es... una coincidencia... una señal... no sé. – pregunta Felipe.

-Es todo eso que dices. Pero lo que he hecho Yo pueden hacerlo también ustedes, si alcanzan la fe perfecta. Tengan esa fe en el Señor Altísimo. Cuando la tengan, en verdad les digo que podrán ésto y más. En verdad les digo que si uno llega a tener la confianza perfecta en la fuerza de la oración y en

la bondad del Señor, podrá decir a este monte: “Córrete de aquí y échate al mar”, y si, diciéndolo, no duda en su corazón, sino que cree que lo que ordena se puede cumplir, lo que ha dicho se cumplirá.

-Y pareceremos brujos y nos apedrearán, como está escrito para quien ejerce la magia. (*Levítico 20, 27*). ¡Sería un milagro necio, y con daño para nosotros! –dice Judas Iscariote meneando la cabeza.

-¡El necio eres tú, que no comprendes la parábola! – le rebate el otro Judas.

Jesús no habla a Judas, habla a todos:

-Les digo, y es vieja lección que repito en esta hora: todo lo que pidan con la oración, tengan fe en que lo obtendrán y lo recibirán. Pero, **si antes de orar tienen algo contra alguien, antes perdonen y hagan la paz** para que tengan como amigo al Padre de ustedes que está en los Cielos, que, mucho, mucho los perdona y favorece, de la mañana a la noche, del ocaso a la aurora.

Entran en el Templo. Los soldados de la Antonia los observan mientras pasan. Van a adorar al Señor. Luego vuelven al patio donde los rabíes enseñan. Enseguida, antes de que la gente venga y se arremoline en torno a Él, se acercan a Jesús escribas, doctores de Israel, herodianos, y con falsa deferencia, tras haberlo saludado, le dicen: (*Lc 20,20-26; Mc12,13; Mt 22,15*)

-Maestro, sabemos que eres sabio y veraz, y que enseñas el camino de Dios sin tener en cuenta nada ni a nadie, aparte de la verdad y la justicia; y que poco te preocupas del juicio que los demás tengan de Ti, sino que te preocupas sólo de llevar a los hombres al Bien. Dinos, entonces: ¿es lícito pagar el tributo a César, o no? ¿Qué opinas?

Jesús los mira con una de esas miradas tuyas de penetrante y solemne perspicacia, y responde:

-¿Por qué me tientan hipócritamente? ¡Y además alguno de ustedes ya sabe que a Mí no se me engaña con hipócritas honores! Pero, muéstrenme una moneda de las que usan para el tributo.

Le muestran la moneda. La observa por ambas partes, y sujetándola en la palma de la izquierda, golpea en ella con el índice de la derecha, mientras dice:

-¿De quién es esta imagen y qué dice esta inscripción?

-La imagen es de César, y la inscripción lleva su nombre, el nombre de Cayo Tiberio César, que es ahora emperador de Roma.

-Pues entonces den a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios – y les da la espalda, después de haber entregado el denario a quien se lo había dejado.

Escucha a unos u otros de los muchos peregrinos que le hacen preguntas, consuela, absuelve, cura. Pasan las horas. Sale del Templo para ir quizás afuera de las puertas, para tomar los alimentos que los servidores de Lázaro, encargados de ello, le traen. Vuelve de nuevo a entrar a primera tarde. Incansable. Gracia y sabiduría fluyen, de sus manos y labios, puestas sobre los enfermos o abiertos para consejos individuales dados a cada uno de los que se acercan a Él, que son muchos: parece como si quisiera consolar a todos, curar a todos, antes de no poder hacerlo ya.

Se acerca el ocaso. Los apóstoles, cansados, están sentados en el suelo bajo el corredor, aturdidos por ese continuo movimiento de gente que son los patios del Templo en la inminencia de la Pascua. En esto, se acercan unos ricos (ricos, sin duda, a juzgar por sus vestiduras pomposas).

Mateo, que está adormilado aunque sólo con un ojo, se pone en pie y, con algún meneo, llama a los otros. Dice: (*Lucas 20,27-38; Mc 12,18-27*)

-Van hacia el Maestro unos saduceos. No debemos dejarlo solo, no sea que todavía lo ofendan o traten de hacerle algún mal o de burlarse de Él.

Se alzan todos y van donde el Maestro. Inmediatamente forman una barrera en torno a Él. Creo intuir que ha habido desórdenes al marcharse del Templo o al volver a la hora sexta. Los saduceos, que tienen para Jesús reverencias incluso exageradas, le dicen:

-Maestro, has respondido tan sabiamente a los herodianos, que nos ha venido el deseo de recibir también nosotros un rayo de tu luz. Escucha: Moisés dijo (*Deuteronomio 25, 5-6*): “Si uno muere sin hijos, su hermano se casará con la viuda y dará descendencia al hermano”. Ahora bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero tomó a una virgen por esposa, pero murió sin dejar prole; por tanto, dejó su mujer a su hermano. También el segundo murió sin dejar prole, y lo mismo el tercero, que se casó con la viuda de los dos que le habían precedido. Así, sucesivamente, hasta el séptimo. Al final, después de haberse casado con los siete hermanos, se murió la mujer. Dinos: en la resurrección de los cuerpos –si es verdad que los hombres resucitan y que nuestra alma sobrevive y vuelve a unirse al cuerpo el último día y a dar nueva forma a los vivientes-, ¿cuál de los siete hermanos tendrá a la mujer, dado que en la Tierra la tuvieron los siete?

-Están en un error. No saben comprender ni las Escrituras ni el poder de Dios. La otra vida será muy distinta de ésta, y en el Reino eterno no existirán las necesidades de la carne como en éste. Porque, en verdad, después del Juicio final, la carne resucitará y se reunirá con el alma inmortal y formará un todo nuevo –vivo como, y mejor, como lo están mi cuerpo y el de ustedes ahora- pero no sujeto ya a las leyes, y, sobre todo, a los estímulos y abusos ahora vigentes. En la resurrección, los

hombres y las mujeres no tomarán ni mujer ni marido, aunque vivan en el amor perfecto, que es el divino y espiritual. Y por lo que respecta a la resurrección de los muertos, ¿no han leído cómo habló Dios a Moisés desde la zarza? (*Éxodo 3, 1-6*) ¿Qué dijo entonces el Altísimo?: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob”. No dijo: “Yo fui”, dando a entender que Abraham, Isaac y Jacob hubieran existido, pero que ya no existían. Dijo “Yo Soy”. Porque Abraham, Isaac y Jacob existen. Inmortales. Como todos los hombres, en su parte inmortal, mientras duren los siglos; luego, también con la carne resucitada para la eternidad. Existen, como existe Moisés, los profetas, los justos, como, desventuradamente, existe Caín, y existen los del Diluvio y los de Sodoma y todos los que murieron en culpa mortal. Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos.

-¿Tú también vas a morir y luego estar entre los vivos? – lo tientan. Están ya cansados de comportarse con mansedumbre. El aborrecimiento es tal, que no saben contenerse.

-Yo soy el Viviente y mi Carne no conocerá la corrupción. Se nos arrebató el arca, y la actual también se nos quitará, incluso como símbolo. Se nos arrebató el Tabernáculo, y será destruido. Pero el verdadero Templo de Dios no podrá ser ni arrebatado ni destruido. Cuando sus adversarios crean que lo han conseguido, entonces será la hora en que se establecerá en la verdadera Jerusalén en toda su gloria. Adiós.

Y, presuroso, va hacia el patio de los israelitas, porque las trompetas de plata llaman al sacrificio del anochecer.

DICE JESÚS

Te digo que señales en la visión de ayer el punto que dice: “el que caiga **contra** esta piedra quedará destrozado”. En las traducciones se usa siempre “sobre”. Dije “contra”, no “sobre”. Y es profecía contra los enemigos de mi Iglesia. Los que la atacan arremetiendo contra Ella, porque Ella es la piedra angular, quedan destrozados. La historia de la Tierra lleva veinte siglos confirmando lo que dije. Los perseguidores de la Iglesia quedan destrozados al arremeter contra la Piedra angular. Pero también- y esto han de tenerlo presente los que por ser de la Iglesia se creen salvados de los castigos divinos – aquel sobre el que caiga el peso de la condena de la Cabeza y Esposo de esta Esposa mía, de este Cuerpo místico mío, quedará triturado.

Y, previniendo una objeción de los siempre vivos escribas y saduceos, malévolos para con mis siervos, digo: si en estas últimas visiones aparecen frases que no están en los Evangelios, como éstas del final de la visión de hoy, y del punto en que hablo de la higuera seca, y otros más, recuerden aquéllos que los evangelistas eran también de ese pueblo, y vivían en tiempos en que cualquier choque demasiado vivo podía tener repercusiones violentas y nocivas para los neófitos.

Lean de nuevo los hechos apostólicos, y verán que la fusión de tantos pensamientos distintos no era sin fricciones, y que si unos a otros se tributaron admiración, reconociéndose recíprocamente los méritos, no faltaron entre ellos desacuerdos, porque diversos son los pensamientos de los hombres, y siempre imperfectos. Y para evitar fracturas más profundas, entre uno u otro pensamiento, iluminados por el Espíritu Santo, los evangelistas omitieron conscientemente en sus escritos algunas frases que habrían hecho mella en la excesiva susceptibilidad de los hebreos y habrían escandalizado a los gentiles, que necesitaban creer perfectos a los hebreos – núcleo del que provino la Iglesia – para no alejarse de ellos diciendo: “Son como nosotros”. Conocer las persecuciones de Cristo, sí; pero las enfermedades espirituales del pueblo de Israel, ya corrompido, especialmente en las clases más altas, no. No era conveniente. Y, lo más que pudieron, ocultaron.

Observen cómo los Evangelios se iban haciendo cada vez más explícitos, hasta llegar al límpido Evangelio de mi Juan, a medida que iban siendo escritos en épocas más lejanas respecto a mi Ascensión al Padre mío. Sólo Juan reseña por entero hasta las más dolorosas manchas del propio núcleo apostólico, llamando, por ejemplo, abiertamente “ladrón” a Judas; y refiere íntegramente las bajezas de los judíos (fingida voluntad de hacerme rey, disputas en el Templo, al abandono de muchos tras el discurso sobre el Pan del Cielo, la incredulidad de Tomás). El que más vivió, hasta ya ver fuerte a la Iglesia, alza los velos que los otros no se habían atrevido a alzar.

Pero ahora el Espíritu de Dios quiere que se conozcan incluso estas palabras. Y bendigan por ello al Señor, porque todas ellas son luz y guía para los justos de corazón.

595

El martes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

-Hoy han oído hablar a gentiles y judíos. Y han visto cómo los primeros me han aceptado con reverencia, mientras que los segundos por poco no me han agredido. Tú, Pedro, casi llegas a las manos al ver que arteramente mandaban contra Mí corderos, carneros y cabritos para hacerme caer al suelo entre los excrementos. Tú, Simón, a pesar de la gran prudencia que tienes, has abierto tu boca al insulto contra los miembros más aviesos del Sanedrín, que ruinmente se chocaban contra Mí

diciéndome: “Apártate, demonio, mientras pasan los enviados de Dios”. Tú, Judas, primo, y tú, Juan, mi predilecto, han gritado, y, raudos, me han evitado: uno el ser embestido, tomando el caballo por las bridas; el otro, metiéndose delante de Mí y recibiendo el golpe, dirigido a Mí, del pértigo cuando, con risa burlona, Sadoq ha venido contra Mí con su pesado carro lanzado adrede con veloz carrera. Les agradezco su amor, que los hace alzarse contra los agresores del Inerme; pero verán otras agresiones; actos crueles, mucho mayores. Cuando esta Luna ría en el cielo por segunda vez, a partir de esta noche, las agresiones, por ahora verbales o apenas esbozadas desde el punto de vista material, se harán concretas, más densas que las flores que ahora pueblan los árboles frutales y se apiñan cada vez más por la prisa de florecer. Han visto una higuera secada y todo un manzanar sin flores. La higuera, como Israel, negó confortación al Hijo del hombre y murió en su pecado; el manzanar, como los gentiles, espera la hora que he dicho para florecer y anular el último recuerdo de la crueldad humana con la dulzura de las abundantes flores esparcidas sobre la cabeza y bajo los pies del Vencedor. *(la hora de su Resurrección el Domingo de Pascua)*

-¿Qué hora, Maestro? – pregunta Mateo. ¡Has hablado tanto y de tantas cosas hoy! No recuerdo bien. Y quisiera recordar todo. ¿Quizás la hora del regreso del Cristo? También aquí has hablado de ramas que se vuelven tiernas y dan hojas.

-¡Que no, hombre, que no! – exclama Tomás – el Maestro habla como si esta conjura que le espera fuera inminente. ¿Cómo puede entonces, en poco tiempo suceder todo lo que Él dice que precederá a su regreso? Guerras, destrucciones, esclavitud, persecuciones, el Evangelio predicado a todo el mundo, desolación de la abominación en la casa de Dios, y terremotos, pestes, falsos profetas, señales en el Sol y las estrellas... ¡Hombre!, ¡hacen falta siglos para hacer todo esto! ¡Fresco estaría ese amo del manzanar, si su huerto tuviera que esperar a ese tiempo para florecer!

-Ya no comería sus frutos. Porque yo digo que entonces será el fin del mundo – comenta Bartolomé.

-Para llevar a cabo el fin del mundo sólo haría falta un pensamiento de Dios, y todo volvería a la nada. Por eso, podría ser que ese manzanar tuviera que esperar poco. Pero las cosas sucederán como Yo he dicho. Por tanto, transcurrirán siglos entre éste y aquél, o sea, hasta el definitivo triunfo del Cristo – explica Jesús.

-¿Y entonces? ¿Cuándo será?

-¡Yo sé cuándo será! – dice Juan, y llora –Yo sé cuándo será. ¡Será después de tu muerte y tu resurrección!... –Y Juan lo abraza fuertemente.

-¿Y lloras si va a resucitar? – dice con burla Judas Iscariote.

-Lloro porque antes debe morir. No te burles de mí, demonio. Yo comprendo. Y no puedo pensar en esa hora.

-Maestro, me ha llamado demonio. Ha pecado contra el compañero.

-Judas: ¿sabes que no lo mereces? Pues entonces no te resientas con su culpa. A mí también me han llamado “demonio”, y todavía me lo llamarán.

-Pero Tú tienes dicho que quien insulta a su hermano es culpab...

-Silencio. Ante la muerte se acaben por fin estas odiosas acusaciones, disputas y mentiras. No turben a quien está muriendo.

-Perdóname, Jesús – susurra Juan – Con el sonido de su risa, he sentido que se me revolvía algo dentro... y no he podido contenerme.

Juan está abrazado a Jesús, y le llora en su corazón.

-No llores. Te comprendo. Déjame hablar.

Pero Juan no se despegaba de Jesús, ni siquiera cuando Él se sienta en una gruesa raíz saliente. Se queda pasándole un brazo por la espalda y otro alrededor del pecho y con la cabeza apoyada en un hombro, y llora silencioso. Sólo se ve brillar, con la luz de la Luna, las gotas de su llanto, que caen en la túnica purpúrea de Jesús y parecen rubíes: gotas de pálida sangre heridas por una luz.

-Hoy han oído hablar a judíos y a gentiles. No les debe asombrar, pues, el que les diga: “De mi boca salieron siempre palabras de justicia, y no serán revocadas”; o el que les diga, también con Isaías (*Isaías 45, 23-25*) hablando de los gentiles que vendrán a Mí después de ser elevado de la tierra: “Ante Mí se doblará toda rodilla, por Mí en Mí jurará toda lengua”. Y tampoco dudarán, habiendo visto cómo actúan los judíos, que es fácil decir, sin temor a equivocarse, que serán conducidos a mi presencia, y avergonzados, todos los que se oponen a Mí.

Mi Padre no me ha hecho siervo suyo sólo para que haga revivir a las tribus de Jacob y para convertir a lo que queda de Israel, el resto; sino que ha hecho don de Mí como luz para las Naciones, para que sea el Salvador de toda la Tierra. (*Isaías 49,6: “No vale la pena que seas mi servidor únicamente para restablecer a las tribus de Jacob, o traer a sus sobrevivientes a su patria. Te voy poner, además, como una luz para el mundo, para que mi salvación llegue hasta el último extremo de la Tierra”*). Por este motivo, en estos treinta y tres años de exilio del Cielo y del seno del Padre,

he crecido siempre en Gracia y Sabiduría ante Dios y ante los hombres, alcanzando la edad perfecta, y en estos tres últimos años, después de poner incandescentes mi alma y mi mente en el Fuego del Amor, y de templarlas con el hielo de la penitencia, he hecho de mi boca “como una espada cortante”. (*Isaías 49,2: “Hizo de mi boca una espada cortante y me escondió debajo de su mano”*).

El Padre Santo, que es mío y de ustedes, hasta este momento me ha custodiado bajo la sombra de su mano, porque todavía no había llegado la hora de la Expiación. Ahora me deja, y la flecha elegida, la flecha de su divina aljaba, tras haber herido para sanar (herido a los hombres para abrir brecha en los corazones para la Palabra y Luz de Dios), ahora se dirige, rápida y segura, a herir a la Segunda Persona, al Expiador, al Obediente que obedece por todo Adán desobediente... Y, como guerrero alcanzado, caigo, diciendo por demasiados: “En vano me he fatigado, sin razón, sin obtener nada. He consumido mis fuerzas por nada” (*Isaías 49,4*).

¡Pero... no! No, por el Señor eterno que no hace nunca nada sin objetivo! ¡Atrás, Satanás, que quieres que ceda al desánimo y tentarme a la desobediencia! En el alfa y la omega de mi ministerio, viniste y vienes. Pues bien, aquí estoy. Me pongo en pie de guerra –realmente se levanta-, me mido contigo. Y, me lo juro a Mí mismo, te venceré. No es orgullo decir esto: es verdad. El Hijo del hombre será vencido en su carne por el hombre, el gusano miserable que muerde y envenena desde su corrompido fango. Pero, el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la inefable Tríada, no será vencida por Satanás. Tú eres el Odio. Y eres poderoso en tu acto de odio y de tentación. Pero Conmigo habrá una Fuerza que escapa a tu acción, porque no puedes ni alcanzarla ni mirarla. ¡El Amor está Conmigo!

Sé cuál es esa desconocida tortura que me espera. No la que les diré mañana, para que sepan que nada de lo que por Mí o en torno a Mí se hacía y se movía, que nada de lo que se formaba en sus corazones, me era desconocido. No. La otra tortura... La que no le viene al Hijo del hombre ni de lanzas ni de palos, ni de burlas y golpes, sino de Dios mismo, y que será conocida sólo por pocos en lo que de atroz tendrá, y aceptada como posible por menos todavía. Pero en esa tortura, en que dos serán los principales agentes: Dios con su ausencia y tú, demonio, con tu presencia, la Víctima tendrá consigo al Amor, el Amor que vive en la Víctima, fuerza primera de su resistencia a la prueba, y el Amor en el consolador espiritual (*el ángel del consuelo*), que ya bate sus alas de oro por el ansia de bajar a enjugar mis sudores, y que ya recoge todas las lágrimas de los ángeles en el celeste cáliz y diluye en él la miel de los nombres de mis redimidos, de los que me aman, para calmar con esa bebida la gran sed del Torturado y su amargura sin límites.

Y tú, demonio, serás derrotado. Un día, saliendo de un poseído, me dijiste: “Espero a vencerte cuando seas un harapo de carne sangrienta”. Pero Yo te respondo: “No me tendrás. Yo venzo. Mi fatiga fue santa, mi causa está en manos de mi Padre, que defiende las obras de su Hijo y no permitirá que ceda el espíritu mío”.

Padre, ya desde ahora te digo por esa hora atroz: “En tus manos abandono mi espíritu”.

Juan, no me dejes... Ustedes váyanse. La paz del Señor esté donde no es huésped Satanás. Adiós. Todo termina.

596

MIÉRCOLES SANTO.

El mayor de los mandamientos y el óbolo de la viuda. Los discursos sobre los escribas y fariseos, sobre el Templo nuevo, sobre los últimos tiempos.

Jesús –todo blanco hoy con su túnica de lino – entra en el Templo, que tiene aún más gente que en los días anteriores. Hace bochorno. Va al patio de los israelitas, a adorar, y luego a los corredores, seguido por mucha gente. Otros ya han escogido los mejores lugares, bajo los corredores, y son, por lo general, gentiles, los cuales, no pudiendo superar el primer patio, no pudiendo ir más allá del Patio de los Paganos, han aprovechado el hecho de que los hebreos han seguido a Cristo para tomar posiciones favorables

Pero un grupo muy numeroso de fariseos los descompagina –siempre se muestran igualmente arrogantes – abriéndose paso con desconsideración para acercarse a Jesús, que está inclinado hacia un enfermo. Esperan a que lo cure, luego le mandan a un escriba para que le haga unas preguntas.

Verdaderamente había habido antes entre ellos una breve disputa, porque quería haber ido uno, Joel llamado Alamot (*doncella*), a preguntarle al Maestro. Pero un fariseo se había opuesto, sostenido por los otros que decían:

-No. Sabemos que está de la parte del Rabí, aunque sea secretamente; deja que vaya Urías...

-Urías no- había dicho otro escriba, joven, al que no he visto nunca- Urías habla demasiado bruscamente. Haría que la gente se agitara. Voy yo.

Y sin prestar oídos a las protestas de los otros, se había acercado al Maestro, justo en el momento en que Jesús estaba despidiendo al enfermo con estas palabras:

-Ten fe. Estás curado. Esta fiebre y este dolor no volverán nunca.

(Marcos 12,28-34; Mateo 22,34-40)

-Maestro, ¿cuál es el mayor de los mandamientos de la Ley?

Jesús, que lo tenía a sus espaldas, se vuelve y lo mira. Una luz tenue de sonrisa ilumina su rostro. Luego levanta la cara –tenía la cabeza algo agachada, pues el escriba es de baja estatura y además está inclinado en actitud reverente – y recorre con su mirada la multitud; se fija en el grupo de los fariseos y doctores y descubre la cara pálida de Joel, semiescondido tras un grueso fariseo envuelto en su pomposo manto. Su sonrisa se acentúa. Es como una luz que vaya a acariciar al escriba honesto.

Luego baja de nuevo la cabeza y mira a su interlocutor. Responde:

-El primero de todos los mandamientos es: “Escucha, Israel: el Señor nuestro es el único Señor. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas” (*Deuteronomio 6, 4-5*). Éste es el primero y supremo mandamiento. El segundo es semejante a éste, es: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Levítico 19,18*). No hay mandamientos mayores que éstos, que encierran toda la Ley y los Profetas.

-Maestro, has respondido con sabiduría y verdad. Así es. Dios es Único y no hay otro dios aparte de Él. Amarlo con todo el propio corazón, con toda la propia inteligencia, con toda el alma y todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo vale mucho más que cualquier holocausto y sacrificio. Pienso mucho en esto cuando medito las palabras davídicas: “No te agradan los holocaustos; el sacrificio a Dios consiste en un espíritu contrito” (*Salmo 51, 18 -19*).

-No estás lejos del Reino de Dios porque has comprendido cuál es el holocausto que agrada a Dios.

-¿Pero cuál es el holocausto más perfecto? –pregunta rápidamente y en voz baja el escriba, como si estuviera diciendo un secreto. Jesús resplandece de amor dejando caer esta perla en el corazón de éste que se abre a su doctrina, a la doctrina del Reino de Dios, y, inclinado hacia él, dice:

-El holocausto perfecto es amar como a nosotros mismos a aquellos que nos persiguen, y no tener rencores. El que hace esto poseerá la paz. Está escrito: los mansos poseerán la Tierra y gozarán de la abundancia de la paz. (Isaías 26,1-6: “En ese día cantarán de esta manera en el país de Judá: Tenemos ahora una ciudad amurallada; Él ha construido para defendernos no una sino dos murallas. Abran las puertas para que entre la gente buena, que cumple su palabra, y que vive tranquila y en paz porque ha confiado en Ti. No duden nunca de Yavé, pues Yavé es como una roca irrompible”. Isaías 33,15-16: “El que actúa siempre con honradez, que es sincero y que se niega a conseguir algo con trampa; el que retira su mano para no aceptar la coima, que se tapa los oídos para no oír sugerencias criminales y cierra sus ojos para no ver la maldad. Éste tendrá su casa en las alturas, vivirá seguro como en un castillo edificado sobre un peñasco y nunca le faltarán ni el pan ni el agua.” En verdad te digo que el que sabe amar a sus enemigos alcanza la perfección y posee a Dios.

El escriba lo saluda con deferencia y regresa a su grupo, que, en voz baja, le censura por haber alabado al Maestro, y con rabia dicen:

-¿Qué le has preguntado en secreto? ¿No será que también te ha seducido a ti?

-He sentido al Espíritu de Dios hablar por su boca.

-Eres un necio. ¿Es que crees que es el Cristo?

-Creo que lo es.

-¡En verdad, dentro de poco veremos vacías de nuestros escribas nuestras escuelas, y los veremos ir errabundos detrás de ese Hombre! ¡Pero dónde ves en Él al Cristo!

-¿Dónde?, no lo sé. Sé que siento que es Él.

-¡Loco! - Le vuelven, inquietos, las espaldas.

¿De quién es hijo el Cristo?

(Marcos 12,35-37; Mateo 22,46; Lucas 20,41-44)

Jesús ha observado el diálogo, y, cuando los fariseos pasan por delante de Él en grupo compacto para marcharse inquietos, los llama y dice:

-Escúchenme. Quiero preguntarles una cosa. Según ustedes, ¿qué les parece?, ¿de quién es hijo el Cristo?

-Será hijo de David – le responden, remarcando el “será”, porque quieren hacerle comprender que para ellos Él no es el Cristo.

-¿Y cómo, entonces, David, inspirado por Dios, le llama Señor diciendo: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel para tus pies”? Si, pues, David llama al Cristo “Señor”, ¿cómo el Cristo puede ser su hijo?

No sabiendo qué responderle, se alejan rumiando su veneno. Jesús se cambia de sitio. Estaba en un lugar ahora completamente invadido por el sol; ha ido más allá, donde las bocas del Tesoro, junto a la sala del gazofilacio (*lugar de las ofrendas en dinero*). Este lado, todavía en la sombra, está ocupado por rabíes que arengan con grandes gestos dirigidos a sus oyentes hebreos, los cuales van aumentando con el paso de las horas, como también va aumentando continuamente la gente que fluye al Templo.

Los rabíes se esfuerzan en demoler con sus discursos las enseñanzas que Cristo ha dado en los días precedentes o esa misma mañana. Y, a medida que ven que aumenta la muchedumbre de los fieles, más alzan la voz. En efecto, este lugar, aunque sea muy grande, pulula de gente que va y viene en todas las direcciones...

Hoy y con insistencia, no antes, veo aparecer la siguiente visión: Al principio veo sólo patios y corredores, que reconozco que son del Templo. Veo también a Jesús, tan solemne con su túnica de color rojo vivo y manto también rojo, más oscuro, que parece un emperador. Está apoyado en una enorme columna cuadrada que sostiene un arco del corredor. Me mira fijamente. Me pierdo mirándolo, gozándome en Él, al que hacía dos días que ni veía ni oía.

La visión dura así un tiempo largo. Mientras está siendo así, no la transcribo, porque es gozo mío.

Pero ahora que veo animarse la escena comprendo que hay otras cosas y escribo.

La ofrenda de la viuda
(Marcos 12,41-44; Lucas 21,1-4)

El lugar se va llenando de gente que va y viene en todas las direcciones. Hay sacerdotes y fieles, hombres, mujeres y niños. Unos pasean, otros están parados escuchando a los doctores, otros se dirigen a otros lugares –quizás de sacrificio – tirando de corderitos o llevando palomas.

Jesús está apoyado en su columna. Mira. No habla. Incluso en dos ocasiones en que los apóstoles le han hecho unas preguntas, ha hecho un gesto de negación, pero no ha hablado. Observa atentísimo. Por la expresión, parece juzgar a los que mira. Su mirada y toda su cara me recuerdan el aspecto que le vi en la visión del Paraíso cuando juzgaba a las almas en el juicio particular. Ahora, naturalmente es Jesús, Hombre; allí era Jesús glorioso, así que más solemne aún. Pero la mutabilidad del rostro, que observa fijamente, es igual. Está serio, escrutador. Pero si algunas veces refleja una severidad que haría temblar al más descarado, otras se le ve tan dulce –dulzura que es tristeza sonriente–, que parece acariciar con la mirada.

Parece no oír nada. Pero debe escuchar todo, porque cuando, de entre un grupo que está separado por bastantes metros y recogido alrededor de un doctor, se alza una voz nasal que proclama:

-Más que cualquier otro precepto, vale éste: Todo lo que es para el Templo debe ir al Templo. El Templo está por encima del padre y la madre, y si alguno quiere dar a la gloria del Señor todo aquello que le sobre, puede hacerlo. Y será bendecido por ello, porque no hay ni sangre ni afecto que sean superiores al Templo.

Entonces Él vuelve lentamente la cabeza en aquella dirección y mira con cierta expresión... que no querría que fuera para mí.

Parece mirar en general. Pero cuando un viejecito tembloroso va a empezar a subir los cinco escalones de una especie de terraza próxima que parece conducir a otro patio más interior, y apoya el bastoncito y casi se cae al trabarse en la propia túnica, Jesús le tiende su largo brazo y lo sujeta, y no lo deja hasta que no lo ve en seguro. El viejecito levanta la rugosa cabeza y mira a su alto salvador susurrando una palabra de bendición. Jesús le sonríe y le hace una caricia en la cabeza semicalva. Luego vuelve a su columna, a apoyarse en ella, de la cual se separa otra vez para levantar a un niño que se ha soltado de la mano de su madre y ha caído de bruces contra el primer escalón, justo a sus pies, y que llora. Lo levanta, lo acaricia, lo consuela. La madre, sobresaltada, da las gracias. Jesús le sonríe también a ella y le da el niño.

Pero no sonríe cuando pasa un pomposo fariseo; tampoco cuando pasan en grupo escribas y otros que no sé quiénes son. Este grupo saluda con exagerados gestos con los brazos y exageradas reverencias. Jesús los mira tan fijamente, que parece perforarlos; saluda, pero sin abierta expresividad; su expresión es severa. También a un sacerdote que viene –y debe ser un pez gordo porque la gente se hace a un lado y saluda, y él pasa pomposo como un pavo – Jesús lo mira largamente: es una mirada de tales características, que el sacerdote, aún estando lleno de soberbia, agacha la cabeza; no saluda, pero no resiste su mirada.

Jesús deja de mirarlo para observar a una pobre mujercita vestida de marrón oscuro, que sube tímida los escalones y se dirige hacia una pared en que hay como unas cabezas de león con la boca

abierta, u otros animales parecidos. Muchos van en esa dirección, y Jesús parecía no haberles hecho caso. Ahora sigue el camino de la mujer. Sus ojos la miran compasivos y se llenan de dulzura cuando ve que alarga una mano y echa algo en la boca de piedra de uno de esos leones. Y cuando la mujercita, retirándose, le pasa cerca, dice:

-La paz a ti, mujer.

Ella, sorprendida, alza la cabeza y muestra sobresalto.

-La paz a ti –repite Jesús – Ve. El Altísimo te bendice.

La pobrecita se queda extática (*en éxtasis*). Luego susurra un saludo y se marcha.

-Es feliz en medio de su infelicidad – dice Jesús saliendo de su silencio – Ahora es feliz porque la bendición de Dios la acompaña.

Oigan, amigos, y ustedes que están cerca de Mí. ¿Ven a esa mujer? Ha dado sólo dos monedas, una cantidad que no es suficiente para comprar la comida de un pájaro enjaulado, y, a pesar de ello, ha dado más que todos los que han echado su donativo en el Tesoro desde la apertura del Templo, al rayar el alba. Oigan. He visto a muchos ricos meter en esas bocas dinero suficiente como para darle de comer a ella durante un año y para revestir su pobreza, que es decente solamente por su limpieza. He visto a ricos meter con visible satisfacción, allí dentro, sumas que hubieran podido saciar el hambre de los pobres de la Ciudad Santa durante uno o varios días y hacerles bendecir al Señor. Pero les digo en verdad que ninguno ha dado más que ésta. Su óbolo (*donativo*) es caridad; lo otro, no. Lo suyo es generosidad; lo otro, no. Lo suyo es sacrificio; lo otro, no. Hoy esa mujer no comerá, porque ya no le queda nada. Antes tendrá que trabajar para ganar algo y así poder dar un pan para su hambre. No tiene a sus espaldas ni riquezas ni familiares que ganen por ella. Está sola. Dios se le ha llevado padres, marido e hijos; y también el poco bien que ellos le habían dejado (esto, más que Dios, se lo han arrebatado los hombres, esos hombres que ahora con gestos ampulosos, ¿ven?, siguen echando allí lo superfluo, de lo cual mucho ha sido sonsacado con usura de las pobres manos de los débiles y hambrientos).

Dicen que no hay ni sangre ni afectos que sean superiores al Templo y así enseñan a no amar al prójimo. Yo les digo que por encima del Templo está el amor. **La Ley de Dios es amor y quien no tiene piedad para el prójimo no ama.** El dinero superfluo, el dinero manchado con el fango de la usura, del desprecio, de la dureza de corazón, de la hipocresía, no canta la alabanza a Dios ni atrae hacia el donador la bendición celeste. Dios lo repudia. Enriquece esta caja, pero no es oro para el incienso: es fango que los sumerge, oh ministros, que no sirven a Dios sino a sus intereses; es lazo que los estrangula, doctores que enseñan una doctrina de ustedes; es veneno que les corroe, fariseos, ese resto de alma que todavía tienen. **Dios no quiere las cosas que sobran.** No sean Caínes. **Dios no quiere el fruto de la dureza del corazón.** Dios no quiere lo que alzando voz de llanto dice: “Debía saciar a un hambriento, pero lo he negado a él para crear pompa aquí dentro; debía ayudar a un padre anciano, a una madre muy anciana, y lo he negado porque esa ayuda no habría sido conocida por la gente; debo emitir mi sonido para que el mundo vea al donador”.

No, rabí que enseñas que ha de darse a Dios todo lo que sobra, y que es lícito denegar al padre y a la madre para dar a Dios. El primer precepto es: “Ama a Dios con todo tu corazón, tu alma, tu inteligencia, tu fuerza”. Por tanto, no es lo superfluo, sino lo que es sangre nuestra, lo que hay que darle, amando sufrir por Él. Sufrir, no hacer sufrir. Y, si dar mucho cuesta – porque despojarse de las riquezas no gusta y el tesoro es el corazón del hombre, vicioso por naturaleza-, precisamente porque cuesta hay que dar. Por justicia, porque todo lo que uno tiene lo tiene por bondad de Dios; por amor, porque es prueba de amor amar el sacrificio para dar alegría al amado. Sufrir por ofrecer. Pero, repito, sufrir; no, hacer sufrir. Porque el segundo precepto dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Y la Ley especifica que después de Dios los padres son el prójimo a quienes estamos obligados a honrar y ayudar.

Por lo cual, les digo, en verdad, que aquella pobre mujer ha comprendido la Ley mejor que los sabios y está más justificada que todos los demás; y bendecida, porque en su pobreza ha dado a Dios todo, mientras que ustedes dan lo que les es superfluo, y lo dan para crecer en la estima de los hombres. Sé que me odian porque hablo así. Pero mientras esta boca pueda hablar hablará de esta manera. Unen a su odio hacia Mí el desprecio hacia la pobrecita a la que Yo alabo. Pero no piensen que harán de estas dos piedras un doble pedestal para su soberbia: serán la muela que los triturará.

Vámonos. Dejemos que las víboras se muerdan, aumentando así su veneno. Los que tengan corazón puro, bueno, humilde, contrito, y quieran conocer el verdadero rostro de Dios, que me sigan.

Apóstoles, discípulos y numerosa gente lo siguen, en grupo compacto, mientras Él regresa al lugar del primer cerco, que está casi resguardado por la muralla del Templo, al lugar que conserva un poco de frescor (y es que este día se siente un fuerte bochorno). Allí, estando la tierra revuelta por las pezuñas de los animales, y sembrada de piedras que han servido a los mercaderes y cambistas para sujetar sus recintos y sus toldos, allí no están los rabíes de Israel, los cuales permitían que en el

Templo se montara un mercado, pero sentían repulsión de llevar las suelas de sus sandalias a los lugares donde malamente estaban canceladas las huellas de los cuadrúpedos que apenas unos días antes habían sido desalojados de allí...

Jesús no siente esta repulsión, y allí se refugia, dentro de un círculo denso de oyentes. Pero, antes de hablar, llama a sus apóstoles y les dice:

(Los maestros de la Ley: los escribas y fariseos) (Mateo 23,1-39)

-Vengan y escuchen bien. Ayer querían saber muchas de las cosas que voy a decir ahora. A ellas aludí vagamente mientras descansábamos en el huerto de José. Así que estén bien atentos porque son grandes lecciones para todos, sobre todo, para ustedes, ministros y continuadores míos.

Escuchen: En la cátedra de Moisés, en el momento justo, se sentaron escribas y fariseos. Tiempos tristes, éstos, para la patria. (*Esdras 1-10; Nehemías 1-13; 1Macabeos 1-2*) Terminado el destierro de Babilonia, reconstruída la nación por magnanimidad de Ciro, los dirigentes del pueblo sintieron la necesidad de reconstruir también el culto y el conocimiento de la Ley. Porque ¡ay de aquel pueblo que no los tenga como defensa, guía y apoyo, contra los más **poderosos enemigos de una nación**, que son la inmoralidad de los ciudadanos, la rebelión contra los jefes, la desunión entre las distintas clases y grupos, los pecados contra Dios y contra el prójimo, la irreligiosidad, elementos todos que son disgregadores por sí mismos y por los castigos celestes que provocan!

Surgieron, pues, los escribas, o doctores de la Ley, para poder adoctrinar al pueblo que, hablando el lenguaje caldeo, herencia del duro destierro, no comprendía ya las Escrituras redactadas en hebreo puro. Surgieron como ayuda de los sacerdotes, que eran insuficientes en número para acometer la tarea de adoctrinar a las multitudes. Un laicado culto y dedicado a honrar al Señor llevando el conocimiento de Él a los hombres y los hombres a Él; tuvo su razón de ser e incluso hizo un bien. Porque, recuerden esto todos, incluso las cosas que, por debilidad humana luego degeneran, como fue ésta que se corrompió en el transcurso de los siglos, tienen siempre algo bueno y una razón – al menos inicial – de ser, y es por ello que el Altísimo permite que surjan y se mantengan hasta que, colmada la medida de su degradación, Él las desbarata.

Vino luego, de la transformación de la secta de los asideos, la de los fariseos. Surgida para sostener con la más rígida moral la más intransigente obediencia a la Ley de Moisés y el espíritu de independencia de nuestro pueblo, cuando el partido helenista – que se había formado por las presiones y seducciones que comenzaron en tiempos de Antíoco Epifanes, y que pronto se transformaron en persecuciones contra los que no cedían a las presiones de este hombre astuto que más que con sus armas contaba con la disgregación de la fe en los corazones-, buscando reinar en nuestra patria, trataba de esclavizarnos.

Recuerden también esto: temen más las fáciles alianzas y halagos de un extranjero que a sus legiones. Porque, si son fieles a las leyes de Dios y de la patria, vencerán aunque estén rodeados de ejércitos poderosos; pero si el sutil veneno dado como miel embriagadora por el extranjero que ha hecho planes sobre ustedes los corrompe, entonces Dios los abandonará por sus pecados, y quedarán vencidos y –sujetos, incluso sin que el falso aliado presente cruenta batalla contra el suelo de ustedes. ¡Ay de aquel que no esté alerta como vigilante escolta y no rechace la insidia sutil de uno, astuto y falso, que esté a su lado, o sea aliado, o dominador que empiece su dominación sobre los individuos enervando el corazón de ellos y corrompiéndolo con usos y costumbres que no son nuestros, que no son santos, y que, por tanto, los hacen no gratos al Señor! ¡Ay de él! Traigan todos a la memoria las consecuencias que le ha acarreado a la Patria el que algunos de sus hijos haya adoptado usos y costumbres del extranjero para atraerse sus simpatías y gozar. Buena cosa es la caridad con todos, incluso con los pueblos que no tienen nuestra fe, que no tienen nuestros usos, que a lo largo de los siglos nos han perjudicado. Pero el amor a estos pueblos, que siguen siendo nuestro prójimo, nunca debe hacerlos repudiar la Ley de Dios y de la Patria por el cálculo de algún beneficio arrebatado así a los pueblos vecinos. No. Los extranjeros desprecian a aquéllos que se manifiestan serviles hasta el punto de repudiar las cosas más santas de la Patria. El respeto y la libertad no se obtienen renegando del Padre y de la Madre: Dios y la Patria.

Fue, pues, una cosa buena, el que, en su debido momento, surgieran también los fariseos para poner un dique contra el desbordamiento fangoso de usos y costumbres extranjeras. Lo repito: toda cosa que surge y dura tiene su razón de ser. Y hay que respetarla, si no por lo que hace, por lo que hizo. Y si ahora es culpable no es función de los hombres el vituperarla, y, menos aún, arremeter contra ella, hay quien sabe hacerlo: Dios y Aquel al que Dios ha enviado y tiene el derecho y el deber de abrir su boca y sus ojos para que ustedes y ellos conozcan el pensamiento del Altísimo y obren con justicia. Yo y ningún otro. Yo, porque hablo por mandato divino. Yo, porque puedo hablar, no teniendo en Mí ninguno de los pecados que los escandalizan cuando los ven cometidos por escribas y fariseos, pero que, si pueden, también ustedes los cometen.

Jesús, que había empezado en tono bajo su discurso, ha ido alzando la voz y en estas últimas palabras ésta es potente como un toque de trompeta.

Hebreos y gentiles, respectivamente, están centrados en lo que dice o simplemente atentos. Y si los primeros aplauden cuando Jesús recuerda a la Patria y llama abiertamente por sus nombres a los que, extranjeros, los han sometido y les han hecho sufrir, los otros admiran la forma oratoria del discurso y se felicitan por estar presentes en este discurso digno –según comentan entre ellos- de un gran orador.

Jesús baja de nuevo la voz al reanudar el discurso:

-Les he dicho esto para recordarles la razón de ser de **escribas y fariseos**, y cómo y por qué se han sentado en la cátedra de Moisés, y cómo y por qué hablan y no son vanas sus palabras. **Hagan, pues, lo que dicen, mas no los imiten en sus acciones.** Porque dicen que se debe actuar en un cierto modo, pero luego no hacen lo que dicen que debe ser hecho. Efectivamente, enseñan las leyes de humanidad del Pentateuco, pero luego cargan con pesos grandes, insoportables, inhumanos, a los demás, mientras que respecto a sí mismos no extienden un solo dedo, no sólo para llevar esos pesos, sino tampoco para tocarlos.

Su regla de vida es ser vistos y notados y aplaudidos por sus obras (las hacen de manera que puedan ser vistas para ser alabados por ellas). E infringen la ley del amor, porque les gusta definirse separados y desprecian a los que no pertenecen a su secta y exigen el título de maestros y un culto por parte de sus discípulos, cosas que ellos no dan a Dios. Dioses se creen por sabiduría y poder, superiores al padre y a la madre quieren ser en el corazón de sus discípulos, y pretenden que su doctrina supere a la de Dios, y exigen que sea practicada al pie de la letra, aun siendo una manipulación de la verdadera Ley, inferior a ella más aún que este monte respecto a la altura del Gran Hermón, que supera a toda Palestina. Son herejes creyendo algunos, como los paganos, en la metempsicosis (*reencarnación del alma*) y la fatalidad; negando los otros lo que los primeros admiten y – si no de resultado, sí de hecho – lo que Dios mismo ha dado como fe, es decir, que Él es el único Dios, al que debe darse culto, y que el padre y la madre van después sólo de Dios, y que, como tales, tienen el derecho de ser obedecidos más que un maestro no divino.

Porque, si Yo ahora les digo: “El que ama al padre y a la madre más que a Mí no es apto para el Reino de Dios”, ciertamente no es para inocularles el desamor hacia los padres, a quienes deben respeto y ayuda, y a quienes no es lícito privar de una ayuda diciendo: “Es dinero del Templo”, u hospitalidad diciendo: “Mi cargo me lo prohíbe” o la vida diciendo: “Te mato porque amas al Maestro”. Se los digo para que tengan el amor justo a los padres, o sea, un amor paciente y fuerte dentro de su mansedumbre, un amor que – sin caer en el aborrecimiento del padre o la madre que pecan y causan dolor, no siguiendo el camino de la Vida: la mía – sabe elegir entre la ley mía y el egoísmo y abuso familiares. Amen a los padres, obedézcanles en todo lo santo. Pero estén dispuestos a morir – no a dar muerte, sino a morir, digo – si quieren inducirlos a traicionar la vocación que Dios ha puesto en ustedes de ser ciudadanos del Reino de Dios que Yo he venido a formar.

No imiten a escribas y fariseos, divididos entre sí aunque finjan estar unidos. Ustedes, discípulos de Cristo, estén verdaderamente unidos, los unos para los otros. Los jefes sean dulces con los subordinados; los subordinados, con los jefes. Una cosa sola en el amor y en el fin de su unión: conquistar mi Reino y estar a mi derecha en el eterno Juicio. Recuerden que un reino dividido deja de ser un reino y no puede subsistir. Estén, pues, unidos entre ustedes en el amor a Mí y a mi doctrina. Que el distintivo del cristiano –ése será el nombre de mis discípulos – sea el amor y la unión, la igualdad entre ustedes en lo tocante al vestir, la comunidad de bienes, la fraternidad de los corazones. Todos para uno, uno para todos. Quien dé, que lo haga con humildad; quien no tiene, que acepte con humildad y humildemente exponga sus necesidades a sus hermanos, sabiendo que son eso: hermanos. Y que los hermanos escuchen amorosamente lo tocante a las necesidades de sus hermanos, sintiéndose verdaderamente hermanos de éstos.

Recuerden que su Maestro a menudo pasó hambre, frío y otras mil necesidades e incomodidades y, humildemente, Él, siendo Verbo de Dios, las expuso a los hombres. Recuerden que hay un premio reservado para quien es misericordioso hasta sólo en ofrecer un sorbo de agua. **Recuerden que dar es mejor que recibir.** Que recordando estas tres cosas el pobre halle la fuerza de pedir sin sentirse humillado, pensando que Yo lo hice antes que él; de perdonar si lo rechazan, pensando que muchas veces al Hijo del hombre le fueron negados el sitio y el alimento que se dan a los perros que cuidan el rebaño. Y que el rico halle la generosidad de dar sus riquezas, pensando que la vil moneda, el odioso dinero sugerido por Satanás, causa de los nueve décimos de las desgracias del mundo, si es dado por amor se transforma en gema inmortal y paradisíaca.

Vístanse con sus virtudes. Han de ser éstas ricas, pero sólo conocidas por Dios. No hagan como los fariseos, que llevan las filacterias (*pedazos de pergamino con algunos pasajes de las Escrituras atados al brazo izquierdo o en la frente*) más anchas y las franjas más largas, y buscan los primeros

puestos en las sinagogas y las reverencias en las plazas y quieren que el pueblo los llame “rabí”. Sólo uno es el Maestro: el Cristo. Ustedes, que en el futuro serán los nuevos doctores – les hablo a ustedes, apóstoles míos y discípulos -, recuerden que sólo Yo soy su Maestro. Y lo seguiré siendo cuando ya no esté aquí entre ustedes. Porque sólo adoctrina la Sabiduría. Así pues, no dejen que los llamen maestros, porque ustedes mismos son discípulos. **Y ni exijan ni den el nombre de padre a nadie en la Tierra, porque sólo uno es el Padre de todos: el Padre de ustedes que está en los Cielos**. Que esta verdad – haga sabios en el hecho de sentirse verdaderamente todos hermanos entre ustedes, bien sean los que dirigen, bien sean los dirigidos, y ámense, pues, como buenos hermanos. Y tampoco quiera ser llamado guía ninguno de los que dirijan, porque sólo uno es el guía común de ustedes: Cristo.

El mayor de entre ustedes sea su servidor. No es humillarse el ser siervo de los siervos de Dios, sino que es imitarme a Mí, que fui manso y humilde, y estuve siempre dispuesto a tener amor hacia mis hermanos en la carne de Adán y a ayudarlos con el poder que como Dios, tengo en Mí. Y no he humillado lo divino sirviendo a los hombres. Porque el verdadero rey es aquel que sabe dominar no tanto sobre los hombres cuanto sobre las pasiones del hombre, de las cuales la primera es la necia soberbia. Recuerden esto: **Quien se humilla será ensalzado y quien se ensalta será humillado**.

La Mujer de que habló el Señor en el segundo del Génesis, la Virgen de quien se habla en Isaías (7, 14), la Madre-Virgen del Emmanuel, profetizó (21,5) esta verdad del tiempo nuevo cantando: “El Señor ha derribado a los poderosos de su trono y ha ensalzado a los humildes”. La Sabiduría de Dios hablaba en los labios de Aquélla que era Madre de la Gracia y Trono de la Sabiduría. Y Yo repito las inspiradas palabras que me alabaron unido al Padre y al Espíritu Santo, por nuestras obras admirables, cuando, sin detrimento para la Virgen, Yo, el Hombre, me formaba en su seno sin dejar de ser Dios. Que sea norma para aquellos que quieran dar a luz a Cristo en sus corazones y entrar en el Reino de Dios. **No tendrán a Jesús, Salvador, ni a Cristo, el Señor, ni tendrán Reino de los Cielos, los soberbios, los fornicadores, los idólatras que se adoran a sí mismos y adoran su propia voluntad**.

Por tanto, ¡ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que creen que pueden cerrar con sus impracticables sentencias – realmente serían, si estuvieran avaladas por Dios, cierre inquebrantable para la mayoría de los hombres-, que creen que pueden dejar plantados ante las puertas del Reino de los Cielos a los hombres que a Él levantan su espíritu para hallar fuerza en su penosa jornada terrena! ¡Ay de ustedes, que no entran, que no quieren entrar porque no acogen la Ley del celeste Reino, y no dejan entrar a los otros que están ante esa puerta, a la que ustedes, intransigentes, refuerzan con cerrojos no puestos por Dios!

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que devoran las casas de las viudas con el pretexto de hacer largas oraciones! ¡Por esto sufrirán un juicio severo!

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que van por mar y tierra, consumiendo haberes no de ustedes, para conseguir un solo prosélito, y, una vez conseguido, le hacen el doble de ustedes hijo del infierno!

¡Ay de ustedes, guías ciegos, que dicen: “Si uno jura por el Templo, nada es su juramento, pero si jura por el oro del Templo queda obligado”. ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más? ¿el oro o el Templo, que santifica el oro? Y que dicen: “Si uno jura por el altar, su juramento no tiene valor, pero, si jura por la ofrenda que está sobre el altar, entonces es válido su juramento y a él queda obligado”. ¡Ciegos! ¿Qué es mayor? La ofrenda o el altar, que santifica la ofrenda? Así pues, el que jura por el altar jura por el altar y por todo lo que el altar tiene encima, y el que jura por el Templo y por Aquél que en él mora, y el que jura por el Cielo jura por el Trono de Dios y por Aquél que en él está sentado.

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que pagan los diezmos de la menta y de la ruda, del anís y del comino, y luego descuidan los preceptos más graves de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! ¡Éstas son las virtudes que hay que tener, sin descuidar las otras cosas menores!

Guías ciegos que filtran las bebidas por miedo a contaminarse bebiendo una mosquita ahogada, y luego se tragan un camello sin sentirse impuros por ello. ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que lavan por fuera la copa y el plato, pero por dentro están henchidos de ambición e inmundicia! Fariseo ciego, lava primero lo de dentro de tu copa y de tu plato, de forma que también lo de fuera quede limpio.

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que vuelan como murciélagos en las tinieblas por sus obras de pecado y pactan por la noche con paganos, bandidos y traidores, y luego, por la mañana, canceladas las huellas de sus ocultos pactos, suben al Templo elegantemente vestidos!

¡Ay de ustedes, que enseñan las leyes de la caridad y de la justicia contenidas en el Levítico, y luego son ambiciosos, ladrones, falaces, calumniadores, opresores, injustos, vengativos, aborrecedores, y que llegan a derribar a quien les causa fastidio, aunque sea de su propia sangre, y a repudiar a su

mujer, que ya no les gusta, o a acusarla de alguna enfermedad impura, para quedar libres de ella, ustedes, que son impuros en su corazón libidinoso, aunque no lo parezcan ante los ojos de la gente que no conoce sus actos! Son semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos mientras que por dentro están llenos de huesos de muertos y podredumbre. Lo mismo sucede en ustedes. ¡Sí, lo mismo! Por fuera parecen justos pero por dentro están henchidos de hipocresía e iniquidad.

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que erigen suntuosos sepulcros a los profetas y embellecen las tumbas de los justos: dicen: “Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos sido cómplices y partícipes de los que derramaron la sangre de los profetas.” ¡Y así testifican, contra ustedes mismos, que son descendientes de aquellos que mataron a sus profetas! Y ustedes además, colman la medida de sus padres... ¡Oh, serpientes, raza de víboras, cómo se librarán de la condenación de la Gehena?!

Por esto, Yo, Palabra de Dios, les digo: Yo, Dios, les enviaré nuevos profetas y sabios y escribas. Y, de éstos, a una parte los matarán, a una parte los crucificarán, a una parte los flagelarán en sus tribunales, en sus sinagogas, fuera de sus murallas, a otra parte los perseguirán de ciudad en ciudad, hasta que recaiga sobre todos ustedes la sangre justa, derramada sobre la Tierra, desde la sangre del justo Abel (*Génesis 4,8*) hasta la de Zacarías hijo de Barquías (*2 Crónicas 24, 20-22*) al que dieron muerte entre el atrio y el altar, porque, por amor a ustedes, les había recordado su pecado para que se arrepintieran de él y volvieran al Señor. Así es. Odian a los que quieren su bien y amorosamente los llaman a los senderos de Dios.

En verdad les digo que todo esto está para cumplirse, tanto el delito como sus consecuencias. En verdad les digo que todo esto se cumplirá con esta generación.

¡Oh, Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén que apedreas a los que te son enviados y matas a tus profetas! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Pues oye esto Jerusalén! ¡Escuchen todos ustedes los que me odian y odian todo lo que de Dios viene! ¡Escuchen los que me aman y se verán envueltos en el castigo reservado para los perseguidores de los Enviados de Dios! Y oigan también ustedes que no son de este pueblo, pero que igualmente me están escuchando; escuchen para saber Quién es el que les habla y que predice sin necesidad de estudiar el vuelo, el canto de los pájaros, ni los fenómenos celestes y las vísceras de los animales sacrificados, ni la llama y el humo de los holocaustos, porque todo el futuro es presente para Aquel que les habla. Escuchen: “Les dejarán desierta esta Casa suya. Yo les digo, dice el Señor, que no volverán a verme hasta que –también ustedes- no digan: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

(Mateo 24,1-2)

Jesús está visiblemente cansado y sudoroso, por el esfuerzo del largo e impetuoso discurso y por el bochorno de este día sin viento. Oprimido contra el muro por una multitud, objeto de los dardos de numerosas pupilas, sintiendo todo el odio que lo escucha desde los pórticos del Patio de los Paganos, y todo el amor –o, al menos, admiración – que lo rodea y que no se preocupa del sol que incide sobre las espaldas y en las caras enrojecidas y sudadas, se le ve verdaderamente sin fuerzas y necesitado de descanso. Y lo busca diciendo a sus apóstoles y a los setenta y dos que como cuñas se han ido abriendo lentamente paso entre el gentío y ahora están en primera línea (barrera de amor fiel en torno a Él):

-Vamos a salir del Templo. Vamos a un lugar despejado, entre los árboles. Necesito sombra, silencio y frescor. En verdad, este lugar parece arder ya con fuego de la ira celeste.

Le dejan paso no sin dificultad. Así pueden salir por la puerta más cercana, donde Jesús se esfuerza en despedir a muchos, pero sin conseguirlo: quieren seguirlo a toda costa.

Entretanto, los discípulos observan el cubo del Templo, centelleante bajo el sol casi cenital, y Juan de Éfeso llama la atención del Maestro acerca de la robustez de la construcción:

-¡Mira qué piedras, qué construcción!

-Pues de ellos no quedará piedra sobre piedra – responde Jesús.

-¿No? ¿Cuándo? ¿Cómo? – preguntan muchos.

(El encuentro con la Madre y las discípulas)

Pero Jesús no habla. Baja el monte Moria y sale a buen paso de la ciudad, cruzando Ofel y la puerta de Efraím o del Estiércol, para refugiarse en la espesura de Los Jardines del Rey lo antes que puede, o sea, cuando los que se han obstinado en seguirle – los que no son ni apóstoles ni discípulos – se marchan lentamente cuando Manahén, que ha mandado abrir las pesadas cancelas, pasa adelante, solemne, para decir a todos:

-Márchense. Aquí entran sólo los que yo quiero.

Sombras, silencio, perfume de flores, aromas de alcanfor y claveles, canela, espliego y mil otras hierbas olorosas, y frufrú de arroyos, alimentados, sin duda, de las fuentes y cisternas cercanas, bajo galerías de frondas, trinar de pájaros... hacen de este lugar un sitio de descanso paradisíaco. La ciudad, con sus calles estrechas, oscuras donde hay bóvedas, o cegadoras de sol, con sus olores y hedores: alcantarillas no siempre limpias y de calles recorridas por demasiados cuadrúpedos como para estar limpias (especialmente las de segundo orden), parece estar a muchas millas de distancia.

El guardián de los Jardines debe conocer muy bien a Jesús, porque lo saluda con respeto y confidencial al mismo tiempo, y Jesús pregunta acerca de sus hijos y su esposa.

El hombre quisiera recibir en su casa a Jesús, pero el Maestro prefiere la paz fresca, silenciosa, del vasto Jardín del Rey, un verdadero parque de delicias. Y antes de que los dos incansables y fidelísimos servidores de Lázaro se marchen por la cesta de la comida, Jesús les encarga:

-Digan a sus amas que vengan. Estaremos aquí algunas horas con mi Madre y las discípulas fieles. Será muy dulce...

-¡Estás muy cansado, Maestro! Tu cara lo dice – observa Manahén.

-Sí. Tanto, que no he tenido fuerza de proseguir.

-Yo te había ofrecido estos jardines varias veces en estos días: ¡Bien sabes lo contento que estoy de poder ofrecerte paz y descanso!

-Lo sé, Manahén.

-¡Y ayer quisiste ir a ese triste lugar, de aledaños tan áridos, tan extrañamente escaso de vegetación este año, tan cercano a esa triste puerta!

-Quise dar esa satisfacción a mis apóstoles. Son niños, en el fondo; niños grandes. ¡Míralos allí cómo descansan felices...! En poquísimo tiempo olvidados de todo lo que fermenta contra Mí tras esas murallas...

-Y olvidados de que estás muy afligido... Pero no creo que haya mucho de qué alarmarse. Me parecía más peligroso el lugar otras veces.

Jesús lo mira y calla. ¡Cuántas veces veo a Jesús mirar y callar así en estos últimos días!

Luego se pone a mirar a los apóstoles y discípulos. Ellos se han quitado las prendas que cubrían sus cabezas, se han despojado de mantos y sandalias y ahora se refrescan las caras y las extremidades en los frescos arroyos. Muchos de los setenta y dos – ahora creo que en realidad son muchos más- los imitan. Y, todos unidos por la fraternidad de ideales, se echan a descansar acá o allá, un poco distantes para dejar a Jesús que descanse tranquilo.

También Manahén lo deja en la paz y se retira. Todos respetan el descanso del Maestro, cansadísimo, que ha buscado refugio bajo una tupidísima pérgola de jazmines en flor, hecha en forma de cabaña, aislada por un anillo de aguas que fluyen susurrantes por un canalillo en que se bañan hierbas y flores: un verdadero refugio de paz al que se accede por un puentecito de dos palmos de ancho y cuatro de largo, cuya barandilla es toda una guirnalda de coronas de jazmines.

Regresan los servidores, aumentados en número porque Marta ha querido asistir a todos los siervos del Señor, y refieren que las mujeres estarán allí poco después.

Jesús manda a llamar a Pedro y le dice:

-Junto con mi hermano Santiago, bendice, ofrece y distribuye como Yo hago.

-Distribuir, sí, pero bendecir no, Señor. Te corresponde a Ti ofrecer y bendecir, no a mí.

-Cuando, lejos de Mí, estabas a la cabeza de tus compañeros, ¿no lo hacías?

-Sí. Pero entonces... lo hacía por fuerza. Ahora, como Tú estás con nosotros, bendice Tú. Todo me parece mejor cuando ofreces para nosotros y distribuyes... - y el fiel Simón abraza a su Jesús, que – está cansadamente sentado en esa sombra, y baja su cabeza para apoyársela en el hombro, feliz de poderlo abrazar y besar así.

Jesús se levanta y lo complace. Va hacia los discípulos. Ofrece, bendice, reparte el alimento. Los mira mientras comen contentos, les dice:

-Después duerman, descansen mientras hay tiempo, y para que puedan velar y orar cuando necesiten hacerlo, sin que la fatiga y el cansancio carguen de sueño sus ojos y su espíritu cuando sea necesario que estén preparados y bien despiertos.

-¿No te quedas aquí con nosotros? ¿No comes?

-Déjenme descansar. Sólo esto necesito. ¡Coman! ¡Coman!

Acaricia al pasar a los que se encuentran en su camino, y vuelve a su lugar...

Dulce, suave es la llegada de la Madre al lado de su Hijo. María camina segura, porque Manahén, que ha estado vigilando en la puerta, menos cansado que los otros, le señala el lugar donde está Jesús. Las otras –todas las discípulas hebreas, y Valeria como única representante de las romanas-, están paradas un rato, en silencio para no despertar a los discípulos que duermen bajo la fresca sombra de los frondosos árboles, y que parecen ovejas recostadas en la hierba en la hora sexta.

María entra bajo la pérgola de jazmines sin hacer crujir el pequeño puente de madera, ni los guijarros del suelo, y, con más cautela aún, se acerca a su Hijo, que, vencido por el cansancio, se ha dormido (apoyada la cabeza en la mesa de piedra y con el brazo izquierdo como almohada debajo del rostro cubierto por el pelo). María se sienta, paciente, al lado de su Criatura cansada. Y lo contempla... mucho... Una sonrisa doliente y amorosa se dibuja en sus labios mientras, silenciosamente, le caen en el regazo gotas de llanto. Pero, si sus labios están cerrados y mudos, su corazón ora, con toda la fuerza que posee, y la potencia de esa oración y de su sufrimiento se percibe en la posición de sus manos, unidas sobre el regazo, apretadas, entrelazadas para que no tiemblen (aunque, a pesar de ello, las recorre un leve temblor). Manos que se desunen sólo para alejar a una mosca insistente que quiere posarse en el Durmiente y podría despertarlo.

Es la Madre que vela al Hijo. Es el último sueño que podrá velar de su Hijo. Y, si bien la cara de la Madre en este miércoles pascual es distinta de la de la Madre en la Natividad del Señor, porque el dolor la quiebra y surca, la dulce pureza amorosa de la mirada, el tembloroso esmero, son iguales que los que tenía cuando, inclinada sobre el pesebre de Belén, protegía con su amor el primer, incómodo sueño de su Criatura.

Jesús se mueve y María se enjuga rápidamente los ojos para no mostrar lágrimas a su Hijo. Pero Jesús no se ha despertado. Sólo ha cambiado la postura de la cabeza, volviéndola para la otra parte, así que María vuelve a su inmovilidad y vela.

Pero algo traspasa el corazón de María, y es que oye a su Jesús llorar en el sueño y susurrar con un bisbiseo confuso – habla con la boca apretada contra el brazo y la túnica- el nombre de Judas...

María se levanta, se acerca, se inclina hacia su Hijo, sigue ese confuso bisbiseo, con las manos apretadas contra el corazón, porque lo que dice Jesús, aunque fragmentario, no lo es tanto como para no poder seguirlo, y permite comprender que sueña una y otra vez el presente y el pasado, y luego también el futuro... hasta que con un brusco movimiento, como para huir de alguna cosa horrenda, se despierta. Mas encuentra el pecho de su Madre, los brazos de su Madre, la sonrisa de su Madre, la dulce voz de su Madre, su beso, su caricia, el leve roce de su velo sobre su rostro para enjugar lágrimas y sudor, mientras le dice:

-Estabas incómodo y soñabas... Estás sudoroso y cansado, Hijo mío.

Y le pone en orden el pelo alborotado, le seca la cara y lo besa, ciñéndolo con su brazo, apoyándolo contra su corazón, porque no puede ya recogerlo en su regazo como cuando era pequeñito.

Jesús le sonríe diciendo:

-Siempre eres la Madre, la que consuela, la que compensa todo, ¡la Madre mía!

La sienta a su lado y deja una mano desmayada en su regazo. María toma esa mano larga, tan señorial y al mismo tiempo tan fuerte, de artesano, entre sus manos pequeñas, y acaricia sus dedos y el dorso, y alisa las venas que se habían hinchado pendiendo durante el sueño. Y trata de distraer su atención a otras cosas...

-Hemos venido. Estamos aquí todas. Incluso Valeria. Las otras están en la Antonia. Las ha llamado Claudia, que, según la liberta, “está muy triste”; dice que – no sé por qué cosa- siente presagios de mucho llanto. ¡Supersticiones!... Sólo Dios conoce las cosas...

-¿Dónde están las discípulas?

-Allá, a la entrada de los jardines. Marta quería prepararte alimentos y refrescos y bebidas reconfortantes pensando en lo mucho que te cansas. Así lo ha hecho. Pero yo, mira: esto siempre te gusta, y te lo he traído. Es mi parte. Es mejor, porque es de Mamá.

Le muestra miel y una pequeña torta de pan. Extiende la miel en la torta y se la da a su Hijo diciendo:

-Como en Nazaret, cuando descansabas en la hora más tórrida y luego te despertabas sudoroso y yo venía de la gruta fresca con esta miel reconfortante...

Se corta porque le tiembla la voz.

Su Hijo la mira y dice:

-Y cuando estaba José, traías para dos comidas, y agua fresca de la tinaja porosa que habías tenido en la corriente para que estuviera más fresca, y todavía la hacían más fresca los tallitos de menta que echabas dentro. ¡Cuánta menta, allá, bajo los olivos! ¡Y cuántas abejas en las flores de la menta! Nuestra miel tenía siempre un poco el sabor de ese perfume...

Piensa... recuerda...

-Hemos visto a Alfeo, ¿sabes? José se ha retrasado porque tenía a uno de los hijos un poco enfermo. Pero mañana seguro que estará aquí con Simón. Salomé de Simón guarda nuestra casa y la de María.

-Mamá, cuando te quedes sola ¿con quién vas a estar?

-Con quien Tú digas, Hijo mío. Te obedecía antes de tenerte, Hijo. Seguiré haciéndolo después de que me dejes.

Le tiembla la voz, pero la sonrisa es heroica en los labios.

-Tú sabes obedecer. ¡Cuánto descanso estar contigo! Porque, ¿ves, Mamá?, el mundo no puede comprender, pero Yo encuentro un completo descanso con los obedientes... Sí, Dios descansa con los obedientes. Dios no se habría visto sufriendo, ni importunándose, si la desobediencia no hubiera venido al mundo. **Todo sucede porque no se obedeció.** Por eso el dolor del mundo... **Por esto nuestro dolor.**

-**Pero también nuestra paz, Jesús. Porque sabemos que nuestra obediencia consuela al Eterno.** ¡Oh, para mí en particular, qué cosa es este pensamiento! ¡Yo, criatura, puedo consolar a mi Creador!

-**¡Oh, Alegría de Dios!** ¡No sabes, oh Alegría nuestra, qué son para Nosotros estas palabras tuyas! Superan a las armonías de los celestes coros... ¡Bendita! **¡Bendita que me enseñas la última obediencia, y, con este pensamiento, me la haces tan grata de cumplir!**

-Tú no necesitas que yo te enseñe, Hijo mío. Yo todo lo he aprendido de Ti.

-Todo ha aprendido de ti Jesús de María de Nazaret, el Hombre.

-Era tu luz la que de mí salía, la Luz que eres Tú y que iba a la Luz eterna anonadada bajo figura de hombre... Me han referido los hermanos de Juana las palabras que has pronunciado. Estaban arrobados de admiración. Te has mostrado contundente con los fariseos...

-Es la hora de las supremas verdades, Mamá. Para ellos no pasan de verdades muertas, pero para los otros serán verdades vivas. Y con el amor y el rigor tengo que intentar la última batalla para arrancarlos de las garras del Mal.

-Es verdad. Me han dicho que Gamaliel, que estaba con otros en una de las salas de los corredores, ha dicho, al final, estando muchos inquietos: “Cuando uno no quiere ser censurado obra como un justo” y que después de esta observación se ha marchado.

-Me alegra que el rabí me haya oído. ¿Quién te lo ha dicho?

-Lázaro. Y a él se lo ha dicho Eleazar, que estaba en la sala con los otros. Lázaro ha venido a la hora sexta (*mediodía*), ha saludado y se ha vuelto a marchar sin prestar oídos a sus hermanas, que querían que estuviera en casa hasta la puesta del sol. Ha pedido que mandaras a Juan, o a otros, a recoger la fruta y las flores, que están ya en su punto.

-Mandaré mañana a Juan.

-Lázaro viene todos los días. Pero María se intranquiliza, porque dice que parece una aparición; sube al Templo, vuelve, da una serie de indicaciones y se marcha otra vez.

-También Lázaro sabe obedecer. Le he dicho Yo que lo haga así, porque también lo están acechando a él. Pero no se lo digas a sus hermanas. No le sucederá nada. Ahora vamos donde las discípulas.

-No te muevas. Voy a llamarlas yo. Todos los discípulos duermen...

-Los dejaremos que duerman. Por la noche duermen poco, porque los instruyo en la paz del Getsemaní.

María sale, y regresa con las mujeres, que, por lo leves que son sus pasos, se diría que han dejado los pesos. Lo saludan con profunda expresión de respeto, familiar sólo en María Cleofás.

Marta, de una bolsa grande, extrae una vasija de greda que gotea - mientras que María saca de un recipiente, también poroso, piezas de fruta fresca venida de Betania, y las pone encima de la mesa, al lado de lo que ha preparado su hermana, o sea, de una paloma asada a la llama, crujiente, apetitosa - y ruega a Jesús que coma diciendo:

-Come. Esta carne da fuerzas. Yo misma la he preparado.

Juana lo que ha traído es vinagre rosado, y explica:

-Refresca mucho en estos primeros calores. Lo bebe también mi marido cuando se cansa durante las largas cabalgadas.

-Nosotras no tenemos nada - presentan excusas María Salomé, María Cleofás, Susana y Elisa. Y, a su vez, Nique y Valeria:

-Tampoco nosotras. No sabíamos que debíamos venir.

-**Me han dado todo su corazón. Me es suficiente.** Y todavía me darán más...

Jesús come. Pero, sobre todo, bebe el agua fresca melada (*con miel*) que Marta le vierte de la vasija porosa, y la fruta fresca, que son alivio para el Fatigado.

Las discípulas no hablan mucho. Lo miran mientras come. En sus ojos hay amor y congoja. Y, de improviso, Elisa se echa a llorar, y se justifica diciendo:

-No sé. Tengo el corazón cargado de tristeza...

-Todas lo tenemos. Incluso Claudia en su palacio... - dice Valeria.

-Yo quisiera que fuera ya Pentecostés - susurra Salomé.

-Yo, sin embargo, quisiera detener en esta hora el tiempo - dice María Magdalena.

-Serías egoísta, María - le responde Jesús.

-¿Por qué, Rabbuní?

- Porque querías para ti sola la alegría de tu redención. Son millares y millones de seres los que esperan esta hora; o los que por esta hora serán redimidos.

-Es verdad. No pensaba en eso... - agacha la cabeza mordiéndose los labios para que no se vean las lágrimas de sus ojos y el temblor de sus labios. Pero sigue siendo la fuerte luchadora, y dice:

-Si vienes mañana, podrás ponerte la túnica que me has encargado. Es una túnica fresca y limpia, digna de la cena pascual.

-Vendré... ¿No tienen nada que decirme? Están mudas y afligidas. ¿Ya no soy Jesús?... sonrío con gesto invitante a las mujeres.

-¡Claro que eres Tú! ¡Pero tan grande en estos días, que ya no sé verte como el niño que llevé en mis brazos! – exclama María de Alfeo (o Cleofás).

-Y yo como el rabí sencillo que entraba en mi cocina buscando a Juan y Santiago –dice Salomé.

-¡Yo siempre te he conocido así: Rey del alma mía! – proclama María Magdalena

Y Juana, mansa y dulce:

-Yo también: divino, desde aquel sueño en que, cuando agonizaba, te me apareciste para llamarme a la vida.

-Todo nos has dado, Señor. ¡Todo! – suspira Elisa, que se ha calmado ya.

-Y todo me han dado.

-¡Demasiado poco! – dicen todas.

-No termina el dar, después de este momento. Terminará solamente cuando estén Conmigo en mi Reino. Mis discípulas fieles. No se sentarán en los doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel, pero cantarán el hosanna junto con los ángeles, haciendo coro de honor a mi Madre, y entonces, como ahora, el corazón de Cristo hallará su gozo contemplándolas.

-¡Yo soy joven! Queda largo tiempo hasta que suba a tu Reino. ¡Dichosa Analía!- dice Susana.

-Yo soy vieja, y estoy contenta de serlo. Espero que pronto llegue la muerte – dice Elisa.

-Yo tengo hijos... ¡Quisiera servir a estos siervos de Dios!...- suspira María Cleofás.

-¡No te olvides de nosotras! – dice la Magdalena, con ansia contenida, yo diría: con un grito de alma (y es que su voz, mantenida baja para no despertar a los que duermen, vibra de fuerza más que un grito).

-No me olvidaré de ustedes. Vendré. Tú, Juana, sabes que puedo venir aunque esté muy lejano... Las otras lo deben creer. Y les dejaré una cosa... un misterio que me tendrá a Mí en ustedes y a ustedes en Mí (*La Eucaristía*), hasta que estemos reunidos, Yo y ustedes, en el Reino de Dios. Ahora márchense. Dirán que les he dicho poco, que casi era inútil el hacerlas venir para tan poco. Pero deseaba tener Conmigo corazones que me han amado sin sopesar nada. Por Mí, por Mí: Jesús; no por el futuro, soñado Rey de Israel. Váyanse. Una vez más, benditas sean. También las otras, que no están aquí pero que piensan en Mí con amor: Ana, Mirta, Anastática, Noemí, y Síntica lejana, y Fotinai, y Áglae y Sara, Marcela, las hijas de Felipe, Miriam de Jairo, las vírgenes, las redimidas, las esposas, las madres que a Mí han venido, que han sido hermanas para Mí, y madres; mejores, ioh, mucho mejores que los hombres!, incluso que los mejores hombres!... ¡Todas, todas! Yo las bendigo a todas. La gracia empieza ya a descender, la gracia y el perdón, sobre la mujer, por esta bendición mía. Márchense...

Se despide de ellas, pero retiene un momento a su Madre:

-Antes de que anochezca estaré en el palacio de Lázaro. Necesito verte todavía. Y vendrá Juan Conmigo. Pero deseo que estén sólo tú, Madre, y las otras Marías, Marta y Susana. Estoy muy cansado...

-Estaremos sólo nosotras. Adiós, Hijo...

Se besan. Se separan... María se marcha lentamente. Se vuelve antes de salir, se vuelve antes de dejar el puentecito, se vuelve más veces, mientras puede ver a Jesús... Parece no poder alejarse de Él...

Y Jesús está de nuevo solo. Se levanta, sale. Va a llamar a Juan, que duerme boca abajo entre las flores, como un niño, y le da la vasija del vinagre rosado que le ha traído Juana. Le dice:

-Al atardecer vamos donde mi Madre. Pero nosotros dos solos.

-Comprendo. ¿Han venido?

-Sí. He preferido no despertarlos.

-Has hecho bien, porque así tu alegría habrá sido mayor. Ellas saben amarte mejor que nosotros... - dice Juan desconsolado.

-Ven Conmigo.

Juan lo sigue.

-¿Qué te pasa? – le pregunta Jesús cuando de nuevo están en la penumbra verde de la pérgola donde todavía hay restos de comida.

-Maestro, somos muy malos. Todos. No hay obediencia entre nosotros... y no hay deseo de estar Contigo. Incluso Pedro y Simón se han marchado, no sé a dónde. Y Judas ha encontrado en esto la ocasión para discutir.

-¿Se ha marchado también Judas?

-No, Señor, no se ha marchado. Dice que no lo necesita, que él no tiene cómplices en los manejos que hacemos para tratar de obtener protección para Ti. ¡Pero, si yo he ido a casa de Anás y si otros han ido a ver a los galileos que residen aquí, no ha sido con mal fin!... Y no creo que Simón de Jonás y Simón Zelote sean hombres de manejos rastreros...

-No pienses en ello. Efectivamente, Judas no necesita ausentarse mientras ustedes descansan. Él sabe cuándo y a dónde ir para cumplir todo lo que debe hacer.

-¿Y entonces por qué habla así? ¡No es una cosa agradable, delante de los discípulos!

-No lo es, pero es así. Tranquilízate, cordero mío.

-¿Yo, cordero tuyo? ¡Sólo Tú eres Cordero!

-Sí, tú. Yo, Cordero de Dios; tú, cordero del Cordero de Dios.

-¡¡¡Oh, otra vez!!! Era en los primeros días de estar Contigo. Tú me dijiste estas mismas palabras. Estábamos los dos solos, como ahora, entre el verdor de las plantas, como ahora, y en primavera – Juan está todo contento por este recuerdo que vuelve. Y susurra:

-Sigo siendo, todavía lo soy, el cordero del Cordero de Dios...

Jesús lo acaricia, y le ofrece parte de la paloma asada que ha quedado encima de la mesa en una hoja de pergamino en que estaba envuelta. Luego le abre unos higos jugosos y se los ofrece, alegre de verlo comer.

Jesús se ha sentado oblicuamente en un lado de la mesa y mira a Juan con una intensidad que éste le pregunta:

-¿Por qué me miras así? ¿Porque como, como un glotón?

-No. Porque eres como un niño... ¡Oh, mi predilecto! ¡Cómo te quiero por tu corazón! – y Jesús se inclina a besar al apóstol en el rubio pelo y le dice:

-Permanece así, siempre así, con ese corazón tuyo que no tiene orgullo ni rencores. Así, incluso durante los momentos de la saña desatada. No imites a los que pecan, niño.

Juan se ha recuperado de su sinsabor. Ahora dice:

-Pero no puedo creer que Simón y Pedro...

-Verdaderamente te equivocarías, si los creyeras pecadores. Bebe. Está buena y fresca esta bebida. La ha preparado Marta... Ahora estás repuesto. Estoy seguro de que no habías terminado tu comida...

-Es verdad. Me había venido el llanto. Porque, mientras sea el mundo el que se odie, se comprende, pero que uno de nosotros insinúe...

-No pienses más en eso. Yo y tú sabemos que Simón y el Zelote son dos hombres honestos. Y es suficiente. Y, por desgracia, tú sabes que Judas es pecador. Pero guarda silencio. Cuando pasen muchos, muchos lustros, y sea oportuno referir toda la grandeza de mi dolor, entonces dirás también lo que sufrí por las acciones de ese hombre, y por las acciones de ese apóstol. Vamos. Es hora de dejar este lugar para ir hacia el campo de los galileos y...

-¿Vamos a pasar también esta noche allí? ¿Y vamos a ir antes al Getsemaní? Judas quería saberlo. Dice que está cansado de estar al sereno y con poco e incómodo descanso.

-Pronto terminará. Pero no manifestaré a Judas mis intenciones...

-No estás obligado. Eres Tú el que debe guiarnos a nosotros y no nosotros a Ti.

La traición queda tan lejos de Juan, que ni siquiera comprende la razón de prudencia por la que Jesús desde hace unos días no dice nunca lo que planea hacer.

Y ahí están, entre los que duermen. Los llaman. Se despiertan. También Manahén, el cual, terminada su tarea, se excusa ante el Maestro por no poder quedarse, y por no poder tampoco al día siguiente estar con Él en el Templo porque tiene que quedarse en el palacio. Y, diciendo esto, mira fijamente a Pedro y Simón, que, mientras, han regresado, y Pedro hace un gesto rápido con la cabeza como para decir: “Comprendido”.

Salen de los jardines. Todavía hace calor. Todavía hace sol. Pero ya la brisa del atardecer templará el calor e impulsa alguna nubecilla en el cielo terso. Se encaminan hacia arriba por Siloán, evitando los lugares de los leprosos a los que va Simón Zelote para llevarles- a los pocos que quedan, que no han sabido creer en Jesús – lo que ha sobrado de su comida.

Matías, el ex pastor, se acerca a Jesús y pregunta:

-Señor y Maestro mío, he pensado mucho, junto con los compañeros, en tus palabras, hasta que nos ha vencido el cansancio, y nos hemos dormido antes de poder resolver la pregunta que nos habíamos hecho. Ahora somos más ignorantes que antes. Si hemos comprendido bien los discursos de estos días, has predicho que muchas cosas cambiarán, aunque la Ley permanezca inalterada, y

que se deberá edificar un nuevo Templo, con nuevos profetas, sabios y escribas, contra el que se presentará batalla, y que no sucumbirá, mientras que éste – si no he entendido mal – parece destinado a sucumbir.

-Está destinado a sucumbir. Recuerda la profecía de Daniel (*Daniel 9, 20 -27*) (“...será muerto un ungido. Y será destruida la ciudad y el Templo”).

-Pero nosotros, que somos pobres y pocos, ¿cómo podremos edificarlo de nuevo, si no sin esfuerzo los reyes lograron edificar éste? ¿Dónde vamos a construirlo? Aquí no, porque dices que este lugar va a quedarse desierto hasta que no te bendigan como a un enviado de Dios.

-Así es.

-En tu Reino, no. Estamos convencidos de que tu Reino es espiritual. Y, entonces, ¿cómo, dónde lo estableceremos? Ayer dijiste que el verdadero Templo - ¿y no es ése el verdadero Templo?-, que el verdadero Templo, cuando crean haberlo destruido, subirá triunfante a la verdadera Jerusalén? Hay mucha confusión en nosotros.

-Así es. Destruyan si quieren los enemigos el verdadero Templo (*Su Cuerpo*), que Yo en tres días lo alzaré de nuevo, y, subiendo a donde el hombre no puede dañarlo, ya no conocerá insidias.

Respecto al Reino de Dios, está en ustedes y dondequiera que haya hombres que crean en Mí. Diseminado por ahora, sucediéndose sobre la Tierra durante los siglos; eterno luego, unido, perfecto, en el Cielo. En el Reino de Dios será edificado el nuevo Templo, o sea, donde hay espíritus que aceptan mi doctrina, la doctrina del Reino de Dios, y practican sus preceptos.

¿Cómo será edificado, si son pobres y pocos? En verdad, no hace falta ni dinero ni poder para construir el edificio de la nueva morada de Dios, individual o colectiva. El Reino de Dios está en ustedes. Y la unión de todos aquellos que tengan en sí el Reino de Dios, de todos los que tengan a Dios en ellos – Dios, la Gracia; Dios, la Vida; Dios, la Luz; Dios, la Caridad – constituirá el gran Reino de Dios en la Tierra, la nueva Jerusalén que llegará a expandirse por todos los confines del mundo, y que, completa y perfecta, sin imperfecciones y sombras, vivirá eterna en el Cielo.

¿Cómo edificarán el Templo y la ciudad? No serán ustedes, sino Dios, el que edificará estos lugares nuevos. Lo que tendrán que hacer será solamente darle su buena voluntad. Buena voluntad y permanecer en Mí. Vivir mi doctrina es buena voluntad. Estar unidos es la buena voluntad. Unidos a Mí hasta formar un solo cuerpo, nutrido por una única savia en cada una de sus partes individuales, más pequeñas o más grandes. Un único edificio sostenido por una única base y mantenido en su unión por una mística cohesión. Pero, dado que sin la ayuda del Padre – al cual les he enseñado a orar y al cual Yo oraré por ustedes antes de morir- , no podrían estar en la Caridad, en la Verdad, en la Vida, o sea, en Mí y Conmigo en Dios Padre y en Dios Amor (porque somos una única Divinidad), por esto les digo que tenham a Dios en ustedes para poder ser el Templo que no conocerá fin. Por ustedes mismos no podrían hacerlo. Si Dios no edifica – y no puede edificar donde no puede hacer morada – inútilmente los hombres dan en edificar y reedificar.

El Templo nuevo, mi Iglesia, surgirá solamente cuando su corazón aloje a Dios y Él, con ustedes, piedras vivas, edifique su Iglesia.

-¿Pero no dijiste que Simón de Jonás es la Cabeza, la Piedra, sobre la cual se habrá de edificar tu Iglesia? ¿Y no has dado a entender, también, que Tú eres su piedra angular? ¿Entonces quién es la Cabeza? ¿Existe o no existe esta Iglesia? -interrumpe Judas Iscariote.

-Yo soy la Cabeza mística. Pedro es la cabeza visible. Porque Yo regreso al Padre dejándoles la Vida, la Luz, la Gracia, por mi Palabra, mis padecimientos, por el Paráclito (*Defensor, el que interviene para ayudar*), que será amigo de los que me fueron fieles. Yo soy una única cosa con mi Iglesia, mi Cuerpo espiritual del que soy la Cabeza.

La cabeza contiene el cerebro o mente. La mente es sede del saber, el cerebro es el que dirige los movimientos de los miembros con sus órdenes inmateriales, que son más válidos para poner en movimiento a los miembros que cualquier otro estímulo. Observen un muerto, en el cual está muerto el cerebro. ¿Tiene acaso ya movimiento en sus miembros? Observen a uno completamente subnormal. ¿No está, acaso, inerte, hasta el punto de no saber tener esos rudimentarios movimientos instintivos que el animal más inferior, el gusano que al pasar aplastamos, tiene? Observen a uno en que la parálisis haya quebrado el contacto de los miembros –uno o más- con el cerebro. ¿Acaso tiene movimiento en aquella parte que ya no tiene vínculo vital con la cabeza?

Pero, si la mente dirige con sus inmateriales órdenes, son los otros órganos: ojos, oídos, lengua, nariz, piel, los que comunican las sensaciones a la mente, y son las otras partes del cuerpo las que ejecutan y hacen ejecutar aquello que la mente, advertida por los órganos –materiales y visibles ellos, invisible el intelecto- ordena. ¿Podría Yo, sin decirles “síéntense”, obtener que se sentaran en esta ladera? Aunque pensara que quiero que se sienten, no lo sabrían hasta que no tradujera mi pensamiento en palabras; y éstas las digo usando lengua y labios. ¿Podría Yo mismo sentarme, si lo pensara por el simple hecho de que siento el cansancio de las piernas, si éstas se negaran a doblarse

y, así, sentarme Yo? La mente tiene necesidad de los órganos y miembros para cumplir y hacer cumplir las operaciones que el pensamiento piensa.

De la misma manera, en el cuerpo espiritual que es mi Iglesia, Yo seré el Intelecto, o sea, la Cabeza, sede del intelecto. Pedro y sus colaboradores serán los que observen las reacciones y perciban las sensaciones y las transmitan a la mente para que ella ilumine y ordene lo que debe hacerse para el bien de todo el cuerpo, y luego, iluminados y dirigidos por mi orden, hablen y guíen a las otras partes del cuerpo. La mano que rechaza el objeto que puede herir el cuerpo, o aleja aquello que, corrompido, puede corromper, el pie que salva el obstáculo sin chocarse y caer y herirse, han recibido orden de hacerlo de la parte que dirige. El niño, y también el hombre, que se han salvado de un peligro o que, por un consejo recibido, por una palabra dicha, obtienen un beneficio de cualquier especie (instrucción, negocios buenos, matrimonio, buena alianza), es por ese consejo y esa palabra por lo que o no sufren un daño o ganan un bien. Pues lo mismo sucederá en mi Iglesia. La cabeza y los que son cabeza, guiados por el divino Pensamiento e iluminados por la divina Luz e instruídos por la eterna Palabra, darán las órdenes y los consejos, y los miembros lo harán, recibiendo espiritual salud y espiritual beneficio.

Mi Iglesia ya existe, porque ya posee su Cabeza sobrenatural y su Cabeza divina, y tiene sus miembros: los discípulos. Pequeña todavía: semilla que se está formando; perfecta sólo en la Cabeza que la dirige, imperfecta en el resto, que necesita el toque de Dios para ser perfecta, y tiempo para crecer. Pero, en verdad les digo que ya existe, y que es santa por Aquel que constituye su Cabeza y por la buena voluntad de los justos que la componen. Santa e invencible. Contra ella arremeterá, una y mil veces, y con mil formas de batalla, el infierno compuesto de demonios y hombres-demonios. Pero éstos no prevalecerán. El edificio será indestructible.

Pero el edificio no está hecho de una sola piedra. Observen el Templo allí, grande, hermoso, bajo el sol que declina. ¿Acaso está hecho de una sola piedra? Es un complejo de piedras que forman un único, armónico todo. Se dice: el Templo, esto es, una unidad. Pero esta unidad está hecha de las muchas piedras que la han constituido y formado. Inútil habría sido echar los cimientos, si éstos no hubieran debido luego sujetar las paredes y sostener el techo, si sobre ellos no hubiera que haber debido levantar las paredes. E imposible habría sido levantar las paredes y sostener el techo si antes no se hubieran hecho los cimientos fuertes, proporcionados a una mole tan grande. Así con esta dependencia de las distintas partes, una de la otra, surgirá el Templo nuevo. Durante el transcurso de los siglos, lo edificarán sobre la base de los cimientos que Yo le he dado, perfectos, para su gran mole. Lo edificarán con la dirección de Dios, con la bondad de las cosas usadas para construirlo: espíritus en que Dios inhabita.

Dios en sus corazones, para hacer de ellos piedras pulidas y sin fisuras para el Templo nuevo. Su Reino establecido con sus leyes en sus espíritus. Si no, serían ladrillos mal cocidos, madera carcomida, piedras toscas y quebradizas, no resistentes y que el constructor, si es juicioso, rechaza; o que fallan, ceden, provocando la caída de una parte, si el constructor, los constructores puestos por el Padre para dirigir la construcción del Templo, son constructores ídolos que se pavonean en la propia gloria sin velar y trabajar por la construcción que se lleva a cabo y los materiales usados para hacerla. Constructores ídolos, tutores ídolos, guardianes ídolos. ¡Ladrones! Ladrones de la confianza de Dios, de la estima de los hombres. Ladrones, orgullosos, que se complacen en el modo de obtener ganancia y de tener un voluminoso montón de materiales, y no observan si éstos son buenos o de mala calidad, causa de destrucción.

Ustedes, nuevos sacerdotes y escribas del nuevo Templo, escuchen: ¡Ay de ustedes, y de quienes después de ustedes, se hagan ídolo y no velen y vigilen en orden a sí mismo y a los demás, los fieles, para observar, probar la calidad de las piedras y de la madera, sin fiarse de las apariencias, y causen destrucción dejando que los materiales de mala calidad, o incluso negativos, se dejen usar para el Templo, escandalizando y provocando destrucción! ¡Ay de ustedes, si dejan que se creen hendiduras, y que se construyan paredes inseguras, torcidas, que puedan fácilmente derrumbarse al no estar equilibradas sobre bases sólidas y perfectas! El desastre no vendrá de Dios, Fundador de la Iglesia, sino de ustedes, y serían responsables ante el Señor y ante los hombres.

¡Diligencia, observación, discernimiento, prudencia! La piedra o el ladrillo o la viga débiles, que en una pared maestra comportarían derrumbamientos, pueden servir para partes de menor importancia, y servir bien. Así deben saber elegir. Con caridad, para no provocar el desagrado de las partes débiles; con firmeza, para no provocar el desagrado de Dios ni la ruina de su Edificio. Y si se dan cuenta de que una piedra, ya puesta para soporte de un ángulo maestro, no es buena o no está equilibrada, sean valientes, audaces, y sepan quitarla de ese lugar. Mortifiquenla escuadrándola con el cincel de un santo celo. Si grita de dolor, no importa; los bendecirá por siempre, porque la habrán salvado. Cámbienla de lugar, pónganla a desarrollar otra tarea. No tengan miedo ni siquiera de

prescindir totalmente de ella, si ven que es causa de escándalo y destrucción, rebelde al trabajo de ustedes. Es mejor pocas piedras que mucho lastre.

No tengan prisa. **Dios no tiene nunca prisa**, sino que lo que crea es eterno porque está bien sopesado antes de llevarlo a cabo. Si no es eterno, dura tanto cuanto los siglos todos. Observen el Universo. Desde hace siglos, desde hace millares de siglos, es como Dios lo hizo con sucesivos actos. Imiten al Señor. Sean perfectos como el Padre de ustedes. Tengan su Ley en ustedes, su Reino en ustedes. Y no fracasarán.

Pero si no fueran así, se derrumbaría el edificio; vano habría sido el esfuerzo de ustedes para levantarlo. Se vendría abajo, de forma que quedaría de él solamente la piedra angular, los cimientos... ¡Lo mismo que le sucederá a ese edificio! En verdad les digo que le sucederá eso. Y **lo mismo le sucederá al de ustedes, si meten en él** lo que hay en éste: las partes enfermas de **orgullo, de ambición, de pecado, de lujuria**. De la misma forma que por un soplo del viento se ha deshecho ese dosel de nubes que parecía posado, tan sugestivamente bello, en la cima de aquel monte, **se vendrán abajo**, con un soplo de viento de **castigo sobrenatural y humano**, los edificios que de santo no tengan más que el nombre...

Jesús calla pensativo. Cuando toma de nuevo la palabra es para ordenar:

-Sentémonos aquí a descansar un poco.

Se sientan en una ladera del monte de los Olivos, teniendo enfrente el Templo, al que besa el sol poniente. Jesús mira fijamente a ese lugar, con tristeza; los otros, con orgullo por su belleza, pero es un orgullo velado por la pena que han originado las palabras del Maestro. ¿Y si realmente esa belleza hubiera de desaparecer?

Pedro y Juan hablan entre sí y luego susurran algo a Santiago de Alfeo, que está a su lado, y éstos asienten con la cabeza. Entonces Pedro se dirige al Maestro y le dice:

-Ven aparte y explícanos cuándo se cumplirá tu profecía sobre la destrucción del Templo. Daniel habla de ello. Lo que pasa es que si fuera como él dice y como Tú dices, pocas horas tendría ya de vida el Templo. Pero no vemos ni ejércitos ni preparativos de guerra. ¿Cómo sucederá, entonces, esto? ¿Cuál será la señal? Tú has venido. Dices que estás para marcharte. Y, sin embargo, se sabe que eso se cumplirá estando Tú entre los hombres. ¿Es que vas a volver? ¿Cuándo este regreso tuyo? Explícanoslo para que podamos saberlo...

-No hace falta ir aparte. ¿Ves? Aquí están los discípulos más fieles, los que a los doce les servirán de gran ayuda. Pueden oír las palabras que les digo a ustedes. ¡Acérquense todos! -grita al final, para reunirlos a todos.

Los discípulos, que estaban diseminados por la ladera, se acercan, forman un grupo compacto, ceñido en torno al grupo principal formado por Jesús y los apóstoles, y escuchan:

-Estén atentos a que nadie los seduzca en el futuro. Yo soy el Cristo y no habrá otros Cristos. Por tanto, cuando muchos vengán a decirles: “yo soy el Cristo” y seduzcan a muchos, no crean en esas palabras, aunque vinieran acompañadas de prodigios. Satanás, padre de la mentira y protector de los embusteros, ayuda a sus siervos y secuaces con falsos prodigios, que, de todas formas, pueden ser identificados como no buenos porque siempre están acompañados de miedo, turbación y mentira. **Ustedes conocen los prodigios de Dios: dan santa paz, alegría, salud, fe; conducen a deseos y obras santas.** Los otros, no. Por tanto, reflexionen sobre la forma y las consecuencias de los prodigios que podrán ver en el futuro obrados por falsos Cristos y por todos aquellos que se vistan con el manto de salvadores de los pueblos, cuando en realidad serán las fieras que causarán la destrucción de éstos.

Oirán y verán, también, hablar de guerras y rumores de guerra y les dirán: “Son las señales del final”. No se turben. No será el final. Todo esto debe suceder antes del final, pero todavía no será el fin. Se levantará pueblo contra pueblo, reino contra reino, nación contra nación, continente contra continente, y después habrá pestilencias, carestías, terremotos en muchos lugares. Pero esto será sólo el principio de los dolores. Entonces los arrojarán a la tribulación y los matarán, acusándolos de ser los culpables de su sufrimiento y con la esperanza de que persiguiendo y destruyendo a mis siervos se acabará su sufrimiento.

Los hombres siempre acusan a los inocentes de ser causa del mal que ellos, pecadores, se crean. Acusan al mismo Dios, perfecta Inocencia y Bondad suprema, de ser causa de su sufrimiento; y lo mismo harán con ustedes, y serán odiados por causa de mi Nombre. Es Satanás quien los azuza. Y muchos se escandalizarán y se traicionarán y odiarán recíprocamente. Es también Satanás quien los azuza. Y surgirán falsos profetas que inducirán a muchos al error. Y también será Satanás el autor de tanto mal. Por el progreso de la iniquidad, en muchos se enfriará la caridad. Pero el que persevere hasta el final se salvará. Y antes es necesario que este Evangelio del Reino de Dios sea predicado en todo el mundo, testimonio para todas las naciones. Entonces vendrá el final. Regreso de Israel, que acogerá a Cristo; predicación de mi Doctrina en todo el mundo.

Y luego otra señal. Una señal para el final del Templo y el fin del Mundo. Cuando vean la abominación de la desolación predicha por Daniel – el que me escucha entienda bien, y quien lea al profeta sepa leer entre las palabras-, entonces el que esté en Judea huya a los montes, el que esté en la terraza no baje a tomar lo que tiene en casa, y el que esté en su campo no regrese a casa a tomar el manto; antes bien, huya, sin volverse para atrás, no vaya a sucederle que ya no pueda huir; y que ni siquiera se vuelva a mirar mientras huye, para no conservar en el corazón el horrendo espectáculo y no vaya a enloquecer por causa de ello. ¡Ay de las que estén encintas y de las que amamenten en aquellos días! ¡Ay si la fuga se debiera hacer en sábado! No sería suficiente la fuga para salvarse sin pecar. Rueguen, pues, para que esto no suceda ni en invierno ni en sábado, porque la tribulación de esos momentos será tan grande como nunca la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá nunca como ella porque será el final. Si no fueran abreviados esos días en consideración de los elegidos, ninguno se salvaría, porque los hombres-satanás se aliarán con el infierno para atormentar a los hombres.

Y también entonces, para corromper y apartar del camino recto a aquellos que permanezcan fieles al Señor, surgirán quienes digan: “El Cristo está ahí, el Cristo está aquí. Está en aquel lugar. Ahí lo tienen”. No lo crean. Que ninguno crea porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán prodigios y portentos capaces de inducir al error, si ello fuera posible, hasta a los propios elegidos, y expresarán doctrinas aparentemente tan consoladoras y buenas que podrían seducir incluso a los mejores, si con ellos no estuviera el Espíritu de Dios, que los iluminará acerca de la verdad y el origen satánico de tales prodigios y doctrinas. Yo se los digo. Yo les predico esto para que puedan obrar en consecuencia. Pero no teman caer. Si están en el Señor, no serán arrastrados a la tentación y a la destrucción. Recuerden lo que les dije: “Les he dado el poder de andar sobre serpientes y escorpiones, y de todo el poder del Enemigo nada les causará daño, porque todo estará sujeto a ustedes”. Pero también les recuerdo que para obtener esto deben tener a Dios en ustedes, y deben alegrarse no porque dominen las potencias del Mal y los venenos, sino porque sus nombres están escritos en el Cielo.

Permanezcan en el Señor y en su verdad. Yo soy la Verdad y enseño la Verdad. Por tanto, les repito una vez más: les digan lo que les digan acerca de Mí, no lo crean. Yo he dicho sólo la Verdad. Yo les digo sólo que Cristo vendrá, pero cuando llegue el fin. Por tanto, si les dicen: “Está en el desierto”, no vayan. Si les dicen: “Está en aquella casa”, no hagan caso. Porque el Hijo del hombre en su segunda venida será semejante al relámpago que sale de levante y zigzaguea hasta poniente en menos tiempo que se parpadea. Y cruzará el gran Cuerpo (*la Tierra, el Mundo*), súbitamente transformado en Cadáver, seguido de sus refulgentes ángeles, y juzgará. Donde esté el cuerpo se reunirán las águilas. Inmediatamente después, pasada la tribulación de esos días últimos de que les he hablado – hablo del final de los tiempos y del mundo, y de la resurrección de los huesos, que son cosas de que hablan los profetas (*Ezequiel 37, 1 -14*)-, se oscurecerá el Sol, la Luna dejará de dar luz, las estrellas del cielo caerán como granos de un racimo demasiado maduro sacudido por un viento tempestuoso, y las potencias de los Cielos temblarán.

Entonces en el firmamento oscurecido aparecerá refulgente el signo del Hijo del hombre. Entonces llorarán todas las naciones de la Tierra, y los hombres verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y gloria. Él dará órdenes a sus ángeles para que cosechen y vendimien, y para que separen la cizaña y el trigo, y que echen las uvas en el lagar, porque habrá llegado el tiempo de la gran recolección de la semilla de Adán, y ya no habrá necesidad de guardar ni racimo ni semilla porque para nunca más habrá perpetuación de la especie humana en la Tierra muerta. Y mandará a sus ángeles que con gran sonido de trompetas reúnan a los elegidos, desde los cuatro vientos, desde una extremidad a la otra de los cielos, para que se pongan al lado del Juez divino y juzgar con Él a los últimos vivos y a los resucitados.

Aprendan de la higuera la parábola: cuando ven que sus ramas se ponen tiernas y echa las hojas, saben que el verano está cercano; de la misma manera, cuando vean todas estas cosas, sepan que Cristo está para llegar. En verdad les digo: no pasará esta generación que no me ha querido sin que todo esto suceda.

Mi palabra no cae. Lo que digo se cumplirá. El corazón y el pensamiento de los hombres pueden cambiar, pero no cambia mi palabra. **El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.** Y por lo que respecta al día y a la hora precisa, nadie los conoce, ni siquiera los ángeles del Señor; solamente el Padre.

En la venida del Hijo del hombre, sucederá como en tiempos de Noé. En los días que precedieron al Diluvio, los hombres comían, bebían, se casaban, y establecían sus moradas, sin preocuparse de la señal (*Génesis 6, 13 -22*), hasta el día en que Noé entró en el arca y se abrieron las cataratas de los cielos y el Diluvio sumergió a todos los seres vivos y todas las cosas. Lo mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre. Dos hombres estarán juntos en el campo, uno será tomado y el otro dejado,

dos mujeres estarán ocupadas en mover la rueda de molino, una será tomada y la otra dejada: por los enemigos de la Patria, y más aún por los ángeles, que separarán de la cizaña la buena semilla; y no tendrán tiempo para prepararse para el juicio de Cristo.

Velen, pues, porque no saben a qué hora vendrá su Señor. Piensen en ésto: si el jefe de la familia supiera a qué hora viene el ladrón, vigilaría y no dejaría depredar su casa. Así pues, velen y oren, estando siempre preparados a la venida, sin que sus corazones caigan en un torpor (*falta de reacción a los estímulos exteriores*) por toda suerte de abusos e intemperancia (*excesos*), y sus espíritus se distraigan y se hagan insensibles para las cosas del Cielo por las excesivas atenciones a las cosas de la Tierra, y no los sorprenda de improviso el lazo de la muerte no estando preparados. Porque, recuérdelo: todos deben morir. Todos los hombres que han nacido deben morir. Y esta muerte y el subsiguiente juicio son una venida individual de Cristo, que se verá repetida universalmente cuando venga solemnemente el Hijo del hombre.

¿Cuál será la ventura de aquel siervo fiel y prudente, encargado por su señor de distribuir el alimento a los domésticos en su ausencia? Dichosa ventura tendrá, si su señor, al volver de improviso, lo encuentra haciendo con diligencia, justicia y amor lo que debe. En verdad les digo que le dirá: “Ven, siervo bueno y fiel. Has merecido mi premio. Ten: administra todos mis bienes”. Mas, si parecía bueno y fiel, pero no lo era y en su interior era malo como hacia fuera hipócrita, y una vez que hubo partido su señor dijo en su corazón: “¡Mi señor tardará en volver! Dedicuémonos a la buena vida”, y empezó a golpear y maltratar a sus compañeros de servicio y a sacar ganancia en perjuicio de la comida de éstos y de todas las otras cosas para tener más dinero que consumir con los crapulosos (*viciosos*) y borrachos, ¿qué sucederá? Sucederá que el señor volverá de improviso, cuando el siervo no crea que esté cerca, y será descubierto su obrar injusto, le serán arrebatados puesto y dinero y será arrojado a donde la justicia exige, y allí se quedará.

Y lo mismo respecto al pecador impenitente que no piensa en que la muerte puede estar cercana, y cercano su juicio, y goza diciendo: “Más adelante me arrepentiré”. En verdad les digo que no tendrá tiempo de hacerlo y será condenado a estar eternamente en el lugar del tremendo horror donde sólo hay blasfemia y llanto y tortura, y saldrá de él sólo para **el Juicio final**, cuando se revestirá de la carne resucitada para presentarse completo al Juicio último, como completo pecó en el tiempo de la vida terrena, y con cuerpo y alma se presentará ante el Juez Jesús, a quien no quiso por Salvador.

(El Juicio Final. Mateo 25. 31-46)

Todos allí, reunidos ante el Hijo del hombre. Una multitud infinita de cuerpos restituidos por la tierra y por el mar y recompuestos tras haber sido ceniza durante mucho tiempo. Y los espíritus en los cuerpos. A cada carne, ya de nuevo en los esqueletos, le corresponderá su propio espíritu, el que en su tiempo la animó. Y estarán en pie ante el Hijo del hombre, espléndido en su majestad divina, sentado en el trono de su gloria sostenido por sus ángeles.

Y Él separará a unos hombres de otros poniendo en una parte a los buenos y en la otra a los malos, como un pastor separa ovejas y cabritos, y pondrá a sus ovejas a la derecha y a los cabros a la izquierda. Y dirá, con dulce voz y benigno aspecto, a aquellos que - pacíficos y hermosos, con la belleza gloriosa de su cuerpo santo esplendoroso - lo mirarán con todo el amor de su corazón: “Vengan, benditos de mi Padre, tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde el origen del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, anduve peregrino y me hospedaron, estuve desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, prisionero y vinieron a consolarme”.

Y los justos le preguntarán: “¿Pero cuándo, Señor, te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te recibimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo y prisionero y fuimos a visitarte?”.

Y el Rey de los reyes les dirá: “En verdad les digo que cuando hicieron una de estas cosas con uno de éstos, los más pequeños de mis hermanos, lo hicieron Conmigo”.

Y luego se volverá a los que estén a su izquierda y les dirá, con rostro severo –sus miradas serán como flechas fulminadoras para los réprobos y en su voz resonará como un trueno la ira de Dios- : “¡Fuera de aquí! ¡Lejos de Mí, malditos! ¡Al fuego eterno preparado por el furor de Dios para el demonio y los ángeles tenebrosos, y para los que de ellos han escuchado las voces de lujuria triple y obscena. Yo tuve hambre y no me dieron de comer; sed, y no me dieron de beber; estuve desnudo y no me vistieron; fui peregrino y me rechazaron; estuve enfermo y encarcelado y no me visitaron. Porque tenían una sola ley: el placer de su yo”.

Y ellos dirán: “¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, peregrino, enfermo, prisionero? En verdad, no te conocimos; no vivíamos cuando estabas en la Tierra”.

Y él les responderá: “Es verdad. No me conocieron. Porque no vivían cuando Yo estaba en la Tierra. Pero conocieron mi Palabra y tuvieron a pobres entre ustedes, a hambrientos, a sedientos, a desnudos, enfermos, prisioneros. ¿Por qué no les hicieron a ellos lo que quizás me hubieran hecho a Mí? Porque, ciertamente, no se puede decir que los que me tuvieron fueran misericordiosos con el Hijo del hombre. ¿No saben que en mis hermanos estoy Yo, y que donde haya uno de ellos que sufra allí estoy Yo, y que lo que no hicieron con uno de estos hermanos menores míos me lo negaron a Mí, Primogénito de los hombres? Vayan y ardan en su egoísmo. Vayan y los envuelvan las tinieblas, y el hielo, porque tinieblas y hielo fueron, a pesar de saber dónde estaban la Luz y el Fuego de Amor”.

Y éstos irán al eterno suplicio, mientras que los justos entrarán en la vida eterna.

Éstas son las cosas futuras...

Ahora pueden irse. Y no se separen. Yo voy con Juan y estaré con ustedes a la mitad de la primera vigilia, para la cena y para ir luego a nuestros momentos de instrucción.

-¿También esta noche? ¿Todas las noches vamos a hacer eso? Yo estoy todo dolorido de la humedad. ¿No sería mejor entrar ya en alguna casa que nos dé alojamiento? ¡Siempre en las tiendas! Siempre de vela por las noches, frescas y húmedas... - se queja Judas de Keriot.

-Es la última noche. Mañana... será distinto.

-¡Ah! Creía que querías ir al Getsemaní todas las noches. Pero si es la última...

-No he dicho eso, Judas. He dicho que será la última noche que tendremos que pasar en el campo de los Galileos todos juntos. Mañana prepararemos la Pascua y comeremos el cordero. Y luego iré Yo solo a orar al Getsemaní. Y ustedes podrán hacer lo que quieran.

-¡Nosotros vamos Contigo, Señor! ¿Pero cuándo tenemos deseos de dejarte? -dice Pedro.

-Tú calla, que no eres inocente. Tú y el Zelote no hacen más que revolotear de un lado para otro en cuanto el Maestro no los ve. No los pierdo de vista. En el Templo... durante el día... en las tiendas, arriba... - dice Judas Iscariote, contento de denunciar.

-¡Basta! Si lo hacen, hacen bien. De todas formas, no me dejen solo... Se los ruego...

-Señor, créenos que no hacemos nada malo. Dios conoce nuestras acciones y su mirada no se aparta, disgustada, de ellas - dice el Zelote.

-Lo sé. Pero es inútil. Y lo que es inútil puede siempre ser dañino. Estén lo más posible unidos.

Luego se vuelve a Mateo:

-Tú, mi buen cronista, les referirás a éstos la parábola de las diez vírgenes sensatas y de las diez necias, y la del amo que da talentos a sus tres servidores para que los hagan producir y dos ganan el doble y el holgazán lo entierra. ¿Recuerdas?

-¡Sí, Señor mío!, con exactitud.

-Entonces nárraselas a éstos. No todos las conocen. Y también los que las saben las escucharán de nuevo con gusto. Ocupen así, diciendo sabias palabras, el tiempo hasta mi regreso. ¡Velen! ¡Velen! Tengan despierto su espíritu. Esas parábolas son también apropiadas para lo que acabo de decir. Adiós. La paz esté con ustedes.

Toma de la mano a Juan y se aleja con él hacia la ciudad... Los demás se encaminan hacia el campo galileo.

-Les he dicho: “Estén atentos, velen y oren para no ser sorprendidos bajo el peso del sueño”. Pero veo que sus ojos cansados desean cerrarse y sus cuerpos, incluso sin intención, buscan posturas de descanso. ¡Tienen razón, pobres amigos míos! Su Maestro ha pretendido mucho de ustedes en estos días, y están muy cansados. Pero dentro de pocas horas, ya pocas horas, se alegrarán de no haber perdido ni siquiera un momento de estar a mi lado. Se alegrarán de no haber negado nada a su Jesús. Por lo demás, es la última vez que les hablo de estas cosas de lágrimas. Mañana les hablaré de amor y les haré un milagro que será todo amor. Prepárense con una gran purificación a recibirlo. ¡Oh, cuánto más de acuerdo con mi Yo el hablarles de amor que el hablarles de castigo! ¡Qué dulce me es decir: “Los amo. Vengan. ¡Durante toda mi vida he soñado esta hora!” Pero también es amor hablar de muerte. Es amor en cuanto que la muerte, por los que los aman, es la suprema prueba de amor. Es amor porque prevenir a los amigos queridos en orden a la desventura significa afectuosa previsión que quiere verlos preparados, y no desconcertados, cuando llegue la hora. Es amor porque confiar un secreto es prueba de la estima que se tiene puesta en aquellos a quienes se confía. Sé que han asediado a Juan con interrogatorios, para saber qué le he dicho cuando hemos estado solos. Y no han creído que no hubiera habido palabras. Y, sin embargo, así ha sido; me ha bastado tener al lado una criatura...

-¿Por qué, entonces, él, y no otro? – interrumpe Judas Iscariote, preguntando con desdeñosa altanería.

También Pedro, y con él Tomás y Felipe, dicen:

-Sí. ¿Por qué a él y no a los otros?

Jesús responde a Judas:

-¿Hubieras querido ser tú? ¿Puedes pretenderlo?

Era una fresca mañana de Adar (*Marzo*)... Yo era un desconocido viajero que iba por el camino cercano al río... Cansado, lleno de polvo del camino, palidecido por el ayuno, desarreglada la barba, rotas las sandalias: parecía un mendigo por los caminos del mundo... Él me vio... y me reconoció como Aquel sobre el que había descendido la Paloma de fuego eterno. En esa primera transfiguración mía, ciertamente debió revelarse un átomo de mi divino esplendor. Los ojos abiertos por la Penitencia de Juan el Bautista y los que la Pureza había conservado angélicos, vieron lo que los otros no vieron.

Y los ojos puros llevaron esa visión al tabernáculo del corazón; allí la guardaron como una perla en un arca... Cuando se alzaron, pasados casi dos meses, hacia el caminante de rasgadas vestiduras, su alma me reconoció... Yo era su amor. Su primer y único amor. El primer y único amor no se olvida. El alma lo siente venir, aunque se haya alejado, lo siente venir de distantes lejanías, y vibra de alegría y despierta a la mente y ésta a la carne, para que todas participen en el banquete de la alegría de volver a encontrarse y amarse. Y los labios temblorosos me dijeron: “Te saludo, Cordero de Dios”.

¡Oh, fe de los puros, qué grande eres! ¡Cómo superas todos los obstáculos! No sabía mi Nombre. ¿Quién era Yo? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía? ¿Era rico? ¿Era pobre? ¿Era sabio? ¿Era ignorante? ¿Qué importa saber todo eso para la fe? ¿Aumenta o disminuye ella por saber? Él creía en todo lo que el Precursor le había dicho. Como estrella que transmigra, por orden creador, de uno a otro cielo, se había separado de su cielo, Juan el Bautista, de su constelación, y había venido a su nuevo cielo, el Cristo, a la constelación del Cordero. Y, aun no siendo la estrella más grande, sí es la más hermosa y pura de la constelación de amor.

Han pasado tres años desde entonces. Estrellas grandes y pequeñas se han unido a mi constelación y se han separado de ella. Algunas han caído y han muerto, otras, debido a densos vapores, se han convertido en estrellas brumosas. Pero él ha permanecido fijo con pura luz junto a su Polar.

Déjenme mirar su luz. Dos serán las luces en las tinieblas del Cristo: María y Juan. Pero tanto será el dolor, que casi no podré verlas. Dejen que me imprima en mis pupilas estos cuatro iris, trozos de cielo entre pestañas rubias, para llevar Conmigo, a donde ninguno podrá venir, un recuerdo de pureza. ¡Todo el pecado! ¡Todo sobre los hombros del Hombre! ¡Oh! ¡Oh! ¡Esta gotita de pureza!... ¡La Madre mía! ¡Juan! ¡Y Yo!... ¡Los tres náufragos a flote en el naufragio de una humanidad en el mar del Pecado!

Será la hora en que Yo, el retoño de la estirpe davídica, diga, gimiendo, el antiguo suspiro de David: (Salmo 22,2) “Dios mío, vuelve tus ojos hacia mí. ¿Por qué me has abandonado?”

De Ti me alejan los gritos de los delitos que he cargado sobre Mí por todos...

(Salmo 22,7) Soy un gusano, ya no un hombre, el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe”.

(Isaías 50, 6) Y escuchen a Isaías: “He abandonado mi cuerpo a los castigadores, mis mejillas a quienes me arrancaban la barba; no he apartado la cara de quien me ultrajaba y me cubría de escupos”.

(Salmo 22,13-15) “*Me rodean novillos numerosos y me cercan los toros de Basán. Con sus bocas abiertas me amenazan, como de león rugiente que desgarrar. Yo soy como el arroyo que se escurre*” Oigan de nuevo a David: Estoy rodeado de muchos becerros y asaltado de muchos toros. Contra mí han abierto sus fauces para despedazarme como leones que desmiembran y rugen. Me he derramado como el agua”.

(Isaías 63,2-3) E Isaías completa: “Yo mismo he teñido mis vestiduras”. (“¿Por qué es rojo tu vestido, y por qué te vistes como quien pisa en el lagar? En el lagar he pisado yo solo, y nadie de mi pueblo estaba conmigo.”) ¡Oh, mis vestiduras! Yo mismo las tiño, no con mi furor, sino con mi dolor y el amor mío por ustedes. Como las dos piedras planas de la prensa, el dolor y el amor me estrujan y me exprimen la Sangre. No soy distinto del racimo prensado, que entró hermoso en el trujal y después era papilla exprimida sin jugo ni hermosura.

(Salmo 22,15): (“Mi corazón se ha vuelto como cera, dentro de mis entrañas se derrite”) Y mi corazón, hablo con David: “se hace como de cera y se oprime dentro de mi pecho”. ¡Oh, Corazón perfecto del Hijo del hombre!, ¿en qué te conviertes ahora? Semejante al que una vida de crápula deshace y enerva. Todo mi vigor se seca.

(Salmo 22,16): La lengua se me queda pegada al paladar por fiebre y agonía. Y la muerte va avanzando con su ceniza asfixiante y cegadora.

(Salmo 22,17-18): “Como perros de presa me rodean, me acomete una banda de malvados. Mis manos y mis pies han traspasado. Y contaron mis huesos uno a uno. Esta gente me marca y me vigila.” ¡Y todavía sin piedad! “Una manada, una jauría de perros me asedia y me muerde. En las heridas caen los mordiscos, en los mordiscos los palos. Ni un jirón de mi carne queda sin dolor. Los huesos chirrían dislocados con el infame estiramiento. No sé dónde apoyar mi cuerpo. La terrible corona es círculo de fuego que penetra en la cabeza. Estoy colgado de los pies y las manos traspasados. Elevado presento mi cuerpo al mundo y todos pueden contar mis huesos”...

-¡Calla! ¡Calla! – dice Juan entre accesos de llanto.

-¡No hables más! ¡Nos haces agonizar!- suplican los primos. Andrés no habla, pero ha metido la cabeza entre las rodillas y llora en silencio. Simón está lívido. Pedro y Santiago de Zebedeo parecen sometidos a tortura. Felipe, Tomás, Bartolomé asemejan a tres estatuas de piedra con expresión de angustia.

Judas Iscariote es una máscara macabra, demoníaca. Parece un réprobo que al fin haya comprendido lo que ha hecho: tiene la boca abierta para un aullido que le grita dentro y que queda estrangulado en la garganta; ojos de loco, dilatados y aterrados; mejillas térreas, bajo el velo moreno de su barba afeitada; cabellos alborotados, porque de vez en cuando se los desordena con la mano; está sudado y frío: parece próximo a desmayarse.

Mateo, alzando la mirada abatida en busca de una ayuda para su tormento, lo ve y dice:

-¡Judas! ¿Te sientes mal?... ¡Maestro, Judas está sufriendo!

-Yo también –dice Cristo – Pero Yo sufro con paz. Háganse espíritu para poder soportar la hora. Uno que sea “carne” no la puede vivir sin enloquecer...

(Salmo 22,19): (“Reparten entre sí mis vestiduras y mi túnica se juegan a los dados”). Sigue hablando David, que ve las torturas de su Cristo: “Todavía no están contentos y me miran y se burlan, y se reparten mis despojos echando a suertes mi túnica. Yo soy el Malhechor. Están en su derecho”.

¡Oh, Tierra, mira a tu Cristo! Sabe reconocerlo, aunque esté tan deshecho. Escucha, recuerda las palabras de Isaías y comprende el por qué, el gran por qué, de que Él quedara así, de que el hombre pudiera dar muerte, reduciéndolo a aquellas condiciones, al Verbo del Padre.

(Isaías 53,2-3): “Él no tiene hermosura ni esplendor. Lo hemos visto, no era hermoso su aspecto. Y no lo hemos amado. Despreciado como el último de los hombres, Él, el varón de los dolores acostumbrado a padecer, mantenía tapado su rostro. Vejado, no le hicimos ningún caso”. Su belleza de Redentor era esa máscara de tortura. ¡Mas, tú, necia Tierra, preferías su rostro sereno!

(Isaías 53,4-6): “Verdaderamente ha cargado sobre sí nuestros males, ha llevado nuestros dolores. Y lo hemos mirado como a un leproso, como a uno al que Dios hubiera maldecido, como a persona despreciada. Cuando, en realidad, ha sufrido las llagas por nuestros delitos. Sobre Él ha recaído el castigo a nosotros destinado, el castigo que nos devuelve la paz con Dios. Por sus moretones somos sanados. Éramos como ovejas errantes. Todos se habían apartado del camino recto y el Señor puso sobre Él las iniquidades de todos”.

Aquel, aquellos que piensen haberse aportado algo a sí mismos y haberlo aportado a Israel, desengañense. Y lo mismo aquellos que piensen que han sido más fuertes que Dios. Y también los que piensen que no tienen que imputarse culpa por este pecado por el simple hecho de que me dejó matar sin resistencia. Yo llevo a cabo mi tarea santa, la perfecta obediencia al Padre. Pero ello no elimina su obediencia a Satanás ni su indigna tarea.

(Isaías 53,7): “Fue maltratado y él se humilló y no dijo nada, fue llevado cual cordero al matadero, como una oveja que permanece muda cuando la esquilan. Fue detenido y enjuiciado injustamente sin que nadie se preocupara de él.”

Sí. Tu Redentor fue sacrificado, oh Tierra, porque Él lo quiso. “No abrió la boca para expresar una palabra de súplica y así ser indultado, ni una palabra de maldición para sus asesinos. Como una oveja se dejó llevar al matadero para que le dieran muerte, como cordero mudo conducido a la presencia del que lo esquila”.

(Isaías 53,10): “Quiso Yavé destruirlo con padecimientos, y él ofreció su vida como sacrificio por el pecado. Por esto, verá a sus descendientes y tendrá larga vida, y por él se cumplirá lo que Dios quiere. Después de las amarguras que haya padecido su alma verá la luz y será colmado. Por su conocimiento, mi siervo justificará a muchos y cargará con todas sus culpas. Por eso le daré en herencia muchedumbres y recibirá los premios de los vencedores. Se ha negado a sí mismo hasta la muerte, y ha sido contado entre los pecadores, cuando en realidad llevaba sobre sí los pecados de muchos, e intercedía por los pecadores.”

“Después de la captura y la condena fue alzado. No tendrá descendencia. Como un árbol ha sido talado y apartado de la tierra de los vivos. Dios ha descargado sobre Él su mano por el pecado de su

pueblo. ¿Ninguno de su descendencia de la Tierra participará de su dolor? ¿No tendrá hijos el que fue segregado de la Tierra?”.

Te voy a responder, profeta de tu Cristo. Si es cierto que mi pueblo no sentirá compasión del Matado sin culpa, los ángeles del pueblo celeste sí la sentirán. Si su virilidad no tendrá humanamente hijos, porque su Naturaleza no podía hallar desposorio con carne mortal, sí que tendrá hijos, claro que tendrá hijos, según una generación que recibirá la vida no de la carne y de la sangre, sino del Amor y la Sangre divinos, una generación del espíritu, por lo que su prole será eterna. (*Salmo 22,30-32*): “Para Dios será sólo mi existencia. Lo servirán mis hijos, hablarán del Señor a los que vengan, a los pueblos futuros: que es Justo les dirán. Tal es su obra.

Y te explico más, oh mundo que no comprendes al profeta. Te explico quiénes son los impíos entregados a su sepultura; quién, el rico entregado a su muerte. ¡Observa, oh mundo, si tan siquiera uno de los que le dieron muerte gozó de paz y larga vida! Él, el Viviente, pronto dejará la muerte. Mas, como hojas que el viento de otoño, una a una, deposita en el pliegue del surco tras haberlas arrancado con repetidas ráfagas, ellos, uno a uno, serán pronto depositados en la innoble sepultura que para Él había sido decretada; y uno que para el oro vivió podría – si fuera lícito poner al inmundo donde estuvo el Santo – ser depositado donde aún quedará la humedad de las innumerables heridas de la Víctima inmolada en el monte. Acusado sin culpas, Dios toma venganza de Él, porque nunca hubo engaño en su boca ni iniquidad en su corazón.

Consumido de padecimientos. Pero, ya consumido, ya troncada su vida como sacrificio de expiación comenzará su gloria ante los que vendrán. Todos los deseos y las santas disposiciones de Dios en orden a Él tendrán cumplimiento. Por las angustias de su alma, verá la gloria del verdadero pueblo de Dios, y se gozará en ello. Su celeste doctrina, que Él sellará con su Sangre, será la justificación de muchos de entre los mejores. Y tomará la iniquidad de los pecadores. Por eso tendrá una gran multitud, oh Tierra, este Rey desconocido que los pérfidos escarnecieron y que no fue por los mejores comprendido. Y con los suyos se repartirá los despojos de los vencidos, los despojos de los fuertes, Él, el único Juez de los tres reinos y del Reino.

Todo lo ha merecido porque todo lo dio. Todo le será entregado porque entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores, Él, que no conocía pecado; sin otro pecado que no fuera el de un perfecto amor, una infinita bondad: dos culpas que el mundo no perdona, un amor y una bondad que lo movieron a tomar sobre sí los pecados de muchos, de todo el mundo, y a orar por los pecadores. Por todos los pecadores, incluso por aquellos que lo entregaron a la muerte.

He terminado. No tengo más que decir. Todo lo que quería decir en orden a las profecías mesiánicas está dicho. Desde el nacimiento hasta la muerte, todas se las he ilustrado, y lo he hecho para que me conocieran y no tuvieran dudas; ni justificaciones de su pecado.

Ahora vamos a orar juntos. Es la última noche que podemos orar así, todos unidos como granos de uva al racimo que los sostiene. Vengan. Oremos.

“Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre. Venga tu Reino. Hágase tu Voluntad en la Tierra como se hace en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdónanos nuestras deudas como nosotros las perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Así sea”.

“Santificado sea tu Nombre”. Padre, Yo lo he santificado. Piedad de tu Semilla.

“Venga tu Reino”. Para fundarlo muero. Piedad de Mí.

“Hágase tu Voluntad”. Socorre mi debilidad. Tú que has creado la carne del hombre y con ella has revestido a tu Verbo para que Yo en esta Tierra te obedeciera como siempre te he obedecido en el Cielo. Piedad del Hijo del hombre.

“Danos el Pan”...Para el alma un pan. Un pan que no es de esta Tierra. No lo pido para Mí. No necesito más que tu consuelo espiritual. Por ellos, Yo, Mendigo, te tiendo la mano. Dentro de poco será traspasada y clavada y ya no podré hacer gesto de amor. Pero ahora puedo todavía. Padre, concédeme darles el Pan que diariamente fortalezca la debilidad de los pobres hijos de Adán. Son débiles, oh Padre, inferiores son porque no tienen ese Pan que es fuerza, el angélico Pan que espiritualiza al hombre y lo conduce a divinizarse en Nosotros.

“Perdónanos nuestras deudas”...

Jesús, que ha hablado en pie y ha orado con los brazos abiertos, se arrodilla y alza los brazos y la cara hacia el Cielo. Una cara surcada por un llanto silencioso, palidecida por la fuerza de la súplica y el beso de la Luna.

¡Perdona a tu Hijo, oh Padre, si en algo te faltó! Ante tu Perfección puedo aún aparecer imperfecto, Yo, tu Cristo que la carne carga. Ante los hombres... no. Mi consciente intelecto me asegura que he hecho todo por ellos. Pero Tú perdona a tu Jesús... Yo también perdono. Para que Tú me perdones, Yo perdono. ¡Cuánto debo perdonar! ¡Cuánto!...Y, sin embargo, perdono. A éstos presentes, a los discípulos ausentes, a los sordos de corazón, a los enemigos, a los burladores, a los traidores, a los

asesinos, a los deicidas... Ve que he perdonado a toda la Humanidad. En cuanto a Mí, Padre, considera anulada toda deuda del hombre al Hombre. Para darles a todos tu Reino Yo muero, y no quiero que sea imputado como condena el pecado contra el Amor encarnado. ¿No? ¿Dices “no”? Es mi dolor. Este “no” me infunde en el corazón el primer sorbo del cáliz atroz. Pero, Padre, a quien siempre he obedecido, Yo te digo: “Hágase como Tú quieres”.

“No nos dejes caer en la tentación”. ¡Oh, si Tú quieres, nos puedes alejar el Demonio! Es él la tentación que azuza la carne, la mente, el corazón. Es él el Seductor. ¡Aléjale, Padre! ¡Tu arcángel en nuestra ayuda! ¡Para poner en fuga a aquel que desde el nacimiento hasta la muerte nos acosa!... ¡Oh, Padre santo, piedad de tus hijos!

“Libranos, libranos del mal!” Tú puedes hacerlo, Nosotros aquí lloramos... Tan hermoso es el Cielo, y tememos perderlo. Tú dices: “Mi Santo no puede perderlo”. Pero Yo quiero que veas en Mí al Hombre, al Primogénito de los hombres. Soy su Hermano. Oro por ellos y con ellos. ¡Padre, piedad! ¡Oh, piedad!...

Jesús se postra. Luego se levanta.

-Vamos. Despidámonos esta noche. Mañana por la noche no encontraremos ya la manera de hacerlo. Estaremos demasiado turbados. Y el amor no está donde hay turbación. Démonos el beso de paz. Mañana... mañana cada uno será de sí mismo... Esta noche todavía podemos ser uno para todos y todos para uno.

Y los besa, uno por uno, empezando por Pedro; luego a Mateo, Simón, Tomás, Felipe, Bartolomé, Judas Iscariote, los dos primos, Santiago de Zebedeo, Andrés y, por último, a Juan, en el que luego se apoya mientras salen del Getsemaní.

598

JUEVES SANTO

Preparativos de la Cena pascual. La manifestación del Padre y el homenaje de los Gentiles.

Una nueva mañana. ¡Tan serena! ¡Tan festiva! Ni las escasas nubes que ayer erraban lentamente por el cobalto del cielo se ven hoy. Tampoco se siente ese bochorno pesado que ayer era tan gravoso. Una leve brisa sopla en las caras, una brisa que huele a flores, a heno, a aire limpio, y que mece lentamente las hojas de los olivos: parece desear que se admire el color plateado de las hojitas lanceoladas (*de forma de lanza*), y sembrar flores, pequeñas, candidas, olorosas para los pasos de Cristo y sobre su rubia cabeza, y besarle, darle frescor – porque cada uno de los pequeños cálices tiene una gotita de rocío-, besarle, darle frescor y morir luego, antes de ver el horror que amenazador pende. Y se inclinan las plantas de las laderas meneando las campanillas, las corolas, los pétalos de mil flores. Estrellas de corazón de oro, las grandes margaritas silvestres se yerguen altas en su tallo como para besarle la mano que será traspasada, y las mayas y las matricarias le besan los pies generosos que detendrán su paso por el bien de los hombres sólo cuando sean clavados para dar un bien aún mayor, y los escaramujos perfuman y el espino albar ya sin flores agita las hojas denticuladas. Parece decir “no, no” a quienes lo usarán para dar tormento al Redentor. Y “no” dicen las cañas del Cedrón; tampoco quieren ellas herir, su voluntad de pequeñas cosas no quiere dañar al Señor. Y quizás también las piedras de las laderas se felicitan por estar fuera de la ciudad, en el olivar, porque así no herirán, no, al Mártir. Y lloran las gráciles correhuelas rosadas que Jesús quería tanto y los corimbo de las acacias candidas como racimos de mariposas apiñadas en torno a un tallito, quizás pensando: “No volveremos a verlo”. Y las miosotas tan gráciles y puras, dejan caer su corola al toque de la túnica purpúrea que Jesús viste de nuevo. Debe ser hermoso morir cuando es por el impacto de algo de Jesús. Todas las flores- incluso un aislado muguete, quizás caído allí fortuitamente y que ha arraigado entre las raíces salientes de un olivo- están contentas de ser cortadas y cogidas por Tomás y ofrecidas al Señor... Como también se sienten felices de saludarlo con cantos de alegría los mil pájaros que hay entre las ramas. ¡No, no blasfeman contra Él los pájaros que ha amado siempre! Hasta incluso un grupito de ovejas parece querer saludarlo – aunque ahora lloren por haberles sido arrebatados los hijos, vendidos para el sacrificio pascual. Y, balando – un lamento de madres, al aire, llamando a sus hijos que jamás volverán-, vienen a rozar a Jesús con su cuerpo, y lo miran con su mansa mirada.

Al ver a las ovejas, los apóstoles se acuerdan del rito, y preguntan a Jesús, ya casi en el Getsemaní:

-¿A dónde iremos a celebrar la Cena pascual? ¿Qué lugar eliges? Dilo, e iremos a prepararlo todo – dicen.

Y Judas de Keriot:

-Dame indicaciones e iré.

-Pedro, Juan, escúchenme.

Los dos, que estaban un poco adelantados, se acercan a Jesús, que los ha llamado.

-Adelántense y entren en la ciudad por la Puerta del Estiércol (*Al sur-oeste de Jerusalén*). Al entrar, encontrarán a un hombre que vuelve de En Rogel con una tinaja de aquella agua buena. Sígalo hasta que entre en una casa. Dirán al que está en ella: “El Maestro dice: ¿Dónde está la habitación donde pueda celebrar la cena pascual con mis discípulos?”. Él les mostrará un cenáculo grande ya dispuesto. Prepárenlo todo allí. Vayan ligeros y luego vayan al Templo. Ya estaremos nosotros en él. (*Todas las casas de Lázaro estaban a disposición de Jesús*)

Los dos se marchan a toda prisa.

Jesús, sin embargo, camina lentamente. En realidad está todavía fresca la mañana, y por los caminos que introducen en la ciudad empiezan ahora a aparecer los primeros peregrinos. Cruzan el Cedrón por el puentecito que hay antes del Getsemaní. Entran en la ciudad. Las puertas, quizás por una contraorden de Pilatos, tranquilizado por la ausencia de disputas con centro en Jesús, no están ya vigiladas por los legionarios. Efectivamente, reina en todas partes la máxima calma.

¡Desde luego, no se puede decir que no hayan sabido contenerse los judíos! Ninguno ha molestado al Maestro ni a los discípulos. Gestos atentos, bien educados, sino incluso afectuosos, lo han saludado siempre (aunque los que los otorgaban eran los más malos del Sanedrín). Un aguante inasequible ha acompañado también a la reconvencción de ayer.

Y precisamente ahora – la casa de campo de Caifás está muy cerca de aquella puerta-, justamente ahora, pasa, viniendo de la casa, un nutrido grupo de fariseos y escribas, entre los cuales el hijo de Anás, y Elquías con Doras y Sadoq, quienes, en medio de un ondear de túnicas y franjas y amplísimos gorros, doblando sus espaldas vestidas de amplios mantos, saludan reverentemente. Jesús saluda y pasa, regio con su túnica de lana roja y su manto de color rojo más oscuro, llevando aquel gorro de Síntica en la mano, y haciendo el sol de sus cabellos color cobre una corona de oro y un velo refulgente hasta los hombros. Las espaldas se alzan después de su paso y aparecen las caras: de hienas hidrófobas.

Judas de Keriot, que iba mirando siempre en torno a sí con su cara de traidor, con la disculpa de abrocharse una sandalia, se pone en el margen del camino y –lo veo bien- les hace una seña de que lo esperen... Deja que el grupo de Jesús y los discípulos vaya adelante, mientras sigue manipulando la hebilla de su sandalia para fingir, y luego, rápido, pasa cerca de aquéllos y susurra: “En la (*Puerta*) Hermosa, a eso de la hora sexta. Uno de ustedes”, y se echa a correr velozmente y da alcance a sus compañeros. ¡Espontáneo, desvergonzadamente espontáneo!...

Suben al Templo. Pocos hebreos todavía. Pero muchos gentiles. Jesús va a adorar al Señor. Luego regresa e indica a Simón y Bartolomé que pidan dinero a Judas de Keriot y compren el cordero.

Y Judas dice:

-¡Podría hacerlo yo!

-Vas a estar ocupado en otras cosas. Lo sabes. Está la viuda a la que hay que llevar el donativo de María de Lázaro, y decirle que después de las fiestas vaya a Betania, a casa de Lázaro. ¿Sabes dónde está? ¿Has comprendido bien?

-¡Ya sé, ya sé! Me indicó el lugar Zacarías, que la conoce bien. Y añade: -Estoy muy contento de ir, más que de comprar el cordero. ¿Cuándo voy?

-Más tarde. No estaré mucho tiempo aquí. Hoy voy a descansar, porque quiero estar fuerte para esta noche y para mi oración nocturna.

-De acuerdo.

Y yo me pregunto: Jesús, que en los días pasados había mantenido ocultos sus propósitos para no dar detalles a Judas, ¿por qué ahora dice y repite lo que hará por la noche? ¿Es que la Pasión ha empezado ya con la ceguera de providencia; es que esta providencia ha aumentado tanto, que Jesús lee en los libros de los Cielos que ésa es “la noche” y que, por tanto, hay que darlo a conocer a quien espera a saberlo para entregarlo a los enemigos; o es que siempre ha sabido que en esa noche debe comenzar su inmolación? No sé darme respuesta. Jesús tampoco me responde. Y me quedo en mis porqués mientras observo a Jesús que cura a los últimos enfermos. Los últimos... Mañana, dentro de pocas horas, ya no podrá... la Tierra quedará privada del Jesús poderoso Curador de cuerpos. Pero la Víctima, en su patíbulo, empezará la serie, ininterrumpida desde hace veinte siglos, de sus curaciones de espíritus.

Hoy, más que describir, contemplo. Mi Señor hace proyectar mi vista espiritual desde lo que veo que sucede en el último día de libertad de Cristo hasta lo que sucede en los siglos... Hoy contemplo los sentimientos, los pensamientos, del Maestro, más que lo que sucede en torno a Él. Ya estoy en la angustiosa comprensión de su tortura del Getsemaní...

Jesús, como de costumbre, se ve sobrepujado por la muchedumbre, que ya ha aumentado y que ahora está formada en su mayor parte por hebreos que... se olvidan de acudir presurosos al lugar del sacrificio de los corderos, para acercarse a Jesús, Cordero de Dios que está por ser inmolado. Y siguen preguntando, y siguen queriendo explicaciones. Muchos son hebreos venidos de la Diáspora,

los cuales, habiendo tenido noticias de la fama del Cristo, del Profeta galileo, del Rabí de Nazaret, sienten la curiosidad de oírlo hablar y la ansiedad de disolver cualquier posible duda. Y se abren paso, suplicando a los de Palestina:

-¡Ustedes siempre lo tienen. Saben quién es. Tienen su palabra cuando quieren. Nosotros hemos venido de lejos y regresaremos a nuestras tierras nada más cumplir el precepto. ¡Dejen que nos acerquemos a Él!

La muchedumbre con dificultad se abre, para ceder el sitio a éstos, que se acercan a Jesús y lo observan con curiosidad. Comentan entre sí, grupo por grupo.

Jesús los observa, escuchando simultáneamente a un grupo que ha venido de Perea. Luego despide a éstos últimos, que le han ofrecido dinero para sus pobres, como muchos otros hacen, y que Él, como siempre, ha pasado a Judas. Empieza a hablar:

-Muchos de los presentes – que son una sola cosa en la religión aunque de procedencia distinta – se preguntan: ¿Quién es éste al que llaman el Nazareno?, y su esperanza y duda chocan. Escuchen:

(Es el comienzo de citas, textuales o parafraseadas, referidas al Mesías: Salmo 78, 23 -25; Isaías 9, 5; 11, 1 -4. 10-11; 42, 1 -7; 50,6; 53, 2 -12; 55, 1 -3; 61, 1 -2; 63,1; Ezequiel 34, 11.16; 47, 1 -12; Daniel 9, 24 -27; Oseas 14, 2; Miqueas 5, 3 -4; Zacarías 9, 9 -10; Isaías 7, 14; Miqueas 5,1)

Está escrito de Mí: “Un retoño brotará de la raíz de Jesé, una flor saldrá de esta raíz, y sobre Él descansará el Espíritu del Señor. No juzgará según lo que se presenta ante los ojos, no condenará por lo que se oye con los oídos; antes bien, juzgará con justicia a los pobres, se hará defensor de los humildes (*Isaías 11,1-5*). El retoño de la raíz de Jesé, puesto como señal en medio de las naciones, será invocado por los pueblos y su sepulcro será glorioso. (*Ezequiel 34,11-16*) “Él, alzada una bandera para las naciones, reunirá a los expatriados de Israel, a los dispersos de Judá; los recogerá de los cuatro puntos de la Tierra”

Está escrito de Mí: “He aquí que viene el Señor, con señorío; su brazo triunfará. Trae consigo su retribución, ante sus ojos tiene su obra. (*Miqueas 5,3*) Como un pastor apacentará a su rebaño”

Está escrito de Mí: “Éste es mi Siervo, Yo estaré con Él. En Él se complace mi alma. En Él he derramado mi Espíritu. Llevará la justicia a las naciones. No gritará, no romperá la caña quebrada, no apagará la mecha humeante, hará justicia según la verdad. Sin desfallecer ni avasallar, hará que se establezca la justicia sobre la Tierra, y las islas esperarán su ley”.

Está escrito de Mí: “Yo, el Señor, en la justicia te he llamado, te he tomado de la mano, te he preservado, te he constituido alianza del pueblo y luz de las naciones para abrir los ojos a los ciegos y sacar de la cárcel a los prisioneros, y de la mazmorra subterránea a los que yacen en las tinieblas”.

Está escrito de Mí: “El Espíritu del Señor está sobre Mí porque el Señor me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los mansos, para curar a los que tienen el corazón quebrantado, para predicar la libertad a los esclavos, la liberación a los prisioneros, para predicar el año de gracia del Señor”.

Está escrito de Mí: “Él es el Fuerte. (*Isaías 1,24*) Apacentará al rebaño con la fortaleza del Señor, con la majestad del nombre del Señor Dios suyo; A Él se convertirán, porque ya desde ahora será glorificado hasta los últimos confines del mundo”.

Está escrito de Mí: (*Ezequiel 34,1-16*) “Yo mismo iré a buscar a mis ovejas. Iré a la búsqueda de las extraviadas, restituiré al redil a las expulsadas de él, fajaré a las que tengan fractura, reconfortaré a las débiles, vigilaré a las gruesas y robustas, a todas las apacentaré con justicia”.

Está escrito: (*Isaías 9,5-7*) “Él es el Príncipe de la Paz y será la paz”.

Está escrito: (*Zacarías 9,9-10*) “Mira que viene tu Rey, el Justo, el Salvador. Es pobre, cabalga sobre un burro. Anunciará paz a las naciones. Su dominio será de mar a mar, hasta los extremos de la Tierra”.

Está escrito: (*Daniel 9,24-27*) “Setenta semanas han sido fijadas para tu pueblo, para tu ciudad santa, para que sea eliminada la prevaricación, tenga fin el pecado, quede borrada la iniquidad, venga la eterna justicia, se cumplan visión y profecía y sea Ungido el Santo de los santos. Después de siete más setenta y dos vendrá el Cristo. Después de sesenta y dos será entregado a la muerte. Después de una semana confirmará el testamento, pero a mitad de la semana vendrán a faltar las víctimas y los sacrificios y se dará en el Templo la abominación de la desolación y durará hasta el final de los siglos”.

¿Faltarán, pues, las víctimas en estos días? ¿No tendrá víctima el altar? Tendrá la gran Víctima. Y la ve el profeta (*Isaías 63,1*) “¿Quién es éste que viene con sus vestiduras teñidas de rojo? Está hermoso con sus vestiduras, camina envuelto en la grandeza de su fuerza”.

¿Y cómo se ha teñido de púrpura las vestiduras Aquel que es pobre? Vean lo que dice el profeta: (*Isaías 50,6*): “He abandonado mi cuerpo a los que me golpean, mis mejillas a quienes me arrancan la barba; no he separado el rostro del que me ultraja.

(*Isaías 53,2-6*): Mi hermosura y esplendor se han perdido y los hombres han dejado de amarme. ¡Me han despreciado los hombres, me han considerado el último! Varón de dolores, será velado mi rostro y vejado y me mirarán como a un leproso, cuando en realidad por todos estaré llagado y moriré”.

Ahí está la Víctima. ¡No temas, Israel! ¡No temas! ¡No falta el Cordero pascual! ¡No temas, Tierra! No temas. Ahí está el Salvador. (*Isaías 53,7-10*): Como oveja será conducido al matadero, porque lo ha querido y no ha abierto su boca para maldecir a los que lo matan. (*Salmo 22*) Después de la condena será levantado y consumido en los padecimientos; sus miembros descoyuntados, los huesos al descubierto, pies y manos traspasados. (*Isaías 53,11-12*) y (*Oseas 6,2*) Pero después de la aflicción con que justificará a muchos, poseerá las multitudes, porque, después de haber entregado su vida a la muerte para salud del mundo, resucitará y gobernará la Tierra, nutrirá a los pueblos con las aguas vistas por Ezequiel, (*Ezequiel 47,1-12*) aguas que salen del verdadero Templo, el cual, aun habiendo sido abatido, resurge por virtud propia. Y nutrirá con el Vino con que ha teñido de púrpura su cándida túnica de Cordero sin mancha, y con el Pan bajado del Cielo.

¡Sedientos, vengan a las aguas! ¡Hambrientos, nútranse! ¡Exhaustos, beban mi vino; y ustedes, enfermos! ¡Vengan, ustedes que no tienen dinero, ustedes que no tienen salud, vengan! ¡Y ustedes, los que están muertos, vengan! Yo soy Riqueza y Salud, soy Luz y Vida. ¡Vengan, ustedes que buscan el camino! ¡Vengan, ustedes que buscan la Verdad! ¡Yo soy Camino y Verdad! No teman no poder consumir el Cordero porque faltan las víctimas verdaderamente santas en este Templo profanado. Todos tendrán posibilidad de comer del Cordero de Dios venido a quitar los pecados del mundo, como dijo de Mí el último de los profetas de mi pueblo. Del pueblo al que pregunto: (*Miqueas 6,3*) Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he contristado?, ¿qué más podía darte de lo que te he dado? He instruído tus mentes, he curado a tus enfermos, favorecido a tus pobres, he dado de comer a tus turbas, te he amado en tus hijos, he perdonado, he orado por ti. Te he amado hasta el Sacrificio. ¿Y tú, qué preparas a tu Señor? Una hora, la última, se te ofrece, ¡oh pueblo mío, oh ciudad santa y regia! ¡Conviértete, en esta hora, al Señor tu Dios!

-¡Ha dicho las palabras verdaderas!

-¡Así está escrito!

-¡Y Él verdaderamente hace lo que está escrito!

-¡Como un pastor ha cuidado de todos!

-Como siendo nosotros esas ovejas desperdigadas, enfermas, que están entre las brumas, ha venido a llevarnos al camino recto, a curarnos el alma y el cuerpo, a iluminarnos.

-Verdaderamente todos los pueblos acuden a Él. ¡Observen qué maravillados están esos gentiles!

-Ha predicado paz.

-Ha dado amor.

-No comprendo lo que dice del sacrificio. Habla como uno que tuviera que morir, como si lo fueran a matar.

-Así es, si es el Hombre visto por los profetas, el Salvador.

-Y habla como si todo el pueblo fuera a maltratarlo. Eso no sucederá jamás. El pueblo, o sea, nosotros, lo amamos.

-Es nuestro amigo. Lo defenderemos.

-Es galileo. Los galileos daremos la vida por Él.

-Es de David, y nosotros, los de Judea, si alzamos la mano es para defenderlo.

-¿Y nosotros podremos olvidarlo? Siendo de Auranítida, de Perea, de la Decápolis, nos amó como a ustedes. No. Todos lo defenderemos.

Éstas son las manifestaciones que se oyen entre esta multitud ya muy numerosa: ifragilidad de las intenciones humanas! Juzgo por la posición del sol que serán hacia las nueve de la mañana de nuestra hora. Veinticuatro horas más tarde, esta gente llevará ya muchas horas en torno al Mártir para torturarlo con el odio y con los golpes, y gritará pidiendo su muerte. Pocos, muy pocos, demasiado pocos, entre los millares de personas que se agolpan procedentes de todas las partes de Palestina y de fuera, y que han recibido de Cristo luz, salud, sabiduría, perdón, serán los amigos. Y éstos no sólo no tratarán de arrancarlo de las manos de los enemigos, por impedirlo su escasez numérica respecto a la multitud de los ofensores, sino que no sabrán consolarlo tampoco siguiéndole con cara amiga como prueba de amor. Las alabanzas, las manifestaciones de consenso, los comentarios maravillados se esparcen por el vasto patio como olas que desde alta mar vayan lejos a morir en la playa.

Escribas, judíos, fariseos, tratan de neutralizar el entusiasmo del pueblo, y también la agitación de la gente contra los enemigos de Cristo, diciendo: -Dice incongruencias. Está muy cansado y por ello delira. Ve persecuciones donde hay honores. En sus palabras fluyen los ríos de su habitual

sabiduría, pero mezclados con frases de delirio. Nadie quiere causarle ningún mal. Comprendemos. Hemos comprendido quién es...

Pero la gente desconfía de tanta conversión de ánimos, y alguno se rebela diciendo:

-Pues Él me curó a un hijo demente. Conozco la locura. ¡Un demente no habla así!

Y otro: -¡Déjalos que hablen! Son víboras que temen que el bastón del pueblo les rompa los lomos. Cantan la dulce canción del ruiseñor para engañarnos, pero, si escuchas bien, su voz contiene silbido de serpiente.

Y un tercero: -¡Escoltas del pueblo de Cristo, alerta! Cuando el enemigo acaricia, tiene el puñal escondido en la manga y alarga su mano para agredir. ¡Ojos abiertos y corazón preparado! Los chacales no pueden transformarse en dóciles corderos.

-Bien dices: el búho halaga y hechiza a los pajaritos ingenuos con la inmovilidad de su cuerpo y la falsa alegría de su saludo. Ríe e invita con su grito, pero está preparado para devorar.

Y otros grupos otras cosas.

Pero también hay gentiles. Esos gentiles que han escuchado en estos días de fiesta al Maestro, con constancia y en número cada vez mayor. Siempre a los márgenes de la multitud – porque el exclusivismo hebreo-palestino es fuerte y los rechaza, queriendo los primeros puestos en torno al Rabí -, ahora desean acercarse a Él y hablar con Él. Un nutrido grupo de ellos reparan en Felipe, al que la multitud ha empujado a un rincón. Se acercan a él y le dicen:

-Señor, deseamos ver de cerca a Jesús, tu Maestro, y hablar con Él al menos una vez.

Felipe se alza sobre la punta de los pies, para ver si ve a algún apóstol que esté más cerca del Señor. Ve a Andrés, lo llama y le grita estas palabras:

-Aquí hay algunos gentiles que quisieran saludar al Maestro. Pregúntale si puede atenderlos.

Andrés, separado de Jesús algunos metros, comprimido entre la multitud, se abre paso sin miramientos, usando abundantemente los codos y gritando:

-¡Dejen pasar! Digo que dejen pasar. Tengo que ir donde el Maestro.

Llega donde Él y le transmite el deseo de los gentiles.

-Llévalos a aquel ángulo. Voy donde ellos.

Y mientras Jesús trata de pasar entre la gente, Juan, - que ha vuelto con Pedro-, Pedro mismo, Judas Tadeo, Santiago de Zebedeo y Tomás, - que para ayudar a sus compañeros deja el grupo de sus familiares (los había encontrado entre la multitud)- luchan para abrirle camino. Ya está Jesús donde los gentiles, que lo reciben con muestras de amabilidad.

-La paz a ustedes. ¿Qué quieren de Mí?

-Verte. Hablar Contigo. Lo que has dicho nos ha inquietado. Hemos deseado siempre hablar Contigo para decirte que tu palabra nos impresiona. Esperábamos el momento propicio para hacerlo. Hoy... hablas de muerte... Tememos no poder hablar Contigo, si no aprovechamos este momento. ¿Pero es posible que los hebreos sean capaces de matar a su mejor hijo? Nosotros somos gentiles, y no hemos recibido beneficio de tu mano. Tu palabra nos era desconocida. Habíamos oído hablar de Ti vagamente. Pero nunca te habíamos visto ni nos habíamos acercado a Ti. Y, a pesar de todo, ya vez: te tributamos homenaje; todo el mundo con nosotros te honra.

-Sí, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre debe ser glorificado, por los hombres y por los espíritus.

Ahora la gente, de nuevo, está en torno a Jesús. Con la diferencia de que en primera fila están los gentiles y detrás los demás.

-Pero entonces, si es la hora de tu glorificación, no morirás como dices, o como hemos entendido. Porque morir de esa manera no significa ser glorificado. ¿Cómo podrás reunir al mundo bajo tu cetro, si mueres antes de haberlo hecho? Si tu brazo se inmoviliza en la muerte, ¿cómo podrá triunfar y reunir a los pueblos?

-Muriendo doy vida. Muriendo edifico. Muriendo creo el pueblo nuevo. La victoria se consigue en el sacrificio. En verdad les digo que si el grano de trigo que cae a la tierra no muere, queda sin fruto; mas si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá. El que aborrece su vida en este mundo la salvará para la vida eterna. **Y Yo tengo el deber de morir, para dar esta vida eterna a todos los que me siguen para servir a la Verdad.** El que me quiera servir que venga: no está limitado el sitio en mi Reino a este o aquel pueblo. El que me quiera servir, quienquiera que sea, que venga y me siga, y donde Yo esté también estará mi servidor. Y al que me sirva lo honrará el Padre mío, único, verdadero Dios, Señor del Cielo y de la Tierra, Creador de todo lo que existe, Pensamiento, Palabra, Amor, Vida, Camino, Verdad; Padre, Hijo, Espíritu Santo, Uno, siendo Trino. Trino siendo Único, Solo, Verdadero Dios. “Pero ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? ¿Acaso: “Padre, librame de esta hora”? No. Porque he venido para esto: para llegar a esta hora. Entonces diré: “¡Padre, glorifica tu Nombre!”.

Jesús abre los brazos en cruz, una cruz purpúrea contra el fondo cándido de los mármoles del corredor; y levanta su rostro, ofreciéndose, orando, subiendo con el alma al Padre.

Y una voz, más fuerte que el trueno, inmaterial en sentido de que no asemeja a ninguna voz de hombre, pero perceptibilísima para todos los oídos, llena el cielo sereno de este bellissimo día abrilero, vibrando más poderosa que el acorde de un órgano gigante, con una tonalidad bellissima, y proclama:

-LO HE GLORIFICADO Y LO SEGUIRÉ GLORIFICANDO.

La gente ha sentido miedo. Esa voz, tan potente que ha hecho vibrar el suelo y lo que sobre él se halla, esa voz misteriosa, distinta de todas las otras voces, procedente de una fuente desconocida, esa voz que llena todo, de norte a sur, de este a oeste, aterroriza a los hebreos y asombra a los paganos. Los primeros, si pueden hacerlo, se arrojan al suelo susurrando atemorizados: “¡Vamos a morir ahora! Hemos oído la voz del Cielo. ¡Un ángel le ha hablado!”, y se dan golpes de pecho esperando la muerte. Los segundos gritan: “¡Un trueno! ¡Un estruendo! ¡Huyamos! ¡La Tierra ha bramado! ¡Ha temblado!” Pero huir es imposible en medio de ese gentío que aumenta por los que estaban fuera de las murallas del Templo y ahora entran presurosos gritando: “¡Piedad de nosotros! ¡Corramos! Éste es lugar santo. ¡No se abrirá el monte donde se alza el altar de Dios!”. Y, por tanto, la gente -quién obstruido por la multitud, quién paralizado por el espanto – permanece donde estaba.

Los sacerdotes, los escribas, los fariseos, que estaban esparcidos por los vericuetos del Templo, suben a las terrazas, y lo mismo levitas y magistrados del Templo. Agitados, desconcertados. De todos ellos, bajan a donde está la gente y sólo Gamaliel y su hijo. Jesús lo ve pasar, todo blanco con su túnica de lino, tan blanca que resplandece incluso, bajo este fuerte sol que sobre ella incide.

Jesús, mirando a Gamaliel, pero como hablando para todos, alza la voz diciendo:

-No por Mí, sino por ustedes, ha venido esta Voz del Cielo.

Gamaliel se detiene, se vuelve, perfora con las miradas de sus ojos profundos y negrísimos – involuntariamente duros como los de las aves rapaces, por la costumbre de ser un maestro venerado como un semidios – perfora la mirada zafírea (*azul*), límpida, dulce y al mismo tiempo majestuosa, de Jesús... que prosigue:

-Ahora el mundo es juzgado, ya el Príncipe de las Tinieblas está para ser expulsado, y Yo, cuando sea alzado, atraeré a todos hacia Mí, porque así salvaré el Hijo del hombre.

-Hemos aprendido en los libros de la Ley que el Cristo vive eternamente. Tú te presentas como el Cristo y dices que debes morir. Dices también que eres el Hijo del hombre y que salvarás siendo elevado. ¿Quién eres, pues?, ¿el Hijo del hombre o el Cristo? ¿Y quién es el Hijo del hombre? – dice la gente, ya más tranquila.

-Soy una única Persona. Abran los ojos a la Luz. Todavía un poco la Luz estará con ustedes. Caminen hacia la Verdad mientras tengan la Luz entre ustedes, para que no los sorprendan las tinieblas. Los que caminan en la oscuridad no saben en dónde acabarán. Mientras tienen entre ustedes la Luz, crean en Ella, para ser hijos de la Luz. – Jesús se calla.

La muchedumbre está perpleja y dividida. Una parte se marcha moviendo la cabeza. Una parte observa la actitud de los principales dignatarios: fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas... (especialmente observan la actitud de Gamaliel), y según estas actitudes orientan sus reacciones. Otros hacen un gesto de aprobación con la cabeza, inclinándose ante Jesús con clara señal de querer decirle: “¡Creemos! Te honramos por lo que eres”. Pero no se atreven a ponerse abiertamente de su parte. Tienen miedo de los ojos atentos de los enemigos de Cristo, de los poderosos, que los vigilan desde lo alto de las terrazas que dominan los soberbios corredores que ciñen los patios del Templo.

También Gamaliel – se ha quedado pensativo unos minutos, pareciendo interrogar a los mármoles que pavimentan el suelo, para obtener una respuesta a sus íntimas preguntas – continúa su marcha hacia la salida, no sin antes mover la cabeza y encogerse de hombros, como por desazón o desprecio... y pasa derecho por delante de Jesús sin mirarlo.

Jesús, sin embargo, lo mira con compasión... y alza de nuevo la voz, fuertemente – es como un tañido de bronce –, para superar todo ruido y ser oído por el gran escriba que se marcha desilusionado. Parece hablar para todos, pero es evidente que habla sólo para él.

Dice con voz altísima:

-El que cree en Mí no cree, en verdad, en Mí, sino en Aquel que me ha enviado, y quien me ve a Mí ve al que me ha enviado, que justamente es el Dios de Israel, porque no existe ningún otro Dios aparte de Él.

Por esto digo: si no pueden creer en Mí en cuanto hijo de José de David, y que es hijo de María, de la estirpe de David, de la Virgen vista por el Profeta, nacido en Belén, como dicen las profecías, precedido por Juan el Bautista, como también está anunciado desde hace siglos, crean al menos en

la Voz de su Dios que les ha hablado desde el Cielo. Crean en Mí como Hijo de este Dios de Israel. Porque si no creen en Aquel que les ha hablado desde el Cielo, no me ofenden a Mí, sino a su Dios, de Quien soy Hijo.

¡No quieran permanecer en las tinieblas! Yo he venido – Luz para el mundo – para que el que cree en Mí no permanezca en las tinieblas. No quieran crearse remordimientos que no podrían aplacar nunca, una vez vuelto Yo al lugar desde donde he venido, y que serían un duro castigo para su obstinación. Yo estoy dispuesto a perdonar mientras estoy con ustedes, mientras no se haya cumplido el juicio, y, por mi parte, tengo el deseo de perdonar. Pero distinto es el Pensamiento de mi Padre, porque **Yo soy la Misericordia y Él es la Justicia**.

En verdad les digo que si uno escucha mis palabras y no las observa, Yo no lo juzgo. No he venido al mundo para juzgar, sino para salvar al mundo. Pero aunque Yo no juzgue, en verdad les digo que hay Quien los juzga por sus acciones. El Padre mío, que me ha enviado, juzga a los que rechazan su Palabra. Sí, el que me desprecia y no reconoce la Palabra de Dios y no recibe la palabra del Verbo, tiene a Quien lo juzgue: lo juzgará en el último día la propia Palabra que he anunciado.

De Dios nadie se burla, está escrito. Y el Dios objeto de burla será terrible para aquellos que lo juzgaron loco y mentiroso.

Recuerden todos que las palabras que me han oído pronunciar son de Dios. Porque no he hablado de cosas mías, sino que el Padre me ha enviado, Él mismo, me ha prescrito lo que debo decir y de qué debo hablar. Y Yo obedezco su orden porque sé que su precepto es justo. **Toda orden de Dios es vida eterna**. Yo, su Maestro, les doy el ejemplo de obediencia a todo precepto de Dios. Por tanto, estén seguros de que las cosas que les he dicho y les digo, las he dicho y las digo, como me ha dicho que se las diga el Padre mío. Y el Padre mío es el Dios de Abraham, Isaac, Jacob; el Dios de Moisés, de los patriarcas, de los profetas, el Dios de Israel, el Dios de ustedes.

¡Palabras de Luz que caen en las tinieblas que ya van espesándose en los corazones!

Gamaliel, que de nuevo se había detenido, cabizbajo, reanuda su marcha... Otros lo siguen, moviendo la cabeza o haciendo risitas... También Jesús se marcha... Pero antes dice a Judas de Keriot:

-Ve a donde tienes que ir – y a los otros:

-Todos tienen libertad para marcharse, a donde cada uno deba o quiera. Que se queden Conmigo los discípulos pastores.

- ¡Déjame también a mí quedarme, Señor! – dice Esteban.

-Ven...

Se separan. No sé a dónde va Jesús. Pero sí sé a dónde va Judas de Keriot. Va a la Puerta Hermosa. Sube la serie de escalones que desde el Atrio de los Gentiles lleva al de las mujeres. Cruza éste y sube otros escalones. Da una ojeada al Atrio de los Hebreos y, con ira, golpea con el pie en el suelo al no encontrar a los que está buscando. Vuelve sobre sus pasos. Ve a uno de los guardianes del Templo. Lo llama. Ordena, con su consabida arrogancia:

-Ve donde Eleazar ben Anás. Que venga inmediatamente a la Hermosa. Lo espera Judas de Simón para cosas graves.

Se apoya en una columna y espera. Poco tiempo. Eleazar, hijo de Anás, Elquías, Simón, Doras, Cornelio, Sadoq, Nahúm y otros acuden en medio de un intenso ondear de vestiduras.

Judas habla en voz baja, pero nerviosa:

-¡Esta noche! Después de la cena. En el Getsemaní. Vengan y aprésenlo. Denme el dinero.

-No. Te lo daremos cuando vengas por nosotros esta noche. ¡No nos fiamos de ti! Queremos tenerte con nosotros. ¡Nunca se sabe! – ríe maliciosamente Elquías. Los otros le hacen coro asintiendo. Judas se pone colorado de enojo, por la insinuación. Jura:

-¡Juro por Yeohveh que digo la verdad!

Sadoq le responde:

-De acuerdo. Pero es mejor hacerlo así. A la hora señalada vienes. Tomas contigo a los encargados de la captura y vas con ellos; no vaya a suceder que los estúpidos guardias apresen a Lázaro, al azar, y creen complicaciones. Tú les indicas con una señal quién es el hombre... ¡Entiéndelo! Es de noche..., habrá poca luz... los guardias estarán cansados, tendrán sueño... ¡Pero si tú guías!... Bueno, eso. ¿Qué piensan ustedes? - El pérfido Sadoq se vuelve a sus compañeros y dice:

-Yo propondría como señal un beso. ¡Un beso! ¡La mejor señal para indicar al amigo traicionado! ¡Ja! ¡Ja!

Todos se ríen: un coro de demonios riéndose maliciosamente.

Judas está furioso. Pero no se echa para atrás en su decisión. Ya no se echa para atrás. Sufre por la burla de que le hacen objeto, no por lo que está por llevar a cabo. Tanto es así que dice:

-Pero recuerden que quiero las monedas contadas en la bolsa antes de salir de aquí con los guardias.

-¡Las tendrás! ¡Las tendrás! Te daremos incluso la bolsa, para que puedas conservar esas monedas como reliquia de tu amor. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Adiós, serpiente!

Judas está lívido (*morado*). Ya está lívido. Ya no perderá ese color amoratado y esa expresión de espanto desesperado; es más, esto se irá acentuando con el paso de las horas, hasta hacerse insoportable para la vista cuando cuelgue del árbol... Huye...

Jesús se ha refugiado en el jardín de una casa amiga. Un tranquilo jardín de las primeras casas de Sión, rodeado por altos y antiguos muros. Un jardín cubierto por las frondas ondeantes de viejos árboles; por tanto, silencioso y fresco. Una voz de mujer canta poco lejos una dulce nana.

Deben haber pasado algunas horas, porque los servidores de Lázaro, de regreso después de haber ido no sé a dónde, dicen:

-Tus discípulos están ya en la casa donde se está aparejando para la cena. Juan ha llevado con nosotros las frutas a los niños de Juana de Cusa y luego se ha marchado a recoger a las mujeres para acompañarlas a casa de José de Alfeo, que no ha venido hasta hoy, cuando su madre ya no esperaba verlo; y luego, desde allí, a la casa de la cena, porque ya cae la tarde.

-Iremos también nosotros. Han llegado las horas de las cenas...

Jesús se levanta y se pone el manto.

-Maestro, afuera hay gente. Son personas de alta condición. Quisieran hablar Contigo sin ser vistos por los fariseos – dice un doméstico.

-Diles que pasen. Ester no se opondrá – dice Jesús, y añade, dirigiéndose a una mujer de edad madura que está viniendo a saludarle: -¿Verdad, mujer?

-No, Maestro. Mi casa es tuya, ya lo sabes. ¡Demasiado poco has hecho uso de ella!

-Lo suficiente como para decir en mi corazón: era una casa amiga.

Indica al doméstico: -Conduce aquí a los que esperan fuera.

Entran unas treinta personas de noble aspecto. Saludan reverentes. Uno habla en nombre de todos:

-Maestro, tus palabras nos han impresionado. Hemos oído en Ti la voz de Dios. Pero nos dicen que estamos locos porque creemos en Ti. ¿Qué hacer, entonces?

-No en Mí cree el que cree en Mí, sino que cree en Aquel que me ha enviado, cuya voz santísima hoy han oído. No me ve a Mí el que me ve, sino que ve al que me ha enviado, porque Yo soy una sola cosa con el Padre Mío. Por eso les digo que deben creer para no ofender a Dios, que es Padre mío y Padre de ustedes, y que los ama hasta el punto de ofrecerles a su Unigénito como holocausto. Porque si hay dudas en los corazones de que Yo sea el Cristo, no las hay de que Dios esté en el Cielo. Y la voz de Dios, al que he llamado Padre pidiéndole que glorificara su Nombre, ha respondido al que le llamaba Padre; y ha respondido sin llamarlo “embustero” o “blasfemo”, como muchos dicen. Dios ha confirmado quién soy Yo: su Luz. Soy la Luz venida a este mundo. He venido como Luz al mundo para que quien cree en Mí no permanezca en las Tinieblas. Si uno escucha mis palabras y luego no las observa, Yo no lo juzgo. No he venido a juzgar al mundo sino a salvarlo. Quien me desprecia y no acoge mis palabras ya tiene quién lo juzgue. La Palabra anunciada por Mí será la que lo juzgará en el último día; porque era sabia, perfecta, dulce, simple: como es Dios. **Porque esa Palabra es Dios**. No soy Yo el que ha hablado, Jesús de Nazaret, conocido como hijo de José el carpintero de la estirpe de David, e hijo de María, muchacha hebrea, virgen de la estirpe de David casada con José. No. Yo no he hablado de cosas mías, sino que ha hablado mi Padre, Aquel que está en los Cielos y cuyo nombre es Yeohveh, Aquel que me ha enviado y me ha prescrito lo que debo decir y las cosas de que debo hablar. Y sé que en su precepto hay Vida Eterna. Las cosas que digo las digo, pues, como me las ha dicho el Padre, y en ellas hay Vida.

Por eso les digo: escúchenlas. Ponganlas en práctica y tendrán la Vida. Porque mi palabra es Vida, y quien la acoge, acoge, al mismo tiempo que a Mí, al Padre de los Cielos que me ha enviado para darles la Vida. Y quien tiene en sí a Dios tiene en sí la Vida.

Pueden marcharse. La paz descienda sobre ustedes y en ustedes permanezca.

Los bendice y los despide. Bendice también a los discípulos. Retiene solamente a Isaac y a Esteban. A los otros los besa y los despide. Y, cuando se marchan, Él sale, el último junto a estos dos discípulos, y va con ellos por las callejuelas más solitarias, ya oscuras, hacia la casa del Cenáculo. Llegado allí, con especial amor, abraza y bendice a Isaac y a Esteban; los besa, los bendice de nuevo, los mira mientras se alejan. Luego llama y entra...

Ve el cenáculo donde ha de celebrarse la cena pascual. Lo veo con claridad. Podría enumerar todas las rugosidades de las paredes y las grietas del suelo. Es una habitación grande, no perfectamente cuadrada, pero también poco rectangular. Habrá, como mucho, una diferencia de un

metro o poco más entre el lado más largo y el más corto. El techo es bajo; quizás da esta impresión también por sus amplias dimensiones no proporcionadas con la altura. Es un techo levemente combado; concretamente, los dos lados más cortos no terminan en ángulo recto con el techo, sino en un ángulo rebajado así:



En las dos paredes más cortas hay dos ventanas, anchas y bajas, una enfrente de la otra. No veo a dónde dan; si a un patio o a una calle, porque ahora tienen las contraventanas cerradas. He dicho: contraventanas. No sé si será exacto el término. Son hojas, dos tablones, bien cerradas por una barra de hierro que las pasa de uno a otro lado del marco.

El suelo está hecho de grandes losas de terracota, descoloridas por el paso del tiempo, cuadradas. Del centro del techo cuelga una lámpara de aceite, de varias boquillas. De las dos paredes más largas, una no tiene ninguna abertura, mientras que la otra tiene una puertecita en un ángulo; se tiene acceso a ésta por una escalita sin baranda y de seis peldaños, que terminan en un descanso de un metro cuadrado en la que hay, dentro de la pared, otro escalón, al filo del cual se abre la puerta.

Las paredes están simplemente blanqueadas, sin listas o rayas. En el centro de la habitación, una mesa grande, rectangular, muy larga respecto a su anchura, colocada paralela a la pared más larga, de madera y sencillísima. Contra las paredes largas, lo que serán los asientos; contra las cortas, debajo de las ventanas, en una de ellas, una especie de banca que tiene encima lavatorios y ánforas; bajo la otra ventana, un estante bajo y largo, sobre cuyo plano superior, por ahora, no hay nada.

Veo que la habitación, por la escala de los seis peldaños, lleva a un pasillo oscuro, que a la izquierda respecto a mí, se abre a la calle con una puerta ancha, baja y robusta, reforzada con piezas de metal y barras de hierro. Frente a la puertecita que del cenáculo lleva al pasillo hay otra puerta, que lleva a otra habitación, menos grande. Yo diría que el cenáculo se ha hecho aprovechando un desnivel del suelo respecto al resto de la casa y de la calle; es como un semisótano, una bodega semienterrada, o limpiada y adaptada, pero, en todo caso, hundida al menos un metro en el suelo, quizás para hacerlo más alto y proporcionado a sus vastas dimensiones.

En la habitación que ahora veo está María con otras mujeres. Reconozco a María Magdalena y a María Cleofás, madre de Santiago, Judas Tadeo y Simón. Da la impresión de que acaban de llegar, acompañadas por Juan, porque se están quitando los mantos y los están dejando doblados en los taburetes que hay diseminados por la habitación, mientras se despiden del apóstol, que se marcha, y saludan a una mujer y a un hombre, que han venido, a su vez a saludarlas, y me parece que son los dueños de la casa (*cuidadores, porque el dueño es Lázaro*) y también discípulos o simpatizantes del Nazareno, porque se manifiestan llenos de solicitud y respetuosa confidencia hacia María, la cual está vestida de celeste oscuro, un azul de añil oscurísimo. Lleva en la cabeza un velo blanco (que aparece cuando se quita el manto, que le cubría también la cabeza). Su cara se ve muy ajada. Parece envejecida María. Muy triste, a pesar de sonreír con dulzura. Muy pálida. También sus movimientos son cansinos y vacilantes, como los de una persona absorta en un pensamiento suyo.

Por la puerta entreabierta veo al dueño de la casa que va y viene al pasillo y al cenáculo. Enciende éste completamente, prendiendo los restantes mecheros de la lámpara. Luego va a la puerta de la calle y abre. Entra Jesús con los apóstoles. Veo que anochece, porque las sombras de la noche descienden ya sobre la estrecha calle que pasa entre casas altas.

Viene con todos los apóstoles. Saluda al hombre con su habitual: “Paz a esta casa” y luego, mientras los apóstoles bajan al cenáculo, Él entra en la habitación donde está María. Las piadosas mujeres saludan con profundo respeto y se marchan, cerrando la puerta y dejando así libres a la Madre y al Hijo.

Jesús abraza a su Madre y la besa en la frente. María besa primero la mano de su Hijo y luego lo besa en la mejilla derecha. Jesús invita a su Madre a que se siente – hay dos taburetes, cerca el uno del otro-, y Él se sienta a su lado. La ha invitado a sentarse acompañándola de la mano a los taburetes, y sigue agarrándole la mano cuando Ella ya se ha sentado.

También Jesús está absorto, pensativo, triste, a pesar de que se esfuerce en sonreír. María estudia ansiosa la expresión de su Hijo. ¡Pobre Mamá, que por la gracia y por el amor comprende qué momento es éste! Contracciones de dolor recorren el rostro de María, sus ojos se dilatan por una interna visión de agudo dolor. Pero no crea un drama. Su porte es majestuoso, como el del Hijo.

Él la saluda, se acoge a sus oraciones, le habla:
-Mamá, he venido para tomar de ti fuerza y consuelo. Soy como un niño pequeño, Mamá, que tiene necesidad del corazón de su madre para su dolor y del pecho de su madre para sacar fuerzas. Soy de

nuevo, en estos momentos, tu pequeño Jesús de hace años. No soy el Maestro, Mamá. Soy sólo el Hijo tuyo, como en Nazaret cuando era pequeño, como en Nazaret antes de dejar la vida oculta. A ti sola te tengo. Los hombres, en este momento, no son amigos leales de tu Jesús. No son ni siquiera valientes en el bien. Sólo los malvados saben ser constantes y fuertes en obrar el mal. Pero tú me eres fiel y eres mi fuerza, Mamá, en estos momentos. Sostenme con tu amor y tu oración. De entre los que en mayor o menor grado me aman, eres la única que sabes orar en estos momentos; orar y comprender. Los otros tienen sentimientos de celebración y están absortos en pensamientos celebrativos o en pensamientos delictivos, mientras Yo sufro por muchas cosas. Muchas cosas morirán después de estos momentos; entre ellas, su humanidad; y sabrán ser dignos de Mí, todos menos el que se ha perdido (y ninguna fuerza sirve para llevarlo, al menos, al arrepentimiento). Pero, por ahora, son todavía hombres tardos que no sienten mi muerte y exultan creyendo más cercano que nunca mi triunfo. Las aclamaciones de hace pocos días los han puesto ebrios. Mamá, he venido para esta hora y, sobrenaturalmente, con alegría la veo llegar. Pero mi Yo también la teme, porque este cáliz tiene por nombre “traición”, “reniego”, “crueldad”, “blasfemia”, “abandono”. Infúndeme fuerzas, Mamá. De la misma manera que con tu oración atrajiste a ti al Espíritu de Dios y diste por Él al mundo a Aquel al que esperaban las gentes, atrae ahora para tu Hijo la fuerza que le ayude a cumplir la obra para la que ha venido. Mamá, adiós. Bendíceme, Mamá; también por el Padre. **Y perdona a todos. Perdonemos juntos, perdonemos desde ahora a quienes nos torturan.**

Jesús ha pasado a arrodillarse y habla a los pies de su Madre mientras la mira abrazado a su cintura.

María llora, sin gemidos, levemente alzada la cara por una interna oración a Dios. Las lágrimas ruedan por las mejillas pálidas y caen en su regazo y en la cabeza de Jesús (que la ha apoyado en el corazón de María). Luego Ella pone su mano sobre la cabeza de Jesús como para bendecirlo, luego se inclina, lo besa en el pelo, le acaricia los cabellos, le acaricia los hombros, los brazos, toma su cara entre las manos y la vuelve hacia Ella, la aprieta contra su corazón. Besa una vez más, entre lágrimas, en la frente, en las mejillas, en los ojos dolientes, esa cabeza, acuna esa pobre cabeza cansada; como si fuera un niño; como la vi acunar en la Gruta al recién nacido divino. Pero ahora no canta. Dice solamente: “¡Hijo! ¡Hijo! ¡Jesús! ¡Jesús mío!”. Pero lo dice con una voz tal, que me desgarrar el corazón.

Luego Jesús se alza. Se coloca el manto, se queda en pie frente a su Madre, que sigue llorando, y, a su vez, la bendice. Luego se dirige hacia la puerta. Antes de salir le dice:

-Mamá, vendré una vez más, antes de ofrecer mi Pascua. Ora esperándome.
Y sale.

600

La última Cena pascual.

Empieza el sufrimiento del Jueves Santo.

Los apóstoles –son diez – se dedican intensamente a preparar el Cenáculo.

Judas, encaramado encima de la mesa, observa si hay aceite en todas las ampollas de la lámpara, que es grande y parece una corola de fucsia doble. Y es que está formada por una barra –el tallo– rodeada de cinco lámparas en ampollas que asemejan a pétalos; luego tiene una segunda vuelta, más abajo, que es toda un coronita de pequeñas llamas; luego, por último, tiene tres pequeñas lamparitas colgadas de delgadas cadenas y que parecen los pistilos de la flor luminosa. Luego baja de un salto y ayuda a Andrés a colocar la vajilla en la mesa con arte. Sobre ésta se ha extendido un finísimo mantel.

Oigo que Andrés dice:

-¡Qué espléndido lino!

Y Judas Iscariote:

-Uno de los mejores manteles de Lázaro. Marta se ha empeñado en traerlo.

-¿Y estas copas? ¿Y estas jarras, entonces? – observa Tomás, que ha puesto el vino en las preciosas jarras y las mira una y otra vez con ojos de experto, reflejándose en sus panzas estilizadas y acariciando sus asas trabajadas con cincel.

-¿Quién sabe lo que costarán, eh? – pregunta Judas Iscariote.

-Está trabajado con martillo. A mi padre le encantarían. La plata y el oro en hojas se pliegan con facilidad cuando están calientes. Pero tratado así... Para estropearlo basta un momento; es suficiente un golpe mal dado. Se necesitan fuerza y ligereza al mismo tiempo.

-¿Ves las asas? Sacadas del bloque, no soldadas. Cosas de ricos... Fíjate que toda la limadura y lo desbastado se pierden. No sé si entiendes lo que te digo.

-¡Claro que entiendo! En pocas palabras, es como uno que hace una escultura.

-Exactamente.

Todos observan con admiración. Luego vuelven a su trabajo: quién coloca los asientos, quién preparara los aparadores. Entran juntos Pedro y Simón.

-¡Oh, por fin han venido! ¿A dónde han ido otra vez? Han llegado con el Maestro y con nosotros y se han escapado de nuevo – dice Judas Iscariote.

-Una gestión que había que hacer antes de la hora – responde escuetamente Simón.

-¿Sientes melancolías?

-Creo que con lo que hemos oído durante estos días, y en esos labios que nunca hemos encontrado falaces, hay buenas razones para sentir las.

-Y con ese tufo de... Bien, cállate, Pedro –masculla Pedro entre dientes.

-¿Tú también?... Me pareces un desquiciado desde hace algunos días. Tienes cara de conejo agreste cuando siente tras sí al chacal – responde Judas Iscariote.

-Y tú tienes hocico de garduña. Tú tampoco estás muy bonito desde hace algunos días. Miras de una manera... Hasta se te han torcido los ojos... ¿A quién esperas, o qué esperas ver? Pareces seguro. Quieres parecerlo. Pero se te ve como a uno temeroso de algo –replica Pedro.

-¡En cuanto a miedo!... ¡Tampoco tú eres ningún héroe!

Le responde Juan:

-¡Ninguno lo somos, Judas. Tú llevas el nombre del Macabeo, pero no lo eres. El mío significa: “Dios otorga gracias”, pero te juro que tiemblo por dentro como quien se supiera portador de desgracia y, sobre todo, tengo miedo de caer en desgracia ante Dios. Simón de Jonás, a pesar de su nuevo nombre de “piedra”, ahora se manifiesta blando como cera al fuego. Ya no es estable en su voluntad. ¡Y yo nunca lo vi con miedo en desatadas tempestades! Mateo, Bartolmái y Felipe parecen sonámbulos. Mi hermano y Andrés no hacen más que suspirar. Los dos primos, en quienes se une el dolor de la sangre con el del amor al Maestro, pues ya los ves: parecen hombres ya viejos. Tomás ha perdido su jovialidad. Y Simón está tan ajado por el dolor- yo diría: tan corroído, lívido y abatido-, que parece otra vez el leproso consumido de hace tres años.

-Sí. Nos ha sugestionado a todos con su melancolía – observa Judas Iscariote.

-Mi primo Jesús, el Maestro y Señor mío y de ustedes, está y no está melancólico. Si con esta palabra quieres decir que está triste por el exceso de dolor que todo Israel le está dando – y nosotros vemos este dolor- y por el otro, oculto dolor que sólo Él ve, te digo: “Tienes razón”; pero si usas ese término para decir que está desquiciado, eso te lo prohíbo – dice Santiago de Alfeo.

-¿Y no es demencia una idea fija de melancolía? Yo he estudiado también lo profano, y tengo conocimientos. Jesús ha dado demasiado de sí, y ahora tiene la mente cansada.

-Lo cual significa “demente”, ¿no es verdad? – pregunta el otro primo, Judas, que está aparentemente calmo.

-¡Justamente eso! ¡Había visto con claridad tu padre, justo de santa memoria, a quien tú tanto te pareces en justicia y sabiduría! Jesús –triste destino de una ilustre familia demasiado vieja y que padece senilidad psíquica- ha tenido siempre una tendencia a esa enfermedad. Suave al principio, luego cada vez más agresiva. Tú mismo has visto cómo ha atacado a fariseos y escribas, saduceos y herodianos. Él se ha hecho imposible la vida, como un camino sembrado de esquilas de cuarzo. Y se las ha sembrado Él solo. Nosotros... lo hemos amado tanto, que el amor nos ha puesto un velo delante de nuestros ojos. Pero los que lo amaron sin idolatrarlo: tu padre, tu hermano José, y primero Simón, vieron las cosas con equilibrio... Hubiéramos debido abrir los ojos ante sus palabras. Sin embargo, su dulce hechizo de enfermo nos sedujo. Y ahora... ¡En fin!

Judas Tadeo, que –de la misma altura de Judas Iscariote – está justo frente a él y parece oírlo con calma, reacciona violentamente. Con un fuerte revés arroja a Judas, de espaldas, a uno de los asientos, y con una cólera contenida en la voz, inclinándose sobre la cara del cobarde que no reacciona – quizás temiendo que Judas Tadeo esté al corriente de su crimen- le dice con voz penetrante:

-¡Esto es por la demencia, reptil! Y si no te estrangulo es porque Jesús está allí y es noche de Pascua ¡Pero piensa, piénsalo bien! Si le ocurre algo malo y ya no está Él para detener mi fuerza, nadie te salva. Es como si ya tuvieras el nudo corredizo en el cuello; y serán estas manos mías honradas y fuertes de artesano galileo y de descendiente del hondero de Goliath, las que te lo hagan. ¡Levántate, enervado libertino! Y atento a lo que haces ¡eh!

Judas se alza, lívido, sin la más mínima reacción. Y lo que me maravilla es que ninguno reacciona ante este gesto nuevo de Judas Tadeo. Al contrario... está claro que todos lo aprueban.

Vuelve el ambiente a la normalidad y un instante después Jesús entra. Se asoma en el umbral de la pequeña puerta por la que su alto físico apenas pasa. Pone el pie en el tan reducido descansillo, y, con su mansa, triste sonrisa, abriendo los brazos, dice:

-La paz sea con ustedes.

Es una voz cansada, como la de uno que estuviera languideciendo en lo físico o en lo moral.

Baja. Acaricia la cabeza rubia de Juan, que ha ido a su encuentro. Sonríe, como si no supiera nada, a su primo Judas, y dice al otro primo:

-Tu madre te ruega que seas dulce con José. Ha preguntado por Mí y por ti hace poco a las mujeres. Siento no haberle saludado.

-Lo vas a hacer mañana.

-¿Mañana?... Bueno... tendré tiempo de verlo... ¡Oh, Pedro, por fin estaremos juntos! Desde ayer me pareces un fuego fatuo: te veo y luego no te veo. Hoy casi puedo decir que te he perdido. Tú también, Simón.

-Nuestro pelo más blanco que negro te puede dar la seguridad de que no nos hemos ausentado por apetito carnal – dice serio Simón.

-Aunque... a todas las edades se pueda tener esa hambre... ¡Los viejos! Son peores que los jóvenes...

-Dice ofensivo Judas Iscariote.

Simón lo mira. Ya iba a replicar. Pero también lo mira Jesús y dice:

-¿Te duele una muela? Tienes la mejilla derecha hinchada y roja.

-Sí. Me duele. Pero no tiene mayor importancia.

Los otros no dicen nada y la cosa muere así.

-¿Han hecho todo lo que había que hacer? ¿Tú, Mateo? ¿Y tú, Andrés? ¿Y tú, Judas, has pensado en la ofrenda al Templo?

Tanto los dos primeros como Judas Iscariote dicen:

-Todo hecho, todo lo que dijiste que había que hacer para hoy. No te preocupes.

-Yo he llevado las primicias de Lázaro a Juana de Cusa. Para los niños. Me han dicho: “¡Eran mejores aquellas manzanas!”. ¡Aquellas tenían el sabor del hambre! Y eran tus manzanas – dice Juan con rostro sonriente y de ensoñación.

También Jesús sonríe ante un recuerdo...

-Yo he visto a Nicodemo y a José – dice Tomás.

-¿Los has visto? ¿Has hablado con ellos? – pregunta Judas Iscariote con exagerado interés.

-Sí, ¿qué hay de raro en ello? José es un buen cliente de mi padre.

-No lo habías dicho antes... ¡Por eso me he asombrado!...

Judas trata de remediar la impresión que ha dado, una impresión de ansiedad, por el encuentro de José y Nicodemo con Tomás.

-Me resulta extraño que no hayan venido a presentarte su obsequioso saludo. Ni ellos ni Cusa ni Manahén... Ninguno de los... (Dice Bartolomé)

Pero Judas Iscariote se ríe con una falsa carcajada interrumpiendo a Bartolomé, y dice:

-El cocodrilo vuelve a su madriguera en el momento apropiado.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas? – pregunta Simón con una agresividad como nunca ha tenido.

-¡Calma, calma! ¿Qué les sucede? ¡Es la noche de Pascua! Nunca hemos tenido preparación tan digna para consumir el cordero. Celebremos, pues, la cena con espíritu de paz. Veo que los he turbado mucho con mis instrucciones de estas últimas noches. Pero, ¿ven? ¡He terminado! Ahora ya no les voy a causar más turbación. No está todo dicho en cuanto a Mí se refiere. Sólo lo esencial. El resto... lo comprenderán después. Se les dirá... ¡Sí, vendrá el que se los dirá! Juan, ve con Judas y algún otro por las copas para la purificación. Y luego nos sentamos a la mesa.

La dulzura de Jesús verdaderamente parte el corazón.

Juan con Andrés, Judas Tadeo con Santiago, traen una copa grande, echan agua en ella y ofrecen a Jesús la toalla, y también a los compañeros, los cuales hacen luego lo mismo con ellos. Y ponen la copa (en realidad es una palangana de metal) en un rincón.

-Y ahora cada uno a su sitio. Yo aquí, y aquí, a la derecha, Juan; al otro lado, mi fiel Santiago: los dos primeros discípulos. Después de Juan mi Piedra fuerte. Y después de Santiago el que es como el aire, que no se advierte pero siempre está y consuela: Andrés. A su lado mi primo Santiago. ¿No te duele, mi dulce hermano, el que asigne el primer puesto a los primeros? Eres el sobrino del Justo, cuyo espíritu, más que nunca en esta hora, late en suspendido vuelo sobre Mí. ¡Ten paz, padre de mi debilidad de niño, encina a cuya sombra hallaron alivio la Madre y el Hijo! ¡Ten paz... Después de Pedro, Simón... Simón, ven un momento aquí. Quiero mirar fijamente tu rostro leal. Después te veré ya sólo mal, porque otros me cubrirán tu honesto rostro. Gracias, Simón. Por todo – y lo besa.

Simón, dejado ya, va a su sitio y, un instante, se lleva las manos a la cara con un gesto de aflicción.

-En frente de Simón mi Bartolmái. Dos honradeces y sabidurías que se reflejan recíprocamente. Están bien juntos. Y, al lado, tú, Judas, hermano mío. Así te veo... y me parece estar en Nazaret... cuando alguna fiesta nos reunía a todos en torno a una mesa... También en Caná... ¿Recuerdas? Estábamos el uno al lado del otro. Una fiesta... una fiesta de boda... el primer milagro... el agua transformada en vino... También hoy una fiesta... y también hoy habrá un milagro... el vino

cambiará de naturaleza... y será... - Jesús se sume en su pensamiento. Con la cabeza baja, está como aislado en su mundo secreto. Los demás lo miran sin decir nada.

Alza de nuevo la cabeza y mira fijamente a Judas Iscariote, y le dice:

-Tú estarás frente a Mí.

-¿Tanto me quieres? ¿Más que a Simón, que siempre quieres tenerme enfrente?

-Mucho. Tú lo has dicho.

-¿Por qué, Maestro?

-Porque eres el que más ha hecho de todos para esta hora.

Judas mira al Maestro y a sus compañeros con una mirada muy cambiante: al primero con una cierta, irónica compasión; a los otros, con aire de triunfo.

-Y a tu lado, en una parte, Mateo; en la otra, Tomás.

-Entonces Mateo a mi izquierda y Tomás a mi derecha.

-Como quieras, como quieras – dice Mateo – me basta con tener bien de frente a mi Salvador.

-Por último, Felipe. ¿Ven? El que no está a mi lado en el lado de honor, tiene el honor de estar frente a Mí.

Jesús, en pie en su sitio, vierte en la amplia copa que está colocada delante de Él –todos tienen altas copas, pero Él tiene una mucho más grande, además de la que tienen todos; debe ser la copa ritual-, vierte el vino. Alza la copa, la ofrece, la pone en la mesa.

Luego todos juntos preguntan con tono de salmo:

-¿Por qué esta ceremonia? - Pregunta formal, de rito, está claro.

A la cual Jesús, como cabeza de familia, responde:

-Este día recuerda nuestra liberación de Egipto. Bendito sea Yeohveh, que ha creado el fruto de la vid.

Bebe un sorbo de este vino ofrecido y pasa el cáliz a los demás. Luego ofrece el pan, lo parte, lo distribuye; luego las hierbas empapadas en la salsa rojiza que hay en cuatro salseras.

Terminada esta parte de la comida cantan salmos, todos en coro. Se lleva a la mesa, desde el aparador, la amplia bandeja del cordero asado, y la ponen delante de Jesús.

Pedro, que desempeña el papel de... primera parte, de coro, pregunta:

-¿Por qué este cordero, así?

-Como recuerdo de cuando Israel fue salvado por el cordero inmolado. No murió ningún primogénito donde la sangre brillaba en los postes y el dintel. Y, después, mientras todo Egipto lloraba a los primogénitos varones muertos, desde el palacio del faraón hasta los tugurios, los hebreos, capitaneados por Moisés, se movieron hacia la tierra de la liberación y la promesa. Ceñidas ya sus cinturas, calzados los pies, cayado en mano, fue diligente el pueblo de Abraham para ponerse en marcha cantando los himnos del júbilo.

Todos se ponen en pie y entonan:

-Cuando Israel salió de Egipto y la casa de Jacob de un pueblo bárbaro, Judea vino a ser su santuario... etc., etc. (*Salmo 114*).

Ahora Jesús corta el cordero, llena un nuevo cáliz, bebe de él y lo pasa. Luego entonan otro canto:

-Niños, alaben al Señor; bendito sea el Nombre del Eterno, ahora y por los siglos de los siglos. De Oriente a Occidente debe ser alabado, etc. (*Salmo 113*)

Jesús da los trozos de cordero cuidando de que todos queden bien servidos, justamente como haría un padre de familia rodeado de los amados hijos de su corazón. Solemne, un poco triste, dice:

-He deseado ardientemente comer con ustedes esta Pascua. Ha sido para Mí el deseo de los deseos, desde que fui –ab aeterno (*desde la eternidad*)- “el Salvador”. Sabía que esta hora precedería a ésa otra. Mas la alegría de darme infundía, anticipadamente, este consuelo a mi padecer... He deseado ardientemente comer con ustedes esta Pascua, porque ya nunca comeré del fruto de la vid hasta la llegada del Reino de Dios. Entonces me sentaré nuevamente con los elegidos en el Banquete del Cordero, para el Desposorio de los Vivientes con el Viviente. Pero vendrán a él solamente los que hayan sido humildes y limpios de corazón como Yo soy.

-Maestro, hace un momento has dicho que el que no tiene el honor del sitio lo tiene por estar enfrente de Ti. ¿Cómo podemos saber, entonces, quién es el primero de entre nosotros? –pregunta Bartolomé.

-Todos y ninguno. Una vez... volvíamos cansados... nauseados por el odio farisaico. Pero no estaban cansados de discutir entre ustedes acerca de quién era el mayor... Un niño vino a Mí rápido... un pequeño amigo mío... Y su inocencia endulzó la desazón que Yo tenía por muchas cosas (no la última, la obstinada humanidad de ustedes). ¿Dónde estás ahora, pequeño Benjamín que tuviste aquella sabia respuesta que te vino del Cielo porque – ángel como eras – el Espíritu te hablaba? En aquel momento les dije: “Si uno quiere ser el primero, sea el último y el servidor de todos”. Y les puse como ejemplo al sabio niño. Ahora les digo: “Los reyes de las naciones las dominan. Y los

pueblos oprimidos, aun odiándolos, los aclaman, y los reyes son llamados “Benefactores”, “Padres de la Patria”. Mas el odio se anida bajo el falso obsequio”. Pero entre ustedes no debe ser así. Que el mayor sea como el menor; el que es cabeza, como uno que sirve. Efectivamente: ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? El que está a la mesa. Yo, sin embargo, los sirvo; y, dentro de poco, los serviré más. Ustedes son los que han estado Conmigo en las pruebas. Y Yo dispongo para ustedes un puesto en mi Reino de la misma forma que en él Yo seré Rey según la voluntad del Padre-, para que coman y beban en mi mesa eterna y estén sentados en tronos juzgando a las doce tribus de Israel. Han permanecido a mi lado en mis pruebas... Esto y no otra cosa es lo que los hace grandes ante los ojos del Padre.

-¿Y los que vendrán después? ¿No tendrán un lugar en el Reino? ¿Sólo nosotros?

-¡Oh, cuántos príncipes habrá en mi Casa! Todos los que hayan sido fieles a Cristo en las pruebas de la vida serán príncipes en mi Reino. Porque los que hayan perseverado hasta el final en el martirio de la existencia serán como ustedes, que Conmigo han perseverado en mis pruebas. **Yo me identifico en mis creyentes.** A los predilectos les doy, como estandarte, ese Dolor que abrazo por ustedes y por todos los hombres. El que me sea fiel en el Dolor será un bienaventurado mío; como ustedes, mis amados.

-Nosotros hemos perseverado hasta el final – dice Pedro.

-¿Tú crees, Pedro? Pues te digo que la hora de la prueba debe llegar todavía. Simón, Simón de Jonás, mira que Satanás ha pedido cribarlos como al trigo. He orado por ti, para que tu fe no vacile. Tú, una vez enmendado, confirma a tus hermanos.

-Sé que soy un pecador. Pero te seré fiel hasta la muerte. Este pecado no lo tengo. Nunca lo tendré.

-No seas soberbio, Pedro mío. Esta hora cambiará muchas cosas que antes eran de un modo y ahora serán distintas. ¡Cuántas!... Y esas cosas traen y comportan necesidades nuevas. Ustedes lo saben. Siempre les he dicho, incluso cuando íbamos por lugares lejanos recorridos por bandoleros: “No teman. No nos sucederá nada malo, porque los ángeles del Señor están con nosotros. No se preocupen de nada”. ¿Se acuerdan de cuando les decía: “No estén preocupados por lo que comerán o por la ropa. El Padre sabe qué necesitamos”? También les decía: “El hombre es mucho más que un pájaro y que una flor que hoy es hierba y mañana heno. Y ven que el Padre cuida también de la flor y del pajarillo. ¿Podrán, entonces, dudar de que cuide de ustedes?”. Y les decía: “Den a quien les pida, a quien los hiera preséntele la otra mejilla”. Les decía: “No lleven ni bolsa ni cayado”. Porque he enseñado amor y confianza. Pero ahora... ahora ya no es ese tiempo. Ahora les digo: “¿Les ha faltado alguna vez algo hasta ahora? ¿Alguna vez les han hecho algún daño?

-Nada Maestro. Y sólo a Ti te lo han hecho.

-Así ven que mi palabra era veraz. Pero ahora los ángeles son, todos, convocados por su Señor. Es hora de demonios... Con las alas de oro, los ángeles del Señor se tapan los ojos, se vendan, y les duele el color de sus alas, porque no es color de amargura y ésta es hora de luto, y de un luto cruel, sacrílego... Esta noche no hay ángeles en la Tierra. Están junto al trono de Dios para cubrir con su canto las blasfemias del mundo deicida y el llanto del Inocente. Y nosotros estamos solos... Yo y ustedes: solos. Los demonios son los dueños de esta hora. Por eso nuestro aspecto ahora y nuestra actitud serán como los de los pobres hombres que recelan y no aman. Ahora el que tenga una bolsa tome consigo también una alforja, el que no tenga espada venda su manto y cómprese una. Porque también se dice de Mí en la Escritura, (*Isaías 53, 12*) y debe cumplirse: “Fue contado entre los malhechores”. En verdad, todo lo que a Mí se refiere, toca a su fin.

Simón, que se ha alzado y ha ido al arquibanco (*cajón y banco*), donde había dejado su rico manto – y es que esta noche todos visten sus mejores ropas, y, por tanto, todos llevan puñales, damasquinados, (*con incrustaciones*) pero muy cortos (más cuchillos que puñales), colgados de los ricos cinturones-, coge dos espadas, dos verdaderas espadas, largas, levemente curvadas, y se las lleva a Jesús:

-Yo y Pedro nos hemos armado esta noche. Tenemos éstas. Pero los demás tienen sólo el puñal corto.

Jesús toma las espadas, las observa, desenvaina una y prueba su tajo contra una uña. Es una extraña visión, y produce una impresión todavía más extraña al ver ese fiero instrumento en las manos de Jesús.

-¿Quién se las ha dado? – pregunta Judas Iscariote muy inquieto, mientras Jesús observa y calla.

-¿Quién? Te recuerdo que mi padre era noble y muy poderoso.

-Pero Pedro...

-¿Pero qué? ¿Desde cuándo tengo que dar cuentas de los regalos que quiero hacer a mis amigos?

Jesús alza la cabeza. Antes ha metido el arma en su vaina y ahora devuelve las dos espadas al Zelote.

-Está bien. Son suficientes. Has hecho bien en cogerlas. Pero ahora, antes de beber el tercer cáliz, esperen un momento. Les he dicho que el mayor es como el menor y que Yo estoy como quien sirve en esta mesa y que más los serviré. Hasta ahora les he dado alimentos. Es un servicio en orden al cuerpo. Ahora quiero darles un alimento para el espíritu. No es un plato del rito antiguo; es del nuevo rito. Yo quise bautizarme antes de ser el “Maestro”. Para esparcir la Palabra bastaba ese bautismo. Ahora será derramada la Sangre. Ustedes necesitan otro lavado (*Bautismo*), aunque se hayan purificado (con Juan Bautista en su momento y hoy también, en el Templo). No es suficiente. (*Porque van a recibir la Eucaristía, el Pan consagrado, la primera comunión*). Vengan para que los purifique. Suspendan la comida. Hay algo más importante que la comida que se da al vientre para que se llene, aunque sea alimento santo, como éste del ritual pascual; y ello es un espíritu puro, en disposición de recibir el don del Cielo que ya descende para hacerse un trono en ustedes y darles la Vida. **Dar la Vida a quienes están limpios.**

Jesús se levanta – debe también alzarse Juan, para dejar a Jesús salir mejor de su sitio-, va a un banco y se quita la túnica roja (*se queda con la túnica corta que todos llevan debajo*); la pone doblada encima del manto, ya doblado, se ciñe a la cintura una toalla grande, luego va a otro lavatorio, que todavía está vacío y limpio. Echa en él agua, lo lleva al centro de la habitación, junto a la mesa, y lo pone encima de un taburete. Los apóstoles lo miran estupefactos.

-¿No me preguntan qué hago?

-No lo sabemos. Te digo que ya estamos purificados – responde Pedro.

-Y Yo te repito que eso no importa. Mi purificación le sirve al que ya está purificado para estarlo más.

Se arrodilla. Desata las sandalias a Judas Iscariote y le lava los pies; uno primero, otro después. Es fácil hacerlo, porque los triclinios (*asientos largos para tenderse*) están hechos de tal manera que los pies quedan hacia la parte externa. Judas está estupefacto. No dice nada. Pero, cuando Jesús, antes de calzar el pie izquierdo y levantarse, pone el gesto de besarle el pie derecho ya calzado, Judas retrae bruscamente el pie y da un golpe con la suela en la boca divina. Lo hace sin querer. No es un golpe fuerte, pero a mí me causa mucho dolor. Jesús sonríe, y, el apóstol, que le dice: “¿Te he hecho daño? Ha sido sin querer... Perdona”, le responde:

-No, amigo. Lo has hecho sin malicia y no hace daño.

Judas lo mira... Es una mirada inquieta, huidiza...

Jesús pasa a Tomás, luego a Felipe... Rodea el lado derecho de la mesa y va donde su primo Santiago. Lo lava, y lo besa en la frente al levantarse. Pasa a Andrés, que está rojo de vergüenza y hace esfuerzos por no llorar; lo lava, lo acaricia como a un niño. Luego está Santiago de Zebedeo, que no hace sino susurrar: “Oh, Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Anonadado y sublime Maestro mío!” Juan se ha desatado ya las sandalias y, mientras Jesús está agachado secándole los pies, él se inclina y lo besa en el pelo.

¡Pero a Pedro!... ¡No es fácil convencerlo para este rito!

-¿Tú lavarme a mí los pies? ¡Ni por asomo! Mientras viva, no te lo permitiré. Yo soy un gusano, Tú eres Dios. Cada uno en su lugar.

-Lo que Yo hago tú no puedes comprenderlo por ahora. Más adelante lo comprenderás. Déjame.

-Todo lo que Tú quieras, Maestro. ¿Quieres cortarme el cuello? Hazlo. Pero no me lavarás los pies.

-¡Oh, mi Simón! ¿No sabes que si no te lavo no tendrás parte en mi Reino? ¡Simón! ¡Simón! Necesitas esta agua para tu alma y para el mucho camino que debes de recorrer. ¿No quieres venir Connigo? Si no te lavo, no vienes a mi Reino.

-¡Oh, Señor mío bendito! ¡Pues entonces lávame todo! ¡Los pies, las manos y la cabeza!

-El que, como ustedes, se ha bañado, no necesita lavarse más que los pies, porque ya está enteramente purificado. Los pies... El hombre con los pies camina sobre cosas sucias. Y ello sería poco, pues ya les dije que lo que ensucia al hombre no es lo que entra y sale con el alimento, ni contamina al hombre lo que se pega a los pies por el camino. No. Lo que contamina es lo que incuba y madura en su corazón y de allí sale y contamina sus acciones y sus miembros. Y los pies del hombre de corazón no limpio se dirigen hacia la embriaguez, la lujuria, los tratos ilícitos, los delitos... Por tanto, son, de entre los miembros del cuerpo, los que tienen mucha parte que purificar... como también los ojos... la boca... ¡Oh, hombre!, ¡hombre!, ¡perfecta criatura un día, el primero, y luego tan corrompido por el Seductor! ¡Y no había en ti malicia, oh hombre, ni pecado!... ¿Y ahora? ¡Eres todo malicia y pecado y no hay parte en ti que no peque!

Jesús ha lavado los pies a Pedro. Los besa. Y Pedro llora y toma con sus gruesas manos las dos manos de Jesús, se las pasa por los ojos y las besa luego.

También Simón se ha quitado las sandalias y, sin decir nada, se deja lavar. Pero luego, cuando Jesús está ya para pasar a Bartolomé, Simón se arrodilla, le besa los pies y dice:

-¡Límpiame de la lepra del pecado como me limpiaste de la lepra del cuerpo, para no quedar confundido en la hora del juicio, Salvador mío!

-No temas, Simón. Vendrás a la Ciudad celeste, blanco como nieve alpina.

-¿Y yo, Señor? ¿A tu viejo Bartolmái qué le dices? Me viste a la sombra de la higuera y leíste mi corazón. ¿Ahora qué ves?, ¿dónde me ves? Tranquiliza a este pobre anciano que teme no tener ni fuerza ni tiempo para llegar a como quieres que seamos.

Se le ve muy emocionado a Bartolomé.

-Tampoco temas tú. En aquel momento dije: “He aquí a un verdadero israelita en quien no hay engaño”. Ahora digo: “He aquí un verdadero cristiano digno del Cristo”. ¿Qué dónde te veo? Sentado en un trono eterno, vestido de púrpura. Yo estaré siempre contigo.

Le toca el turno a Judas Tadeo, el cual, cuando ve a sus pies a Jesús, no sabe contenerse y reclina la cabeza sobre el brazo que tiene apoyado en la mesa y llora.

-No llores, dulce hermano. Te sientes como uno que debiera soportar que le arrancasen un nervio, y te parece que no puedes soportarlo. Pero será un dolor breve. Luego... iserás feliz, porque me quieres! Te llamas Judas. Y eres como nuestro gran Judas (*1Macabeos 3, 1 -9*): como un gigante. Eres el protector. Tus acciones son de león y cachorro de león rugientes. Desanidarás a los impíos, que ante ti retrocederán, y los inicuos sentirán terror. Yo sé las cosas. Sé fuerte. Una eterna unión estrechará y hará perfecto nuestro parentesco, en el Cielo – lo besa también a él, en la frente, como a su otro primo.

-Yo soy pecador, Maestro. A mí no...

-Eras pecador, Mateo. Ahora eres el Apóstol. Eres una “voz” mía. Te bendigo. ¡Cuánto camino han recorrido estos pies para avanzar sin cesar, hacia Dios!... El alma los incitaba y ellos han abandonado todo camino que no fuera mi camino. Continúa. ¿Sabes dónde termina el sendero? En el seno del Padre mío y tuyo.

Jesús ha terminado. Deja la toalla, se lava en agua limpia las manos, se pone de nuevo la túnica, vuelve a su sitio y, al sentarse, dice:

-Ahora están limpios, aunque no todos. Sólo los que han tenido la voluntad de estarlo.

Mira fijamente a Judas de Keriot, que ha hecho como si no hubiera oído, ocupado en explicar a su compañero Mateo cómo su padre se decidió a mandarlo a Jerusalén: palabras inútiles que tienen para Judas – quien, a pesar de su audacia, debe sentirse incómodo – la única finalidad de guardar las apariencias.

Jesús vierte vino por tercera vez en el cáliz común. Bebe. Ofrece de beber. Luego canta, y los otros lo siguen en coro: “Amo porque el Señor escucha la voz de mi oración, porque inclina su oído hacia mí. Le invocaré durante toda mi vida. Me rodeaban dolores de muerte”... etc. Se recitan por orden: Salmo 116, salmo 117, salmo 118, salmo 119.

Un momento de pausa. Luego sigue cantando: “Tuve fe y por eso hablé. Me había humillado profundamente y en medio de mi turbación decía: “Todo hombre es mentiroso”. Mira fijo a Judas.

La voz de mi Jesús, esta noche cansada, recobra fuerza cuando exclama: “Valiosa es ante los ojos de Dios la muerte de los santos” y “Has roto mis cadenas. Te ofreceré un holocausto de alabanza invocando el nombre del Señor” etc. (Salmo 115).

Otra breve pausa en el canto, y luego continúa: “Alaben todas al Señor, naciones, todos los pueblos alábenlo. Porque se ha afianzado en nosotros su misericordia y la verdad del Señor permanece eterna”.

Otra breve pausa y luego un largo himno: “Celebren al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia...” (Salmo 118)

Judas de Keriot canta tan desentonado, que Tomás dos veces lo conduce al tono con su potente voz de barítono y lo mira fijamente. También los otros lo miran, porque, por lo general está siempre bien entonado, y de su voz, como de todas las otras cosas –lo he podido comprender- se siente orgulloso. ¡Pero esta noche! Ciertas frases le turban, hasta el punto de que le salen gallitos, y lo mismo ciertas miradas de Jesús que subrayan las frases. Una de estas frases es (*verso 8*): “Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre”. Otra es (*verso 13*): “Se me empujó y vacilaba, y estaba para caer. Pero el Señor me sujetó”. Otra es (*verso 17*): “No moriré, sino que viviré y referiré las obras del Señor”. Y, en fin, estas dos que voy a decir le estrangulan la voz al Traidor en la garganta: (*verso 22*) “La piedra desechada por los constructores ha venido a ser piedra angular” y(*verso 26*) “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”

Acabado el salmo, mientras Jesús corta y de nuevo pasa trozos de cordero, Mateo pregunta a Judas de Keriot:

-¿Te encuentras mal?

-No. Déjame tranquilo. No te preocupes de mí.

Mateo se encoge de hombros.

Juan, que ha oído esto, dice:

-Tampoco el Maestro está bien. ¿Qué te sucede, Jesús mío? Tienes la voz quebrada; como la de un enfermo o la de uno que haya llorado mucho – y lo abraza, estando con la cabeza apoyada en el pecho de Jesús.

-Sólo es que ha hablado mucho; y yo, lo único es que he andado mucho y he cogido frío- dice Judas nervioso.

Y Jesús, sin responderle a él, dice a Juan:

-Tú ya me conoces... y sabes qué es lo que me cansa...

El cordero está casi terminado.

Jesús, que ha comido poquísimo y ha bebido sólo un sorbo de vino por cada cáliz –sin embargo, como si se sintiera febril, ha bebido mucha agua – continúa hablando.

-Quiero que comprendan mi gesto de antes. Les he dicho que el primero es como el último, y que les daría un alimento que no es corporal. Les he dado un alimento de humildad. Para sus espíritus. Ustedes me llaman: Maestro y Señor. Dicen bien, porque lo soy. Entonces, si Yo les he lavado los pies, también deben lavárselos ustedes los unos a los otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que Yo he hecho. En verdad les digo: el siervo no es más que su señor, ni el apóstol más que Aquel que lo ha constituido apóstol. Traten de comprender estas cosas. Y si, comprendiéndolas, las ponen por obra, serán bienaventurados. Pero no serán todos bienaventurados. Yo los conozco. Sé a quiénes he elegido. No de la misma manera me refiero a todos. Pero digo la verdad. Por otra parte, debe cumplirse lo que en relación a Mí fue escrito (*Salmo 41, 10*): “Aquel que come Conmigo el pan ha alzado contra Mí su talón”. Les digo todo antes de que suceda, para que no abriguen dudas respecto a Mí. Cuando todo esté cumplido, creerán más todavía que Yo soy Yo. El que me recibe a Mí recibe al que me ha enviado: al Padre santo que está en los Cielos. Y el que reciba a los que Yo envíe me recibirá a Mí mismo. Porque Yo estoy con el Padre y ustedes están Conmigo... Pero ahora vamos a cumplir el rito.

Vierte de nuevo vino en el cáliz común y, antes de beber de él y de pasarlo para que beban, se levanta, y con Él se levantan todos, y canta otra vez uno de los salmos de antes: “Tuve fe y por eso hablé...” Y luego uno que no termina nunca. (119- 118) ¡Hermoso... pero eterno! Creo identificarlo, por el comienzo y por lo largo que es, como el salmo 118. Lo cantan así: un trozo todos juntos; luego, por turnos, uno dice un dístico y los otros, juntos, un trozo; y así hasta el final. ¡Yo creo que al final deben sentir sed!

Jesús se sienta. No se recuesta; se queda sentado, como nosotros. Y habla:

-Ahora que el antiguo rito se ha cumplido, voy a celebrar el nuevo. Les he prometido un milagro de amor. Es la hora de realizarlo. Por esto he deseado esta Pascua. De ahora en adelante, ésta será la hostia inmolada en perpetuo rito de amor. Les he amado durante toda la vida de la Tierra, amigos amados. Les he amado durante toda la eternidad, hijos míos. Y quiero amarlos hasta el final. No hay cosa mayor que ésta. Recuérdenlo. Yo me marchó. Pero permaneceremos siempre unidos mediante el milagro que voy a cumplir ahora.

Jesús toma un pan todavía entero. Lo pone encima del cáliz, que está completamente lleno. Bendice y ofrece ambos, luego parte el pan y toma de él trece trozos. Se los da, uno a uno, a los apóstoles, y dice:

-Tomen y coman. Ésto es mi Cuerpo. Hagan esto en memoria mía, que me marchó.

Pasa el cáliz y dice:

-Tomen y beban. Ésta es mi Sangre. Éste es el cáliz del nuevo pacto en la Sangre y por la Sangre mía, que será derramada por ustedes para el perdón de sus pecados y para darles la Vida. Hagan ésto en memoria mía.

Jesús está tristísimo. Toda huella de sonrisa, de luz, de color, lo han abandonado. Su rostro es ya de agonía. Los apóstoles lo miran angustiados.

Jesús se levanta y dice:

-No se muevan. Vuelvo enseguida.

Toma el trozo decimotercero de pan y el cáliz y sale del Cenáculo.

-Va donde su Madre – susurra Juan.

Y Judas Tadeo suspira: - ¡Pobre mujer!

Pedro pregunta en voz baja: -¿Crees que Ella sabe?

-Sabe todo. Siempre lo ha sabido todo.

Hablan todos en voz bajísima, como delante de un muerto.

-Pero, ¿creen que realmente...? – pregunta Tomás, que no quiere creer todavía.

-¿Y lo dudas? Es su hora – responde Santiago de Zebedeo.

-Que Dios nos dé la fuerza de ser fieles – dice el Zelote.

-¡Oh! Yo... - Pedro está por decir algo, pero Juan, que está alerta, dice:

-¡Chss! Está aquí.

Jesús vuelve. Trae en la mano el cáliz vacío. En su fondo, una mínima señal de vino, que, bajo la luz de la lámpara, parece realmente sangre.

Judas Iscariote, que tiene ante sí el cáliz, lo mira como hechizado, y luego desvía la mirada.

Jesús lo observa y se estremece. Juan, estando apoyado en el pecho de Jesús, siente este estremecimiento, y exclama:

-Dilo, ¿no?! Estás temblando...

-No. No tiemblo por fiebre... Todo les he dicho y todo les he dado. Más no podía darles. Les he dado a Mí mismo.

Hace ese dulce gesto suyo de las manos, las cuales, antes unidas, ahora se separan y abren, mientras agacha la cabeza, como queriendo decir. "Perdonen si más no puedo. Así es".

-Les he dicho todo y les he dado todo. Y repito que el nuevo rito se ha cumplido. Hagan esto en memoria mía. Les he lavado los pies para enseñarles a ser humildes y puros como el Maestro de ustedes. Porque en verdad les digo que los discípulos deben ser como es el Maestro. De la misma manera en que Yo los he lavado, háganlo entre ustedes. O sea, ámense como hermanos, ayudándose los unos a los otros, venerándose recíprocamente, siendo ejemplo los unos para los otros. Y sean puros. Para ser dignos de comer el Pan vivo que ha bajado del Cielo y tener dentro de ustedes, por su virtud, la fuerza de ser mis discípulos en el mundo enemigo que los odiará por causa de mi Nombre. Pero uno de ustedes no es puro. Uno de ustedes me traicionará. Por este motivo estoy intensamente conmovido en el espíritu... La mano del que me traiciona está Conmigo en esta mesa. Ni mi amor, ni mi Cuerpo y Sangre, ni mi palabra, lo convierten y le hacen arrepentirse. Yo lo perdonaría yendo a la muerte también por él.

Los discípulos se miran aterrorizados, se escrutan, no sin recelos los unos de los otros. Pedro, despertándose todas sus dudas, mira fijamente a Judas Iscariote. Judas Tadeo se pone en pie como impulsado por un resorte, para mirar también a Judas por encima del cuerpo de Mateo.

¡Pero éste se muestra tan seguro! A su vez, clava sus ojos en Mateo, como si sospechara de él. Luego fija su mirada en Jesús. Sonríe y pregunta:

-¿Soy yo, acaso, ése?

Parece el más seguro de su honestidad, y parece que si hace esta pregunta es sólo porque no se interrumpa la conversación.

Jesús repite su gesto y dice:

-Tú lo dices, Judas de Simón. No Yo. Yo no te he nombrado. ¿Por qué te acusas? Pregúntale a tu voz interior, a tu conciencia de hombre, a esa conciencia que Dios Padre te ha dado para que vivas como hombre, y mira a ver si te acusa. Tú, antes que ningún otro, lo sabrás. Pero, si ella te tranquiliza, ¿por qué dices palabras que son malditas con sólo decirlas, y piensas en un hecho igualmente maldito con sólo pensarlo, aunque sea por juego?

Jesús habla con calma. Parece sostener la tesis propuesta como lo podría hacer un maestro con sus alumnos. La agitación es fuerte, pero la calma de Jesús la aplaca.

De todas formas, Pedro, que es el que más sospecha de Judas – quizás también Judas Tadeo, pero lo parece menos, porque la desenvoltura de Judas Iscariote lo desarma-, tira de una manga a Juan, y cuando Juan - que se había pegado fuertemente a Jesús al oír hablar de traición- se vuelve, le susurra:

-Pregúntale que quién es.

Juan vuelve a su postura de antes. Lo único es que alza levemente la cabeza, como para besar a Jesús, y entretanto le susurra al oído:

-Maestro, ¿quién es?

Y Jesús, con voz bajísima, devolviéndole el beso entre los cabellos:

-Aquel al que dé un pedazo de pan untado.

Toma un pan todavía entero, no el resto del usado para la Eucaristía; separa un buen trozo, lo unta en el jugo que ha dejado el cordero en la bandeja, alarga por encima de la mesa el brazo y dice:

-Toma, Judas. Esto te gusta.

-Gracias, Maestro. Sí que me gusta – y, sin saber lo que es ese bocado, se lo come, mientras Juan, horrorizado, hasta cierra los ojos para no ver la horrenda sonrisa que tiene Judas mientras muerde con sus fuertes dientes el pan acusador.

-Bien. Ahora que te he dado esta satisfacción, márchate –dice Jesús a Judas-. Todo está cumplido **aquí** (marca mucho la palabra). Lo que en otro lugar queda por hacer hazlo pronto, Judas de Simón.

-Te obedezco enseguida, Maestro. Luego me reuniré contigo en el Getsemaní. ¿Vas allí, verdad?, ¿Cómo siempre?

-Voy allí... como siempre... sí.

-¿Qué tiene que hacer? – pregunta Pedro - ¿va solo?
-No soy ningún niño – dice en tono socarrón Judas, que se está poniendo el manto.
-Déjalo que se marche. Yo y él sabemos lo que se debe hacer.
-Sí, Maestro.

Pedro guarda silencio. Quizás piense que ha pecado de desconfianza hacia su compañero. Con la mano en la frente, piensa.

Jesús aprieta contra su corazón a Juan y le susurra otra cosa entre sus cabellos:

-No digas nada a Pedro, por ahora. Sería un inútil escándalo.
-Adiós, Maestro. Adiós, amigos – Judas se despide.
-Adiós - dice Jesús.

Y Pedro:

-Adiós, muchacho.

Juan, con la cabeza casi en el regazo de Jesús, susurra:

-¡Satanás!

Sólo Jesús lo oye, y suspira.

Hay unos minutos de absoluto silencio. Jesús está cabizbajo, mientras mecánicamente acaricia los cabellos de Juan. Luego reacciona. Alza la cabeza, mira alrededor de sí, sonríe (una sonrisa consoladora para los discípulos). Dice:

-Quitamos la mesa. Vamos a sentarnos todos bien juntos, como hijos en torno a su padre.

Toman los triclinios que había detrás de la mesa (los de Jesús, Juan, Santiago, Pedro, Simón, Andrés y el primo Santiago) y los llevan al otro lado.

Jesús toma asiento en el suyo, igual que antes, entre Santiago y Juan. Pero, cuando ve que Andrés va a sentarse en el asiento que ha dejado Judas Iscariote, grita:

-No, ahí no.

Un grito impulsivo que su suma prudencia no logra evitar. Luego modifica de esta manera:

-No es necesario tanto espacio. Sentados, se puede estar en éstos; son suficientes. Los quiero tener muy cerca.

Forman una U alargada con Jesús en el centro y, enfrente, la mesa – una mesa ya sin comida – y el sitio de Judas. Santiago de Zebedeo llama a Pedro:

-Siéntate aquí. Yo me siento en este taburete, a los pies de Jesús.

-¡Que Dios te bendiga, Santiago! ¡Lo estaba deseando! –dice Pedro, y se arrima a su Maestro, que viene a hallarse estrechado entre Juan y Pedro, y tiene a Santiago a los pies.

Jesús sonríe:

-Veo que empiezan a obrar las palabras que he dicho antes. Los buenos hermanos se quieren. Yo también te digo, Santiago: “Que Dios te bendiga”. Tampoco este acto tuyo será olvidado por el Eterno, y lo encontrarás allá arriba.

Todo lo que pido lo puedo. Ya lo han visto. Ha bastado un solo deseo para que el Padre concediera al Hijo el darse en Alimento al hombre. Con todo lo que ha sucedido ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, porque el milagro, sólo posible para los amigos de Dios, es testimonio de poder. Cuanto mayor es el milagro, más segura y profunda es esta divina amistad. Éste es un milagro que, por su forma, duración y naturaleza, por su magnitud y los límites a que llega, no admite otro posible mayor. Les digo que es tan poderoso, tan sobrenatural, tan incomprensible para el hombre soberbio, que muy pocos lo entenderán como debe entenderse, y muchos lo negarán. ¿Qué diré, entonces? ¿Condena para ellos? No. Diré: ¡piedad!

Pero, cuanto mayor es el milagro, mayor es la gloria que recibe su autor. Es Dios mismo quien dice: “Sí, este Amado mío ha recibido lo que ha querido, y Yo lo he concedido, porque grande es la gracia que posee ante mis ojos”. Y aquí dice. “Posee una gracia sin límites, como infinito es el milagro que ha hecho”. La gloria que de Dios revierte en el autor del milagro y la gloria que del autor del milagro revierte en el Padre son parejas: porque toda gloria sobrenatural, procediendo de Dios, a su fuente retorna. Y la gloria de Dios, aun siendo ya infinita, crece y crece y resplandece por la gloria de sus santos. Así, digo: de la misma forma que ha sido glorificado por Dios el Hijo del hombre, Dios ha sido glorificado por Éste. Yo he glorificado a Dios en Mí mismo, a su vez Dios glorificará en Sí a su Hijo; muy pronto lo glorificará.

¡Exulta, Tú que vuelves a tu Sede, oh Esencia espiritual de la Segunda Persona! ¡Exulta, Carne que vuelve a subir después de tanto destierro en el fango! Y lo que se te va a dar como morada ciertamente no es el Paraíso de Adán, sino el excelso Paraíso del Padre. Que, si se dijo que sorprendido por un mandato de Dios –dado por boca de un hombre- se detuvo el Sol, (*Josué 10, 12 - 14*) ¿qué no sucederá en los astros cuando vean el prodigio de la Carne del Hombre subir y sentarse a la derecha del Padre en su Perfección de materia glorificada?

Hijitos míos, ya poco tiempo estaré con ustedes. Luego me buscarán como los huérfanos buscan al padre o a la madre muertos. Y, llorando, hablando de Él irán y llamarán en vano al mudo sepulcro, y luego llamarán a las puertas azules de los Cielos, con su alma lanzada en suplicante búsqueda de amor, y dirán: “¿Dónde está nuestro Jesús? Queremos tenerlo. Sin Él ya no hay luz en el mundo, ni alegría ni amor. O nos lo devuelven o déjennos entrar. Queremos estar donde Él”. Mas no pueden, por ahora, ir a donde Yo voy. Se los dije también a los judíos: “Luego me buscarán, pero a donde voy Yo ustedes no pueden ir”. Se los digo también a ustedes.

Consideren que ni siquiera mi Madre podrá ir a donde Yo voy. Y fíjense que dejé al Padre para ir a Ella y hacerme Jesús en su seno sin mancha. Fíjense que de la inviolada vine en el éxtasis luminoso de mi Natividad; y de su amor, hecho leche, me nutrí. Yo estoy hecho de pureza y amor porque María me nutrió con su virginidad fecundada por el Amor perfecto que vive en el Cielo. Y fíjense que por Ella crecí, costándole fatigas y lágrimas... Y fíjense que le pido un heroísmo que supera a todos los realizados hasta ahora, respecto al cual los de Judit y Yael son como heroísmos de pobres mujeres en oposición con su rival en la fuente del pueblo. Y fíjense que ninguno la iguala en amor a Mí. Pues bien, a pesar de todo, la dejo y voy a donde Ella no irá hasta dentro de mucho tiempo. Para Ella no es el mandato que les doy a ustedes: **“Santifíquense año tras año, mes tras mes, día tras día, hora tras hora, para poder venir a Mí cuando llegue su momento”**. En Ella reside toda gracia y santidad. Es la criatura que ha tenido todo y ha dado todo. Nada hay que añadir en Ella, y nada hay que quitar. **Es el santísimo testimonio de lo que puede Dios.**

Pero para estar seguro de que en ustedes exista la aptitud de venir a Mí y de olvidar el dolor del luto de la separación de su Jesús, les doy un mandamiento nuevo: **Que se amen los unos a los otros. Como Yo los he amado, ámense igualmente los unos a los otros**. Por esto se sabrá que son mis discípulos. Cuando un padre tiene muchos hijos, ¿en qué se sabe que son sus hijos? No tanto por el aspecto físico –porque hay hombres que son en todo semejantes a otro hombre con el que no tienen ninguna relación de sangre, y ni siquiera de nación–, cuanto por el común amor a la familia, a su padre y entre sí. E incluso cuando muere el padre la buena familia no se disgrega, porque la sangre es una, que es la que recibieron genéticamente de su padre y anuda vínculos que ni siquiera la muerte desata, porque **más fuerte que la muerte es el amor**. Pues bien, si me aman aun después de que los deje, todos reconocerán que son hijos míos, y por tanto, discípulos míos, y que, habiendo tenido un único padre, entre ustedes son hermanos.

-Señor Jesús, pero ¿a dónde vas? – pregunta Pedro.

-Voy a donde tú, por ahora, no puedes seguirme. Pero después me seguirás.

-¿Y por qué no ahora? Te he seguido siempre, desde que me dijiste: “Sígueme”. He dejado todo sin añoranzas... Marcharte ahora sin tu pobre Simón, dejándome privado de Ti, mi Todo, después de que yo he dejado mi poco bien de antes, no es ni razonable ni bonito de tu parte. ¿Vas a la muerte? Bien, pues yo también voy. Iremos juntos al otro mundo. Pero antes te habré defendido. Estoy preparado para dar la vida por Ti.

-¿Tú darás la vida por Mí? ¿Ahora? Ahora, no. En verdad, en verdad te lo digo: antes de que cante el gallo me negarás tres veces. Estamos todavía en la primera vigilia. Luego vendrá la segunda... y luego la tercera. Antes del galicinio (*justo antes del amanecer*), renegarás de tu Señor tres veces.

-¡Imposible, Maestro! Creo en todo lo que dices, pero no en esto; estoy seguro de mí.

-Ahora, por ahora estás seguro; pero es porque ahora me tienes todavía a Mí. Tienes contigo a Dios. Dentro de poco el Dios Encarnado será prendido y ya no lo tendrán. Y Satanás, después de ponerles impedimentos – tu propia seguridad es una astucia de Satanás, morralla (*montón de cosas inútiles*) para ponerte obstáculos– los atemorizará. Les insinuará: “Dios no existe. Yo existo”. Y, dado que, a pesar de que el espanto les empañe la mente, todavía razonarán, lo que comprenderán será que si Satanás es el amo de esa hora, es que ha muerto el Bien y lo que obra es el Mal; que el espíritu ha sido abatido y triunfa lo humano. Entonces se quedarán como guerreros sin caudillo, perseguidos por el enemigo, y, en medio del desconcierto propio de los vencidos, se doblegarán ante el vencedor, y, para evitar que los maten, renegarán del héroe caído.

Pero –se los ruego –, no se turben sus corazones. Crean en Dios. Crean también en Mí. Contra todas las apariencias, crean en Mí. Crean en mi Misericordia y en la del Padre tanto el que se quede como el que huya; tanto el que calle como el que abra su boca para decir: “No lo conozco”. Igualmente, crean en mi perdón. Y crean que, cualesquiera que sean en el futuro sus acciones, en el Bien y en mi Doctrina (por tanto, en mi Iglesia), esas acciones les darán un igual lugar en el Cielo.

En la Casa del Padre mío hay muchas moradas. Si no fuera así, se los habría dicho. Porque Yo voy por delante. A preparar un lugar para ustedes. ¿No hacen, acaso, eso los padres buenos, cuando tienen que llevar a sus pequeñuelos a otro lugar? Van por delante, preparan la casa, los enseres, las

provisiones. Y luego vuelven y toman consigo a sus más amadas criaturas. Eso hacen, por amor. Para que a sus pequeñuelos no les falte nada, ni se sientan incómodos en el nuevo pueblo. Lo mismo hago Yo, y por el mismo motivo. Me marchó, ahora. Cuando haya preparado para cada uno su puesto en la Jerusalén celestial, volveré y los tomaré Conmigo, para que estén Conmigo donde Yo estoy, donde no habrá ya muerte, ni lutos, ni lágrimas, ni gritos, ni hambre, ni dolor, ni tinieblas, ni quemazón, sino sólo luz, paz, bienaventuranza y canto.

¡Oh, canto de los Cielos altísimos cuando los doce elegidos estén en los tronos con los doce patriarcas de las tribus de Israel y, encendidos en el fuego del amor espiritual, canten, erguidos frente al mar de la bienaventuranza, el cántico eterno cuyo arpegio será el eterno aleluya del ejército angélico...!

Quiero que donde voy a estar estén ustedes. Y ya saben a dónde voy, y saben el camino.

-¡Pero, Señor! Nosotros no sabemos nada. No nos dices a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino que hay que tomar para ir hacia Ti y abreviar la espera? – pregunta Tomás.

-Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida. Me lo han oído decir y explicar repetidas veces. Y, en verdad, algunos que ni siquiera sabían que existía un Dios se han encaminado antes por mi camino y ya los preceden. ¡Oh!, ¿dónde estás, oveja descarriada de Dios traída por Mí de nuevo al redil?, ¿dónde estás tú, resucitada de alma? (*Áglae*)

-¿Quién? ¿De quién hablas? ¿De María de Lázaro? Está allí, con tu Madre. ¿Quieres que venga? ¿O quieres que venga Juana? Estará, sin duda, en su palacio. Pero, si quieres, vamos a llamarla...

-No. No me refiero a ella... Pienso en aquella que será mostrada sólo en el Cielo... y en Fotinai... Ellas me han encontrado. Y desde entonces no han dejado mi camino. A una le indiqué al Padre como Dios verdadero y al espíritu como levita en esta individual adoración; a la otra, que ni siquiera sabía que tenía un espíritu, le dije: **“Mi nombre es Salvador; salvo a quien tiene buena voluntad de salvarse. Yo soy Aquel que busca a los perdidos, que da la Vida, la Verdad y la Pureza. Quien me busca me encuentra”**. Y ambas han encontrado a Dios... Las bendigo, débiles Evas que han venido a ser más fuertes que Judit... Voy a donde están... Ustedes me consuelan... ¡Benditas sean!...

-Muéstranos al Padre, Señor, y seremos como estas mujeres – dice Felipe.

-¡Tanto tiempo hace que estoy con ustedes, ¿y tú, Felipe, no me has conocido todavía?! El que me ve a Mí ve al Padre mío. ¿Cómo es que dices: “Muéstranos al Padre? ¿No logras creer que Yo estoy en el Padre y Él en Mí? Las palabras que les digo no las digo motu propio (*voluntariamente, espontáneamente*), sino que el Padre, que mora en Mí, cumple cada una de mis obras. ¿Y no creen que Yo esté en el Padre y Él en Mí? ¿Qué tengo que decir para hacerlos creer? Pues si no creen en las palabras crean al menos en las obras.

Yo les digo, y se los digo con verdad: el que cree en Mí hará las obras que Yo hago, y las hará aun mayores, porque voy al Padre. Y todo lo que pidan al Padre en mi nombre, Yo lo haré para que el Padre sea glorificado en su Hijo. Y haré lo que me pidan en nombre de mi Nombre. Mi Nombre, en lo que realmente es, es conocido por Mí solamente y por el Padre que me ha engendrado y por el Espíritu que de nuestro amor procede. Por ese Nombre todo es posible. **El que piensa en mi Nombre con amor me ama, y obtiene;** pero no basta amarme, **es necesario observar mis mandamientos para tener el verdadero amor.**

Son las obras las que dan testimonio de los sentimientos. Y por este amor rogaré al Padre, y Él les dará otro Consolador, que permanezca para siempre con ustedes, Uno en quien Satanás y el mundo no puedan ensañarse, el Espíritu de la Verdad que el mundo no puede recibir ni herir, porque ni lo ve ni lo conoce. Dirigirá contra Él sus escarnios, pero Él es tan excelso que el escarnio no lo podrá herir; mientras que su piedad superará toda medida para aquellos que lo amen, aunque sean pobres y débiles. Ustedes lo conocerán, porque ya vive con ustedes y pronto estará en ustedes.

No los dejaré huérfanos. Ya les he dicho que volveré a ustedes. Pero antes de que llegue la hora de venir a recogerlos para ir a mi Reino Yo vendré; a ustedes vendré. Dentro de poco el mundo ya no me verá. Pero ustedes me ven y me verán. Porque Yo vivo y ustedes viven. Porque Yo viviré y ustedes también vivirán. Ese día conocerán que estoy en el Padre mío y ustedes en Mí y Yo en ustedes. Porque **el que acoge mis preceptos y los observa es el que me ama, y el que me ama será amado por el Padre mío** y poseerá a Dios porque Dios es Caridad y quien ama tiene en sí a Dios. Y Yo lo amaré porque en él verá a Dios, y me manifestaré a él dándome a conocer en los secretos de mi amor, de mi sabiduría, de mi Divinidad encarnada. Serán mis regresos a los hijos del hombre, a quienes amo, aunque sean débiles e incluso enemigos. Pero éstos serán sólo débiles, y yo los fortaleceré. Les diré: “¡Álzate!”, diré: “¡Sal afuera!”, diré: “¡Sígueme!”, diré: “Escucha”, diré: “Escribe”... y ustedes están entre éstos.

-¿Por qué, Señor, te manifiestas a nosotros y no al mundo? – pregunta Judas Tadeo.

-Porque me aman y ponen por obra mis palabras. El que haga esto será amado por el Padre y **Nosotros iremos a él y viviremos con él, en él;** mientras que el que no me ama no pone por obra mis palabras y actúa según la carne y el mundo. Ahora bien, sepan que lo que les he dicho no son palabras de Jesús Nazareno sino palabras del Padre, porque Yo soy el Verbo del Padre, que me ha enviado. Les he dicho estas cosas hablando así, con ustedes, porque quiero Yo mismo prepararlos a la completa posesión de la Verdad y la Sabiduría. Pero todavía no pueden comprender ni recordar. Pero, cuando venga a ustedes el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi Nombre, podrán comprender, y les enseñará todo y les recordará todo lo que Yo les he dicho.

Mi paz les dejo, mi paz les doy. Se la doy a ustedes no como la da el mundo, y ni siquiera como hasta ahora se las he dado: saludo bendito del Bendito a los bendecidos. La paz que ahora les doy es más profunda. En este adiós, les comunico a Mí mismo, mi Espíritu de Paz, de la misma manera que les he comunicado mi Cuerpo y mi Sangre, para que tengan en ustedes una fuerza en la inminente batalla. Satanás y el mundo desatan su guerra contra su Jesús. Es su hora. Tengan en ustedes la Paz, mi Espíritu que es espíritu de paz, porque Yo soy el Rey de la paz. Tengan esta paz para no sentirse demasiado desvalidos. El que sufre con la paz de Dios dentro de sí, sufre, pero ni blasfema ni se desespera.

No lloren. Han oído también que he dicho: “Voy al Padre y luego regresaré”. Si me amaran por encima de la carne, se alegrarían, porque voy con el Padre después de este gran destierro... Voy donde Aquel que es mayor que Yo y que me ama. Se los he dicho ahora, antes de que se cumpla – como también les he revelado todos los sufrimientos del Redentor antes de ir a ellos – para que, cuando todo se cumpla, crean más en Mí. ¡No se turben de esa manera! No se descorazonen. Sus corazones necesitan equilibrio...

Poco me queda para hablarles... ¡Y todavía tengo mucho que decir! Llegado al final de esta evangelización mía, me parece como si no hubiera dicho todavía nada, y que mucho, mucho, mucho quede por hacer. El estado de ustedes aumenta esta sensación mía. ¿Qué diré entonces? ¿Qué he desempeñado con deficiencia mi función?, ¿o que ustedes son tan duros de corazón, que para nada ha servido mi obra? ¿Dudaré? No. Me pongo en las manos de Dios, y los pongo a ustedes, mis predilectos, en sus manos. Él dará cumplimiento a la obra de su Verbo. No soy como un padre que muere sin más luz que la humana; Yo espero en Dios. Y aun sintiendo en Mí el apremio de darles todos los consejos de que los veo necesitados, y aun sintiendo que el tiempo huye, voy tranquilo a mi destino. Sé que sobre las semillas caídas en ustedes está para descender el rocío, un rocío que las hará germinar a todas ellas; y luego vendrá el sol del Paráclito, y las semillas se transformarán en árboles corpulentos. Muy pronto llegará el príncipe de este mundo, aquel con quien Yo nada tengo que ver; y, si no hubiera sido por la finalidad redentora, ningún poder hubiera tenido en orden a Mí. Pero esto sucede para que el mundo sepa que amo al Padre y que lo amo hasta la obediencia de muerte y que por eso hago lo que me ha mandado.

Es la hora de marcharnos. Levántense. Oigan las últimas palabras: Yo soy la verdadera Vid. El Padre es el Viñador. Al sarmiento que no produce fruto el Padre lo corta y al que produce fruto lo poda para que dé aún más fruto. Ustedes están ya purificados por mi palabra. Permanezcan en Mí – Yo permanezco en ustedes – para mantener esa pureza. El sarmiento separado de la vid no puede producir fruto. Igualmente ustedes, si no permanecen en Mí. Yo soy la Vid; ustedes, los sarmientos. El que permanece unido a Mí produce abundantes frutos. Pero si uno se separa, se seca, y es arrojado al fuego y allí arde. Porque sin la unión Conmigo no pueden hacer nada. Permanezcan, pues, en Mí; que mis palabras permanezcan en ustedes; luego pidan lo que quieran y se les concederá. El Padre mío, cuanto más fruto den y cuanto más discípulos míos sean, más glorificado será. Como el Padre me ha amado, así los he amado Yo. Permanezcan en mi amor, que salva. Amándose, serán obedientes. La obediencia aumenta el recíproco amor. No digan que me repito. Conozco la debilidad de ustedes. Quiero que se salven. Les digo estas cosas para que la alegría que les he querido dar esté en ustedes y sea completa. Ámense. ¡Ámense! Éste es mi mandamiento nuevo. Ámense unos a otros más de lo que cada uno ame a sí mismo. No hay mayor amor que el del que da su vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos y Yo doy la vida por ustedes. Hagan lo que les enseñé y mando.

Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, mientras que ustedes saben lo que Yo hago. Todo lo saben acerca de Mí. Me he manifestado a ustedes, pero no sólo esto, sino que también les he revelado al Padre y al Espíritu y todo lo que he oído a Dios.

No se han elegido a ustedes mismos, sino que los he elegido Yo, y los he elegido para que vayan a los pueblos y den fruto en ustedes y en los corazones de los evangelizados y su fruto permanezca, y el Padre les dé todo lo que en mi Nombre pidan.

No digan: “Y entonces, si nos has elegido, ¿por qué has elegido a un traidor? Si lo sabes todo, ¿por qué has hecho esto? No se pregunten ni siquiera quién es ése. No es un hombre. Es Satanás. Se lo

dije al amigo fiel (*Lázaro*) y lo he dejado decir al hijo predilecto (*Juan*). Es Satanás. Si Satanás no se hubiera encarnado – el eterno, torpe remedador de Dios, en una carne mortal-, este poseído no hubiera podido quedar al margen de mi poder de Jesús. He dicho “poseído”. No. Es mucho más: es uno que está anulado en Satanás.

-¿Por qué, Tú que has expulsado demonios, no lo has liberado? –pregunta Santiago de Alfeo.

- ¿Lo preguntas por amor a ti, temiendo ser él? No temas eso.

-¿Yo, entonces?

-¿Yo?

-¿Yo?

-Callen. No digo ese nombre. Uso misericordia. Hagan ustedes lo mismo.

-¿Pero por qué no lo has vencido? ¿No podías?

-Podía. Pero para impedir a Satanás encarnarse para matarme habría debido exterminar a la raza humana antes de la Redención. ¿Qué habría redimido, entonces?

-¡Dímelo, Señor, dímelo!

Pedro ha caído de rodillas ante Jesús y lo zarandea frenéticamente, como si el delirio se hubiera apoderado de él.

-¿Soy yo? ¿Soy yo? ¿Me examino? No me parece serlo. Pero Tú... has dicho que te negaré... Y tiemblo... ¡Qué horror ser yo!...

-No, Simón de Jonás, tú no.

-¿Por qué me has quitado mi nombre de “Piedra”? ¿Entonces soy de nuevo Simón? ¿Lo ves? ¡Lo estás diciendo!... ¡Soy yo! ¿Cómo he podido llegar a esto? Díganlo... díganlo ustedes... ¿Cuándo me he hecho traidor?... ¿Simón?... ¿Juan?... ¡Hablen!...

-¡Pedro! ¡Pedro! ¡Pedro! Te llamo Simón porque pienso en el primer encuentro, cuando eras Simón. Y pienso en cómo has sido leal desde el primer momento. No eres tú. Lo digo Yo: Verdad.

-¿Quién, entonces?

-¡Pues Judas de Keriot! ¿No lo has entendido todavía? –grita Judas Tadeo, que ya no es capaz de seguir conteniéndose.

-¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué? – grita también Pedro.

-Silencio. Es Satanás. No tiene otro nombre. ¿A dónde vas, Pedro?

-A buscarlo.

-Deja inmediatamente ese manto y esa arma. ¿O es que tengo que expulsarte y maldecirte?

-¡No, no! ¡Oh, Señor mío! Pero yo... pero yo... ¿estaré enfermo de delirio? ¡Oh! ¡Oh!

Pedro llora arrojado a los pies de Jesús.

-Les doy el mandamiento de que se amen. Y que perdonen. ¿Han comprendido? Aunque en el mundo haya odio, en ustedes haya sólo amor. Hacia todos. ¡Cuántos traidores encontrarán en su camino! Pero no deben odiarlos y devolverles mal por mal. Si eso hicieran, el Padre los aborrecerá a ustedes. Antes de ustedes, fui odiado y traicionado Yo. Y ya ven que Yo no odio. El mundo no puede amar lo que no es como él. Por tanto, no los amarán. Si fueran suyos, los amaría; pero no son del mundo, pues que Yo los he tomado de entre el mundo. Y por esto son odiados.

Les he dicho: el siervo no es más que su señor. Si me han perseguido a Mí, los perseguirán también a ustedes. Si me han escuchado a Mí, los escucharán también a ustedes. Pero todo lo harán por causa de mi Nombre, porque no conocen, **no quieren conocer** al que me ha enviado. Si no hubiera venido y no hubiera hablado, no serían culpables, pero ahora su pecado no tiene disculpa. Han visto mis obras, oído mis palabras, y, no obstante, me han odiado, y Conmigo a mi Padre. Porque Yo y el Padre somos una sola Unidad con el Amor. Pero estaba escrito (*Salmos 35, 19; 69,5*): “Me odiaste sin motivo”. Mas cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que del Padre procede, dará testimonio de Mí, y también ustedes lo darán, porque desde el principio estuvieron Conmigo.

Les digo esto para que cuando sea la hora no queden abatidos y escandalizados. Pronto llegará el momento en que los echen de las sinagogas y en que el que los mate pensará que con ello está dando culto a Dios. No han conocido al Padre y tampoco a Mí. En esto está su atenuante. Estas cosas no se las he dicho con tanta amplitud antes de ahora porque eran como niños recién nacidos. Pero ahora la madre los deja. Yo me marchó. Deberán habituarse a otro alimento. Quiero que lo conozcan.

Ya ninguno me pregunta: “¿A dónde vas?”. La tristeza los hace mudos. Y, no obstante, es bueno también para ustedes que me marche; si no, no vendrá el Consolador. Yo se los enviaré. Y, cuando venga, a través de la sabiduría y la palabra, las obras y el heroísmo que infundirá en ustedes, convencerá al mundo de su pecado deicida, y de justicia en orden a mi santidad. Y el mundo será netamente dividido en réprobos, enemigos de Dios, y creyentes. Éstos serán más o menos santos, según su voluntad. Pero se llevará a cabo el juicio del príncipe del mundo y de sus siervos. Más no puedo decirles, porque todavía no pueden entender. Pero Él, el divino Paráclito, les dará la Verdad

entera porque no hablará de sí mismo, sino que dirá todo lo que ha oído de la Mente de Dios y les anunciará el futuro. Tomará lo que de Mí viene – o sea, aquello que igualmente es del Padre – y se los dirá.

Todavía un poco nos veremos. Luego ya no me verán. Después todavía un poco, y me verán de nuevo. Hacen comentarios entre ustedes y en sus corazones. Escuchen una parábola. La última de su Maestro.

Cuando una mujer ha concebido y le llega la hora del parto, se encuentra muy afligida porque sufre y gime. Pero, cuando da a luz a su hijito y lo estrecha contra su corazón, cesa toda pena y la tristeza se transforma en alegría porque un hombre ha venido al mundo.

Lo mismo ustedes. Llorarán y el mundo reirá a costa de ustedes. Pero luego su tristeza se transformará en alegría, una alegría que el mundo nunca conocerá. Ustedes ahora están tristes. Pero cuando vuelvan a verme su corazón se llenará de un gozo que ninguno podrá arrebatárles, una alegría tan plena, que acallará toda necesidad de pedir, tanto para la mente, como para el corazón, como para la carne. Sólo se alimentarán de verme de nuevo, y olvidarán todas las demás cosas. Y, precisamente desde ese momento, podrán pedir todo en mi Nombre, y el Padre se los dará, para que su alegría sea cada vez mayor. Pidan, pidan, y recibirán.

Llega la hora en que podré hablarles abiertamente del Padre. Ello será porque habrán sido fieles en la prueba y todo habrá quedado superado; perfecto, pues, el amor de ustedes, porque les habré dado fuerza en la prueba. Y lo que les falte a ustedes Yo se los añadiré tomándolo de mi inmenso tesoro, y diré: “Padre, Tú lo ves: me han amado y han creído que he venido de Ti”. Bajé a este mundo y ahora lo dejo y voy al Padre, y rogaré por ustedes.

-¡Oh, ahora te explicas! Ahora sabemos lo que quieres decir y que Tú sabes todo y respondes sin que nadie te pregunte. ¡Verdaderamente vienes de Dios!

-¿Ahora creen? ¿En el último momento? ¡Llevo tres años hablándoles! Pero es que ya obra en ustedes el Pan que es Dios y el Vino que es Sangre no venida de hombre, y les comunica el primer estremecimiento de deificación. Serán dioses si perseveran en mi amor y en la pertenencia a Mí. No como se lo dijo Satanás a Adán y Eva, sino como Yo se los digo. Es el verdadero fruto del árbol del Bien y de la Vida. El Mal queda vencido en quien se alimenta con este fruto, y queda vencida la Muerte. El que coma de él vivirá eternamente y será “dios” en el Reino de Dios. Ustedes serán dioses si permanecen en Mí. Y, no obstante..., pues, a pesar de tener en ustedes este Pan y esta Sangre – pues está llegando la hora en que se dispersarán-, se marcharán por su cuenta y me dejarán solo... Pero no estoy solo. Tengo al Padre conmigo. ¡Padre! ¡Padre! ¡No me abandones! Todo se los he dicho... Para darles paz. Mi paz. Todavía sufrirán opresión. Pero tengan fe. Yo he vencido al mundo.

Jesús se levanta, abre los brazos en cruz y dice, luminoso su rostro, la sublime oración al Padre. Juan la reseña integralmente. (Juan 17)

-Padre, ha llegado la hora: da gloria a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria a Ti, usando el poder que a Él le diste sobre todos los hombres para comunicar la Vida Eterna a todos aquellos que le diste a Él. Pues ésta es la Vida Eterna: conocerte a Ti, único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesús, el Cristo.

Te he glorificado en la Tierra, cumpliendo la obra que me habías encargado. Ahora Tú, Padre, dame junto a Ti la misma gloria que tenía a tu lado desde antes que comenzara el mundo.

A los que me diste, salvándolos del mundo, les he hecho saber quién eres Tú. Los sacaste del mundo, pues eran tuyos, y me los diste, y han hecho caso de tu palabra.

Ahora ellos reconocen que viene de Ti todo lo que me diste. Las palabras que me confiaste, se las he entregado y las han recibido. Reconocieron verdaderamente que Yo he salido de Ti, y creen que Tú me enviaste.

Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que Tú me diste, que ya son tuyos – todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío -, y Yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos se quedan en el mundo, mientras Yo vuelvo a Ti. Padre Santo, guarda en tu Nombre a los que me diste: que todos sean uno como nosotros.

Cuando estaba con ellos, guardaba en tu Nombre a los que Tú me diste y cuidaba de ellos, y ninguno se perdió sino el que debía perderse, cumpliéndose así la Escritura. Ahora vuelvo a Ti y les digo esto mientras estoy en el mundo para que tengan en sí mismos la plenitud de mi alegría.

Les he dado tu mensaje y por eso los odia el mundo, porque ellos no son del mundo, como Yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, pero sí que los defiendas del Maligno.

Ellos no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. Hazlos santos según la verdad: tu Palabra es la Verdad. Así como Tú me enviaste al mundo, y por ellos voy al sacrificio que me hace santo, para que ellos también sean verdaderamente santos.

No ruego solamente por ellos, sino también por todos aquellos que por su palabra creerán en Mí. Que todos sean uno como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti. Sean también uno en nosotros: así el mundo creará que Tú me has enviado.

Esa gloria que me diste, se la di a ellos para que sean uno como Tú y Yo somos uno. Así seré Yo en ellos y Tú en Mí, y alcanzarán la unión perfecta. Entonces el mundo reconocerá que Tú me has enviado, y que a ellos les has dado el mismo amor que a Mí me diste.

Te ruego por todos aquellos que me has dado: Yo quiero que allí donde estoy Yo, estén también Conmigo y contemplen mi gloria, que Tú me diste porque me amaste desde antes que comenzara el mundo.

Padre Justo, el mundo no te ha conocido, mientras que Yo te conocía, y éstos a su vez han conocido que Tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y seguiré dándote a conocer, y así, el amor con que me amaste permanecerá en ellos, y Yo también seré en ellos.

Los apóstoles lloran más o menos visible y ruidosamente. Por último, cantan un himno.

Jesús los bendice. Luego ordena:

-Vamos a ponernos los mantos, ahora. Y vámonos. Andrés, di al dueño de la casa que deje todo así, por deseo mío. Mañana... les agradará volver a ver este lugar - Jesús lo mira. Parece bendecir las paredes, los muebles, todo. Luego se pone el manto y se encamina, seguido de los discípulos.

A su lado, Juan, en quien se apoya.

-¿No saludas a tu Madre? – le pregunta el hijo de Zebedeo.

-No. Todo está ya hecho. Es más, caminen cautelosos.

Simón, que ha encendido un cirio del candelabro, ilumina el vasto pasillo que conduce a la puerta. Pedro abre cautelosamente la puerta de fuera y salen todos a la calle; luego, accionando un mecanismo, cierran desde fuera. Y se ponen en camino.

DICE JESÚS

Del episodio de la Cena, aparte de la consideración de la caridad de un Dios que se hace Alimento para los hombres, resaltan cuatro enseñanzas principales:

Primera: La necesidad para todos los hijos de Dios de obedecer a la Ley.

La Ley decía que por Pascua se debía comer el cordero según el ritual que había dado el Altísimo a Moisés; y Yo, Hijo verdadero del Dios verdadero, no me consideré, por mi condición divina, exento de la Ley. Estaba en la Tierra: Hombre entre los hombres y Maestro de los hombres. Tenía, por tanto, que cumplir, respecto a Dios, mi deber de hombre como los demás y mejor que los demás. Los favores divinos no eximen de la obediencia y del esfuerzo en orden a una santidad cada vez mayor. Si comparan la santidad más excelsa con la perfección divina, la encontrarán siempre llena de imperfecciones, y, por tanto, obligada a esforzarse a sí misma para eliminarlas y alcanzar un grado de perfección semejante lo más posible al de Dios.

Segunda: El poder de la oración de María.

Yo era Dios hecho Carne. Una Carne que por ser sin mancha poseía la fuerza espiritual para dominar la carne. Y, no obstante, no rehúso – antes al contrario: invoco – la ayuda de la Llena de Gracia, la cual también en esos momentos de expiación encontraría, es verdad, sobre su cabeza, cerrado el Cielo, pero no tanto como para no lograr, siendo Ella Reina de los ángeles- arrebatar al Cielo un ángel para el consuelo de su Hijo. ¡Oh, no para Ella, pobre Mamá! También Ella saboreó la amargura del abandono del Padre. Pero, por este dolor suyo ofrecido a la Redención, me obtuvo el poder superar la angustia del Huerto de los Olivos y el poder llevar a cumplimiento la Pasión en todo su multiforme rigor (cada uno de cuyos aspectos estaba orientado a lavar una forma y un medio de pecado).

Tercera: El dominio de uno mismo y el soporte de la ofensa.

El acto de caridad más sublime de todos –pueden poseerlo únicamente aquellos que hacen vida de su vida la ley de caridad, que Yo había proclamado; y no sólo proclamado, sino realmente practicado.

No se pueden hacer una idea de lo que fue para Mí el tener a mi lado, a la mesa, a mi Traidor; el deber darme a él; el tener que humillarme ante él; el tener que compartir con él el cáliz del rito y poner los labios donde él los había puesto y ofrecer a mi Madre que los pusiera. Sus médicos han discutido y discuten sobre mi rápido fin, y lo atribuyen a un daño cardíaco debido a los golpes de la flagelación. Sí, también debido a estos golpes se debilitó mi corazón, pero ya había enfermado en la Cena, quebrantado, quebrantado en el esfuerzo de tener que sufrir a mi lado a mi Traidor. Empecé a morir físicamente entonces. El resto no fue sino un aumento de la agonía ya existente.

Todo lo que pude hacer lo hice, porque era uno con la Caridad. Incluso en el momento en que Dios-Caridad se retiraba de Mí, supe ser caridad, porque había vivido de caridad en mis treinta y tres años. No se puede llegar a una perfección como se requiere para perdonar y soportar a nuestro ofensor si no se tiene el hábito de la caridad. Yo lo tenía y pude perdonar y soportar a esta obra singular de Ofensor que fue Judas.

Cuarta: El sacramento obra más cuanto más digno es uno de recibirlo.

Cuanto más se ha hecho digno de él uno con una constante voluntad que quebranta la carne y hace señor al espíritu, venciendo las concupiscencias, doblegando el ser a las virtudes, tendiendo el ser, cual arco, hacia la perfección de las virtudes, sobre todo, de la caridad.

Porque cuando uno ama tiende a alegrar a aquel a quien ama. Juan, que era puro y era el que más me quería, recibió del Sacramento el máximo de la transformación. Empezó desde ese momento a ser esa águila al que le resultaba familiar y fácil la altura en el Cielo de Dios, fácil fijar su mirada en el Sol eterno. Pero, ¡ay de aquel que recibe el Sacramento sin haberse hecho digno de él, sino que, al contrario, haya aumentado su siempre humana indignidad con las culpas mortales! Entonces el Sacramento pasa de ser germen de preservación y vida, a serlo de corrupción y muerte. Muerte del espíritu y putrefacción de la carne, por lo cual ésta “revienta”, como dice Pedro (*Hechos 1, 18*) de la de Judas. No vierte la sangre, líquido siempre vital y hermoso en su púrpura, sino que esparce sus vísceras, negras de toda su lujuria, podredumbre que se esparce fuera de la carne corrompida, como de la carroña de un animal inmundo, objeto de repulsa para los que pasan.

La muerte del profanador del Sacramento es siempre la muerte de un desesperado, y, por tanto, no conoce el plácido tránsito propio de quien está en gracia, ni el heroico tránsito de la víctima que sufre agudamente con la mirada fija en el Cielo y el alma segura de la paz. La muerte del desesperado es atroz en contorsiones y terror, es convulsión horrenda del alma ya aferrada por la mano de Satanás, que la estrangula para descuararla de la carne, y que la ahoga con su nauseabundo hálito.

Ésta es la diferencia entre el que pasa a la otra vida habiéndose nutrido en ésta de caridad, fe, esperanza, y de todas las otras virtudes y de toda doctrina celeste, y del Pan angélico que le acompaña con sus frutos –y mejor si es con su presencia real - en el extremo viaje, y el que muere después de una vida bestial con muerte bestial no confortada ni por la Gracia ni por el Sacramento: lo primero es el sereno fin del santo al que la muerte le abre el Reino eterno; lo segundo es la espantosa caída del condenado que siente que se hunde en la muerte eterna y conoce en un instante aquello que ha querido perder, sin poder ya reparar. Para uno, ganancia; para el otro, ser despojado. Para uno, alegría; para el otro, terror.

Esto es lo que ustedes se dan, según que crean en mi don y lo amen, o que no crean en él y lo desprecien. Y ésta es la enseñanza de esta contemplación.

601

Pasión y Muerte de Jesús

DICE JESÚS

Y ahora ven (a María Valtorta). Aunque estés esta noche como uno próximo a expirar, ven, que quiero guiarte hacia mis sufrimientos. Largo será el camino que tendremos que recorrer juntos, porque no se me eximió de ningún dolor. De ningún dolor de la carne, de ninguno de la mente, de ninguno del corazón, de ninguno del espíritu. Todos los experimenté, con todos me alimenté, todos fueron bebida para mi sed, hasta morir por causa de ellos.

Si apoyaras en mi labio tu boca, sentirías en él todavía la amargura de tanto dolor. Si pudieras ver mi Humanidad en su aspecto resplandeciente de ahora, verías que ese fulgor emana de las innumerables heridas que cubrieron con una túnica de púrpura viva mis miembros lacerados, desangrados, maltratados, traspasados por amor a ustedes.

Ahora es resplandeciente mi Humanidad. Pero hubo un día en que, de tanto como la maltrataron y humillaron, asemejó a la de un leproso. El Hombre-Dios, que tenía en sí la perfección de la belleza física porque era Hijo de Dios y de la Mujer sin mancha, apareció entonces, ante los ojos de quien lo miraba con amor, con curiosidad o mirada despreciadora, feo: un “gusano” como dice David, el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe (*Salmo 22,7*).

El amor al Padre y a las criaturas de mi Padre me llevó a abandonar mi cuerpo a los que me golpeaban, a ofrecer mi rostro a los que me abofeteaban y escupían, a los que creían hacer una obra meritoria arrancándome los mechones de cabello y la barba, (*Isaías 50,6*) hincando en mi cabeza espinas, haciendo cómplices incluso a la tierra y a sus frutos, de los tormentos que ellos infligían a su propio Salvador, dislocándome los miembros, descubriendo mis huesos, arrancándome las

vestiduras y dando así a mi pureza la mayor de las torturas, clavándome en un madero y levantándome como el matarife cuelga de los ganchos a un cordero degollado, y ladrando alrededor de mi agonía como una manada de lobos famélicos, cuya ferocidad aumenta con el olor de la sangre.

Acusado, condenado, matado. Traicionado, negado, vendido. Abandonado incluso por Dios, al estar sobre Mí los delitos con que Yo me había cargado. En un estado de pobreza mayor que el de un mendigo asaltado por bandoleros, porque no me dejaron ni siquiera la ropa para cubrir mi lívida desnudez de mártir. No eximido, ni siquiera después de la muerte, de la agresión de una herida ni de las calumnias de los enemigos. Sumergido en el fango de todos los pecados de ustedes, hundido hasta el fondo de las tinieblas del dolor, sin luz del Cielo que respondiera a mi mirada agonizante, ni voz divina que respondiera a mi extrema invocación.

Isaías expresa la razón de tanto dolor: “Verdaderamente Él ha tomado sobre sí nuestros males y ha llevado nuestros dolores”. ¡Nuestros dolores! ¡Sí, por ustedes los he llevado! Para aliviarlos, para mitigarlos, para anularlos, si me hubieran sido fieles. Pero no han querido serlo. ¿Y qué he recibido a cambio? Me han “mirado como a un leproso, como a uno castigado por Dios”. Sí, sobre Mí estaba la lepra de sus pecados infinitos; sobre Mí estaba, como una vestidura de penitencia, como un cilicio (*cinturón con puntas de hierro*). ¿Y cómo no han visto transparentarse a Dios con su infinita caridad a través de esa vestidura que echó sobre su santidad por ustedes!

“Llagado por nuestras iniquidades, traspasado por nuestros desmanes” dice Isaías, que con sus ojos proféticos veía al Hijo del hombre transformado todo en una equimosis (*moretón*) para sanar las de los hombres. ¡Ah, si sólo hubieran sido heridas infligidas en mi carne! No.

Lo que más hirieron fue mi sentimiento y mi espíritu. De uno y de otro han hecho objeto de burla y blanco de agresión. Me hirieron, a través de Judas, en la amistad que había depositado en ustedes; a través de Pedro, que niega, en la fidelidad que de ustedes esperaba; a través de los que – después de haberlos sanado de tantas enfermedades – me gritaban “¡Muere!”, me hirieron en lo relativo a la gratitud por mis beneficios; me hirieron en el amor, por la angustia y aflicción infligida a mi Madre; en orden a la religión, declarándome blasfemo contra Dios (a Mí que por el celo por la causa de Dios me había puesto en las manos del hombre encarnándome y padeciendo durante toda la vida y abandonándome a la crueldad humana sin emitir ni palabra ni quejido).

Habría bastado que Yo hubiera vuelto la mirada, para que mis acusadores, jueces y verdugos hubiesen quedado reducidos a cenizas. Pero había venido voluntariamente para cumplir el Sacrificio; y, como un cordero, porque era el Cordero de Dios y lo soy eternamente, me dejé llevar para ser despojado y matado y para hacer de mi Carne la Vida de ustedes.

Cuando fui elevado ya estaba consumido por padecimientos sin nombre, con todos los nombres. Empecé a morir en Belén, al ver la luz de la Tierra, tan angustiosamente distinta para Mí, que era el Viviente del Cielo. Seguí muriendo en la pobreza, en el destierro, en la huída, en el trabajo, en la incompreensión, en la fatiga, en la traición, en los sentimientos arrancados, en las torturas, en las mentiras, en las blasfemias. ¡Esto es lo que dio el hombre a Aquel que venía a unirlo de nuevo con Dios!

María, mira a tu Salvador. No lleva una vestidura blanca ni sus cabellos son rubios, no tiene esa mirada de zafiro que tú conoces: su túnica está roja de sangre, lacerada y cubierta de porquerías y escupos; su cara, tumefacta y desencajada; su mirada, velada por la sangre y el llanto, y te mira a través de la costra de sangre y llanto y polvo que cargan sus párpados. ¿Mis manos? Ya ves, son ya una entera llaga y esperan la llaga última.

Mira, pequeño Juan, (así llamaba Jesús a María Valtorta) como me miró tu hermano Juan. Tras mis pasos van quedando huellas de sangre. El sudor diluye la sangre que fluye de las heridas de los azotes y la que todavía queda de la agonía del Huerto. La palabra sale – en el jadeo de la fatiga de un corazón ya moribundo por toda suerte de torturas- de esos labios abrasados y contusos.

De ahora en adelante, frecuentemente, me verás así. Soy el Rey del Dolor y vendré a hablarte del dolor mío con mi vestidura regia. (*su Sangre*). Sígueme a pesar de tu agonía. Soy el Compasivo, y sabré también poner delante de tus labios amargados por mi dolor la miel aromática de más serenas contemplaciones. Pero debes preferir éstas de sangre, porque por ellas tú tienes la Vida y con ellas llevarás a otros a la Vida. Besa mi mano ensangrentada y estate vigilante, meditando en Mí como Redentor.

Veo a Jesús como Él se describe. Esta noche, desde las siete (ya es la una y cuarto del día once) me hallo verdaderamente en agonía.

Me dice Jesús esta mañana, 11 de Febrero, a las siete y media:

DICE JESÚS

Ayer por la noche he querido hablarte sólo de Mí como Cristo sufriente, porque he comenzado la descripción y visión de mis dolores. Ayer por la noche ha sido la introducción. ¡Y estabas tan agotada, amiga mía! Pero antes de que vuelva la agonía debo reprocharte dulcemente algo.

Ayer por la mañana te comportaste egoístamente. Le dijiste al padre (el padre Migliorini): “Esperemos que yo continúe, porque mi fatiga es la mayor”. No. La suya es la mayor, porque es fatigosa y no tiene la compensación de la beatitud que significa el ver y tener a Jesús, presente como lo tienes tú, incluso con su santa Humanidad. No seas nunca egoísta, ni siquiera en las cosas más pequeñas. Una discípula, un pequeño Juan, debe ser humildísimo y amantísimo como su Jesús.

Y ahora ven a estar Conmigo. “Han aparecido las flores... el tiempo de la poda ha llegado... se ha oído en el campo la voz de la tortolita...”. Y son las flores nacidas en las pozas de la Sangre de tu Cristo. Y Aquel que será cortado como rama podada es el Redentor. Y la voz de la tórtola, que llama a su esposa a su banquete de boda dolorosa y santa, es mi voz que te quiere.

Álzate y ven, como dice la Misa de hoy. Ven a contemplar y a sufrir. Es el don que concedo a los predilectos.

602

Hacia el Getsemaní con once apóstoles. La agonía y la detención.

La calle está llena de silencio. Sólo una fuentecita que vierte su agua en una pila de piedra pone un sonido en medio de tanto silencio. En las paredes de las casas, en el lado oriental, todavía hay oscuridad, mientras que en el otro lado la Luna empieza a blanquear la cima de las casas y, donde la calle se ensancha formando una placita, el lácteo color de plata de la Luna desciende a embellecer también los trozos de piedra y la tierra de la calle. Pero debajo de los frecuentes arcos que van de casa a casa, semejantes a puentes levadizos o a puntales de estas viejas casas de escasísimas aperturas hacia la calle, y que a esta hora están del todo cerradas y oscuras como si fueran casas abandonadas, hay oscuridad perfecta, y el color rojizo de la antorcha que lleva Simón adquiere una vivacidad singular y una utilidad aún mayor. Los rostros, con esa luz roja y móvil, muestran un relieve neto (*limpio y puro*), y cada uno de ellos revela un estado de ánimo distinto.

El más solemne y tranquilo es el de Jesús, aunque el cansancio lo avejente marcándolo con líneas que normalmente no tiene y que hacen ya aparecer la futura imagen de su rostro recompuesto en la muerte.

Juan, que camina a su lado, va posando su mirada atónita, doliente, en todo lo que ve a su alrededor; parece un niño aterrorizado por alguna narración que haya oído contar o por alguna promesa amedrentadora, y parece invocar la ayuda de alguien que sepa más que él. Pero ¿quién podrá ayudarle?

Simón, que va al otro lado de Jesús, tiene una expresión cerrada, sombría, propia de quien va rumiando dentro de sí pensamientos atroces; y aun así es el único que, además de Jesús, mantiene un aspecto de noble gravedad.

Los demás, en dos grupos cuya formación continuamente se altera, son la agitación personificada. De vez en cuando, la voz ronca de Pedro y la voz de barítono de Tomás se elevan con extraña resonancia; y la moderan luego, como temerosos por lo que dicen. Van discutiendo sobre lo que debe hacerse: quién propone una cosa, quién otra; pero todas las propuestas son inconsistentes, porque realmente está para comenzar “la hora de las tinieblas” y los juicios humanos quedan oscurecidos y confusos.

-Había que habérmelo dicho antes – dice Pedro con estrangulada voz.

-Pero nadie ha hablado. Tampoco el Maestro... - dice Andrés.

-¡Sí, ya, Él te lo iba a decir! ¡Vamos, hermano, parece que no lo conocieras!... – le responde Pedro.

-Yo percibía algo turbio. Y lo dije: “Vamos a morir con Él”. ¿Se acuerdan? ¡Pero, por nuestro santísimo Dios, si hubiera sabido que era Judas de Simón!... – brama Tomás amenazador.

-¿Y qué querías hacer?- pregunta Bartolomé.

-¿Yo? ¡Todavía intervendría ahora, si me ayudaran!

-¿Qué harías? ¿Irías a matarlo? ¿Y a dónde?

-No. Me llevaría al Maestro. Es más fácil.

-¡No iría!

-No se lo preguntaría. Lo raptaría como se rapta a una mujer.

-¡Pues no es mala idea! – dice Pedro.

Y, impulsivo, vuelve hacia atrás, se pone en el grupo de los dos hijos de Alfeo (*Santiago y Judas, sobrinos de San José*), los cuales, con Mateo y Santiago, van bisbiseando (*hablando entre dientes*) como conspiradores.

-Oigan: Tomás propone llevarnos a Jesús. Todos juntos. Se podría... desde Getsemaní, por Betfagé, hasta Betania, y de allí... en barca hacia algún lugar. ¿Lo hacemos? Puesto en salvo Él, volvemos y nos quitamos de en medio a Judas.

-Es inútil. Todo Israel es una trampa – dice Santiago de Alfeo.

-Próxima ya a cerrarse. Esto se comprendía. ¡Demasiado odio!

-¡Pero Mateo! ¡Me da rabia oírte eso! ¡Eras más valiente cuando eras pecador! Di tú, Felipe.

Felipe, que va completamente solo y parece monologar, alza la cara y se para. Pedro se acerca a él. Hablan los dos en voz baja. Luego se unen al grupo de antes:

-Yo diría que el sitio mejor es el Templo – dice Felipe.

-¿Estás loco? – gritan los primos y Mateo y Santiago.

-¡Pero si allí quieren su muerte!

-¡Chss! ¡Cuánto alboroto arman! Yo sé lo que digo. Lo buscarán por todas partes, pero allí no. Tú y Juan tienen buenas amistades entre los servidores de Anás. Se da una buena cantidad de oro... y todo arreglado. ¡Créanme! El sitio mejor para esconder a uno perseguido es la casa de los carceleros.

-Yo no lo hago – dice Santiago de Zebedeo – De todas formas, mira a ver lo que dicen también los demás. El primero, Juan. ¿Y si luego lo arrestan? No quiero que se diga que soy yo el traidor...

-No había pensado en eso. ¿Y entonces? – Pedro está completamente descorazonado.

-Entonces, yo diría que es compasivo hacer una cosa. La única que podemos hacer. Alejar a la Madre... – dice Judas de Alfeo.

-¡Ya!... Pero... ¿Y quién va? ¿Qué se le dice? Ve tú, que eres pariente.

-Yo me quedo con Jesús. Tengo derecho. Ve tú.

-¿Yo?! Me he armado de espada para morir como Eleazar de Saura. Atravesaré legiones para defender a mi Jesús y descargaré mi espada sin contemplaciones. Si muero por la fuerza de un número mayor, no importa. Lo habré defendido – proclama Pedro.

-¿Pero estás totalmente seguro de que es Judas Iscariote? – pregunta Felipe a Judas Tadeo.

-Estoy seguro. Ninguno de nosotros tiene corazón de serpiente. Sólo él... Ve tú, Mateo, donde María y dile...

-¿Yo? ¿Engañarla? ¿Verla a mi lado desconocedora de lo que sucede y luego...? ¡Ah, no! Estoy dispuesto a morir, pero no a traicionar a esa paloma...

Las voces se mezclan en un susurro.

-¿Oyes? Maestro, nosotros te queremos – dice Simón.

-Lo sé. No necesito esas palabras para saberlo. Y, si dan paz al corazón del Cristo, le hieren el alma.

-¿Por qué, mi Señor? Son palabras de amor.

-De amor enteramente humano. En verdad, en estos tres años no he hecho nada, porque son todavía más humanos que en la primera hora. Actúan en ustedes todos los fermentos, los más fangosos, esta noche. Pero no es culpa de ustedes...

-¡Sálvate, Jesús! – dice Juan gimiendo.

-Me salvo.

-¿Sí? ¡Oh, mi Dios, gracias!

Juan parece una flor, primero encorvada por un calor abrasador y ahora erguida de nuevo en su tallo, fresca.

-Voy a decírselo a los otros. ¿A dónde vamos?

-Yo a la muerte, ustedes a la Fe.

-¿Pero no acabas de decir que te ibas a salvar? – el predilecto se desanima otra vez.

-Me salvo, eso es, me salvo. Si no obedeciera al Padre me perdería. Obedezco y, por tanto, me salvo. ¡No llores de esa manera! Eres menos valiente que los discípulos de aquel filósofo griego de que te hablé un día (*Sócrates*). Ellos estuvieron al lado del maestro que moría a causa de la cicuta, confortándolo con su dolor viril. Tú... pareces un niño que haya perdido a su padre.

-¿Y no es, acaso, así? ¡Yo pierdo más que a mi padre! Te pierdo a Ti...

-No me pierdes, porque sigues queriéndome. Se pierde a uno que esté separado de nosotros, por el olvido en la Tierra, por el Juicio de Dios en el más allá. Pero nosotros no estaremos separados. Nunca. Ni por una cosa ni por la otra.

Pero Juan no comprende razones. Simón se acerca todavía más a Jesús, y le confía en voz baja:

-Maestro... yo... yo y Simón Pedro teníamos la esperanza de hacer una cosa buena... Pero... Tú que sabes todo, dime: ¿dentro de cuántas horas esperas ser capturado?

-En cuanto la Luna ocupe el ápice de su arco.

Simón pone un gesto de dolor y de impaciencia, por no decir de irritación.

-Entonces todo ha sido inútil... Maestro, ahora te explico. Casi nos has reprendido a mí y a Simón Pedro por haberte dejado tan solo en estos últimos días... Pero estábamos lejos por Ti...por amor a Ti. Pedro, en la noche del Lunes, impresionado por tus palabras, vino a mí mientras dormía y me

dijo: “Yo y tú, de ti me fío, tenemos que hacer algo por Jesús. También Judas ha dicho que quiere intervenir”. ¡Oh! ¿Por qué no hemos comprendido entonces? ¿Por qué no nos dijiste nada Tú? Pero, dime: ¿no se lo has dicho a nadie? ¿A nadie en absoluto? ¿Es que te has percatado de ello hace sólo unas horas?

-Lo he sabido siempre. Aun antes de que formara parte de los discípulos. Y para que su delito no fuera perfecto, tanto en lo divino como en lo humano, he tratado por todos los medios de alejarlo de Mí. Los que quieren que Yo muera son los verdugos de Dios; éste, mis discípulo y amigo, es también el traidor, el verdugo del Hombre. Mi primer verdugo, porque ya he recibido de él muerte con el esfuerzo de tenerlo a mi lado, en la mesa, y de deber protegerlo a costa de Mí mismo contra ustedes.

-¿Y ninguno lo sabe?

-Juan. Se lo he dicho al final de la Cena. Pero ¿qué han hecho?

-¿Y Lázaro? ¿Lázaro no sabe nada en absoluto? Hoy hemos estado en su casa. Porque ha venido muy de mañana, ha sacrificado y se ha vuelto a marchar sin siquiera detenerse en su palacio ni ir al Pretorio. Porque él va siempre, por costumbre tomada de su padre. Y Pilato, ya lo sabes, está en estos días en la ciudad...

-Sí. Todos están. Está Roma: la nueva Sión, con Pilato; está Israel, con Caifás y Herodes; está todo Israel, porque la Pascua ha congregado a los hijos de este pueblo a los pies del altar de Dios... ¿Has visto a Gamaliel?

-Sí. ¿Por qué esta pregunta? Tengo que verlo también mañana...

-Gamaliel esta noche está en Betfagé. Lo sé. Cuando lleguemos al Getsemaní irás donde él y le dirás: “Dentro de poco tendrás el signo que esperas desde hace veintiún años”. Nada más. Luego volverás donde tus compañeros.

-Pero ¿cómo lo sabes? ¡Oh, Maestro mío, pobre Maestro que no tienes ni siquiera el consuelo de ignorar las obras ajenas!

-Bien dices: ¡pobre Maestro! ¡El consuelo de ignorar! Porque son más las obras malas que las buenas. Pero veo también las buenas y exulto (*me alegro mucho*) por ellas.

-Entonces sabes que...

-Simón: es mi hora de Pasión. Para que sea más completa, el Padre, a medida que ésta se va aproximando, me retira la luz. Dentro de poco tendré sólo tinieblas y la contemplación de lo que son tinieblas: o sea, todos los pecados de los hombres. No puedes, no pueden entender. Ninguno, excepto el llamado por Dios a ello por especial misión, comprenderá esta pasión en la gran Pasión; y, dado que el hombre es material incluso en el amar y en el meditar, habrá quien lllore y sufra por mis golpes, por las torturas del Redentor; pero no se medirá esta espiritual tortura que-créanlo ustedes que me escuchan – será la más atroz... Habla, por tanto, Simón. Guíame por los senderos por donde tu amistad fue por causa mía, porque soy un pobre que va perdiendo la visión y ve fantasmas, no cosas reales...

Juan lo abraza y pregunta: -¿Pero es que ya no ves a tu Juan?

-Te veo. Pero los fantasmas surgen de las brumas de Satanás. Visiones de pesadilla y de dolor. Todos estamos envueltos en este miasma (*emanación*) de infierno, esta noche. En Mí trata de crear cobardía, desobediencia y dolor; en ustedes creará desilusión y miedo; en otros – personas que incluso no son ni miedosas ni dados al delito – creará miedo y delincuencia; en otros, que ya son de Satanás, creará la perversión sobrenatural (lo llamo así porque su perfección en el mal será tal, que superará las humanas posibilidades y alcanzará la perfección que siempre es propia de lo sobrehumano). Habla, Simón.

-Sí. Desde el martes no hacemos otra cosa sino salir para saber, para prevenir, para buscar ayuda.

-¿Y qué han podido hacer?

-Nada. O muy poco.

-Y ese poco será nada cuando el miedo paralice los corazones.

-He tenido también un choque con Lázaro... Es la primera vez que me sucede... Un choque porque me parecía inactivo... Podría hacer algo. Es amigo del Gobernador (*Pilato*). ¡Sigue siendo el hijo de Teófilo! Pero Lázaro ha rechazado todas mis propuestas. Lo he dejado gritándole: “¡Pienso que eres tú ese amigo del que habla el Maestro! ¡Me produces horror!”. Y no quería yo volver a su casa... Pero esta mañana me ha llamado y me ha dicho: “¿Puedes pensar todavía que sea yo su traidor?”. Yo había visto ya a Gamaliel y a José (*de Arimatea*) y a Cusa, y a Nicodemo y Manahén, en fin, a tu hermano José (*hijo de Alfeo, hermano de San José, considerado primo de Jesús*)... y ya no podía creer esa cosa. Le he dicho: “Perdona, Lázaro. Pero siento mi mente más confusa que cuando yo mismo era un condenado”. Y es así, Maestro... Yo ya no soy yo... Pero ¿por qué sonríes?

-Porque esto confirma todo lo que te he dicho antes. La bruma de Satanás te envuelve y te turba. ¿Qué ha respondido Lázaro?

-Ha dicho: “Te comprendo. Ven hoy, con Nicodemo. Necesito verte”. Y es lo que he hecho mientras Simón Pedro iba donde los galileos. Porque tu hermano –él, desde tan lejos- está más informado que nosotros. Dice que lo ha sabido por azar, hablando con un galileo anciano que vive cerca de la zona de mercado, amigo de Alfeo y José.

-¡Ah! ... sí... un gran amigo de la casa...

-Él está allí, con Simón y las mujeres; también está la familia de Caná.

-He visto a Simón.

-Bueno, pues José, por este amigo suyo, que además es amigo de uno del Templo que ahora es pariente suyo por enlaces con mujeres, ha sabido que está decidida tu captura, y le ha dicho a Pedro: “Siempre me opuse a Él. Pero por amor y mientras Él era fuerte. Pero ahora que es como un niño a merced de su enemigo, yo, pariente suyo que siempre le ha querido, estoy con Él. Es deber de sangre y de corazón”.

Jesús sonríe, y vuelve a verse en Él, un instante, la cara serena de las horas de alegría.

-Y José le ha dicho a Pedro: “Los fariseos de Galilea son áspides (*serpientes*) como todos los fariseos. Pero Galilea no está compuesta sólo de fariseos. Y aquí hay muchos galileos que lo quieren. Vamos y les proponemos unirnos para defenderlo. No tenemos más que cuchillos. Pero hasta un palo es un arma, si se maneja bien. Y si no vienen los soldados romanos, pronto nos impondremos a esa canalla vil que son los esbirros del Templo”. Y Pedro fue con él. Yo, mientras, iba donde Lázaro, con Nicodemo. Habíamos decidido convencer a Lázaro de que viniera con nosotros y de que abriera su casa para estar Contigo. Nos dijo: “Debo obedecer a Jesús y estar aquí, sufriendo el doble...”. ¿Es verdad?

-Es verdad. Le di esa orden.

-Pero me dio las espadas. Son tuyas. Una para mí, una para Pedro. También Cusa quería darme las espadas. Pero... ¿qué son dos hierros contra todo un mundo? Cusa no puede creer que sea verdad todo esto que dices. Jura que no sabe nada y que en la corte la única idea que hay es la de gozarse la fiesta... Una juerga, como de costumbre. Tanto es así, que le ha dicho a Juana que se retire a una casa que tienen ellos en Judea. Pero Juana quiere quedarse aquí; dentro de su palacio y como si no estuviera. No se aleja. Con ella están Plautina, Ana, Nique y dos damas romanas de la casa de Claudia. Lloran, oran e incitan a orar a los inocentes(*los niños*). Pero no es tiempo de oraciones, es tiempo de sangre. ¡Siento revivir en mí al “zelote” y ya ansío matar para cobrar venganza!...

-¡Simón! – Jesús habla severísimo – ¡Si mi intención hubiera sido que murieras bajo la maldición, no te hubiera sacado de tu desgracia!... (*sanarlo de la piel*)

-¡Oh, perdón, Maestro... perdón! Soy como un borracho, como uno que delira.

-¿Y Manahén qué dice? (*pariente de Herodes y discípulo de Jesús*).

-Manahén dice que no puede ser verdad, y que si lo fuera te seguiría hasta en el suplicio.

-¡Cómo se confían todos de sí mismos!... ¡Cuánta soberbia hay en el hombre! ¿Y Nicodemo y José? ¿Qué saben?

-No más que yo. Hace tiempo, en una asamblea, José se enfrentó al Sanedrín. Los llamó asesinos por querer matar a un inocente, y dijo: “Todo es ilegal aquí dentro. Razón tiene Él. El abominio (*odio*) está en la Casa del Señor. Es necesario destruir este altar, porque ha sido profanado”. No lo lapidaron (*matarlo a pedrazos*) por ser quien era (*rico y respetado*). Pero desde entonces lo han mantenido en una total falta de información. Sólo Gamaliel y Nicodemo han seguido manteniendo la amistad con él. Pero el primero no habla, y el segundo... Ni él ni José han vuelto a ser llamados al Sanedrín para las decisiones más genuinas. Se reúnen ilegalmente, acá o allá, a distintas horas, por miedo a ellos y a Roma. ¡Ah, se me olvidaba!... Los pastores. También ellos han estado con los galileos. ¡Pero somos pocos! ¡Si Lázaro hubiera querido escucharnos e ir a ver al Pretor (*Pilato*)! Pero no nos prestó oídos... Esto es lo que hemos hecho... Mucho... y nada... Y me siento tan abatido que me dan ganas de ir por los campos gritando como un chacal, de degradarme en una orgía, de matar como un bandolero, con tal de alejar de mí este pensamiento que, como han dicho Lázaro, José, Cusa, Manahén y Gamaliel, es “completamente inútil”... - El Zelote no parece él...

-¿Qué ha dicho el rabí (*Gamaliel*)?

-Ha dicho: “No conozco exactamente los propósitos de Caifás. Pero les respondo que lo que dicen ustedes está profetizado sólo para el Cristo. Y como no admito en este profeta al Cristo, no veo que haya motivo para intranquilizarse. Se dará muerte a un hombre, a un hombre bueno, amigo de Dios. Pero ¿De cuántos como él ha bebido Sión la sangre?!” Y, dado que insistíamos en tu divina naturaleza, ha repetido testarudamente: “Cuando vea el signo, creeré”. (*La profecía del Niño Jesús en el Templo a los doce años: “Estas piedras oirán de nuevo mi voz y temblarán cuando diga mis palabras últimas”*). Y ha prometido abstenerse de votar por tu muerte; es más, ha prometido que, si es posible, convencerá a los otros de no condenarte. Esto, no más. ¡No cree! ¡No cree! Si se pudiera llegar a mañana... Pero dices que no. ¡Oh, ¿qué vamos a hacer nosotros?!

-Tú irás donde Lázaro y tratarás de llevar contigo a todos los que puedas. No sólo de los apóstoles, sino también de los discípulos que encuentres vagando por los caminos de la campiña. Trata de ver a los pastores y dales esta orden. La casa de Betania es más que nunca la casa de Betania, la casa de la buena hospitalidad. Los que no tengan el valor de afrontar el odio de todo un pueblo, que se refugien allí. A esperar...

-Pero nosotros no te dejaremos.

-No se separen... Separados no serían nada; unidos serán todavía una fuerza. Simón: prométeme esto. Tú eres un hombre sereno, fiel, con palabra e influencia incluso ante Pedro. Y estás muy obligado Conmigo. Te recuerdo esto, por primera vez, para imponerte la obediencia. Mira: estamos en el (*río*) Cedrón. Por ahí subiste, leproso, hacia Mí, y de ahí saliste ya limpio. Por lo que te di, dame: da al Hombre lo que Yo di al hombre: ahora el leproso soy Yo...

-¡Nooo! ¡No digas eso! – gimen juntos los dos discípulos.

-¡Así es! Pedro, mis hermanos, serán los más abatidos. Mi honesto Pedro se sentirá como un malhechor y no tendrá paz. Y mis hermanos (*Judas Tadeo y Santiago de Alfeo*)... No tendrán corazón para mirar ni a su madre ni a la mía...Te los confío...

-¿Y yo, Señor, de quién seré? ¿En mí no piensas?

-¡Niño mío! Tú estás confiado a tu amor. Es tan fuerte, que te guiará como una madre. No te doy ni orden ni guía; te dejo en las aguas del amor: son en ti un río tan tranquilo y profundo, que no me plantean ninguna duda sobre tu futuro. Simón, ¿has comprendido? ¡Prométemelo! ¡Prométemelo!

Es penoso ver a Jesús tan angustiado... Sigue diciendo:

-¡Antes de que vengan los otros! ¡Oh, gracias! ¡Bendito seas!

Todo el grupo se reúne.

-Ahora vamos a separarnos. Yo voy arriba, a orar. Quiero conmigo a Pedro, Juan y Santiago. Ustedes quédense aquí. Y si se vieran en grave apuro, llamen. Y no teman. No les tocarán ni un pelo. Oren por Mí. Depongan el odio y el miedo. Será sólo un momento... Luego el júbilo será completo. Sonrían. Que lleve Yo en mi corazón sus sonrisas. Y, una vez más, gracias por todo, amigos. Adiós. Que el Señor no los abandone...

Jesús se echa a andar y se separa de los apóstoles, mientras Pedro pide la antorcha a Simón, después de que éste ha encendido con ella ramas secas resinosas, que arden crujiendo en el extremo del olivar y expanden olor de enebro. Me aflige ver a Judas Tadeo mirar a Jesús con tan intensa y doliente mirada, que Jesús se vuelve buscando al que lo ha mirado. Pero Judas Tadeo se esconde detrás de Bartolomé y se muerde los labios para contenerse.

Jesús hace un gesto con la mano, entre una bendición y un adiós, y luego prosigue su camino. La Luna, ya bien alta, envuelve con su luz la alta figura de Jesús, y parece hacerla más alta incluso, espiritualizándola, haciendo más clara la túnica roja y más pálido el oro de sus cabellos. Detrás de Él, aceleran el paso Pedro – con la antorcha – y los dos hijos de Zebedeo. Prosiguen hasta el límite del primer desnivel del rústico anfiteatro del olivar, cuya entrada sería el calvero (*sitio sin árboles*) irregular y cuyas gradas serían las terrazas, que ascienden formando escalones de olivos en el monte. Luego Jesús dice:

-Deténganse, espérenme aquí mientras oro. Pero no se duerman. Podría necesitarlos. Y se los pido por caridad: ¡oren! Su Maestro está muy abatido.

En efecto, su abatimiento es ya profundo. Parece ya bajo un peso que lo oprime. ¿Dónde está ese Jesús vigoroso que hablaba a las multitudes, hermoso, fuerte, de mirada dominadora, sonrisa serena, voz sonora y bellísima? Parece apoderarse de Él la angustia. Es como uno que hubiera corrido o llorado. Tiene voz cansada, entrecortada. Está triste, triste, triste...

Pedro responde por los tres:

-Puedes estar tranquilo, Maestro. Vigilaremos y estaremos en oración. Sólo tienes que llamarnos e iremos.

Y Jesús los deja mientras los tres se agachan para recoger hojas y ramas secas y encender así una fogata que sirva para mantenerlos despiertos y combatir el sereno, que empieza a descender abundante.

Camina, dándoles la espalda, de occidente a oriente; de forma que tiene de frente la luz lunar. Veo que un gran sufrimiento dilata aún más sus ojos. Quizás es un color oscuro de cansancio lo que los agranda, o quizás es la sombra del arco superciliar (*parte de la frente inmediata a las cejas*); no lo sé. Sé que tiene los ojos más abiertos y hundidos. Sube cabizbajo. Sólo de vez en cuando alza la cabeza, suspirando como si le costara esfuerzo y jadeara, y entonces recorre con su mirada tristísima el plácido olivar. Sube algunos metros. Luego dobla por detrás de una elevación que queda entre Él y los tres dejados más abajo.

Este saliente de la ladera, que al principio tiene una altura de pocos decímetros, es cada vez más alto, y, después de un pequeño trecho tiene ya una altura de más de dos metros, de forma que

resguarda completamente a Jesús de toda mirada más o menos discreta y amiga. Jesús prosigue hasta una voluminosa piedra que en un determinado punto corta el senderito (una roca que quizás ha sido puesta como sostén de la pendiente que hacia abajo cae más inclinada y desnuda hasta un inerte cúmulo de piedras que precede a los muros tras los que está Jerusalén, y que hacia arriba sigue subiendo con más terrazas y más olivos). Junto a esta voluminosa piedra, justo un poco más arriba, prominente, hay un olivo todo nudoso y retorcido: parece un caprichoso signo de interrogación puesto por la naturaleza para preguntar algún porqué. Sus tupidas ramas en la cima de su copa responden a la pregunta del tronco, diciendo ora “sí” plegándose hacia el suelo, ora “no” moviéndose de derecha a izquierda, al son de un leve viento que sopla a intervalos entre las frondas, y que a veces huele sólo a tierra, a veces a ese olor amargoso de los olivos, y a veces trae una mezcla de perfume de rosas y muguetes que quién sabe de dónde pueda venir. Al otro lado del senderito, hacia abajo, hay otros olivos, uno de los cuales, justo debajo de la roca, está partido por algún rayo y aun así vivo todavía, o bifurcado por una causa que desconozco, a partir del tronco inicial y que ha hecho dos troncos que se alzan como los dos segmentos de una gran V en carácter de imprenta; y las dos copas se asoman hacia acá y allá de la roca como queriendo ver y vigilar al mismo tiempo, o formarle a esta peña un suelo de un gris plata lleno de paz.

Jesús se detiene allí. No mira a la ciudad, que aparece abajo, blanca toda bajo la luz lunar. Antes al contrario, le vuelve las espaldas. Y ora con los brazos abiertos en cruz, alzada la cara hacia el cielo. No veo su cara porque está en la sombra (tiene la Luna casi en la vertical de su cabeza, pero los tupidos ramajes del olivo están entre Él y la Luna, que se filtra apenas entre unas y otras hojas, formando aritos y agujas de luz en constante movimiento).

Es una larga, ardiente oración. De vez en cuando, un suspiro y alguna palabra más nítida. No es un salmo, no es un Padrenuestro; es una oración hecha del amor y necesidad que de Él brotan: verdadera elocución (*expresión elocuente*) dirigida a su Padre. Lo comprendo por las pocas palabras que capto: “Tú lo sabes... Soy tu Hijo... Todo. Pero ayúdame... Ha llegado la hora... Yo ya no soy de la Tierra. Cesa toda necesidad de ayuda a tu Verbo... Que el Hombre te aplaque como Redentor, de la misma forma que la Palabra te ha sido obediente... Lo que Tú quieras... Para ellos te pido piedad. ¿Los salvaré? Esto te pido. Así lo quiero: salvados del mundo, de la carne, del demonio... ¿Puedo pedir aún? Es una petición justa, Padre mío. No para Mí. Para el hombre, que es creación tuya y que quiso transformar en barro también su alma. Yo echo en mi dolor y en mi Sangre ese barro, para que vuelva a ser esa incorruptible esencia del espíritu grato a Ti... Y está por todas partes. Él es rey esta noche. En el palacio y en las casas. Entre los soldados y en el Templo... La ciudad está henchida de él, y mañana será un infierno...”

Jesús se vuelve, apoya su espalda en la roca y cruza los brazos. Mira a Jerusalén. La cara de Jesús va tomando una expresión cada vez más triste. Susurra:

-Parece de nieve... y es toda ella un pecado. ¡A cuántos he curado también en ella! ¡Cuánto he hablado!... ¿Dónde están los que parecían serme fieles?...

Jesús agacha la cabeza y mira fijamente al suelo, cubierto de hierba corta, brillante de rocío. Pero, aunque tenga la cabeza baja, comprendo que está llorando, porque algunas gotas, al caer de la cara al suelo, brillan. Luego levanta la cabeza, separa los brazos y une las manos más arriba de la cabeza, y las mueve manteniéndolas unidas.

Luego anda. Regresa donde los tres apóstoles, que están sentados alrededor de su fogata de hornija (*leña menuda*). Los encuentra medio dormidos. Pedro ha apoyado su espalda en un tronco, y, cruzados los brazos, cabecea, envuelto en las primeras brumas de un fuerte sueño. Santiago está sentado – también su hermano – encima de una gruesa raíz que sobresale del suelo y sobre la cual han extendido los mantos para sentir menos las protuberancias; pero, a pesar de estar más incómodos que Pedro, también están adormilados. Santiago tiene su cabeza relajada sobre el hombro de Juan, y éste tiene la suya apoyada en el de su hermano, como si el duermevela (*sueño ligero del que dormita*) los hubiera inmovilizado en esa postura.

-¿Duermen? ¿No han sabido velar una hora tan sólo? ¡Tengo mucha necesidad de sus consuelos y de sus oraciones!

Los tres se sobresaltan, confundidos. Se restriegan los ojos. Susurran una disculpa. Atribuyen la primera causa de este estado suyo de sueño al esfuerzo de digerir:

-Es el vino... la comida... Pero se pasa ahora. Ha sido un momento. No sentíamos ganas de hablar y esto nos ha llevado al sueño. Pero ahora vamos a orar en voz alta y no se va a repetir esto.

-Sí. Oren y velen. También para ustedes lo necesitan.

-Sí, Maestro. Te obedeceremos.

Jesús se marcha de nuevo. La Luna de tan fuerte claridad de plata, que va haciendo ver cada vez más pálida la túnica roja, como si la cubriera de un blanco polvo brillante, ilumina su rostro y me lo

muestra desconsolado, doliente, envejecido. Sus ojos siguen bien abiertos, pero parecen empañados; su boca presenta un pliegue de cansancio.

Vuelve a su piedra, aún más lento y encorvado. Se arrodilla y apoya los brazos en la roca, que no es lisa, sino que a mitad de altura tiene como un entrante- parece labrado adrede así- en el que ha nacido una plantita que creo es una de esas florcitas semejantes a pequeñas azucenas (cimbalarías), que he visto también en Italia, con hojitas pequeñas, redondas pero denticuladas, y carnosas, de florcitas muy pequeñas en sus delgadísimos tallos: parecen pequeños copos de nieve, y salpican el gris de la roca y las hojitas verde oscuro. Jesús apoya las manos ahí al lado. Las florcitas le acarician la mejilla, porque apoya la cabeza en las manos juntas y ora. Pasado un poco de tiempo, siente el frescor de las pequeñas corolas, alza la cabeza, las mira, las acaricia, les dice:

-¡También están ustedes!... ¡Me alivian! Había florcitas como éstas también en la gruta de mi Madre... y Ella las quería, porque decía: “Cuando era pequeña, decía mi padre: “Eres una azucena diminuta toda llena de rocío celeste”... ¡Oh, mi Madre! ¡Oh, Mamá!

Rompe a llorar. Reclinada la cabeza en las manos unidas, un poco apoyado en los talones, lo veo y lo oigo llorar, mientras las manos aprietan los dedos y los mortifican, la una a la otra. Oigo que dice:

-También en Belén... y te las llevé, Mamá. ¿Pero éstas quién te las llevará?...

Luego prosigue en su oración y meditación. Debe ser muy triste su meditación, angustiosa más que triste, porque para evitarla se alza y va y viene, susurrando palabras que no capto, alzando la cara, bajándola de nuevo, gesticulando, pasándose las manos por los ojos, las mejillas, el pelo, con mecánicos y agitados movimientos, propios de quien está sumido en una gran angustia: decirlo no es nada, describirlo es imposible, verlo es entrar en su angustia. Gesticula hacia Jerusalén. Luego vuelve a alzar los brazos hacia el cielo como para invocar ayuda.

Se quita el manto como si tuviera calor. Lo mira... Pero ¿qué ve? Sus ojos no miran sino su tortura, y todo contribuye a esta tortura, a aumentarla. Hasta el manto tejido por su Madre. Lo besa y dice:

-¡Perdón, Mamá! ¡Perdón!

Parece como si se lo pidiera al paño hilado y tejido por el amor materno...

Vuelve a ponérselo. Está lleno de angustia. Quiere orar para superarla. Pero con la oración vuelven los recuerdos, los temores, las dudas, las añoranzas... Es un alud de nombres... ciudades... personas... hechos... No puedo seguirlo, porque es rápido y entrecortado. Es su vida evangélica lo que desfila ante Él... y le trae el recuerdo de Judas el traidor. Es tanta la angustia, que grita, para vencerla, en nombre de Pedro y Juan. Y dice:

-Ahora vendrán. ¡Ellos son muy fieles! -Pero ellos no vienen. Llama de nuevo. Parece aterrorizado, como viendo algo que no sabemos.

Huye rápidamente hacia donde están Pedro y los dos hermanos, y los encuentra más cómoda e intensamente dormidos, alrededor de unas pocas brasas que, ya mortecinas, presentan sólo algunos zigzagues de color rojo entre el gris de la ceniza.

-¡Pedro! ¡Los he llamado tres veces! ¿Pero qué hacen? ¿Duermen todavía? ¡Pero no sienten cuánto sufro! Oren. Que la carne no venza, en ninguno. Que no los venza. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Ayúdenme...

Los tres se despiertan con mayor lentitud. Pero al final lo hacen, y con ojos atónitos se disculpan. Se ponen en pie, primero sentándose, luego irguiéndose del todo.

-¡Pues fíjate! – dice Pedro en tono bajo - ¡No nos ha sucedido nunca esto! Debe haber sido ese vino, sin duda. Era fuerte. Y también este fresco. Nos hemos tapado para no sentirlo (en efecto, se habían tapado hasta la cabeza incluso, con los mantos) y hemos dejado de ver el fuego y hemos dejado de tener frío y, bueno, pues, el sueño ha venido. ¿Dices que has llamado? Es curioso, no me parecía dormir tan profundamente... Arriba, Juan, vamos a buscar algunas ramitas, vamos, pongámonos en movimientos. Se nos pasará. Estate seguro, Maestro, que a partir de ahora... estaremos en pie... - y arroja a las brasas un puñado de hojitas secas, y sopla hasta que la llama resucita; luego la alimenta con las ramas de zarza que ha traído Juan. Mientras, Santiago trae una gruesa rama de enebro, o de un árbol similar, que ha cortado de una espesura poco lejana, y la une al resto. La llama se alza, alta y festiva, e ilumina la pobre faz de Jesús. ¡Una faz de una tristeza... de una tristeza, que no se puede mirar sin llorar! Toda la luminosidad de ese rostro ha quedado diluída en un cansancio mortal. Dice:

-¡Estoy en una angustia que me mata! ¡Oh, sí! Mi alma está triste hasta el punto de morir. ¡Amigos...¡Amigos!

Pero, aunque no dijera esto, su aspecto es ya de por sí el de un moribundo que, además, muere en el más angustioso y desolado de los abandonos. Cada palabra parece un acceso de llanto... pero los tres están demasiado cargados de sueño. Y se mueven con pasos inciertos y ojos semicerrados, tanto que parecen casi ebrios... Jesús los mira... No los mortifica con reproches. Mueve la cabeza, suspira y vuelve a marcharse, al lugar de antes.

Ora de nuevo, en pie con los brazos en cruz; luego de rodillas, como antes, curvado el rostro sobre las florcitas. Piensa. Calla... Luego da en gemir y sollozar fuertemente, tan abatido sobre los talones, que está casi prosternado. Llama al Padre, cada vez con más angustia... Dice:

-¡Oh! ¡Es demasiado amargo este cáliz! ¡No puedo! ¡No puedo! Está por encima de lo que Yo puedo. ¡Todo lo he podido! Pero no esto... ¡Aléjalo, Padre, de tu Hijo! ¡Piedad de Mí!... ¿Qué he hecho para merecerlo?

Luego, cobrando nuevas fuerzas, dice:

-Pero, Padre mío, no escuches mi voz si pide algo contrario a tu voluntad. No recuerdes que soy Hijo tuyo, sino sólo servidor tuyo. No se haga mi voluntad, sino la tuya.

Permanece así durante un rato. Luego emite un grito ahogado y levanta la cara: es un rostro desencajado. Un instante sólo. Luego se derrumba, rostro en tierra, y se queda así. Un deshecho de hombre sobre el que pesa todo el pecado del mundo, sobre el que se abate toda la Justicia del Padre, sobre el que desciende la tiniebla, la ceniza, la hiel, esa tremenda, tremenda, tremendísima cosa que es el abandono de Dios mientras Satanás nos tortura... Es la asfixia del alma, es estar sepultados vivos en esta cárcel que es el mundo cuando ya no puede sentirse que entre nosotros y Dios hay una ligazón, es sentirse encadenados, amordazados, lapidados por nuestras propias oraciones que caen sobre nosotros cuajadas de agudas puntas y llenas de fuego, es chocar de plano contra un Cielo cerrado en que no penetran ni voz ni mirada de nuestra angustia, es estar “huérfanos de Dios”, es la locura, la agonía, la duda de habernos engañado a nosotros hasta ese momento, es el convencimiento de ser rechazados por Dios, de estar condenados. ¡Es el infierno!...

¡Oh, lo sé! Y no puedo, no puedo ver ese espasmo de mi Cristo, y saber que es un millón de veces más atroz que el que me consumió el año pasado y que cuando me vuelve a la mente todavía me perturba profundamente.

Jesús gime, entre estertores y suspiros agónicos:

-¡Nada!... ¡Nada!... ¡Fuera!... ¡La voluntad del Padre! ¡Eso! ¡Sólo eso!... Tu voluntad, Padre; la tuya, no la mía... ¡Inútil. No tengo sino un Señor: Dios santísimo. Una ley: la obediencia. Un amor: la redención... No. Ya no tengo ni Madre, ni vida, ni divinidad, ni misión. Inútilmente me tientas, demonio, con la Madre, la vida, mi divinidad, mi misión. Tengo por madre a la Humanidad y la amo hasta morir por ella. La vida se la devuelvo a quien me la dio y ahora me la pide, supremo Señor de todo viviente. La divinidad la afirmo siendo capaz de esta expiación. La misión la cumplo con mi muerte. No tengo nada más. Nada, aparte de hacer la voluntad del Señor, mi Dios. ¡Retrocede, Satanás! Lo dije la primera y la segunda vez. Vuelvo a decirlo la tercera: “Padre, si es posible pase de Mí este cáliz. Pero, hágase tu voluntad, no la mía”. Retrocede, Satanás. Yo soy de Dios.

Luego ya no habla. Sólo para decir entre jadeos: “¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!”. Lo llama a cada latido de su corazón, y parece rezumar la sangre a cada latido. La tela, estirada sobre los hombros, se empapa de sangre y adquiere de nuevo un tono oscuro, a pesar de la intensa claridad lunar que todo lo envuelve.

Y no obstante, un resplandor más vivo se forma sobre su cabeza, suspendido a un metro de Él aproximadamente; un resplandor tan vivo, que incluso el Postrado lo ve filtrarse entre las ondas de sus cabellos, ya espesos de sangre, y tras el velo que la sangre pone en los ojos. Alza la cabeza... Resplandece la Luna sobre esta pobre faz, y aún más resplandece la luz angélica, semejante a la del diamante blanco-azul de la estrella Venus. Aparece toda la tremenda agonía en la sangre que suda a través de los poros. Las pestañas, el pelo, el bigote, la barba están mojados y rociados de sangre. Sangre suda en las sienes, sangre brota de las venas del cuello, gotas de sangre caen de las manos; y, cuando tiende las manos hacia la luz angélica y las anchas mangas se deslizan hacia los codos, aparecen los antebrazos de Cristo también llenos de sudor de sangre. En la cara sólo las lágrimas forman dos líneas netas sobre la máscara roja.

Se quita otra vez el manto y se seca las manos, la cara, el cuello, los antebrazos. Pero el sudor continúa. Él presiona varias veces la tela contra la cara, y la mantiene apretada con las manos; y cada vez que cambia el sitio aparecen nítidamente en la tela de color rojo oscuro las señales, las cuales, estando húmedas, parecen negras. La hierba del suelo está roja de sangre.

Jesús parece próximo al desfallecimiento. Se desata la túnica en el cuello, como si sintiera ahogo. Se lleva la mano al corazón y luego a la cabeza y la agita delante de la cara como para darse aire, manteniendo entreabierto la boca. A rastras, se pega a la roca, pero más hacia el borde del desnivel del terreno. Apoya la espalda contra la piedra, de forma que – como si estuviera ya muerto – quédanle colgando los brazos, paralelos al cuerpo; y la cabeza, contra el pecho. Ya no se mueve.

La luz angélica va decreciendo poco a poco, para acabar como absorbida en la claridad lunar.

Jesús abre los ojos de nuevo. Con esfuerzo levanta la cabeza. Mira. Está solo, pero menos angustiado. Alarga una mano. Acerca hacia Sí el manto que había dejado abandonado en la hierba y vuelve a secarse la cara, las manos, el cuello, la barba, el pelo. Coge una hoja ancha, nacida justo en

el borde del desnivel, empapada de rocío, y con ella termina de limpiarse mojándose la cara y las manos y luego secándose de nuevo todo. Y repite, repite lo mismo con otras hojas, hasta que borra las huellas de su tremendo sudor. Sólo la túnica, especialmente en los hombros y en los pliegues de los codos, en el cuello y en la cintura, en las rodillas, está manchada. La mira y mueve la cabeza. Mira también el manto, y lo ve demasiado manchado; lo dobla y lo pone encima de la piedra, en el lugar en que ésta forma una concavidad, junto a las florcitas.

Con esfuerzo - como por debilidad- se vuelve y se pone de rodillas. Ora, apoyada la cabeza en el manto donde tiene ya las manos. Luego, tomando como apoyo la roca, se alza y, todavía tambaleándose ligeramente, va donde los discípulos. Su cara está palidísima. Pero ya no tiene expresión turbada. Es una faz llena de divina belleza, a pesar de aparecer más exangüe (*desangrado*) y triste que de costumbre.

Los tres duermen profundamente. Bien arrebujados en sus mantos, echados del todo, junto a la fogata apagada. Se les oye respirar profundamente, con comienzo incluso de un sonoro ronquido.

Jesús los llama. Es inútil. Debe agacharse y dar un buen zarandeo a Pedro.

-¿Qué sucede? ¿Quién viene a arrestarme?- dice Pedro mientras sale, atónito y asustado, de su manto verde oscuro.

-Nadie. Te llamo Yo.

-¿Es ya por la mañana?

-No. Ha terminado casi la segunda vigilia.

Pedro está todo entumecido. Jesús da unos meneos a Juan, que emite un grito de terror al ver inclinado hacia él un rostro que, de tan marmóreo como se ve, parece un fantasma.

-¡Oh... me parecías muerto!

Da unos meneos a Santiago, el cual, creyendo que lo llama su hermano, dice:

-¿Han apresado al Maestro?

-...Todavía no, Santiago- responde Jesús - Pero, levántense ya. Vamos. El que me traiciona está cerca.

Los tres, todavía atónitos, se levantan. Miran a su alrededor... Olivos, Luna, ruiseñores, leve viento, paz... nada más. Pero siguen a Jesús sin hablar. También los otros ocho están más o menos dormidos alrededor del fuego ya apagado.

-¡Levántense! -dice Jesús con voz potente- ¡Mientras viene Satanás, muestren al insomne y a sus hijos que los hijos de Dios no duermen!

-¡Sí, Maestro!

-¿Dónde está, Maestro?

-Jesús, yo...

-¿Pero qué ha sucedido?

Y entre preguntas y respuestas enredadas, se ponen los mantos... El tiempo justo de aparecer en orden a la vista de la chusma capitaneada por Judas, que irrumpe en el quieto terreno y lo ilumina bruscamente con muchas antorchas encendidas: son una horda (*reunión de salvajes*) de bandidos disfrazados de soldados, caras de la peor calaña afeadas por sonrisas maliciosas demoníacas; hay también algún otro representante del Templo.

Los apóstoles, súbitamente, se hacen a un lado. Pedro delante y, en grupo, detrás, los demás. Jesús se queda donde estaba. Judas se acerca resistiendo a la mirada de Jesús, que ha vuelto a ser esa mirada centelleante de sus días mejores. Y no baja la cara. Es más, se acerca con una sonrisa de hiena y lo besa en la mejilla derecha.

-Amigo, ¿y qué has venido a hacer? ¿Con un beso me traicionas?

Judas agacha un instante la cabeza, luego vuelve a levantarla... Muerto a la reprensión como a cualquier invitación al arrepentimiento. Jesús, después de las primeras palabras, dichas todavía con solemnidad del Maestro, adquiere el tono afligido de quien se resigna a una desventura.

La chusma, con un clamor hecho de gritos, se acerca con cuerdas y palos y trata de apoderarse de los apóstoles- excepto de Judas Iscariote, se entiende - además de tratar de prender a Cristo.

-¿A quién buscan?- pregunta Jesús calmado y solemne.

-A Jesús Nazareno.

-Soy Yo.

La voz es un trueno. Ante el mundo asesino y el Inocente, ante la naturaleza y las estrellas, Jesús da de Sí - y yo diría que está contento de poder hacerlo- este testimonio abierto, leal, seguro.

¡Ah!, pero si Él hubiera emanado un rayo no habría hecho más: como un haz de espigas segadas, todos caen al suelo. Permanecen en pie sólo Judas, Jesús y los apóstoles, los cuales, ante el espectáculo de los soldados derribados se rehacen, tanto que se acercan a Jesús, y con amenazas tan claras contra Judas, que éste súbitamente se retira -huye al otro lado del Cedrón y se adentra en la

negrura de una callejuela- con el tiempo justo de evitar el golpe maestro de la espada de Simón, y seguido en vano de piedras y palos que le lanzan los apóstoles que no iban armados de espadas.

-Levántense. ¿A quién buscan?, vuelvo a preguntarles.

-A Jesús Nazareno.

-Les he dicho que soy Yo – dice con dulzura Jesús. Sí, con dulzura.

-Dejen, pues, libres a estos otros. Yo voy. Guarden las espadas y los palos. No soy un bandolero. Estaba siempre entre ustedes. ¿Por qué no me han arrestado entonces? Pero ésta es la hora de ustedes y la de Satanás...

Mientras Él habla, Pedro se acerca al hombre que está extendiendo las cuerdas para atar a Jesús y descarga un golpe de espada torpe. Si la hubiera usado de punta, lo habría degollado como a un carnero. Así, lo único que ha hecho ha sido arrancarle casi la oreja, que queda colgando en medio de un gran flujo de sangre. El hombre grita que lo han matado. Se produce confusión entre aquellos que quieren arremeter y los que al ver lucir espadas y puñales tienen miedo.

-Guarden esas armas. Se los ordeno. Si quisiera, tendría como defensores a los ángeles del Padre. Y tú, queda sano. En el alma lo primero, si puedes.

Y antes de ofrecer sus manos para las cuerdas, toca la oreja y la cura.

Los apóstoles gritan alteradamente... Sí, me duele decir esto, pero es así. Quién dice una cosa; quién, otra. Quién grita: “¡Nos has traicionado!”, y quién: “¡Pero ha perdido la razón!”, y quién dice: “¿Quién puede creerte?”. Y el que no grita, huye... Y Jesús se queda solo... Él y los verdugos... Y empieza el camino...

603

Divinidad y Humanidad de Jesús. El dolor de la Madre. El dolor de Jesús.

DICE JESÚS

Contemplaste en la noche del Jueves el sufrimiento de mi agonía espiritual. Viste abatirse a tu Jesús cual hombre herido de muerte que siente que la vida se le escapa por las heridas que lo desangran, o como uno que se siente desbordado por un trauma psíquico superior a sus fuerzas. Viste las fases crecientes de este trauma, culminadas en la efusión de sangre provocado por el desequilibrio circulatorio causado por el esfuerzo de vencerme y de resistir el peso que sobre Mí se había abatido.

Yo era, soy, el Hijo del Dios Altísimo. Pero era también el Hijo del hombre. A través de estas páginas quiero que brote nítida esta doble naturaleza mía, igualmente total y perfecta.

Testimonio de mi Divinidad son mis palabras, que tienen tonos que sólo un Dios puede tener; de mi Humanidad lo son las necesidades, las pasiones, los sufrimientos que les presento y que Yo padecí en mi carne de verdadero Hombre, propuesta como modelo de la humanidad de ustedes, de la misma forma que instruyo sus espíritus con mi doctrina de verdadero Dios.

Tanto mi santísima Divinidad como mi perfectísima Humanidad, durante el transcurso de los siglos y por la acción disgregadora de la humanidad imperfecta de ustedes, han resultado, al ilustrarlas, menoscabadas, tergiversadas. Han hecho irreal mi Humanidad, la han hecho inhumana; de la misma forma que han empequeñecido mi figura divina, rechazándola en muchos aspectos que no les resultaba agradable reconocer o que ya no podían reconocer con sus espíritus disminuídos a causa de los debilitamientos del vicio y del ateísmo, de lo humano, del racionalismo.

Yo vengo, en esta hora trágica (Segunda Guerra Mundial), prefacio (*prólogo, que antecede*) de universales desventuras, vengo a refrescar en sus mentes mi doble figura de Dios y Hombre para que la conozcan tal como es; para que la reconozcan después de tanto oscurantismo, oscurantismo con que la han cubierto ante sus espíritus; para que la amen y vuelvan a ella y se salven por medio de ella. Es la figura del Salvador de ustedes. Quien la conozca y la ame se salvará.

El Hijo y la Madre unidos

En estos días te he dado a conocer mis sufrimientos físicos, que torturaron mi Humanidad. Te he dado a conocer mis sufrimientos morales relacionados, entrelazados, fundidos con los de mi Madre, como lo están las enmarañadas lianas de las selvas ecuatoriales, que no se pueden separar para cortar una de ellas solamente, sino que hay que romperlas con un único golpe de hacha para abrir brecha, matándolas juntas; o como están las venas de un cuerpo, de las que no puede ser privada de sangre una, porque un único líquido las llena; o como mejor – mejor todavía – no puede ser impedido que entre la muerte en la criatura que se está formando en el seno materno si la madre muere, puesto que la vida, el calor, la nutrición, la sangre de la madre son lo que, con ritmo sonante al compás del materno corazón, penetra, a través de las membranas internas, hasta la criatura que ha de nacer, y la completa en orden a la vida.

Ella, ¡Oh Ella, la Madre mía pura, me llevó no sólo durante los nueve meses en que toda hembra de hombre lleva el fruto del hombre, sino durante toda la vida! Nuestros corazones estaban unidos por fibras espirituales y palpitaron juntos siempre, y no había lágrima materna que cayera sin surcar mi corazón con su salinidad, ni había un lamento mío interior que no resonara en Ella despertando su dolor. Les produce pena la madre de un hijo destinado a la muerte a causa de una enfermedad incurable, la madre de un condenado al suplicio por el rigor de la justicia humana. Pues piensen en mi Madre, que desde el momento en que me concibió tembló al pensar que Yo era el Condenado; piensen en esta Madre que cuando dio el primer beso en mis blandas y rosadas carnes de recién nacido sintió las futuras llagas de su Criatura; en esta Madre que habría dado diez, cien, mil veces su vida por impedirme hacerme Hombre y llegar al momento de la Inmolación; en esta Madre que conocía y que debía desear aquella hora tremenda por aceptar la voluntad del Señor, por la gloria del Señor, por bondad para con la Humanidad. No, no ha habido agonía más larga- ni terminada en un dolor más grande- que la de mi Madre.

El dolor del Hijo del Padre, el Cordero de Dios.

Y no ha habido un dolor mayor, más completo que el mío. Era Uno con el Padre. Él me había amado desde la eternidad como sólo Dios puede amar. Se había complacido en Mí y había encontrado en Mí su DIVINA ALEGRÍA. Y Yo lo había amado como sólo un Dios puede amar y encontraba en la unión con Él mi ALEGRÍA DIVINA. La inefable relación que une desde la eternidad al Padre con el Hijo no puede serles explicada ni siquiera con mi palabra, porque, si bien ella es perfecta, sus inteligencias no lo son y no pueden comprender y conocer lo que ES Dios mientras no estén con Él en el Cielo. Pues bien, Yo sentía, cual agua que asciende y que presiona contra una presa, crecer, hora tras hora, el rigor del Padre respecto a Mí.

Como testimonio contra los hombres-animales, que no querían comprender quién era Yo. Él había abierto, durante el tiempo de mi vida pública, tres veces el Cielo: en el Jordán, en el Tabor y en Jerusalén en la víspera de la Pasión. Pero lo había hecho por los hombres, no para aliviarme; Yo ya era el Expiador.

Muchas veces, María, Dios da a conocer un siervo suyo a los hombres, para que éstos reciban un impacto de este siervo, y a través de éste se vean atraídos hacia Dios. Pero esto sucede no sin el dolor de ese siervo, que paga en primera persona – comiendo el pan amargo del rigor de Dios-los consuelos y la salvación de sus hermanos. ¿No es verdad? Las víctimas de expiación conocen el rigor de Dios. Luego viene la gloria. Pero después de que la Justicia haya sido aplacada. No es como en el caso de mi Amor, que a sus víctimas da sus besos. Yo soy Jesús, soy el Redentor, Aquel que ha sufrido y sabe, por personal experiencia, lo que es el dolor de ser mirado por Dios con severidad y ser abandonado de Dios, y no soy nunca severo ni abandono nunca. Consumo igualmente, pero en una hoguera de amor.

Cuanto más cerca estaba la hora de la expiación, más sentía Yo alejarse al Padre. Cada vez más separada del Padre, mi Humanidad se sentía cada vez menos sujeta por la Divinidad de Dios. Y por ello sufría en todos los modos. La separación de Dios trae consigo miedo, trae consigo un agarrarse a la vida, y abatimiento y cansancio y tedio. Cuanto más profunda es esta separación, más fuertes son estas consecuencias; cuando es total, comporta la desesperación. Y cuanto más uno – por un decreto de Dios – la experimenta sin haberla merecido, más sufre por ella, porque el espíritu vivo siente la separación de Dios como una carne viva siente la separación de un miembro. Es un asombro doloroso, desalentador, que el que no lo ha experimentado no lo comprende.

Yo lo experimenté. Tuve que conocerlo todo, incluso las desesperaciones de ustedes, para poder, respecto a todo, interceder a favor de ustedes ante el Padre. ¡Oh, Yo experimenté lo que significa decir: “Estoy solo. Todos me han traicionado, abandonado. Tampoco el Padre, tampoco Dios me ayuda ya”. Y por esto obro misteriosos prodigios de gracia en los pobres corazones sobrepasados por la desesperación, y por esto pido a mis predilectos que beban este cáliz mío de tan amarga experiencia, para que ellos – los que naufragan en el mar de la desesperación- no rehúsen la cruz que ofrezco como ancla y salvación, sino que a ella se aferren y Yo pueda llevarlos a la bienaventurada orilla donde sólo habita la paz.

¡Sólo Yo sé cuánto hubiera necesitado al Padre en la noche del Jueves! Era un espíritu agonizante por el esfuerzo de haber tenido que superar los dos mayores dolores de un hombre: el adiós a una madre amadísima, y la cercanía del amigo infiel. Eran dos llagas que me quemaban el corazón: una con su llanto, la otra con su odio.

Había tenido que compartir mi pan con mi Caín. Había tenido que hablarle como amigo para no acusarlo ante los otros – cuya violencia no me daba garantías – e impedir un delito, por lo demás inútil, puesto que todo estaba escrito ya en el gran libro de la vida: tanto mi Muerte santa como el suicidio de Judas. Inútiles otras muertes reprobadas por Dios. Aparte de la mía, ninguna otra sangre

debía ser derramada, y no lo fue. El dogal estranguló esa vida cerrando en el saco repelente del cuerpo del traidor su sangre impura vendida a Satanás, sangre que no debía mezclarse, cayendo en la Tierra, con la Sangre purísima del Inocente.

Habrían sido suficientes esas dos heridas para hacer de Mí un agonizante en mi Yo. Pero era el Expiador, la Víctima, el Cordero. El cordero, antes de ser inmolado, conoce la marca incandescente, como los golpes, conoce el desnudamiento, conoce la venta al matarife. Lo último que conoce es el hielito del cuchillo que penetra en el cuello y abre las venas y mata. Antes debe dejar todo: los pastos donde ha crecido, la madre en cuyo pecho ha hallado nutrición y calor, los compañeros con que ha vivido. Todo. Yo he conocido todo: Yo, Cordero de Dios.

Por eso vino Satanás mientras el Padre se retiraba a los Cielos. Ya había venido en el comienzo de mi misión, a tentarme para desviarme de ella. Ahora volvía. Era su hora, la hora del aquellarre satánico.

Hordas de demonios estaban esa noche en la Tierra para llevar a cabo la seducción de los corazones y disponerlos a querer al día siguiente que mataran a Cristo. Cada uno de los miembros del Sanedrín tenía el suyo, y el suyo Herodes y el suyo Pilato, y el suyo cada uno de los judíos que iba a invocar que cayera sobre sí mi Sangre. También los apóstoles tenían a su tentador a su lado, que los adormilaba mientras Yo languidecía, que los preparaba para la cobardía. Observa el poder de la pureza. Juan, el puro, fue el primero que se liberó de la garra demoníaca, y volvió enseguida a su Jesús y comprendió su oculto deseo, y me trajo a María.

Pero Judas tenía a Lucifer, y Yo tenía a Lucifer: Judas, en el corazón; Yo, al lado. Éramos los dos principales personajes de la tragedia y Satanás se ocupaba personalmente de nosotros. Después de conducir a Judas hasta un punto del que ya no podía retroceder, se volvió hacia Mí.

(Los ataques de Satanás)

Con su astucia perfecta, me presentó las torturas de la carne con un realismo insuperable. En el desierto también empezó por la carne. Lo vencí orando. El espíritu sojuzgó los miedos de la carne.

Me presentó entonces la inutilidad de mi muerte, la utilidad de vivir para mí mismo sin ocuparme de los hombres ingratos. Vivir rico, feliz, amado. Vivir por razón de mi Madre, por no hacerla sufrir. Vivir para llevar a Dios con un largo apostolado a muchos hombres, los cuales, por el contrario, si Yo muriera, me olvidarían, mientras que, si fuera Maestro no durante tres años sino durante muchos lustros, terminarían identificándose con mi Doctrina. Sus ángeles me ayudarían a seducir a los hombres. ¿No veía que los ángeles de Dios no intervenían para ayudarme? Después, Dios me perdonaría al ver la cosecha de creyentes que le habría llevado. En el desierto también me había inducido a tentar a Dios con la imprudencia. Lo vencí con la oración. El espíritu sojuzgó a la tentación moral.

Me presentó el abandono de Dios. Él, el Padre, ya no me amaba. Yo estaba cargado con los pecados del mundo. Le producía repulsión. Estaba ausente, me dejaba solo. Me abandonaba al escarnio de una muchedumbre despiadada. Y no me concedía ni siquiera su divino consuelo. Solo, solo, solo. En esa hora sólo estaba Satanás al lado del Cristo. Dios y los hombres estaban ausentes porque no me amaban. Me odiaban o se mostraban indiferentes.

Yo oraba para cubrir con mi oración las palabras satánicas. Pero la oración ya no subía a Dios. Caía sobre Mí de nuevo como piedras de lapidación y me aplastaba bajo su cúmulo. La oración, que para Mí era siempre caricia hecha al Padre, voz que subía y a la que respondían la caricia y la palabra paternas, ahora estaba muerta, era costosa, en vano lanzada contra el Cielo cerrado.

Entonces sentí la amargura del fondo del cáliz. El sabor de la desesperación. Era esto lo que quería Satanás. Llevarme a desesperar para hacer de Mí un esclavo suyo. Vencí la desesperación, y la vencí sólo con mis fuerzas, porque quise vencerla. Sólo con mis fuerzas de Hombre. Ya no era sino el Hombre. Y ya no era sino un hombre sin la ayuda de Dios. Cuando Dios ayuda es fácil mantener elevado hasta el mundo y sostenerlo como juguete de niño. Pero cuando Dios ya no ayuda, hasta el peso de una flor nos resulta fatigoso.

Vencí la desesperación y a Satanás, su creador, por servir a Dios y a ustedes dándoles la Vida. Pero conocí la Muerte. No la muerte física del crucificado –ésa fue menos atroz- sino la Muerte total, consciente, del luchador que cae, después de haber triunfado, con el corazón quebrantado, rezumándole la sangre con el trauma de un esfuerzo superior a lo posible. Y sudé sangre. Sudé sangre por ser fiel a la voluntad de Dios.

Por eso el ángel de mi dolor me presentó, como medicina para mi agonía, la esperanza de todos los salvados por mi Sacrificio. ¡Los nombres de ustedes! Cada uno de ellos fue para mí una gota medicinal infundida en las venas para devolverles el tono y la función; cada uno de ellos significó para Mí vida que volvía, luz que volvía, fuerza que volvía. En medio de las inhumanas torturas, para no gritar mi dolor de Hombre y para no desesperar de Dios y decir que era demasiado severo e injusto para con su Víctima, Yo me repetí sus nombres. Yo los vi. Los bendije desde entonces. Desde entonces los llevé en mi corazón. Y cuando llegó para ustedes la hora de estar en la Tierra, me asomé al Cielo y me incliné para acompañar su venida, exultando ante el pensamiento de que una nueva flor de amor había nacido en el mundo y que viviría por Mí.

¡Oh, benditos míos, consuelo de Cristo agonizante! La Madre, el Discípulo, las Mujeres piadosas acompañaban mi morir. Pero ustedes también estaban. Mis ojos agonizantes veían, junto con el rostro angustiado de la Madre mía, sus caras amorosas, y se cerraron así, felices de cerrarse porque los había salvado, ¡Oh, ustedes que compensan el Sacrificio de un Dios!

Ya has conocido todos los dolores que precedieron a la Pasión propiamente dicha. Ahora te daré a conocer los dolores concretos de la Pasión.

Los dolores que más impresionan sus mentes cuando meditan en ellos. Pero meditan en ellos muy poco, demasiado poco. No reflexionan en cuánto me costaron ni en la tortura de que está hecha la salvación de ustedes. Ustedes que se quejan de una excoriación (*rasmillón*), de un golpe contra un saliente, de un dolor de cabeza, no piensan que Yo era por entero una herida, que esas heridas estaban irritadas por muchas cosas, que las cosas mismas servían como tormento de su Creador porque torturaban al ya torturado Dios-Hijo sin respeto a Aquel que, siendo Padre de la Creación, las había formado.

Pero las cosas no tenían culpa. El culpable es el de siempre: el hombre; culpable desde el día en que prestó oídos a Satanás en el Paraíso terrenal. Hasta ese momento, las cosas de la Creación no le reservaban al hombre, criatura elegida, ni espinas ni venenos ni saña. Dios había constituido rey a este hombre hecho a su imagen y semejanza, y, en su paterno amor, no había querido que las cosas pudieran causar insidias al hombre. Satanás introdujo la insidia. Primero, en el corazón del hombre; luego ésta parió para el hombre, con el castigo del pecado, cardos y espinas.

Y he aquí que Yo, el Hombre, tuve que sufrir no sólo de mano de las personas, sino también por las cosas, recibir sufrimiento de las cosas. Las personas me propinaron insultos y vejaciones; éstas fueron el arma usada.

La mano que Dios había hecho al hombre para distinguirlo de los animales; esa mano que Dios enseñó al hombre a usar, esa mano que Dios había puesto en relación con la mente, esa mano a la que Dios había hecho ejecutora de las órdenes de la mente, esta parte de ustedes que es tan perfecta y que hubiera debido ofrecer solamente caricias al Hijo de Dios – de quien había recibido sólo caricias y salud si estaba enferma – se volvió contra Él y le propinó cachetadas y puñetazos, y se armó de azote y se transformó en tenaza para arrancar el pelo y la barba, o se armó de mazo para hincar los clavos.

Los pies del hombre, que hubieran debido sólo correr diligentes para ir a adorar al Hijo de Dios, se movieron veloces para venir a capturarme y llevarme por las calles hasta mis verdugos, a empujones y tirones; fueron veloces para darme patadas de un modo que no es lícito usar con un mulo terco.

La boca del hombre, que hubiera debido usar la palabra, esa palabra que es cualidad otorgada únicamente al hombre y a ningún animal creado, para alabar y bendecir al Hijo de Dios, se llenó de blasfemias y mentiras y arrojó éstas, junto con su baba, contra mi persona.

La mente del hombre, que es la prueba de su origen celeste, se fatigó en inventar tormentos de un refinado rigor.

El hombre, el hombre entero hizo uso de todos y cada uno de sus elementos para torturar al Hijo de Dios. Y llamó a la tierra, con sus formas, como ayuda en la tortura. Hizo de las piedras de los torrentes proyectiles para herirme; de las ramas de los árboles, palos para golpearme; del trenzado de cáñamo, lazo para arrastrarme serrándome las carnes; de las espinas, una corona de punzante fuego para mi cabeza cansada; de los minerales, un exasperante azote; de la caña, un instrumento de tortura; de las piedras de las calles, obstáculo para el pie vacilante de Aquel que subía, muriendo, para morir crucificado.

Y a las cosas de la Tierra se unieron las del cielo. El frío del alba para mi cuerpo ya exhausto por la agonía del huerto, el viento que irritaba las heridas, el sol que aumentaba la quemazón y la fiebre y traía moscas y polvo, y cegaba los ojos cansados que no podían ser protegidos por las manos apesadas.

Y a las cosas del cielo se unieron las fibras concedidas al hombre para revestir su desnudez: el cuero que se transformó en azote, la lana de la túnica, que se pegaba a las abiertas heridas de los azotes y producía la tortura de las rozaduras y laceración en cada movimiento.

Todo, todo, todo sirvió para atormentar al Hijo de Dios. Él, por quien todas las cosas fueron creadas, en la hora en que era la Hostia ofrecida a Dios, tuvo como enemigas todas las cosas. María, tu Jesús no halló alivio en ninguna cosa. Cuales víboras enfurecidas, todo lo que existía se volvió a morderme las carnes y aumentar el padecimiento.

Esto sería necesario pensar, cuando sufren; y, comparando sus imperfecciones con mi perfección y mi dolor con el de ustedes, reconocer que el Padre los ama como no me amó a Mí en aquella hora; y amarlo, por tanto, con todo su ser, como Yo lo amé a pesar de su rigor.

604

Noche del Jueves Santo después de la detención de Jesús.

Empieza el doloroso camino por el sendero pedregoso que lleva desde donde Jesús fue detenido hasta el río Cedrón, y desde el Cedrón, por otro camino, hasta la ciudad. E inmediatamente empiezan las palabras y los gestos burlescos y las vejaciones (*maltratos*).

Jesús, yendo atado por las muñecas, e incluso por la cintura, como si de un loco peligroso se tratara, confiados los extremos de las sogas a unos furiosos embriagados de odio, se ve tirado de un lado y de otro como un trapo abandonado a la rabia de una manada de cachorros. Pero aún podrían tener justificación los que así actúan si fueran perros; sin embargo, tienen nombre de hombres, aunque de hombre no tengan más que la figura. Y si han pensado en esa atadura de dos sogas opuestas ha sido para causar mayor dolor. Una de las dos tiene la única función de inmovilizar las muñecas, y las hiere y va serrando con su áspero roce; la otra, la de la cintura, comprime los codos contra el tórax, y sierra y oprime la parte alta del abdomen, torturando el hígado y los riñones, donde han hecho un enorme nudo y donde, de vez en cuando, el que lleva los extremos de las sogas da latigazos con ellos y dice:

-“¡Arre! ¡Vamos! ¡Trota, burro!” – y añade patadas detrás de las rodillas del Torturado, que a causa de estas patadas se tambalea y si no cae del todo es porque las sogas lo mantienen en pie.

De todas formas, las cuerdas no evitan que – tirando de Él hacia la derecha el que se ocupa de las manos y hacia la izquierda el que sujeta la soga de la cintura- Jesús vaya chocando contra muros bajos y troncos y que, debido a un tirón más cruel, recibido cuando está para cruzar el puente del río Cedrón, caiga duramente contra la baranda del puente. La boca magullada sangra. Jesús alza las manos atadas, para limpiarse la sangre que cubre la barba, y no habla: es verdaderamente el cordero que no muerde a sus torturadores.

Algunos de entre la gente, entretanto, han bajado al pedregal a coger piedras y guijarros, y desde abajo empieza una pedrada contra el fácil objetivo; porque a duras penas se puede andar en el puente estrecho e inseguro donde la gente se amontona obstaculizándose a sí misma, y las piedras golpean a Jesús en la cabeza, en los hombros; no sólo a Jesús, sino también a sus torturadores, que reaccionan lanzando palos y devolviendo las propias piedras. Y todo contribuye a golpear más a Jesús en la cabeza y en el cuello.

El puente acaba por fin, y ahora la calle angosta, estrecha, proyecta sombras sobre el gentío, porque la Luna, que comienza su ocaso, no desciende a esa calle tortuosa (*con muchas curvas*) y, además, muchas antorchas, en medio de esa confusión, se han apagado. Mas el odio hace de lámpara para ver al pobre Mártir, para el que hasta su alta estatura es elemento torturador. Es el más alto de todos. Fácil, pues, golpearlo, agarrarlo por los cabellos, obligarlo a echar violentamente hacia atrás la cabeza y echarle encima un puñado de materia inmundada (*caca, excremento*) que, por fuerza, debe entrarle en la boca y en los ojos, produciéndole ganas de vomitar y dolor.

Empieza el trayecto a través del barrio de Ofel, ese barrio donde tanto bien y tantas caricias Él ha distribuido. La turba vociferante atrae a las puertas a los que duermen, y, si las mujeres gritan movidas por el dolor y, aterrorizadas, huyen al ver lo que ha sucedido, los hombres, esos hombres que incluso han recibido de Él sanación, ayuda, palabras de Amigo, o bien agachan la cabeza con indiferencia, fingiendo desinterés al menos, o bien pasan de la curiosidad al odio, a la burla, al gesto amenazador, e incluso se ponen detrás del tropel de gente para maltratar. Satanás está ya actuando. Un hombre casado (Jacob, sanado por Jesús, capítulo 374) que quiere seguirle para maltratarlo, es aferrado por su mujer, que grita, que le grita:

-¡Miserable! Si estás vivo es por Él, inmundo hombre lleno de podredumbre. ¡Recuérdalo!

Pero el hombre se impone a la mujer golpeándola brutalmente y arrojándola al suelo, y luego corre hasta donde el Mártir contra cuya cabeza lanza una piedra.

Otra mujer, anciana, trata de impedir el paso a su hijo (Samuel, desleal a Analía, capítulos 374 y 375), que viene con cara de hiena y con un palo, para golpear también a Jesús, y grita a su hijo:

-¡Asesino de tu Salvador no serás no serás mientras yo viva!

Pero la pobre, alcanzada en la ingle por una patada brutal de su hijo, se desploma gritando:

-¡Deicida y matricida! ¡Por el seno que abres por segunda vez y por el Mesías al que hieres, maldito seas!

La escena, a medida que van acercándose a la ciudad, va aumentando en violencia.

Antes de llegar a las murallas están Juan y Pedro. Ya están abiertas las puertas, y los soldados romanos, dispuestos para la defensa, observan dónde y cómo se desarrolla el tumulto, preparados para intervenir si el prestigio de Roma se viera dañado. Creo que Juan y Pedro han llagado allí por un atajo tomado cruzando el Cedrón más arriba del puente, y adelantándose rápidamente a la turba, que, obstaculizándose tanto a sí misma, se mueve lenta. Están en la penumbra de un portal de una casa, en una placita que precede a las murallas. Tienen cubiertas sus cabezas con los mantos, ocultando así sus caras. Pero, cuando Jesús llega, Juan – bajo la libre luz de la Luna, que allí todavía ilumina antes de desaparecer tras la colina que hay más allá de las murallas y que oigo que los esbirros capturadores lo llaman Tofet – deja caer el manto y muestra su pálido y descompuesto rostro. Pedro, aun no atreviéndose a destaparse, se adelanta para ser visto...

Jesús los mira... y sonrío (una sonrisa de una bondad infinita). Pedro se vuelve y regresa a su ángulo oscuro, llevándose las manos a los ojos, encorvado, envejecido, ya un despojo de hombre. Juan se queda valerosamente donde está, y sólo cuando la turba vociferante termina de pasar se reúne de nuevo con Pedro, lo toma de un codo, lo guía como un muchacho guiaría a su padre ciego, y entran ambos en la ciudad detrás de la muchedumbre vociferante.

Oigo las exclamaciones de asombro o burlescas o apenadas de los soldados romanos: hay quien lanza maldiciones por haber sido sacado de la cama por ese “necio lacayo”; hay quien se burla de los judíos, que han sido capaces de “prender a una media hembra”, hay quien se muestra compasivo hacia la Víctima, diciendo: “Siempre lo he visto bueno”, y hay quien dice: “Hubiera preferido que me hubieran matado a mí, antes que verlo a Él en esas manos. Es un grande. Tengo dos devociones en el mundo: Él y Roma”. El de grado más alto exclama: “¡Por Júpiter! Yo no quiero líos después. Voy donde el alférez. Que se encargue él de decírselo a quien tenga que decírselo. No quiero que me manden a luchar contra los germanos. Estos hebreos son hediondos y son serpientes y carroñas, pero aquí la vida es segura. ¡Estoy para terminar mi tiempo y en Pompeya tengo una muchacha...!”

Pierdo el resto por seguir a Jesús, que continúa caminando por la calle que hace una curva en subida para ir al Templo. Pero veo y comprendo que la casa de Anás, a donde quieren llevarlo, está y no está en ese laberíntico conglomerado que es el Templo y que ocupa todo el cerro de Sión. (*el templo mismo está en el Moria*). Está en el extremo, cerca de una serie de muros que parecen delimitar por esta parte de la ciudad y que desde ahí se prolongan en corredores y patios, siguiendo la ladera del monte, hasta llegar al recinto de lo que es el Templo en el pleno sentido de la palabra, o sea, el lugar a donde van los israelitas para sus distintas manifestaciones de culto.

Una alta puerta revestida de hierro se abre en el muro. Se acercan a ella diligentes hienas y llaman con fuerza. En cuanto se entreabre, ya irrumpen dentro, casi tirando al suelo y pisoteando a la criada que ha venido a abrir; y abren la puerta de par en par, para que la turba vociferante, con el Capturado en el centro, pueda entrar. Una vez dentro, cierran y trancan, temerosos quizás de Roma o de los facciosos del Nazareno. ¡Sus facciosos! ¿Dónde están?...

Recorren el atrio (*patio cercado por corredores*) de entrada y luego cruzan un amplio patio, un corredor, y otro corredor y un nuevo patio, y suben a tirones a Jesús por tres escalones, haciéndole recorrer casi corriendo un corredor realzado respecto al patio, para llegar antes a una rica sala donde hay un hombre anciano vestido de sacerdote.

-¡Que Dios te consuele, Anás! – dice el que parece el oficial, si oficial puede llamarse al bribón que manda a esa canalla (*chusma, gente baja y ruin*). Aquí tienes al culpable. En manos de tu santidad lo pongo, para que Israel sea purificado de la culpa.

-Que Dios te bendiga por tu audacia y tu fe.

¡Vaya una audacia! Había sido suficiente la voz de Jesús para hacerle besar la tierra en el Getsemaní.

-¿Quién eres Tú?

-Jesús de Nazaret, el Rabí, el Cristo. Y tú me conoces. No he actuado en las tinieblas.

-En las tinieblas, no. Pero has inducido a error a las muchedumbres con doctrinas tenebrosas. Y el Templo tiene el derecho y el deber de tutelar (*amparar, proteger*) el alma de los hijos de Abraham.

-¡El alma! Sacerdote de Israel, ¿puedes decir que por el alma del más pequeño o del más grande de este pueblo has sufrido?

-¿Y Tú entonces? ¿Qué has hecho que pueda llamarse sufrimiento?

-¿Qué he hecho? ¿Por qué me lo preguntas? Todo Israel habla. Desde la ciudad santa al mísero pueblito, hasta las piedras hablan para decir lo que he hecho.

He dado la vista a los ciegos: la de los ojos y la del corazón.

He abierto los oídos a los sordos: para las voces de la Tierra y para las del Cielo.

He hecho caminar a los tullidos y a los paralíticos: para que empezaran la marcha hacia Dios desde la carne y luego siguieran con el espíritu.

He limpiado a los leprosos: de las lepras que la Ley mosaica señala y de las que hacen a un hombre leproso ante Dios, o sea, de los pecados.

He resucitado a los muertos. Y no señalo que sea grande llamar a una carne de nuevo a la vida, sino que digo que grande es redimir a un pecador; y lo he hecho.

He socorrido a los pobres, enseñando a los avarientos y ricos hebreos el precepto santo del amor al prójimo; y, siendo pobre a pesar del río de oro que ha pasado por mis manos, he enjugado Yo solo más lágrimas que todos ustedes, que poseen riquezas.

En fin, he dado una riqueza inefable: el conocimiento de la Ley, el conocimiento de Dios, la certeza de que somos todos iguales y de que, ante los ojos santos del Padre, igual es el llanto derramado – o el delito cometido– por el Tetrarca o por el Pontífice, por el mendigo o el leproso que mueren en el camino. Esto es lo que he hecho. Nada más.

-¿Sabes que por ti mismo te acusas? Dices: las lepras que hacen leprosos ante Dios y no son señaladas por Moisés. Estás insultando a Moisés e insinúas que hay lagunas en su Ley...

-No suya: de Dios. Así es. Digo que más grave que la lepra - desgracia de la carne, desgracia acotada en el tiempo – es el pecado, que es desgracia, eterna, del espíritu.

-Te atreves a decir que puedes absolver los pecados. ¿Cómo lo haces?

-Si con un poco de agua lustral y el sacrificio de un macho cabrío es lícito y creíble cancelar un pecado, expiarlo y quedar limpio de él, ¿cómo no habrá de poder hacerlo mi llanto, mi Sangre y mi deseo?

-Pero Tú no estás muerto. ¿Dónde está, entonces, la Sangre?

-No estoy muerto todavía. Pero lo estaré, porque está escrito: en el Cielo, desde antes que Sión fuera, desde antes que existiera Moisés, desde antes de Jacob, desde antes de Abraham, desde cuando el rey del Mal hincó su mordedura en el corazón del hombre y envenenó el corazón del hombre y el de sus hijos; está escrito en la Tierra, en el Libro que recoge las palabras de los profetas; está escrito en los corazones, en el tuyo, en el de Caifás y de los miembros del Sanedrín, que no me perdonan. No, estos corazones no me perdonan el ser Bueno. Yo he absuelto anticipadamente en vistas de la Sangre, ahora cumplo la absolución con el baño en la Sangre.

-Nos llamas ambiciosos y dices que ignoramos el precepto del amor...

-¿Y no es, acaso, cierto? ¿Por qué ustedes me dan muerte? Porque tienen miedo de que los destrone. ¡Oh! No teman. Mi Reino no es de este mundo. Les dejo la posesión de todo poder. El Eterno sabe cuándo decir el “¡Basta!” que los hará caer fulminados...

-¿Cómo Doras, ieh!?

-Él murió de ira, no por un rayo celeste. Dios lo esperaba en la otra parte para fulminarlo.

-¿Y esto me lo dices a mí, que soy su pariente? ¿Cómo te atreves?

-Yo soy la Verdad. La Verdad nunca es cobarde.

-¡Soberbio y loco!

-No: sincero. Me acusas de ofenderlos. Pero ¿acaso no odian todos ustedes? Se odian unos a otros. Ahora los une el odio contra Mí. Pero mañana, cuando me hayan matado, volverá el odio a reinar entre ustedes. Y será un odio más fiero. Y vivirán con esa hiena sobre sus espaldas y esta serpiente en el corazón. Yo he enseñado el amor. Por piedad hacia el mundo. He enseñado a no ser ambiciosos sino a tener misericordia. ¿De qué me acusas?

-De haber introducido una doctrina nueva.

-¡Oh, sacerdote! Israel está poblado de nuevas doctrinas: los esenios tienen la suya; los sadoquitas, la suya; los fariseos, la suya. Cada uno tiene su secreta doctrina, que para unos se llama placer, para otros oro, para otros poder; y cada uno tiene su ídolo. No Yo. Yo he tomado de nuevo la Ley de mi Padre, del Dios Eterno, que había sido pisoteada, y he vuelto a decir sencillamente las diez proposiciones del Decálogo, secándome los pulmones para hacerlas entrar en los corazones que ya no las conocían.

-¡Horror! ¡Blasfemia! ¿Decirme esto a mí, sacerdote? ¿No tiene un Templo Israel? ¿Somos como los castigados de Babilonia? Responde.

-Eso son. Y más todavía. Hay un Templo; sí; un edificio. Dios no está. Se ha alejado, ante el abominio (*horror, odio,*) que hay en su casa. Pero, ¿para qué me interrogas tanto, si en realidad mi muerte ya está decidida?

-No somos asesinos. Matamos si, por una culpa probada, tenemos derecho a hacerlo. Pero yo quiero salvarte. Respóndeme y te salvaré. ¿Dónde están tus discípulos? Si me los entregas, te dejaré libre. El nombre de todos, y más los ocultos que los conocidos. Di: ¿Nicodemo es tuyo? , ¿es tuyo José?, ¿y Gamaliel?, ¿y Eleazar?, ¿y...? Bueno, de éste lo sé... no es necesario. Habla. Habla. Sabes que puedo darte muerte y salvarte. Soy poderoso.

-Eres fango. Dejo al fango el oficio de espía. Yo soy Luz.

Un esbirro le suelta un puñetazo.

-Yo soy Luz. Luz y Verdad. He hablado al mundo abiertamente. He enseñado en las sinagogas y en el Templo donde se reúnen los judíos, y nada he dicho en secreto. Lo repito. ¿Por qué me preguntas a Mí? Pregunta a los que han oído lo que he dicho. Ellos lo saben.

Otro esbirro le suelta un bofetón, gritando:

-¿Así respondes al Sumo Sacerdote?

-Estoy hablando a Anás. El Pontífice es Caifás. Y hablo con el respeto debido a los ancianos. Pero, si crees que he hablado mal, demuéstremelo; si no, ¿por qué me hieres?

-Déjalo, déjalo. Voy donde Caifás. Ustedes ténganlo aquí hasta nueva orden mía. Y vean porque no hable con nadie. - Anás sale.

No habla Jesús, no. Ni siquiera con Juan, que se atreve a estar en la puerta, desafiando a toda la turba de los esbirros. Pero Jesús, sin pronunciar palabra, debe darle una orden, porque Juan, después de una mirada afligida, sale de allí y lo pierdo de vista.

(Primera tortura en el Templo)

Jesús se queda entre sus verdugos: Latigazos con las sogas, escupos, burlas, patadas, tirones de pelo: esto es lo que le queda. Hasta que uno de la servidumbre viene a decir que lleven al Prisionero a la casa de Caifás.

Y Jesús, que sigue atado y sufriendo malos tratos, sale, y pasa al corredor, lo recorre hasta un patio para cruzar luego un patio donde hay mucha gente calentándose alrededor de una hoguera (y es que la noche, ahora, en estas primeras horas del Viernes, se ha puesto muy fría y ventosa). Está también Pedro, con Juan; mezclados ambos entre el gentío hostil. Y deben tener mucho valor para estar allí... Jesús los mira. En su boca, ya hinchada por los golpes recibidos, se dibuja un atisbo de sonrisa.

Un largo camino entre corredores y patios, patios y corredores (¡pero qué casas tenía esta gente del Templo). Mas la gente no entra en el recinto pontificio. Se les impide ir más allá del atrio de Anás.

Jesús va solo, entre esbirros y sacerdotes. Entra en una vasta sala que parece perder su forma rectangular debido a los asientos, muchos, dispuestos en forma de herradura y dejando en el centro un espacio vacío, tras el cual hay dos o tres asientos elevados sobre tarimas.

Cuando ya Jesús está para entrar, el rabí Gamaliel llega, y los guardias pegan un tirón al Prisionero para que ceda el paso al rabí de Israel. Pero éste, rígido como una estatua, hierático, aminora el paso y, moviendo apenas los labios, sin mirar a nadie, pregunta:

-¿Quién eres? Dímelo.

Y Jesús, dulcemente: -Lee a los profetas y obtendrás la respuesta. El primer signo está en ellos, el otro, vendrá.

Gamaliel recoge su manto y entra. Y tras él entra Jesús, de quien- mientras Gamaliel va a un sitio- tiran para ponerlo en el centro de la sala, frente al Pontífice, que verdaderamente tiene cara de delincuente. Se espera hasta que entran todos los miembros del Sanedrín.

Luego empieza la sesión. Pero Caifás ve dos o tres asientos vacíos y pregunta:

-¿Dónde está Eleazar? ¿Dónde está Juan?

Se alza un joven escriba –creo – hace una reverencia y dice:

-Han rehusado venir. Aquí está el escrito.

-Que se conserve y se escriba. Responderán de ello. ¿Qué tienen que decir los santos miembros del Consejo acerca de Éste?

-Yo hablo. En mi casa violó el sábado. Dios me es testigo de que no miento. Ismael ben Fabí no miente nunca.

-¿Es verdad, acusado?

Jesús calla.

-Yo lo vi convivir con conocidas meretrices (*prostitutas*). Fingiéndose profeta, había hecho de su guarida un prostíbulo, y, para colmo, con mujeres paganas. Conmigo estaban Sadoq, Calasebona y

Nahúm, apoderado de Anás. ¿Es verdad lo que digo, Sadoq y Calasebona? Desacrediten mi testimonio, si lo merezco.

-Es verdad. Es verdad.

-¿Qué dices?

Jesús calla.

-No desaprovechaba ocasión de burlarse de nosotros o de exponernos a la burla. La gente ya no nos estima, por Él.

-¿Los estás oyendo? Has profanado a los miembros santos.

Jesús calla.

-Este hombre está endemoniado. Vuelto de Egipto, ejercita la magia negra.

-¿Cómo lo pruebas?

-¡Ante mi fe y las tablas de la Ley!

-Grave acusación. Justificate.

Jesús calla.

-Es ilegal tu ministerio, ¿lo sabes? Merece pena de muerte. Habla.

-Ilegal es esta sesión nuestra. Levántate, Simeón. Vamos – dice Gamaliel.

-Pero, rabí, ¿estás perdiendo la razón?

-Respeto los procedimientos. No es lícito proceder como lo estamos haciendo. Y presentaré una acusación pública por ello.

Y el rabí Gamaliel sale, rígido como una estatua, seguido por un hombre que se le parece, de unos treinta y cinco años. Hay un poco de confusión, lo cual es aprovechado por Nicodemo y José para hablar a favor del Mártir.

-Gamaliel tiene razón. Son ilícitos la hora y el lugar. Y las acusaciones no son consistentes. ¿Puede alguien acusarlo de visible vilipendio (*desprecio, denigración*) a la Ley? Yo soy amigo suyo, y juro que siempre lo he visto respetuoso a la Ley – dice Nicodemo.

-Y yo también. Y para no aceptar un delito me cubro la cabeza, no por Él, sino por ustedes, y salgo.

Y José hace ademán de bajar de su sitio y salir.

Pero Caifás grita en modo descompuesto:

-¡Ah! ¿Eso dicen? Vengan entonces los testigos jurados. Y escuchen. Luego se marchan.

Entran dos individuos de la peor calaña: miradas huidizas, risitas crueles, ademanes falsos.

-Hablen.

-¡No es lícito oírlos juntos!-grita José.

-Yo soy el Sumo Sacerdote. Yo ordeno. ¡Y silencio!

José da un puñetazo en una mesa y dice:

-¡Se abran sobre tu cabeza las llamas del Cielo! Desde este momento sepas que el Anciano José es enemigo del Sanedrín y amigo del Cristo. Y con esta determinación voy a decir al Pretor (*juez romano: Pilato*) que aquí, sin respeto a Roma, se da muerte – y sale violentamente, dando un empujón a un delgado y joven escriba que intenta frenarlo.

Nicodemo, más moderado, sale sin decir nada más. Y, al salir, pasa por delante de Jesús y lo mira...

Nueva agitación. Se teme a Roma. Y la víctima expiatoria sigue siendo Jesús.

-¡Por ti todo esto, ¿lo ves?! Tú, corruptor de los mejores judíos. Los has pervertido.

Jesús calla.

-¡Que hablen los testigos! – grita Caifás.

-Sí. Éste usaba el... el... Lo sabíamos... ¿Cómo se llama esa cosa?

-¿Quizás el tetragrama?

-¡Eso es! ¡Tú lo has dicho! Invocaba a los muertos. Enseñaba la rebelión contra el sábado y la profanación del altar. Lo juramos. Decía que quería destruir el Templo para reedificarlo en tres días con la ayuda de los demonios.

-No. Él decía que no sería fabricado por el hombre.

Caifás baja de su sitio y se acerca a Jesús. Pequeño, obeso, feo, parece un enorme sapo al lado de una flor. Porque Jesús, a pesar de estar herido, magullado, sucio y despeinado, aparece todavía muy hermoso y majestuoso.

-¿No respondes? ¡Qué acusaciones contra ti! ¡Horrendas! Habla, para descargar de su ignominia.

Pero Jesús calla. Lo mira y calla.

-Respóndeme a mí, entonces. Soy tu Pontífice. En nombre del Dios vivo, te conjuro. Dime: ¿eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios?

-Tú lo has dicho. Lo soy. Y verán al Hijo del hombre, sentado a la derecha del Poder de Dios, venir sobre las nubes del cielo. Pero, además, ¿por qué me interrogas? He hablado en público durante tres años. Nada he dicho ocultamente. Pregunta a los que me han oído. Ellos te dirán lo que he dicho y lo que he hecho.

Uno de los soldados que lo tienen sujeto le golpea en la boca, haciéndole sangrar de nuevo, y grita:
-¡Así respondes, satanás, al Sumo Pontífice?
Y Jesús, mansamente, responde a éste como al de antes:
-Si he hablado bien, ¿por qué me hieres? Si mal, ¿por qué no me dices dónde yerro? Repito: Yo soy el Cristo, Hijo de Dios. No puedo mentir. El Sumo Sacerdote, el eterno Sacerdote soy Yo. Y sólo Yo llevo el verdadero Racional, en que está escrito: Doctrina y Verdad.

*(Jesús se refiere al texto sobre la vestidura de Aarón, Sumo Sacerdote en Éxodo 28,36-39: “Harás también una lámina de oro finísimo, en la cual mandarás grabar como se graba en los sellos: **“Consagrado a Yavé.”** Y la sujetarás a la tiara por delante con un cordón de color Jacinto, de modo que esté encima. Estará sobre la frente de Aarón: con esto Aarón **cargará sobre sí los pecados cometidos por los hijos de Israel en todas sus oblaciones y sacrificios. Tendrá siempre esta lámina en su frente para atraerles la benevolencia de Yavé.**”*

Y a éstas soy fiel. Hasta la muerte, ignominiosa a los ojos del mundo, santa a los ojos de Dios; y hasta la bienaventurada Resurrección. Yo soy el Ungido. Pontífice y Rey Yo soy. Y estoy para tomar mi cetro y con él, como con aventador (*herramienta para echar al aire*), limpiar la era. Este Templo será destruido y resurgirá, nuevo, santo, porque éste está corrompido y Dios lo ha abandonado a su destino.

-¡Blasfemo! - gritan todos en coro. ¿En tres días lo construirás, loco, poseído?
-No éste, sino el mío es el que resurgirá, el Templo del Dios verdadero, vivo, santo, tres veces santo.
-¡Anatema! – gritan de nuevo en coro.
Caifás alza su voz ronca y se desgarrá las vestiduras de lino, con gestos de estudiado horror, y dice:
-¿Qué otra cosa hemos de oír de testigos? La blasfemia está ya dicha. ¿Qué hacemos entonces?
Y todos, en coro:
-Sea reo de muerte.

(Segunda tortura en el Templo)

Y con gestos de desdén y de escándalo salen de la sala y dejan a Jesús a merced de los esbirros y de la chusma de los falsos testigos, que, dándole bofetadas, puñetazos, escupiéndole, vendándole los ojos con un trapo y luego tirándole violentamente de los cabellos, lo arrojan de un lado para otro, con las manos atadas, de manera que choca contra mesas, sitiales y paredes. Y le preguntan:

-¿Quién te ha pegado? Adivina.
Y varias veces, poniéndole zancadillas, le hacen caer de bruces, y se ríen a carcajadas al ver cómo, con las manos atadas, a duras penas se levanta.
Pasan así las horas. Los torturadores, cansados, piensan en tomarse un poco de descanso. Llevan a Jesús a una pieza pequeña haciéndole cruzar muchos patios exponiéndolo a las burlas de la turba, ya muy numerosa en el recinto de las casas pontificales.

(La triple negación de Pedro).

Jesús llega al patio donde está Pedro, al lado de su hoguera. Y lo mira. Pero Pedro evita encontrar su mirada. Juan ya no está; supongo que se habrá marchado con Nicodemo...

El alba avanza fatigosamente, glauca (*verde clara*). Una orden ha sido dada: llevar de nuevo al Prisionero a la sala del Consejo para un proceso más legal. Es el momento en que Pedro niega por tercera vez que conoce al Cristo, cuando Él pasa ya marcado por los padecimientos. Con la luz verdosa del alba, los moretones parecen aún más atroces en el rostro térreo, los ojos más hundidos y vítreos: un Jesús empañado por el dolor del mundo...

Un gallo lanza al aire apenas móvil del alba su grito burlón, sarcástico, pícaro. Y en este momento de gran silencio que se ha creado ante la presencia del Cristo, sólo se oye la voz áspera de Pedro decir: “Lo juro, mujer. No le conozco”: afirmación seca, segura, a la cual, como una carcajada burlona, responde enseguida el pícaro canto del gallito.

Pedro reacciona. Se vuelve para huir, y se encuentra a Jesús de frente, mirándolo con infinita piedad, con un dolor tan intenso y sentido, que me parte el corazón (como si después de eso yo hubiera de ver disolverse, para siempre, a mi Jesús). Pedro experimenta un inicio de llanto. Sale, tambaleándose como si estuviera borracho. Huye detrás de dos domésticos que también salen. Se pierde cuesta abajo por la calle todavía semioscura.

Nuevo juicio a Jesús.

Llevar otra vez a la sala a Jesús. Le repiten en coro la pregunta capciosa (*malintencionada*):

-En nombre del Dios verdadero, dínos: ¿Eres el Cristo?

Y, habiendo recibido la respuesta de antes, lo condenan a muerte y dan la orden de conducirlo ante Pilatos.

Jesús, escoltado por todos sus enemigos, menos Anás y Caifás, sale, pasando de nuevo por esos patios del Templo donde tantas veces había hablado, favorecido y sanado; franquea la muralla almenada, entra en las calles de la ciudad y, más arrastrado que conducido, baja hacia ésta, ahora rojiza por un primer anuncio de la aurora.

(Jesús torturado por el pueblo)

Creo que con la única finalidad de alargarle el tormento le hacen recorrer un largo trayecto superfluo por Jerusalén (*la torre Antonia estaba pegada al Templo por el lado norte*), pasando astutamente por los puestos de mercado, por delante de las caballerizas y de posadas (*hospedajes*) colmadas de gente por la Pascua. Y tanto las verduras de desecho de los puestos como los excrementos de los animales de las caballerizas se transforman en proyectiles para el Inocente, cuyo rostro presenta, cada vez más, mayores moretones, pequeñas magulladuras sanguinolentas, y aparece tapado por distintas inmundicias en Él esparcidas. Los cabellos, ya recargados y ligeramente tiesos debido al sudor sanguíneo, y más opacos, ahora caen despeinados, impregnados de paja e inmundicias, y caen sobre los ojos, porque le revuelven aquéllos para taparle la cara.

La gente que está en los puestos, compradores y vendedores, abandonan todo para seguir – no con amor precisamente – al Desdichado. Los estableros y los criados de las posadas salen en masa, sordos a las voces de las dueñas (las cuales, como casi todas las otras mujeres, la verdad es que se muestran, si no totalmente contrarias a estas ofensas, sí, al menos, indiferentes a esta agitación, y se retiran echando pestes porque las dejan solas y tienen mucha gente a la que atender).

La turba vociferante se engrosa así a cada minuto que pasa, y parece como si por una repentina epidemia los corazones y las fisonomías cambiaran su naturaleza: aquéllos, transformándose en corazones de criminales; éstas, en máscaras de crueldad, en caras verdes de odio o rojas de rabia. Las manos son ahora garras, las bocas adquieren forma y aullido de lobo, los ojos se hacen torvos, rojos, torcidos... como los de los locos. Sólo Jesús sigue igual, aunque cubierto de inmundicias esparcidas por su cuerpo cambiado por moretones e hinchazones.

Al llegar a un tramo abovedado que estrecha la calle como un anillo, mientras todo se taponaba y se hace más lento, un grito corta el aire:

-¡Jesús!

Es Elías, el pastor, que trata de abrirse paso enarbolando y haciendo girar un grueso palo. Viejo, robusto, con aire amenazador, fuerte, logra casi llegar donde el Maestro. Pero la muchedumbre, desbaratada por el inesperado asalto, aprieta sus filas y aparta, rechaza, vence a este hombre solo contra toda la multitud.

-¡Maestro! – grita, mientras el remolino de la muchedumbre lo absorbe y rechaza.

-¡Vete!... Mi Madre... Te bendigo...

Y la multitud rebasa el estrechamiento. Ahora, como agua que hallara respiro después de una esclusa, se vuelca, en tumulto, por un amplio paseo elevado respecto a una depresión del terreno. Situada entre dos lomas en cuyos límites pueden verse espléndidos palacios de señores de alta alcurnia. (*Entre éstos: palacio de Herodes el Grande, Palacio de Herodes Antipas, llamado Sixto, y el palacio de Juana de Cusa*).

Vuelvo a ver el Templo en lo alto de su monte, y comprendo que la vuelta ociosa que han hecho dar al Condenado para exponerlo al escarnio de toda la ciudad y permitir a todos insultarlo – habiendo aumentando a cada paso los que participaban en estos insultos – está para concluirse, volviendo así a los lugares de antes.

De un palacio sale al galope un caballero. La gualdrapa (*cobertura que adorna y cubre las ancas del caballo*) morada sobre la blancura del caballo árabe y la solemnidad de su aspecto, la espada blandida desnuda, descargada de plano y filo sobre las espaldas y cabezas que ya sangran, le hacen parecer un arcángel. Cuando un caracol, una empinadura del caballo que corvetea (*que anda sobre las patas traseras*) – haciendo de los cascos un arma de defensa para sí mismo y para su amo, y el más eficaz de los instrumentos de apertura para abrirse paso entre la multitud – provoca la caída del velo de púrpura y oro que cubría su cabeza y que estaba sujeto por una cinta de color de oro, entonces reconozco a Manahén, que grita:

-¡Atrás! ¿Cómo se permiten turbar el descanso del Tetrarca (*Herodes Antipas*)? - Pero esto es sólo una excusa para justificar su intervención y su intento de llegar hasta Jesús - Este hombre... déjenme verlo... Apártense, o llamo a la guardia..

La gente, tanto por la lluvia de sablazos, como por las patadas del caballo, y por las amenazas del caballero, abre paso. Manahén puede, así, llegar al grupo de Jesús y de los miembros de la guardia del Templo que lo tienen sujeto.

-¡Fuera! El Tetrarca es más que ustedes, sucios siervos. Atrás. Quiero hablar con Él – y lo obtiene, cargando con su espada contra el más encarnizado de sus apresadores.

-¡Maestro!...

-Gracias. ¡Pero vete! ¡Y que Dios te conforte!

Y, como puede con las manos atadas, Jesús hace un gesto de bendición.

La muchedumbre silba desde lejos y, en cuanto ve que Manahén se retira, de haber sido apartada se venga con una lluvia de piedras y porquerías contra el Condenado.

Por el paseo en subida, ya calentado por el Sol, se va hacia la Torre Antonia, cuya mole ya aparece lejos. Un grito agudo de mujer: “Oh, mi Salvador! ¡Mi vida por la tuya, oh Eterno!” corta el aire.

Jesús vuelve la cabeza y ve, en la alta terraza florida que corona una casa muy bonita, a Juana de Cusa, tendiendo los brazos al cielo, entre miembros de la servidumbre, hombres, mujeres, con los niños María y Matías al lado de ella. ¡Pero el Cielo hoy no escucha oraciones! Jesús alza las manos y traza un gesto de adiós y bendición.

-¡Muerte! ¡Muerte al blasfemo, al corruptor, al satanás! ¡Muerte a sus amigos!- y lanzan silbidos y piedras hacia la alta terraza. No sé si hieren a alguno. Oigo un grito agudísimo y luego veo que el grupo se deshace y desaparece.

Y siguen adelante, adelante, subiendo... Jerusalén muestra sus casas al Sol, vacías, vaciadas por el odio, que impulsa a toda una ciudad (con los habitantes efectivos y los transeúntes que se han dado para la Pascua) contra un inerme (*desarmado*).

Unos soldados romanos, un entero escuadrón, sale, corriendo, de la torre Antonia, apuntadas las lanzas contra la chusma, que, gritando, se dispersa. Se quedan en medio de la calle Jesús y los miembros de la guardia con los jefes de los sacerdotes, algunos escribas y algunos Ancianos del pueblo.

-¿Éste hombre? ¿Esta sedición? Responderán ante Roma – dice, altanero, un centurión.

-Es reo de muerte, según nuestra ley.

-¿Y desde cuándo se les ha devuelto el *ius gladii et sanguinis*? (*derecho a condenar a muerte*) – pregunta el mismo, el más anciano de los centuriones (de rostro severo, verdaderamente romano, con una mejilla dividida por una profunda cicatriz); y habla con el desprecio y el desdén con que hablaría a pijoños galeotes.

-Sabemos que no tenemos este derecho. Somos los fieles subordinados de Roma...

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Mira lo que dicen, Longinos! ¡Fieles! ¡Subordinados!... ¡Carroña! Las flechas de mis arqueros les daría como premio.

-¡Demasiado noble una muerte así! ¡Las espaldas de los mulos requieren el flagrum (*látigo*) y no otra cosa!...responde con irónica flema Longinos.

Los jefes de los sacerdotes, escribas y Ancianos, espuman veneno. Pero, como quieren obtener su objetivo, callan; tragan la ofensa sin dar muestras de haberla entendido, e inclinándose ante los dos jefes, piden que Jesús sea llevado a la presencia de Poncio Pilato para que “juzgue y condene con la bien conocida y honesta justicia de Roma”

-¡Ja! ¡Ja! ¡Mira lo que dicen! Ahora somos más sabios que Minerva (*diosa romana de la Sabiduría*) ¡Aquí! ¡Vengan! ¡Vayan por delante! ¡Nunca se sabe! Ustedes son unos chacales, y además hediondos. Tenerlos detrás es un peligro. ¡Vengan!

-No podemos.

-¿Por qué? Cuando uno acusa debe estar delante del juez con el acusado. Ésta es la regla de Roma.

-La casa de un pagano es impura ante nuestros ojos, y ya estamos purificados para la Pascua.

-¡Oh, pobrecitos! ¡Si entran se contaminan!... ¿Y matar al único hebreo que es hombre, y no un chacal y un reptil como ustedes, no los contamina? Bien, de acuerdo, quédense ahí. Si dan un paso adelante se verán clavados en las lanzas. Una decuria en torno al Acusado. Las otras contra esta chusma hedionda de pico mal lavado.

Jesús entra en el Pretorio en medio de los diez asteros, que forman un cuadrado de lanzas en torno a su Persona. Los dos centuriones van adelante. Mientras Jesús espera en un muy grande atrio (*Espacio descubierto a la entrada de un edificio, rodeado de corredores*), tras el cual hay un patio visible en parte a través de una cortina que el viento agita, ellos desaparecen tras una puerta.

Vuelven con el Gobernador, que viene vestido con una toga blanquísima, sobre la cual trae un manto de color escarlata: quizás vestían así cuando representaban oficialmente a Roma. Entra

indolentemente, con una sonrisita escéptica en su cara afeitada. Tritura entre sus manos hojas de hierba luisa y las huele con voluptuosidad. Va a un reloj de Sol, lo mira, se vuelve, echa unos granos de incienso en un brasero que está colocado a los pies de un ídolo. Manda que le traigan agua de limón y hace gárgaras con ella. Se contempla el peinado, hecho todo de ondas, en un espejo de metal muy brillante. Parece como si se hubiera olvidado del Condenado, que espera su aprobación para ser ejecutado. Haría enojarse hasta a las mismas piedras.

Los hebreos, dado que el atrio está todo abierto por el frente y elevado sobre tres altos escalones – ven todo perfectamente, y hierven por dentro. Pero no se atreven a rebelarse por miedo a las lanzas y a las jabalinas.

Por fin, después de haber ido y venido por el amplio lugar, Pilato va hacia Jesús. Lo mira y pregunta a los dos centuriones:

-¿Éste?

-Éste.

-Que vengan sus acusadores – y va a sentarse en la silla que está encima de la tarima. Las banderas de Roma, sobre su cabeza, se entrecruzan con las águilas doradas y la poderosa sigla. (*SPQR: Senatus Populus Que Romanus: El Senado y el Pueblo Romano*).

-No pueden venir. Se contaminan.

-¡Vaya! Mejor. Nos ahorraremos ríos de esencia para quitar el olor a cabra. Que se acerquen al menos. Aquí abajo. Y cuiden de que no entren, dado que no quieren hacerlo. Puede ser un pretexto este hombre para una sedición.

Un soldado sale para llevar la orden del Procurador romano. Los demás forman, delante del atrio a iguales distancias unos de otros, hermosos como nueve estatuas de héroes.

Se acercan los jefes de los sacerdotes, escribas y Ancianos. Saludan con serviles reverencias y se detienen en la placita que está delante del Pretorio, delante de los tres escalones del vestíbulo.

-Hablen y sean breves. Ya tienen culpa por haber turbado la noche y haber obtenido la apertura de las puertas con violencia. Pero verificaré estas cosas y mandantes y mandatarios responderán de la desobediencia al decreto.

Pilato ha ido hacia ellos (aunque se ha quedado en el vestíbulo).

-Venimos a someter a Roma, a cuyo divino emperador tú representas, nuestro juicio sobre Éste.

-¿Qué acusación traen contra Él? Me parece un hombre inofensivo...

-Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos traído – Y con afán de acusar dan unos pasos hacia delante.

-¡Alejen a esta plebe! Seis pasos más allá de los tres escalones de la plaza. ¡Las dos centurias, a las armas!

Los soldados obedecen rápidamente alineándose cien sobre el escalón externo más alto, vueltas las espaldas al vestíbulo, y cien en la placita a la que da el portal de entrada de la morada de Pilato. He dicho portal, debería decir zaguán o acceso al atrio por el largo corredor del vestíbulo –de, al menos, seis metros de ancho – de forma que se ve con claridad lo que sucede en el atrio realzado. Al pie del amplio vestíbulo se ven las caras bestiales de los judíos mirando, amenazadoras y satánicas, hacia el interior, mirando desde el otro lado de la barrera armada que, codo con codo, como para una revista, presenta doscientas puntas a los conejos asesinos.

-Repito: ¿Qué acusación traen contra Éste?

-Ha cometido delito contra la Ley de los padres.

-¿Y vienen a darme lata a mí por esto? Llévenselo ustedes y júzguenlo según sus leyes.

-Nosotros no podemos ajusticiar a nadie. No somos doctos. El Derecho hebreo es un niño deficiente respecto al perfecto Derecho de Roma. Como ignorantes y sujetos a Roma, maestra, tenemos necesidad...

-¿Desde cuándo son miel y mantequilla?... De todas formas, ustedes, maestros del embuste, han dicho una verdad. ¡Tienen necesidad de Roma! Sí. Para deshacerse de Éste que les molesta. Entiendo.

Y Pilato se ríe mientras mira el cielo sereno encuadrado como una lámina rectangular de turquesa oscura entre las marmóreas y cándidas paredes del atrio.

-Díganme: ¿En qué ha cometido delito contra sus leyes?

-Hemos visto que Éste introducía el desorden en nuestra nación e impedía pagar el tributo a César, presentándose como el Cristo, rey de los judíos.

Pilato vuelve a acercarse a Jesús, que está en el centro del atrio (¡Tan clara se ve su mansedumbre, que los soldados lo han dejado allí, atado, pero sin custodia!). Y le pregunta:

-¿Eres Tú el rey de los judíos?

-¿Lo preguntas por ti o por insinuación de otros?

-¿Y qué me importa a mí de tu reino? ¿Soy yo, acaso, judío? Tu nación y los jefes de ella te han entregado a mí para que juzgue. ¿Qué has hecho? Sé que eres leal. Habla. ¿Es verdad que aspiras a reinar?

-Mi Reino no viene de este mundo. Si fuera un reino del mundo, mis ministros y soldados habrían luchado para impedir que cayera en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de la Tierra. Y tú sabes que no tiendo al poder.

-Eso es verdad. Lo sé. Me lo han dicho. De todas formas, ¿no niegas que eres rey?

-Tú lo dices. Yo soy Rey. Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la Verdad. El que es amigo de la Verdad escucha mi voz.

-¿Y qué es la Verdad? ¿Eres filósofo? No sirve de nada frente a la muerte. Sócrates murió igualmente.

-Pero le sirvió ante la vida, para vivir bien. Y también para morir bien. Y para ir a la vida segunda sin nombre de traidor de las virtudes ciudadanas.

-¡Por Júpiter! – Pilato lo mira admirado unos momentos. Luego vuelve a caer en el sarcasmo escéptico. Hace un gesto de fastidio, le vuelve las espaldas y va hacia los judíos.

-No encuentro en Él ninguna culpa.

La muchedumbre, temiendo perder la presa y el espectáculo del suplicio, se agita. Gritan:

-¡Es un rebelde! ¡Es un blasfemo! ¡Incita al libertinaje! ¡Anima a la rebelión! ¡Niega respeto a César! ¡Se finge profeta sin serlo! ¡Hace magia! ¡Es un Satanás! ¡Agita al pueblo con sus doctrinas, enseñando en toda Judea, a donde ha venido de Galilea enseñando! ¡La muerte! ¡La muerte!

-¿Es galileo? ¿Eres galileo? – Pilato vuelve a acercarse a Jesús - ¿Oyes cómo te acusan? Justifícate.

Pero Jesús calla.

Pilato piensa... y decide.

-Una centuria, y Éste donde Herodes. Que lo juzgue él. Es súbdito suyo. Reconozco el derecho del Tetrarca y ratifico de antemano su veredicto. Que se le informa. Márchense.

Y Jesús, encuadrado como un canalla por cien soldados, vuelve a cruzar la ciudad, y vuelve a ver a Judas Iscariote, al que ya había visto una vez, en el mercado. Antes, invadida por el desagrado del alboroto del pueblo, me había olvidado de decirlo. La misma mirada de piedad hacia el traidor...

Ahora es más difícil descargar sobre Él patadas y palos, pero no faltan las piedras ni las porquerías, y si las piedras caen y sólo suenan, sin herir, en los yelmos y corazas romanos, sí que dejan señal cuando caen sobre Jesús, que camina sólo con la túnica, ya que había dejado el manto en el Getsemaní.

Al entrar en el fastuoso palacio de Herodes, Jesús ve a Cusa... que no sabe mirarlo, y que huye para no verlo en ese estado, cubriéndose la cabeza con el manto.

Ya está en la sala en presencia de Herodes. Y detrás de Jesús – escoltado hasta el Tetrarca sólo por el centurión y cuatro soldados- ya entran como acusadores mentirosos los fariseos y escribas, que aquí se sienten a sus anchas.

Herodes baja de su sitial y da vueltas en torno a Jesús mientras escucha las acusaciones de sus enemigos. Sonríe. Hace burla. Luego finge una piedad y un respeto que no alteran al Mártir, como tampoco le han alterado las burlas.

-Eres grande. Lo sé. He seguido tus pasos con atención, y me he alegrado cuando he visto que Cusa era amigo tuyo y Manahén discípulo. Yo... las preocupaciones del Estado...Pero sentía un gran deseo de decirte que eres grande... de pedirte perdón... La mirada de Juan... su voz... me acusan y siempre están delante de mí. Tú eres el santo que borra los pecados del mundo. Absuélveme, Cristo.

Jesús calla.

-He oído que te acusan de haberte alzado contra Roma. ¿Pero no eres Tú la vara prometida para castigar a Asur? (Isaías30,30-32)

Jesús calla.

-Me han dicho que profetizas el final del Templo y de Jerusalén. Pero, dado que existe por voluntad del Eterno, ¿no es eterno el Templo como espíritu?

Jesús calla.

-¿Estás loco? ¿Has perdido el poder? ¿Es que Satanás te traba la palabra? ¿Te ha abandonado?

Herodes ahora se ríe. Luego da una orden, y unos siervos traen un galgo con una pata rota, que ladra quejumbrosamente, y a un establero idiota, hidrocéfalo, baboso, un aborto de hombre, juguete de los siervos. Los escribas y los sacerdotes huyen, gritando por el sacrilegio, cuando ven la camilla del perro. Herodes, falso y burlón, explica:

-Es el preferido de Herodías. Regalo de Roma. Ayer se rompió una pata y ella llora. Ordena que se cure. Haz el milagro.

Jesús lo mira severamente. Y calla.

-¿Te he ofendido? Entonces a éste. Es un hombre, aunque en poco supere a un animal salvaje. Dale la inteligencia, Tú, Inteligencia del Padre... ¿No dices eso? – Y se ríe, ofensivo.

Otra mirada, más severa, de Jesús. Y silencio.

-Este hombre está demasiado abstinente, y ahora está aturrido por los desprecios. Vino y mujeres, aquí. Y desátenlo.

Lo desatan y, mientras gran número de servidores traen ánforas y copas, entran bailarinas... tapadas con nada: una franja multicolor de lino ciñe, como único vestido, desde la cintura a los muslos, sus gráciles cuerpos; nada más. Broncíneas- son africanas – livianas como gacelas jovencitas, comienzan una danza silenciosa y lasciva.

Jesús rechaza las copas y cierra los ojos. Calla. La corte de Herodes, ante este desdén suyo, ríe.

-Toma la que quieras. ¡Vive! ¡Aprende a vivir!... – insinúa Herodes.

Jesús parece una estatua. Con los brazos cruzados, los ojos bien cerrados, no reacciona ni siquiera cuando las impúdicas bailarinas le pasan rozando con sus cuerpos desnudos.

-Basta. Te he tratado como a Dios y no has actuado como Dios. Te he tratado como hombre y no has actuado como hombre. Estás loco. Una túnica blanca. Póngansela para que Poncio Pilato sepa que el Tetrarca ha juzgado loco a su súbdito. Centurión, dirás al Procónsul que Herodes le presenta humildemente sus respetos y venera a Roma. Márchense.

Y Jesús, atado de nuevo, sale, con una túnica de lino que le llega hasta la rodilla, encima de la túnica roja de lana. Y vuelven donde Pilato. Ahora, cuando la centuria a duras penas atraviesa la masa de gente - no se han cansado de esperar ante el palacio proconsular, y es extraño el ver a tanta gente en ese sitio y en los lugares cercanos mientras que el resto de la ciudad aparece vacío – Jesús ve en grupo a los pastores (*de Belén*). Están al completo, o sea: Isaac, Jonatán, Leví, José, Elías, Matías, Juan, Simeón, Benjamín y Daniel. Con ellos también un grupito de galileos, de los cuales reconozco a Alfeo (*vecino y amigo desde la infancia de la Virgen María*) y a José, hijo de Alfeo hermano de San José, junto a otros dos que no conozco, pero que, por el peinado, diría que son judíos. Y un poco detrás, semiescondido tras una columna, junto a un romano que parece ser un servidor, ve a Juan, que ha entrado en el vestíbulo. Jesús sonríe a éste y a aquéllos... sus amigos... Pero ¡qué son estos pocos y Juana y Manahén y Cusa en medio de un océano de odio en agitación?

El centurión saluda a Poncio Pilato e informa.

-¿Aquí otra vez?! ¡Uf! ¡Maldita esta raza! Que se acerque la chusma. Traigan aquí al Acusado. ¡Uf, qué lata! -Va hacia la muchedumbre, aunque también esta vez se detiene en la mitad del vestíbulo.

-Hebreos, escuchen. Me han traído a este hombre como agitador del pueblo. Delante de ustedes lo he examinado y no he hallado en Él ninguno de los delitos de que lo acusan. Herodes no ha encontrado más que yo. Y nos lo ha devuelto. No merece la muerte. Roma ha hablado. De todas formas, por no contrariarlos privándolos de la recreación, les daré a cambio a Barrabás. Y a Él mandaré que le den cuarenta azotes. Así basta.

-¡No, no! ¡No a Barrabás! ¡No a Barrabás! ¡A Jesús la muerte! ¡Y una muerte horrenda! Libera a Barrabás y condena al Nazareno.

-¡Pero oíd! He dicho fustigación, ¡No es suficiente? ¡Entonces mandaré que lo flagelen! ¿Saben que es atroz? Puede morir por ello. ¿Qué mal ha hecho? No encuentro ninguna culpa en Él, así que lo liberaré.

-¡Crucifica! ¡Crucifica! ¡A muerte! ¡Eres un protector de los malhechores! ¡Pagano! ¡Tú también otro satanás!

La muchedumbre se acerca hasta el pie del vestíbulo y la primera formación de soldados, no pudiendo usar las lanzas, ondea por el choque. Pero la segunda fila, bajando un peldaño, blande las lanzas y libera a los compañeros.

-Que sea flagelado – ordena Pilato a un centurión.

-¿Cuánto?

-Lo que te parezca... Total, ésta es una cuestión concluída. Y yo ya estoy aburrido. Anda, ve.

(LA FLAGELACIÓN DE JESÚS)

(La flagelación romana consistía en golpear a una persona con un látigo especial llamado flagrum.)

Cuatro soldados llevan a Jesús al patio que está después del atrio. En él, enteramente enlosado con mármoles de color, en su centro hay una alta columna semejante a las del corredor. A unos tres metros del suelo, la columna tiene un brazo de hierro que sobresale al menos un metro y que termina en una argolla. A ésta columna – tras haberlo hecho desvestirse, de forma que ha quedado únicamente con un pequeño calzón de lino y las sandalias – atan a Jesús, con las manos unidas por encima de la cabeza. Levantan las manos, atadas por las muñecas, hasta la argolla, de forma que Él,

a pesar de ser alto, no apoya en el suelo más que la punta de los pies... Y también esta postura debe ser un tormento.

He leído, no sé dónde, que la columna era baja y que Jesús estaba encorvado. Será eso. Yo lo veo así y así lo digo.

Detrás de Él se coloca uno de cara de verdugo y neto perfil hebreo; delante, otro, con la misma cara. Están armados con el flagelo de siete tiras de cuero unidas a un mango y acabadas en un martillito de plomo. Rítmicamente, como si estuvieran haciendo un ejercicio, se ponen a dar golpes. Uno, delante; el otro, detrás. De forma que el tronco de Jesús se halla dentro de una rueda de azotes y flagelos.

Los cuatro soldados a los que ha sido entregado, indiferentes, se han puesto a jugar a los dados con otros tres soldados que han llegado en ese momento. Y las voces de los jugadores se acompañan con el sonido de los flagelos, que silban como serpientes y luego suenan como piedras arrojadas contra la membrana tensa de un tambor, golpeando el pobre cuerpo, ese pobre cuerpo tan delgado y de un color blanco de marfil viejo, que primero se pone con manchas transversales, de un rosado cada vez más vivo, luego morado, para tornarse luego de relieves de color azul oscuro, hinchados de sangre, y luego se abre y rompe y suelta sangre por todas partes. Los verdugos se ceban especialmente en el tórax y en el abdomen; pero no faltan los golpes en las piernas y en los brazos, en incluso en la cabeza, para que no hubiera un lugar de la piel sin dolor.

Y ni una queja siquiera... Si no estuviera sujetado por la cuerda, se caería. Pero ni se cae ni gime. Eso sí, la cabeza le cuelga sobre el pecho, después de golpes y más golpes recibidos, como por desvanecimiento.

-¡Eh, para ya! – grita un soldado, y, en tono de burla - que tienen que matarlo estando vivo.

Los dos verdugos se paran y se secan el sudor. Y dicen:

-Estamos agotados. Dénnos la paga, para poder echar un trago y así reponernos...

-¡La horca les daría! En fin, tomen... - y un decurión arroja una moneda grande a cada uno de los dos verdugos. (*Un decurión romano era el jefe de una escuadra de diez soldados de caballería*).

-Han trabajado a conciencia. Parece un mosaico. Tito: ¿tú dices que era éste el amor de Alejandro? Le daremos la noticia para que cumpla el luto. Lo desatamos un poco, ¿eh?

Lo desatan, y Jesús se derrumba como un muerto. Lo dejan ahí en el suelo, y de vez en cuando lo golpean con el pie calzado con las cáligas para ver si gime. Pero Él calla.

(*Las cáligas eran un tipo de sandalias pesadas y fuertes que usaban los soldados romanos. Eran de cuero, tenían una suela tachonada con clavos de hierro. Para reforzar el calzado y para convertirse en un arma en medio de la batalla*).

-¿Estará muerto? ¿Pero es posible? Es joven. Y artesano. Eso me han dicho... Parece una dama delicada. Y un soldado contesta:

-Déjalo de mi cuenta. – y lo sienta con la espalda apoyada en la columna. Donde estaba, ahora hay grumos de Sangre... Luego va a una pequeña fuente que gorgotea bajo el corredor. Llena de agua un balde y la arroja sobre la cabeza y el cuerpo de Jesús.

-¡Así! A las flores les viene bien el agua.

Jesús suspira profundamente. Intenta levantarse. Pero todavía tiene los ojos cerrados.

-¡Eso es! ¡Bien! ¡Arriba, lindo! ¡Que te espera la dama!...

Pero Jesús inútilmente apoya en el suelo los puños intentando erguirse.

-¡Arriba! ¡Rápido! ¿Te sientes débil? Con esto te vas a reponer – dice otro soldado con sonrisa astuta. Y con el palo de su lanza descarga un golpe en la cara de Jesús, dándole entre el pómulo derecho y la nariz, por donde empieza a sangrar.

Jesús abre los ojos, los vuelve. Es una mirada empañada...Mira fijamente al soldado que lo ha golpeado. Se seca la sangre con la mano. Luego, con mucho esfuerzo, se pone de pie.

-Vístete. No es decente estar así. ¡Impúdico!- Todos se ríen, en corro alrededor de Él.

Él obedece sin decir nada. Pero, mientras se encorva – y sólo Él sabe lo que sufre al agacharse, estando tan lastimado y dolorido con esas heridas que al estirarse la piel se abren más todavía, y con otras que se forman al romperse las ampollas – un soldado da una patada a la ropa y la desparrama, y cada vez que Jesús, tambaleándose, llega a ha donde ha caído la ropa, un soldado las echa en otra dirección. Y Jesús sufriendo agudamente, sigue a la ropa sin decir una palabra, mientras los soldados se burlan de Él en modo repugnante.

Por fin puede vestirse. Se pone también la túnica blanca, que estaba apartada y no se ha manchado. Parece querer ocultar su pobre túnica roja, que ayer mismo estaba tan bonita y ahora está ensuciada de porquerías y manchada por la Sangre sudada en el Getsemaní. Es más, antes de ponerse sobre la piel la túnica corta interior, se seca con ella la cara, que está mojada, limpiándola así de polvo y escupos. Y la pobre, santa faz, aparece limpia, sólo marcada de moretones y pequeñas heridas. Se

ordena también el pelo, que caía desordenado, y la barba, por una innata necesidad de arreglo corporal.

Y luego se acurruca al Sol. Porque tiembla mi Jesús... La fiebre empieza a serpentear en Él con sus escalofríos. Y también se pone de manifiesto la debilidad por la Sangre perdida, el ayuno, *el cansancio por el mucho camino andado (el tremendo dolor y no ha dormido en toda la noche del jueves)*.

Le atan de nuevo las manos. Y la soga sierra de nuevo en donde ya hay un rojo aro de piel levantada -¿Y ahora? ¿Qué hacemos con Él? ¡Yo me aburro!

-Espera. Los judíos quieren un rey. Vamos a dárselo. Ése... - dice un soldado.

Y sale rauda - sin duda, a un patio de detrás. Vuelve con un haz de ramas de espino albar agreste, todavía flexible porque la primavera mantiene blandas las ramas, de espinas bien duras y aguzadas. Con la daga, quitan hojas y florecillas. Luego hacen un círculo con las ramas y lo comprimen en la pobre cabeza... pero la bárbara corona penetra hasta el cuello

-No va bien. Más pequeña. Quítasela.

La sacan, y, al hacerlo, arañan las mejillas- incluso con el peligro de cegar a Jesús - y arrancan los cabellos. La hacen más pequeña. Ahora está demasiado estrecha y, aunque aprietan - metiendo en la cabeza las espinas- puede caerse. Otra vez afuera, arrancando más pelo. La modifican de nuevo. Ahora va bien. Delante hay un triple cordón espinoso; detrás, donde los extremos de las tres ramas se entrecruzan, hay un verdadero nudo de espinas que entran en la nuca.

-¡Ves qué bien estás! Bronce natural y rubies puros. Mírate, rey, en mi coraza - dice, burlón, el que ha ideado el suplicio.

-No es suficiente la corona para hacerlo a uno rey. Se necesita la púrpura y el cetro. En el establo hay una caña y en la cloaca (*alcantarilla antigua, una canal de piedra abierta*) hay una clámide (*capa corta*) roja. Ve por ellas, Cornelio.

Y, cuando éste las trae, ponen el sucio trapo sobre los hombros de Jesús y, antes de ponerle entre las manos la caña, le dan con ella en la cabeza, hacen reverencias y saludan:

-¡Ave, rey de los judíos! - y se ríen a carcajadas.

Jesús no les opone resistencia. Se deja sentar en el “trono” (un balde colocado boca abajo, usado, sin duda, para dar de beber a los caballos), y se deja golpear y que se burlen de Él, sin decir nada nunca. Solamente los mira... y es una mirada de una dulzura tan grande y de un dolor tan atroz, que no puedo mirar yo sin sentir mi corazón traspasado.

Los soldados concluyen el escarnio sólo cuando oyen la voz de un superior que ordena que sea conducido el reo ante Pilato.

¡Reo! ¿De qué?

Sacan de nuevo a Jesús al atrio, cubierto ahora éste por un valioso toldo para el Sol. Jesús tiene todavía la corona, la clámide y la caña.

-Acércate, para mostrarte al pueblo.

Jesús, ya quebrantado, se yergue con porte digno: ¡Oh, verdaderamente es un rey!

-Oigan, hebreos. Aquí está el hombre. Yo lo he castigado. Pero ahora déjenlo marcharse.

-¡No, no! ¡Queremos verle! ¡Que salga! ¡Queremos ver al blasfemo!

-Tráiganlo aquí fuera. Y atentos a que no lo agarren.

Y mientras Jesús sale al vestíbulo y puede vérselo dentro del cuadrado formado por los soldados, Poncio Pilato lo señala con la mano diciendo:

-He aquí al Hombre. A su rey. ¿No es suficiente todavía?

El Sol de un día bochornoso llegado ya al medio de la tercia descende casi perpendicular, encendiendo y resaltando miradas y caras: ¿son hombres esa gente? No: hienas hidrófobas (*rabiosas*). Gritan, muestran los puños, piden muerte...

Jesús está erguido. Nunca tuvo esa nobleza de ahora. Ni siquiera cuando ejecutaba los más poderosos milagros. Nobleza de dolor. Tan divino, que bastaría para señalarlo con el nombre de Dios. Pero para pronunciar ese Nombre hay que ser, al menos, hombres, y Jerusalén hoy no tiene hombres, sólo demonios.

Jesús recorre con su mirada la muchedumbre y, en el mar de caras cargadas de odio, encuentra rostros amigos. ¿Cuántos? Menos de veinte amigos entre millares de enemigos... Y agacha la cabeza, bajo la impresión de este abandono. Una lágrima rueda... y otra... y otra... El ver su llanto no genera piedad; al contrario, un odio aún más furioso.

De nuevo le llevan al atrio.

-¿Entonces? Déjenlo marcharse. Es justicia.

-No. A muerte. Crucifica.

-Les doy a Barrabás.

-No ¡Al Cristo!

-Pues entonces pase a sus manos y crucifiquenlo ustedes, porque yo no encuentro el Él delito alguno para hacerlo.

-Se ha llamado Hijo de Dios. Nuestra ley establece la muerte para el reo de una blasfemia como ésa. Pilato ahora está pensativo. Vuelve a entrar. Se sienta en su pequeño trono. Pone, mientras escruta (*examina cuidadosamente*) a Jesús, una mano en la frente, y el codo encima de la rodilla. Dice:

-Acércate.

Jesús va hasta el pie de la tarima.

-¿Es verdad? Responde.

Jesús calla.

-¿De dónde vienes? ¿Quién es Dios?

-Es el Todo.

-Y... bueno, ¿y qué quiere decir “el Todo”? ¿Qué es el Todo para uno que muere? Estás desquiciado... Dios no existe. Yo existo.

Jesús guarda silencio. Ha dejado caer la gran palabra y ahora de nuevo se viste de silencio.

-Poncio: la liberta de Claudia Prócula (*su esposa*) pide permiso para entrar. Tiene un escrito para ti.

-¡Dómine! ¡Y ahora, además, las mujeres! Que pase.

Entra una romana. Se arrodilla mientras entrega una tablilla encerada. Debe ser la tablilla en que Claudia Prócula ruega a su marido que no condene a Jesús. La mujer se retira caminando hacia atrás mientras Pilato lee.

-Se me aconseja evitar el homicidio contra ti. ¿Es verdad que eres más que un arúspice? (*sacerdote romano adivino*) Me causas miedo.

Jesús guarda silencio.

-¿Pero no sabes que tengo poder para liberarte o para crucificarte?

-No tendrías ningún poder, si no se te diera de arriba. Por eso el que me ha entregado a ti es más culpable que tú.

-¿Quién es? ¡¿Tu Dios?! Tengo miedo...

Jesús calla.

Pilato está en la incertidumbre. Quisiera y no quisiera. Teme el castigo de Dios, teme el de Roma, teme las venganzas judías. El miedo a Dios vence un momento. Va al extremo frontal del atrio y dice con voz potente:

-No es culpable.

-Si dices eso, eres enemigo del César. Quien se hace rey es su enemigo. Lo que quieres es liberar al Nazareno. Ya nos encargaremos de que lo sepa César.

Se apodera de Pilato el miedo al hombre.

-En definitiva, que quieren verlo muerto, ¿no? Pues así sea. Pero no manche mis manos la sangre de este justo.

Pide un balde y se lava las manos ante la presencia del pueblo, que parece ebrio de frenesí mientras grita:

-¡Sobre nosotros, sobre nosotros caiga su sangre; caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! ¡No la tememos! ¡A la cruz! ¡A la cruz!

Poncio Pilato vuelve a su pequeño trono, llama al centurión Longinos y a un esclavo. Manda a éste que le traiga una tabla. Sobre ésta apoya un cartel y en él manda escribir: “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos”. Y lo muestra al pueblo.

-No. Eso no. No “Rey de los Judíos”. Sino que Él se ha llamado rey de los judíos- Esto gritan muchos.

-Lo que he escrito, he escrito – dice, duro, Pilato.

Y, en pie, erguido, extiende la mano con la palma hacia adelante y vuelta hacia abajo y ordena:

-Que vaya a la cruz. Soldado, ve, prepara la cruz. (Ibis ad crucem! I, miles, expendi crucem).

Y baja sin siquiera volverse hacia la muchedumbre agitada, ni hacia el pálido Condenado. Sale del atrio... en cuyo centro se queda Jesús, custodiado por los soldados, esperando la cruz.

DICE JESÚS

(Nuestras semejanzas con los judíos y con Pilato)

Quiero ofrecer a tu meditación el punto que se refiere a mi encuentro con Pilato.

Juan - que, habiendo estado casi siempre presente, o por lo menos muy cercano. Es el testigo y narrador más exacto – refiere cómo, una vez que salí de la casa de Caifás, fui conducido al Pretorio. Y especifica “por la mañana temprano”.

Efectivamente, has visto que apenas rayaba el alba. También especifica Juan que “ellos(los judíos) no entraron para no contaminarse y poder comer la Pascua”.

Hipócritas como siempre, veían peligro de contaminarse en pisar el polvo de la casa de un gentil, pero no encontraban que fuera pecado matar a un Inocente; y con el corazón satisfecho con el delito cumplido, pudieron saborear mejor la Pascua. Tienen también ahora muchos seguidores. Todos los que por dentro actúan mal y por fuera profesan respeto a la religión y amor a Dios son semejantes a ellos. ¡Fórmulas, fórmulas y no religión verdadera! Me producen repugnancia y desdén.

No entrando los judíos en la casa de Pilato, salió éste para oír lo que pasaba con la muchedumbre vociferante, y, siendo experto en el gobierno y en el juicio, con una sola mirada comprendió que el reo no era Yo, sino ese pueblo ebrio de odio.

El encuentro de nuestras miradas fue recíproca lectura de nuestros corazones. Yo juzgué al hombre en lo que él era. Él me juzgó a mí en lo que Yo era. Yo sentí compasión por él porque era un hombre débil; él sintió compasión de Mí porque Yo era inocente. Trató de salvarme desde el primer momento. Y, dado que únicamente a Roma se defería (*debía notificar*) y reservaba el derecho de ejercer la justicia hacia los malhechores, trató de salvarme diciendo: “Júzguenlo según su ley”.

Hipócritas por segunda vez, los judíos no quisieron emitir la condena. Es verdad que Roma tenía el derecho de justicia, pero cuando, por ejemplo, Esteban fue lapidado (*Hechos de los apóstoles 6,8-7,60*), Roma seguía imperando en Jerusalén, y ellos, a pesar de todo, sin preocuparse de Roma, definieron y consumaron el juicio y el suplicio. Conmigo, respecto a quien sentían no amor sino odio y miedo – no querían creer que fuera el Mesías, pero, por la duda de que lo fuera, no querían quitarme materialmente la vida – actuaron de forma distinta, y me acusaron de agitador contra el poder de Roma (ustedes dirían: “rebelde”) para conseguir que Roma me juzgara.

En su sala infame, y en muchas ocasiones durante los tres años de mi ministerio, me habían acusado de blasfemo y falso profeta, así que habría debido ser lapidado por ellos, o, en todo caso, ejecutado. Pero en este caso, para no llevar a cabo materialmente el delito (por el cual sentían por instinto que habrían sido castigados), hacen que lo lleve a cabo materialmente Roma, acusándome de ser un malhechor y un rebelde.

Nada más fácil, cuando las muchedumbres están pervertidas y los jefes endemoniados, que acusar a un inocente, para apagar la sed de crueldad y de usurpación y quitar de en medio a quien representa un obstáculo y un juicio. Hemos vuelto a los tiempos de entonces. El mundo, cada cierto tiempo, después de una incubación de ideas perversas, estalla con estas manifestaciones de perversión. Como una inmensa gestante, la multitud, después de haber nutrido en su seno con doctrinas de fiera a su monstruo, lo pare para que devore. Para que devore, primero, a los mejores; luego, a ella misma.

Pilato entra de nuevo en el Pretorio y me dice que me acerque. Me hace preguntas.

Ya había oído hablar de Mí. Entre sus centuriones, había algunos que repetían mi Nombre con amor agradecido, con lágrimas en los ojos y sonrisa en el corazón, y hablaban de Mí como de un benefactor. En sus informes al Pretor – solicitada su opinión sobre este Profeta que atraía hacia Sí a las multitudes y predicaba una doctrina nueva en que se hablaba de un reino extraño, inconcebible para la mente pagana – habían respondido siempre que Yo era un hombre manso, bueno, que no buscaba honores de esta Tierra y que inculcaba y practicaba el respeto y la obediencia hacia las autoridades. Más sinceros que los israelitas, veían y testificaban la verdad.

El domingo anterior, él, atraído por el clamor de la muchedumbre, se había asomado a la calle y había visto pasar, montado en un burro a un hombre desarmado, un hombre que iba bendiciendo, rodeado de niños y mujeres. Había comprendido con claridad que no entrañaba un peligro para Roma.

Quiere, pues, saber si Yo soy rey. Movido por su irónico escepticismo pagano, quiere reírse un poco de esa forma de realeza que monta un burro, que tiene como cortesanos a niños descalzos y a mujeres sonrientes, a hombres de pueblo; de esta forma de realeza que desde hace tres años predica el desapego por las riquezas y el poder, y que no habla de otras conquistas sino de las de espíritu y alma. ¿Qué es el alma para un pagano? Ni siquiera sus dioses tienen un alma. ¿Podrá tenerla el hombre? Ahora también este rey sin corona, sin palacio, sin corte, sin soldados, le repite que su reino no es de este mundo. Tan verdadero es eso, que ningún ministro se levanta en defensa de su rey, ningún soldado interviene para arrancarlo de las manos de sus enemigos.

Pilato, sentado en su sitial, me escudriña porque para él soy un enigma. Si hubiera liberado su alma de las preocupaciones humanas, de la soberbia del cargo, del error del paganismo, habría comprendido enseguida quién era Yo.

Mas ¿cómo podrá la luz penetrar en donde demasiadas cosas cierran las aperturas para que entre?

Siempre ha sido así, hijos. También ahora. ¿Cómo pueden entrar Dios y su luz en un lugar donde no hay espacio para ellos y las puertas y ventanas están trancadas y defendidas por la soberbia, la humanidad, el vicio, la usura, y por muchos, muchos guardianes al servicio de Satanás contra Dios?

Pilato no puede entender qué reino es este reino mío. Y no pide – y esto es doloroso – que Yo se lo explique. Ante mi invitación a que conozca la Verdad, él, el indomable pagano, responde: “¿Qué es la verdad?”, permitiendo que se zanje la pregunta encogiéndose de hombros.

¡Oh hijos, hijos míos! ¡Oh mis Pilatos de ahora! También ustedes, como Poncio Pilato, dejan que se zanen las preguntas más vitales encogiéndose de hombros. Les parecen cosas inútiles, superadas. ¿Qué es la Verdad? ¿Dinero? No. ¿Mujeres? No. ¿Poder? No. ¿Salud física? No. ¿Gloria humana? No. Entonces, mejor olvidarse; no merece la pena correr tras una quimera. Dinero, mujeres, poder, buena salud, comodidades, honores: éstas son cosas concretas, útiles, cosas apetecibles y que merece la pena alcanzar cueste lo que cueste. Razonan así. Y, peor que Esaú, cambian los bienes eternos por un alimento de baja calidad que perjudica a su salud física y los daña en orden a la salud eterna. ¿Por qué no persisten en preguntar: “¿Qué es la Verdad?” Ella, la Verdad, sólo pide darse a conocer para instruirlos sobre sí. Está frente a ustedes como frente a Pilato, y los mira con ojos de amor suplicante implorándoles: “Pregúntame. Te instruiré”.

¿Ves cómo miro a Pilato? Igual los miro a todos ustedes. Y, si tengo mirada de sereno amor para el que me ama y solicita mis palabras, tengo miradas de amor doliente para aquel que no me ama, no me busca, no me escucha. Pero amor, en todo caso amor, porque el Amor es mi naturaleza.

Pilato me deja donde estoy y no sigue interrogándome. Va a los malvados, que se hacen oír más y se imponen con su violencia. Y este hombre mísero, que no me ha escuchado a Mí y que con un gesto de encogerse de hombros ha rechazado mi invitación a conocer la Verdad, los escucha a ellos. Escucha a la Mentira. La idolatría, bajo cualquier forma en que se presente, siempre tiende a venerar y a aceptar a la Mentira, comoquiera que se presente. Y la Mentira, aceptada por un débil, conduce al débil al delito.

También Pilato a las puertas del delito quiere salvarme, una vez, dos veces. Es entonces cuando me manda a Herodes. Bien sabe que el rey astuto, que se mueve entre dos aguas, Roma y su pueblo, actuará de un modo que no perjudicará a Roma y que no significará un choque con el pueblo hebreo. Pero, como todos los débiles, aplaza unas horas esa decisión para la que no se ve con fuerzas, esperando que la agitación plebeya se calme.

Yo dije: “Que el lenguaje de ustedes sea: sí, sí; no, no”. Pero él no lo ha oído, o, si alguien se lo ha repetido, ha vuelto, como de costumbre, a encogerse de hombros. Para vencer en el mundo, para obtener honores y lucro, hay que saber hacer del sí un no, o del no un sí, según lo que aconseje el buen sentido (lee: sentido humano).

¡Cuántos, cuántos Pilatos tiene el siglo veinte (y veintiuno)! ¿Dónde están los héroes del cristianismo que decían “sí”, constantemente “sí” a la Verdad y por la Verdad, y “no”, constantemente “no” por la Mentira? ¿Dónde están los héroes que saben afrontar el peligro y los acontecimientos con fortaleza de acero y serena prontitud, sin dejar las cosas para otro momento, porque el Bien debe cumplirse enseguida y del Mal hay que alejarse inmediatamente, sin ningún “pero” y sin ningún “sí”?

Cuando regreso del palacio de Herodes, se produce el nuevo paliativo de Pilato: **la flagelación**. ¿Cuál era la esperanza de Pilato? ¿No sabía que la masa es una fiera que en cuanto empieza a ver la sangre se vuelve más feroz? Pero Yo debía ser quebrantado para expiar sus pecados de la carne. (Y me quebrantan. No habrá en todo mi cuerpo un lugar que no reciba golpes. Soy el Hombre del que habla Isaías. Y al suplicio ordenado se añade el no ordenado, el creado por la crueldad humana, el de **las espinas**.

¿Ven, hombres, a su Salvador, a su Rey, coronado de dolor para liberar sus cabezas de los muchos pensamientos pecaminosos que en ellas se incuban? ¿No piensan qué dolor sufrió mi cabeza inocente por pagar por ustedes, por sus cada vez más atroces pecados de pensamiento que se transforman en acción?

Ustedes, que se sienten ofendidos incluso sin motivo, miren al Rey ultrajado – y es Dios – con su sarcástico manto de púrpura desgarrada, con el cetro de caña y la corona de espinas. Es ya un

moribundo y lo siguen abofeteando con las manos y las burlas. Y ni si quiera ustedes se compadecen de Él. Como los judíos, siguen mostrándome los puños y gritando: “¡Fuera, fuera, no tenemos más Dios que a César!”.

¡Oh, idólatras que no adoran a Dios sino que se adoran a ustedes mismos y adoran al que puede más que ustedes! Ustedes no aceptan al Hijo de Dios. No los ayuda en sus delitos. Más servicial es Satanás; aceptan, por tanto, a Satanás. Del Hijo de Dios tienen miedo. Como Pilato. Y, cuando sienten que se cierne sobre ustedes con su poder, que empieza a despertar en ustedes la voz de la conciencia que en su Nombre los censura, preguntan como Pilato: “¿Quién eres?”.

Saben quién soy. Incluso los que me niegan saben que existo y saben quién soy. No mientan. Veinte siglos (veintiuno) están en torno a Mí y los ilustran acerca de quién soy, y los instruyen acerca de mis prodigios. Es más perdonable Pilato. No ustedes, que disponen de una herencia de veinte siglos de cristianismo para sostener la fe de ustedes, o para inculcárselas, y nada quieren saber de ello. Y fui más severo con Pilato que con ustedes. No respondí. Con ustedes, sin embargo, hablo. Y, no obstante, no consigo convencerlos de que soy Yo y de que me deben adoración y obediencia.

Ahora también, como entonces, me acusan de ser Yo la causa de mi propio fracaso en ustedes porque no los escucho. Dicen que pierden la fe por esto. ¡Mentirosos! ¿Dónde tienen la fe? ¿Dónde tienen su amor? ¿Cuándo, pero cuándo, oran y viven con amor y fe? ¿Son ustedes personas importantes? Recuerden que lo son porque Yo lo permito. ¿Son ustedes personas anónimas en medio de la masa? Recuerden que no hay otro Dios aparte de Mí. Ninguno está por encima de Mí, ninguno me precede. Denme pues ese culto de amor que me corresponde y Yo los escucharé, porque dejarán de ser bastardos para ser hijos de Dios.

Y ahí tienen el último intento de Pilato para salvarme la vida, supuesto que pudiera salvarla después de la despiadada e ilimitada flagelación. Me presenta a la multitud: “¡Aquí tienen al Hombre!” A él, humanamente, le inspiro compasión. Espera en la compasión colectiva. Pero, ante la dureza que resiste y la amenaza que avanza, no sabe llevar a cabo un acto sobrenaturalmente justo, y, por tanto, bueno, diciendo: “Lo libero porque es inocente. Ustedes sí son culpables. Y si no disuelven el tumulto conocerán el rigor de Roma”. Esto es lo que habría debido decir, si hubiera sido un justo; sin calcular el futuro mal que ello le hubiera acarreado.

Pilato es un falso bueno. Bueno es Longinos, el cual, menos poderoso que el Pretor, y menos protegido, en medio de la calle, rodeado de pocos soldados y de una multitud enemiga, se atreve a defenderme, a ayudarme, a concederme descansar y tener el consuelo de las mujeres compasivas y ser ayudado por el Cireneo y, en fin, tener a mi Madre al pie de la Cruz. Longinos fue un héroe de la justicia y vino a ser, por esto, un héroe de Cristo.

Sepan, hombres que se preocupan sólo de su bien material, que incluso respecto a éste su Dios interviene cuando los ve fieles a la Justicia, que es emanación de Dios. Yo premio siempre a quien actúa con rectitud. Defiendo a quien me defiende. Lo amo y lo socorro. Sigo siendo Aquel que dijo: “El que dé un vaso de agua en mi Nombre recibirá recompensa”. A quien me da amor, agua que calma la sed de mi labio de Mártir divino, le doy a Mí mismo como don, y ello significa protección y bendición”.

605

Desesperación y suicidio de Judas Iscariote. Si se hubiera arrepentido se habría salvado

Veo a Judas. Está solo. Vestido de amarillo claro. Lleva un cordón rojo a la cintura. Mi interno consejero me advierte de que hace poco ha sido apresado Jesús, y que Judas, que había huído inmediatamente después de la captura, ahora está a merced de un contraste de pensamientos.

Efectivamente, parece una fiera furiosa acosada por una jauría de mastines. Un leve soplo de viento entre las frondas de los árboles, o el rumor de alguna cosa en las calles, el hilo de agua de una fuente, le hacen sobresaltarse y volverse con sospecha y terror como si se sintiera alcanzado por un verdugo. Inclina la cabeza yendo cabizbajo, encogido el cuello, tuerce los ojos como quien quisiera ver y tuviera miedo de ver; y, si un juego de luz lunar crea una sombra de apariencia humana, sus ojos se abren como platos, da un salto hacia atrás, se pone más pálido de lo que ya de por sí está, se detiene un instante, para huir luego precipitadamente, volviendo sobre sus pasos, se escurre por entre otras callejuelas, hasta que otro ruido u otro juego de luz le hace detenerse y huir en otra dirección.

Con este paso suyo de demente va hacia el interior de la ciudad. Pero el clamor del pueblo le advierte de que está cerca de la casa de Caifás. Entonces, llevándose las manos a la cabeza y agachándose como si esos gritos fueran piedras lanzadas contra él, huye y huye. Y, huyendo, toma una callejuela que lo lleva directamente hacia la casa donde ha tenido lugar la Cena. Se da cuenta

cuando está delante de ella, por una fuente que en ese lugar de la calle libera su hilo de agua. El llanto del agua que gotea y cae en la pequeña pila de piedra, y un leve silbido del viento, que introduciéndose por la estrecha calle forma como un reprimido lamento, deben parecerle el llanto del Traicionado y el lamento del Torturado. Se tapa los oídos para no oír, y se aleja, cerrando los ojos para no ver esa puerta por la que pocas horas antes ha pasado con el Maestro, y por la que ha salido para ir por los soldados (*del Templo*) para que lo apresaran.

Corriendo así, con los ojos cerrados, va a chocar contra un perro callejero (el primer perro que veo desde que tengo las visiones), un perro grande, gris, erizado, que se aparta gruñendo, preparado para lanzarse contra éste que lo molesta. Judas abre los ojos y ve las dos pupilas fosforescentes que lo miran fijamente, y ve los blancos colmillos descubiertos, que tienen apariencia de risa diabólica. Pega un grito de terror. El perro, tomándolo quizás por un grito de amenaza, arremete contra Judas. Los dos ruedan entre el polvo: Judas debajo, paralizado por el miedo; el perro encima. Cuando el animal deja a su presa, juzgada quizás indigna de una lucha, Judas sangra a causa de dos o tres mordiscos, y su manto presenta algunos, grandes desgarrones.

Un mordisco le ha clavado los dientes justamente en la mejilla, en el sitio exacto donde él besó a Jesús. La mejilla sangra, y la sangre ensucia el cuello de la túnica amarillenta de Judas: empapando el cordón rojo que cierra su túnica por el cuello y haciéndolo más rojo aún, es como si le pusiera un collar de sangre. Judas se lleva la mano a la mejilla y mira al perro, que se ha separado pero está esperándolo bajo el entrante de una puerta, susurra: “¡Belcebú!” y lanzando un nuevo grito huye, seguido durante un tiempo por el perro. Huye hasta el puentecito de cerca del Getsemaní. Ahí, o porque esté cansado de seguirle, o porque tenga hidrofobia y el agua lo aleje, el perro deja a su presa y se vuelve gruñendo. Judas, que se había metido en el río para coger piedras y lanzárselas al perro, cuando ve que se aleja, mira a su alrededor, se ve con el agua hasta mitad de las pantorrillas. Sin preocuparse de la túnica, cada vez más mojada, se agacha hacia el agua y bebe como padeciendo ardor febril, y se lava la mejilla que sangra y debe dolerle.

Bajo la luz de una primera claridad del amanecer, sube por el guijarral: por la otra parte, como si tuviera todavía miedo del perro y no se atreviera a volver hacia la ciudad. Recorre algunos metros. Se ve a la entrada del Huerto de los Olivos. Grita: “¡No! ¡No!”, al reconocer el lugar. Pero luego – no sé por qué fuerza irresistible o por qué sadismo satánico y criminal – avanza por ese lugar. Busca el sitio donde se ha producido la captura. La tierra del sendero, revuelta por muchas pisadas, la hierba pisoteada en un determinado lugar, sangre en el suelo –quizás la de Malco– le señalan de que allí ha identificado al Inocente ante los verdugos.

Mira, mira... Luego emite un grito ronco y da un salto hacia atrás. Grita: “¡Esa sangre!, esa sangre!”... –y la señala – ¿A quién? – con el brazo extendido, apuntando con el índice. Baja la luz, que va aumentando, su cara aparece térrea y espectral. Parece un loco: se le salen los ojos de las órbitas, unos ojos brillantes como por delirio; el pelo, desordenado por la carrera y el terror, parece erizado; la mejilla, que se va hinchando, desvía su boca dándole expresión maligna. La túnica desgarrada, ensangrentada, mojada, embarrada (porque la tierra se ha pegado a la humedad y se ha transformado en barro), le hace parecer un mendigo. El manto, también hecho jirones y embarrado, le cuelga de un hombro como un trapo, en el que se enreda cuando, gritando aún: “¡Esa sangre, esa sangre!”, retrocede como si esa sangre se hiciera un mar que sube y sumerge.

Judas cae hacia atrás. Se hiere la cabeza, detrás, contra una piedra. Emite un gemido de dolor y miedo. “¿Quién es?” grita. Debe haber pensado que alguien le ha hecho caer para agredirle. Se vuelve aterrorizado. ¡Nadie! Se levanta. Ahora la sangre gotea también sobre la nuca. El círculo rojo se ensancha en la túnica. No cae al suelo porque es poca. Se la bebe la túnica. Ya parece puesto al cuello el dogal (*cuerda con un nudo corredizo para ahorcarse*) rojo.

Anda. Encuentra los restos de la pequeña hoguera que había encendido Pedro al pie de un olivo. Pero no sabe que ha sido obra de Pedro y debe creer que allí ha estado Jesús. Grita: “¡Fuera! ¡Fuera!” y con las dos manos extendidas hacia delante para rechazar a un fantasma que lo atormenta. Huye, para terminar justo contra la piedra de la Agonía.

Ya ha amanecido, y se puede ver bien y pronto. Judas ve el manto de Jesús. Está doblado sobre la piedra. Lo conoce. Quiere tocarlo. Tiene miedo. Alarga y retira la mano. Quiere, no quiere. Pero ese manto lo cautiva. Gime: “No, no”. Luego dice: “¡Sí, por Satanás! Sí, quiero tocarlo. ¡No tengo miedo!” Dice que no tiene miedo, pero le castañetea de terror los dientes, y el ruido producido sobre su cabeza por una rama de olivo que, movida por el viento, choca contra un tronco cercano, le hace gritar de nuevo. No obstante, se esfuerza y coge el manto. Se ríe. Una risa de loco, de demonio. Una risa histérica, espasmódica, lúgubre, inacabable, porque ha superado su miedo. Y de hecho lo dice:

-No me das miedo, Cristo. Se acabó el miedo. Tenía mucho miedo de Ti porque te creía un Dios y un hombre fuerte. Ahora ya no me das miedo porque no eres Dios. Eres un pobre loco, un hombre débil. No has sabido defenderte. No me has reducido a cenizas, como tampoco has leído en mi

corazón la traición. ¡Mis miedos!...Cuando hablabas, incluso ayer por la noche, creía que sabías: pero no sabías nada. Era mi miedo el que daba tono de profecía a tus palabras corrientes. Eres una nada. Te has dejado vender, identificar, capturar como un ratón en la madriguera. ¡Tu poder! ¡Tu origen! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Payaso! ¡El fuerte es Satanás! Más fuerte que Tú. ¡Te ha vencido! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡El Profeta! ¡El Mesías! ¡El Rey de Israel! ¡Y me has tenido subyugado tres años! ¡Con miedo siempre en el corazón! ¡Y tenía que mentir para engañarte con finura cuando quería gozar de la vida! Pero, aunque hubiera robado y fornicado sin toda la astucia que usaba, no me habrías hecho nada. ¡Imbele! (*incapaz de guerrear*) ¡Loco! ¡Cobarde! ¡Ten! ¡Ten! Mi error ha sido no hacer contigo lo que hago con tu manto para vengarme del tiempo en que me has tenido esclavo del miedo. ¡Miedo a un conejo!... ¡Ten! ¡Ten! ¡Ten!

A cada “¡Ten!” Judas muerde y trata de desgarrar la tela del manto. Lo arruga entre sus manos. Pero, al hacer esto, lo desdobra, y aparecen las manchas que lo humedecen. Se le bloquea la furia a Judas. Se fija en esas manchas. Las toca. Las huele. Son sangre... Desdobra todo el manto. Se ven bien las marcas que han dejado las dos manos ensangrentadas cuando apretaban la tela contra la cara.

-¡Ah!... ¡Sangre! ¡Sangre! Su Sangre... ¡No!

Judas suelta el manto y mira alrededor. También en la piedra en la que Jesús ha apoyado su espalda cuando el Ángel lo consolaba hay una oscura señal de Sangre que ya se está secando.

-¡Ah!... ¡Ah!... ¡Sangre! ¡Sangre!...

Baja los ojos para no ver, y ve la hierba toda roja por la sangre que ha goteado sobre ella y que, por el rocío que la ha mantenido licuada, parece sangre recién vertida. Es roja y brilla bajo los primeros rayos de Sol.

-¡No! ¡No! ¡No! ¡No quiero verla! ¡No puedo ver esa sangre! ¡Auxilio! – y se lleva las manos a la garganta y gesticula como si se estuviera ahogando en un mar de sangre.

-¡Atrás! ¡Atrás! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Maldito! ¡Es un mar de sangre! ¡Cubre toda la Tierra! ¡La Tierra! ¡La Tierra! Y en la Tierra no hay sitio para mí, porque no puedo ver esta sangre que la cubre. ¡Soy el Caín del Inocente!

Creo que la idea del suicidio ha surgido en este momento en ese corazón. La cara de Judas produce miedo. Baja del desnivel de un salto y huye por el olivar por otro camino distinto del recorrido para ir. Parece perseguido por fieras. Vuelve a la ciudad. Se envuelve como puede en el manto y trata de cubrirse lo más posible la herida y la cara. Se dirige al Templo. Pero yendo en esa dirección, en un cruce de calles se encuentra de frente a la gentuza que arrastra Jesús donde Pilato. No puede retirarse, porque más gente, que acude a ver, lo empuja por detrás. Y, siendo alto, por fuerza sobresale, y ve. Y encuentra la mirada de Cristo... Las dos miradas se entrelazan un momento. Luego Cristo pasa, atado, recibiendo golpes. Y Judas cae supino (*boca arriba*), como desmayado. La masa lo pisotea sin piedad, y él no reacciona: debe preferir ser pisoteado por todo un mundo antes que toparse con esa mirada.

Una vez que ha pasado con el Mártir la gritería deicida y la calle está vacía, se levanta y corre hacia el Templo. Choca contra un guardia que está en la puerta del recinto, y casi lo derriba. Otros guardias vienen para impedir entrar al furioso. Pero él, como un toro furioso, arrolla a todos. a uno que se echa sobre él para impedirle entrar en la sala del Sanedrín, donde están todavía reunidos y discutiendo, lo agarra por el cuello, aprieta y lo arroja abajo por los tres escalones; si no muerto, sin duda, moribundo.

-¡No quiero su dinero, malditos! – grita erguido en medio de la sala, en el lugar donde antes estaba Jesús. Parece un demonio de improvisado salido del Infierno. Ensangrentado, despeinado, encendido por el delirio, echando baba por la boca, las manos como garras, grita, y tan estridente es su voz, ronca, aulladora, que parece que ladra- ¡Su dinero, malditos, no lo quiero! ¡Han sido mi perdición! ¡Me han hecho cometer el mayor de los pecados! ¡Maldito soy, maldito como ustedes! ¡He traicionado la Sangre inocente! ¡Caiga sobre ustedes esa Sangre y mi muerte! ¡Sobre ustedes!... ¡No! ¡Ay!...

Judas ve el suelo mojado de sangre.

-¿También aquí?, ¿también aquí hay sangre? ¡En todas partes! ¡Su sangre está en todas partes! ¡Pero cuánta sangre tiene el Cordero de Dios, para cubrir de este modo la Tierra sin morir! ¡Y yo la he derramado! ¡Por instigación de ustedes! ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos para siempre! ¡Maldición a estas paredes! ¡Maldición a este Templo profanado! ¡Maldición al Pontífice deicida! ¡Maldición a los sacerdotes indignos, a los doctores falsos, a los fariseos hipócritas, a los judíos crueles, a los escribas arteros (*astutos y traidores*)! ¡Maldición a mí! ¡A mí! ¡Tengan su dinero y que les estrangule el alma como a mí el dogal! – y arroja la bolsa a la cara de Caifás y se marcha emitiendo un grito, mientras las monedas suenan desparramándose por el suelo después de haber golpeado a Caifás en la boca haciéndole sangrar.

Ninguno se atreve a detenerlo. Sale. Corre por las calles. Y fatalmente vuelve a cruzarse otras dos veces con Jesús, que va a la casa de Herodes y vuelve. Abandona el centro de la ciudad, entrando al azar por las callejuelas más míseras. Y otra vez acaba en la casa del Cenáculo, que está toda cerrada, como abandonada. Se para. La mira.

-¡La Madre! – susurra -¡La Madre!... – se queda pensativo... -¡Yo también tengo una madre! ¡Y le he matado a un hijo a una madre!... No obstante... Quiero entrar...Volver a ver esa habitación. Allí no hay sangre...

Llama con un golpe en la puerta... otro golpe... otro... La dueña de la casa va a abrir y entreabre la puerta. Una rendija... Al ver a ese hombre desfigurado, irreconocible, lanza un grito y trata de cerrar de nuevo la puerta. Pero Judas, empujando bruscamente con el hombro, la abre de par en par y, arrollando a la mujer aterrada, pasa adentro. Corre hacia la puertecita que da acceso al Cenáculo. La abre. Entra. Un bonito Sol entra por las ventanas, completamente abiertas. Judas suelta un respiro de alivio. Entra en la sala. Aquí todo está en calma y silencioso. Las piezas de la vajilla siguen como las dejaron. Se comprende que hasta ahora nadie se ha ocupado de ello. Se podría pensar que vayan a sentarse personas a la mesa. A ésta se acerca Judas. Mira si hay vino en las ánforas. Hay. Bebe ávidamente directamente del ánfora, levantándola con las dos manos. Luego se deja caer sentado justo en el sitio de Jesús y que tiene delante el cáliz usado para la Eucaristía. Está inmóvil un rato, hasta que el jadeo de esta gran carrera se calma. Luego levanta la cabeza. Ve el cáliz. Y reconoce dónde se ha sentado.

Se levanta como poseído. Pero el cáliz lo cautiva. Un poco de vino rojo hay todavía en el fondo, y el Sol, hiriendo el metal – parece plata – enciende ese líquido.

-¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre también aquí! ¡Su Sangre! ¡Su Sangre!... “¡Hagan esto en memoria mía!... Tomen y beban. Ésta es mi Sangre... La Sangre del nuevo testamento, que será derramada por ustedes...” ¡Ay! ¡Maldición a mí! Por mí ya no puede ser derramada para remisión de mi pecado. No pido perdón porque Él no puede perdonarme. ¡Fuera, fuera! No existe ya ningún lugar donde el Caín de Dios pueda conocer la paz. ¡La muerte! ¡La muerte!...

Sale. Se encuentra a María enfrente, en pie, en la puerta de la habitación donde Jesús la ha dejado. Ella, al oír un ruido, se ha asomado, quizás esperando ver a Juan, que falta desde hace muchas horas. Está pálida como una desangrada. Sus ojos, por el dolor, son todavía más parecidos a los de su Hijo. Judas se encuentra con esa mirada que lo mira con el mismo afligido y consciente conocimiento con que Jesús lo ha mirado en la calle, y, con un “¡Oh!” cargado de miedo, se pega a la pared. Y le dice:

-¡Judas! Judas, ¿qué has venido a hacer? –Las mismas palabras de Jesús. Y dichas con amor doloroso. Judas las recuerda y grita.

-Judas – repite María - ¿Qué es lo que has hecho? ¿A tanto amor has correspondido traicionando? La voz de María es caricia temblorosa.

Judas hace ademán de huír. María lo llama con una voz que hubiera debido convertir a un demonio. -¡Judas! ¡Judas! ¡Detente! ¡Detente! ¡Escucha! Te lo digo en su Nombre: arrepíentete, Judas; Él perdona...

Judas ya ha huído. La voz de María, su aspecto, han sido el golpe de gracia, es decir, de desgracia, porque él la resiste. Va a todo correr. Se topa con Juan, que viene rápido hacia la casa a recoger a María. La sentencia está pronunciada. Jesús va a salir para el Calvario. Es hora de llevar a la Madre donde el Hijo.

Juan reconoce a Judas, a pesar de que quede bien poco del bien parecido Judas de poco tiempo antes.

-¿Tú aquí? – le dice Juan con visible repulsión - ¿Tú aquí? ¡Maldito seas, asesino del Hijo de Dios! El Maestro ha sido condenado. Alégrate, si puedes. Pero deja libre el camino, que voy a recoger a la Madre; que Ella, tu otra Víctima, no te vea, reptil.

Judas huye. Lleva envuelta la cabeza en los harapos del manto. Ha dejado sólo una abertura para los ojos. La gente, la poca gente que no ha ido hacia el Pretorio, se aparta como si viera a un loco; y es lo que parece. Vaga por los campos. El viento, de vez en cuando, trae el eco del clamor de la turba, que sigue imprecando (*manifestando vivo deseo de que alguien reciba daño*) contra Jesús. Y Judas, cada vez que este eco le llega, lanza un grito parecido al aullido de un chacal.

Creo que realmente ha enloquecido, porque va, rítmicamente, golpeando la cabeza contra los muritos de piedra; o es que está hidrófobo, porque cuando ve un líquido cualquiera: agua, o la leche que lleva un niño en un recipiente, o el aceite que rezuma de un odre (*bolsa de cuero para contener líquido*) emite un chillido, emite un chillido y grita: “¡Sangre! ¡Sangre! ¡Su Sangre!”

Quisiera beber en los arroyos y en las fuentes. No puede porque el agua le parece sangre, y lo dice:

-¡Es sangre! ¡Es sangre! ¡Me ahoga! ¡Me quema! ¡Llevo fuego dentro! ¡Su Sangre, la que me ha dado ayer, se ha transformado en fuego dentro de mí! ¡Maldición a mí y a Ti!

Sube y baja por las lomas (*altura pequeña y larga de terreno*) que rodean Jerusalén. Y su mirada, sin que pueda evitarlo, se le va hacia el Gólgota. Dos veces ve la fila que serpentea por la subida. Mira y grita. Ya está en la cima. También Judas está en la cima de una pequeña colina cubierta de olivos. Ha entrado en ella abriendo una barrera rústica como si él fuera el dueño, o, por lo menos, como conociendo bien el lugar. Bueno, tengo la impresión de que Judas no tenía mucho respeto por la propiedad ajena. Erguido, debajo de un olivo que está en el límite de una pendiente, mira hacia el Gólgota. Ve que levantan las cruces y comprende que Jesús ha sido crucificado. No puede ver ni oír, pero el delirio o un maleficio de Satanás le hacen ver y oír como si estuviera en la cima del Calvario.

Mira, mira como alucinado. Gesticula violentamente:

-¡No! ¡No! ¡No me mires! ¡No me hables! No lo soporto. ¡Muere, muere, maldito! Que la muerte te cierre esos ojos que me dan miedo, esa boca que me maldice. Pero yo también te maldigo, porque no me has salvado.

La cara está tan desfigurada que ya uno no puede mirarla. Dos hilos de baba cuelgan de la boca, de esa boca que grita. La mejilla mordida está amoratada e hinchada, de forma que la cara se ve deformada. El pelo apelmazado. La barba, muy oscura, que ha crecido, dibuja en las mejillas y en el mentón una mordaza lúgubre. ¡Y los ojos!... Giran, se mueven espasmódicos, tienen fosforescencia. Como un verdadero demonio.

Arranca de su cintura el cordón de ruda lana roja que le ciñe con tres vueltas. Prueba su solidez enroscándola en torno a un olivo y tirando con toda su fuerza. Resiste. Es fuerte. Elige un olivo que valga para ese fin.

-Bien, éste es adecuado, éste de copa enmarañada que sobresale del límite de la pendiente.

Trepa al árbol. Asegura fuertemente un extremo del cordón a la rama más fuerte y que más sobresale hacia el vacío. Ya está hecho el nudo corredizo. Mira por última vez hacia el Gólgota. Luego mete la cabeza en el nudo corredizo. Ahora parece tener dos collares rojos en la base del cuello. Se sienta en el límite de la pendiente. Luego, de golpe, se deja caer en el vacío.

El nudo lo estrangula. Forcejea unos minutos. Pone en blanco los ojos, se pone negro por la asfixia, abre la boca, las venas del cuello se hinchan, se ponen negras. Pega cuatro o cinco patadas al aire en las últimas convulsiones. Luego la boca se abre para caer de ella la lengua oscura y babosa. Los globos oculares quedan al descubierto, saltones, mostrando el bulbo blanquecino inyectado de sangre. El iris desaparece hacia arriba. Está muerto.

El fuerte viento que se ha levantado por el inminente temporal mueve el macabro péndulo y lo hace girar como una horrenda araña colgando del hilo de su telaraña.

La visión termina así. Y espero olvidarme pronto de todo esto, porque aseguro que es una visión horrenda.

DICE JESÚS

Horrenda, pero no inútil. Demasiados creen que Judas cometió una cosa de poca importancia. Es más, algunos llegan a catalogarlo de benemérito (*digno de galardón*), pues, dicen, sin él la Redención no se habría producido, y, por tanto, está justificado ante Dios.

En verdad les digo que si el Infierno no hubiera existido – con una existencia perfecta en cuanto a los tormentos – habría sido creado para Judas, incluso más horrendo y eterno. Porque de todos los pecadores y réprobos (*condenados al Infierno*) él es el mayor réprobo y pecador; y para él no habrá, por los siglos de los siglos, mitigación en la condena.

El remordimiento habría podido incluso salvarlo, si hubiera hecho del remordimiento un arrepentimiento. Pero no quiso arrepentirse, sino que al primer delito de traición – del que todavía la gran misericordia que es mi amorosa debilidad podía compadecerse – unió blasfemias, resistencias a las voces de la Gracia que todavía querían hablarle a través de los recuerdos, de los sentimientos de terror, a través de mi Sangre y mi manto, a través de mi mirada, a través de los restos de la Eucaristía instituida, a través de las palabras de mi Madre.

Opuso resistencia a todo. Quiso resistir, de la misma manera que había querido traicionar y quiso maldecir y quiso suicidarse. Lo que cuenta en las cosas es la voluntad, tanto en el bien como en el mal.

Cuando uno cae sin voluntad de caer, Yo perdono. Fíjate en Pedro. Negó. ¿Por qué? Ni siquiera él lo sabía exactamente. ¿Era cobarde Pedro? No. Mi Pedro no era cobarde. Contra la turba y los guardias del Templo había tenido valor de herir a Malco para defenderme, y se expuso a que lo mataran por esto. Luego huyó, sin tener la voluntad de hacerlo; luego negó, sin tener la voluntad de hacerlo. Bien supo después permanecer y caminar por el sangriento camino de la Cruz, por mi Camino, hasta llegar a la muerte de cruz. Bien supo después dar testimonio de Mí, hasta el punto de que lo mataron por su fe intrépida (*valerosa*). Yo defiendo a mi Pedro. Aquello fue el último vahido (*desmayo breve*) de su humanidad. Pero en aquel momento no estaba presente la voluntad

espiritual: ofuscada por el peso de la humanidad, dormía; cuando se despertó, no quiso permanecer en el pecado y quiso ser perfecta. Yo lo perdoné enseguida.

Judas no quiso. Dices que parecía loco e hidrófobo. Lo estaba, de rabia satánica. Su terror al ver al perro, animal raro especialmente en Jerusalén, le vino de que desde tiempo inmemorial se atribuía a Satanás esa forma de aparecerse a los mortales. En los libros de magia se dice incluso ahora que una de las formas preferidas por Satanás para aparecerse es la de un perro misterioso o la de un gato o de un macho cabrío. Judas, ya a merced del terror nacido por causa de su delito, convencido de ser de Satanás por su delito, vio a Satanás en aquel animal callejero.

El culpable ve en todo sombras de miedo. Las crea la conciencia. Y luego Satanás azuza estas sombras que todavía podrían dar el arrepentimiento a un corazón y hace de ellas espectros horrendos que llevan a la desesperación. Y la desesperación lleva al último delito, al suicidio.

¿De qué sirve arrojar el precio de la traición, si este despojo es sólo el fruto de la ira y no está corroborado por una recta voluntad de arrepentimiento? En este último caso, despojarse de los frutos del mal se hace meritorio. Pero así, como lo hizo él, no. Sacrificio inútil.

Mi Madre - y era la Gracia la que hablaba y mi Tesorera la que ofrecía el perdón en mi Nombre - se lo dijo: "Arrepiéntete, Judas. Él perdona..."

¡Oh, claro que lo habría perdonado! Si se hubiera arrojado a los pies de mi Madre diciendo: "¡Piedad!", Ella, la Compasiva, lo habría recogido como a un herido y en las heridas satánicas de Judas, por las cuales el Enemigo le había inoculado el Delito, habría derramado su llanto salvífico y me lo habría traído, a los pies de la Cruz, de la mano para que Satanás no pudiera aferrarlo ni los discípulos, atacarle; me lo habría traído para que mi Sangre cayera antes que sobre otros, sobre él, el mayor de los pecadores. Y habría estado Ella- Sacerdotisa admirable ante su altar - entre la Pureza y la Culpa, porque es Madre de los vírgenes y de los santos, pero también es Madre de los pecadores.

Pero él no quiso. Mediten sobre el poder de la voluntad, de la cual son árbitros (*que obran con independencia*) absolutos. Por ella pueden recibir el Cielo o el Infierno. Mediten sobre lo que quiere decir persistir en la culpa.

El Crucificado, Aquel que está con los brazos abiertos y clavados para decirles que los ama, y que no quiere, no puede, castigarlos porque los ama, y prefiere negarse el poder abrazarlos - único dolor de su estar clavado - antes que tener la libertad de castigarlos, ese Crucificado que es objeto de divina esperanza para los que se arrepienten y quieren liberarse del pecado, se transforma para los impenitentes en objeto de horror tal, que los hace blasfemar y usar violencia contra sí mismos. Son éstos verdugos de su propio espíritu y cuerpo por su persistencia en el pecado. Y el aspecto del Manso, que se dejó inmolar con la esperanza de salvarlos, asume la apariencia de un espectro de horror.

María, te has quejado de esta visión. Pero es el Viernes de Pasión, hija. Debes sufrir. A los sufrimientos por mis sufrimientos y los de María, debes unir los tuyos por la amargura de ver a los pecadores seguir siendo pecadores. Ha sido éste un sufrimiento nuestro. Debe serlo tuyo. María sufrió y sufre todavía, por esto, como por mis torturas. Por eso debes sufrir esto. Ahora descansa. Dentro de tres horas serás enteramente mía y de María. Te bendigo, violeta de mi Pasión y flor de María.

606

Jesús y María son la antítesis de Adán y Eva. La verdadera evolución del hombre es la de su espíritu

DICE JESÚS

La pareja Jesús-María es la antítesis (*lo opuesto*) de la pareja Adán-Eva. Es la destinada a anular toda la actuación de Adán y Eva y poner a la Humanidad de nuevo en el punto en que estaba cuando fue creada: una Humanidad rica en gracia y en todos los dones que el Creador le otorgó.

La Humanidad ha experimentado una total regeneración por la obra de la pareja Jesús-María, quienes, así, han venido a ser los nuevos fundadores de la Humanidad. Todo el tiempo precedente ha quedado anulado. El tiempo y la historia del hombre se cuentan a partir de este momento en que la nueva Eva, por una inversión de términos en la creación, forma de su seno inviolado, por obra del Señor Dios, el nuevo Adán.

Pero para anular las obras de los dos Primeros, causa de mortal enfermedad, de perpetua mutilación, de empobrecimiento (más: de indigencia espiritual, porque después del pecado Adán y Eva se encontraron despojados de todo lo que les había donado, riqueza infinita, el Padre Santo), estos Segundos tuvieron que obrar en todo y por todo, de forma opuesta a la en que obraron los dos Primeros. Por tanto:

-Llevar la obediencia hasta la perfección que se aniquila y se inmola en la carne, en el sentimiento, en el pensamiento, en la voluntad, para aceptar todo lo que Dios quiere.

-Llevar la pureza a una castidad absoluta, por la cual la carne... ¿qué fue la carne para Nosotros dos, puros?: velo de agua sobre el espíritu triunfante, caricia de viento sobre el espíritu rey, cristal que aísla al espíritu-señor y no lo corrompe, impulso que eleva y no peso que oprime; esto fue la carne para Nosotros: menos pesada y susceptible de ser sentida que un vestido de lino, leve sustancia interpuesta entre el mundo y el esplendor del yo sobrehumano, medio para poner por obra aquello que Dios quería; nada más.

El amor perfecto

¿Tuvimos el amor? Ciertamente que sí. Tuvimos el “amor perfecto”.

No es, hombres, amor el hambre carnal que los mueve, ávidos, a saciarse de una carne. Eso es lujuria. Nada más. Esto es tan cierto, que amándose así – ustedes lo consideran amor – no saben compadecerse recíprocamente, ayudarse, perdonarse. ¿Qué es, entonces, su amor? Es odio. Es únicamente delirio (*ilusión, fantasía*) paranoico (*con desconfianza y celos*), que los mueve a preferir el sabor de alimentos podridos antes que el sano, fortalecedor alimento de selectos sentimientos.

(Amor a Dios, y a todos los que habitan en la Tierra)

Nosotros tuvimos el “amor perfecto”. Nosotros, los castos perfectos. (*Como un árbol*) Este amor abrazaba a Dios en el Cielo y, a Él unido, como lo están las ramas con el tronco que las nutre, se extendía y descendía distribuyendo magnánimamente descanso, protección, alimento, consuelo, para la Tierra y sus habitantes.

(Un amor que no excluye a nada ni a nadie)

Ninguno estaba excluido de este amor. Ni nuestros semejantes, ni los seres inferiores, ni la naturaleza de las hierbas, ni las aguas, ni los astros; ni siquiera los malos quedaban excluidos de este amor. Porque éstos seguían siendo – aunque fuera muertos- miembros del gran cuerpo de la Creación y, por tanto, veíamos en ellos la santa imagen del Señor (aunque fuera, a causa de su maldad, una imagen deformada y ensuciada) que los había formado a su imagen y semejanza.

Nosotros amamos: gozando con los buenos; llorando por los no buenos; orando – amor fáctico (*de hechos, efectivo*) que se manifiesta impetrando (*suplicando con insistencia*) y obteniendo protección para aquel a quien amamos – orando por los buenos para que fueran cada vez mejores y que fueran acercándose cada vez más a la perfección del Bueno que desde el Cielo nos ama; orando por los que vacilaban entre la bondad y la maldad, para que se fortalecieran y supieran perseverar en el camino santo; orando por los malos, para que la Bondad hablara a su espíritu (incluso abatiéndolo con un rayo de su poder, pero convirtiéndolos al Señor su Dios).

Nosotros amamos así, como ningún otro amó. Llevamos el amor a las cimas de la perfección para colmar con nuestro océano de amor el abismo excavado por el desamor de los Primeros, que se amaron a sí mismos más que a Dios, queriendo tener más de lo que era lícito, para ser superiores a Dios.

Por tanto, Nosotros tuvimos que unir a la pureza, a la obediencia, a la caridad, al desapego de todas las riquezas de la Tierra (carne, poder, dinero: el trinomio de Satanás opuesto al trinomio de Dios: o sea, fe, esperanza, caridad) y oponer al odio, a la lujuria, a la ira, a la soberbia (las cuatro pasiones perversas, antítesis de las cuatro virtudes santas; fortaleza, templanza, justicia, prudencia), tuvimos que unir y oponer una constante práctica de todo lo que se oponía al modo de actuar de la pareja Adán-Eva. Y si mucho nos resultó – por nuestra buena voluntad sin límites – incluso fácil, sólo el Eterno sabe cuán heroico nos resultó esta práctica en ciertos momentos y en ciertos casos.

Aquí sólo quiero hablar de uno de estos momentos. Y de mi Madre, no mío: de la nueva Eva, la cual ya había rechazado desde sus más tiernos años las lisonjas (*adulaciones, halagos, alabanzas*) usadas por Satanás para seducirla a morder el fruto y probar aquel sabor que había desquiciado a la compañera de Adán; la nueva Eva que no se había limitado a rechazar a Satanás, sino que lo había vencido aplastándolo bajo una voluntad de obediencia, de amor, de castidad tan grandes, que él, el Maldito, había resultado aplastado y subyugado.

¡No, ciertamente Satanás no puede alzarse de debajo del talón de mi Madre Virgen! Suelta baba y arroja espuma, ruge y blasfema. Pero su baba cae hacia abajo y su grito no toca a esa atmósfera que envuelve a mi Santa, que no siente hedor ni risas burlonas demoníacas, que no ve –ni siquiera ve – la asquerosa baba del Reptil eterno, porque las armonías celestes y los celestes aromas danzan alrededor de Ella enamorados en torno a su bella y santa persona y porque su mirada, más pura que la azucena y más enamorada que la de la paloma arrulladora, mira sólo a su Señor eterno, de quien es Hija, Madre y Esposa.

(La muerte de un hijo. Eva y la Virgen María)

Eva: Cuando Caín mató a Abel, la boca de su madre pronunció las maldiciones que su espíritu, separado de Dios, le sugería contra su prójimo más íntimo: el hijo de sus entrañas profanadas por Satanás y embrutecidas por el inmoderado deseo (*lujuria*). Y esa maldición fue la mancha en el reino de lo moral humano, de la misma forma que el delito de Caín fue la mancha en el reino de lo animal humano. Sangre sobre la Tierra, derramada por mano fraterna. La primera sangre, que atrae, como milenarismo imán, toda la sangre que, extraída de las venas del hombre, la mano del hombre derrama. Maldición sobre la Tierra, proferida por boca humana. Como si la Tierra no estuviera ya suficientemente maldecida por causa del hombre rebelde contra su Dios y hubiera necesitado conocer los abrojos y las espinas y la dureza de los terrones, de las sequías, de los granizos, de los hielos, del Sol tórrido; esa Tierra que había sido creada perfecta, servida por elementos perfectos para que fuera morada fácil y hermosa para el hombre, su rey.

María debe anular a Eva. María ve al segundo Caín: Judas Iscariote. María sabe que es el Caín de su Jesús: del segundo Abel. Sabe que la sangre de este segundo Abel ha sido vendida por ese Caín y ya está siendo derramada. Pero no maldice. Ama y perdona. Ama y llama.

¡Oh, maternidad de María Mártir! ¡Maternidad tan sublime como esa maternidad tuya virginal y divina! de María Virgen. Ésta última ha sido don de Dios, pero la primera, Madre santa, Corredentora, ha sido un don tuyo para ti, porque sólo tú supiste - en aquella hora, quebrantado tu corazón por los flagelos que me habían desgarrado las carnes - decir a Judas esas palabras; solamente tú supiste en aquella hora - mientras sentías ya la cruz partirte el corazón - amar y perdonar.

María: la nueva Eva. Ella les enseña la nueva religión que lleva el amor hasta el punto de perdonar a quien mata a un hijo. No sean como Judas, que cierra su corazón ante esta Maestra de Gracia y se desespera diciendo: “Él no me puede perdonar”, poniendo en duda las palabras de la Madre de la Verdad, y, por tanto, mis palabras, que siempre habían repetido que Yo había venido para salvar y no para condenar. Para perdonar a aquel que, arrepentido, viniera a Mí.

María: la nueva Eva. Ella recibió también de Dios un nuevo Hijo “en vez de Abel, matado por Caín”. Pero no lo tuvo a través de una hora de alegría animal adormecedora del dolor con los vapores de la sensualidad y el cansancio del contentamiento. Lo tuvo en una hora de dolor total, al pie de un patíbulo, entre los estertores del Moribundo, que era su Hijo, entre los improperios de una multitud deicida y en medio de una desolación inmerecida y total, porque ya Dios tampoco la consolaba.

La vida nueva empieza para la Humanidad y para cada uno de los seres humanos en María. En sus virtudes y en su modo de vivir, está la escuela de ustedes. Y en su dolor- que tuvo todos los aspectos, incluso el del perdón al que entregó a la muerte a su Hijo – está la salvación de ustedes.

(La desobediencia de Eva y el Pecado Original)

En el Génesis (3,20) se lee: “Entonces Adán, siendo su mujer la madre de todos los vivientes, le puso el nombre de Eva”.

¡Oh, sí! La mujer había nacido de la “Varona” que Dios había formado para que fuera compañera de Adán, sacándola de la costilla del hombre. Había nacido con su destino doloroso porque había **querido** nacer (porque la Varona (la mujer sacada del hombre) pasó a ser Eva (la madre de todos los vivientes) como consecuencia del pecado que quiso cometer). Porque había **querido** conocer aquello que Dios le había ocultado reservándose la alegría de darle el gozo de la descendencia sin menoscabo sensual. La compañera de Adán quiso conocer el bien que se oculta en el mal y, sobre todo, el mal que se oculta en el bien, en el bien aparente. Seducida por Lucifer, tendió a conocer aquello que sólo Dios podía conocer sin peligro, y se hizo creadora. Pero usando indignamente esta fuerza de bien, la había corrompido transformándola en acto malo, puesto que era desobediencia a Dios y malicia y avaricia de la carne.

.....
En el Primer año de vida pública, N° 96 Jesús habla sobre Satanás:

“Desde hace siglos existe un duelo entre el Eterno y Satanás.

Satanás, enorgullecido por su primera victoria sobre el hombre, le dijo a Dios: “Tus criaturas serán más para siempre. Ni siquiera el castigo, ni la Ley que quieras darles, nada las hará capaces de ganarse el Cielo, y esta Morada tuya, de la cual me expulsaste, a mí, que soy el único inteligente entre los seres creados por Ti, esta Morada, se te quedará vacía, inútil, triste, como todas las cosas inútiles”.

Y el Eterno respondió al Maldito: “Podrás esto mientras tu veneno, solo, reine en el hombre. Pero Yo mandaré a mi Verbo y su palabra neutralizará tu veneno, sanará los corazones, los curará de la demencia con que los has manchado o convertido en diablos, y volverán a Mí. Como ovejas que, descarriadas, vuelven a encontrar al pastor, volverán a mi Redil. Y el Cielo será poblado: para ellos lo he hecho. Rechinarán tus horribles dientes de impotente rabia, allí, en tu horrendo reino, prisionero y maldito; sobre ti los ángeles volcarán la piedra de Dios y la sellarán. Tinieblas y odio los acompañarán a ti y a los tuyos; los míos tendrán, sin embargo, luz y amor, canto y beatitud, libertad infinita, eterna, sublime”.

Satanás, con risotada burlesca juró: “Juro por mi Gehena que vendré cuando llegue la hora. Omnipresente estaré junto a los evangelizados, y veremos si Tú eres el vencedor o lo soy yo”.

Sí, para cribarlos, Satanás los acecha y Yo los rodeo. Los contendientes somos dos: Yo y él; ustedes están en el medio. El duelo del Amor y el Odio, de la Sabiduría y la Ignorancia, de la Bondad y el Mal, está sobre ustedes y en torno a ustedes.”

En el capítulo 1, N°17, Jesús dice: “Eva no tuvo fe en las palabras de Dios y no fue fiel a su promesa de obediencia. Prestó fe a Satanás. El fruto ofrecido, y comido, era simbólico. Era el fruto de una experiencia voluntariamente llevada a cabo por instigación satánica contra el imperativo de Dios. Ese metafórico árbol pone en evidencia esta verdad: “Dios había dicho al hombre y a la mujer: “Conozcan todas las leyes y los misterios de la creación. **Pero no pretendan usurparme el derecho de ser el Creador del hombre. Para propagar la estirpe humana bastará el Amor mío (el Espíritu Santo) que circulará por ustedes, y, sin libidine (lujuria) sensual, sólo por latido de Caridad, dará vida a los nuevos hombres como Adán de la estirpe.”**

En el cap.1, N° 17 la Virgen María dice: “La maternidad, exenta de lo que ahora la humilla, le había sido concedida por el Padre creador también a Eva. ¡Dulce y pura maternidad sin el peso del sentido! ¡Yo la experimenté! ¡Cuán grande la pérdida de Eva, renunciando a esta riqueza! ¡Cuán dulce era el destino de la mujer! Llamada a ser madre sin el dolor de la carne.”

Jesús dice: “Por Eva el hombre se hizo rebelde a Dios, y por ella conoció la lujuria y la muerte. Por ella perdió el dominio de sus tres reinos: el espiritual, porque permitió que el espíritu desobedeciera a Dios; el de lo moral, porque permitió que las pasiones le sometieran a su señorío; el de la carne, porque la rebajó a las leyes instintivas de las bestias.”

En el capítulo 7, N° 651 la Virgen María habla sobre su Asunción en cuerpo y alma al Cielo dice: “Yo soy el testimonio cierto de lo que Dios había pensado y querido para el hombre: una vida inocente y sin conocimiento de culpas; un dulce paso de esta vida a la Vida eterna. Y el Padre dice: “Ella es la que lleva de nuevo el tiempo a sus días primeros, y da a mis ojos divinos la alegría de contemplar a una Eva como Yo la creé, aún más hermosa y santa por ser madre de mi Verbo y por ser Mártir del mayor de los perdones.”

.....

Eva ya era ella la “madre”. ¡Llanto infinito de las cosas en torno a la inocencia de su reina profanada! ¡Y llanto desolado de la reina ante esa profanación suya, cuya entidad y cuya imposible anulación comprende! Si las tinieblas y los cataclismos acompañaron la muerte del Inocente, también tinieblas y fuerte tormenta acompañaron a la muerte de la Inocencia y de la Gracia en los corazones de los Progenitores. Había nacido el Dolor en la Tierra. Y la Providencia de Dios no quiso que fuera eterno; de forma que les da a ustedes, después de años de dolor, la alegría de salir del dolor para entrar en la alegría, si saben vivir con corazón recto.

¡Qué desdicha para el hombre si se hubiera hecho humanamente dueño de la vida, viviendo con el recuerdo de sus delitos y con el continuo aumento de éstos, puesto que vivir sin pecar les es más imposible que vivir sin respirar, ¡oh criaturas que habían sido creadas para conocer la Luz y que, por el contrario, fueron envenenados por las Tinieblas, que de sí misma los envenenó y los hizo de sí víctimas! La Tiniebla los insidia (*acecha*) continuamente. Los envuelve, y suscita de nuevo aquello que el Sacramento había borrado; y, dado que no le oponen la voluntad de ser de Dios, logra envenenarlos otra vez con el veneno que el Bautismo había hecho inocuo (*inofensivo*).

Dios Padre alejó al hombre – de cuya desobediencia los signos eran manifiestos – del lugar de las delicias paradisíacas, para que no pecase otra vez, y más veces, alzando la mano ladrona hacia el árbol de la Vida. El Padre ya no se podía fiar de sus hijos, ni sentirse seguro en su terrestre Paraíso. Satanás había entrado ya una vez, para acechar a sus criaturas predilectas, y, si había podido inducirlos al pecado cuando eran inocentes, con mayor holgura habría podido repetirlo ahora que ya no lo eran.

El hombre había querido poseer todo, no dejando a Dios el tesoro de ser el Generador. Que se marchara, pues, este rey abatido y despojado de sus dones; que se fuera con su riqueza, obtenida con violencia, y que se la llevara consigo a la tierra de exilio, para que le recordara siempre su pecado. La criatura paradisíaca había venido a ser criatura terrestre.

Y habrían de pasar siglos de dolor para que el Único que podía extender su mano hacia el fruto de la Vida viniera y recogiera ese fruto para toda la Humanidad; lo recogiera con sus manos atravesadas y se lo diera a los hombres para que volvieran a ser coherederos del Cielo y volvieran a poseer la Vida que no muere nunca.

Dice también el Génesis (4,1): “Adán después conoció a su mujer Eva”. (la cual quedó embarazada y dio a luz a Caín, pues decía: “Gracias a Yavé he podido tener un hijo”).

Habían querido conocer los secretos del bien y del mal. Justo es que conocieran ahora también el dolor de deber reproducirse en la carne con la ayuda directa de Dios solamente para aquello que el hombre puede crear, o sea, para el espíritu, (*el alma*) chispa que parte de Dios, soplo que infunde Dios, sello que en la carne pone el signo del Creador eterno. Y Eva dio a luz a Caín.

Eva estaba cargada de su pecado. Llamo aquí la atención de ustedes acerca de un hecho que a la mayoría les pasa desapercibido. Eva estaba cargada de su pecado. Y el dolor todavía no había sido sufrido en medida suficiente para disminuir su pecado. Como un organismo cargado de toxinas, ella había transmitido a su hijo todo aquello que en ella pululaba. Y Caín, primer hijo de Eva, había nacido duro, envidioso, iracundo, lujurioso, perverso, poco diferente a las bestias en relativo al instinto, mucho más animalesco que las bestias en lo relativo a lo sobrenatural, porque en su yo feroz negaba respeto a Dios, a quien miraba como a un enemigo, considerando que le era lícito no darle culto sincero. Satanás le azuzaba a burlarse de Dios. Y quien se burla de Dios no respeta a nadie en el mundo. De forma que los que están en contacto con los despreciadores del Eterno conocen la amargura del llanto, porque no pueden esperar un amor reverente en su hijo, ni una seguridad de amor fiel en el cónyuge, ni una certeza de amistad leal en el amigo.

Numerosas lágrimas surcaron el rostro de Eva y despejaron su razón (*capacidad de pensar*) por la dureza del hijo, y pusieron en su corazón el germen del arrepentimiento; numerosas lágrimas que le obtuvieron una disminución de la culpa, porque Dios, ante el dolor de quien se arrepiente, perdona. Y la madre lavó en el llanto el alma de su segundogénito (*después del primogénito*), que fue dulce, respetuoso para con sus padres, devoto hacia el Señor suyo, cuya omnipotencia sentía descender radiante de los Cielos: era la alegría de la mujer caída.

Pero el camino del dolor de Eva debía ser largo y penoso, proporcionado a su camino en la experiencia pecaminosa. En Eva: estremecimiento de concupiscencia. En María: estremecimiento de aflicción. En Eva: besos. En María: sangre. En Eva: un hijo. En María: la muerte de un hijo.

En Eva: la muerte de su predilecto, por su bondad. Abel se hace instrumento de purificación para la culpable. ¡Pero qué purificación tan dolorosa, que llenó con sus desgarradores gritos la Tierra aterrorizada por el fratricidio, y que mezcló las lágrimas de una madre con la sangre de un hijo, mientras huía perseguido por su remordimiento aquel que - enemistado con Dios y con su hermano, al que Dios amaba- la había derramado!

Dice el Señor a Caín: “¿Por qué andas enojado?”. ¿Por qué, si faltas contra Mí, te enojas porque no te miro benigno?

¡Cuántos Caínes hay en la Tierra! Me tributan un culto de desprecio, un culto hipócrita, o no me tributan ningún culto, y quieren que los mire con amor y los colme de felicidad.

Dios es el Rey de ustedes, no el siervo de ustedes. Dios es el Padre de ustedes, pero un padre no es nunca siervo, si se juzga según justicia. Dios es justo. Ustedes no lo son, pero Él sí lo es. Y no puede – puesto que los colma de sus beneficios de manera desmedida por el sólo hecho de que lo amen un poco – no darles – puesto que tanto lo desprecian- sus castigos. La Justicia no conoce dos vías. Su vía es única. Esto hacen, esto reciben. Si son buenos, reciben el bien; si son malos, reciben el mal. Y – créanlo – siempre sobrepasa con mucho el bien que tienen al mal que deberían recibir por la manera de vivir de ustedes, en rebelión contra la Ley divina.

Dios dijo: “¿No es verdad que si haces el bien recibirás el bien y que si haces el mal el pecado se presentará inmediatamente ante tu puerta?”.

En efecto, el bien lleva a cabo una constante elevación espiritual y capacita cada vez más para cumplir un bien mayor, hasta alcanzar la perfección y hacerse santos; por el contrario, basta ceder al mal para degradarse y alejarse de la perfección, y conocer la servidumbre del pecado que entra en el corazón y hace descender a éste, por grados, a una sucesiva y cada vez mayor culpabilidad.

“Pero” sigue diciendo Dios “pero tendrás debajo de ti el deseo del pecado, y debes dominarlo”. Sí, Dios no los ha hecho esclavos del pecado; las pasiones están debajo de ustedes, no encima de ustedes. Dios les ha dado inteligencia y fuerza para dominarse. Incluso a los primeros hombres, castigados por el rigor de Dios, les dejó Dios inteligencia y fuerza moral.

Y, desde que el Redentor ha consumado por ustedes el Sacrificio, tienen, como ayuda de la inteligencia y fuerza, los ríos de la Gracia, y pueden, y deben, dominar el deseo del mal. Con la voluntad fortalecida por la Gracia, deben hacerlo. Por esto los ángeles de mi Nacimiento le cantaron a la Tierra: “Paz a los hombres de buena voluntad”. Yo venía para traer de nuevo la Gracia a los hombres. Mediante la unión de la Gracia con la buena voluntad, los hombres tendrían la Paz. La Paz: gloria del Cielo de Dios.

“Y Caín dijo a su hermano: “Vamos afuera”. Una mentira que ocultaba bajo la sonrisa una traición asesina. La delincuencia siempre practica la mentira, respecto a sus víctimas y respecto al mundo al que trata de engañar; y quisiera engañar incluso a Dios. Pero Dios lee los corazones.

“Vamos afuera”. Muchos siglos después, uno dijo: “Salve, Maestro”, y lo besó. Los dos Caínes escondieron el delito bajo una apariencia inofensiva y dieron rienda suelta a su envidia, a su rabia, a su abusiva violencia y a todos sus malvados instintos, descargando todo ello sobre la víctima porque no se habían dominado a sí mismos; por el contrario, habían hecho esclavo su espíritu del propio yo corrompido.

Eva asciende por el camino de la expiación, Caín descende por el camino del infierno, y en éste le hunde la desesperación – último golpe mortal asestado al espíritu ya desfalleciente por su delito – viene el miedo físico, vil, del castigo humano. El que ya no es ser que el Cielo lleve en la memoria, ese hombre de alma muerta, animal es que se estremece por vida animal. La muerte, cuyo aspecto es sonrisa para los justos, porque por ella van a la alegría de la posesión de Dios, terror es para los que saben que morir quiere decir pasar para siempre del infierno del corazón al infierno de Satanás. Y, como alucinados, ven por todas partes venganza ya pronta para descargarse contra ellos.

Pero sepan – hablo a los justos – sepan que si el remordimiento y las tinieblas de un corazón culpable permiten y fomentan las alucinaciones del pecador, a ninguno le es lícito erigirse como juez de su hermano, y mucho menos erigirse como justiciero. Sólo uno es Juez: Dios. Y si la justicia del hombre ha creado sus propios tribunales, éstos tienen la misión de administrar justicia, y ¡ay de los que profanen ese nombre y juzguen movidos por estímulo pasional propio o por presión de poderes humanos!

¡Maldición para aquel que se haga justiciero privado de un semejante suyo! Pero ¡maldición aún mayor para el que sin factores de impulsivo rencor, sino movido por frío cálculo humano, sentencia a su semejante, sin justicia, a la muerte o al deshonor de la cárcel! Porque si el que mate al que mató recibirá un castigo siete veces mayor – como dijo el Señor que sucedería al que matara a Caín – el que sin justicia condene, movido de servidumbre hacia Satanás enmascarado de Autoridad humana, recibirá setenta y siete veces el rigor de Dios.

Esto tendrían que tenerlo siempre presente, especialmente en estos tiempos, hombres que se matan los unos a los otros para hacer de los caídos la base de su triunfo, y no saben que lo que hacen es

excavar bajo sus pies la trampa en que se hundirán maldecidos por Dios y por los hombres; porque Yo dije: “¡No matarás!”.

Eva sube por su camino de expiación. El arrepentimiento va creciendo en ella ante las pruebas de su pecado. Quiso conocer el bien y el mal. Y el recuerdo del bien perdido es para ella como el recuerdo del Sol para uno que, de improviso, hubiera quedado ciego. El mal está ante ella en los despojos de su hijo asesinado; y alrededor, por el vacío creado por el hijo homicida y fugitivo. Y nace Set. Y de Set, Enós. El primer sacerdote.

Hinchan sus mentes con los humos de su ciencia y hablan de evolución como de un signo de su formación espontánea. El hombre-animal, evolucionando, se hará superhombre: esto dicen. Sí, así es, pero a mi manera, en mi campo, no en el de ustedes; no pasando de la condición de cuadrúmanos (*animales de cuatro manos*) a la de hombres, sino de la de hombres a la de espíritus: cuanto más crezca el espíritu, más evolucionarán.

Ustedes, que hablan de glándulas y se llenan la boca hablando de hipófisis o pineal y ponen en ella la sede de la vida – tomada ésta no en el tiempo en que la viven, sino en los tiempos que han precedido y seguirán a su vida actual – sepan que la verdadera glándula de ustedes, la que hace de ustedes los poseedores eternos de la Vida, es su espíritu. Cuanto más esté éste desarrollado, más poseerán las luces divinas y más evolucionarán de hombres a dioses, inmortales dioses, y obtendrán de este modo – sin contravenir al deseo de Dios, a su mandato sobre el árbol de la Vida – la posesión de esta Vida, justamente en la manera en que Dios quiere que la tengan, puesto que Él para ustedes la creó eterna y resplandeciente, abrazo beatífico con esa eternidad que los absorbe y les comunica sus propiedades.

Cuanto más desarrollado esté el espíritu, más conocerán a Dios. “Conocer a Dios quiere decir amarlo y servirle y, por tanto, ser capaces de invocarlo para uno mismo y para los demás. Llegar a ser, pues, los sacerdotes que desde la Tierra oran por los hermanos. Porque es sacerdote el consagrado, sí, pero también lo es el creyente convencido, amoroso, fiel; y lo es, sobre todo, esa alma víctima que por un impulso de caridad se inmola a sí misma.

No es el hábito (*ropa religiosa*), sino el corazón, lo que Dios observa. Y en verdad les digo que ante mis ojos aparecen muchos tonsurados (*tonsura: círculo rapado en la cabeza, donde se ungía el óleo de la consagración sacerdotal*) que de sacerdotal sólo tienen la tonsura, y muchos laicos en que la Caridad, que los posee y por la que se dejan consumir, es el óleo de la ordenación que hace de ellos sacerdotes míos, anónimos a los ojos del mundo, pero conocidos por Mí, que los bendigo.

607

Juan va a recoger a la Madre.

Veo al Predilecto (Juan), más pálido aún que cuando estaba con Pedro en el patio de Caifás. Quizás porque allí la luz del fuego proyectaba un cálido reflejo en su cara. Ahora se le ve lacio, como por causa de una grave enfermedad, y como desangrado. Su cara está tan intensamente pálida –morada palidez- que emerge de la túnica morada como la de un ahogado. Y tiene los ojos apagados. El pelo, opaco; despeinado. La barba, que ha asomado en esas horas, le pone un velo claro en las mejillas y el mentón, y, siendo rubia clara, da a aquéllas un aspecto aún más pálido. No queda en él nada del dulce y alegre Juan, como tampoco del inquieto Juan que poco antes, con un acceso encendido de desprecio en el rostro, a duras penas se ha contenido de pegar a Judas.

Llama a la puerta de la casa y, como si desde dentro alguien, temeroso de encontrarse otra vez con Judas, preguntara que quién llama, responde:

-Soy Juan.

La puerta se abre y él entra. También él va inmediatamente al cenáculo, sin responder a la dueña de casa, que le ha preguntado: “¿Pero qué está pasando en la ciudad?”

Se encierra dentro y cae de rodillas contra el asiento en que estaba Jesús, y llora llamándolo con dolor. Besa el mantel en el lugar donde ha tenido unidas las manos. Acaricia el cáliz que ha estado en sus manos... Luego dice:

-¡Oh, Dios Altísimo, ayúdame! ¡Ayúdame a decírselo a su Madre! ¡No tengo corazón para ello!... Pero tengo que decírselo. ¡Tengo que decírselo yo, porque me he quedado solo!

Se levanta y piensa. Toca entonces el cáliz como para sacar fuerzas de ese objeto tocado por el Maestro. Mira a su alrededor... Ve, todavía en el rincón donde Jesús lo puso, el purificador que usó para secarse las manos después del lavatorio, y el otro que se había puesto en la cintura. Los coge, los dobla, los acaricia, los besa.

Sigue un momento indeciso en medio de la vacía habitación. Dice: “¡Vamos!”, pero no va hacia la puerta, sino que vuelve a la mesa y toma el cáliz y el pan cuyo extremo había partido Jesús para extraer el trozo que, untado, iba a dar a Judas. Los besa y, junto con los dos purificadores, los toma

y los aprieta contra su corazón, como una reliquia. Repite: “¡Vamos!” y suspira. Se acerca a la escalita. Sube por ella, encorvado, con paso reacio y lento. Abre, sale.

-Juan, ¿has venido?

María aparece de nuevo en la puerta de su habitación, apoyándose en el marco de la puerta, como quien no tiene fuerzas de mantenerse en pie. Juan levanta la cabeza y la mira. Abre la boca queriendo hablar, pero no lo consigue: dos lagrimones descienden rodando por sus mejillas. Agacha la cabeza, con un sentido de vergüenza por su debilidad.

-Ven aquí, Juan. No llores. Tú no debes llorar. Tú lo has querido siempre y siempre lo has hecho feliz. Que ello te sirva de consuelo.

Estas palabras quitan todo el freno al llanto de Juan, que ahora es tan alto y ruidoso que hace que se asomen la dueña de casa, María Magdalena, la mujer de Zebedeo y las otras...

-Ven conmigo, Juan.

María se separa de la puerta y toma de una muñeca al discípulo y tira de él hacia la habitación, como si fuera un niño; luego cierra la puerta despacio, para aislarse con él.

Juan no reacciona. Pero al sentir en su cabeza el contacto de la mano temblorosa de María, cae de rodillas, deposita en el suelo los objetos que llevaba apretados contra su corazón, y, rostro en tierra, teniendo un borde de la túnica de María apretado contra su convulso rostro, dice entre sollozos:

-¡Perdón! ¡Perdón! ¡Madre, perdón!

María, en pie, afligida, con una mano en el pecho y el otro brazo cayendo relajado, con una voz llena de aflicción, dice:

-¿Qué es lo que debería perdonarte, ¡pobre hijito mío!? ¿Qué? ¿A ti?

Juan levanta la cara, mostrándola como es, sin huella alguna de orgullo masculino: una cara de un pobre niño que llora, y grita:

-¡El haberlo abandonado! ¡El haber huído! ¡No haberlo defendido! ¡Oh, Maestro mío! ¡Maestro, perdón! ¡Hubiera debido morir, antes que dejarte! ¡Madre! ¡Madre, ¿quién me quitará algún día este remordimiento?!

-Paz, Juan. Él te perdona. Ya te ha perdonado. Nunca ha tenido en cuenta este momento tuyo de desconcierto. Te quiere.

María habla intercalando pausas entre las breves frases, como en un momento de jadeo, mientras tiene una mano puesta en su pobre corazón, que late fuerte de angustia, y la otra sobre la cabeza de Juan.

-Pero yo no lo he sabido comprender ni siquiera ayer por la noche... y me dormí mientras Él nos pedía consuelo de velar. ¡Dejé solo a mi Jesús! Y luego salí corriendo cuando vino ese maldito con esa gentuza...

-Juan, no maldigas. No odies, Juan. Deja al Padre ese juicio. Escucha: ¿Dónde está Él ahora?

Juan vuelve a caer rostro en tierra, y llora más fuerte.

-Responde, Juan. ¿Dónde está mi Hijo?

-Madre... yo... Madre, le... Madre...

-Lo han condenado, lo sé. Lo que te pregunto es que dónde está en este momento.

- He hecho todo lo posible porque me viera... He tratado de recurrir a alguien influyente para obtener piedad, para que... para que le hicieran sufrir menos. No le han hecho mucho daño...

-No mientas, Juan. Ni siquiera por compasión hacia una madre. No lo conseguirías. Y sería inútil. Yo sé. Desde ayer noche le he seguido en su dolor. Tú no lo ves, pero mi carne está golpeada por los mismos azotes que Él ha recibido, y en mi frente están las espinas; he sentido los golpes... todo. Pero ahora... ya no veo. ¡Ahora ignoro dónde está mi Hijo, mi Hijo condenado a la cruz!... ¡A la cruz!... ¡Oh, Dios, dame fuerzas! Él tiene que verme. No debo sentir mi dolor mientras Él esté sintiendo el suyo. Después, cuando todo haya terminado, déjame morir, ¡oh Dios! , si Tú lo quieres. Ahora, no. Por Él, porque me vea. Vamos, Juan. ¿Dónde está Jesús?

-Está saliendo de la casa de Pilato. Ese griterío es la turba que grita en torno a Él, atado, en los escalones del Pretorio, esperando la cruz o ya caminando hacia el Gólgota.

-Avisa a tu madre, Juan, y a las otras mujeres. Vamos. Recoge ese cáliz, ese pan, esos paños... Mételos aquí. Nos servirán de consuelo... más adelante... Vamos.

Juan recoge los objetos que estaban en el suelo y sale para llamar a las mujeres. María lo espera, pasando su cara sobre esos paños, como buscando en ellos la caricia de la mano de su Hijo, y besa el cáliz y el pan, y pone todo encima de un estante. Se envuelve estrechamente en su manto, y se cubre con él hasta los ojos, por encima del velo que le envuelve la cabeza y el cuello. No llora, pero sí tiembla. Y jadea tanto, con la boca abierta, que parece faltarle el aire.

Juan entra de nuevo, seguido por las mujeres, que lloran.

-¡Hijas! ¡Callen! ¡Ayúdenme a no llorar! Vamos.

Y se apoya en Juan, que la guía y la sostiene como si se tratara de una ciega.

La vía dolorosa del Pretorio al Calvario.

Jesús, tras su condena a muerte, permanece en el atrio, custodiado por los soldados, esperando la cruz. Pasa un poco de tiempo así. No más de media hora, incluso menos. Luego, Longinos, encargado de presidir la ejecución, da sus órdenes.

Pero, antes de que conduzcan a Jesús a la calle para recibir la cruz y ponerse en camino, Longinos, que lo ha mirado dos o tres veces con una curiosidad que ya se tiñe de compasión, y con esa mirada práctica de la persona que no es nueva en determinadas cosas, se acerca con un soldado y ofrece a Jesús un alivio: una copa de vino, creo (porque vierte de una cantimplora militar un líquido rubio-rosado claro).

-Te confortará. Debes tener sed. Y fuera hace sol. El camino es largo.

Pero Jesús responde:

-Que Dios te premie por tu piedad, pero no te prives tú de ello.

-Yo estoy sano y fuerte... Tú... No me privo... Y además... aunque así fuera, lo haría con gusto, por confortarte...Un sorbo... para que yo vea que no aborreces a los paganos.

Jesús no insiste en rechazarlo y bebe un sorbo de esa bebida. Tiene ya desatadas las manos. Tampoco tiene ya la caña ni la clámide. Así que puede beber sin ayuda. Luego ya no quiere más, a pesar de que esa bebida fresca y buena debe significar un gran alivio de la fiebre, que empieza a manifestarse en unas estrías rojas que se encienden en las pálidas mejillas y en los labios secos, agrietados.

-Toma, toma. Es agua y miel. Da fuerzas. Calma la sed... Me produces compasión... sí... compasión. No eres Tú, hebreo, al que habría que matar... ¡En fin! ... Yo no te odio... y trataré de hacerte sufrir sólo lo inevitable.

Pero Jesús no bebe otra vez... Verdaderamente tiene sed... Esa tremenda sed de las personas exangües (*desangradas*) y de los que tienen fiebre... Sabe que no es bebida que contenga narcótico y bebería con ganas. Pero no quiere sufrir menos. Y yo comprendo –por luz interna, como lo que acabo de decir – que aún más que el agua con miel le alivia la piedad del romano.

-Que Dios te bendiga por este alivio- dice. Y sonríe. Todavía sonríe... una sonrisa lastimosa, con esa boca suya hinchada, herida, que a duras penas puede contraerse (es que también entre la nariz y el pómulo derecho se está hinchando mucho la fuerte contusión del golpe que ha recibido en el patio interior después de la flagelación). Llegan los dos ladrones, cada uno de ellos rodeados por una decuria de soldados.

Es hora de ponerse en marcha. Longinos da las últimas órdenes. Una centuria se dispone en dos filas, distantes unos tres metros entre ellas, y sale así a la plaza, donde otra centuria ha formado un cuadrado para contener a la gente, de forma que no obstaculice a la comitiva. En la pequeña plaza ya hay hombres a caballo: una decuria de caballería mandada por un joven suboficial que lleva las banderas. Un soldado de a pie lleva de la brida el caballo negro del centurión. Longinos sube a la silla y va a su lugar, unos dos metros por delante de los once de a caballo.

Traen las cruces. Las de los dos ladrones son más cortas; la de Jesús, mucho más larga. Según mi apreciación, el palo vertical no tiene menos de cuatro metros. Veo que la traen ya formada. Sobre esto leí - cuando leía... o sea, hace años – que la cruz fue compuesta en la cima del Gólgota. Que a lo largo del camino los condenados llevaban sólo los dos palos, en haz, sobre los hombros. Todo es posible. Pero yo veo una auténtica cruz, bien armada, sólida, perfectamente encajada en la intersección de los dos brazos y bien reforzada con clavos y tuercas en aquéllos. Efectivamente, si pensamos que estaba destinada a sostener un peso considerable, como es el cuerpo de un adulto, incluso en las convulsiones finales, también de considerable fuerza, se comprende que no podían improvisarla en la estrecha e incómoda cima del Calvario.

Antes de darle la cruz, le pasan a Jesús, por el cuello, la tabla con la inscripción “Jesús Nazareno Rey de los Judíos”. Y la cuerda que la sujeta se engancha con la corona, que se mueve y que araña donde no estaba ya arañado, y que penetra en otros sitios, causando nuevo dolor, haciendo brotar más sangre. La gente se ríe, de sádica alegría, e insulta y blasfema.

Ya están preparados. Longinos da la orden de marcha:

-Primero el Nazareno, detrás los dos ladrones. Una decuria alrededor de cada uno, haciendo de ala y refuerzo. Será responsable el soldado que no impida agresión mortal a los condenados.

Jesús baja los tres peldaños que conectan el vestíbulo con la plaza. Y se ve, inmediatamente, que está muy debilitado. Se tambalea al bajar los tres peldaños: estorbado por la cruz, que pesa en el hombro, herido del todo; estorbado por la tabla de la inscripción, que oscila delante y va serrando en el cuello; estorbado por los vaivenes imprimidos al cuerpo por el largo palo de la cruz, que rebota en los peldaños y en las escabrosidades del suelo.

Los judíos se ríen viéndolo tambalearse como si estuviera borracho, y gritan a los soldados:

-¡Empújelo, para que se caiga! ¡Que muerda el polvo el blasfemo!

Pero los soldados se limitan a cumplir con su deber, o sea, ordenan al Condenado que se ponga en el centro de la calle y camine. Longinos aguija al caballo y la comitiva empieza a moverse con lentitud. Longinos quisiera acortar, tomando el camino más breve para ir al Gólgota, porque no está seguro de la resistencia del Condenado. Pero esta gentuza furiosa- y llamarlos “gentuza” es incluso honroso- no quiere que se haga así. Los más zorros ya se han apresurado a adelantarse, hasta la bifurcación de la calle (una parte va hacia las murallas, la otra hacia la ciudad), y se amotinan y gritan cuando ven que Longinos trata de tomar la de las murallas.

-¡No te está permitido! ¡No te está permitido! ¡Es ilegal! ¡La Ley dice que los condenados deben ser vistos desde la ciudad donde pecaron!

Los judíos que van en la cola de la comitiva se percatan de que delante se intenta privarlos de un derecho, y unen sus gritos a los de sus compinches.

Intentando calmar los ánimos, Longinos dobla por la calle que va hacia la ciudad, y recorre un trecho de aquélla. Pero hace señas a un decurión de que se acerque (digo decurión porque es el suboficial, pero quizás es – diríamos nosotros – su oficial de ordenanza) y le dice algo reservadamente. Éste vuelve hacia atrás al trote y, a medida que va llegando a la altura de cada uno de los jefes de decuria, transmite la orden. Luego vuelve donde Longinos para informar que la orden está cumplida. Acto seguido se pone en el sitio en que estaba: en la fila, detrás de Longinos.

Jesús camina jadeante. Cada bache del camino es una acechanza para su pie inseguro, una tortura para su espalda herida, para su cabeza coronada de espinas y herida por un Sol vertical exageradamente caliente que de vez en cuando se esconde tras un toldo plomizo de nubes, pero que, aun oculto, no deja de quemar. Está congestionado por la fatiga, la fiebre y el calor. Pienso que también la luz y los gritos deben torturarlo, y, si bien no puede taparse los oídos para no oír esos gritos descompuestos, sí que cierra los ojos para no ver la calle deslumbradora de Sol...Pero se ve obligado a abrirlos, porque tropieza en piedras y pisa baches, y cada tropezón es causa de dolor porque mueve bruscamente la cruz, que choca con la corona, que se descoloca en el hombro herido y extiende la herida y hace aumentar el dolor.

Los judíos ya no pueden golpearlo directamente. Pero todavía le alcanza alguna piedra y algún golpe con algún palo: lo primero, en las plazas llenas de gente; lo segundo, en las vueltas, por las callejuelas hechas de escalones que suben y bajan, ora uno, ora tres, ora más, por los continuos desniveles de la ciudad. En esos lugares la comitiva, por fuerza, aminora el paso y siempre hay alguno dispuesto a desafiar a las lanzas romanas con tal de dar un nuevo retoque a esa obra maestra de tortura que ya es Jesús.

Los soldados, como pueden, lo defienden. Pero incluso al querer defenderlo lo golpean, porque las largas astas de las lanzas, esgrimidas en tan poco espacio, le golpean y le hacen tropezar. Pero, llegados a un determinado punto, los soldados hacen una maniobra impecable y, a pesar de los gritos y las amenazas, la comitiva dobla bruscamente por una calle que va directamente hacia las murallas, cuesta abajo, una calle que acorta mucho el camino hacia el lugar del suplicio.

Jesús jadea cada vez más. El sudor surca su rostro, junto con la sangre que brota de las heridas de la corona de espinas. El polvo se adhiere a este rostro húmedo poniéndole extrañas manchas. Y es que ahora también hace viento: sucesión de ráfagas separadas por largos intervalos en que se deposita el polvo – metiéndose por los ojos y en las gargantas- que la racha ha levantado formando torbellinos cargados de mugres.

Junto a la Puerta Judicial está ya amontonada una multitud: son los que han tenido la previsión de buscarse con tiempo un buen sitio para ver. Pero, poco antes de llegar a ella, Jesús ya da señales de no tenerse en pie. Sólo la rápida intervención de un soldado – contra el que Jesús casi se derrumba- impide que vaya al suelo. La chusma se ríe y grita:

-¡Déjalo! Decía a todos: “Levántate”. Pues que ahora se levante Él...

Al otro lado de la puerta hay un pequeño torrente y un puentecito. Nuevo esfuerzo para Jesús el pasar por esas tablas separadas en que rebota aún más fuertemente el largo palo de la cruz. Y nueva mina de proyectiles para los judíos: vuelan piedras del torrente que golpean al pobre Mártir...

Empieza la subida del Calvario. Es un camino desnudo que acomete directamente la subida, pavimentado con piedras no unidas, sin un hilo de sombra.

Respecto a este punto, cuando leía, también leí que el Calvario tenía pocos metros de altura. Bueno, pues, será así... Ciertamente no es una montaña; pero una colina, sí; en cualquier caso, no es más bajo que, respecto a los Lungarni, el monte donde está la basílica de San Miniato, en Florencia. Alguno dirá: “¡Poca cosa!” Sí, para uno sano y fuerte es poca cosa. Pero basta tener el corazón débil para sentir si es poca o es mucha... Yo sé que, cuando se me enfermó el corazón, aunque todavía fuera en forma benigna, ya no podía subir aquella cuesta sin sufrir mucho y teniendo que parame

cada poco... y no tenía ningún peso a la espalda. Y creo que Jesús después de la flagelación y el sudor de sangre debía tener el corazón muy mal... Y no tengo en cuenta más que estas dos cosas.

Jesús, por tanto, subiendo y con el peso de la cruz – que siendo tan larga debe pesar mucho – sufre agudamente.

Encuentra una piedra saliente. Está agotado, levanta muy poco el pie, y tropieza. Cae sobre la rodilla derecha. De todas formas, logra sujetarse con la mano izquierda. La gente grita de contento... Se pone en pie de nuevo. Continúa. Cada vez más encorvado y jadeante, congestionado, febril...

El cartel, que le va bailando delante, le obstaculiza la visión. La túnica, que, ahora que va encorvado, arrastra por el suelo por la parte de delante, le estorba el paso. Tropieza otra vez y cae sobre las dos rodillas, hiriéndose de nuevo en donde ya lo estaba; y la cruz, que se le va de las manos y cae al suelo, tras haberle golpeado fuertemente en la espalda, le obliga a agacharse, para levantarla, y a esforzarse en cargarla sobre las espaldas. Mientras hace esto, aparece netamente visible en el hombro derecho la herida causada por el roce de la cruz, que ha abierto las muchas heridas de los azotes y las ha unificado en una sola que brota suero y sangre, de forma que la túnica blanca está en ese sitio del todo manchada. La gente llega a aplaudir por el contento de verlo caer tan mal...

Longinos incita a acelerar el paso, y los soldados, con golpes dados de plano con las dagas, instan al pobre Jesús a continuar. Se reanuda la marcha, con una lentitud cada vez mayor, a pesar de todas las incitaciones.

Jesús, disponiendo de todo el camino, se tambalea tanto, que parece completamente ebrio. Va chocándose en las dos filas de soldados, ora con una, ora con otra. La gente ve esto y grita:

-¡Se le ha subido a la cabeza su doctrina! ¡Mira, mira cómo se tambalea!

Y otros – que no son pueblo, sino sacerdotes y escribas – dicen burlonamente:

-No, Son los festines, todavía humeantes, en casa de Lázaro. ¿Eran buenos? Ahora come nuestra comida... - y otras frases parecidas.

Longinos, que se vuelve de vez en cuando, siente compasión y ordena una parada de algunos minutos. La chusma lo insulta tanto, que el centurión ordena a los soldados la carga. La masa vil, ante las lanzas resplandecientes y amenazadoras, se distancian gritando, bajando sin orden ni concierto por el monte.

Es aquí donde vuelvo a ver, entre la poca gente que ha quedado, al grupito de los pastores, apareciendo tras unas ruinas (quizás de algún murito derrumbado). Desolados, desencajados los rostros, llenos de polvo del camino, rotas sus ropas, reclaman con la fuerza de sus miradas la atención de su Maestro. Y Él vuelve la cabeza, los ve... los mira fijamente como si fueran caras de ángeles. Parece calmar su sed y recuperar fuerzas con el llanto de ellos, y sonrío... Se da de nuevo la orden de ponerse en marcha y Jesús pasa justamente por delante de ellos, oyendo su llanto angustioso. Vuelve a duras penas la cabeza bajo el yugo de la cruz y vuelve a sonreír... Sus consuelos... Diez caras... un alto bajo el Sol de fuego...

Y enseguida el dolor de la tercera, completa caída. Esta vez no es que tropiece, sino que es que por repentino decaimiento de las fuerzas, por síncope. Cae a lo largo. Se golpea la cara contra las piedras desunidas. Permanece en el suelo, bajo la cruz, que se le cae encima. Los soldados tratan de levantarlo. Pero, dado que parece muerto, van a informar al centurión. Mientras van y vuelven, Jesús vuelve en sí y, lentamente, con la ayuda de dos soldados, de los cuales uno levanta la cruz y el otro ayuda al Condenado a ponerse en pie, se pone de nuevo en su lugar. Pero está totalmente agotado.

-¡Atentos a que muera en la cruz! – grita la muchedumbre.

-Si se les muere antes, responderán ante el Procónsul. Ténganlo presente. El reo debe llegar vivo al suplicio – dicen los jefes de los escribas a los soldados. Éstos, aunque por disciplina no hablan, los fulminan con furiosas miradas.

Pero Longinos tiene el mismo miedo que los judíos de que Cristo muera por el camino, y no quiere problemas. Sin necesidad de que nadie se lo recuerde, sabe cuál es su deber como comandante de la ejecución, y toma las medidas oportunas al respecto; concretamente da la orden de tomar el camino más largo, que sube en espiral orillando el monte y que, por tanto, tiene menos desnivel, desorientando a los judíos, los cuales ya se han adelantado presurosos al camino, al que han llegado desde todas las partes del monte, sudando, arañándose al pasar junto a los escasos y espinosos matorrales de este monte yermo y requemado, cayendo en los montones de escombros (como si fuera para Jerusalén una escombrera), sin sentir dolor alguno, sino el de perderse un jadeo del Mártir, una mirada suya de dolor, un gesto aun involuntario de sufrimiento, sin sentir temor alguno, sino el de no conseguir un buen sitio.

El camino tomado por Longinos parece un sendero que, a fuerza de haber sido recorrido, se ha transformado en un camino bastante cómodo.

El cruce de los dos caminos está localizado, aproximadamente, en la mitad del monte. Pero observo que más arriba, en cuatro puntos, el camino directo se ve cortado por éste que asciende con menos pendiente, aunque con un recorrido mucho más largo; y en este camino hay personas que suben, pero que no participa del indigno bullicio de los posesos que siguen a Jesús para gozar de sus tormentos. La mayor parte son mujeres, que van llorando veladas. También algún grupito de hombres – en verdad muy exiguos- que, muy por delante de las mujeres, están para desaparecer de la vista cuando el camino, en su recorrido, orillando el monte, dobla. Aquí el Calvario tiene una especie de punta en su caprichosa estructura: de forma de hocico por una parte, escarpada por la otra. Los hombres desaparecen tras la punta rocosa y los pierdo de vista.

La gente que seguía a Jesús grita de rabia. Era más bonito para ellos verlo caer. Con repugnantes maldiciones contra el Condenado y contra el que lo guía, parte de ellos se ponen a seguir a la comitiva judicial, y otra parte prosigue, casi corriendo, hacia arriba por el camino empinado, para desquitarse, con un magnífico puesto en la cima, de la desilusión que han experimentado.

Las mujeres, que van llorando, se vuelven al oír los gritos, y ven que la comitiva dobla por ahí. Se detienen entonces, y, temiendo que los violentos judíos las arrojen ladera abajo, se pegan bien al monte. Cubren aún más su cara con los velos. Una va completamente velada, como una musulmana, dejando descubierto sólo los ojos, negrísimos. Van muy ricamente vestidas, custodiadas por un viejo robusto cuya cara, yendo él todo envuelto en su capa, no distingo; veo sólo su larga barba, más blanca que negra, por fuera de su oscurísima y grande capa.

Cuando Jesús llega a su altura, ellas lloran más fuerte y se inclinan con profunda reverencia. Luego se aproximan resueltamente. Los soldados quisieran mantenerlas a distancia sirviéndose de las astas. Pero la que estaba del todo tapada como una musulmana aparta un instante el velo ante el alférez, que ha llegado a caballo para ver qué obstáculo nuevo es éste. Y el alférez da la orden de dejarlas pasar. No puedo ver ni su cara ni su vestido, porque ha apartado el velo con la rapidez de un relámpago y el vestido está enteramente oculto bajo un manto largo que llega hasta los pies, un manto tupido y completamente cerrado por una serie de hebillas. La mano que un instante sale para apartar el velo es blanca y hermosa; y es, junto con los negrísimos ojos, la única cosa que se ve de esta alta dama, que, sin duda, es persona influyente, a juzgar por la forma en que el lugarteniente de Longinos obedece.

Se acercan a Jesús llorando y se arrodillan a sus pies mientras Él se detiene jadeante... Jesús, a pesar de todo, sabe sonreír a estas mujeres compasivas y al hombre que las escolta, que se descubre para mostrar que es Jonatán (*pastor de Belén y empleado de Juana de Cusa*). Pero a él los soldados no lo dejan pasar; sólo a las mujeres. Una de ellas es Juana de Cusa, y está más maltrecha que cuando agonizaba. De rojo presenta sólo las huellas del llanto. Todo el resto de la cara es níveo, con esos dulces ojos negros que, tan empañados como están, parecen ahora de un violeta oscurísimo, como ciertas flores. Tiene en su mano un ánfora de plata, y se la ofrece a Jesús, el cual no la acepta. Pero es que, además, su jadeo es tan fuerte, que ni siquiera podría beber. Con la mano izquierda se seca la transpiración y la sangre que le caen en los ojos y que, deslizándose por las mejillas moradas y por el cuello (cuyas venas están hinchadas con el afanoso palpar del corazón), humedecen toda la pechera de la túnica.

Otra mujer – a su lado tiene un sirviente – abre una cajita que ésta lleva en los brazos y saca un lienzo finísimo, cuadrado, que le ofrece al Redentor. Jesús lo acepta. Y, dado que no puede por sí solo con una mano, esta mujer compasiva le ayuda a ponérsela en el rostro, con cuidado de no chocar con la corona. Y Jesús aplica el fresco lienzo a su pobre cara. Lo mantiene así como si en ello hallara un gran alivio. Luego devuelve el lienzo y habla:

-Gracias, Juana. Gracias, Nique,... Sara... Marcela... Elisa... Lidia... Ana... Valeria... y a ti... Pero... no lloren... por Mí... hijas de... Jerusalén... sino por los pecados... suyos y... de su ciudad... Da gracias... Juana... por no tener... ya hijos... Mira... es compasión de Dios... el no... no tener hijos... para que... sufran por... esto. Y también... tú, Isabel... Mejor... como sucedió... que entre los deicidas... Y ustedes... madres... lloren por... sus hijos, porque... esta hora no pasará... sin castigo... ¡Y qué castigo, si esto es así para... el Inocente!... Llorarán entonces... el haber concebido... amamantando y el... tener todavía... a los hijos... Las madres... en aquella hora... llorarán porque... en verdad les digo... que será dichoso... el que en aquella hora... caiga primero... bajo los escombros... Les bendigo... Váyanse... a casa... oren... por Mí. Adiós, Jonatán... llévatelas...

Y en medio de un alto grito de llanto femenino y de maldiciones judías, Jesús reanuda su camino. Jesús está otra vez todo mojado de transpiración. Transpiran también los soldados y los otros dos condenados, porque el Sol de este día borrascoso abrasa como el fuego, y la ladera ardiente del monte aumenta el calor solar.

Fácil es imaginarse lo que significará este Sol en la túnica de lana de Jesús puesta sobre las heridas de los azotes... y horrorizarse... Pero no emite un solo quejido. Eso sí – a pesar de que el camino esté

mucho menos empinado y no tenga esas piedras desunidas, tan peligrosas para sus pies, que en realidad ya sólo se arrastran – se tambalea cada vez más, y otra vez vuelve a ir de una fila de soldados a la otra, chocándose, y encorvándose cada vez más.

Piensen que será una solución pasarle una cuerda por la cintura y tenerlo sujeto por los extremos como si fueran riendas. Sí, esto lo sostiene, pero no le alivia el peso. Es más, la sogá, chocando con la cruz hace que ésta se mueva continuamente en el hombro y que golpee en la corona, que verdaderamente ha hecho ya de la frente de Jesús un tatuaje sangrante. Además, la sogá va rozando la cintura, donde hay muchas heridas, y ciertamente las abrirá de nuevo; tanto es así que la túnica blanca se tiñe, en la zona de la cintura, de un rojo pálido. Por ayudarlo, le hacen sufrir más todavía.

El camino prosigue. Dobla la ladera del monte. Vuelve casi al frente, hacia el camino muy empinado. **Aquí está María con Juan.** Yo diría que Juan ha llevado a María a ese lugar de sombra, detrás de la ladera empinada del monte, para procurarle un poco de alivio. Es la parte más abrupta, sólo orillada por ese camino. Hacia arriba y hacia abajo, la ladera, sea hacia arriba, sea hacia abajo, tiene mucha pendiente, de forma que, por este motivo, los crueles judíos la han descartado. Allí hay sombra porque yo diría que es la parte norte. Y María, estando apegada al monte, se ve al amparo del Sol. Está apoyada en la ladera de tierra; de pie, pero ya exhausta, enteramente agotada. Jadea también ella, pálida como una muerta, con su vestido azul oscurísimo, casi negro. Juan la mira con una piedad desolada. También él ha perdido todo rastro de color y está téreo. Sus ojos, cansados y abiertísimos. Despeinado. Ahondadas las mejillas, como por enfermedad.

Las otras mujeres (María Magdalena y Marta las hermanas de Lázaro, María de Alfeo, (*cuñada de la Virgen y madre de Judas y Santiago*), María Salomé de Zebedeo (*madre de Juan y Santiago*), Susana (*la novia de Caná*), la dueña de casa del Cenáculo y otras que no conozco) están en medio del camino y observan si viene el Salvador. Y, cuando ven que llega Longinos, se acercan a María para avisarle. Entonces María, sujetada de un codo por Juan, majestuosa en medio de su dolor, se separa de la pared del monte y se pone resueltamente en medio del camino, apartándose sólo cuando llega Longinos, quien desde su caballo negro mira a esta pálida Mujer y a su acompañante rubio, pálido, de mansos ojos de cielo como Ella. Y Longinos mueve la cabeza mientras la sobrepasa seguido por los once que van a caballo.

María trata de pasar por entre los soldados de a pie. Pero éstos, que tienen calor y prisa, tratan de rechazarla con las lanzas (y mucho más si se considera que desde el camino asoleado vuelan piedras como protesta contra tantos gestos de compasión). Son los judíos, que siguen maldiciendo por la pausa causada por las compasivas mujeres. Dicen:

-¡Rápido! Mañana es Pascua. ¡Hay que acabar todo esto antes de que anochezca! ¡Cómplices! ¡Burladores de nuestra Ley! ¡Opresores! ¡Muerte a los invasores y a su Cristo! ¡Lo quieren! ¡Fíjense cómo lo quieren! ¡Pues llévenselo! ¡Métnlo en su maldita Urbe (*Roma*)! ¡Se lo cedemos! ¡Nosotros no queremos tenerlo! ¡Las carroñas para las carroñas (*carne corrompida*)! ¡Las lepras para los leprosos!

Longinos se cansa y espolea al caballo, seguido por los diez lanceros, contra la jauría insultante, que por segunda vez huye. Y, haciendo esto, Longinos ve parado un carrito (sin duda, ha subido desde los huertos que están al pie del monte), un carrito que espera con su carga de verduras a que pase la turba para bajar a la ciudad. Creo que un poco de curiosidad propia y de los hijos, ha hecho al Cireneo subir hasta allí, porque de ninguna manera tenía necesidad de hacerlo. Los dos hijos, echados sobre el montón verde de las verduras, miran como huyen los judíos y se ríen de ellos. El hombre, sin embargo, robustísimo de unos cuarenta o cincuenta años, en pie, junto al burro que, asustado, trata de retroceder, mira atentamente hacia la comitiva.

Longinos lo mira detenidamente. Piensa que le puede servir. Ordena:

-Hombre, ven aquí.

El Cireneo finge no oír. Pero con Longinos no se juega. Repite la orden de una forma que el hombre lanza las riendas a uno de sus hijos y se acerca.

-¿Ves a ese hombre? – pregunta. Y al decirlo se vuelve para señalar a Jesús. Y, en esto, ve a María, suplicando a los soldados que la dejen pasar. Siente compasión de ella y grita:

-¡Dejen pasar a la Mujer! – luego vuelve a hablarle al Cireneo:

-No puede proseguir cargado así. Tú eres fuerte. Toma su cruz y llévala por Él hasta la cima.

-No puedo... Tengo el burro... es rebelde... Los muchachos no saben dominarlo...

Pero Longinos dice:

-Ve, si no quieres perder el burro y ganarte veinte golpes de castigo.

El Cireneo ya no se atreve a poner más resistencia. Da un grito a los muchachos:

-Vayan a casa. Pronto. Digan que llego enseguida – luego se acerca a Jesús.

Llega en el preciso momento en que Jesús se vuelve hacia su Madre- sólo entonces Él la ve venir, y es que caminaba tan agachado y con los ojos tan cerrados, que era como si estuviera ciego – y grita:
-¡Mamá!

Es la primera palabra que expresa su sufrimiento, desde cuando está siendo torturado. Y es que en ese grito se contiene la confesión de todo su tremendo dolor, de cada uno de sus dolores: de espíritu, de su parte moral, de su carne. Es el grito desgarrado y desgarrador de un niño que muere solo, entre verdugos, entre las peores torturas... y que hasta de su propia respiración siente miedo. Es el lamento de un niño delirante, angustiado por visiones de pesadilla... Y llama a la madre, a la madre, porque sólo el fresco beso de ella calma el ardor de la fiebre, y su voz ahuyenta a los fantasmas, y su abrazo hace menos temible la muerte...

María se lleva la mano al corazón como si hubiera sentido una puñalada. Se tambalea levemente. Pero se recupera, acelera el paso y, mientras va hacia su Criatura herida tendiendo hacia Él los brazos, grita:

-¡Hijo!

Pero lo dice de una forma tal, que el que no tiene corazón de hiena lo siente traspasado por ese dolor. Veo que incluso entre los romanos – y son hombres de armas, no novatos en materia de muertes, marcados por cicatrices... – hay un impulso de piedad. Y es que la palabra “¡Mamá!” y la palabra “¡Hijo!” conservan siempre su valor y lo conservan para todos aquellos que – lo repito – no son peores que las hienas, y son pronunciadas y comprendidas en todas partes, y en todas partes provocan olas de piedad...

El Cireneo siente esta piedad...Y dado que ve que María no puede, a causa de la cruz, abrazar a su Hijo y que después de haber tendido los brazos los deja caer de nuevo convencida de no poder hacerlo – y se limita a mirarlo, queriendo expresar una sonrisa, una sonrisa que es martirial, para infundirle ánimo, mientras sus temblorosos labios beben el llanto; y Él, torciendo la cabeza bajo el yugo de la cruz, trata, a su vez, de sonreírle y de enviarle un beso con los pobres labios heridos y abiertos por los golpes y la fiebre- el Cireneo se apresura a quitar la cruz (y lo hace con delicadeza de padre, para no chocar con la corona o rozar las heridas).

Pero María no puede besar a su Criatura... Hasta el más leve roce sería una tortura en esa carne herida. María se abstiene de hacerlo, y, además... los sentimientos más santos tienen un pudor profundo, requieren respeto o, al menos, compasión, mientras que lo que aquí hay es curiosidad y, sobre todo, escarnio (*burla ofensiva, insultos*): se besan sólo las dos almas angustiadas.

La comitiva, que se pone de nuevo en marcha, movida por las ondas del gentío furibundo que desde atrás empuja, los separa, y aparta a **la Madre – blanco de las burlas de todo un pueblo –** contra la pared del monte...

Ahora, detrás de Jesús, va con el Cireneo con la cruz. Jesús, libre de ese peso, prosigue mejor. Jadea fuertemente, se lleva frecuentemente la mano al corazón, como sintiendo un gran dolor, como si tuviera ahí una herida, en la región esternocardiaca; y ahora, que puede hacerlo por no tener atadas las manos, se echa hacia atrás, hasta por detrás de las orejas, el pelo que le caía por delante empapado de sangre y transpiración, para sentir aire en su cara cianótica (*azulada*), y se desata el cordón del cuello por la dificultad de respiración... Pero puede andar mejor.

María se ha retirado con las mujeres. Se pone al final de la comitiva una vez que ésta ha pasado, y luego, por un atajo, se dirige hacia la cima del monte, desafiando las injurias de la chusma inhumana.

Ahora que Jesús está libre, recorren con bastante brevedad la última vuelta del camino. Ya están cercanos a la cima, toda llena de gentío vociferante.

Longinos se detiene y da la orden de que todos, implacablemente, sean apartados más hacia abajo, para que la cima, lugar de ejecución, esté libre. Y media centuria pone por obra la orden: vienen al sitio y rechazan sin piedad a todos los que allí se encuentran, haciendo uno para ello de dagas y lanzas. Bajo la granizada de golpes a un lado y a otro, los judíos de la cima huyen. Intentan colocarse en la explanada que está más abajo; pero los que ya están en ella no ceden, siendo así que se encienden peleas furiosas entre la gente. Parecen todos locos.

El Calvario, en su cima, tiene la forma de un trapecio irregular levemente más alto por un lado tras el cual el monte desciende vertical hasta más de la mitad de su ladera. En este espacio están ya preparados tres agujeros profundos, recubiertos por dentro de ladrillo o pizarra; en definitiva, hechos con este fin concreto. Al lado de ellos hay piedras y tierra ya preparadas para calzar las cruces. De otros agujeros, sin embargo, no han sacado las piedras. Se ve que los van vaciando según el número que se requiere cada vez.

Más abajo de la cima trapezoidal, por la parte en que el monte no desciende con fuerte desnivel, hay una especie de plataforma que constituye un rellano de suave declive. De éste salen dos anchos

senderos que bordean la cima, quedando así ésta aislada por todos los lados y elevada al menos dos metros.

Los soldados que han apartado de la cima a la gente dominan con persuasivos golpes de lanzas las riñas y abren paso para que la comitiva pueda marchar sin obstáculos en el último trecho del camino. Y quedan allí formando cordón mientras los tres condenados encuadrados por los soldados de a caballo y protegidos por la otra media centuria por detrás, llegan hasta el punto en que los detienen: al pie de ese palco natural que es la cima del Gólgota.

Mientras se desarrollan estos hechos, advierto la presencia de las Marías (*María santísima, María Magdalena, María Cleofás y María Salomé*). Un poco detrás de ellas, están Juana de Cusa y otras cuatro de las damas de antes. Las otras se han marchado. Deben haberse ido solas, porque Jonatán está ahí, detrás de su patrona (*Juana de Cusa*). Ya no está la mujer que nosotros llamamos Verónica y Jesús ha llamado Nique, y, lo mismo que ella, falta también su doméstica; y tampoco está la mujer que iba completamente velada y fue obedecida por los soldados. Veo a Juana, a la anciana de nombre Elisa, a Ana (es la dueña de aquella casa a donde Jesús iba durante la vendimia del primer año) y a otras dos que no sé identificar mejor.

Detrás de estas mujeres y de las Marías, veo a José y a Simón de Alfeo (*sobrinos de San José*), y a Alfeo de Sara (*amigo de infancia y vecino de la Virgen María*) junto con el grupo de los pastores. Han peleado con los que querían cerrarles el paso y los insultaban, y la fuerza de estos hombre, multiplicada por el amor y el dolor, ha sido tan violenta que han vencido y han creado un semicírculo libre contra el que los infames judíos no se atreven sino a lanzar gritos de muerte y a amenazar con los puños; no más, porque los cayados de los pastores son nudosos y pesados y a estos jabatos (*cría de jabalí*) – no hablo impropriamente llamándolos así, porque se requiere un gran valor para enfrentarse a toda una población hostil, siendo pocos, conocidos como galileos o seguidores del Galileo- no les falta ni fuerza ni tino. ¡Es el único punto de todo el Calvario donde no se blasfema contra el Cristo!

El monte hormiguea de gente en los tres lados que no descienden con fuerte declive. Ya no se ve la tierra amarillenta y desnuda, la cual, bajo el Sol que aparece y se oculta, parece un prado florecido lleno de corolas de todos los colores, debido a que está cubierta por una gran cantidad de gorros y mantos de esos sádicos. Pasado el torrente, por el camino, más gente; dentro del recinto de las murallas, más gente; en las terrazas, más gente. El resto de la ciudad, despoblado... vacío... silencioso: todo está aquí, todo el amor y todo el odio; todo el Silencio que ama y perdona, todo el Griterío que odia y maldice.

Mientras los hombres encargados de la ejecución preparan sus instrumentos y terminan de vaciar los agujeros, y mientras los condenados esperan en el centro de su cuadrado, los judíos, refugiados en el ángulo opuesto a las Marías, insultan a éstas, y también a la Madre:

-¡Muerte a los galileos! ¡Muerte! ¡Galileos! ¡Galileos! ¡Malditos! ¡Muerte al blasfemo galileo! ¡Claven en la cruz también al vientre que lo llevó! ¡Fuera las víboras que dan a luz a los demonios! ¡Muerte a ellas! ¡Limpien a Israel de las hembras que se unen con el macho cabrío!...

Longinos, que ha desmontado del caballo, se vuelve y ve a la Madre... Ordena que se haga cesar ese alboroto... La media centuria que estaba detrás de los condenados carga contra la chusma y libera del todo el rellano inferior. Y los judíos se echan a correr por el monte, pisándose unos a otros. Echan pie a tierra también los otros soldados. Uno de ellos toma los once caballos además del caballo del centurión y los lleva a la sombra, a espaldas de una ladera del monte.

El centurión se encamina hacia la cima. Juana de Cusa se acerca a él, lo para; le da el ánfora y una bolsa (*con monedas*), luego se retira llorando, y va al saliente del monte, donde están las otras.

Arriba está todo preparado. Se hace subir a los condenados. Jesús pasa otra vez cerca de su Madre, la cual emite un gemido que Ella misma trata de ahogar llevándose a la boca el manto. Los judíos ven esto y se ríen, y se burlan. Juan, el manso Juan, que tiene un brazo pasado por los hombros de María para sostenerla, se vuelve con una mirada fiera, una mirada incluso fosforescente; si no debiera tutelar a las mujeres, yo creo que cogería a alguno de esos cobardes por el cuello.

En cuanto llegan los condenados al palco desgraciado, los soldados rodean la explanada por tres de sus lados. Sólo queda vacío el lado que desciende vertical. El centurión da al Cireneo la orden de que se vaya. Y éste se marcha, a regañadientes ahora. No diría que por sadismo, sino por amor. Tanto es así, que se para junto a los galileos y comparte con ellos los insultos que la muchedumbre propina a este escuálido grupo de fieles del Cristo.

Los dos ladrones, blasfemando, arrojan al suelo sus cruces. Jesús calla.

La vía dolorosa ha terminado.

La crucifixión, la muerte y el descendimiento.

Cuatro hombres fornidos, que por su aspecto me parecen judíos, y judíos más merecedores de la cruz que los condenados, ciertamente de la misma calaña de los flageladores, y que estaban en un sendero, saltan al lugar del suplicio. Van vestidos con túnicas cortas y sin mangas. Tienen en sus manos clavos, martillos y sogas. Y muestran burlonamente estas cosas a los tres condenados. La muchedumbre se excita envuelta en un delirio cruel.

El centurión ofrece a Jesús el ánfora, para que beba la mixtura anestésica del vino mirrado. Pero Jesús la rechaza. Los dos ladrones, por el contrario, beben mucha. Luego, junto a una piedra grande, casi en el borde de la cima, ponen esta ánfora de amplia boca de forma de tronco de cono invertido.

Se da a los condenados la orden de desnudarse. Los dos ladrones lo hacen sin pudor alguno. Es más, se divierten haciendo gestos obscenos hacia la muchedumbre, y especialmente hacia el grupo sacerdotal, todo blanco con sus túnicas de lino, grupo que, con mucho silencio y haciendo uso de su condición, ha vuelto al rellano. A los sacerdotes se han unido dos o tres fariseos y otros prepotentes personajes a quienes el odio hace amigos entre sí. Y veo a personas ya conocidas, como el fariseo Jocanáan e Ismael, el escriba Sadoq, Elí de Cafarnaúm...

Los verdugos ofrecen tres trapos a los condenados para que se los aten a la ingle. Los ladrones los agarran mientras profieren blasfemias aún más horrendas. Jesús, que se está desvistiendo lentamente por el agudo dolor de las heridas, lo rehúsa. Quizás cree que conservará el calzón corto que pudo tener durante la flagelación. Pero cuando le dicen que también se lo quite, tiende la mano para mendigar el trapo de los verdugos para cubrir su desnudez: verdaderamente es el Anonadado, hasta el punto de tener que pedir un trapo a unos delincuentes.

Pero María se ha percatado y se ha quitado el largo y delgado lienzo blanco que le cubre la cabeza por debajo del manto oscuro; un velo en el que Ella ha derramado ya mucho llanto. Se lo quita sin dejar caer el manto. Se lo pasa a Juan para que se lo dé a Longinos para su Hijo. El centurión toma el velo sin poner dificultades, y cuando ve que Jesús está para desnudarse del todo, vuelto no hacia la muchedumbre sino hacia la parte vacía de gente-mostrando así su espalda surcada de moretones y ampollas, sangrante por heridas abiertas o a través de oscuras costras – le ofrece el velo materno de lino. Jesús lo reconoce y se lo enrolla varias veces en torno a la pelvis asegurándose bien para que no se caiga... Y en el lienzo –hasta ese momento mojado sólo de llanto- caen las primeras gotas de sangre, porque muchas de las heridas, mínimamente cubiertas de coágulo, al agacharse para quitarse las sandalias y dejar en el suelo la ropa, se han abierto y la sangre de nuevo mana.

Ahora Jesús se vuelve hacia la muchedumbre. Y se ve así que también el pecho, los brazos, las piernas, están llenos de golpes de los azotes. A la altura del hígado hay un enorme moretón. Bajo el arco costal izquierdo hay siete nítidas estrías en relieve, terminadas en siete pequeñas heridas sangrantes rodeadas de un círculo violeta... un golpe fiero en esa zona tan sensible del diafragma. Las rodillas, magulladas por las repetidas caídas que ya empezaron inmediatamente después de la captura y que terminaron en el Calvario, están negras por los hematomas, y abiertas por la rótula, especialmente la derecha, con una extensa herida sangrante.

La muchedumbre le hace burla como en coro (con citas del Salmo 45,3; del Cantar de los Cantares 5,10-16; y alusiones a Números 12, Deuteronomio 24,9):

-¡Qué hermoso! ¡El más hermoso de los hijos de los hombres! Las hijas de Jerusalén te adoran...

Y empiezan a cantar, con tono de salmo:

-Cándido y rubicundo es mi dilecto, se distingue entre millares. Su cabeza es oro puro; sus cabellos, racimos de palmera, sedosos como pluma de cuervo. Sus ojos son como dos palomas chapoteando en arroyos de leche que no de agua, en la leche de sus órbitas. Sus mejillas son aromáticos cuadros de jardín; sus labios, purpúreos lirios que rezuman preciosa mirra. Sus manos torneadas como trabajo de orfebre, terminadas en róseos jacintos. Su tronco es marfil veteado de zafiros. Sus piernas, perfectas columnas de cándido mármol con bases de oro. Su majestuosidad es como la del Líbano; su solemnidad, mayor que la del alto cedro. Su lengua está empapada de dulzura. Toda una delicia es él- y se ríen, y también gritan:

-¡El leproso! ¡El leproso! ¿Será que ha fornicado con un ídolo, si Dios te ha castigado de ese modo? ¿Has murmurado contra los santos de Israel, como María de Moisés pues que ha recibido este castigo? ¡Oh! ¡Oh! ¡El Perfecto! ¿Eres el Hijo de Dios? ¡Qué va! ¡Lo que eres es el aborto de Satanás! Al menos él, Mammona, es poderoso y fuerte. Tú... eres un andrajo impotente y asqueroso.

Atan a las cruces a los ladrones y se los coloca en sus sitios, uno a la derecha, uno a la izquierda, respecto al sitio destinado para Jesús. Gritan, maldicen; y, especialmente cuando meten las cruces

en el agujero y los dislocan y las sogas magullan sus muñecas, sus maldiciones contra Dios, contra la Ley, contra los romanos, contra los judíos, son infernales.

Es ahora el turno de Jesús. Él se extiende mansamente sobre el madero. Los dos ladrones se rebelaban tanto, que, no siendo suficientes los cuatro verdugos, habían tenido que intervenir soldados para sujetarlos, para que no apartaran con patadas a los verdugos que los ataban por las muñecas. Pero para Jesús no hay necesidad de ayuda. Se extiende y pone la cabeza donde le dicen que la ponga. Abre los brazos como le dicen que los abra. Estira las piernas como ordenan que lo haga. Sólo se ha preocupado de colocarse bien su velo. Ahora su largo cuerpo, esbelto y blanco, resalta sobre el madero oscuro y el suelo amarillo.

Dos verdugos se sientan encima de su pecho para sujetarlo. Y pienso en qué opresión y dolor debió sentir bajo ese peso. Un tercer verdugo le toma el brazo derecho y lo sujeta: con una mano en la primera parte del antebrazo; con la otra, en el extremo de los dedos. El cuarto, que tiene ya en su mano el largo clavo de punta afilada y cuerpo cuadrangular que termina en una superficie redonda y plana del diámetro de diez céntimos de los tiempos pasados, mira si el agujero ya practicado en la madera coincide con la juntura del radio y el cúbito en la muñeca. Coincide. El verdugo pone la punta del clavo en la muñeca, alza el martillo y da el primer golpe.

Jesús, que tenía los ojos cerrados, al sentir el agudo dolor grita y se contrae, y abre al máximo los ojos, que nadan entre lágrimas. Debe sentir un dolor atroz... el clavo penetra rompiendo músculos, venas, nervios, penetra quebrando huesos...

María responde, con un gemido que casi lo es de cordero degollado, al grito de su Criatura torturada; y se pliega, como quebrantada Ella, sujetándose la cabeza entre las manos. Jesús, para no torturarla, ya no grita. Pero siguen los golpes, metódicos, ásperos, de hierro contra hierro... y uno piensa que, debajo, es un miembro vivo el que los recibe.

La mano derecha ya está clavada. Se pasa a la izquierda. El agujero no coincide con el carpo. Entonces agarran una cuerda, atan la muñeca izquierda y tiran hasta dislocar la juntura, hasta arrancar tendones y músculos, además de lacerar la piel ya serrada por las cuerdas de la captura. También la otra mano debe sufrir porque está estirada por reflejo y en torno a su clavo se va agrandando el agujero. Ahora a duras penas se llega al principio del metacarpo, junto a la muñeca. Se resignan y clavan donde pueden, o sea, entre el pulgar, justo en el centro del metacarpo. Aquí el clavo entra más fácilmente, pero con mayor espasmo porque debe cortar nervios importantes (tanto que los dedos quedan inertes, mientras los de la derecha experimentan contracciones y temblores que ponen de manifiesto su vitalidad). Pero Jesús ya no grita, sólo emite un ronco quejido tras sus labios fuertemente cerrados, y lágrimas de dolor caen al suelo después de haber caído sobre la madera.

Ahora le toca a los pies. A unos dos metros – un poco más – del extremo de la cruz hay un pequeño saliente cuneiforme, escasamente suficiente para un pie. Acercan a él los pies para ver si va bien la medida. Y, dado que está un poco bajo y los pies llegan mal, estiran los tobillos al pobre Mártir. Así, la madera áspera de la cruz raspa las heridas y mueve la corona, de forma que ésta se descoloca arrancando otra vez cabellos, y puede caerse; un verdugo, con mano violenta, vuelve a incrustársela en la cabeza...

Ahora los que estaban sentados en el pecho de Jesús se alzan para ponerse sobre las rodillas, dado que Jesús hace un movimiento involuntario de retirarlas piernas al ver brillar al Sol el larguísimo clavo, el doble de largo y de ancho de los que han sido usados para las manos. Y cargan su peso sobre las rodillas excoriadas, y hacen presión sobre las pobres tibias contusas, mientras los otros dos llevan a cabo la operación, mucho más difícil, de enclavar un pie sobre el otro, tratando de hacer coincidir las dos junturas de los tarsos.

A pesar de que miren bien y tengan bien sujetos los pies, por los tobillos y los dedos, contra el apoyo cuneiforme, el pie de abajo se corre por la vibración del clavo, y tienen que desclavarlo casi (desclavar invirtiendo la posición, o sea, poniendo debajo el pie derecho y encima el izquierdo), porque después de haber entrado en las partes blandas, el clavo, que ya había perforado el pie derecho y sobresalía, tiene que ser centrado un poco más. Y golpean, golpean, golpean... Sólo se oye el atroz ruido del martillo contra la cabeza del clavo, porque todo el Calvario es sólo ojos atentísimos y oídos aguzados, para percibir la acción y el ruido, y gozarse en ello...

Acompaña al sonido áspero del hierro un lamento bajo de paloma: el ronco gemido de María, quien cada vez se pliega más, a cada golpe, como si el martillo la hiriera a Ella, la Madre Mártir. Y es comprensible que parezca próxima a sucumbir por esa tortura: la crucifixión es terrible: como la flagelación en cuanto al dolor, pero más atroz de presenciar, porque se ve desaparecer el clavo dentro de las carnes vivas; sin embargo, es más breve que la flagelación, que agota por su duración.

Para mí, la agonía en el Huerto, la flagelación y la crucifixión son los momentos más atroces. Me revelan toda la tortura de Cristo. La muerte me resulta consoladora, porque digo: “¡Se acabó!”. Pero éstas no son el final, son el comienzo de nuevos sufrimientos.

Ahora arrastran la cruz hasta el agujero. La cruz rebota sobre el suelo desnivelado y zarandea al pobre Crucificado. Levantan la cruz, que dos veces se va de las manos de los que la levantan (una vez, de plano; la otra, golpeando el brazo derecho de la cruz) y ello procura un cruel tormento a Jesús, porque la sacudida que recibe remueve las extremidades heridas.

Y cuando, luego, dejan caer la cruz en su agujero - oscilando además ésta en todas las direcciones antes de quedar asegurada con piedras y tierra, e imprimiendo continuos cambios de posición al pobre cuerpo, suspendido de tres clavos – el sufrimiento debe ser atroz. Todo el peso del cuerpo se echa hacia delante y cae hacia abajo, y los agujeros se ensanchan, especialmente el de la mano izquierda; y se ensancha el agujero practicado en los pies. La sangre brota con más fuerza. La de los pies gotea por los dedos y cae al suelo, o desciende por el madero de la cruz; la de las manos recorre los antebrazos, porque las muñecas están más altas que las axilas, debido a la postura; surca también las costillas bajando desde las axilas hacia la cintura. La corona, cuando la cruz se cimbreaba antes de ser fijada, se mueve, porque la cabeza se echa bruscamente hacia atrás, de manera que penetra en la nuca el grueso nudo de espinas en que termina la punzante corona, y luego vuelve a acoplarse en la frente y araña, araña sin piedad.

Por fin, la cruz ha quedado asegurada y no hay otros tormentos aparte del de estar colgado. Levantan también a los ladrones, los cuales, puestos ya verticalmente, gritan como si los estuvieran desollando vivos, por la tortura de las sogas, que van serrando las muñecas y hacen que las manos se pongan negras, con las venas hinchadas como cuerdas.

Jesús calla. La multitud ya no calla; al contrario, reanuda su griterío infernal.

Ahora la cima del Gólgota tiene su trofeo y su guardia de honor. En el extremo más alto, la cruz de Jesús; a sus dos lados, las otras dos. Media centuria de soldados con las armas al pie rodeando la cima. Dentro de este círculo de soldados, los diez desmontados del caballo jugándose a los dados las ropas de los condenados.

En pie, erguido, entre la cruz de Jesús y la de la derecha, Longinos que parece hacer guardia de honor al Rey Mártir. La otra media centuria, descansando, está a las órdenes del ayudante de Longinos, en el sendero de la izquierda y en el rellano más bajo, a la espera de ser utilizados si hubiera necesidad de hacerlo. Los soldados muestran una casi total indiferencia; sólo alguno, de vez en cuando, levanta la cabeza hacia los crucificados. Longinos, sin embargo, observa todo con curiosidad e interés, compara y mentalmente juzga: compara a los crucificados – especialmente a Cristo – con los espectadores. Su mirada penetrante no se pierde ni un detalle, y para ver mejor se hace visera con la mano porque el Sol debe molestarle. Es, efectivamente, un Sol extraño; de un amarillo-rojo de llama. Y luego esta llama parece apagarse de golpe por un nubarrón de color café claro que aparece tras las cadenas montañosas judías y que corre veloz por el cielo para desaparecer detrás de otros montes. Y cuando el Sol vuelve a aparecer es tan intenso, que a duras penas lo soportan los ojos. Mirando, ve a María, justo al pie del escalón del terreno, alzado hacia su Hijo el rostro atormentado. Llama a uno de los soldados que están jugando a los dados y le dice:

-Si la Madre quiere subir con el hijo que la acompaña, que venga. Escóltala y ayúdala.

Y María con Juan – tomado por hijo- sube por los escalones hechos en la piedra caliza-creo- y traspasa el cordón de los soldados para ir al pie de la cruz, aunque un poco separada, para ser vista por su Jesús y verlo a su vez.

La turba, enseguida, le propina los más oprobiosos insultos, uniéndola a su Hijo en las blasfemias. Pero Ella, con los labios temblorosos y blanquecidos, sólo busca consolarlo con una sonrisa afligida en que se secan las lágrimas que ninguna fuerza de voluntad logra retener en los ojos.

La gente, empezando por los sacerdotes, escribas, fariseos, saduceos, herodianos y otros como ellos, se procura la diversión de hacer como un carrusel: subiendo por el camino empinado, orillando el escalón final y bajando por el otro sendero, o viceversa; y, al pasar al pie de la cima, por el rellano inferior, no dejan de ofrecer sus palabras blasfemas como don para el Moribundo. Toda la infamia, toda la crueldad, el odio, la locura, de que con la lengua, son capaces los hombres, quedan ampliamente testificadas por estas bocas infernales. Los que más se ensañan son los miembros del Templo, con la ayuda de los fariseos.

Gritan tres sacerdotes: ¿Y entonces? Tú, Salvador del género humano, ¿por qué no te salvas? ¿Te ha abandonado tu rey Belcebú? ¿Ha renegado de ti?

Y una manada de judíos: Tú, que hace no más de cinco días, con la ayuda del Demonio, hacías decir al Padre... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ...que te iba a glorificar, ¡Cómo es que no le recuerdas que mantenga su promesa?

Y tres fariseos: ¡Blasfemo! ¡Ha salvado a los otros, decía, con la ayuda de Dios! ¡Y no logra salvarse a sí mismo! ¿Quieres que la gente crea? ¡Pues haz el milagro! ¿Ya no puedes, eh? Ahora tienes las manos clavadas y estás desnudo.

Y saduceos y herodianos a los soldados: ¡Cuidado con el hechizo, ustedes que se han quedado con sus ropas! ¡Llevan dentro el sello infernal!

La muchedumbre, en coro: Baja de la cruz y creeremos en ti. Tú que destruyes el Templo... ¡Loco!... Mira, allí está el glorioso y santo Templo de Israel. ¡Es intocable, profanador! Y tú estás muriendo!

Otros sacerdotes: ¡Blasfemo! ¿Hijo de Dios, tú? ¡Pues baja de ahí entonces! Fulminanos, si eres Dios. Te escupimos, porque no te tenemos miedo.

Otros que pasan y mueven la cabeza: Sólo sabe llorar. ¡Sálvate, si es verdad que eres el Elegido!

Y los soldados: -¡Eso, sálvate! ¡Y reduce a cenizas a la basura! Que ustedes son la porquería del imperio, judíos canallas. ¡Hazlo! ¡Roma te introducirá en el Capitolio (*colina de Roma con templos a los dioses*) y te adorará como a un dios!

Y los sacerdotes con sus cómplices: Eran más dulces los brazos de las mujeres que los de la cruz, ¿verdad? Pero, mira: están ya preparadas para recibirte estas – *aquí dicen un término infame* – tuyas. Tienes a todo Jerusalén para hacerte de madrina de boda. –Y silban como carreteros.

Otros, lanzando piedras: ¡Convierte éstas en pan, tú, multiplicador de panes!

Otros, parodiando los hosannas del domingo de ramos, lanzan ramas y gritan: ¡Maldito el que vienen nombre del Demonio! ¡Maldito su reino! ¡Gloria a Sión, que lo segrega de entre los vivos!

Un fariseo se coloca frente a la cruz y muestra el puño con el índice y el meñique levantados y dice: –“¿Te entrego al Dios del Sinaí, dijiste?” Ahora el Dios del Sinaí te prepara para el fuego eterno. ¿Por qué no llamas a Jonás para que te devuelva aquel buen servicio? (*Jonás, el pastor de Belén, esclavo y asesinado por el fariseo Doras, fue rescatado por Jesús*).

Otro: No estropees la cruz con los golpes de tu cabeza. Tiene que servir para tus seguidores. Toda una legión de seguidores tuyos morirá en tu madero, te lo juro por Yehoveh. Y al primero que voy a crucificar va a ser a Lázaro. Veremos si esta vez lo resucitas.

Otros: ¡Sí! ¡Sí! ¡Vamos a la casa de Lázaro! ¡Clavémoslo por el otro lado de la cruz! – y, como papagayos, remedan el modo lento de hablar de Jesús diciendo: ¡Lázaro, amigo mío, sal afuera! Desátenlo y déjenlo andar.

-¡No! Decía a Marta y a María, sus hembras: “Yo soy la Resurrección y la Vida”. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡La Resurrección no sabe repeler la muerte, y la Vida muere!

-Ahí están María y Marta. Vamos a preguntarles dónde está Lázaro y vamos a buscarlo.

Y se acercan, hacia las mujeres. Preguntan arrogantemente:

-¿Dónde está Lázaro? ¿En el palacio?

Y María Magdalena, mientras las otras mujeres, aterrorizadas, se refugian detrás de los pastores, se adelanta, hallando en su dolor la antigua altivez de los tiempos de pecado, y dice:

-Vayan. Encontrarán ya en el palacio a los soldados de Roma y a quinientos hombres de mis tierras armados, y los castrarán como a viejos cabros destinados para comida de los esclavos de los molinos.

-¡Descarada! ¿Así hablas a los sacerdotes?

-¡Sacrílegos! ¡Infames! ¡Malditos! ¡Vuélvanse! Detrás de ustedes tienen, yo las veo, las lenguas de las llamas infernales.

Tan segura es la afirmación de María, que esos cobardes se vuelven, verdaderamente aterrorizados; y, si no tienen las llamas detrás sí tienen en los lomos las bien afiladas lanzas romanas. Porque Longinos ha dado una orden y la media centuria que estaba descansando ha entrado en acción y pincha en las nalgas a los primeros que encuentra. Éstos huyen gritando y la media centuria se queda cerrando los accesos de los dos senderos y haciendo de baluarte a la explanada. Los judíos maldicen, pero Roma es la más fuerte.

La Magdalena se cubre de nuevo con su velo – se lo había levantado para hablar a los insultadores- y vuelve a su sitio. Las otras vuelven donde ella.

Pero el ladrón de la izquierda sigue diciendo insultos desde su cruz. Parece como si en él se condensaran todas las blasfemias de los otros, y las va soltando todas, para terminar:

-¡Sálvate y sálvanos!, si quieres que te crea. ¿El Cristo Tú? ¡Un loco es lo que eres! El mundo es de los astutos y Dios no existe. Yo existo, esto es verdad. Y para mí todo es lícito. ¿Dios?... ¡Una patraña! ¡Creada para tenernos quietecitos! ¡Viva nuestro yo! ¡Sólo él es rey y dios!

El otro ladrón, que está a la derecha y tiene casi a sus pies a María y que mira a Ella casi más que a Cristo, y que desde hace algunos momentos llora susurrando: “La madre”, dice:

-¡Calla! ¿No temes a Dios ni siquiera ahora que sufres esta pena? ¿Por qué insultas a uno bueno? Está sufriendo un suplicio aún mayor que el nuestro. Y no ha hecho nada malo.

Pero el mal ladrón continúa sus maldiciones.

Jesús calla. Jadeante por el esfuerzo de la postura, por la fiebre, por el estado cardíaco y respiratorio, consecuencia de la flagelación sufrida en forma tan violenta, y también consecuencia de la angustia profunda que le había hecho sudar sangre, busca un alivio aligerando el peso que carga sobre los pies suspendiéndose de las manos y haciendo fuerza con los brazos. Quizás lo hace también para vencer el calambre que ya atormenta a los pies y que es manifiesto por el temblor muscular. Pero las fibras de los brazos- forzados en esa postura y seguramente helados en sus extremos, porque están situados más arriba y exangües (la sangre a duras penas llega a las muñecas, para brotar por los agujeros de los clavos, dejando así sin circulación a los dedos)- tienen el mismo temblor. Especialmente los dedos de la izquierda están ya cadavéricos y sin movimiento, doblados hacia la palma. También los dedos de los pies expresan su tormento; sobre todo, los pulgares, quizás porque su nervio está menos lesionado: se alzan, bajan, se separan.

Y el tronco revela todo su sufrimiento con su movimiento, que es veloz pero no profundo, y fatiga sin dar descanso. Las costillas, de por sí muy amplias y altas, porque la estructura de este Cuerpo es perfecta, están ahora desmedidamente dilatadas por la postura que ha tomado el cuerpo y por el edema (*hinchazón*) pulmonar que ciertamente se ha formado dentro. Y, no obstante, no son capaces de aligerar el esfuerzo respiratorio; tanto es así, que todo el abdomen ayuda con su movimiento al diafragma, que se va paralizando cada vez más.

Y la congestión y la asfixia aumentan a cada minuto que pasa, como así lo indican el colorido cianótico que adorna los labios, de un rojo encendido por la fiebre, y las estrías de un rojo violeta que pintan el cuello a lo largo de las yugulares hinchadas, y se ensanchan hasta las mejillas, hacia las orejas y las sienes, mientras que la nariz aparece afilada y exangüe y los ojos se hunden en un círculo que, donde no hay sangre goteada de la corona, aparece morado.

Debajo del arco costal izquierdo se ve la onda-irregular pero violenta – propagada desde la punta cardíaca, y de vez en cuando, por una convulsión interna, se produce un estremecimiento profundo del diafragma, que se manifiesta en una distensión total de la piel en la medida en la que puede estirarse en ese pobre Cuerpo herido y moribundo.

La cara tiene ya el aspecto que vemos en la fotografía de la Síndone (*Sábana santa*), con la nariz desviada e hinchada por una parte; y también el hecho de tener el ojo derecho casi cerrado, por la hinchazón que hay en ese lado, aumenta el parecido. La boca, por el contrario, está abierta, y reducida ya a una costra su herida del labio superior.

La sed, producida por la pérdida de sangre, por la fiebre y el Sol, debe ser intensa; tanto es así que Él, con una reacción espontánea bebe las gotas de su sudor y de su llanto, y también las de sangre que bajan desde la frente hasta el bigote, y se moja con estas gotas la lengua.

La corona de espinas le impide apoyarse al mástil de la cruz para ayudarse a estar suspendido de los brazos y aligerar así los pies. La zona lumbar y toda la espina dorsal se arquean hacia afuera, quedando Jesús separado del mástil de la cruz del íleon hacia arriba por la fuerza de inercia que hace caer hacia delante un cuerpo suspendido, como estaba el suyo.

Los judíos, rechazados hasta fuera de la explanada, no dejan de insultar, y el ladrón impenitente hace eco. El otro, que mira con piedad cada vez mayor a la Madre, y que llora, le reprende ásperamente cuando oye que en el insulto está incluida también Ella.

-¡Cállate! Recuerda que naciste de mujer. Y piensa que las nuestras han llorado por causa de los hijos. Y han sido lágrimas de vergüenza... porque somos unos malhechores. Nuestras madres han muerto... Yo quisiera pedirle perdón... Pero ¿podré hacerlo? Era una santa... La maté con el dolor que le daba. Yo soy un pecador... ¿Quién me perdona? Madre, en nombre de tu Hijo moribundo, ruega por mí.

La Madre levanta un momento su cara afligida y lo mira, mira a este desventurado que, a través del recuerdo de su madre y de la contemplación de la Madre, va hacia el arrepentimiento; y parece acariciarlo con su mirada de paloma.

Dimas llora más fuerte. Y esto desata aún más las burlas de la muchedumbre y del compañero. La gente grita:

-¡Sí señor! ¡Tómate a ésta como madre. ¡Así tiene dos hijos delincuentes!

Y el otro incrementa:

-Te ama porque eres una copia menor de su amado.

Jesús dice ahora sus primeras palabras:

-¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!

Esta súplica le hace superar todo temor a Dimas. Se atreve a mirar a Cristo y dice:

-Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino. Yo, es justo que aquí sufra. Pero dame misericordia y paz más allá de esta vida. Una vez te oí hablar, y, como un demente, rechacé tu palabra. Ahora, de esto me arrepiento. Y me arrepiento ante Ti, Hijo del Altísimo, de mis pecados.

Creo que vienes de Dios. Creo en tu poder. Creo en tu misericordia. Cristo, perdóname en nombre de tu Madre y de tu Padre santísimo.

Jesús se vuelve y lo mira con profunda piedad, y todavía expresa una sonrisa bellísima en esa pobre boca torturada. Dice:

-Yo te lo digo: hoy estarás Conmigo en el Paraíso.

El ladrón arrepentido se calma, y, no sabiendo ya las oraciones aprendidas de niño, repite como jaculatoria: “Jesús Nazareno, rey de los judíos, piedad de mí; Jesús Nazareno, rey de los judíos, espero en Ti; Jesús Nazareno, rey de los judíos, creo en tu Divinidad”.

El otro continúa con sus blasfemias

El cielo se pone cada vez más tenebroso. Ahora difícil es que las nubes se abran para dejar pasar el Sol; antes al contrario, se superponen en una serie cada vez mayor de capas horizontales plumizas, blancas, verdosas; se entrelazan o se desenredan, según los juegos de un viento frío que a intervalos recorre el cielo y luego baja a la tierra y luego calla de nuevo (y es casi más siniestro el aire cuando calla, bochornoso y muerto, que cuando silba, cortante y veloz).

La luz, antes de una desmesurada intensidad, se va haciendo verdosa. Y las caras adquieren caprichosos aspectos. Los soldados, con sus yelmos, vestidos con sus corazas antes brillantes y ahora como opacas bajo esta luz verdosa y este cielo de ceniza, muestran duros perfiles, como cincelados. Los judíos, en su mayor parte de pelo, barba y tez morenos, parecen ahora- tan terrosas se ponen sus caras- a ahogados.

Jesús parece ponerse morado de una manera siniestra, como por un comienzo de descomposición, como si ya estuviera muerto. La cabeza empieza a reclinarse sobre el pecho. Las fuerzas rápidamente faltan. Tiembla, aunque le abrase la fiebre. Y, en medio de su débil estado, susurra el nombre que antes ha dicho solamente en el fondo de su corazón: “¡Mamá!”, “¡Mamá! Lo susurra bajito, como en un suspiro, como si ya estuviera en un leve delirio que le impidiera retener lo que la voluntad quisiera contener. Y María, cada vez que lo oye, irrefrenablemente, tiende los brazos como para socorrerlo.

La gente cruel se ríe de estos dolores del moribundo y la angustiada. De nuevo suben los sacerdotes y escribas, hasta ponerse detrás de los pastores, los cuales, de todas formas, están en el rellano de abajo. Y dado que los soldados hacen ademán de rechazarlos, reaccionan diciendo:

-¿Están aquí estos galileos? Pues estamos también nosotros, que tenemos que constatar que se cumpla la justicia totalmente. Y, desde lejos, con esta luz extraña, no podemos ver.

En efecto, muchos empiezan a impresionarse de la luz que está envolviendo al mundo, y alguno tiene miedo. También los soldados señalan al cielo y a una especie de cono, tan oscuro, que parece hecho de pizarra, y que se eleva como un pino por detrás de la cima de un monte. Parece una tromba marina. Se levanta, se levanta, parece generar nubes cada vez más negras: de alguna forma, se parece a un volcán lanzando humo y lava.

Es en esta luz crepuscular y amenazadora en la que Jesús da Juan a María y María a Juan. Inclina la cabeza, dado que María se ha puesto más debajo de la cruz para verlo mejor, y dice:

-Mujer: ahí tienes a tu hijo. Hijo: ahí tienes a tu Madre.

El rostro de María aparece más desencajado aún, después es esta palabra que es el testamento de Jesús, el cual, no tiene nada que dar a su Madre, sino un hombre; que por amor al Hombre priva del Hombre-Dios, nacido de Ella. Pero trata, la pobre Madre, de no llorar sino mudamente, porque no puede, no puede no llorar. Las gotas de llanto brotan, a pesar de todos los esfuerzos hechos por retenerlas, aun expresando con la boca su afligida sonrisa fijada en los labios por Él, para consolarlo a Él...

Los sufrimientos son cada vez mayores y la luz es cada vez menor. Es en esta luz de fondo marino en la que aparecen, detrás de los judíos, Nicodemo y José, y dicen:

-¡Apártense!

-No se puede. ¿Qué quieren?- dicen los soldados.

-Pasar. Somos amigos del Cristo - Se vuelven los jefes de los sacerdotes y dicen indignados:

-¿Quién se atreve a declararse amigo del rebelde? - Y José, resueltamente:

-Yo, noble miembro del Gran Consejo: José de Arimatea, el Anciano; y conmigo está Nicodemo, jefe de los judíos.

-Quien se pone de la parte del rebelde es rebelde.

-Y quien se pone de la parte de los asesinos es un asesino, Eleazar de Anás. He vivido como hombre justo. Ahora soy viejo. Mi muerte no está lejana. No quiero hacerme injusto cuando ya el Cielo baja a mí y con él el Juez eterno.

-¡Y tú, Nicodemo! ¡Me maravillo!

-Yo también. Pero sólo de una cosa: de que Israel esté corrompido, que no sepa ya reconocer a Dios.

-Me causas horror.

-Apártate, entonces, y déjame pasar. Pido sólo eso.

-¿Para contaminarte más todavía?

-Si no me he contaminado estado al lado de ustedes, ya nada me contamina. Soldado, ten la bolsa y la contraseña – y pasa al decurión más cercano una bolsa y una tablilla encerada. El decurión observa estas cosas y dice a los soldados:

-Dejen pasar a los dos.

Y José y Nicodemo se acercan a los pastores. No sé ni siquiera si los ve Jesús, en esa bruma cada vez más densa, y velada su mirada con la agonía. Pero ellos sí lo ven, y lloran sin respeto humano, a pesar de que ahora arremeten contra ellos los improperios (*injurias graves*) sacerdotales.

Los sufrimientos son cada vez más fuertes. En el cuerpo se dan las primeras encorvaduras propias de la tetania (*contracción dolorosa de los músculos*) y cada manifestación del griterío de la gente los exaspera. La muerte de las fibras y de los nervios se extiende desde las extremidades torturadas hasta el tronco, haciendo cada vez más difícil el movimiento respiratorio, débil la contracción del diafragma y desordenado el movimiento del corazón. El rostro de Cristo pasa alternativamente de accesos de una rojez intensísima a palideces verdosas propias de un agonizante por desangramiento. La boca se mueve con mayor fatiga, porque los nervios, en exceso cansados, del cuello y de la misma cabeza, que han servido de palanca decenas de veces a todo el cuerpo haciendo fuerza contra el madero transversal de la cruz, propagan el calambre incluso a las mandíbulas. La garganta, hinchada por las carótidas (*cada una de las dos arterias que llevan la sangre del corazón a la cabeza*) obstruídas, debe doler y extender su edema a la lengua, que aparece engrosada y lenta en sus movimientos. La espalda, incluso en los momentos en que las contracciones tetánicas no la curvan formando en ella un arco completo desde la nuca hasta las caderas, apoyadas como puntos extremos en el mástil de la cruz, se va arqueando hacia delante porque los miembros van experimentando cada vez más el peso de las carnes muertas.

La gente ve poco y mal estas cosas, porque la luz ya tiene la tonalidad de la ceniza oscura, y sólo quien esté a los pies de la cruz puede ver bien.

Jesús ahora se relaja totalmente, cayendo hacia delante y hacia abajo, como ya muerto; deja de jadear, la cabeza le cae inerte hacia delante; el cuerpo, de las caderas hacia arriba, está completamente separado, formando ángulo con la cruz. María emite un grito:

-¡Está muerto!

Es un grito trágico que se propaga en el aire negro. Y Jesús se ve realmente como muerto. Otro grito femenino le responde, y en el grupo de las mujeres observo agitación. Luego un grupo de unas diez personas se marcha, sujetando algo. Pero no puedo ver quiénes se alejan así: es demasiado escasa la luz brumosa; da la impresión de estar envueltos por una nube de ceniza volcánica densísima.

-No es posible – gritan unos sacerdotes y algunos judíos.

-Es una simulación para que nos vayamos. Soldado: pínchale con la lanza. Es una buena medicina para devolverle la voz.

Y, dado que los soldados no lo hacen, una descarga de piedras y terrones vuela hacia la cruz, y chocan contra el Mártir para caer después en las corazas romanas. La medicina, como irónicamente han dicho los judíos, obra el prodigio. Sin duda, alguna piedra ha dado en el blanco, quizás en la herida de una mano, o en la misma cabeza, porque apuntaban hacia arriba. Jesús emite un quejido penoso y vuelve en sí. El tórax vuelve a respirar con fatiga y la cabeza a moverse de derecha a izquierda buscando un lugar donde apoyarse para sufrir menos, aunque en realidad encuentra sólo mayor dolor.

Con gran dificultad, apoyando una vez más en los pies torturados, encontrando fuerza en su voluntad, únicamente en ella, Jesús se pone rígido en la cruz. Se pone de nuevo derecho, como si fuera una persona sana con su fuerza completa. Levanta la cara y mira con ojos bien abiertos al mundo que se extiende bajo sus pies, a la ciudad lejana, que apenas es visible como un blancor incierto en la niebla, y al cielo negro del que todo trazo de azul y luz han desaparecido. Y a este cielo cerrado, compacto, bajo, semejante a una enorme lámina de pizarra oscura, Él le grita con fuerte voz, venciendo con la fuerza de la voluntad, con la necesidad del alma, el obstáculo de las mandíbulas rígidas, de la lengua engrosada, de la garganta hinchada.

-**¡Eloi, Eloi, lamma sebasteni!** – (esto es lo que oigo) (**Dios mío, Dios mío. ¿por qué me abandonaste?**) Debe sentirse morir, y en un absoluto abandono del Cielo, para confesar con una voz así el abandono paterno.

La gente se burla de Él y se ríe. Lo insultan:

-¡No sabe Dios qué hacer de ti! ¡A los demonios Dios los maldice! -Otros gritan:

-¡Vamos a ver si Elías, al que está llamando, viene a salvarlo! -Y otros:

-Denle un poco de vinagre. Que haga unas pocas gárgaras. ¡Viene bien para la voz! Elías o Dios – porque está poco claro lo que este demente quiere – están lejos... ¡Necesita voz para que lo oigan!- y se ríen como hienas o como demonios.

Pero ningún soldado da el vinagre y ninguno viene del Cielo para confortar. Es la agonía solitaria, total, cruel, incluso sobrenaturalmente cruel, de la Gran Víctima.

Vuelven las avalanchas de dolor desolado que ya le habían agobiado en el Getsemaní. Vuelven las olas de los pecados de todo el mundo a arremeter contra el náufrago inocente, a sumergirle bajo su amargura. Vuelve, sobre todo, la sensación, más crucificante que la propia cruz, más desesperante que cualquier tortura, de que Dios ha abandonado y que la oración no sube a Él...

Y es el tormento final, el que acelera la muerte, porque exprime las últimas gotas de sangre a través de los poros, porque machaca las fibras aún vivas del corazón, porque finaliza aquello que el primer conocimiento de este abandono había iniciado: la muerte. Porque, ante todo, de esto murió mi Jesús, ¡oh Dios que sobre Él descargaste tu mano por nosotros! Después de tu abandono, por tu abandono, ¿en qué se transforma una criatura? En un demente o en un muerto. Jesús no podía volverse loco porque su inteligencia era divina y, espiritual como es la inteligencia, triunfaba sobre el trauma total de aquel sobre el que cae la mano de Dios. Quedó, pues, muerto: era el Muerto, el santísimo Muerto, el inocentísimo Muerto. Muerto Él, que era la Vida. Muerto por el efecto de tu abandono y de nuestros pecados.

La oscuridad se hace más densa todavía. Jerusalén desaparece del todo. Las mismas laderas del Calvario parecen desaparecer. Sólo es visible la cima (es como si las tinieblas la hubieran mantenido en alto y así recogiera la única y última luz restante, y hubieran depositado ésta, como para una ofrenda, con su trofeo divino, encima de un estanque de ónix líquido, para que esa cima fuera vista por el amor y el odio).

Y desde esa luz que ya no es luz llega la voz quejumbrosa de Jesús:

-¡Tengo sed!

En efecto, hace un viento que da sed incluso a los sanos. Un viento continuo, ahora, violento, cargado de polvo, un viento frío, aterrador. Pienso en el dolor que hubo de causar con su soplo violento en los pulmones, en el corazón, en la garganta de Jesús, en sus miembros helados, entumecidos, heridos. ¡Todo, realmente todo se puso a torturar al Mártir!

Un soldado se dirige hacia un recipiente en que los ayudantes del verdugo han puesto vinagre con hiel, para que con su amargura aumente la salivación en los atormentados. Toma la esponja empapada en ese líquido, la pincha en una caña fina –pero rígida – que estaba ya preparada ahí al lado, y ofrece la esponja al Moribundo.

Jesús se aproxima, ávido, hacia la esponja que llega: parece un pequeñuelo hambriento buscando el pezón materno. María, que ve esto y piensa, ciertamente, también en esto, gime, apoyándose en Juan:

-¡Oh, y yo no puedo darle ni siquiera una gota de llanto!... ¡Oh, pecho mío, ¿por qué no das leche? ¡Oh, Dios, ¿por qué, por qué nos abandonas así? ¡Un milagro para mi Criatura! ¿Quién me sube para calmar su sed con mi sangre?... que leche no tengo...

Jesús, que ha chupado ávidamente la áspera y amarga bebida tuerce la cabeza lleno de amargura por la repugnancia. Ante todo, debe ser corrosiva sobre los labios heridos y rotos. Se retrae, se afloja, se abandona. Todo el peso del cuerpo gravita sobre los pies y hacia delante. Son las extremidades heridas las que sufren la pena atroz de irse abriendo sometidas a la tensión del cuerpo de un cuerpo abandonado a su propio peso. Ya ningún movimiento alivia este dolor. Desde el íleon hacia arriba, todo el cuerpo está separado del madero, y así permanece.

La cabeza cuelga hacia delante, tan pesadamente que el cuello parece excavado en tres lugares: en la zona anterior baja de la garganta, completamente hundida; y en los músculos que están a los lados del cuello. La respiración es cada vez más jadeante, aunque entrecortada: es ya más estertor sincopado que respiración. De tanto en tanto, un acceso de tos penosa lleva a los labios una espuma levemente rosada. Y las distancias entre una espiración y la otra se hacen cada vez más largas. El abdomen está ya inmóvil. Sólo el tórax presenta todavía movimientos de elevación, aunque fatigosos, efectuados con gran dificultad... La parálisis pulmonar se va acentuando cada vez más.

Y cada vez más débil, volviendo al quejido infantil del niño, se oye la invocación:

-¡Mamá! - Y la pobre susurra:

-Sí, tesoro, estoy aquí.

Y cuando, por habérsele velado la vista, dice:

-Mamá, ¿dónde estás? Ya no te veo. ¿También tú me abandonas?

Y esto no es ni siquiera una frase, sino un susurro apenas perceptible para quien más con el corazón que con el oído recoge todo suspiro del Moribundo. Ella responde:

-¡No, no, Hijo! ¡Yo no te abandono! Oye mi voz, querido mío... Mamá está aquí, aquí está... y todo su tormento es no poder ir donde Tú estás...

Es angustiante... Y Juan llora sin trabas. Jesús debe oír ese llanto, pero no dice nada. Pienso que la muerte inminente le hace hablar como en delirio y que ni siquiera es consciente de todo lo que dice y que, por desgracia, ni siquiera comprende el consuelo materno y el amor del Predilecto.

Longinos – que inadvertidamente ha dejado su postura de descanso con los brazos cruzados y una pierna montada sobre la otra, ora una, ora la otra, buscando un alivio para la larga espera en pie, y ahora, sin embargo, está rígido en postura de atento, con la mano izquierda sobre la espada y la derecha pegada, normativamente, al costado, como si estuviera en los escalones del trono imperial-no quiere emocionarse. Pero su cara se altera con el esfuerzo de vencer la emoción, y en los ojos aparece un brillo de llanto que sólo su férrea disciplina logra contener.

Los otros soldados, que estaban jugando a los dados, han dejado de hacerlo y se han puesto en pie; se han puesto también los yelmos, que habían servido para agitar los dados, y están en grupo junto a la pequeña escala excavada en la piedra, silenciosos, atentos. Los otros están de servicio y no pueden cambiar de postura. Parecen estatuas. Pero alguno de los más cercanos, y que oye las palabras de María, musita algo entre los labios y menea la cabeza.

Un intervalo de silencio. Luego, nítidas en la oscuridad total las palabras:

-**¡Todo está cumplido!** – y luego el jadeo cada vez más estertoroso, con pausas de silencio entre un estertor (*respiración ronca*) y el otro, pausas cada vez mayores.

El tiempo pasa al son de este ritmo angustioso: la vida vuelve cuando el respiro áspero del Moribundo rompe el aire; la vida cesa cuando este sonido penoso deja de oírse. Se sufre oyéndolo... Se dice: ¡Basta ya con este sufrimiento! – y se dice: ¡Oh, Dios mío, que no sea el último respiro!

Las Marías lloran, todas, con la cabeza apoyada contra el realce terroso. Y se oye bien su llanto, porque toda la gente ahora calla de nuevo para recoger los estertores del Moribundo.

Otro intervalo de silencio. Se hace leve también el estertor. Apenas es un susurro limitado a los labios y a la garganta. Luego... adviene el último espasmo de Jesús. Una convulsión atroz, que parece quisiera arrancar del madero el cuerpo clavado con los tres clavos, sube tres veces de los pies a la cabeza recorriendo todos los pobres nervios torturados; levanta tres veces el abdomen de una forma anormal, para dejarlo luego, tras haberlo dilatado como por una convulsión de las vísceras; y entre las costillas, que divergen y aparecen bajo la epidermis y abren otra vez las heridas de los azotes; una convulsión atroz que hace torcerse violentamente hacia atrás, una, dos, tres veces, la cabeza, que golpea contra la madera, duramente; una convulsión que contrae en un único espasmo todos los músculos de la cara y acentúa la desviación de la boca hacia la derecha, y hace abrir desmesuradamente y dilatarse los párpados, bajo los cuales se ven girar los globos oculares y aparece la esclerótica. Todo el cuerpo se pone rígido. En la última de las tres contracciones, es un arco tenso, vibrante – verlo es tremendo. Luego, **un grito potente**, inimaginable en ese cuerpo exhausto, estalla, rasga el aire; es el “gran grito” de que hablan los Evangelios y que es la primera parte de la palabra “Mamá”... Y ya nada más... La cabeza cae sobre el pecho, el cuerpo hacia delante, el temblor cesa, cesa la respiración. **Ha expirado.**

La Tierra responde al grito del Sacrificado con un estampido terrorífico. Parece como si de mil bocinas gigantes provenga ese único sonido, y acompañando a este tremendo acorde, se oyen las notas aisladas, lacerantes, de los rayos que surcan el cielo en todos los sentidos y caen sobre la ciudad, en el Templo, sobre la gente... Creo que alguno habrá sido alcanzado por rayos, porque éstos inciden directamente sobre la muchedumbre; y son la única luz, discontinua, que permite ver.

Y luego, inmediatamente, mientras aún continúa la descarga de los rayos, la tierra tiembla en medio de un torbellino de viento huracanado. El terremoto y la onda huracanada se unen para infligir un apocalíptico castigo a los blasfemos. Como un plato en las manos de un loco, la cima del Gólgota ondea y baila, sacudida por movimientos verticales y horizontales que tanto zarandean a las tres cruces, que parece que las van a tumbar.

Longinos, Juan, los soldados, se afirman a donde pueden, como pueden, para no caer al suelo. Pero Juan, mientras con un brazo agarra la cruz, con el otro sujeta a María, la cual, por el dolor y el temblor de la tierra, se ha reclinado en su corazón. Los otros soldados, especialmente los del lateral escarpado, han tenido que refugiarse en el centro para no caer por el barranco. Los ladrones gritan de terror. El gentío grita aún más. Quisieran huír. Pero no pueden. Enloquecidos, caen unos encima de otros, se pisan, se hunden en las grietas del suelo, se hieren, ruedan ladera abajo.

Tres veces se repiten los terremotos y el huracán. Luego, la inmovilidad absoluta de un mundo muerto. Sólo relámpagos, pero sin trueno, surcan el cielo e iluminan la escena de los judíos que huyen en todas las direcciones, con las manos entre el pelo o extendidas hacia delante o levantadas al cielo (ese cielo injuriado hasta ese momento y del que ahora tienen miedo). La oscuridad se atenúa con un indicio de luz que, ayudado por el relampagueo silencioso y magnético, permite ver

que muchos han quedado en el suelo: muertos o desmayados, no lo sé. Una casa arde al otro lado de las murallas y sus llamas se levantan derechas en el aire detenido, poniendo así una pincelada de rojo fuego en el verde ceniza de la atmósfera.

María separa la cabeza del pecho de Juan, le levanta, mira a Jesús. Lo llama, porque mal lo ve con la escasa luz y con sus pobres ojos llenos de llanto. Tres veces lo llama:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Es la primera vez que lo llama por el nombre desde que está en el Calvario. Hasta que, a la luz de un relámpago que forma como una corona sobre la cima del Gólgota, lo ve, inmóvil, cayendo todo Él hacia fuera, con la cabeza tan inclinada hacia delante y hacia la derecha, que con la mejilla toca el hombro y con el mentón, las costillas. Entonces comprende. Entonces extiende los brazos, temblorosos en el ambiente oscuro, y grita;

-¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Luego escucha... Tiene la boca abierta, con la que parece querer escuchar también; e igualmente tiene dilatados los ojos, para ver, para ver... No puede creer que su Jesús ya no esté...

Juan –también él ha mirado y escuchado, y ha comprendido que todo ha terminado- abraza a María y trata de alejarla de allí, mientras dice: -Ya no sufre.

Pero antes de que el apóstol termine la frase, María, que ha comprendido, se desata de sus brazos, se vuelve, se pliega curvándose hasta el suelo, se lleva las manos a los ojos y grita:

-¡No tengo ya Hijo!

Luego se tambalea. Y se caería, si Juan no la recogiera, si no la recibiera por entero, en su corazón. Luego él se sienta en el suelo, para sujetarla mejor en su pecho, hasta que las Marías- que ya no tienen impedido el paso por el círculo superior de soldados, porque, ahora que los judíos han huído, los romanos se han agrupado en el rellano de abajo y comentan lo sucedido- sustituyen al apóstol junto a la Madre.

La Magdalena se sienta donde estaba Juan, y casi coloca a María encima de sus rodillas, mientras la sostiene entre sus brazos y su pecho, besándola en la cara exangüe vuelta hacia arriba, reclinada sobre el hombro compasivo. Marta y Susana, con la esponja y un paño empapado en el vinagre, le mojan las sienes y los orificios nasales, mientras la cuñada le besa las manos, llamándola con gran aflicción, y, en cuanto María vuelve a abrir los ojos y mira a su alrededor con una mirada como desconcertada por el dolor, le dice:

-Hija, hija amada, escucha... dime que me ves... Soy tu María... ¡No me mires así!...

Y, puesto que el primer sollozo abre la garganta de María y caen las primeras lágrimas, ella, la buena María de Alfeo, dice:

-Sí, sí, llora... Aquí conmigo como ante una mamá, pobre, santa hija mía...- María le dice:

-¡Oh, María, María! ¿Has visto? – ella gime y contesta:

-¡Sí! , sí...pero... pero... hija... ¡oh, hija!

No encuentra más palabras y se echa a llorar la anciana María: es un llanto desolado al que hacen eco el de todas las otras (o sea, Marta y María Salomé, la madre de Juan y Santiago y Susana). Las otras piadosas mujeres ya no están. Creo que se han marchado, y con ellas los pastores, cuando se ha oído ese grito femenino...

Los soldados cuchichean unos con otros:

-¿Has visto los judíos? Ahora tenían miedo.

-Y se daban golpes de pecho.

-Los más aterrorizados eran los sacerdotes.

-¡Qué miedo! He sentido otros terremotos, pero como éste, nunca. Mira: la tierra está llena de grietas.

-Y allí se ha desprendido todo un trozo del camino largo.

-Y debajo hay cuerpos.

-¡Déjalos! Menos serpientes.

-¡Otro incendio! En la campiña...

-¿Pero está muerto del todo?

-¿Pero es que no lo ves? ¿Lo dudas?

Aparecen detrás de la roca José y Nicodemo. Está claro que se habían refugiado ahí, detrás del parapeto del monte, para salvarse de los rayos. Se acercan a Longinos. Le dicen:

-Queremos el Cadáver.

-Solamente el Procónsul lo concede. Pero vayan inmediatamente, porque he oído que los judíos quieren ir al Pretorio para obtener el crurifragio (*fractura de las piernas con un mazo para impedir la respiración y acelerar la muerte por asfixia*). No quisiera que cometieran ultrajes.

-¿Cómo lo has sabido?

-Me lo ha referido el alférez. Vayan. Yo espero.

Los dos se dan a caminar, rápidos, hacia abajo por el camino empinado, y desaparecen. Es entonces cuando Longinos se acerca a Juan y le dice en voz baja unas palabras que no alcanzo a oír. Luego pide a un soldado una lanza. Mira a las mujeres, concentradas totalmente en María, que lentamente va recuperando las fuerzas. Todas dan la espalda a la cruz. Longinos se pone enfrente del Crucificado, estudia bien el golpe. Y luego lo descarga. La larga lanza penetra profundamente de abajo hacia arriba, de derecha a izquierda. Juan, atenazado por entre el deseo de ver y el horror de ver, aparta un momento la cara. Longinos le dice:

-Ya está, amigo. Mejor así. Como a un caballero. Y sin romper huesos... ¡Era verdaderamente un justo!

De la herida mana mucha agua y un hilito sutil de sangre que ya tiende a coagularse. Mana, he dicho. Sale solamente filtrándose, por el tajo neto que permanece inmóvil, mientras que si hubiera habido respiración éste se habría abierto y cerrado con el movimiento torácico-abdominal...

...Mientras en el Calvario todo permanece en este trágico aspecto, yo alcanzo a José y Nicodemo, que bajan por un atajo para acortar tiempo. Están casi en la base cuando se encuentran con Gamaliel. Un Gamaliel despeinado, sin prenda que cubra su cabeza, sin manto, sucia de tierra su espléndida túnica desgarrada por las zarzas; un Gamaliel que corre, subiendo y jadeando, con las manos entre sus cabellos ralos y entrecanos de hombre anciano. Se hablan sin detenerse.

-¡Gamaliel! ¿Tú?

-¿Tú, José? ¿Lo dejas?

-Yo no. Pero tú, ¿cómo por aquí?, y en ese estado...

-¡Cosas terribles! ¡Estaba en el Templo! ¡La señal! ¡El Templo sacudido en su estructura! ¡El velo de púrpura y Jacinto cuelga desgarrado! ¡El Sancta Sanctorum descubierto! ¡Tenemos la maldición sobre nosotros!

Gamaliel ha dicho esto sin detenerse, continuando su paso veloz hacia la cima, enloquecido por esta prueba. Los dos lo miran mientras se aleja... se miran... dicen juntos:

-“¡Estas piedras temblarán con mis últimas palabras!” ¡Se lo había prometido!...

Aceleran la carrera hacia la ciudad.

Por la campiña, entre el monte y las murallas, y más allá, vagan, en un ambiente todavía de neblina y oscuro, personas con aspecto desquiciado... Gritos, llantos, quejidos... Dicen:

-¡Su Sangre ha hecho llover fuego!

-¡Entre los rayos de Yehove se ha aparecido para maldecir el Templo!

-¡Los sepulcros! ¡Los sepulcros!

José agarra a uno que está dando cabezazos contra la muralla, y lo llama por su nombre, y tira de él mientras entra en la ciudad:

-¡Simón! ¿Pero qué vas diciendo?

-¡Déjame! ¡Tú también eres un muerto! ¡Todos los muertos! ¡Todos fuera! Y me maldicen.

-Se ha vuelto loco - dice Nicodemo. Lo dejan y trotan hacia el Pretorio.

El terror se ha apoderado de la ciudad. Gente que vaga dándose golpes de pecho. Gente que al oír por detrás una voz o un paso da un salto hacia atrás o se vuelve asustada. En uno de los muchos espacios abovedados, oscuros, la aparición de Nicodemo, vestido de lana blanca - porque para poder ganar tiempo se ha quitado en el Gólgota el manto oscuro - hace dar un grito de terror a un fariseo que huye. Luego éste se da cuenta de que es Nicodemo y se lanza a su cuello con un extraño gesto efusivo, gritando.

-¡No me maldigas! Mi madre se me ha aparecido y me ha dicho: “¡Maldito seas eternamente!” - y luego se derrumba gimiendo:- ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

-¡Pero están todos locos! - dicen los dos.

Llegan al Pretorio. Y sólo aquí, mientras esperan a que el Procónsul los reciba, José y Nicodemo logran conocer el porqué de tanto terror: muchos sepulcros se habían abierto con las sacudidas de los terremotos y había quien juraba que había visto salir de ellos a los esqueletos, los cuales, en un instante, se habían recompuesto con apariencia humana, y andaban acusando del deicidio a los culpables, y maldiciéndolos.

Los dejo en el atrio del Pretorio, donde los dos amigos de Jesús entran sin tantas historias de estúpidas repulsiones y estúpidos miedos a contaminaciones.

Vuelvo al Calvario. Me llevo a donde Gamaliel, que está subiendo, ya agotado, los últimos metros. Camina dándose golpes en el pecho, y al llegar al primero de los rellanos, se arroja de bruces-largura blanca sobre el suelo amarillento - y gime:

-¡La señal! ¡La señal! ¡Dime que me perdonas! Un gemido, un gemido tan sólo, para decirme que me oyes y me perdonas.

Comprendo que cree que todavía está vivo. Y no cambia de opinión sino cuando un soldado, dándole con el asta de la lanza, le dice:

-Levántate. Calla. ¡Ya no sirve! Debías haberlo pensado antes. Está muerto. Y yo, que soy pagano, te lo digo: ¡Éste al que han crucificado era realmente el Hijo de Dios!

-¿Muerto? ¿Estás muerto? ¡Oh!...

Gamaliel levanta la cara aterrorizado, trata de alcanzar a ver la cima con esa luz crepuscular. Poco ve, pero sí lo suficiente como para comprender que Jesús está muerto. Y ve también al grupo compasivo que consuela a María, y a Juan, en pie a la izquierda de la cruz, llorando, y a Longinos, en pie, a la derecha, solemne con su respetuosa posición.

Se arrodilla, abre los brazos y llora:

-¡Eras Tú! ¡Eras Tú! No podemos ya ser perdonados. Hemos pedido que cayera sobre nosotros tu Sangre. Y esa Sangre clama al Cielo y el Cielo nos maldice... ¡Oh! ¡Pero Tú eras la Misericordia!... Yo te digo, yo, el anonadado rabí de Judá: “Venga tu Sangre sobre nosotros, por piedad”. ¡Aspérjanos con ella! Porque sólo tu Sangre puede suplicar el perdón para nosotros...

Llora, y luego, más bajo, confiesa su secreta tortura:

-Tengo la señal que había pedido... Pero siglos y siglos de ceguera espiritual están ante mi vista interior, y contra mi voluntad de ahora se levanta la voz de mi soberbio pensamiento de ayer... ¡Piedad de mí! ¡Luz del mundo, haz que descienda un rayo tuyo a las tinieblas que no te han comprendido! Soy el viejo judío fiel a lo que creía ser justicia y era error. Ahora soy una tierra vacía, ya sin ninguno de los árboles de la Fe antigua, sin semilla alguna o tallo alguno de la Fe nueva. Soy un árido desierto. Obra Tú el milagro de hacer surgir, en este pobre corazón de viejo israelita obstinado, una flor que lleve tu nombre. Entra Tú, Libertador, en este pobre pensamiento mío prisionero de las fórmulas. Isaías lo dice (Isaías 53, 12): “...pagó por los pecadores y cargó sobre sí los pecados de muchos”. ¡Oh, también el mío, Jesús Nazareno...

Se levanta. Mira a la cruz, que aparece cada vez más nítida con luz que se va haciendo más clara, y luego se marcha encorvado, envejecido, abatido. Y vuelve el silencio al Calvario, un silencio apenas roto por el llanto de María. Los dos ladrones, exhaustos por el miedo, ya no dicen nada.

Vuelven corriendo Nicodemo y José, diciendo que tienen el permiso de Pilatos. Pero Longinos, que no se fía demasiado, manda un soldado a caballo donde el Procónsul para saber cómo comportarse, incluso respecto a los dos ladrones. El soldado va y vuelve al galope con la orden de entregar el Cuerpo de Jesús y llevar a cabo el crurifragio en los otros, por deseo de los judíos.

Longinos llama a los cuatro verdugos, que están cobardemente acurrucados al amparo de la roca, todavía aterrorizados por lo que ha sucedido, y ordena que se ponga fin a la vida de los dos ladrones a golpes de mazo. Y así se lleva a cabo: sin protestas, por parte de Dimas, al que el golpe del mazo, asestado en el corazón después de haber golpeado en las rodillas, quiebra en su mitad, entre los labios, con un estertor, el nombre de Jesús; con maldiciones horribles, por parte del otro ladrón: el estertor de ambos es lúgubre. Los cuatro verdugos hacen ademán de querer desclavar de la cruz a Jesús. Pero José y Nicodemo no lo permiten.

También José se quita el manto, y dice a Juan que haga lo mismo y que sujete las escaleras mientras suben con barras (para hacer palanca) y tenazas. María se levanta, temblorosa, sujetada por las mujeres. Se acerca a la cruz. Mientras tanto, los soldados, terminada su tarea, se marchan. Pero Longinos, antes de dejar el rellano inferior, se vuelve desde la silla de su caballo negro para mirar a María y al Crucificado. Luego el ruido de los cascos suena contra las piedras y el de las armas contra las corazas, y se aleja.

La palma izquierda ya está desclavada. El brazo cae a lo largo del Cuerpo, que ahora cuelga semiseparado de la cruz. Le dicen a Juan que deje las escaleras a las mujeres y suba también. Y Juan, subido a la escalera en que antes estaba Nicodemo, se pasa el brazo de Jesús alrededor del cuello y lo sostiene desmayado sobre su hombro. Luego ciñe a Jesús por la cintura mientras sujeta la punta de los dedos de la mano izquierda –casi abierta– para no golpear la horrible perforación. Una vez desclavados los pies, Juan a duras penas logra sujetar y sostener el Cuerpo de su Maestro entre la cruz y su cuerpo.

María se pone ya a los pies de la cruz, sentada de espaldas a ella, preparada para recibir a su Jesús en el regazo. Pero desclavar el brazo derecho es la operación más difícil. A pesar de todo el esfuerzo de Juan, todo el Cuerpo cuelga hacia delante y la cabeza del clavo está hundida en la carne. Y, dado que no quisieran herirlo más, los dos compasivos deben esforzarse mucho. Por fin la tenaza aferra el clavo y éste es extraído lentamente.

Juan sigue sujetando a Jesús, por las axilas; la cabeza reclinada y vuelta sobre su hombro. Al mismo tiempo, Nicodemo y José lo aferran: uno por los hombros, el otro por las rodillas. Así, cuidadosamente, bajan por las escaleras. Llegados abajo, su intención es colocarlo en la sábana que han extendido sobre sus mantos. Pero María quiere tenerlo; ya ha abierto su manto dejándolo colgar de un lado, y está con las rodillas más bien abiertas para hacer cuna a su Jesús.

Mientras los discípulos dan la vuelta para darle el Hijo, la cabeza coronada cuelga hacia atrás y los brazos caen hacia el suelo, y rozarían con la tierra con las manos heridas si la piedad de las compasivas mujeres no las sujetaran para impedirlo.

Ya está en el regazo de su Madre... Y parece un niño grande cansado durmiendo, recogido todo, en el regazo materno. María tiene a su Hijo con el brazo derecho pasado por debajo de sus hombros, y el izquierdo por encima del abdomen para sujetarlo también por las caderas. La cabeza está reclinada en el hombro materno. Y Ella lo llama... lo llama con voz llorosa. Luego lo separa de su hombro y lo acaricia con la mano izquierda; recoge las manos de Jesús y las extiende y, antes de cruzarlas sobre el abdomen inmóvil, las besa; y llora sobre las heridas. Luego acaricia las mejillas, especialmente en el lugar del moretón y la hinchazón. Besa los ojos hundidos; y la boca, que ha quedado levemente torcida hacia la derecha y entreabierta. Querría ordenar sus cabellos- como ya ha hecho con la barba apelmazada por grumos de sangre- pero al intentarlo halla las espinas. Se pincha quitando esa corona, y quiere hacerlo sólo Ella, con la única mano que tiene libre, y rechaza la ayuda de todos diciendo:

-¡No, no! ¡Yo! ¡Yo!

Y lo va haciendo con tanta delicadeza, que parece tener entre los dedos la tierna cabeza de un recién nacido. Una vez que ha logrado retirar esta torturante corona, se inclina para sanar con sus besos todos arañazos de las espinas.

Con la mano temblorosa, separa los cabellos desordenados y los ordena. Y llora y habla en tono muy bajo. Seca con los dedos las lágrimas que caen sobre en las pobres carnes heladas y ensangrentadas. Y quiere limpiarlas con el llanto y su velo, que todavía está puesto en las caderas de Jesús. Se acerca uno de sus extremos y con él se pone a limpiar y secar los miembros santos. Una y otra vez acaricia la cara de Jesús y las manos y las contusas rodillas, y otra vez sube a secar el Cuerpo sobre el que caen lágrimas y más lágrimas.

Haciendo esto es cuando su mano encuentra el desgarró del costado. La pequeña mano, cubierta por el lienzo sutil entra casi entera en la amplia boca de la herida. Ella se inclina para ver en la media luz que se ha formado. Y ve, ve el pecho abierto y el corazón de su Hijo. Entonces grita. Es como si una espada abriera su propio corazón. Grita y se desploma sobre su Hijo. Parece muerta Ella también.

La ayudan, la consuelan. Quieren separarle el Muerto divino y, dado que Ella grita:

-¿Dónde, dónde te pondré, que sea un lugar seguro y digno de Tí?

José, inclinado todo con un gesto reverente, abierta la mano y apoyada en su pecho, dice:

-¡Consuélate, Mujer! Mi sepulcro es nuevo y digno de un grande. Se lo doy a Él. Y éste, Nicodemo, amigo, ha llevado ya los aromas al sepulcro, porque, por su parte, quiere ofrecer eso. Pero, te lo ruego, pues el atardecer se acerca, déjanos hacer esto... Es la Parasceve. ¡Acepta, oh Mujer santa!

También Juan y las mujeres hacen el mismo ruego. Entonces María se deja quitar de su regazo a su Criatura, y, mientras lo envuelven en la sábana, se pone de pie, jadeante. Ruega:

-¡Oh, vayan despacio, con cuidado!

Nicodemo y Juan por la parte de los hombros, José por los pies, llevan el Cadáver, envuelto en la sábana, pero también sujetado con los mantos, que hacen de angarillas, y toman el sendero hacia abajo.

María, sujeta por su cuñada y la Magdalena, seguida por Marta, María de Zebedeo y Susana- que han recogido los clavos, las tenazas, la corona, la esponja y la caña – baja hacia el sepulcro.

En el Calvario quedan las tres cruces, de las cuales la del centro está desnuda y las otras dos tienen aún su vivo trofeo moribundo.

Decir lo que experimento es inútil. Haría sólo una exposición de mi sufrimiento; por tanto, sin valor respecto al sufrimiento que contemplo. Lo describo, pues, sin comentarios sobre mí.

Asisto al acto de sepultura de Nuestro Señor.

La pequeña comitiva, bajado ya el Calvario, encuentra en la base de éste, excavado en la roca caliza, el sepulcro de José de Arimatea. En él entran estos compasivos, con el Cuerpo de Jesús.

Veó la estructura del sepulcro. Es un espacio ganado a la piedra, situado al fondo de un huerto todo florecido. Parece una gruta, pero se comprende que ha sido excavada por la mano del hombre. Está la cámara sepulcral propiamente dicha, con sus nichos. Son como agujeros redondos que penetran en la piedra como agujeros de una colmena; bueno, para tener una idea. Por ahora todos están vacíos. Se ve el ojo vacío de cada nicho como una mancha negra en el fondo gris de la piedra. Luego, precediendo a esta cámara sepulcral, hay como una antecámara, en cuyo centro está la mesa de piedra para la unción. Sobre esta mesa se coloca a Jesús en su sábana.

Entran también Juan y María. No más personas, porque la cámara preparatoria es pequeña y, si hubiera en ella más personas, no podrían moverse. Las otras mujeres están junto a la puerta, o sea, junto a la abertura, porque no hay puerta propiamente dicha.

Los dos portadores destapan a Jesús. Mientras ellos, en un rincón, encima de una especie de repisa, a la luz de las antorchas, preparan vendas y aromas, María se inclina sobre su Hijo y llora. Y otra vez lo seca con el velo que sigue en sus caderas. Es el único baño para el Cuerpo de Jesús: éste de las lágrimas maternas, las cuales, aun siendo abundantes sólo bastan para quitar superficialmente y parcialmente la tierra, la transpiración y la sangre de ese Cuerpo torturado.

María no se cansa de acariciar esos miembros helados. Y, con una delicadeza mayor que si tocara las de un recién nacido, toma las dos pobres manos atormentadas, las agarra con las suyas, besa los dedos, los extiende, trata de recomponer los desgarros de las heridas, como para medicinarlos y que duelan menos, se lleva a las mejillas esas manos que ya no pueden acariciar, y gime, gime invadida por su atroz dolor. Endereza y une los pobres pies, que tan desmayados están, como mortalmente cansados de tanto camino recorrido por nosotros. Pero estos pies se han deformado demasiado en la cruz, especialmente el izquierdo, que está casi aplanado, como si no tuviera tobillo.

Luego vuelve al cuerpo y lo acaricia, tan frío y tan rígido, y, al ver otra vez el desgarrón de la lanza – que ahora, estando boca arriba el Salvador en la superficie de piedra, está totalmente abierto como una boca, y permite ver mejor la cavidad torácica (la punta del corazón puede verse clara entre el esternón y el arco costal izquierdo, y unos dos centímetros por encima se ve la incisión hecha con la punta de la lanza en el pericardio (*tejido membranoso que envuelve el corazón*) y en el corazón, de un centímetro y medio abundante, mientras que la externa del costado derecho tiene, al menos siete centímetros)- al verlo otra vez, María vuelve a gritar como en el Calvario. Tanto se retuerce, llena de dolor, llevándose las manos a su corazón, traspasado como el de Jesús, que parece como si la lanza la traspasara a Ella. ¡Cuántos besos en esa herida! ¡Pobre Mamá!

Luego vuelve hacia la cabeza – levemente vuelta hacia atrás y muy vuelta hacia la derecha- y la endereza. Trata de cerrar los párpados que se obstinan en permanecer entreabiertos; y la boca, que ha quedado un poco abierta, contraída, levemente desviada hacia la derecha. Ordena los cabellos, que ayer mismo eran tan hermosos y estaban tan peinados y que ahora son una completa maraña apelmazada por la sangre. Desenreda los mechones más largos, los alisa en sus dedos, los enrolla para dar de nuevo a aquéllos la forma de los dulces cabellos de su Jesús, tan suaves y ondeados. Y gime, gime porque se acuerda de cuando era niño... Es el motivo fundamental de su dolor: el recuerdo de la infancia de Jesús, de su amor por Él, de sus cuidados, temerosos incluso del aire más vivo para su Criaturita divina, y la comparación con lo que le han hecho ahora los hombres.

Su lamento me hace sentirme mal. Su gesto me hace llorar y sufrir como si una mano hurgara en mi corazón; ese gesto suyo cuando Ella, al no poder verlo así, desnudo, rígido, encima de una piedra, gimiendo: “¿Qué te han... qué te han hecho, Hijo mío?” – se lo recoge todo en sus brazos, pasándole el brazo por debajo de los hombros y estrechándolo contra su pecho con la otra mano y acunándolo con el mismo movimiento de la gruta de la Natividad.

La terrible angustia espiritual de María.

La Madre está en pie junto a la piedra de la unción, y acaricia y contempla y gime y llora. La luz temblorosa de las antorchas ilumina intermitentemente su cara y yo veo gotazas de llanto rodar por las mejillas palidísimas de un rostro destrozado. Oigo las palabras. Todas. Bien claras, aunque sean susurradas a flor de labios. Verdadera conversación del alma materna con el alma del Hijo. Recibo la orden de escribirlas.

“¡Pobre Hijo! ¡Cuántas heridas!... ¡Cómo has sufrido! ¡Mira lo que te han hecho!... ¡Qué frío estás, Hijo! Tus dedos son de hielo. ¡Y qué inertes! Parecen rotos. Nunca, ni en el más relajado de los sueños de tu infancia, ni en el profundo sueño de tu fatiga de obrero, estuvieron tan inertes... ¡Y qué fríos están! ¡Pobres manos! ¡Dáselas a tu Madre, tesoro mío, amor santo, amor mío! ¡Mira qué heridas están! ¡Mira, mira Juan, qué desgarró! ¡Oh, crueles! Aquí, aquí, con tu Mamá esta mano herida, para que yo te la medicine. ¡No, no te hago daño...! Usaré besos y lágrimas, y con el aliento y el amor te calentaré esta mano. ¡Dame una caricia, Hijo! Tú eres de hielo, yo ardo de fiebre. Mi fiebre se verá aliviada con tu hielo y tu hielo se suavizará con mi fiebre. ¡Una caricia, Hijo! Hace pocas horas que no me acaricias y ya me parecen siglos. Pasaron meses sin tus caricias y me parecieron horas porque continuamente esperaba tu llegada, y de cada día hacía una hora, de cada hora un minuto, para decirme que no estabas a una o más lunas lejano de mí, sino solamente a unos pocos días, a unas pocas horas. ¿Por qué, ahora es tan largo el tiempo? ¡Ah, angustia inhumana! Porque has muerto. ¡Te me han muerto! ¡Ya no estás en esta Tierra! ¡Ya no! ¡Cualquiera que sea el lugar a donde lance mi alma para buscar la tuya y abrazarme a ella – porque encontrarte, tenerte,

sentirte, era la vida de mi carne y de mi espíritu – cualquiera que sea el lugar en que te busque con la ola de mi amor, ya no te encuentro, no te encuentro ya! ¡De Ti no me queda sino este despojo frío, este despojo sin alma! ¡Oh, alma de mi Jesús, oh alma de mi Cristo, oh alma de mi Señor, ¿dónde estás?! ¿Por qué le han quitado el alma a mi Hijo, hienas crueles unidas con Satanás? ¿Y por qué no me han crucificado con Él? ¿Han tenido miedo de un segundo delito? (La voz va tomando un tono cada vez más fuerte y desgarrador.) ¿Y qué era matar a una pobre mujer, para ustedes que no han vacilado en matar a Dios hecho Carne? ¿No han cometido un segundo delito? ¿Y no es éste el más abominable, el de dejar que una madre sobreviva a su Hijo furiosamente matado?

La Madre, que con la voz había levantado la cabeza, ahora se inclina de nuevo hacia el rostro sin vida, y vuelve a hablar bajo, sólo para Él:

-Al menos en la tumba, aquí dentro, habríamos estado juntos, como habríamos estado juntos en la agonía en el madero, y juntos en el viaje de después de la muerte y al encuentro de la Vida. Pero, si no puedo seguirte en el viaje de después de la muerte, aquí, esperándote, sí que puedo quedarme.

Se endereza de nuevo y dice con voz fuerte a los presentes:

-Váyanse todos. Yo me quedo. Enciérrenme aquí con Él. Lo esperaré. ¿Dicen que no se puede? ¿Por qué no se puede? ¿Si hubiera muerto, no estaría aquí, echada a su lado, a la espera de ser recompuesta? Estaré a su lado, pero de rodillas. Asistí a sus vagidos cuando, tierno y rosado, lloraba en una noche de Diciembre. A su lado estaré ahora, en esta noche del mundo que ya no tiene a Cristo. ¡Oh, gélida noche! ¡El Amor ha muerto! ¿Qué dices, Nicodemo? ¿Me contamina? Su Sangre no es contaminación. Tampoco me contaminé generándolo. ¡Ah, cómo saliste Tú, Flor de mi seno, sin lacerar fibra alguna! Al contrario, como una flor de perfumado narciso que brota del alma del bulbo-matriz y florece aunque el abrazo de la tierra no haya ceñido la matriz; así justamente. Virgen florecer que en Ti se refleja, oh Hijo venido del abrazo celestial, nacido entre celestiales inundaciones de esplendor.

Ahora la Madre angustiada vuelve a inclinarse hacia el Hijo, abstrayéndose de cualquier otra cosa que no sea Él, y susurra bajo:

-¿Tú recuerdas, Hijo, aquella sublime vestidura de esplendores que todo revistió mientras nacías a este mundo? ¿Recuerdas aquella beatífica luz que el Padre mandó desde el Cielo para envolver el misterio de tu florecer y para que te fuera menos repulsivo este mundo oscuro, a Ti, que eras Luz y venías de la Luz del Padre y del Espíritu Paráclito? ¿Y ahora?... Ahora oscuridad y frío... ¡Cuánto frío! ¡Cuánto! ¡y me llena de temblor! Más que aquella noche de Diciembre. Entonces, el tenerte daba calor a mi corazón. Y Tú tenías a dos amándote... Ahora... Ahora sólo yo, y moribunda también. Pero te amaré por dos: por los que te han amado tan poco, que te han abandonado en el momento del dolor; te amaré por los que te han odiado. Por todo el mundo te amaré, Hijo. No sentirás el hielo del mundo. No, no lo sentirás. Tú no abriste mis entrañas para nacer; pero, para que no sientas el hielo, estoy dispuesta a abrírmelas y envolverte en el abrazo de mi seno. ¿Recuerdas cómo te amó este seno, siendo Tú una pequeña semilla palpitante?... Sigue siendo el mismo. ¡Es mi derecho y mi deber de Madre! Es mi deseo. Sólo la Madre puede tenerlo, puede tener hacia el Hijo un amor tan grande como el Universo.

La voz se ha ido elevando, y ahora con plena fuerza dice:

-Váyanse. Yo me quedo. Volverán dentro de tres días y saldremos juntos. ¡Oh, volver a ver el mundo apoyada en tu brazo, Hijo mío! ¡Qué hermoso será el mundo a la luz de tu sonrisa resucitada! ¡El mundo estremecido al Paso de su Señor! La Tierra ha temblado cuando la muerte te ha arrancado el alma y del corazón ha salido tu espíritu. Pero ahora temblará... ya no por horror y dolor agudo, sino con estremecimiento suave – por mí desconocido, pero intuído por mi feminidad – que hace vibrar a una virgen cuando, después de una ausencia, siente la pisada del prometido que viene para las nupcias. Más aún: la Tierra temblará con un estremecimiento santo, como el que yo experimenté hasta mis más hondas profundidades cuando tuve en mí al Señor Uno y Trino, y la voluntad del Padre con el fuego del Amor creó la semilla de que Tú viniste, oh mi Niño santo, Criatura mía, toda mía. ¡Toda! ¡Toda de tu Mamá!, ¡de tu Mamá!... Todos los niños tienen padre y madre. Hasta el ilegítimo tiene un padre y una madre. Pero Tú tuviste sólo a la Madre para formarte de la carne de rosa y azucena, para hacerte estos recamos (*bordados de realce*) de venas, azules como nuestros ríos de Galilea, y estos labios de granada, y estos cabellos de hermosura no superada por los mechones de oro de las cabras de nuestras colinas, y estos ojos: dos pequeños lagos de Paraíso. No, mejor: del agua de que procede el único y cuádruple Río del Lugar de delicias (Génesis 2,8-15), y consigo lleva, en sus cuatro ramales, el oro, el ónice, el bedelio y el marfil, los diamantes, las palmas, la miel, las rosas, y riquezas infinitas, oh Pisón, oh Guijón, oh Tigris, oh Éufrates: camino de los ángeles que exultan en Dios, camino de los reyes que te adoran, Esencia conocida o desconocida, pero viviente, presente, hasta en el más oscuro de los corazones. Sólo tu Mamá te formó esto, con su “sí”... De música y amor te formó; de pureza y obediencia te formé, ¡oh Alegría mía! ¿Qué es tu

corazón? La llama del mío, que se dividió para condensarse en corona en torno al beso de Dios a su Virgen. Esto es este Corazón. ¡Ah!

(Es un grito tan desgarrador que la Magdalena y Juan se acercan a socorrerla; las otras no se atreven, y llorando, veladas, miran de soslayo desde la abertura.)

-¡Ah, te lo han partido! ¡Por eso estás tan frío y por eso estoy tan fría yo! Ya no tienes dentro la llama de mi corazón, ni yo puedo seguir viviendo por el reflejo de esa llama que era mía y que te di para formarte un corazón. ¡Aquí, aquí, aquí, en mi pecho! Antes que la muerte me quite la vida, quiero darte calor, quiero acunarte. Te cantaba: “No hay casa, no hay alimento, hay sólo dolor”. ¡Proféticas palabras! ¡Dolor, dolor, dolor para Ti, para mí! Te cantaba: “Duerme, duerme en mi corazón”. También ahora: aquí, aquí, aquí...

Y sentándose en el borde de la piedra, lo recoge tiernamente en su regazo pasándose un brazo de su Hijo por los hombros, poniéndose la cabeza de su Hijo apoyada en un hombro y reclinando la suya sobre ella, estrechándolo contra su pecho, acunándolo, besándolo, angustiada y angustiante.

Nicodemo y José se acercan y ponen en una especie de asiento que hay junto a la otra parte de la piedra, vasos y vendas y la sábana limpia y una vasija con agua, me parece, y mechones de hilos, me parece.

María, que ve esto, pregunta con fuerte voz:

-¿Qué hacen? ¿Qué quieren? ¿Prepararlo? ¿Prepararlo para qué? Déjenlo en el regazo de su Madre. Si logro darle calor, resucita antes; si logro consolar al Padre y consolarlo a Él del odio deicida, el Padre perdona antes y Él vuelve antes.

La Dolorosa está casi en un estado de delirio.

-¡No, no se los doy! Una vez lo di, una vez lo di al mundo, y el mundo no lo ha recibido. Lo ha matado por no querer tenerlo. ¡Ahora no vuelvo a darlo! ¿Qué dicen? ¿Qué lo aman? ¡Ya! Y entonces ¿por qué no lo han defendido? Han esperado a decir que lo querían cuando ya no podía oírlos. ¡Qué pobre amor el de ustedes! Pero, si tenían tanto miedo al mundo, que no se atrevían a defender a un inocente, al menos hubieran debido confiármelo a mí, a la Madre, para que defendiera al que de Ella nació. Ella sabía quién era y qué merecía. ¡Ustedes!... Lo han tenido como Maestro, pero no han aprendido nada. ¿No es, acaso, cierto? ¿Acaso miento? ¿Pero no ven que no creen en su Resurrección? ¿Creen? No. ¿Por qué están ahí, preparando aromas y vendas? Porque lo consideran un pobre muerto, hoy gélido, mañana descompuesto, y quieren embalsamarlo por esto. Dejen sus ungüentos. Vengan a adorar al Salvador con el corazón puro de los pastores betlemitas. Miren: duerme. Es sólo un hombre cansado que duerme. ¡Cuánto se ha esforzado en la vida! ¡Cada vez más, ha ido esforzándose! ¡Y, bueno, no digamos ya en estas últimas horas!... Ahora está descansando. Para mí, para su Mamá, es sólo un Niño grande cansado que duerme ¡Bien míseros la cama y la habitación! Pero tampoco fue hermosa su primera cama, ni alegre su primera morada. Los pastores adoraron al Salvador mientras dormía su sueño de Niño. Ustedes adoren al Salvador mientras duerme su sueño de Triunfador de Satanás. Y luego, como los pastores, vayan a decir al mundo: “¡Gloria a Dios! ¡El Pecado ha muerto! ¡Satanás ha sido vencido! ¡Paz en la Tierra y en el Cielo, entre Dios y el hombre!” Preparen los caminos de su regreso. Yo los envío. Yo, a quien la Maternidad hace Sacerdotisa del rito. Vayan. Yo he dicho que no quiero. Yo he lavado con mi llanto. Y es suficiente. Lo demás no hace falta. Y no piensen que le van a poner esas cosas. Más fácil le será resucitar si está libre de esas fúnebres, inútiles vendas.

¿Por qué me miran así, José? ¿Y tú, por qué Nicodemo? ¿Pero es que le horror de hoy los ha atontado?, ¿les ha hecho perder la memoria? ¿No recuerdan? “A esta generación malvada y adúltera, que busca un signo, no le será dada sino la señal de Jonás... Así, el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la Tierra”. ¿No lo recuerdan? “El Hijo del hombre está para ser entregado en manos de los hombres, que lo matarán, pero al tercer día resucitará.” ¿No se acuerdan? “Destruyan este Templo del Dios verdadero y en tres días Yo lo resucitaré.” Templo era su Cuerpo, ¡oh, hombres! ¿Mueves la cabeza? ¿Es compasión hacia mí? ¿Me crees una demente? Pero bueno, ¿ha resucitado muertos y no va a poder resucitarse a sí mismo? ¿Juan?

-¡Madre!

-Sí, llámame “madre”. ¡No puedo vivir pensando que no seré llamada así! Juan, tú estabas presente cuando resucitó a la hijita de Jairo y al jovencito de Naím. ¿Estaban bien muertos, no? ¿No era sólo un profundo sopor? Responde.

-Estaban muertos. La niña, desde hacía dos horas; el jovencito desde hacía un día y medio.

-¿Y dio la orden y ellos se levantaron?

-Dio la orden y ellos se levantaron.

-¿Han oído? Ustedes dos: ¿han oído? ¿Por qué mueven la cabeza? ¡Ah, quizás lo que están insinuando es que la vida vuelve antes a uno que es inocente y joven! ¡Pues mi Niño es el Inocente! Y es siempre Joven. ¡Es Dios mi Hijo!...

La Madre mira con ojos afligidos a los dos preparadores, quienes, desalentados pero inexorables, disponen los rollos de las vendas empapadas ya en los perfumes. María da dos pasos- ha dejado a su Hijo con la delicadeza de quien pone en la cuna a un recién nacido –da dos pasos, se inclina al pie de la cama fúnebre, donde, de rodillas, llora la Magdalena; y la aferra por un hombro, la zarandea, la llama:

-María. Responde. Éstos piensan que Jesús no podrá resucitar porque es un hombre y ha muerto a causa de heridas. Pero ¿tu hermano no es mayor que Él?

-Sí.

-¿No estaba herido por entero?

-Sí.

-¿Y no resucitó después de cuatro días de asfixia y putrefacción?

-Sí.

-¿Entonces?

Silencio grave y largo. Luego un grito inhumano. María vacila mientras se lleva una mano al corazón. La sujetan. Pero Ella los rechaza. Parece rechazar a estos compasivos; en realidad rechaza lo que sólo Ella ve. Y grita:

-¡Atrás! ¡Atrás, cruel! ¡No esta venganza! ¡Calla! ¡No quiero oírte! ¡Calla! ¡Ah, me muerde el corazón!

-¿Quién, Madre?

-¡Oh, Juan! ¡Es Satanás! ¡Satanás, que dice: “No resucitará. Ningún profeta lo ha dicho”. ¡Oh, Dios Altísimo! ¡Ayúdenme todos, espíritus buenos, y ustedes, hombres compasivos! ¡Mi razón vacila! No recuerdo nada. ¿Qué dicen los profetas? ¿Qué dice el salmo? ¡Oh, ¿quién me repite los pasajes que hablan de Jesús?!

Es la Magdalena la que con su voz de órgano dice el salmo davídico (22) sobre la Pasión del Mesías.

La Madre llora más fuerte, sujeta por Juan, y el llanto cae sobre el Hijo muerto, que resulta todo mojado de lágrimas. María ve esto, y lo seca, y dice en voz baja:

-¡Tanto llanto! Y, cuando tenías tanta sed, ni siquiera una lágrima te he podido dar. Y ahora... ¡te mojo entero! Pareces un arbusto bajo un pesado rocío. Aquí, que tu Madre te seca. ¡Hijo! ¡Tanta amargura has experimentado! ¡No caiga ahora el amargor y la sal del llanto materno en tu labio herido!... –luego llama fuerte:

-María. David no habla... ¿Sabes Isaías? Di sus palabras...

La Magdalena dice el fragmento sobre la Pasión y termina con un sollozo:

-...Entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores; Él, que quitó los pecados del mundo y oró por los pecadores.

-¡Calla! ¡Muerte no! ¡No entregado a la muerte! ¡No! ¡No! ¡Oh, la falta de fe de ustedes, aliándose con la tentación de Satanás, me pone la duda en el corazón! ¿Y yo no voy a creerte, Hijo? ¿No voy a creer en tu santa palabra? ¡Díselo a mi alma! Habla. Desde las lejanas regiones a donde has ido a liberar a los que esperaban tu llegada, lanza tu voz de alma a mi alma hacia Ti abierta; a mi alma, que está aquí, abierta toda a recibir tu voz. ¡Dile a tu Madre que vuelves! Di: “Al tercer día resucitaré”. ¡Te lo suplico, Hijo y Dios! Ayúdame a proteger mi fe. Satanás la aprisiona entre sus roscas para estrangularla. Satanás ha separado su boca de serpiente de la carne del hombre porque Tú le has arrebatado esta presa, pero ahora ha hincado el garfio de sus dientes venenosos en la carne de mi corazón y me paraliza sus latidos y me quita su fuerza y su calor. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡No permitas que desconfíe! ¡No dejes que la duda me hiele! ¡No des a Satanás la libertad de llevarme a la desesperación! ¡Hijo! ¡Hijo! Ponme la mano en el corazón: alejará a Satanás. Ponme la mano sobre la cabeza: le devolverá la luz. Santifica con una caricia mis labios y se fortalezcan para decir: “Creo” incluso contra todo un mundo que no cree. ¡Oh, qué dolor es no creer! ¡Padre! Mucho hay que perdonar a quien no cree. Porque cuando ya no se cree... cuando ya no se cree... todo horror se hace fácil. Yo te lo digo... yo que experimento esta tortura. ¡Padre, piedad de los que no tienen fe! ¡Dales, Padre santo, dales, por esta Hostia consumada y por mí, hostia que aún arde y se consume, da tu Fe a los que carecen de fe!

Un rato largo de silencio. Nicodemo y José hacen un gesto a Juan y a la Magdalena.

-Ven, Madre.

Es la Magdalena la que habla tratando de separar a María de su Hijo y de desligar los dedos de Jesús entrelazados con los de María, que los besa llorando. La Madre se yergue. Su aspecto es solemne. Extiende por última vez los pobres dedos exangües, coloca la mano inerte junto al Cuerpo. Luego baja los brazos y bien erguida, con la cabeza levemente hacia arriba, ora y ofrece. No se oye una sola palabra, pero se comprende que ora, por todo el aspecto. Es verdaderamente la Sacerdotisa ante el altar, la sacerdotisa en el instante de la ofrenda. “Ofrecemos a tu suprema majestad las cosas que Tú mismo nos has dado, esto es, el sacrificio puro, santo e inmaculado...” (del Misal Romano).

Luego se vuelve:

-De acuerdo, háganlo. Pero resucitará. En vano desconfían de mi razón, en vano están ciegos a la verdad que Él les dijo. En vano trata Satanás de tender asechanzas a mi fe. Para redimir al mundo falta también la tortura infligida a mi corazón por Satanás derrotado. La sufro y la ofrezco por los que han de venir. ¡Adiós, Hijo! ¡Adiós, Criatura mía! ¡Adiós, Niño mío! ¡Adiós... Adiós... Santo... Bueno... Amadísimo y digno de amor...Hermosura... Gozo... Fuente de salvación... Adiós... En tus ojos... en tus labios... en tu pelo de oro... en tus helados miembros... en tu corazón traspasado... ¡oh, en tu corazón traspasado!... mi beso... mi beso... mi beso... Adiós. Adiós... ¡Señor! ¡Piedad de mí!

Los dos preparadores han terminado de disponer las vendas. Vienen a la mesa y despojan a Jesús incluso de su velo. Pasan una esponja –me parece; o un ovillo de lino- por los miembros (es una muy apresurada preparación de los miembros, que gotean por mil partes). Luego untan de ungüentos todo el Cuerpo, que queda literalmente tapado bajo una costra de pomada. Lo primero, lo han levantado. Han limpiado la mesa de piedra. En ésta han puesto la sábana, que cae por más de su mitad por la cabecera de la cama. Han colocado el Cuerpo apoyado sobre el pecho y han untado todo el dorso, los muslos, las piernas, toda la parte posterior. Luego le han dado la vuelta delicadamente, poniendo atención en que no se desprendiera la pomada de perfumes. Le han ungido también por la parte anterior: primero el tronco; luego los miembros (primero los pies; lo último, las manos, que han unido encima del bajo vientre).

La mixtura de ungüentos debe ser pegajosa, como goma, porque veo que las manos han quedado estables, mientras que antes siempre resbalaban por su peso de miembros muertos. Los pies, no: conservan su posición: uno más derecho, el otro más echado. Por último, la cabeza: la habían untado esmeradamente (de forma que sus rasgos desaparecen bajo la capa de ungüento), después, para mantener la boca cerrada, la han atado con la venda que faja el mentón.

María ahora gime más fuerte.

Alzan la sábana por el lado que caía y la doblan sobre Jesús, que desaparece bajo su grueso lienzo. Jesús no es ahora sino una forma cubierta por un lienzo. José comprueba que todo está bien y todavía coloca sobre el rostro un sudario de lino; y otros paños, semejantes a cortas y anchas tiras rectangulares, de derecha a izquierda, sobre el Cuerpo, que sujetan la sábana bien adherida: no es el típico vendaje que se ve en las momias, tampoco el que se ve en la resurrección de Lázaro: es un vendaje en embrión.

Jesús ha quedado anulado. Hasta la forma se difumina bajo los paños. Parece un alargado montón de tela, más estrecho en los extremos y más ancho en el centro, apoyado sobre el gris de la piedra.

María llora más fuerte.

DICE JESÚS

Y la tortura continuó con sus asaltos periódicos hasta el alba del Domingo. Yo tuve, en la Pasión, una sola tentación. Pero la Madre, la Mujer, expió por la mujer, culpable de todos los males, repetidas veces. Y Satanás agredió a la Vencedora con centuplicada furia.

María lo había vencido, y Ella recibió la más feroz de las tentaciones. Tentación a la carne de la Madre. Tentación al corazón de la Madre. Tentación al espíritu de la Madre. El mundo cree que la Redención tuvo fin con mi último respiro. No. La coronó mi Madre, añadiendo su triple tortura para redimir la triple concupiscencia, luchando durante tres días contra Satanás, que quería llevarla negar mi Palabra y a no creer en mi Resurrección. **María fue la única que siguió creyendo.** Grande y bienaventurada es también por esta fe.

Has conocido también esto. Tormento que es eco del tormento de mi Getsemaní. El mundo no comprenderá esta página. Pero “los que están en el mundo sin ser del mundo” la comprenderán, y verán aumentado su amor hacia la Madre Dolorosa. Por esto la he dado.

Ve en paz con nuestra bendición.

611

Cierran el Sepulcro. El regreso al Cenáculo.

José de Arimatea apaga una de las antorchas, da una última ojeada y se dirige a la apertura del sepulcro manteniendo encendida y levantada la otra antorcha.

María se inclina una vez más para besar a su Hijo a través de los elementos que lo cubren. Y quisiera hacerlo dominando su dolor, conteniendo éste como forma de respeto al Cadáver, que, estando embalsamado, no le pertenece. Pero, cuando está cerca del rostro velado, ya no se domina; se sume en una nueva crisis de desolación.

Con dificultad la alzan. La alejan, con mayor dificultad aún, del lecho fúnebre. Arreglan las telas desordenadas y, más en vilo que sujetándola, se llevan a la pobre Madre, que se aleja con la cara hacia atrás, para ver, para ver a su Jesús, ya solo en la oscuridad del sepulcro.

Salen al huerto silencioso bajo la luz vespertina. Ya la claridad que renació después de la tragedia del Gólgota, vuelve a oscurecerse por la noche que desciende. Y allí, bajo los tupidos ramajes – tupidos aunque carezcan todavía de hojas y estén apenas adornados por las bocas blanco-rosas de los manzanos que empiezan a echar flores (extrañamente retrasados en este manzanar de José, mientras que en otros lugares están ya enteramente cubiertos de flores abiertas e incluso fecundadas, constituyendo ya minúsculos frutos), bajo esos tupidos ramajes, la penumbra es aún más densa que en otros lugares.

Corren hasta su surco la pesada piedra del sepulcro. Largas ramas de un enmarañado rosal, que caen de lo alto de la gruta, parecen llamar a esa puerta de piedra y decir: “¿Por qué te cierras ante una madre que llora?”. Y parece verter también ellas lágrimas de sangre con sus pétalos deshojados, con las corolas distribuidas sobre la superficie de la piedra oscura, con los botones cerrados que golpean contra el inexorable cierre.

Pero pronto otra sangre humedecerá esa puerta sepulcral, y otro llanto. María, hasta ahora sujeta por Juan y sollozando, aunque bastante sosegada, se libera ahora del apóstol y, emitiendo un grito que creo que ha hecho temblar hasta las entrañas de las plantas, se arroja contra la puerta, se agarra al saliente de ésta para recorrerla, se hiere los dedos y se rompe las uñas, sin conseguir moverla, y hasta hace palanca apretando la cabeza contra este saliente áspero. Su gemido tiene notas del rugido de una leona que se abre las venas contra el cierre de una trampa donde están encerrados sus cachorros, compasiva y furiosa por amor de madre.

Nada tiene ahora de la mansa virgen de Nazaret, de la paciente mujer que hasta ahora hemos conocido. Es: la madre; sólo y simplemente: la madre aferrada a su criatura con todos los nervios de la carne y todas las entrañas del amor. Es la más verdadera “dueña” de esa carne que Ella generó, la única dueña después de Dios, y no quiere que le roben esta propiedad. Es la “reina” que defiende su corona: el hijo, el hijo, el hijo.

Toda la rebelión y las rebeliones que en treinta y tres años en cualquier otra mujer habría habido contra la injusticia del mundo hacia un hijo, toda la santa y lícita ira que cualquier otra madre habría manifestado durante aquellas últimas horas, para herir y matar con las manos y dientes a los asesinos de su hijo; todas estas cosas que Ella, por amor al género humano, ha dominado siempre, ahora se agitan en su corazón, hierven en su sangre, pero, mansa incluso en medio de ese dolor suyo que la hace delirar, ni maldice ni acomete. Solamente pide a la piedra que se abra, que la deje pasar porque su sitio está ahí dentro, donde está Él; sólo pide a los hombres, despiadadamente piadosos, que la obedezcan y abran.

Después de haber golpeado y manchado de sangre con los labios y las manos la piedra tenaz, se vuelve, se apoya con los brazos abiertos, aferrando todavía los dos bordes de la piedra, y, terrible en su majestuosidad de Madre dolorosa, ordena:

-¡Abran! ¿No quieren? Pues yo me quedo aquí. ¿No dentro? Pues afuera. Aquí están mi pan y mi cama, aquí está mi morada. No tengo ni otras casas ni otro objetivo. Ustedes váyanse si quieren. Vuelvan al asqueroso mundo. Yo me quedo aquí, donde no hay ambiciones ni olor de sangre.

-¡No puedes, Mujer!

-¡No puedes, Madre!

-¡No puedes, María amada!

Y tratan de separarle las manos de la piedra, asustados por esos ojos que ellos no conocían con ese destello que los hace duros e imperiosos, vítreos, fosforescentes.

El sobrepasarse mal conviene a los mansos, y los humildes no saben persistir en la soberbia... Y enseguida cede en María el querer vehemente y el mandar imperioso. Vuelve a Ella su mirada mansa de paloma torturada, pierde el gesto impositivo y se inclina otra vez suplicante, y une las manos rogando:

-¡Oh, déjenme! ¡Por sus difuntos, por los vivos a los que aman, piedad de una pobre madre!... Oigan... oigan mi corazón. Necesita paz para que cese en él este latido cruel; así se ha puesto a latir arriba, en el Calvario. El martillo hacía “ton”, “ton”, “ton”...y cada uno de esos golpes hería a mi Niño... y golpeaba mi cerebro y mi corazón... y tengo llenos de esos golpes la cabeza, y mi corazón late rápido al ritmo de ese “ton”, “ton”, “ton” descargado sobre las manos, sobre los pies de mi Jesús, de mi pequeño Jesús... ¡Mi Niño! ¡Mi Niño!...

Le vuelve todo el tormento que parecía calmado después de su oración al Padre junto a la mesa de la unción. Todos lloran.

-Necesito no oír gritos ni golpes. El mundo está lleno de voces y ruidos. Cada voz me parece ese “gran grito” que me ha petrificado la sangre en las venas; cada ruido, el del martillo en los clavos. Necesito no ver rostros de hombre. El mundo está lleno de rostros... Hace casi doce horas que veo rostros de asesinos... Judas... los verdugos... los sacerdotes... los judíos... ¡Todos, todos asesinos!... ¡Fuera! ¡Fuera!... No quiero ver a nadie... En cada hombre hay un lobo y una serpiente. Siento

escalofrío ante el hombre, siento miedo del hombre... Déjenme aquí, bajo estos árboles serenos, en esta hierba poblada de flores... Dentro de poco saldrán las estrellas... que siempre fueron sus amigas y mis amigas... Ayer las estrellas han hecho compañía nuestra solitaria agonía... Ellas saben muchas cosas... Ellas vienen de Dios... ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios! - Lloro y se arrodillo - ¡Paz, mi Dios! ¡No me quedas sino Tú!

-Ven, hija. Dios te dará paz. Pero ven. Mañana es el sábado pascual. No podríamos venir a traerte comida...

-¡Nada! ¡Nada! ¡No quiero comida! ¡Quiero a mi Hijo! Sacio hambre con mi dolor; mi sed, con mi llanto... Aquí... ¿Oyen cómo llora ese autillo (*pájaro parecido a la lechuza*)? Lloro conmigo, y dentro de poco llorarán los ruiseñores. Y mañana, con la luz del Sol, llorarán las calandrias y los currucos y los pájaros que Él amaba, y las tórtolas vendrán conmigo a golpear a esta puerta y a decir, a decir: “Levántate, amor mío y ven! Amor que estás en la hendidura de la roca, en el refugio de la escarpada, déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz”. ¡Aaaah! ¿Qué digo? ¡Ellos, ellos también, los torvos asesinos, se han dirigido a Él con las palabras del Cantar! (Cantar de los cantares 2,13-14; 3,11) Sí, vengan, oh hijas de Jerusalén, a ver a su Rey con la diadema, como lo coronó su Patria en el día de su desposorio con la Muerte, en el día de su triunfo como Redentor.

-¡Mira, María! Están viniendo guardias del Templo. Aléjate de aquí. No te vayan a insultar.

-¿Guardias? ¿Insultos? No. Son viles. Viles son. Y si yo saliera a su encuentro, terrible en mi dolor, huirían como Satanás frente a Dios. Pero yo recuerdo que soy María... y no arremeteré contra ellos, como tendría derecho a hacer. Estaré pacífica... ni siquiera me verán. Y, si me ven y me preguntan: “¿Qué quieres?”, les diré: La limosna de respirar el aire balsámico que sale por esta fisura”. Diré: “En nombre de sus madres”. Todos tienen una madre... hasta el ladrón compasivo lo ha dicho...

-Pero éstos son peor que los bandoleros. Te insultarán.

-¿Acaso hay un insulto que, después de los de hoy, yo no conozca?

Es la Magdalena la que encuentra la razón capaz de conseguir la obediencia de la Dolorosa:

-Tú eres buena, eres santa, y crees y eres fuerte. Pero nosotros ¿qué somos?... ¡Ya lo ves! La mayor parte han huído; los que han quedado estamos aterrados. La duda, ya presente en nosotros, nos haría ceder. Tú eres la Madre. No tienes sólo el deber y el derecho con respecto a tu Hijo, sino el deber y el derecho respecto a lo que es de tu Hijo. Debes volver con nosotros, estar entre nosotros, para recogernos, para confirmarnos, para infundirnos tu fe. Tú has dicho, después de tu justo reproche de nuestra pusilanimidad en incredulidad: “Más fácil le será resucitar si está libre de estas vendas”. Yo te lo digo: “Si nosotros logramos reunirnos en la fe en su Resurrección, resucitará antes. Lo llamaremos con nuestro amor...” ¡Madre, Madre de mi Salvador, vuelve con nosotros, tú, amor de Dios, para darnos este amor tuyo! ¿Acaso quieres que se pierda de nuevo la pobre María de Magdala, a la que Él ha salvado con tanta piedad?

-No. Me pesaría. Tienes razón. Debo volver... buscar a los apóstoles. A los discípulos... a los parientes... a todos... Decir... decir: crean. Decir: los perdona... ¿A quién se lo dije esto?... ¡Ah! A Judas Iscariote... Habrá que... sí, habrá que buscarlo también a él... porque es el mayor pecador...

María está ahora con la cabeza reclinada sobre su propio pecho y tiembla como por repulsión; luego dice:

-Juan: lo buscarás. Y me lo traerás. Debes hacerlo. Y yo debo hacerlo. Padre: hágase también esto por la Redención de la Humanidad. Vamos.

Se levanta. Salen del huerto semioscuro. Los guardias los ven salir y no dicen nada.

El camino, polvoriento y revuelto por la riada de gente que lo ha recorrido y batido con los pies, piedras y palos, dibuja una curva en torno al Calvario para llegar al camino principal que va paralelo a las murallas. Y aquí las huellas de lo que ha sucedido son aún más intensas. Dos veces María emite un grito y se inclina para examinar bajo la incierta luz el suelo, porque le parece ver sangre y piensa que es de su Jesús. Pero son sólo jirones de tela desgarrada (yo creo que con el desorden de la fuga). El pequeño torrente que corre a lo largo de este camino susurra un rumor leve en medio del gran silencio que lo envuelve todo. La ciudad, no viniendo de ella sino un profundo silencio, parece abandonada.

Ahí está el puentecito que conduce al empinado camino al Calvario. Y, frente al puente, la Puerta Judicial. Antes de desaparecer tras ella, María se vuelve para mirar la cima del Calvario... y llora desconsoladamente. Luego dice:

-Vamos. Pero guíenme ustedes. No quiero ver ni Jerusalén, ni sus calles ni sus habitantes.

-Sí, sí, pero démonos prisa. Está para cerrar las puertas y, ¿lo ves?, has reforzado la guardia en ellas. Roma teme alborotos.

-Con razón. ¡Jerusalén es una guarida de tigres! ¡Es una tribu de asesinos! Una turba de depredadores; y no sólo dirigen estos usurpadores sus colmillos rapaces hacia las riquezas, sino también contra las vidas. Hace ya treinta y dos años que acechan contra la vida de mi Niño... Era un

corderito de leche, un corderito rosado de oro ensortijado... Apenas sabía decir “Mamá”, y dar los primeros pasitos, y reír con sus pocos dientecitos entre labios de pálido coral, y ya vinieron para degollarlo... Ahora dicen que había blasfemado y violado el sábado y que había movido a la sublevación y aspirado al trono y pecado con las mujeres... Pero, en aquellos tiempos, ¿qué había hecho? ¿Qué blasfemia podía haber dicho, si apenas sabía llamar a su Mamá?, ¿qué podía violar de la Ley, si Él, el eterno Inocente, era entonces también el inocente pequeñito del hombre?, ¿qué sublevación podía promover, si ni siquiera sabía tener un capricho? ¿A qué trono podía aspirar? Tenía su trono ya en la Tierra y en el Cielo, y no pedía otros tronos: en el Cielo, el seno del Padre; en la Tierra, el mío. Jamás tuvo ojos para la carne, y ustedes, jóvenes y hermosas, pueden decirlo. Pero en aquel tiempo, en aquel tiempo... su “sensualidad” estaba limitada a la necesidad de calor y nutrición, y sus amores eran sólo con mi tibio pecho, buscando poner encima la carita y dormir así; y con el romo pezón del que mi amor fluía convertido en leche... ¡oh, Criatura mía!... ¡Y querían verte muerto! ¡Esto querían: quitarte la vida! Tu único tesoro. La Madre al Hijo; el Hijo a la Madre, para convertirnos en los más míseros y desolados del Universo. ¿Por qué quitarle al Vivo la vida? ¿Por qué arrogarse el derecho de quitar esto que es la vida: bien de la flor y del animal, bien del hombre?

Nada les pedía mi Jesús. Ni dinero ni joyas, ni casas. Una casa tenía, pequeña y santa, y la había dejado por amor a ustedes, hombres-hiena. Había renunciado por ustedes a aquello que hasta una cría de un animal tiene, y fue pobre y solo por el mundo, sin tener siquiera la cama que le había hecho el Justo (*San José*), sin el pan tan siquiera que le hacía su Madre; y durmió donde pudo y comió donde pudo: sobre la cama herbosa de los prados, velado por las estrellas; o en las casas de los buenos, como cualquier hijo de hombre. Sentado a una mesa, o compartiendo con los pájaros de Dios los granos de trigo y el fruto de la zarza silvestre. Y no les pedía nada. Al contrario: les daba. Quería sólo la vida para darles con su palabra la Vida. Y ustedes, y Jerusalén, lo han despojado de la vida. ¿Te has saciado con su Sangre? ¿Te has llenado con su Carne? ¿O todavía no te llena, y quieres- tras vampiro y buitres, hiena – comer su Cadáver, y, no satisfecha aún de los oprobios y tormentos, quieres ensañarte y gozar arañando sus despojos y viendo otra vez sus lacerantes dolores, sus temblores, sus lágrimas, sus convulsiones, en mí: en la Madre del Asesinado? ¿Hemos llegado? ¿Por qué paran? ¿Qué quiere de José ese hombre? ¿Qué dice?

En efecto, uno de los escasos transeúntes ha parado a José y, en el silencio absoluto de la ciudad desierta, se oyen muy bien sus palabras:

-Es sabido que has entrado en la casa de Pilato. Profanador de la Ley. Rendirás cuentas de ello. ¡Tienes censura en orden a la Pascua! Estás contaminado.

-Tú también, Elquías. ¡Me has tocado y estoy cubierto de la sangre de Cristo y de su sudor mortal!

-¡Ah! ¡Horror! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera esa sangre!

-No tengas miedo. Ya te ha abandonado; y maldecido.

-Tú también estás maldecido. Y no te vayas a pensar que ahora que te entiendes con Pilato vas a poder llevarte el Cadáver. Hemos tomado medidas para que se termine el juego.

Nicodemo se ha acercado lentamente mientras las mujeres se han detenido con Juan y se han pegado a un profundo portón cerrado.

-Ya lo hemos visto- continúa José- ¡Cobardes! ¡Tienen miedo hasta de un muerto! Pero de mi huerto y de mi sepulcro hago lo que yo creo conveniente.

-Eso lo veremos.

-Lo veremos. Recurriré a Pilato.

-Sí. Fornica ahora con Roma.

Nicodemo toma la palabra:

-Mejor con Roma que con el Demonio, como ustedes, ideicidas! Y, oye, ¿me podrías decir cómo es que te has recobrado? Porque hace un momento huías aterrorizado. ¿Se te está pasando? ¿No te es suficiente lo que te sucedió? ¿No se te quemó una casa? ¡Échate a temblar! No ha terminado el castigo. Es más: está llegando. Se cierne sobre tu cabeza como la Némesis de los paganos. Ni guardias ni seguros impedirán al Vengador levantarse y descargar su mano.

-¡Maldito!

Elquías huye y va a toparse con las mujeres. Comprende y lanza un atroz insulto a María.

Juan no dice ni una palabra. Pero, con un salto de pantera, lo aferra fuertemente y lo tira al suelo y, sujetándolo con las rodillas y apretándole el cuello con las manos, le dice:

-¡Pídele perdón o te estrangulo, demonio!

Y no lo deja hasta que el otro, apretado y medio estrangulado por las manos de Juan, no dice entre dientes: “Perdón”. Pero su grito ha atraído a la patrulla.

-¿Quién va? ¿Qué pasa? ¿Más alborotos? Quietos todos o cargamos sobre ustedes. ¿Quiénes son?

-José de Arimatea y Nicodemo, autorizados por el Procónsul para sepultar al Nazareno al que han dado muerte. Regresamos del sepulcro con la Madre, el hijo y las familiares y amigas. Éste ha ofendido a la Madre y ha sido obligado a pedir perdón.

-¿Sólo eso? Debían haberlo estrangulado. Váyanse. Soldados, arresten a éste. ¿Qué más quieren esos vampiros? ¿También el corazón de las madres? ¡Adiós, judíos!

-¡Qué horror! Pero ya no son hombres... Juan, sé bueno con ellos. Ten presente el recuerdo de mi Jesús y de tu Jesús. Él predicaba perdón.

-Madre, tienes razón. Pero son unos malhechores y me sacan de mis cabales. Son sacrílegos. Te ofenden a ti. Y esto no puedo permitirlo.

-Son unos malhechores, sí. Y saben que lo son. Mira qué pocos por las calles; y esos pocos, cómo se escapan a escondidas. Después del delito, los malhechores tienen miedo. Verlos huir así, entrar en las casas, encerrarse en ellas por miedo, me suscita horror. Los siento a todos culpables del Deicidio. Mira, María, ese viejo. Ya se asoma a la tumba y, sin embargo – ahora que la luz de aquella puerta lo ilumina me parece haberlo visto pasar acusando a mi Jesús, allí, en la cima del Calvario... Lo llamaba ladrón... ¡¿Ladrón mi Jesús?!... Aquel joven, casi niño todavía, pronunciaba torpes blasfemias invocando que cayera sobre él su Sangre... ¡Oh, desdichado!... ¿Y aquel hombre? Siendo tan musculoso y fuerte, ¿se habrá abstenido de golpearlo? ¡Oh, no quiero ver! Miren: encima del rostro que tienen se superpone el rostro del alma y... y ya no tienen imagen de hombres, sino de demonios... Tanto valor tenían contra el Atado, el Crucificado... y ahora huyen, se esconden, se encierran. Tienen miedo. ¿De quién? De un muerto. Para ellos no es más que un muerto, porque niegan que sea Dios. ¿A qué tienen miedo entonces? ¿A qué cierran sus puertas? Al remordimiento. Al castigo. No sirve. El remordimiento está en ustedes. Y los seguirá eternamente. Y el castigo no es humano; no valen ni cierres ni trancas, ni puertas ni barras contra él. El castigo baja del Cielo, de Dios, vengador de su Inmolado, y atraviesa paredes y puertas, y con su llama celeste los marca para el castigo sobrenatural que los espera.

El mundo irá a Cristo, al Hijo de Dios y mío. Irá a Aquel que ustedes han traspasado, pero ustedes serán sellados para siempre, los Caínes de un Dios, marcados como deshonor de la raza humana.

Yo, que he nacido de ustedes, Yo que soy Madre de todos, tengo que decir que para mí, su hija, han sido peores que padrastrós, y que, en el inmenso número de mis hijos, ustedes son los que más esfuerzo me imponen para acogerlos, porque se han ensuciado con el delito contra mi Criatura. Y no se arrepienten diciendo: “Eras el Mesías. Te reconocemos y te adoramos”.

Ahí hay otra patrulla romana. El Amor ya no está en la Tierra, la Paz ya no está entre los hombres. El Odio y la Guerra hierven como esas antorchas humeantes. Los dominadores tienen miedo a la muchedumbre desmandada. Saben por experiencia que cuando la fiera que se llama hombre ha sentido el sabor de la sangre se vuelve ávida de masacre... Pero no teman a éstos, que no son ni leones ni panteras reales, sino cobardísimas hienas que se lanzan contra el cordero inerme pero temen al león armado de lanzas y autoridad. No tengan miedo a estos chacales reptantes. Sus pasos de hierro los hacen huir y el brillo de sus lanzas los hace más mansos que conejos. ¡Esas lanzas! ¡Una ha abierto el corazón del Hijo mío! ¿Cuál de ellas? Verlas es para mí una flecha en mi corazón... Y, no obstante, quisiera tenerlas todas entre mis manos temblorosas para ver cuál es la que todavía conserva huellas de sangre y decir: “¡Es ésta! ¡Dámela, soldado! Dásela a una madre en memoria de tu madre lejana, y yo oraré por ella y por ti”. Y ningún soldado me la negaría. Porque los hombres de guerra han sido los mejores ante la agonía del Hijo y de la Madre. ¡Oh, ¿por qué no he pensado arriba esto?! Me sentía como una persona a la que le hubieran golpeado la cabeza. Yo la tenía atontada por esos golpes... ¡Oh, esos golpes! ¿Quién hará que deje de sentirlos aquí, en mi pobre cabeza? La lanza ¡Cuánto quisiera tenerla!...

-Podemos buscarla, Madre. El centurión me ha parecido muy bueno con nosotros. Creo que no me la negará. Iré mañana.

-Sí, sí, Juan. Soy Pobre. Tengo poco dinero; pero me desprenderé hasta de la última moneda con tal de tener ese hierro... ¡Oh, ¿cómo es que no lo he pedido en ese momento?!

-María amada, ninguno de nosotros tenía noticia de esa herida. Cuando la has visto, ya estaban lejos los soldados.

-Es verdad... Estoy atontada por el dolor. ¿Y las ropas? ¡Nada suyo tengo! Daría mi sangre por tenerlas...- María llora de nuevo desconsoladamente –y llega así a la calle del Cenáculo; a tiempo, porque ya está agotada y camina verdaderamente a rastras, como una anciana decrepita. Y además lo manifiesta.

-Ánimo que ya hemos llegado.

-¿Ya? ¿Tan corto el camino que esta mañana me ha parecido tan largo? ¿Esta mañana? ¿Ha sido esta mañana? ¿Sólo? ¿Cuántas horas, o cuántos siglos, han pasado desde que ayer noche entré y desde que salí de aquí esta mañana? ¿Soy verdaderamente yo: la madre de cincuenta años o una

anciana secular, una mujer que abarca épocas, rica en siglos que pesan sobre sus espaldas arqueadas y sobre su cabeza canosa? Siento como haber vivido todo el dolor del mundo y éste pese enteramente sobre mis espaldas, que se encorvan bajo su peso. Cruz incorpórea, ipero tan pesada!... De piedra. Una cruz quizás más pesada que la de mi Jesús, porque llevo la mía y la suya con el recuerdo de su agonía y la realidad de la agonía mía. Vamos a entrar. Porque debemos entrar. Pero no es ningún consuelo. Es un aumento de dolor. Por esta puerta entró mi Hijo para su última cena. Por ella salió para ir al encuentro de la muerte. Y tuvo que poner pie donde lo puso el traidor, que salió para llamar a los capturadores del Inocente. Apoyado en esa puerta he visto a Judas... ¡He visto a Judas! Y no lo he maldecido, sino que le he hablado como habla una madre llena de angustia y aflicción. Llena de angustia por el Hijo bueno y por el hijo malvado... ¡He visto a Judas! ¡He visto al Demonio en él! Yo que he tenido siempre a Lucifer bajo mi talón y, mirando sólo a Dios, nunca he bajado los ojos a mirar a Satanás – he conocido el rostro de Satanás mirando al Traidor. He hablado con el Demonio... ha huido, porque no soporta mi voz. ¿Lo habrá dejado ahora, de forma que yo pueda hablar a ese muerto y concebirlo de nuevo – yo, la Madre – con la Sangre de un Dios para darlo a luz a la Gracia? Juan: júrame que lo buscarás y que no serás cruel con él. No lo soy yo que tendría derecho a serlo... ¡Oh, déjenme entrar en esa habitación donde mi Jesús tomó su última comida!, idonde la voz de mi Niño pronunció en paz sus últimas palabras!

-Sí, entraremos. Pero, ahora, ven aquí, a donde estábamos ayer. Descansa. Despidete de José y Nicodemo, que se marchan.

-Sí, me despido de ellos. ¡Oh, sí, me despido de ellos! Les doy gracias. ¡Los bendigo!

-Pero, ven, ven; ¡lo harás más cómodamente!

-No. Aquí. José... ¡Oh, no he conocido a nadie con este nombre que no me quisiera!...

María de Alfeo se echa bruscamente a llorar. *(Por su hijo José que se oponía a Jesús como Mesías).*

-No llores... También José... Por amor, erraba tu hijo. Quería darme humanamente paz... ¡Pero hoy!... Ya lo han visto... ¡Oh, todos los Josés son buenos con María! ... José, yo te digo “gracias”. Y a Nicodemo... Mi corazón se postra a sus pies, ante esos pies de ustedes cansados por el mucho camino recorrido por Él... por darle los últimos honores... Yo sólo puedo darles mi corazón; no tengo otra cosa... Y se los doy, amigos leales de mi Hijo... y... y perdonen a una Madre traspasada las palabras que les he dicho en el sepulcro...

-¡Oh! ¡Santa! ¡Perdona tú! – dice Nicodemo.

-Estáte tranquila ahora. Descansa en tu Fe. Mañana vendremos – añade José.

-Sí, vendremos. Estamos a tus órdenes.

-Mañana es sábado – objeta la dueña de casa.

-El sábado ha muerto. Vendremos. Adiós. El Señor sea con ustedes – y se marchan.

-Ven, María.

-Sí, Madre, ven.

-No. Abran. Me han prometido hacerlo después de las despedidas. ¡Abran esta puerta! No pueden cerrársela a una madre, a una madre que busca respirar en el aire el olor del aliento, del cuerpo de su Niño. ¿No saben, acaso, que ese aliento y ese cuerpo se los di yo? Yo, yo que lo llevé nueve meses, que le di a luz, que lo amamanté, lo crié, lo cuidé. ¡Ese aliento es mío! ¡Ese olor de carne es mío! Es el mío, pero más hermoso en mi Jesús. Déjenmelo percibir otra vez.

-Sí, querida. Mañana. Ahora estás cansada. Estás ardiendo de fiebre. No puedes así. Estás mal.

-Sí, mal. Pero es porque tengo en los ojos la percepción de su Sangre y en el olfato el olor de su Cuerpo herido. Quiero ver la mesa en que se apoyó vivo y sano, quiero percibir el perfume de su cuerpo juvenil. ¡Abran! ¡No me lo sepulten por tercera vez! Ya me lo han ocultado bajo los perfumes y las vendas; luego me lo han encerrado tras la piedra. ¿Ahora por qué, por qué negarle a una Madre que halle el último rastro de Él en el aliento que ha dejado detrás de esa puerta? Déjenme entrar. Buscaré en el suelo, en la mesa, en el asiento, las huellas de sus pies, de sus manos. Y las besaré, las besaré hasta consumirme los labios. Buscaré... buscaré... Quizás encuentre un cabello de su cabeza rubia, un cabello no untado de sangre. ¿Saben ustedes qué es para una madre un cabello de su hijo? Tú, María de Cleofás, tú, Salomé, son madres. ¿Y no comprenden? ¡Juan! ¡Juan! Escúchame. Yo soy Madre para ti. Él me ha constituido tal. ¡Él! Tú me debes obediencia. ¡Abre! Yo te amo, Juan. Siempre te he amado porque lo amabas. Te amaré más todavía. Pero abre. ¡Abre digo! ¿No quieres? ¿No quieres? ¡Ah, ¿entonces ya no tengo hijo?! Jesús no me negaba nunca nada. Porque era hijo. Tú niegas. No eres mi hijo. No comprendes mi dolor... ¡Oh, Juan!, perdona... perdona. Abre... No llores... Abre... ¡Oh, Jesús! ¡Jesús!... Escúchame... ¡Obre tu espíritu un milagro! ¡Abre a tu pobre Mamá esta puerta que nadie quiere abrir! ¡Jesús! ¡Jesús!

María llama con los puños cerrados a la puertecita, a esa puertecita bien cerrada. Está en un momento de paroxismo de su sufrimiento. Hasta que palidece y, susurrando:

-¡Oh, mi Jesús! ¡Voy! ¡Voy! – se desploma sin fuerzas sobre los brazos de las mujeres, que lloran y la sujetan para impedir que caiga a los pies de esa puerta; luego la llevan así, a la habitación que hay enfrente.

La noche del Viernes Santo. Lamento de la Virgen. El velo con el Rostro del Redentor.

María, ayudada de las mujeres, que lloran, vuelve en sí, y llora; su única fuerza consiste en llorar y llorar. Parece, verdaderamente como si su vida, hubiera de pasar y consumirse toda con ese llanto.

Quieren ofrecerle algo que le devuelva las fuerzas: Marta le ofrece un poco de vino; la dueña de casa quisiera que tomara al menos un poco de miel; María de Alfeo, de rodillas delante de Ella, le ofrece una taza de leche tibia, diciendo:

-Yo misma la he ordeñado, de la cabrita de la pequeña Raquel (será una hija de los cuidadores de esta casa de Lázaro). Pero María no quiere nada. Llorar, sólo llorar; y pedir y oír la promesa de que serán buscados apóstoles y discípulos, que serán buscadas lanza y ropas, y que, cuando sea de día-dado que ahora, de ninguna manera, quieren dejarla entrar – la dejarán entrar en la habitación del Cenáculo.

-Sí. Si estás un poco tranquila, si descansas un poco, te llevaré a esa habitación- dice la cuñada – Nosotras dos entraremos y, de rodillas, buscaré para ti cualquier señal de Jesús...-dice María de Alfeo con un sollozo.

-Fíjate. Aquí tienes la copa y el pan que Jesús partió usado por Él para la Eucaristía. ¿Qué recuerdo más santo que éste? ¿Ves? Juan te los ha traído ya desde esta mañana, para que los vieras esta noche... Pobre Juan que está allí llorando, y con miedo...

-¿Miedo? ¿Por qué? Ven, Juan.

Juan sale de la sombra (es que en esta pequeña habitación hay sólo una lamparita, colocada encima de la mesa, junto a los objetos de la Pasión). Se arrodilla a los pies de María, la cual lo acaricia y le pregunta:

-¿Por qué tienes miedo? – Y Juan, besándole las manos y llorando le contesta:

-Porque tú estás mal. Tienes fiebre y jadeas... Y no te tranquilizas. Y si sigues así, morirás como ha muerto Él...

-¡Ah, si fuera verdad!

-¡No, Madre! ¡Mamá! ¡Es más dulce decir “Mamá”! Como a la mía. Deja que te llame así... Pero, de la misma manera que no encuentro diferencia entre mi madre y tú – es más: te quiero más que a ella porque eres la Madre que Él me ha dado y eres su Madre – tú no hagas demasiada diferencia entre el Hijo que ha nacido de ti y el que te ha sido dado... Y ámame un poco como lo amas a Él... ¿Si fuera Él el que te dijera: “Tengo miedo de que mueras” responderías: “¡Ah!, si fuera verdad”? No. No lo dirías. Es más, te dolería marcharte y dejarlo a Él, a tu Cordero, en un mundo de lobos... ¿Y no te apenas por mí?... Soy mucho más cordero que Él: no por bondad y pureza, sino por ingenuidad y miedo. Si me faltas, el pobre Juan será despedazado por los lobos sin haber sabido dar un balido que hable de su Maestro... ¿Quieres que muera así, sin haberlo servido? ¿Atolondrado en la muerte como en la vida? No, ¿verdad? Entonces, Mamá, trata de tranquilizarte... Por Él... ¡Oh! ¿No dices que resucita? Sí, lo dices y es verdad. ¿Y entonces quieres que cuando resucite encuentre sin ti la casa? Porque seguro que vendrá aquí... ¡Pobre, pobre Jesús, si en vez de tu grito de amor oyera los nuestros de pésame; si en vez de encontrar tu pecho en el que reclinar su cabeza martirizada y gloriosa encontrara el cierre de tu sepulcro!... Debes vivir. Para saludarlo cuando vuelva... no digo “a nuestro amor” – nosotros merecemos todos los reproches, por la manera como hemos obrado- digo “a tu amor”. ¿Qué será este encuentro? ¿Y Él, qué aspecto tendrá? Madre de la Sabiduría, Mamá del ignorantísimo Juan, tú que lo sabes todo, dinos qué aspecto tendrá cuando aparezca resucitado.

-Lázaro tenía las heridas cerradas de las piernas; pero se veía las señales. Y apareció envuelto en vendas llenas de pus – dice Marta.

-Tuvimos que lavarlo y lavarlo... -añade María Magdalena.

-Y estaba débil y tuvimos que reconfortarlo, por orden suya- termina Marta.

-El hijo de la viuda de Naím estaba como aturdido y parecía un niño incapaz de andar y hablar con soltura; tanto fue así, que Él se lo devolvió a la madre para que le enseñara a usar de nuevo de las cosas buenas de la vida. Y a la hijita de Jairo Él mismo la guió en sus primeros pasos... -dice Juan y María Magdalena agrega:

-Pienso que mi Señor nos enviará a un Ángel a decirnos: “Vengan con una túnica limpia”. Y mi amor la ha preparado ya. Está en el palacio. No la he podido hilar yo, pero se la di a hilar a mi nodriza, que ahora vive tranquila con respecto a mi futuro, y no llora ya. Tomé el más precioso lino. Plautina me proporcionó la púrpura y Noemí tejió su orla. Yo hice el cinturón, la bolsa y el taled, bordándolos de noche para que no me vieran. He aprendido de ti, Madre. No es perfecto, pero

recibe la hermosura, más que de las perlas que componen su Nombre en el cinturón y en la bolsa, de mi llanto de amor y de mis besos: cada puntada es un latido de devoción por Él. Le llevaré esa túnica. Lo permites, ¿no?

-¡Oh!... No creía que le fueran a privar de su túnica... No estoy acostumbrada a los usos del mundo y a su crueldad... Creía conocerlos ya... (y las lágrimas ruedan de nuevo por las mejillas pálidas) pero me doy cuenta de que todavía no sabía nada...Y pensaba: “Tendrá también después la túnica de su Madre”. ¡Le gustaba tanto!... Él la había querido así. Y me lo había dicho mucho tiempo antes: “Harás una túnica así y así. Me la llevarás para la Pascua... Porque Jerusalén me debe ver vestido con purpúrea túnica de rey...”. ¡Oh, esa lana, más blanca que la nieve, mientras la hilaba se volvía roja ante los ojos de Dios y los míos, porque mi corazón recibió una nueva herida por esas palabras... Las otras, después de años o meses, habían dejado de rezumar sangre, aunque no se hubieran cerrado. ¡Pero ésta...! Todos los días, cada hora que pasaba, me removía la espada el corazón: “¡Un día menos! ¡Una hora menos! ¡Y luego morirá!”. ¡Oh!... Y el hilado en el huso o en el telar se me volvía rojo... Se ha materializado luego en el color, por causa del mundo... Pero ya era rojo... - María llora de nuevo.

Tratan de consolarla hablándole de la Resurrección. Pregunta Susana:

-¿Qué dices tú respecto al aspecto que tendrá de resucitado? ¿Y cómo resucitará?

Y Ella, confusa, cegada en estos momentos de martirio redentor, responde:

-No sé... Ya no sé nada... ¡Sólo sé que Él ha muerto!...

Rompe otra vez a llorar, violentamente, y besa el velo que cubría las caderas de su Hijo, y lo aprieta contra su corazón y lo acuna como si de un niño se tratara... Y toca los clavos, las espinas, la esponja, y grita:

-¡Esto! ¡Esto es lo que ha sabido darte tu Patria! ¡Hierro, espinas, vinagre y hiel! ¡Insultos, insultos, insultos! Y, de entre todos los hijos de Israel, hubo que elegir a uno de Cirene para llevarte la cruz. Ese hombre para mí es sagrado como un esposo. Y si supiera de otro que haya socorrido a mi Niño, le besaría los pies. ¿Pero es que ninguno tuvo compasión? ¡Salgan! ¡Váyanse! ¡Verlos a ustedes también me causa dolor! Porque entre todos, entre todos, no han sabido obtener ni siquiera una tortura menos cruel. ¡Siervos inútiles y pasivos de su Rey: salgan!

Con esta reacción, su aspecto es terrible: erguida, rígida, parece hasta más alta; los ojos, imperiosos; el brazo extendido y señalando a la puerta: ordena como una reina en su trono.

Salen todos sin reaccionar para no intranquilizarla más, y se sientan fuera de la puerta, que queda cerrada. Escuchan sus gemidos y cualquier otro ruido que haga. Pero, después del ruido de correr la silla, y de sus rodillas contra el suelo – porque se arrodilla y apoya la cabeza en la mesa en que están los objetos de la Pasión – ya no oyen sino su llanto, sin pausas y sin consuelo.

Ella susurra (pero tan bajo, que los de fuera no pueden oírlo):

-¡Padre, padre, perdón! Me vuelvo soberbia y mala. Pero, ya lo ves, es verdad lo que digo. Había masas de gente en torno a Él. Toda Palestina está, en estas fiestas, dentro de las murallas santas... ¿Santas? No. Ya no son santas...Hubieran seguido siéndolo si Él hubiera expirado dentro de ellas. Pero Jerusalén lo ha expulsado como a la regurgitación que produce asco. Por tanto, en Jerusalén está presente sólo el Delito... Y de todo este pueblo que iba tras Él, ni siquiera ha podido reunirse un puñado de gente que se impusiera, no digo ya para salvarlo – debía morir para redimir- pero sí para que muriera sin tantas torturas. Se han mantenido en la sombra o incluso han huido por Palestina; que Juana está agonizando en su palacio; que Manahén ha sido detenido por Herodes por haberle echado en cara en plena Corte el haber sido cómplice del Deicidio. En fin, un montón de noticias catastróficas...

Las mujeres gimen. No tanto por miedo por ellas mismas, cuanto por sus hijos y maridos. Susana piensa en su esposo, conocido como uno de los seguidores de Jesús en Galilea. María de Zebedeo piensa en su marido, que se hospeda en casa de un amigo, y en su hijo Santiago, del que no tiene noticias desde la noche anterior. Y Marta solloza diciendo:

-¡Habrán ido ya a Betania! ¿Quién no sabía quién era Lázaro para el Maestro?

-Pero a él lo protege Roma- replica María Salomé.

-¿Protegido? A saber, con el odio que nos tienen los jefes de Israel qué acusaciones esgrimirán contra él ante Pilato... ¡Oh, Dios!- Marta se lleva las manos a la cabeza y grita: -¡Las armas! ¡Las armas! ¡La casa está llena de armas... ¡y también el palacio! ¡Lo sé! Esta mañana, al amanecer, ha venido Leví, el guardia, y me ha puesto al corriente... ¡Pero si tú también lo sabes! Y se lo dijiste a los judíos en el Calvario... ¡Necia! ¡Has puesto en las manos de esos crueles el arma para matar a Lázaro!...

-Se lo dije, sí. Dije la verdad sin saberlo. ¡Pero... calla, gallina asustada! Lo que dije es la garantía más segura para Lázaro. ¡Pondrán mucho cuidado en no aventurarse a buscar donde saben que hay gente armada! ¡Son cobardes!

-Los judíos, sí; los romanos, no.

-No temo a Roma. Sus disposiciones son justas y medidas – y Juan dice:

-María tiene razón. Longinos me dijo: “Espero que no los molesten. Pero, si lo hicieran, ven, o manda a alguien al Pretorio. Pilatos es benévolo con los seguidores del Nazareno. Era benigno también con Él. Los defenderemos”. – María Cleofás dice:

-Pero, ¿si los judíos actúan por su cuenta? ¡Ayer noche fueron los capturadores de Jesús! Y, si dicen que somos profanadores, tienen derecho a tomarnos presos. ¡Oh, mis hijos! ¡Tengo cuatro! ¿Dónde estarán José y Simón? Estaban en el Calvario y luego bajaron cuando Juana ya no resistía más. Por ayudar y defender a las mujeres. Ellos, los pastores, Alfeo... ¡todos! ¡Oh, seguro que ya los han matado! ¿Has oído que Juana está agonizando? Está claro que es por herida. Y ellos, antes de que pudiera la plebe agredir a una mujer, la habrán defendido, ¡y habrán muerto!... ¿Y Judas y Santiago? ¡Mi pequeño Judas! ¡Mi tesoro! ¿Y Santiago, dulce como una muchacha? ¡Oh, ya no tengo hijos! ¡Soy como la madre de los jóvenes Macabeos!... (cuyo sacrificio está narrado en 2Macabeos 7).

Lloran todas desesperadamente. Todas menos la dueña de casa que ha ido a buscar un escondite para su marido; y María Magdalena, que no llora. Ésta arroja fuego por los ojos, adquiriendo de nuevo ese coraje que tenía en otros tiempos. No habla, pero echa flechas con su mirada a sus compañeras abatidas. Y en sus ojos brilla un epíteto muy claro: “Pusilánimes”.

Pasa así un rato... De vez en cuando alguien se levanta, abre despacio la puerta, da una ojeada, vuelve a cerrar.

-¿Qué hace? – preguntan los otros. – Y la persona que ha mirado responde:

-Sigue de rodillas. Ora. – O:

-Parece como si hablara con alguien. – O también:

-Se ha levantado y gesticula, caminando a un lado y a otro de la habitación.

Lamento de la Virgen

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Dónde estás? ¿Me oyes todavía? ¿Oyes a tu pobre Mamá que grita, ahora, tu Nombre, después de haberlo llevado en el corazón durante tantas horas? Tu Nombre santo y bendito, que ha sido mi amor, el amor de mis labios, que sentían sabor de miel diciendo tu Nombre; de mis labios que ahora, por el contrario, diciéndolo parecen beber el sabor amargo que te quedó en los labios, la amargura de la atroz mezcla. Tu Nombre, amor de mi corazón que se llenaba de alegría cuando lo pronunciaba, de igual manera que se había dilatado para pasarte su sangre y acogerte y vestirme con ella, cuando bajaste a mí desde el Cielo, tan pequeño, tan minúsculo, que habrías podido posarte en el cáliz de la menta silvestre; Tú, tan grande, Tú, el Poderoso, anonadado en una semilla de hombre por la salvación del mundo. Tu Nombre, dolor de mi corazón ahora que te han privado de las caricias de tu Madre para arrojarte en las manos de los verdugos, que te han torturado hasta darte muerte.

Tengo el corazón triturado por este Nombre tuyo que he tenido que encerrar dentro de mí durante tantas horas y cuyo grito crecía en la medida en que crecía tu dolor, hasta quedar hecho trizas como algo que hubiera sido pisoteado por el pie de un gigante: ¡sí, que mi dolor es gigantesco y me aplasta, me tritura y no hay nada que pueda aliviarlo! ¿A quién le digo tu Nombre? Nada responde a mi grito. Aunque gritara hasta quebrantar la piedra que cierra tu sepulcro no lo oirías, porque estás muerto. ¿No oyes ya a tu Mamá?

¡Cuántas veces te habré llamado, Hijo, en estos treinta y cuatro años! (no porque Jesús haya vivido 34 años, sino porque María considera también los 9 meses de gestación). Desde que supe que iba a ser Madre y que mi pequeñito había de llamarse “Jesús”. Aún no habías nacido y yo ya, acariciando mi vientre, donde te ibas desarrollando, te llamaba suavemente “¡Jesús!”, y me parecía sentirte mover para decirme: “¡Mamá!”.

Te daba ya una voz, ya soñaba tu voz; la oía antes de que existiera. Y cuando la oí, débil como la de un corderito recién nacido, temblar en la noche fría en que naciste, conocí las profundidades de la alegría... y creía haber conocido el abismo del dolor, porque era el llanto de mi Criatura que tenía frío, que sentía incomodidades, que lloraba su primer llanto de Redentor y yo no tenía ni fuego ni cuna, y no podía sufrir en tu lugar, Jesús; no tenía sino mi pecho como fuego, y almohada, y mi amor para adorarte, Hijo mío santo.

Creía haber conocido el abismo del dolor... Era el amanecer de aquel dolor, era el borde de aquel dolor. Ahora es el mediodía, ahora es el fondo. Éste es el abismo, este que toco ahora, después de haber descendido en estos treinta y cuatro años empujada por muchas cosas, y postrada hoy en el fondo horrendo por tu cruz.

Cuando eras pequeño te acunaba cantando: “¡Jesús! ¡Jesús!” ¿Qué armonía será más hermosa y santa que este Nombre que hace sonreír a los ángeles en el Cielo? Para mí tu Nombre era más

hermoso que el canto -¡tan dulce!- de los ángeles en la noche de tu Nacimiento, y dentro de él veía el Cielo; todo el Cielo yo veía a través de este Nombre. Pero ahora, diciéndotelo a Ti que has muerto y no me oyes ni me respondes, como si nunca hubieras existido, veo el Infierno, todo el Infierno. Ahora comprendo lo que significa ser réprobo (*pecador condenado al Infierno*); es no poder ya decir: “¡Jesús!”. ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!...

¿Cuánto durará este Infierno para tu Mamá? Dijiste: “Después de tres días reedificaré este Templo”. Hasta hoy me repito a mí misma estas palabras tuyas, para no caer muerta, para estar preparada para saludarte a tu regreso, para seguir sirviéndote... Pero ¿cómo resistiré el saberte muerto durante tres días? ¿Tres días en la muerte Tú, Vida mía?

¡Cómo! Tú que lo sabes todo, porque eres la Sabiduría infinita, ¿no conoces el dolor agudísimo de tu Madre? ¿No puedes imaginártelo recordando cuando te perdí en Jerusalén y Tú me viste abrirme paso entre la gente que estaba alrededor de Ti, con una cara de náufrega que tocaba la playa después de dura lucha con las olas y la muerte; con la cara de una que saliera de una tortura, fatigada, desangrada, envejecida, quebrantada? Y en aquella ocasión podía pensar que sólo te hubieras perdido, podía autoconvencerme de que sólo te hubieras perdido. Hoy no. Hoy sé que estás muerto. No es posible crear una ilusión. He visto que te daban muerte. Mira: aunque el dolor me hiciera perder la memoria, aquí está tu Sangre, en mi velo, diciéndome: “¡Ha muerto!” ¡No le queda más sangre! ¡Ésta fue la última, brotada de su Corazón!”. ¡De su Corazón! Del corazón de mi Niño. ¡De mi Hijo! ¡De mi Jesús! ¡Oh, Dios, Dios compasivo, no dejes que recuerde que le abrieron el Corazón!

Jesús, no puedo estar aquí sola mientras Tú estás solo allí. Yo, que nunca he amado los caminos del mundo ni las multitudes, y que –Tú lo sabes– desde que dejaste Nazaret, te seguí cada vez más frecuentemente, para no vivir lejos de Ti. No podía vivir lejos de Ti. Hice frente a curiosidades y a burlas – no cuento las fatigas, porque se anulaban al verte– con tal de vivir donde Tú estabas. Y ahora estoy aquí sola. ¡Y Tú estás allí solo! ¿Por qué no me han dejado en tu sepulcro? Me habría sentado al lado de tu helada cama, teniéndola mano tuya entre las mías para que sintieras que estaba a tu lado... No: para sentir que estabas a mi lado. Tú ya no sientes nada. ¡Estás muerto!

¡Cuántas veces pasé las noches junto a tu cuna, orando, amando, regocijándome en Ti! ¿Quieres que te diga cómo dormías, con los puñitos cerrados como dos botones de flor junto a la carita santa? ¿Quieres que te diga cómo te despertabas y abrías los ojitos y reías viéndome inclinada sobre tu cara y tendías las manitos con alegría impaciente para que te tomara en brazos y, con un grito dulce como el trino de una curruca (*pajarito cantor*), reclamabas tu alimento? ¡Oh, sí me sentía dichosa cuando aferrabas mi seno y sentía el calor liso de tu mejilla, la caricia de tus manitos, en mi pecho!

No sabías estar sin tu Mamá. ¡Y ahora estás solo! Perdóname, Hijo, el haberte dejado solo; el no haberme rebelado por primera vez en mi vida decidiendo quedarme allí. Era mi sitio. Me habría sentido menos desolada, si hubiera estado al lado de tu fúnebre cama, colocándote y cambiando, como en el pasado, las vendas... Aunque no hubieses podido sonreírme ni hablarme, a mí me habría parecido tenerte de nuevo como cuando eras pequeño. Te habría acogido en mi corazón, para evitarte sentir el frío de la piedra, la dureza del mármol. ¿No te he tenido también hoy? El regazo de una madre siempre es capaz de acoger a su hijo, aunque sea ya un hombre. El hijo es siempre un niño para su madre, aunque haya sido bajado de una cruz y esté cubierto úlceras y heridas.

¡Cuántas! ¡Cuántas heridas! ¡Cuánto dolor! ¡Oh, mi Jesús, mi Jesús tan herido! ¡Herido de esa manera! ¡Matado de esa manera! No. No. ¡Señor, no! ¡No puede ser verdad! ¡Estoy loca! ¿Jesús muerto? Estoy delirando. ¡Jesús no puede morir! Sufrir, sí; morir, no. ¡Él es la Vida! Él es Hijo de Dios. Es Dios. Dios no muere.

¿No muere? ¿Y entonces por qué se ha llamado Jesús? ¿Qué quiere decir “Jesús”? Quiere decir... ¡Oh, quiere decir: “Salvador” Ha muerto. Ha muerto porque es el Salvador. Ha tenido que salvar a todos perdiéndose a sí mismo... No estoy delirando, no. No estoy loca. No. ¡Ojalá lo estuviera! ¡Sufriría menos! Él está muerto. Aquí está su Sangre; aquí, su corona, y los tres clavos. ¡Con éstos, con éstos me lo han traspasado!

¡Hombre, miren con qué han traspasado a Dios, a mi Hijo! Y debo perdonarlos. Y debo amarlos. Porque Él los ha perdonado. ¡Porque Él me ha dicho que los ame! Me ha hecho Madre de ustedes. ¡Madre de los asesinos de mi Hijo! Una de sus últimas palabras, luchando contra el estertor de la agonía... “Madre, he ahí a tu hijo... a tus hijos...a tus hijos”. Aunque yo no fuera “la que obedece”, hoy habría debido obedecer, porque era el imperativo de un moribundo.

Sí, Jesús, yo perdono, yo los amo. ¡Ah, se me parte el corazón en este perdón, en este amor! ¿Me oyes? ¿Oyes que los perdono y los amo? Ruego por ellos. Sí: ruego por ellos... Cierro los ojos para no ver estos objetos de tu tortura, para poder perdonarlos, para poder amarlos, para poder orar por ellos. Cada uno de estos clavos sirve para crucificar el movimiento mío de no perdonar, de no amar, de no orar por tus verdugos.

Debo, quiero pensar que estoy al pie de tu cuna. Oraba también en aquellos momentos por los hombres. Pero en aquellos momentos era fácil. Tú estabas vivo, y yo, por muy crueles que viera a los hombres, no llegaba nunca a pensar que pudieran serlo tanto Contigo que los habías favorecido sin medida. Oraba convencida de que tu Palabra los haría buenos. En mi corazón, mirándolos, decía: “Ahora son malos, están enfermos, hermanos. Pero dentro de poco hablará, dentro de poco vencerá a Satanás en ustedes, y les dará la Vida que habían perdido”. ¡La Vida perdida! Tú, Tú has perdido la vida por ellos. ¡Jesús mío!

Si hubiera visto el horror de este día cuando todavía estabas en pañales, mi leche dulce se habría transformado en veneno a causa del dolor. Simeón lo dijo: “Una espada te traspasará el corazón”. ¿Una espada? ¡Un sinfín de espadas! ¿Cuántas heridas te han abierto, Hijo? ¿Cuántos gemidos te han brotado? ¿Cuántos dolores agudísimos? ¿Cuántas gotas de sangre has derramado? Pues cada uno de estos es una espada en mí. Soy una selva de espadas. En Ti no hay trozo de piel que no esté herido, en mí no lo hay que no esté traspasado; traspasan mis carnes y penetran en el corazón.

Esperando tu nacimiento, te preparaba fajos y pañales, hilando el hilo más suave de la Tierra. No tenía en cuenta su precio, con tal de disponer de la hebra más lisa. ¡Qué lindo estabas envuelto en los fajos hechos por tu Mamá! Todos me decían: “¡Es hermoso tu Niño, Mujer!” ¡Eras hermoso! Asomaba tu carita rosada bajo la blancura del lino. Tenías dos ojitos más azules que el cielo, y la cabecita parecía – de tan rubio y esponjoso como tenías el pelito – envuelta en una niebla de oro; tenían tus cabellos sabor a flor de almendro recién abierta. Creían que te perfumaba. No. Mi tesoro tenía sólo el perfume de los fajos lavados por su Mamá, calentados en su corazón, besados con sus labios. Nunca me sentía cansada de trabajar para Ti...

¿Y ahora? Ya no tengo nada que hacer para Ti. Hacía tres años que estabas lejos de casa, pero seguías siendo el objeto de mis días. Pensar en Ti, en tu ropa, en tu comida: amasar la harina y hacer pan, cuidar las abejas para darte la miel, tener cuidado de los árboles para que te dieran fruta. ¡Cómo amabas las cosas que te llevaba tu Madre! Ninguna comida de rica mesa. Ninguna ropa de tela preciosa, eran para Ti como esas cosas tejidas, cosidas, cuidadas, recogidas por las manos de tu Madre. Cuando iba a donde Tú estabas, mirabas enseguida mis manos, como cuando eras pequeño y yo y José te dábamos modestos regalos para que sintieras que eras “nuestro” Rey. Nunca fuiste antojadizo, Niño mío. Lo que buscabas era el amor, que era tu alimento, y lo encontrabas en nuestras atenciones a Ti. Ahora también hallabas, buscabas, lo mismo, ¡pobre Hijo mío tan poco amado por el mundo!

Ahora ya nada. Todo está cumplido. Ya nada hará por Ti tu Mamá. No necesitas ya nada... Ahora estás solo... Y yo estoy sola... ¡Oh, dichoso José, que no ha vivido este día! ¡Ojalá no hubiera estado yo tampoco ya en este mundo! Pero en ese caso no habrías tenido ni siquiera el consuelo de ver a tu pobre Mamá. Habrías estado solo en la cruz, como estás solo en el sepulcro. Solo con tus heridas. ¡Oh, Dios! ¡Dios, cuántas heridas tiene tu Hijo, el Hijo mío! ¿Cómo he podido verlas sin morir, yo que me desvanecía cuando de pequeño te hacías daño? Una vez te caíste en el huerto de Nazaret y te hiciste una herida en la frente. Pocas gotas de sangre. Pero yo me sentí morir al ver gotear tu sangre en la circuncisión, tanto que José tuvo que sujetarme porque temblaba como una moribunda – sentí como si esa herida minúscula te hubiera de llevar a la muerte y más con el llanto que con agua y aceite, la curé, y no me quedé tranquila hasta que dejó de manar sangre. Otra vez estabas aprendiendo a trabajar y te heriste con el serrucho. Una herida pequeña. Pero para mí fue como si el serrucho me hubiera serrado en dos. No hallé descanso hasta que vi curada tu mano seis días después.

¿Y ahora? ¿Y ahora? Ahora tienes las manos, los pies, el costado abierto; ahora tu carne está hecha jirones; tu cara, magullada, esa cara que no te rozaba – yo no me atrevía a hacerlo – con mi beso; herida tienes la frente y la nuca. Y nadie te ha curado, nadie te ha confortado.

¡Mira mi corazón, oh Dios que me has herido en mi Hijo! ¡Míralo! ¿No está, acaso, herido, como el Cuerpo del Hijo tuyo y mío? Los azotes han caído sobre mí como granizo, mientras Él los recibía. ¿Qué es la distancia para el amor? ¡Yo he padecido la tortura de mi Hijo! ¡Ojalá la hubiera padecido sólo yo! ¡Ojalá estuviera yo en la piedra sepulcral! ¡Mírame, Dios! ¿No gotea sangre mi corazón?

Aquí está el círculo de las espinas. Lo siento. Es una corona que me oprime y perfora el corazón. Aquí están los agujeros de los clavos: tres puñales clavados en el corazón. ¡Oh, esos golpes! ¡Esos golpes! ¿Cómo no se ha desplomado el cielo con esos golpes sacrílegos en carnes de Dios? ¡Y no poder gritar! ¡No poder lanzarme a arrebatar el arma a los asesinos y defender con ella a mi Hijo moribundo! ¡Tener que oír, oír sin hacer nada! Un golpe en el clavo, y el clavo entra en las carnes vivas. Otro golpe, y entra más. Otro y otro, y se rompen huesos y nervios y quedan traspasados la carne de mi Niño y el corazón de su Mamá. ¿Y cuando te han levantado en la cruz? ¡Cuánto debes haber sufrido! ¡Hijo santo! Veo aún como tu mano se desgarró con el golpe de la caída. Tengo desgarrado el corazón como ella.

Estoy magullada, herida, flagelada, punzada, traspasada, como Tú. No estaba Contigo en la cruz. Pero, mira a tu Madre. ¿No está como Tú? Sí. No hay diferencia de martirio. Es más: el tuyo ha terminado, el mío continúa. Tú no oyes ya las acusaciones mentirosas, yo las oigo. Tú ya no oyes las blasfemias horribles, yo las oigo todavía. Tú ya no sientes la mordedura de las espinas y los clavos, ni la sed ni la fiebre, yo estoy llena de puntas de fuego y me siento como que muriera de quemazón y delirio.

¡Si al menos me hubieran dejado darte una gota de agua!: mi llanto, si la crueldad de los hombres negaba al Creador el agua que Él había creado. Te di mucha leche porque éramos pobres, Hijo mío, y en la huida a Egipto habíamos perdido mucho y habíamos tenido que conseguir un nuevo techo y muebles, ropa y comida; y no sabíamos cuánto iba a durar el destierro ni lo que íbamos a encontrar cuando regresáramos a nuestra tierra. Te di leche durante más tiempo del normal, para que no sintieras la falta de alimento. Hasta que no adquirimos la cabrita, yo fui tu cabrita, ¡oh Niño de tu Mamá! Ya tenías muchos dientececitos y mordías... ¡Oh, qué alegría verte reír en el juego infantil!...

Querías andar. Estabas muy sano y fuerte. Yo te sujetaba durante horas y horas y no sentía quebrantados mis riñones a pesar de estar inclinada hacia Ti, que dabas tus pasitos y a cada uno de ellos me decías: “¡Mamá, Mamá!”. ¡Oh, feliz dicha el oírte cantar ese nombre! Lo decías también hoy: “¡Mamá, Mamá!”. Pero tu Mamá no podía hacer otra cosa sino verte morir. Yo no podía siquiera acariciarte los pies. ¿Los pies? Aunque hubiesen estado al alcance de mi mano, no habría podido tocarlos, por no aumentar tu tormento. ¡Cómo debías sufrir tus pobres pies, mi Jesús!

¡Ah, si hubiera podido subir donde estabas y ponerme entre la madera y tu cuerpo e impedir que, con las convulsiones de la agonía, tocaras contra el madero! Oigo todavía tu cabeza golpear contra el madero en medio de las últimas convulsiones. Y ese sonido, ese sonido me enloquece. Lo tengo en la cabeza... como un martillo...

¡Vuelve, vuelve, amado Hijo, Hijo adorado, Hijo santo! Estoy muriendo. No resisto esta desolación mía. Muéstrame de nuevo tu cara. Llámame otra vez. ¡No puedo pensar en Ti y verte sin voz, sin mirada, cadáver frío y sin vida!

¡Oh, Padre, socórreme Tú! ¡Jesús no me oye! ¿No ha terminado la Pasión? ¿No está todo cumplido? ¿No bastan estos clavos, estas espinas, esta sangre, este llanto mío? ¿Todavía más es necesario para sanar al hombre? Padre, te nombro los instrumentos de su dolor y mi llanto. Pero esto es lo menor. Lo que le ha hecho morir sobrehumanamente angustiado ha sido tu abandono. Lo que me hace gritar es tu abandono. Ya no te siento. ¿Dónde estás, Padre santo? Yo era la Llena de Gracia. Lo dijo el ángel: “Ave María, llena de Gracia, el Señor es contigo y tú eres bendita entre todas las mujeres”.

No. ¡No es verdad! ¡No es verdad! Yo soy como una mujer por Ti maldecida por su pecado. Ya no estás conmigo. La Gracia se ha retirado como si yo fuera una segunda Eva pecadora. Pero te he sido siempre fiel. ¿En qué te he desagradado? Has hecho de mí lo que has deseado y siempre te he dicho: “Sí, Padre. Estoy dispuesta”. ¿Pueden, entonces, mentir los ángeles? ¿Y Ana, que me aseguró que me darías tu ángel en la hora del dolor? Estoy sola. No tengo ya Gracia ante tus ojos, no te tengo ya a Ti, Gracia, en mí. No tengo ya ángel. ¿Mienten, entonces, los santos? ¿En qué te he desagradado, si ellos no mienten y yo he merecido esta hora?

¿Y Jesús? ¿En qué ha faltado tu Cordero puro y manso? ¿En qué te hemos ofendido, para que, además del martirio dado por mano de los hombres, tengamos que recibir la tortura incalculable de tu abandono? ¿Y además Él, Él, que era Hijo tuyo y que te llamaba con esa voz que ha hecho a la Tierra estremecerse y reaccionar en un acceso de piedad! ¿Cómo lo has dejado solo en medio de tanto tormento?

¡Pobre Corazón de Jesús, que te amaba tanto! ¿Dónde está la señal de la herida del Corazón? Aquí está. Mira, Padre, esta señal. Aquí está la huella de mi mano que entró en la abertura de la lanzada. Aquí... Aquí... Y no la cancelan ni el llanto ni el beso de la Madre, que tiene ya quemados los ojos de llorar y consumidos los labios de besar. Esta señal grita y acusa. Más que la sangre de Abel, grita a Ti desde la Tierra esta señal. Y Tú, que maldijiste a Caín y no dejaste aquello sin castigo, no has intervenido a favor de mi Abel, ya desangrado por sus Caínes, y has permitido el último desprecio. Le has triturado el corazón con tu abandono y has dejado que un hombre lo pusiera al descubierto para que yo lo viera y también resultara triturada. Pero por mí no me importa. Es por Él, por Él te pregunto y solicito tu respuesta. No debías...

¡Oh, perdón! ¡Perdón, Padre santo! Perdona a una Madre que llora por su Hijo... ¡Ha muerto! ¡Ha muerto mi Hijo! Muerto con el corazón abierto. ¡Padre, Padre, Piedad! ¡Yo te amo! Nosotros te hemos amado y Tú mucho nos has amado. ¿Cómo has permitido que fuera herido el corazón de nuestro Hijo? ¡Padre!... ¡Padre, piedad de esta pobre mujer! ¡Estoy blasfemando, Padre! Yo sierva tuya, tu nada, ¿y me atrevo a hacerte un reproche? ¡Piedad! Has sido bueno. Has sido bueno. La herida, la única herida que no le ha hecho daño ha sido ésta. Tu abandono ha servido para que muriera antes de la puesta de Sol y así evitarle otras torturas.

Has sido bueno. Todo lo haces con un fin de bondad. Somos nosotros, criaturas, los que no comprendemos. Has sido bueno. ¡Bueno has sido! Di, alma mía, estas palabras para sacar este aguijón de tu sufrimiento, a tu sufrimiento. Dios es bueno y te ha amado siempre, alma mía. Desde la cuna hasta este momento, siempre te ha amado. Te ha dado toda la alegría del Tiempo. Toda. Se te ha dado Él mismo. Ha sido bueno. Bueno. Gracias, Señor. ¡Bendito seas por tu infinita bondad!

Gracias. Jesús, también por Ti digo gracias. ¡Ésta, al menos, no la has sentido, Hijo mío! Sólo yo la he sentido en el mío, cuando he visto tu Corazón abierto. Ahora está en el mío tu lanza, y hurga y me llena de aflicción. Pero es mejor así. Tú no la sientes. Pero, Jesús, ¡piedad! ¡Una señal tuya! ¡Una caricia, una palabra para tu pobre Mamá que tiene lleno de angustia el corazón! ¡Una señal, una señal, Jesús, si me quieres encontrar viva cuando regreses!

Una llamada enérgica a la puerta de calle hace que todos se sobresalten. El dueño de casa huye “valientemente”... María de Zebedeo quisiera que su Juan lo siguiera y lo invita a ir al patio. Las otras, excepto la Magdalena, se agrupan gimiendo. Es María Magdalena la que va erguida y fuerte a la puerta y pregunta:

-¿Quién llama? – Responde una voz de mujer:

-Soy Nique. Tengo una cosa para la Madre. Debo dársela. ¡Abran! Pronto. La ronda anda patrullando.

Juan, que se ha liberado de su madre y ha ido presuroso donde la Magdalena, se afana con los muchos cerrojos (todos bien asegurados esta noche). Abre. Entra Nique, acompañada de una sirvienta y de un hombre fornido que viene de escolta. Cierran.

-Tengo una cosa... - Nique llora y no puede hablar.

-¿Qué? ¿Qué es? – Todos, curiosos, se han acercado a ella.

-En el Calvario... He visto al Salvador en ese estado... Había preparado el velo lumbar para que no usara los andrajos de los verdugos... Pero estaba tan transpirado- además con sangre en los ojos- que pensé en dárselo para que se secara. Y Él así lo hizo... Me devolvió el velo. Yo ya no lo usé. Quería conservarlo como reliquia con su sudor y su sangre. Viendo la furia de los judíos, pasado un rato, con Plautina y las otras romanas Lidia y Valeria, decidimos volvernos por miedo a que nos quitaran este lienzo. Las romanas son mujeres valientes. Nos habían puesto en medio a mí y a la criada y nos protegían. Es verdad que son contaminación para Israel... y que tocar a Plautina es un peligro (*de impureza por no ser israelita*). Pero eso se piensa en momento de calma. Hoy estaban todos borrachos... En casa he llorado... durante horas... Luego ha venido el terremoto y he perdido el conocimiento... Una vez vuelta en mí, he querido besar ese lienzo y he visto... ¡oh!... ¡En él está la cara del Redentor!

-¡A ver! ¡A ver!

-No. Antes a la Madre. Está en su derecho.

-¡Está deshecha! No resistirá...

-¡No digan eso! Al contrario, le servirá de consuelo. ¡Llámenla!

Juan llama suavemente a la puerta.

-¿Quién es?

-Yo, Madre. Afuera está Nique... Ha venido en la oscuridad. Te ha traído un recuerdo... un regalo... Espera consolarte con él.

-¡Sólo un regalo me puede consolar! La sonrisa de su Cara...

-¡Madre!

Juan la abraza por temor a que se caiga, y dice, como confiando el Nombre verdadero de Dios:

-Es eso. La sonrisa de su cara imprimida en el lienzo con que Nique lo secó en el Calvario.

-¡Oh! ¡Padre! ¡Dios altísimo! ¡Hijo santo! ¡Eterno Amor! ¡Benditos sean! ¡La señal! ¡La señal que les he pedido! ¡Que entre! ¡Que entre!

María se sienta porque ya no se tiene en pie, y se arregla un poco mientras Juan hace una señal a las mujeres, que miran, una señal para que pase Nique.

Entra Nique. Se arrodilla a los pies de María, con la criada al lado. Juan, en pie, erguido, al lado de María, tiene su brazo por detrás de los hombros de la Madre, como para sostenerla. Nique no dice nada, pero, eso sí, abre la caja, saca el lienzo, lo abre. Y la Cara de Jesús, la Cara viva de Jesús, la dolorosa y, no obstante, sonriente cara de Jesús mira a la Madre, sonriéndole.

María emite un grito de amor doliente y extiende los brazos. Las mujeres hacen lo mismo desde la puerta donde están amontonadas; y la imitan también en el arrodillarse anta la Cara del Salvador. Nique no encuentra palabras. Pasa el lienzo de sus manos a las manos maternas y se inclina para besar un borde de aquél. Luego sale hacia atrás, sin esperar a que María vuelva en sí de su éxtasis. Se marcha... Ya está fuera, en la oscuridad, cuando piensan en ella... Sólo queda cerrar el portón, como estaba antes.

María está otra vez sola, en una conversación de su alma con la imagen de su Hijo, porque todos se retiran de nuevo. Pasa más tiempo. Luego Marta dice:

-¿Cómo vamos a hacer con los ungüentos? Mañana es sábado...

-Y no vamos a poder ir por nada... - dice María Salomé.

-Y habría que hacerlo... Muchas libras de áloe y mirra... pero ¡estaba tan mal lavado!...

-Habría que tener todo dispuesto para el amanecer del primer día después del sábado – observa María de Alfeo.

-¿Y los que hacen la guardia? ¿Cómo vamos a hacer?- pregunta Susana.

-Si no nos dejan entrar, se lo decimos a José – responde Marta.

-No podremos correr nosotras solas la piedra – responde la Magdalena:

-¡Oh, siendo cinco, ¿dices que no vamos a poder?! Todas somos fuertes... y el amor hace el resto.

-Y además iré yo con ustedes- dice Juan.- Y María Salomé le dice:

-Tú de ninguna manera. No quiero perderte también a ti, hijo.

-No te preocupes. Nos bastaremos nosotras.

-Bueno, pero... ¿quién nos proporciona los ungüentos?

Un sentimiento de desánimo se apodera de todas... Luego Marta dice:

-Habríamos podido preguntarle a Nique si era verdad lo de Juana... y lo de las revueltas...

-¡Claro! Estamos atontadas. Hubiéramos podido obtener también los ungüentos antes. Isaac estaba en la puerta de su casa cuando hemos vuelto...- y María Magdalena dice:

-En el palacio hay muchos tarros de esencias, y también incienso. Voy por ello. –Y María Magdalena se levanta de su sitio y se pone el manto. – Marta grita:

-¡No irás!

-Iré.

-¡Estás loca! ¡Te tomarán presa!

-Tu hermana tiene razón. ¡No vayas!

-¡Oh, no son más que unas mujeres inútiles y gritonas! ¡Hay que ver qué buena comitiva de seguidoras tenía Jesús! ¿Ya han agotado sus reservas de valentía? A mí, por el contrario, cuanto más valor uso, más me viene.

-Voy con ella. Soy hombre. – dice Juan. Pero María Salomé le contesta:

-Y yo soy tu madre y te lo prohíbo. – Pero María Magdalena le dice:

-Tranquila, María Salomé; tranquilo, Juan. Voy sola. No tengo miedo. Sé lo que es ir de noche por las calles. Lo hice mil veces por el pecado... ¿Debería temer ahora que voy a servir al Hijo de Dios?

-Pero hoy la ciudad está agitada. Ya has oído a ese hombre.

-Es un conejo. Y ustedes, lo mismo. Me voy.

-¿Y si te ven los soldados?

-Les diré: “Soy la hija de Teófilo, sirio, siervo fiel de César”. Y no me pararán. Y además... El hombre ante una mujer joven y bonita es un juguete más inofensivo que un tallito de paja. Yo esto lo sé, para vergüenza mía...

-¿Pero dónde pretendes encontrar perfumes en el palacio, si desde hace años está deshabitado?

-¿Tú crees? ¡Marta! ¿No te acuerdas de que Israel los obligó a dejarlo porque era uno de los lugares de encuentro con los amantes? Allí tenía yo todo lo necesario para aumentarles su locura por mí. Cuando mi Salvador me salvó, escondí en un lugar que sólo yo conocía, los recipientes de alabastro y los inciensos que usaba para orgías de amor. Y juré que sólo el llanto por mi pecado sería el agua perfumada de María arrepentida; y la adoración de Jesús santísimo sus ardientes inciensos. Y juré que esos signos de culto profano de la sensualidad y la carne los usaría únicamente para santificarlos en Él y ungirlos. Ahora es la hora. Voy. Ustedes quédense aquí. Tranquilas. Viene conmigo el ángel de Dios y no me sucederá nada malo. Adiós. Les traeré noticias. A Ella no le digan nada... Aumentarían su angustia y aflicción. – Y María Magdalena sale segura, majestuosa.

-Madre, que te sirva de lección... y que te diga: no hagas que el mundo diga que tu hijo es un cobarde. Mañana, o, mejor, hoy, porque ya estamos en la segunda vigilia, voy a la búsqueda de los compañeros, como Ella quiere...

-Es sábado... no puedes hacer eso... -objeta María Salomé para retenerlo.

-“El sábado ha muerto” digo yo también con José. La era nueva ha comenzado. En ella habrá otras leyes, otros sacrificios y ceremonias.

María Salomé, sin protestar ya más, apoya la cabeza en las rodillas y llora.

-¡Oh, si pudiéramos saber de Lázaro!- gime María Cleofás.

-Si me dejan ir, tendrán noticias. Porque Simón Cananeo (*Zelote*), que recibió la orden de hacerlo, ha llevado donde Lázaro a los compañeros; Jesús se lo dijo a Simón estando yo presente.

-¡Ay, ay... ¿todos allí? ¡Entonces están todos perdidos! – María Cleofás y María Salomé lloran desconsoladamente.

Pasa más tiempo, entre llantos y esperas. Luego vuelve María Magdalena, triunfadora (cargada de bolsas llenas de preciosos tarritos).

-¿Ven como no ha pasado nada? Aquí están: aceites de todo tipo, y nardo y olíbano, y benjuí. No hay mirra ni áloe... No quería cosas amargas yo... que ahora bebo todas las amarguras... Entretanto, amasamos éstas y mañana conseguimos... Pagando, Isaac dará aunque sea sábado... Compraremos mirra y áloe.

-¿Te han visto?

-Nadie. Ni un murciélago por las calles.

-¿Los soldados?

-¿Los soldados? Creo que están roncando en sus colchones de paja.

-Pero las sediciones... los arrestos...

-Los ha visto el miedo de ese hombre...

-¿Quién está en el palacio?

-Pues Leví y su mujer. Tranquilos como niños. Los hombres armados han huído... ¡Ja! ¡Ja! ¡Lo que yo digo es que buenos héroes tenemos!...En cuanto tuvieron noticia de la condena, huyeron. Digo la verdad: Roma es dura y usa el látigo... pero así se hace temer y servir. Y tiene hombres, no conejos... Jesús decía: "Mis seguidores conocerán mi mismo destino". ¡Mmm! Si se hacen de Jesús muchos romanos, puede ser; pero si esos mártires tienen que ser israelitas... se quedará solo... Aquí está mi saco. Y éste es de Juana, que... si... no sólo somos cobardes, sino que también somos mentirosos. Juana está abatida, nada más. Ella y Elisa se han sentido mal en el Gólgota: una es una madre a la que se le murió un hijo, y el oír los estertores de Jesús ha hecho que se sintiera mal; la otra es una mujer delicada, que no está acostumbrada a tanto camino ni a tanto Sol. Pero nada de heridas, nada de agonías. Lloro, como nosotras, eso sí, claro; nada más. Lo que le duele es que la hayan alejado de allí. Mañana vendrá. Manda estos perfumes. Los que tenía. Con ella se había quedado Valeria, por orden de Plautina; pero ahora Valeria se ha marchado con los esclavos, a casa de Claudia, porque tienen muchos inciensos. Cuando venga – porque tampoco ella, por gracia del Cielo, es una liebre eternamente temblorosa – no se pongan a gritar como sintiendo la espada en el cuello. Arriba. Levántense. Vamos a coger unos morteros y a trabajar. Llorar no sirve. Al menos, lloren y trabajen. El llanto diluirá nuestro bálsamo. Y Él lo sentirá sobre sí... Sentirá nuestro amor – y se muerde los labios para no llorar y para dar fuerza a las otras, que están verdaderamente deshechas.

Trabajan con ahínco. María llama a Juan.

-¿Qué te ocurre, Madre?

-Esos golpes...

-Están triturando los inciensos...

-¡Ah!... Pero... Perdonen... no hagan ese ruido... me parece oír los martillos...

Efectivamente, los mazos de bronce contra el mármol de los morteros hacen verdaderamente ruido de martillos. Juan dice esto a las mujeres, que salen al patio para que se las oiga menos. Juan regresa donde la Madre.

-¿Cómo los han conseguido?

-María de Lázaro ha ido por ellos a su casa y a casa de Juana... Y traerán otros más...

-¿No ha venido nadie?

-Nadie después de Nique.

-¡Míralo, Juan! ¡Qué hermoso es incluso en medio de su dolor! – María se abstrae, con las manos juntas, frente al lienzo (lo ha extendido sobre una caja de madera y lo ha sujetado con unos pesos).

-Hermoso. Sí, Madre. Y te sonrío... No llores más... Ya han pasado algunas horas. Menos que esperar para su regreso... - y, mientras dice esto, Juan llora... María le acaricia la mejilla. Pero sólo mira la imagen de su Hijo. Juan sale, cegado por el llanto.

También la Magdalena, que ha vuelto para tomar unas ánforas, está en las mismas condiciones. Pero dice al apóstol:

-No debemos permitir que nos vean llorar. Porque, si no, aquéllas no sabrán hacer nada ya. Y hay que hacer...

-Y hay que creer – termina Juan.

-Sí. Creer. Si no se pudiera creer, vendría la desesperación. Yo creo. ¿Y tú?

-Yo también...

-No lo dices bien. No amas todavía lo suficiente. Si amaras con todo tu ser, no podrías no creer. El amor es luz y voz. Incluso contra las tinieblas de la negación y el silencio de la muerte, dice: "Yo creo" – se muestra espléndida la Magdalena, tan alta y majestuosa, imperiosa en su confesión de fe. Debe tener el corazón torturado (sus ojos, quemados por el llanto, lo dicen), pero el ánimo está invicto.

Juan la mira admirado y susurra:

-Eres fuerte.

-Siempre. Lo fui tanto que supe desafiar al mundo. Y entonces no tenía a Dios. Ahora que lo tengo, siento que sé desafiar hasta al infierno. Tú que eres bueno deberías ser más fuerte que yo. Porque la culpa deprime, ¿eh? Más que el agotamiento. Pero tú eres inocente... Por eso te amaba tanto...

-También a ti te amaba...

-Y yo no era inocente. Pero era su conquista y...

-Llaman fuertemente al portón.

-Será Valeria. Abre.

Juan abre sin miedo, dominado por la calma de María. Efectivamente, es Valeria, y sus esclavos, que traen la litera de la que ella ha bajado. Entra saludando a la latina:

-Salve.

-La paz sea contigo, hermana. Entra – dice Juan.

-¿Puedo ofrecer a la Madre el presente de Plautina? Claudia también ha contribuido. Pero si no le causa dolor el verme.

Juan entra donde María. Ella le pregunta:

-¿Quién llama? ¿Pedro? ¿Judas? ¿José?

-No. Es Valeria. Ha traído resinas preciosas. Quisiera ofrecértelas, si no te causa pena.

-Debo superar la pena. Él ha llamado a su Reino a los hijos de Israel y a los paganos. A todos ha llamado. Ahora... está muerto... Pero yo estoy aquí por Él. Recibo a todos. Que entre.

Valeria entra. Se ha quitado el manto oscuro y aparece toda blanca con su estola. Se inclina profundamente. Saluda y habla.

-Dómina. Sabes quiénes somos. Las primeras redimidas del oscurantismo pagano. Fango y tinieblas éramos. Tu Hijo nos ha dado ala y luz. Ahora está... dormido en paz. Conocemos sus usos. Y queremos que sobre el Triunfador sean esparcidos también los bálsamos de Roma.

-Que Dios las bendiga, hijas de mi Señor. Y... perdonen si no sé decir nada más...

-No te esfuerces, Dómina. Roma es fuerte. Pero también sabe comprender el dolor y el amor. Te comprende, Madre Dolorosa. Adiós.

-¡La paz sea contigo, Valeria! Para Plautina, para todas ustedes, bendición.

Valeria deja sus inciensos y otras esencias y se retira.

-¿Ves, Madre, como todo el mundo da para el Rey del Cielo y de la Tierra?

-Sí. Todo el mundo. Y la Madre sólo habrá podido darle llanto –dice María.

Un gallo canta alegre en algún lugar cercano. Juan se estremece.

-¿Qué te sucede, Juan? – pregunta la Virgen.

-Pensaba en Simón Pedro...

-¿Pero no estaba contigo? – pregunta la Magdalena, que ha vuelto a entrar en la habitación.

-Sí. En casa de Anás. Luego he comprendido que yo tenía que venir aquí. Y no he vuelto a verlo.

-Dentro de poco amanecerá.

-Sí. Abran.

Abren las contraventanas y las caras parecen aún más térreas en la luz verdosa del alba.

La noche del Viernes ha terminado.

DICE JESÚS

Has visto cuánto cuesta ser Salvadores. Lo has visto en Mí y María. Has tenido conocimiento de nuestras torturas. Has visto qué generosidad, heroísmo, paciencia, mansedumbre, constancia y fortaleza las hemos sufrido por la caridad de salvarlos.

Todos aquellos que quieran, que pidan al Señor Dios a ser ellos “salvadores”, deben pensar que Yo y María somos el modelo, que esas son las torturas que hay que compartir para salvar: la cruz, las espinas, los clavos, los azotes no serán materiales. Serán otros, con otra forma y naturaleza; pero igualmente dolorosos e inmoladores. Y sólo inmolándose en medio de estos dolores se puede ser salvador.

Es misión austera, la más austera de todas. Una misión respecto a la cual la vida del monje o de la religiosa de la más severa regla es como una flor comparada con un montón de espinas. Porque ésta no es regla de Orden humana, sino Regla de un sacerdocio y un rito de ingreso en el estado monacal divinos, cuyo Fundador soy Yo. Yo soy el que consagra y acoge-en mi Regla, en mi Orden- a los elegidos para ella. Y soy el que les impone el hábito (el mío): el Dolor total llevado hasta el sacrificio.

Has visto mis sufrimientos, dirigidos a hacer reparación por sus culpas. Nada en mi Cuerpo ha estado exento de ellos, porque nada en el hombre está exento de culpas, y todas las partes de su yo

físico y moral- ese yo que Dios les ha dado con una perfección de obra divina y que ustedes han degradado con la culpa del progenitor y con sus tendencias al mal, con su voluntad mala- son instrumentos de los que se sirven para cumplir el pecado.

Pero Yo he venido para cancelar los efectos del pecado con mi Sangre y mi dolor, lavando en ellos cada una de sus partes físicas y morales, para purificarlas y fortalecerlas contra las tendencias culpables.

Mis manos fueron heridas y aprisionadas, después de haberse cansado llevando la Cruz, para reparar por todos los delitos cometidos con la mano del hombre. Desde los verdaderos actos de sujetar y usar un arma contra un hermano, haciéndose así Caínes, hasta de robar o escribir acusaciones falsas o llevar a cabo actos contrarios al respeto de su cuerpo o del cuerpo ajeno, o de estar ociosos en una holgazanería que es terreno propicio para sus vicios. Por las ilícitas libertades de sus manos, he dejado crucificar las mías, clavándolas al madero, privándolas de todo movimiento más que lícito y necesario.

Los Pies del Salvador de ustedes, después de haberse fatigado y herido en las piedras de mi camino de Pasión, fueron traspasados, inmovilizados, para hacer reparación por todo el mal que ustedes hacen con los pies, haciendo de ellos el medio para ir a sus delitos, hurtos, fornicaciones. He marcado las calles, las plazas, las casas, las escalas de Jerusalén, para purificar todas las calles, las plazas, las escalas, las casas de la Tierra, de todo el mal que dentro y fuera de ellas había nacido, todo lo que había sido sembrado y sería sembrado, en los siglos pasados y en los futuros, por su mala voluntad obediente a las instigaciones de Satanás.

Mi Carne se manchó, recibió contusiones y heridas, para castigar en Mí todo el culto exagerado, la idolatría, que ustedes ofrecen a esta carne y a la de quien aman, por capricho sensual o incluso por afecto, que en sí no es reprochable, pero que lo hacen reprochable al amar a un padre, a un cónyuge, a un hijo o a un hermano, más que a Dios.

No. Por encima de cualquier amor y vínculo terrenos está, debe estar, el amor al Señor Dios de ustedes. Ninguno, ningún otro afecto debe ser superior a éste. Amen a los suyos en Dios, no por encima de Dios. Amen con todo su ser a Dios. Ello no absorberá su amor hasta el punto de hacerlos indiferentes para con los suyos; antes al contrario, la perfección tomada de Dios –quien ama a Dios tiene en sí a Dios y, teniendo a Dios, tiene la Perfección - alimentará su amor hacia ellos.

Yo hice de mi Carne una herida para extraer de las suyas el veneno de la sensualidad, del no pudor, del no respeto, de la ambición y admiración por la carne destinada a volver al polvo. No es dando culto a la carne como se lleva a la carne a la belleza; al contrario, es con el desapego de ella con lo que se le da la belleza eterna en el Cielo de Dios.

Mi Cabeza fue torturada con mil torturas (golpes, Sol, gritos, espinas) para hacer reparación por las culpas de sus mentes. Soberbia, impaciencia, intolerancia, falta de aguante, pululan en sus cerebros como terreno fértil. Yo hice de él un órgano torturado, cerrado dentro de una caja decorada con sangre, para hacer reparación por todo lo que brota de su pensamiento.

Has visto la única corona que yo he querido: una corona que sólo un loco o un torturado pueden llevar. Ninguno, que sea sano de mente (humanamente hablando) y que esté en posesión de su libertad, se impone. Pero a Mí me consideraban loco, y loco, sobrenaturalmente, divinamente loco lo era, queriendo morir por ustedes – que no me aman o que me aman tan poco – queriendo morir para vencer el Mal en ustedes, sabiendo que lo aman más que a Dios. Y estuve a merced del hombre; y prisionero del hombre, condenado suyo. Yo, Dios, condenado por el hombre.

¡Cuántas impaciencias tienen, por naderías; cuántas incompatibilidades, por bagatelas; cuántas exasperaciones, por simples malestares! Miren a su Salvador. Mediten en lo exasperante que debían ser esas punzadas continuas en nuevos sitios, esos enredos en los mechones de cabellos, ese desplazamiento continuo sin posibilitar mover la cabeza, apoyarla, en ningún modo que no produjera tormento. Piensen en lo que debieron significar para mi Cabeza torturada, dolorida, febril, los gritos de la muchedumbre, los golpes en la cabeza, el Sol abrasador. Reflexionen en el dolor que debía tener en mi pobre cerebro, que había ido a la agonía del Viernes convertido ya por entero en un dolor por el esfuerzo sufrido durante la noche del Jueves; en mi pobre cerebro al que le subía la fiebre de todo el Cuerpo herido y de las intoxicaciones provocadas por las torturas.

Y, en la Cabeza, también los ojos tuvieron su parte, y la boca, y la nariz y la lengua. Para hacer reparación por sus miradas tan amantes de ver lo malo y tan olvidadas de buscar a Dios; para hacer reparación por las demasiadas y demasiado mentirosas y sucias y lujuriosas palabras que dicen en vez de usar los labios para orar, para enseñar, para confortar. Y recibieron su tortura la nariz y la lengua para hacer reparación por su avidez gustativa y por su sensualidad olfativa, por las cuales cometen imperfecciones que son terreno para más graves culpas, y cometen pecados con la avidez de alimentos superfluos si tener piedad de los que tienen hambre, de alimentos que se pueden permitir, muchas veces recurriendo a medios ilícitos de ganancia.

Mis entrañas no quedaron exentas de sufrimientos. Ninguna de ellas. Sofocación y tos para los pulmones, los cuales, por la bárbara flagelación recibida, estaban contusos, e hinchados por la postura en la cruz; angustia, aflicción y dolor en el corazón, que había sido desplazado y estaba enfermo, por causa de la cruel flagelación, y del dolor moral que había precedido a ésta, por el esfuerzo de la subida bajo la pesada carga del madero y por la anemia consiguiente a toda la sangre que ya había vertido. El hígado congestionado, el bazo congestionado, los riñones contusos y congestionados. (*congestión: acumulación excesiva de sangre*).

Has visto la corona de moretones que estaban alrededor de mis riñones. Sus científicos, para dar una prueba para su incredulidad respecto a esa prueba de mi padecimiento que es la Sábana Santa (que se conserva en Turín), explican que la sangre, el sudor cadavérico y la urea de un cuerpo ultrafatigado pudieron, mezclándose con los ungüentos, producir esa pintura natural de mi Cuerpo extinto y torturado.

Mejor sería creer sin tener necesidad de tantas pruebas para creer. Mejor sería decir: “Esto es obra de Dios” y bendecir a Dios, que les ha concedido disponer de la prueba irrefutable de mi Crucifixión y de las torturas que la precedieron. Pero, dado que ahora no saben creer con la sencillez de los niños, sino que tienen necesidad de pruebas científicas –pobre fe de ustedes que sin el apoyo y el estímulo de la ciencia no sabe mantenerse en pie y caminar- sepan que las atroces contusiones de mis riñones fueron el componente químico más potente en el milagro de la Sábana Santa. Mis riñones, casi rotos por los azotes, ya no pudieron trabajar. Como los de los que han ardido en una llamarada, no fueron capaces de filtrar y, la urea se acumuló y se esparció en mi sangre, en mi cuerpo, produciendo los sufrimientos de la intoxicación urémica y el reactivo que, rezumando de mi cadáver, fijó la imagen en la tela. Pero los que de entre ustedes son médicos, o los que de entre ustedes están enfermos de uremia, pueden comprender qué sufrimientos debieron producirme las toxinas urémicas, tan abundantes como para ser capaces de producir una huella indeleble.

La sed. ¡Qué tortura, la sed! Y, a pesar de todo, ya has visto que no hubo ni siquiera uno, de entre tantos, que supiera en aquellas horas darme una gota de agua. Desde después de la Cena, no tuve ninguna confortación. Y la fiebre, el Sol, el calor, el polvo, el desangramiento, producían mucha sed a su Salvador.

Has visto que rechacé el vino mirrado. No quería atenuaciones de mi sufrimiento. Cuando nos hemos ofrecido como víctimas, tenemos que hacerlo sin transacciones piadosas, sin arreglos, sin atenuaciones. Es necesario beber el cáliz como se nos da. Saborear el vinagre y la hiel, hasta el concho. No el vino con añadido de drogas que produce una mitigación del dolor.

¡Oh, muy severo es el destino de víctima! ¡Pero, bienaventurado el que lo elige como el suyo!

Esto respecto al sufrimiento de tu Jesús en su Cuerpo inocente. Y no te hablo de las torturas de mi sentimiento hacia mi Madre y hacia su dolor. Se requería ese dolor. Pero para Mí fue la aflicción y angustia más cruel. ¡Sólo el Padre sabe lo que sufrió su Verbo en el espíritu, en lo moral y en lo físico! Y la presencia de mi Madre, aunque fue la cosa más deseada por mi corazón, que tenía necesidad de esa confortación en la soledad infinita que lo rodeaba, infinita, soledad procedente de Dios y de los hombres, fue tortura.

Ella debía estar allí, ángel de carne, para impedir el asalto de la desesperación, de la misma forma que el ángel espiritual la había impedido en el Getsemaní; debía estar allí para unir mi Dolor con el suyo para la Redención de ustedes; debía estar allí para recibir la investidura de Madre del género humano. Pero verla morir a cada uno de mis estremecimientos fue mi mayor dolor. Ni siquiera la traición, ni siquiera el saber que mi Sacrificio sería inútil para muchos – esos dos dolores que pocas horas antes me habían parecido tan grandes que me habían hecho sudar sangre – eran comparables a éste.

Pero tú has visto lo grande que fue María en aquella hora. La aflicción y la angustia no le impidieron ser mucho más fuerte que Judit. Ésta mató (Judit 13). María se dejó matar a través de su Hijo. Y no maldijo ni odió. Oró, amó, obedeció. Siempre Madre, hasta el punto de pensar, en medio de esas torturas, que su Jesús tenía necesidad de su velo virginal para cubrir sus carnes inocentes, para defensa de su pudor, supo al mismo tiempo ser Hija del Padre de los Cielos y obedecer a la tremenda voluntad del Padre en aquella hora. No maldijo, no se rebeló; ni contra Dios ni contra los hombres: a éstos los perdonó; a Aquél le dijo “Hágase”. También después la has oído: “¡Padre, te amo, y Tú nos has amado!”. Recuerda y proclama que Dios la ha amado y le renueva su acto de amor. ¡En aquella hora! Después de que el Padre la había traspasado y privado de su razón de ser. Lo ama. No dice: “Ya no te amo por haber descargado tu mano sobre mí”. Lo ama. Y no se aflige por el propio dolor, sino por el que sufre su Hijo. No grita por el propio corazón quebrantado, sino por mi corazón traspasado. De esto pide razón al Padre, no del propio dolor. Pide razón al Padre en nombre del Hijo de ambos.

Ella es auténticamente la Esposa de Dios. Ella es auténticamente la que concibió por unión con Dios. Sabe que a su Hijo no lo engendró un contacto humano, sino que fue solamente Fuego que descendió del Cielo para entrar en su seno inmaculado y depositar en él el Germen divino, la Carne del Hombre-Dios, del Dios-Hombre, del Redentor del mundo. Ella lo sabe, y como Esposa y Madre pide razón de esa herida. Las otras debían producirse. Pero ésta, cuando todo estaba cumplido, ¿por qué? ¡Pobre Mamá! Hubo un porqué que tu dolor no te ha permitido leer en mi herida. Y ese porqué fue el que los hombres vieran el Corazón de Dios. Tú lo has visto, María. Y no lo olvidarás nunca.

Pero ya ves que María, a pesar de no ver en ese momento las razones sobrenaturales de esa herida, enseguida piensa que no me ha hecho daño, y por ella bendice a Dios. No se preocupa del mucho daño que esa herida le haya hecho a Ella; no me ha hecho daño a Mí, y eso le basta y le sirve para bendecir a Dios, a ese Dios que la inmola. Lo único que pide es un poco de confortación para no morir. Es necesaria para la naciente Iglesia de la que ha sido creada Madre pocas horas antes. La Iglesia, como un recién nacido, necesita cuidados y leche maternos. María dará esto a la Iglesia sosteniendo a los apóstoles, hablándoles del Salvador, orando por la Iglesia. ¿Pero cómo podría hacerlo si expirara esa noche? La Iglesia, a la que le quedan pocos días para estar ya sin Quien es su Cabeza, se quedaría huérfana del todo si además expirara la Madre. Y la suerte de los recién nacidos huérfanos es siempre precaria.

Dios nunca defrauda una justa oración y conforta a los hijos suyos que en Él esperan. María lo experimenta en el consuelo de la Verónica. Ella, la pobre Mamá, había imprimido en sus ojos la imagen de mi Cara apagada. No podía resistir verla. No es su Jesús ese Jesús envejecido, hinchado, con esos ojos cerrados que ya no la miran, con esa boca torcida que ni le habla ni le sonríe. La de la Verónica es una cara de Jesús vivo; doliente, herido, pero todavía vivo. Su mirada la mira, su boca parece decirle: “¡Mamá!”. Su sonrisa la saluda todavía.

¡Oh, María! Busca a Jesús en tu dolor. Él vendrá siempre y te mirará, te llamará, te sonreirá. Compartiremos el dolor, ¡pero estaremos unidos!

(El apóstol Juan en la Pasión)

Juan -oh pequeño Juan – compartió con María y Jesús el dolor. Sé siempre como Juan. También en esto. Ya te lo he dicho: “No serás grande por las contemplaciones y los dictados- esto es Mío – sino por tu amor; y el amor más alto está en compartir el dolor”. Esto proporciona la manera de intuir hasta los más pequeños deseos de Dios y hacerlos realidad a pesar de todos los obstáculos.

Mira con qué viva y delicada sensibilidad Juan actúa desde la noche del Jueves hasta la del Viernes. Y pasada esa noche. Pero, observémosle en aquellas horas.

Un momento de desconcierto. Una hora de pesantez. Pero, una vez superado el sueño con la agitación de la captura, y esa agitación con el amor, viene, trayéndose tras sí a Pedro, para que el Maestro sienta confortación al ver a la Cabeza de los apóstoles y al Predilecto de entre los apóstoles.

Y luego hace de enlace entre la casa de Caifás y el Pretorio, entre la casa de Caifás y el palacio de Herodes, y otra vez va de la casa de Caifás al Pretorio. Hacer eso esa mañana, cruzando por entre la muchedumbre ebria de odio, con un atuendo que lo delata como galileo, no es una cosa cómoda. Pero el amor lo sostiene, y Juan no piensa en sí mismo, sino en los dolores de Jesús y de la Madre. Podría ser apedreado por ser seguidor del Nazareno. No importa. Desafía todo. Los otros han huido, están escondidos: la prudencia y el miedo los guían. A él lo guía el amor, y se queda y se muestra. Es un hombre puro. El amor prospera en la pureza.

Y luego piensa en la Madre, a quien algún cruel le puede gritar que su Hijo ha sido capturado. Y si su piedad y su buen sentido de lugareño lo inducen a mantener a María alejada de la multitud y del Pretorio, cuando juzga que ha llegado la hora en que Jesús necesita a su Madre y que no es lícito tener más tiempo a la Madre separada del Hijo, va donde Ella y la prepara para la noticia. No sabe que María vive ya la aflicción y la angustia del Hijo y que, mientras los apóstoles dormían, Ella velaba y oraba, agonizando con su Hijo. No sabe que María participa de todas las torturas de su Hijo padeciéndolas espiritualmente. La lleva a Él, la sostiene, la defiende.

¿Qué es ese puñado de personas fieles (un hombre solo, indefenso, joven, sin autoridad, a la cabeza de unas pocas mujeres) contra toda una muchedumbre embrutecida? Nada. Un montoncito de hojas que el viento puede desparramar. Una barquichuela en un océano en temporal que puede sumergirla. No importa. El amor es su fuerza y su vela. Éste es su arma, y con éste protege a la Mujer y a las mujeres hasta el final.

Juan tuvo el amor de compasión como nadie más en el mundo, excepción hecha de mi Madre. Juan es el príncipe de los que aman con este amor. Es tu maestro en esto. Sigue el ejemplo que te da de pureza y caridad, y serás grande.

Y, dado que preveo las observaciones de los demasiados Tomases (incrédulos) y de los demasiados escribas de ahora sobre una frase de este dictado, que parece contrastar con el sorbo de agua ofrecido por Longinos... -¡Oh, cómo gozarían los negadores de lo sobrenatural, los racionalistas de la perfección al revés, si pudieran encontrar una fisura en el magnífico complejo de esta obra de bondad divina y sacrificio tuyo, pequeño Juan, para poder, haciendo palanca en esa fisura con el fierro de su mortífero racionalismo, provocar el derrumbamiento de todo! – previniendo a éstos, digo y explico:

Aquel pobre sorbo de agua-una gota en el incendio de la fiebre y en la sequedad de las venas vaciadas- tomado por amor a un alma a la que había que convencer de amor para llevarla a la Verdad, tomado con suma fatiga en medio del jadeo agudo que me estrangulaba la respiración y obstaculizaba la deglución – tan quebrantado estaba por los atroces azotes- no proporcionó más alivio que el sobrenatural. Desde el punto de vista de la carne no fue nada, por no decir un tormento... Ríos habrían sido necesarios para mi sed de entonces... Y no podía beber por el jadeo del dolor precordial. Y tú sabes lo que es este dolor...Ríos habrían sido necesarios después... y no me fueron dados. Y tampoco hubiera podido aceptarlos por el sofoco cada vez más fuerte. ¡Pero cuánto alivio habrían procurado a mi corazón si me hubieran sido ofrecidos! Era de amor de lo que moría. De amor no dado. La piedad es amor. Y en Israel no hubo piedad.

Cuando contemplan, ustedes los buenos, o analizan, ustedes los escépticos, aquel “sorbo”, denle su justo nombre: “piedad”, no bebida. Puede, por tanto, decirse, sin incurrir por ello en falsedad, que “desde la Cena no recibí alivio”. De toda la masa que me rodeaba, no hubo ni uno que me procurase alivio, considerando que el vino drogado no quise sorberlo. Recibí vinagre y burlas. Recibí traiciones y golpes. Eso es lo que recibí. Nada más.

614

El día del Sábado Santo.

El amanecer, fatigosamente, avanza débil. La aurora tarda –cosa extraña- aunque no haya nubes en el cielo. Parece como si los astros hubieran perdido todo elemento de vigor. Y, al igual que la nocturna Luna era pálida, el Sol que aparece también es pálido. Opacos... ¿Será que también ellos han llorado, y por eso tienen este aspecto empañado como lo tienen los ojos de los buenos, que han llorado y lloran por la muerte del Señor?

En cuanto Juan comprende que han abierto las puertas, sale, sordo a las súplicas maternas. Las mujeres se atrincheran en casa, ahora más atemorizadas porque también el apóstol se ha marchado.

María, que sigue en su habitación, desmayadas las manos sobre su regazo, mira fijamente hacia fuera a través de la ventana que da a un jardín no excesivamente grande, pero sí bastante amplio, y todo lleno de rosas florecidas que orillan las altas paredes y los caprichosos cuadrados de jardín. En las matas de los lirios, por el contrario, no hay todavía tallos de futuras flores: están tupidas, hermosas, pero sólo con hojas. Mira, mira, y yo creo que no ve nada, sino lo que hay en su pobre cerebro cansado: la agonía de su Hijo.

Las mujeres van y vienen. Se acercan a Ella, la acarician, le ruegan que tome algo que la reconforte... y cada una de estas veces, al venir ellas, viene una oleada de un perfume denso, compuesto, un perfume que aturde. María se estremece cada vez, pero nada más. No dice nada. No hace nada. Nada. Está exhausta. Espera. Sólo espera. Es la Mujer que espera.

Un golpe en la puerta... Las mujeres corren a abrir. María se vuelve en su asiento, pero no se levanta. Mira fijamente a la puerta entreabierta. Entra la Magdalena.

-Está Manahén... Quisiera ser útil para algo...

-Manahén... Dile que entre. Siempre ha sido bueno. No creía que fuera él...

-¿Quién pensabas que fuera, Madre?...

-Después... después. Que entre.

Entra Manahén. No viene pomposo como de costumbre. Trae una túnica normalísima, de un café casi negro, y el manto es casi igual. Ninguna joya. Tampoco la espada. Nada. Parece un hombre de condición económica buena, pero del pueblo. Se inclina para saludar. Primero cruza las manos en el pecho, luego se arrodilla como ante un altar.

-Levántate. Y perdona si no respondo a la reverencia. No puedo...

-No debes. Yo no lo permitiría. Sabes quién soy. Por esto te ruego que cuentes conmigo como tu siervo. ¿Me necesitas? Veo que no tienes a tu lado ningún hombre. Sé por Nicodemo que todos han huído. No había ninguna solución, es verdad, pero al menos darle el consuelo de vernos. Yo... yo lo saludé en el Sixto (*palacio de Herodes*). Y luego ya no pude, porque... Bueno, es inútil decirlo. Esto también ha sido deseo de Satanás. Ahora estoy libre y vengo a ponerme a tu servicio. Ordena, Mujer.

-Quisiera saber y hacer saber a Lázaro... Sus hermanas están preocupadas, y también mi cuñada y la otra María. Quisiéramos saber si Lázaro, Santiago, Judas y el otro Santiago están a salvo.

-¿Judas? ¡Judas Iscariote! ¡Pero si lo ha traiciondo!

-Judas el hijo del hermano de mi esposo.

-¡Ah! Voy – y se levanta - pero, al hacerlo, hace un gesto de dolor.

-¿Estás herido?

-¡Mmm!... Sí. No es nada. Un brazo que me duele un poco.

-¿Por causa nuestra? ¿Por esto no estabas arriba?

-Sí, era por esto. Y sólo eso me duele; no la herida. El resto de fariseísmo, de hebraísmo, de satanismo que había en mí- porque en satanismo se ha transformado el culto de Israel- ha salido por entero con esa sangre. Soy como un recién nacido que después de cortado el sagrado ombligo deja de tener contacto con la sangre materna, y las pocas gotas que todavía quedan en el cordón cortado en entran en él, pues están estranguladas por el lazo de lino. Caen... ya inútiles. El recién nacido vive con su corazón y su sangre. Lo mismo yo. Hasta ahora no estaba todavía formado del todo. Ahora he llegado al final, y vengo, y he sido dado a luz. Ayer nací. Mi madre es Jesús de Nazaret. Y me dio a luz cuando dio el último grito. Lo sé... porque he huído a casa de Nicodemo esta noche. Lo único que quisiera es verlo. Cuando vayan al Sepulcro, díganmelo. Iré yo también... ¡Ignoro su cara de Redentor!

-Te está mirando, Manahén. Vuélvete.

El hombre, que había entrado con la cabeza inclinada profundamente y que luego había tenido ojos sólo para María, se vuelve casi asustado y ve el Sudario. Se arroja al suelo, rostro en tierra, adorando... Y llora. Luego se pone en pie. Se inclina ante María y dice:

-Me marchó.

-Es sábado. Ya lo sabes. Ya nos acusan de violar la Ley por instigación suya.

-Estamos empatados, porque ellos violan la ley del amor. La primera y más grande. Él lo decía. Que el Señor te consuele. Sale.

Pasan las horas. ¡Qué lentas son para el que espera!... María se levanta y, apoyándose en los muebles, va a la puerta. Trata de atravesar el amplio vestíbulo de entrada, pero cuando ya no tiene dónde apoyarse vacila como si estuviera ebria. Marta, que ha presenciado la escena desde el patio que hay pasada la puerta, acude.

-¿A dónde quieres ir?

-Ahí dentro. Me lo han prometido.

-Espera a Juan.

-Basta de esperar. Como ven, estoy serena. Vayan y que abran. Dado que han dicho que cierren por dentro. Yo espero aquí.

Susana – han venido todas – se marcha a llamar al dueño de casa, para que venga con las llaves. Mientras tanto, María se apoya en la puertecita, como si quisiera abrirla con la fuerza de su deseo.

Ya viene el hombre. Atemorizado, abatido, abre y se retira. María, del brazo de Marta y de María de Alfeo, entra en el Cenáculo. Todo está todavía como al final de la Cena. La cadena de los acontecimientos y la orden dada por Jesús han impedido que alguien cambiara las cosas. Lo único es que se han colocado en su sitio los asientos. Y María, a pesar de no haber estado en el Cenáculo, va directamente al sitio donde había estado sentado su Jesús. Parece como si una mano la guiara. Y va tan rígida – grande es el esfuerzo que hace por ir- que parece casi sonámbula... Va. Da la vuelta en torno al triclinio (asiento-cama), se mete entre éste y la mesa... permanece erguida un momento. Luego cae abatida sobre la mesa, rompiendo a llorar de nuevo. Luego se calma. Se arrodilla y ora con la cabeza apoyada en el borde de la mesa. Acaricia el mantel, el asiento, los objetos de la vajilla, el borde de la bandeja grande en que estaba el cordero, el cuchillo grande usado para trincar, el ánfora puesta delante de ese sitio. No sabe que está tocando lo que también ha tocado Judas Iscariote. Luego permanece como aturdida, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa.

Callan todas. Hasta que la cuñada dice:

-Ven, María. Tenemos miedo de los judíos. ¿No quisieras que entraran aquí, no?

-No, no. Es un lugar santo. Vamos. Ayúdenme... Han hecho bien en decírmelo. Quisiera también un arca (*caja de madera con tapa*), bonita, grande, cerrada, para meter dentro todos mis tesoros.

-Mañana dispongo que te la traigan del palacio. Es la más bonita de la casa; fuerte y segura. Te la doy con alegría- promete la Magdalena.

Salen. María está verdaderamente agotada. Se tambalea al subir los pocos peldaños. Y, si su dolor es menos dramático, es porque ya no tiene fuerzas para serlo; pero, en su moderación, es un dolor aún más trágico. Vuelven a entrar en la habitación de antes. Y, antes de regresar a su sitio, María acaricia, como si de una cara de carne se tratara, la santa Cara del Sudario.

Otra llamada al portón. Las mujeres se apresuran a salir y a cerrar la puerta. Con su voz cansada, María dice:

-Si fueran los discípulos, y especialmente Simón Pedro y Judas, que vengan enseguida.

Pero es el pastor Isaac. Entra llorando, después de algún minuto, se postra delante del Sudario; luego delante de la Madre, y no sabe qué decir. Es Ella la que dice:

-Gracias. Te ha visto y te he visto. Yo lo sé. Los miró mientras pudo.

Isaac llora todavía más fuerte. Sólo cuando termina su llanto, puede hablar.

-No queríamos marcharnos. Pero Jonatán nos rogó que lo hiciéramos. Los judíos amenazaban a las mujeres... Luego ya no pudimos volver. Todo... todo había terminado... ¿A dónde íbamos a ir? Nos hemos diseminado por los campos y, ya completamente de noche, nos hemos reunido a mitad de camino entre Jerusalén y Belén. Nos parecía como si alejáramos su muerte yendo hacia su Gruta... pero luego hemos sentido que no era justo ir allá... Era egoísmo. Así que hemos vuelto hacia la Ciudad... Y, sin saber cómo, nos hemos encontrado en Betania...

-¡Mis hijos!

-¡Lázaro!

-¡Santiago!

-Están todos allá. En los campos de Lázaro, al amanecer, había personas diseminadas, errantes, que lloraban... ¡Sus inútiles amigos y discípulos!... Yo... he ido donde Lázaro. Creía que sería el primero... Sin embargo, allí estaban ya tus dos hijos, mujer, y el tuyo, junto con Andrés, Bartolomé, Mateo. Simón Zelote los había convencido de que fueran allí. Y Maximino, que había salido por los campos desde los primeros albos de la mañana, había encontrado a otros. Lázaro los ha socorrido a todos. Dice que el Maestro se lo había ordenado. Y lo mismo dice el Zelote.

-Pero Simón y José, los otros hijos míos, ¿dónde están?

-No lo sé, mujer. Habíamos estado juntos hasta el terremoto. Luego... no sé ya nada más con exactitud. Entre las tinieblas y los rayos, los muertos resucitados y el temblor del suelo y el torbellino de viento perdí la razón. Me encontré en el Templo. Y todavía me pregunto cómo es que estaba allí dentro, traspassado el límite sagrado. Fíjate: entre mí y el altar de los perfumes había sólo un codo. ¡Fíjate! ¡Yo donde ponen pie sólo los sacerdotes de turno!... ¡Y... y he visto el Santo de los Santos!... Sí... Porque el Velo del Santo está desgarrado de arriba abajo, como si lo hubiera desgarrado la voluntad de un gigante... Si me hubieran visto allí dentro, me hubieran lapidado. Pero ya ninguno veía. Me he encontrado sólo espectros de muertos y espectros de vivos. Porque a la luz de los rayos, con la claridad de los incendios, encendido el terror en los rostros, parecían espectros...

-¡Oh, mi Simón! ¡Mi José!

-¿Y Simón Pedro? ¿Y Judas de Keriot? ¿Y Tomás y Felipe?

-No lo sé, Madre... Lázaro me envió a ver, porque le habían dicho que a ustedes las habían matado.

-Entonces ve inmediatamente a tranquilizarlo. Ya he mandado a Manahén. Pero ve tú también y di... di que sólo a Él lo han matado y a mí con Él. Y si ves a otros discípulos llévalos contigo allá. Pero a Judas Iscariote y a Simón Pedro los quiero yo personalmente.

-Madre... perdónanos si no hemos hecho más.

-Todo lo perdono... Ve.

Isaac sale. Y Marta y María, María Salomé y María de Alfeo, lo sofocan con multitud de súplicas, recomendaciones, indicaciones. Susana llora bajo, porque nadie le habla de su marido. Es entonces cuando María Salomé se acuerda del suyo, y también llora.

Silencio de nuevo, hasta nuevos golpes en el portón. Estando la ciudad ya tranquila, las mujeres sienten menos miedo. Pero, cuando tras la puerta entreabierta ven aparecer la cara sin barba de Longinos, huyen todas como si hubieran visto a un muerto envuelto en su lienzo fúnebre o al Demonio en persona. El dueño de casa, que por curiosidad vaga por el vestíbulo, es el primero en huir. Viene la Magdalena (estaba con María). Longinos, con una involuntaria sonrisita burlona en los labios, ha entrado, y ha cerrado el pesado portón. No viene de uniforme, sino que viste una ropa gris y corta debajo de un manto también oscuro. María Magdalena lo mira y él la mira a ella. Luego, siguiendo junto a la puerta, solicita:

-¿Puedo entrar sin contaminar a nadie? ¿Sin aterrorizar a nadie? He visto esta mañana, al amanecer, al ciudadano José, y me ha expresado el deseo de la Madre. Pido disculpas si no lo he pensado por mí mismo. Aquí está la lanza. La había reservado como recuerdo de un... del Santo de los Santos. ¡Oh, éste sí que lo es! Pero es justo que la tenga la Madre. Respecto a las vestiduras... es más difícil. No se lo digan... pero quizás ya han sido vendidas por pocos denarios... Es un derecho de los soldados. De todas formas, trataré de encontrarlas...

-Ven. Está allí.

-¡Pero yo soy pagano!

-No importa. Voy a decírselo. Si lo deseas.

-¡Oh, no... no pensaba merecerlo! – María Magdalena va donde la Virgen.

-Madre, Longinos está ahí afuera... Te ofrece la lanza.

-Que pase – el dueño de casa, que está en la puerta, refunfuña:

-Pero es un pagano.

-Soy Madre de todos, hombre. Como Él es el Redentor de todos.

Longinos entra y, en el umbral, saluda a la romana con el gesto, con el brazo (se ha quitado el manto) y luego con la voz:

-¡Ave, Dómina! Un romano te saluda: Madre del género humano. La verdadera Madre. No hubiera querido estar yo en... en... en esa cosa. Pero era una orden. De todas formas, si sirvo para darte lo que tú deseas, perdono al destino el haberme elegido para esa cosa horrenda. Aquí tienes – y le da la lanza envuelta en un paño rojo; sólo el hierro, no el asta.

María la toma. Se pone aún más pálida. Tanta es la palidez, que hasta los labios quedan borrados. Parece como si la lanza la desangrara. Y tiembla, hasta con los labios, mientras dice:

-Que Él te guíe por tu bondad.

-Era el único Justo que he encontrado en el vasto imperio de Roma. Me arrepiento de no haberlo conocido sino a través de las palabras de mis compañeros. ¡Ahora... es tarde!

-No, hijo. Él ha terminado de evangelizar, pero su Evangelio permanece, en su Iglesia.

-¿Dónde está su Iglesia? – Longinos se muestra levemente irónico.

-Aquí está. Hoy maltratada y dispersa, pero mañana se reunirá como un árbol que endereza sus ramas después de la tormenta. Y, aunque ya no quedara nadie, yo sí que estoy. Y el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios y mío, está enteramente escrito en mi corazón. Me basta mirar a mi corazón para poder repetírselo a ustedes.

-Vendré. Una religión que tiene como cabeza a un héroe de esta categoría no puede ser sino divina.

¡Ave, Dómina!- y también Longinos se marcha.

María besa la lanza donde todavía está la Sangre de su Hijo... No quiere quitar esa Sangre, sino que la deja. Dice: “Rubí de Dios en la lanza cruel”.

El día, entre claros en el cielo nublado y oscuridades de tormenta, pasa así. Juan vuelve sólo cuando el Sol cenital dice que es mediodía.

-Madre, no he encontrado a ninguno. Sólo... a Judas de Keriot.

-¿Dónde está?

-¡Oh!, ¡Madre! ¡Qué horror! Cuelga de un olivo, hinchado y negro como si hubiera muerto hace varias semanas. Podrido. Horrible... Es pasto de buitres, cuervos, no sé, que emiten chillidos en medio de peleas atroces... Ha sido su bullicio lo que me ha llamado mi atención en esa dirección. Estaba en el camino del Monte de los Olivos y, por encima de una loma, he visto círculos y círculos de pajarracos negros. He ido... ¿Por qué? No lo sé. Y he visto. ¡Qué horror!...

-¡Qué horror! Bien dices. Sobre la Bondad se ha manifestado la Justicia. Efectivamente, la Bondad está ausente, ahora... ¡Pero Pedro... Pedro!... Juan: tengo la lanza. Pero las ropas... Longinos no ha hecho mención de ellas.

-Madre, quiero ir al Getsemaní. Fue capturado sin manto. Quizás esté allí todavía. Luego iré a Betania.

-Ve. Ve por el manto... Los otros están donde Lázaro. Así que no vayas a casa de Lázaro. No es necesario. Ve y vuelve aquí.

Juan se marcha, corriendo, sin comer nada. Lo mismo que María, que tampoco ha comido. Las mujeres han comido de pie pan y aceitunas mientras trabajan en sus bálsamos. Y viene Juana de Cusa con Jonatán. Es una máscara, a causa del mucho llanto. En cuanto ve a María, dice:

-¡Me salvó! Me salvó y Él ha muerto. ¡Ahora ya no quisiera estar salvada!

Es la Madre Dolorosa la que debe consolar a esta mujer, sanada pero con una sensibilidad enfermiza. Y la consuela y fortalece diciéndole:

-No lo habrías conocido ni amado, ni podrías servirle ahora. ¡Cuánto habrá que hacer en el futuro! Y nosotras tendremos que hacerlo, porque, ya lo ves... nosotras seguimos aquí y los hombres han huido. Es siempre la mujer la que verdaderamente genera. En el Bien. En el Mal. Nosotras generaremos la nueva Fe. De esta Fe, depositada en nosotras por el Esposo Dios, estamos llenas; y la generaremos para la Tierra, para el bien del mundo. ¡Míralo, qué hermoso! ¡Cómo sonríe y suplica este santo trabajo nuestro! Juana, sabes que te quiero. No llores más.

-¡Pero Él ha muerto! Sí, ahí todavía asemeja a un vivo, pero ahora ya no está vivo. ¿Qué es el mundo sin Él?

-Volverá. Ve. Ora. Espera. Cuanto más creas, antes resucitará. Este creer es mi fuerza... Y sólo Yo, Dios y Satanás sabemos cuántos asaltos sufre esta fe mía en su Resurrección.

También Juana se marcha, grácil y encorvada como una azucena demasiado cargada de agua. Y, cuando ella sale, María queda de nuevo sumida en el tormento.

-¡A todos, a todos debo dar la fuerza! ¿Y a mí quién me la da? – y llora mientras acaricia la Cara de la imagen, porque ahora se ha sentado junto a la caja sobre la cual está extendido el Sudario.

Vienen José y Nicodemo. Y ahorran a las mujeres el salir para comprar mirra y áloe, porque los traen ellos en unos saquitos. Pero su fuerza cede ante la Cara imprimida en el lienzo y ante la cara deshecha de la Madre. Se sientan en un rincón, después de saludarla, y guardan silencio. Serios, fúnebres... Luego se marchan.

Y Ella no tiene tampoco fuerza para hablar: cuanto más declina la tarde – precoz por la nubosidad bochornosa- más se convierte en una pobre criatura atormentada. Las sombras de la tarde son también para Ella, como para todos los que sufren, fuente de mayor dolor. También las otras se ponen más tristes. Especialmente María Salomé, María de Alfeo y Susana. Pero para ellas, al fin, llega el alivio, porque en grupo llegan Zebedeo, el esposo de Susana y Simón y José de Alfeo. Los dos primeros se quedan en el vestíbulo mientras explican que los ha visto Juan al pasar hacia el barrio de Ofel. A los otros dos los ha visto Isaac, errante por los campos, dudando si volver a la ciudad o dirigirse donde los hermanos, a quienes suponían en Betania.

Simón dice: -¿Dónde está María? Quiero verla- y, precedido por su madre, entra y besa a su pariente afligida.

-¿Estás solo? ¿Por qué no está contigo José? ¿Por qué se han separado? ¿Todavía roces entre ustedes? No deben. ¿Ven? ¡El motivo de sus roces ha muerto! – y señala la Cara del Sudario. Simón la mira y llora. Dice:

-No nos hemos vuelto a separar. Y no nos separaremos. Sí: el motivo de los roces ha muerto. Pero no como tú crees. Ha muerto porque José, ahora, ha comprendido... José está ahí fuera... y no se atreve a entrar...

-¡Oh, no! Yo nunca infundo miedo. No soy sino piedad. Habría perdonado incluso al Traidor. Pero ya no puedo hacerlo. Se ha quitado la vida – y se levanta, camina encorvada. Llama:

-¡José! ¡José! – pero José ahogado en llanto, no responde.

Ella va a la puerta (como estaba para hablar con Judas), y, apoyándose en el marco, extiende la mano y la pone encima de la cabeza del más mayor y tenaz de sus sobrinos. Lo acaricia y dice:

-¡Deja que la apoye en un José! Todo era paz y serenidad mientras tuve ese nombre como rey en mi casa. Luego mi santo se me murió... Y todo el bien humano de la pobre María murió también. Quedó el bien sobrenatural de mi Dios e Hijo... Ahora soy la Abandonada... Pero si puedo estar en el círculo de los brazos de un José al que quiero – y tú sabes si te quiero – me sentiré menos abandonada. Me parecerá volver atrás en el tiempo; poder decir: “Jesús está ausente, pero no ha muerto. Está en Caná, en Naím para hacer trabajos, pero ahora volverá...”. Ven, José. Vamos a entrar juntos adonde Él te espera para sonreírte. Nos ha dejado su sonrisa para decirnos que no guarda rencor.

José entra, de la mano de Ella, y en cuanto la ve sentada se arrodilla delante de Ella, con la cabeza en el regazo, y solloza:

-¡Perdón! ¡Perdón!

-No a mí. A Él debes pedirselo.

-No puede dármelo. En el Calvario he tratado de atraer hacia mí su mirada. Ha mirado a todos. Pero a mí no... Tiene razón... Demasiado tarde lo he conocido y amado como Maestro. Ahora todo ha terminado.

-Ahora empieza. Irás a Nazaret y dirás: “Yo creo”. Tu fe tendrá un valor infinito. Lo amarás con la perfección de los apóstoles futuros, que tendrán el mérito de amar a Jesús habiéndolo conocido sólo por el espíritu. ¿Lo harás?

-¡Sí! ¡Sí! Para hacer reparación. Pero quisiera oír de sus labios una palabra. Y no la oiré jamás...

-Al tercer día resucitará y hablará a aquellos a quienes ama. El mundo entero espera su Voz.

-¡Bendita tú, que puedes creer!...

-¡José! ¡José! Mi esposo era tío tuyo. Y creyó en algo que es más difícil de creer que esto. Supo creer que la pobre María de Nazaret fuera la Esposa y Madre de Dios. ¿Por qué tú, sobrino de este Justo, portador de su nombre, no puedes creer que un Dios puede decir a la Muerte: “¡Basta!” y a la Vida: “¡Vuelve!”?

-No merezco esta fe porque he sido malo. Fui injusto con Él. Pero tú... tú eres la Madre. Bendíceme. Perdóname... Dame paz...

-Sí...Paz... Perdón... ¡Oh! ¡Dios! Una vez dije: “¡Qué difícil es ser los “redentores”. ¡Piedad mi Dios! ¡Piedad!... Ve, José. Tu madre ha sufrido mucho en estas horas. Consuéla... Yo me quedo aquí... Con todo lo que tengo de mi Niño... Y mis lágrimas solitarias obtendrán para ti la Fe. Adiós, sobrino mío. Di a todos que deseo callar... pensar... orar... Soy... soy una pobre mujer colgando de un hilo sobre un abismo... El hilo es mi Fe... Y la no-fe de ustedes – porque ninguno sabe creer total y santamente – choca continuamente contra este hilo mío... Y no saben qué esfuerzo me imponen... No saben que están ayudando a Satanás a atormentarme. Ve...

Y María se queda sola... Se arrodilla ante el Sudario. Besa la frente, los ojos, la boca de su Hijo y dice: -¡Así! ¡Así! Para tener fuerza... Debo creer. Debo creer. Por todos.

Ha anochecido. Es una noche sin estrellas, oscura, bochornosa. María se queda en la sombra con su dolor. El día del Sábado ha terminado.

615

La noche del Sábado Santo.

Entra cautelosamente María de Alfeo y escucha. Quizás piensa que la Virgen se ha adormecido. Se acerca, se inclina. La ve de rodillas, rostro en tierra contra el Sudario. Susurra:

-¡Oh, pobrecita, así se ha quedado!- debe pensar que se ha dormido o que se ha desmayado así. Pero María, saliendo de su oración, dice:

-No. Estaba orando.

-¡Pero de rodillas! ¡A oscuras! ¡Con frío! ¡La ventana abierta! ¡Fíjate, estás helada!

-Pero estoy mucho mejor, María. Mientras oraba- y sólo el Eterno sabe cuánto era mi agotamiento después de haber sostenido tantas fes vacilantes, y de haber iluminado tantas mentes que ni siquiera su muerte ha aclarado – me ha parecido sentir un perfume angélico, un frescor de Cielo, una caricia de ala... Un instante... Sólo un instante. Pero me ha parecido que el mar de mirra que embravecido me sumerge desde hace ya tres días, se infundiera una gota de pacificadora dulzura; me ha parecido como si la bóveda clausurada de los Cielos se entreabriera y un hilo de luminoso amor descendiera a la Abandonada; me ha parecido como si, viniendo de lejanías infinitas, un murmullo incorpóreo dijera: “Realmente ha terminado”. Mi oración, hasta ese momento desolada, se ha hecho más tranquila, se ha teñido de esa luminosa paz - ¡oh, solamente una leve pincelada!- de esa luminosa paz de que estaban hechos mis contactos con Dios en la oración... ¡Mis oraciones!...

María: ¿amaste mucho, tú, a tu Alfeo, cuando eras la virgen desposada?

-¡Oh, María!... Exultaba cada amanecer, diciendo: “Ha pasado una noche. Una menos de espera”. Exultaba a cada puesta de Sol, diciendo: “Otro día ha terminado. Más próxima mi entrada bajo su techo”. Y nada más ponerse el Sol cantaba como una alondra, pensando: “Dentro de poco viene”. Y cuando lo veía venir, hermosa su cara como la de mi Judas- por eso Judas es mi predilecto- con ojos de ciervo enamorado como es mi Santiago, ¡oh, entonces yo ya no sabía dónde me encontraba! Y cuando me saludaba diciendo: “¡Dulce esposa!” y yo podía decirle: “Señor mío”, entonces yo... yo creo que si hubiera sido triturada en ese momento por un pesado carro, o alcanzada por una flecha, no habría sentido dolor. ¡Y después!... ¡Cuando fui su mujer... ah!...- María se pierde en el éxtasis de los recuerdos. Luego dice:

-Pero ¿por qué esta pregunta?

-Para explicarte lo que eran para mí las oraciones. Centuplica los sentimientos, poténcialos miles de veces, y comprenderás lo que siempre fue para mí la oración (*éxtasis de Alegría infinita, sentirse amada infinitamente por Dios*), la espera de aquella hora... Ya de por sí creo que, aunque no estaba orando en la paz de la gruta o de mi habitación, sino que trabajaba en las labores de la mujer, mi alma oraba sin pausa... Pero cuando podía decir: “Llega la hora de recogerme en Dios”, mi corazón ardía latiendo veloz. Y cuando en Él me perdía... entonces... No... Esto no te lo puedo explicar. Cuando estés en la Luz de Dios lo comprenderás... Todo esto desde hacía tres días estaba perdido... Y era todavía más angustioso que el no tener ya Hijo... Y Satanás trabajaba en estas dos heridas sobrepuestas: la de la muerte de mi Hijo y la del abandono de Dios, creando la tercera herida del terror de la No Fe.

María, te quiero y eres pariente mía. Esto se lo dirás después a tus hijos apóstoles, para que sepan resistir en el apostolado y triunfar sobre Satanás. Estoy segura de que si yo hubiera aceptado la duda, si hubiera cedido a la tentación de Satanás y hubiera dicho: “No es posible que resucite”, negando a Dios – porque decir eso hubiera sido negar a Dios con su Verdad y su Poder – tanta Redención vanamente se habría verificado. Yo, nueva Eva, habría vuelto a morder el fruto de la soberbia y de la sensualidad espiritual y habría deshecho la obra de mi Redentor.

Los apóstoles continuamente serán tentados así, por el mundo, por la carne, por el poder, por Satanás. Manténganse firmes. Contra todas las torturas- y las corporales serán las más leves – para no destruir lo que Jesús ha hecho.

-Díselo tú, María, a mis hijos... ¿Qué crees que sabrá decir tu pobre cuñada?! ¡De todas formas! ¡Si hubieran venido! ¡Huir en la primera hora... paciencia! ¡Pero después!...

-Fíjate, Lázaro y Simón habían recibido la orden de llevarlos a Betania. Jesús sabe todo...

-Sí... Pero... cuando los vea los voy a reprender ásperamente. Han sido unos cobardes. ¿Qué lo fueran todos los demás? Pero ellos. ¡Mis hijos! No se los perdonaré nunca...

-Perdona, perdona... Ha sido un momento de desconcierto... No creían que pudieran capturarlo... Él lo había dicho...

-Precisamente por eso no los perdono. Lo sabían. Estaban preparados. ¡Cuando una cosa se sabe y se cree en quien la dice, nada sorprende!

-María, también a ustedes les dijo: “Resucitaré”. Y... si pudiera abrir sus pechos y sus cabezas, en el corazón y en el cerebro vería escrito: “No puede ser”.

-Pero, al menos... Sí... Es difícil de creer... Pero nosotras hemos estado en el Calvario.

-Por gracia gratuita de Dios. Si no, habríamos huido también nosotras. ¿Has oído lo que dijo Longinos? Ha dicho: “cosa horrible”. Y es un guerrero. Nosotras, mujeres, solas con un muchacho, hemos resistido por ayuda directa de Dios. Por tanto, no te gloríes de ello. No es mérito nuestro.

-¿Y por qué no a ellos?

-Porque ellos serán los sacerdotes del mañana. Deben, por tanto, saber. Saber, por haberlo experimentado, cuán fácil le es a un fiel de un Credo caer en la abjuración. Jesús no quiere sacerdotes como esos que lo son tan poco, que han sido sus más tenaces enemigos...

-Hablas de Jesús como si ya hubiera vuelto.

-¿Lo ves? Tú también confiesas que no crees. ¿Cómo pues, censuras a tus hijos?

María de Alfeo no sabe qué replicar. Se queda cabizbaja. Mueve mecánicamente una serie de objetos. Encuentra una lamparita y sale, para volver después con ella encendida y ponerla en el sitio suyo usual.

María se ha sentado otra vez junto al Sudario desplegado. El Sudario que, con la luz amarilla de la lámpara de aceite, a la luz de la llamita temblorosa, adquiere una vida especial y parece mover boca y ojos.

-¿No tomas nada? – pregunta un poco pesarosa la cuñada.

-Un poco de agua. Tengo sed. – María va y vuelve... con leche.

-No insistas. No puedo. Agua sí. No me queda agua dentro... Creo que no tengo ya ni siquiera sangre. Pero... - Lllaman a la puerta de la casa. María de Alfeo sale. Se oye cuchichear en el vestíbulo. Luego Juan asoma la cabeza. La Virgen le dice:

-Juan. ¿Has vuelto? ¿Todavía nada?

-Sí. Simón Pedro... y el manto de Jesús... juntos... En el Getsemaní. El manto... -Juan se arrodilla y dice – Aquí está... pero está todo desgarrado y ensangrentado. Las huellas de las manos son de Jesús. Sólo Él las tenía así de largas y delgadas. Pero los desgarros son de dientes. Se ve claramente que esto es una boca de hombre. Pienso que habrá sido... que habrá sido Judas Iscariote, porque junto al lugar donde Simón Pedro encontró el manto había un trozo de la túnica amarilla de Judas. Ha vuelto allí... después... antes de quitarse la vida. Mira, Madre.

María no ha hecho otra cosa sino acariciar y besar el grueso manto rojo de su Hijo. Pero instada por Juan lo abre, y ve las huellas sangrientas, oscuras sobre el rojo de la Sangre, y los desgarros de los dientes. Tiembla y susurra:

-¡Cuánta sangre! – parece no ver más que la Sangre.

-Madre... la tierra está roja de sangre. Simón, que ha ido allí sin demora en las primeras horas de la mañana, dice que el verde tenía todavía en las hojas sangre fresca... Jesús... No sé... No me parecía que estuviera herido... ¿De dónde tanta sangre?

-De su Cuerpo. En la angustia... ¡Oh! ¡Jesús Víctima total! ¡Oh! ¡Mi Jesús!

María llora angustiosamente, con un lamento débil, que las mujeres se asoman a la puerta y miran y luego se retiran.

-Esto, esto mientras todos te abandonaban... ¿Qué hacían ustedes mientras Él sufría su primera agonía?

-Dormíamos, Madre... - Juan llora.

-¿Allí estaba Simón? Cuenta.

-Yo había ido para buscar el manto. Había pensado pedirselo a Jonás y a Marcos (*los cuidadores del Huerto de Getsemaní que pertenece a Lázaro*)... Pero habían huido. La casa estaba cerrada y todo abandonado. Entonces bajé a las murallas, para recorrer todo el camino del Jueves... Estaba tan cansado aquella noche, y apenado, que no podía recordar, ahora, dónde se había quitado Jesús el manto. Me parecía que lo llevaba y que, en un determinado momento, ya no lo llevaba... En el lugar de la captura, nada... Donde habíamos estado nosotros tres, nada... Fui por el sendero que tomó el Maestro... Y cuando vi a Simón Pedro allí, todo acurrucado y apoyado en una roca, pensé que hubiera muerto también él. Grité. Levantó la cabeza... y, de tan cambiado como lo vi, pensé que se había vuelto loco. Lanzó un grito y trató de huir. Pero se tambaleaba, cegado por el llanto que había vivido. Yo lo agarré. Me dijo: “Déjame. Soy un demonio. He renegado de Él, como Él decía... y el gallo ha cantado y Él me ha mirado. He huido... he corrido arriba y abajo por los campos. Luego me he visto aquí. Y ¿ves? Aquí Yeohveh ha hecho que encontrara su Sangre acusadora. Todo sangre. ¡Todo sangre! En la roca, en la tierra, en la hierba. Yo he hecho que esta Sangre fuera derramada. Como tú, como todos. Pero yo he renegado de esa Sangre”.

Me parecía que deliraba. Traté de calmarlo y de sacarlo de allí. Pero no quería. Decía: “Aquí. Aquí. A hacer guardia a esta Sangre y a su manto. Y con las lágrimas quiero lavarlo. Cuando ya no haya sangre en la tela, quizás entonces vuelva con los vivos dándome golpes de pecho y diciendo: “¡He renegado del Señor!”.

Le dije que querías verlo. Que me habías mandado a buscarlo. Pero no quería creerlo. Entonces le dije que habías querido ver también a Judas, para perdonarlo, y que sufrías por no poder ya hacerlo por su suicidio. Entonces lloró más sosegadamente. Quiso saber. Todo. Y me contó que la hierba tenía todavía Sangre fresca y que el manto había sido maltratado por Judas, de cuya túnica había encontrado un trozo. Lo dejé hablar y hablar. Luego dije: “Ven a ver a la Madre”. ¡Oh, cuánto tuve que suplicar para convencerlo! Y cuando me parecía haber logrado convencerlo y me levantaba para venir, él ya no quería. Ha habido que esperar hasta el anochecer para que viniera. Pero cruzada la Puerta (*de la ciudad*), otra vez se escondió, en un huerto desierto y dijo: “No quiero que la gente me vea. Llevo escrito en la frente la palabra: Renegador de Dios. Ahora, ya en plena oscuridad, he logrado arrastrarlo hasta aquí.

-¿Dónde está?

-Detrás de esa puerta.

-Dile que entre.

-Madre...

-Juan...

-No le reprendas. Está arrepentido.

-¿Tan poco me conoces todavía? Dile que entre – Juan sale. Vuelve. Sólo dice:

-No se atreve. Mira a ver si llamándolo tú... - Y María, dulcemente:

-Simón de Jonás, ven. – Nada.

-Simón Pedro, ven. – Nada.

-Pedro de Jesús y de María, ven –Un áspero estallido de llanto. Pero no entra.

María se levanta. Deja el manto encima de la mesa y va a la puerta. Pedro está acurrucado afuera. Como un perro sin dueño. Lloro con tanta fuerza, y todo encogido, que no oye el ruido de la puerta que se abre chirriando, ni el roce de las sandalias de María. Se da cuenta de que Ella está allí cuando María se inclina hasta tomarle una mano con que está apretando sus ojos y le obliga a levantarse. Entra en la habitación tirando de él, como si de un niño se tratara. Cierra la puerta con el agarrador y el cerrojo, y, encorvada por el dolor como él por la vergüenza, vuelve a su sitio.

Pedro va a sus pies, de rodillas, y llora sin freno. María acaricia sus cabellos entrecanos y sudados por el dolor. Nada más que esta caricia, hasta que él está más calmado. Luego, cuando por fin Pedro dice: “No puedes perdonarme; por tanto, no me acaricies. Porque yo lo he negado”. María dice:

-Pedro, tú lo has negado. Es verdad. Has tenido la valentía de negarlo en público, la valentía cobarde de hacerlo. Los otros... Todos, menos los pastores, Manahén, Nicodemo, José y Juan, han tenido sólo cobardía. Lo han negado todos: hombres y mujeres de Israel, menos unas pocas mujeres... No nombro a los sobrinos (*Santiago y Judas de Alfeo*) ni a Alfeo de Sara. Eran parientes y amigos. ¡Pero los otros!... Y ni siquiera han tenido la valentía satánica de mentir y salvarse, ni la valentía espiritual de arrepentirse y llorar, ni la valentía aún más alta, de reconocer públicamente el error. Eres un pobre hombre. Es más: lo eras. Mientras te jactabas de ti. Ahora eres un hombre. Mañana serás un santo. Pero aunque no fueras como eres, yo te habría perdonado igualmente. Habría perdonado a Judas, con tal de salvar su espíritu.

Porque el valor de un espíritu, de uno solo, justifica todo esfuerzo por superar repugnancias y resentimientos, hasta quedar destrozados por ese esfuerzo. Recuerda esto, Pedro. Te lo repito: El valor de un alma es tal, que aun a costa de morir por el esfuerzo de sufrirla a nuestro lado, hay que tenerla así, entre los brazos, como yo tengo tu cabeza canosa, si se comprende que teniéndola así se la puede salvar. Así. Como una madre que, después del castigo paterno, pone en su corazón la cabeza del hijo culpable, y, con las palabras de su corazón deshecho de dolor, que palpita, que palpita de amor y dolor, más con esas palabras que con los golpes del padre, hace cambiar y obtiene. Pedro de mi Hijo, pobre Pedro que has estado, como todos, en las manos de Satanás en esta hora de tinieblas, y no te has dado cuenta de ello, y crees que todo lo has hecho tú solo, ven, ven aquí, al corazón de la Madre de los hijos de mi Hijo. Aquí Satanás no puede ya causarte daño. Aquí se calman las tormentas y – a la espera del Sol, de mi Jesús que resucitará para decirte. “Paz, Pedro mío”- se alza la estrella de la mañana, pura, hermosa, y que hace puro y hermoso todo aquello que por ella es besado, como sucede con las claras aguas de nuestro mar en las frescas mañanas de primavera.

Por esto te he anhelado tanto. Al pie de la Cruz yo padecía martirio por Él y por ustedes, y - ¿cómo no lo oíste?- y llamaba a sus espíritus con tanta fuerza, que creo que vinieron realmente a mí. Y, dentro del corazón –es más: puestos en mi corazón como los panes de la proposición – los he tenido

bajo el baño de su Sangre y llanto. Podía hacerlo, porque Él, en Juan, me ha hecho Madre de toda su prole... (*sus hijos*) ¡Cuánto te he anhelado!... Esa mañana, esa tarde, esa noche y el nuevo día... ¿Por qué has hecho esperar tanto a una madre, pobre Pedro herido y pisoteado por el Demonio? ¿No sabes que es misión de las madres enderezar, curar, perdonar, guiar? Yo te conduzco a Él. ¿Querías verlo? ¿Querías ver su sonrisa para convencerte de que te ama todavía? ¿Sí? ¡Oh, entonces sepárate de mi pobre pecho de mujer y apoya la frente en su frente coronada, tu boca en su boca herida, y besa a tu Señor!

-Está muerto... No podré volver a hacerlo.

-Pedro. Respóndeme. ¿Cuál crees que es el último milagro de tu Señor?

-El de la Eucaristía. No, no, el del soldado que curó allí... ¡Oh, no me hagas recordar!...

-Una mujer, fiel, amorosa, fuerte, se llegó a Él en el Calvario y le secó la cara. Y Él, para decir cuánto puede el amor, fijó su Rostro en la tela. Aquí lo tienes, Pedro. Esto obtuvo una mujer, en momentos de tinieblas infernales y de enojo divino. Sólo porque amó. Recuerda esto Pedro. Para las horas en que te parezca que el Demonio es más fuerte que Dios. Dios se hallaba prisionero de los hombres, ya avasallado, condenado, flagelado, ya agonizando... Y, a pesar de todo – dado que Dios, incluso en medio de las más duras persecuciones, siempre es Dios, y, si se puede abatir a la Idea, intocable es Dios que la suscita- Dios, a los que niegan, a los que no creen, a los hombres de los necios “¿por qué?; de los culpables “no puede ser”; de los sacrílegos “lo que yo no comprendo no es verdad”, responde, sin palabras, con esta tela. Míralo. Un día –me lo dijiste tú- dijiste a Andrés: “¿El Mesías manifestarse a ti? ¡No puede ser cierto!”, y luego tu razón humana se debió doblegar a la fuerza del espíritu que veía al Mesías donde la razón no lo veía. Otra vez, en el mar embravecido, preguntaste: “¿Voy, Maestro?”, y luego, a mitad de camino, sobre el agua agitada, dudaste y dijiste: “El agua no puede sostenerme”, y con el lastre de la duda te faltó poco para ahogarte. Sólo cuando contra la razón humana prevaleció el espíritu que supo creer, pudiste hallar la ayuda de Dios. Otra vez dijiste: “¿Si Lázaro ha muerto ya hace cuatro días, a qué hemos venido? Para morir inútilmente”. Y es que no podías, con tu razón humana, admitir otra solución. Y tu razón quedó desmentida por el espíritu, que, indicándote con el resucitado la gloria del Resucitador, te mostró que no habías ido allí en vano. Otra, bueno... otras veces, al oír hablar de muerte, y muerte atroz, a tu Señor, dijiste: “¡Eso no te sucederá nunca!”. Y ya ves qué “mientes” ha recibido tu razón. Yo espero, ahora, oír la palabra de tu espíritu, en este último caso...

-Perdón.

-Eso no. Otra palabra.

-Creo.

-Otra.

-No sé...

-Amo. Pedro, ama. Serás perdonado. Creerás. Serás fuerte. Serás Sacerdote, y no el fariseo que avasalla y no posee sino formalismo y no una fe activa. Míralo. Ten el valor de mirarlo. Todos lo han mirado y venerado. Incluso Longinos... ¿Tú no ibas a saber hacerlo? ¡Has sabido incluso renegar de Él! Si no lo reconoces ahora, a través del fuego de mi materno, amoroso dolor que los une, que los pone de nuevo en armonía, ya no podrás hacerlo. Él resucita. ¿Cómo podrás mirarlo con su nuevo resplandor, si no conoces su rostro en la transición del Maestro que conoces al Triunfador que no conoces? Porque el dolor, **todo el Dolor de los siglos y del mundo, lo ha labrado con cincel y mazo en esas horas que van desde el caer de la tarde del Jueves hasta la hora nona del Viernes. Y han cambiado su Rostro.** Antes era sólo el Maestro y el Amigo. Ahora es el Juez y Rey. Ha subido a su sitial para juzgar. Y se ha ceñido la corona. Así permanecerá. Lo único es que después de la gloriosa Resurrección no será ya el Hombre Juez y Rey, sino **el Dios Juez y Rey.** Míralo. Míralo. Míralo mientras la Humanidad y el Dolor lo cubren, para poderlo mirar cuando triunfe en su Divinidad.

Pedro levanta por fin la cabeza del regazo de María, y la mira, con sus ojos enrojecidos por el llanto en rostro de anciano niño desolado por el mal cumplido y asombrado por tanto bien como encuentra. María lo fuerza a mirar a su Señor. Y entonces- mientras Pedro, como delante de un rostro vivo, gime: “Perdón, perdón! No sé cómo ha sucedido, no sé qué ha sucedido. No era yo. Era algo que me hacía no ser yo. Pero... ¡yo te quiero, Jesús!, ¡te quiero, Maestro mío! ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡No te marches así, sin decirme que me has comprendido!” – entonces, María repite el gesto que ya hizo en la cámara sepulcral. Con los brazos extendidos, en pie, parece la sacerdotisa en el momento de la ofrenda. Y, de la misma manera que allí ofreció la Hostia sin mancha, aquí ofrece al pecador arrepentido. ¡Verdaderamente es la Madre de los santos y de los pecadores!

Luego levanta a Pedro. Lo consuela más. Y le dice: como a un niño:

-Ahora estoy más contenta. Te veo aquí. Ahora ve, ve allí, con las mujeres y Juan. Necesitan descanso y alimento. Ve. Y sé bueno...

Y luego, mientras en la casa –más serena en esta noche segunda desde su muerte- tienden a volver las costumbres humanas del sueño y del alimento, en una casa que presenta el aspecto cansado y resignado de las moradas donde los sobrevivientes, despacio, vuelven en sí de la impresión recibida por la muerte, María es la única que quiere permanecer en pie. Inmóvil en su sitio, en su espera, en su oración. Siempre, siempre, siempre; por los vivos, por los muertos, por los justos, por los pecadores, por el regreso, el regreso, el regreso de su Hijo.

Su cuñada quería estar con Ella. Pero ahora duerme profundamente, sentada en un rincón, con la cabeza apoyada hacia atrás contra la pared. Marta y María Magdalena vienen dos veces, pero luego, cargadas de sueño, se retiran a una habitación próxima, y después de alguna palabra, caen también ellas en las profundidades del sueño... Más allá, en un cuarto pequeñito como cuarto de juguete, duermen María Salomé y Susana; mientras que, encima de dos tapetes echados en el suelo, duermen ruidosamente Pedro y Juan: el primero, todavía con mecánicas inspiraciones convulsas que se pierden en su ronquido; el segundo, con una sonrisa de niño soñando alguna visión feliz.

La vida vuelve a sus funciones y la carne a sus derechos... Sólo la Estrella de la Mañana permanece insomne, con su amor que vela junto a la imagen de su Hijo.

Y la noche del Sábado pasa así. Hasta que el canto del gallo, con la primera claridad del amanecer, hace levantarse, con un grito, a Pedro; y su grito, impregnado de miedo y dolor, despierta a los otros durmientes.

Ha terminado la tregua para ellos y empieza otra vez la pena; para María, sólo va aumentando el ansia de la espera.
